

A man in a dark, textured suit and tie is leaning over a dark, reflective table. His hands are resting on the table's surface, and his reflection is clearly visible. The background features large windows with a grid pattern, through which a warmly lit interior with a chandelier and other lights is visible. The overall mood is sophisticated and dramatic.

Hasta que me perdones

MANUELA RAMÍREZ

Copyright © 2023 MANUELA RAMIREZ FUENTES

Todos los derechos reservados.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia y no intencionado por la autora.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo de la autora.

Imagen de portada:
D-Keine©licencia iStock.

ISBN: 9798371341761

*A mi marido,
un alma pura caída del cielo que ilumina cada uno
de mis días con su sonrisa y amor incondicional.*

*A mi padre,
porque tras leer mil veces el título de mi novela, ha sido
hoy cuando he entendido su verdadero significado.*

HASTA QUE ME PERDONES

MANUELA RAMÍREZ

CAPÍTULO 1. No hay vuelta atrás

Massachusetts, junio 2015

Walter llamó a la puerta con los nudillos un par de veces y entró en el despacho. Alan sonrió, levantándose con rapidez para saludar a su mentor y uno de sus mejores amigos. Se fundieron en un cariñoso abrazo.

—Por Dios, Walter, que aún es tu despacho. Pasa, por favor, no necesitas llamar para entrar. Dime, ¿qué tal estás? —preguntó su antiguo alumno con un perfecto acento inglés.

—En una nube, Alan. Estoy feliz de poder dejar mi puesto en tus manos. Además, Hannah está tan contenta... Lleva esperando este momento cinco largos años. Por fin vamos a disfrutar el uno del otro, de nuestros hijos y de los nietos cuando lleguen. Y, lo mejor de todo, sin mirar el reloj.

—Me alegro tanto por vosotros. Te lo mereces. Ambos os lo merecéis.

—¿Tienes todas tus cosas? ¿Te hace falta algo antes de que te deje el despacho? —se interesó su mentor.

—No, gracias. No necesito nada. Ya están todas mis cosas. Tus ayudantes son de lo más eficientes. Por cierto, ¿a qué hora me dijiste que era la exposición?

Alan hizo la pregunta sin necesidad, pues recordaba a la perfección tanto la hora como el lugar. Quería parecer despreocupado, pero no lo consiguió. Estaba ansioso y deseando que pasara la tarde cuanto antes para poner su plan en marcha.

—A las tres y media, todavía hay tiempo. ¿Vas a venir? —Walter ya intuía la respuesta.

—Es verdad. Al decirlo, me he acordado —mintió.

—Alan, soy viejo, no tonto. Lo sabes de sobra.

Su sucesor levantó una ceja y esbozó una sonrisa. Ladeó la cabeza, se llevó la mano derecha al pecho, cerró los ojos y asintió.

—No me has contestado a la pregunta, así que imagino la respuesta. Parece que esta chica te tiene comiendo de su mano —dijo para pinchar a

su exalumno—. Pero, a todo esto, ¿qué opina ella del asunto?

—Me lo has preguntado sin cesar desde que acepté sustituirte y te he respondido lo mismo todas las veces. Ella lo desconoce. Lo sabes de sobra —puntualizó con ironía, repitiendo a propósito sus mismas palabras mientras esbozaba una sonrisa.

—Lo cierto es que no llego a entenderte del todo. Sé que no es asunto mío; y jamás voy a cuestionar tus motivos, ya que los conozco muy bien. —Negó un par de veces mientras pensaba cómo decir lo que le rondaba por la cabeza desde hacía bastante—. Tengo que serte sincero: aún no me puedo creer que la única condición para aceptar tu traslado y mi cargo fuera asegurar su plaza en el departamento. ¡Si ni siquiera negociaste tu salario! Además, tenías la certeza de que ella iba a conseguir ese puesto porque es una estudiante brillante.

—Walter, siempre me ha gustado tu discreción y te agradezco como no te puedes llegar a imaginar que me hayas apoyado y, sobre todo, que jamás me juzgaras por... En fin, en cuanto al dinero, sabes que nunca ha sido un problema. Por desgracia, mi familia posee una fortuna inmensa. La mayor parte heredada. La otra, robada y malversada. Y a saber de qué más formas ha conseguido mi padre aumentar el patrimonio. Aunque, a estas alturas, te aseguro que a nadie le importa de dónde venga el dinero mientras lo tengas o a quién hayas tenido que hundir para conseguirlo.

Alan inspiró, tratando de disimular la mueca de dolor y desprecio. La decepción que sentía por su familia era patente. Y, aunque procuraba ocultarlo, a veces, por mucho que lo intentara, no podía. Esa era la verdad.

—De todas maneras —prosiguió—, aunque sé que ella es la mejor de su promoción, no iba a dejar ningún cabo suelto. Ya me conoces.

Walter se acercó y le rodeó los hombros con ternura, como un padre haría con su hijo.

—No seas tan duro contigo mismo. Los errores de tu familia no son los tuyos. No puedes echarle encima esa carga tan pesada, hijo.

—Sí que puedo, porque también es culpa mía. No soy capaz de perdonarme por lo sucedido; y es muy difícil seguir adelante con esa losa —respondió con una mezcla de pena y frustración.

—Algún día tendrás que compartir ese dolor con la persona con la que decidas pasar el resto de tu vida. Supongo que ella es la elegida, aunque sabes que yo siempre estaré ahí si me necesitas. Sé lo que sucedió, y no

debes machacarte de esa manera. Ni eres responsable ni podías hacer más de lo que hiciste.

—La historia fue muy diferente a cómo la describió la prensa. El dinero lo compra todo, ya lo sabes. Los abogados de mi familia se aseguraron de que el juicio fuera a puerta cerrada, sin cámaras, sin periodistas. Si no he querido nunca hablar de ello en público es porque no puedo perdonarme a mí mismo el no haber llegado a tiempo.

Walter lo miró con pesar. Aunque aquello había ocurrido hacía más de doce años, se veía que le dolía tanto como si acabara de suceder esa misma mañana. Alan suspiró y dibujó con esfuerzo una sonrisa, que no le llegó a los ojos.

—Gracias por tu apoyo incondicional. Eres uno de los mejores hombres que conozco. ¡Ojalá tú o Tom fuerais mi padre!

—Me siento como si lo fuera. Me llena de alegría que lo digas en voz alta. Y sé que está mal desearlo, pero me gustaría serlo, hijo. Bueno, Tom y yo compartimos tu custodia, así que tienes dos padres.

Se fundieron en un abrazo.

Walter lo conocía desde que era adolescente. En ese momento, se encontraba en pleno apogeo el tema del juicio y, por cómo se desarrolló, Alan se vio solo, lleno de remordimientos y con ataques de ira. Una mezcla poco aconsejable.

Aún recordaba el día que le hizo la entrevista para entrar en la universidad y cómo le comentó que quería estudiar la carrera de Física o, quizás, Matemáticas. Todavía no lo tenía decidido. Aquel chico, algo desgarbado, le pareció distinto al resto de estudiantes que había entrevistado esa mañana. A Walter le sorprendió lo centrado que estaba dadas las circunstancias por las que había pasado. Conforme hablaron, decidió que no merecía ser condenado por un crimen del que no era responsable, sino todo lo contrario. Él era el héroe de toda esa historia, aunque con su comportamiento dejaba claro que no se veía como tal. Además, el viejo profesor se quedó bastante impresionado al consultar el impecable expediente académico: todas las asignaturas con matrícula de honor, y apenas había cumplido los diecisiete.

«Increíble, dado el último semestre por el que ha pasado el muchacho», reflexionó sorprendido. Un esfuerzo sobrehumano para un chico tan joven y en sus circunstancias. «Sí, el chico merece tener algo de suerte», se dijo el viejo profesor. Su instinto no fallaba nunca y, sin dudarlo,

recomendó su ingreso al siguiente semestre en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Quién le iba a decir que terminaría queriéndolo como a un hijo.

—Recuerda que puedes venir a casa cuando quieras, sabes que siempre ha sido tu casa. Hannah estará encantada de prepararte su tarta de especias, esa que tanto te gusta. Además, estamos deseando verte con ella y que nos confirmes el compromiso.

Alan soltó una carcajada. Su mentor era un buen hombre que lo conocía mejor de lo que él creía.

—No corras tanto. Primero, tengo que hacer que no me odie; segundo, que me perdone y, después, con suerte, con mucha suerte, vendrá todo lo demás. Aunque no sé por qué, pero me parece que va a ser un hueso duro de roer.

Ahora el que se rio fue su antiguo profesor, que lo miró asintiendo.

—¡No lo sabes tú bien, Alan, no lo sabes tú bien! Te deseo mucha suerte, aunque estoy convencido de que no la necesitas. Aun así, no cejes en tu empeño por conquistarla. Te lo dice un viejo con algo de experiencia. La vida no es vida hasta que encuentras la parte de tu alma que late en el corazón de otra persona y que ni tú mismo sabías que te faltaba.

Alan confirmó con una gran sonrisa que eso era con exactitud lo que sentía por ella, y su mentor lo había expresado en pocas palabras.

—Bueno, hijo, me voy. No puedo llegar tarde.

—Estoy seguro de que su presentación será la mejor de todas —dijo Alan con orgullo.

—Que no te quede la menor duda. Hablaremos esta noche o mañana para que me cuentes qué tal ha salido todo. Después de tanto esfuerzo, espero que el plan funcione a la perfección.

Walter cogió el pomo de la puerta. Iba a salir del despacho, pero cambió de idea y se dio la vuelta. Se quedó mirándolo y no pudo aguantar otra pregunta que contenía en su garganta desde que había aceptado dirigir el departamento.

—¿Tanto merece la pena? Es decir, tenías la vida resuelta en Londres. El trabajo, los amigos... Has dejado todo por ella. ¿Y si no consigues lo que buscas? ¿Y si cuando sepa quién eres, renuncia y huye? ¿Qué harás entonces?

Los ojos de Alan brillaron. No iba a llorar tal y como había hecho tiempo atrás, cuando ocurrió la tragedia, hasta conseguir ponerse enfermo.

Ya había pasado esa etapa de rendición y, con posterioridad, de aceptación. Ahora empezaba su momento de ataque, en el mejor sentido de la palabra. No iba a aceptar un no por respuesta. No quería aceptar un no por respuesta. Rezaba para que no hubiera un no por respuesta. Pero no dependía solo de él, y sabía que tendría que pasar por muchas fases hasta llegar a su corazón. «¡Dios!, ¿cómo voy a conseguir que me perdone? ¿Cómo voy a conseguir que olvide?», se preguntó.

Le quedaba mucho trabajo y esfuerzo por delante.

—Estoy enamorado de ella. —Bajó la cabeza y, tras apoyar las manos en la mesa, lo miró—. No sé si lo conseguiré, y menos si llegará a amarme de la forma tan irracional e intensa como yo lo hago. No obstante, no puedo dejar de intentarlo. Ya sé que no moriré de amor si no me acepta, pero llevo protegiéndola tanto tiempo, deseando y haciendo todo lo posible para que fuera feliz después de...

—Alan, ¿estás seguro de que es amor? ¿No crees que más bien intentas compensar el daño que le hizo tu...?

—Ni lo menciones —respondió, irguiéndose. Ese comentario consiguió se pusiera tan tenso que se le definieron a la perfección los músculos de la mandíbula—. Por favor, no pronuncies nunca su nombre. Jamás. Para mí, está muerto. Aunque sea sangre de mi sangre. Hay cosas que no se pueden olvidar y, mucho menos, perdonar. Y no, no es por eso. Tal vez, al principio, cuando ella aún era una niña, fuera instinto de protección y de compensación por todo lo pasado. Luego, mis sentimientos fueron cambiando con el tiempo porque empecé a... Bueno, tú la conoces. Es una mujer tan inteligente, perspicaz, graciosa, simpática y, como colofón, una preciosidad. ¿Qué más podría pedir? ¿Cómo no iba a enamorarme de ella?

Su mentor suspiró. La determinación de Alan era imposible de detener, así como lo sería tratar de parar un tren en marcha con una tira de papel.

—Yo lo único que quiero es que no sufras, que no sufráis ninguno de los dos. Ella es muy dulce, Alan. Incluso después de lo sucedido. Es tan parecida a mi Hannah. Necesita paz, necesita encontrar el amor verdadero. Si no eres tú, déjala volar. No persigas un sueño, no la busques para compensar... Me estoy repitiendo, hijo. Sé que no eres egoísta. Dios, eres la persona menos egoísta que he conocido en toda mi vida; pero, por eso mismo, no fuerces lo que no se debe forzar. ¿Me explico?

—Con total nitidez. Si esto la supera, seré yo quien renuncie y me vaya. Jamás la perjudicaría a ella o a su carrera —dijo convencido, aunque esperaba que eso no llegara a suceder.

El viejo profesor asintió y le dedicó una sonrisa de aceptación ante la respuesta que acababa de darle uno de sus mejores alumnos. Volvió sobre sus pasos, salió del despacho y cerró la puerta.

Alan se quedó pensativo y se preguntó si estaba haciendo lo correcto o se comportaba como un egoísta, aunque Walter pensara de él todo lo contrario.

«¿Saldrá bien el plan? ¿Seré capaz de conseguir que supere el pasado y que me perdone? ¡Dios!», se dijo, frotándose la cara.

Tenía la cabeza a punto de estallar. «Hacer planes es tan sencillo, lo complicado de verdad es llevarlos a cabo y, peor aún, nunca salen como uno quiere. Hay tantas variables que no se pueden prever todas. El que crea que sí es un grandísimo necio», reflexionó por un momento. Tras esto, pensó en cómo se sentiría si no lo intentara, si la dejara vivir su vida tranquila y sin él. La respuesta de que no podría seguir adelante lo golpeó de pronto, y esto hizo que se reforzara su decisión.

Se giró despacio y fue hacia la ventana del despacho de su mentor, el que, en tan solo cinco días, sería el suyo. Abrió la hoja y miró al cielo. Cerró los ojos y rezó una oración. Después rezó otra por ellas, por las que ya no estaban. Les pidió entereza y ayuda y, una vez más, suplicó perdón.

Cerró la ventana y, con fuerza renovada, dijo en voz alta:

—A por ella, Alan.

Él mismo se dio ánimos y salió de su despacho derecho hacia Starbucks.

Capítulo 2. nada sale como uno espera

Emma miró al tribunal para terminar de defender su proyecto de fin de carrera y añadió una última frase con la que cerró, con broche de oro, sus días de estudiante.

—... Y, en resumen, es lo que espero demostrar en cuanto me incorpore al departamento. Con esto concluyo. Muchas gracias a todos.

Se oyó un fuerte aplauso cuando acabó la exposición. Con ello finalizaba sus estudios y conseguía su doctorado en Física Teórica, nada menos que en el Instituto Tecnológico de Massachusetts: el famoso MIT. Su sueño se había convertido en realidad.

Walter fue el primero en levantarse de la mesa del tribunal que evaluaba su tesis para darle la mano y, acto seguido, darle un abrazo.

—¡Qué orgulloso estoy de ti, querida Emma! Voy a echarte mucho de menos —le dijo con cariño a la mejor alumna de su promoción.

—Muchas gracias, doctor Davis. Ha sido todo un placer trabajar para usted. Estoy deseando empezar en serio. La tesis ha sido solo el principio. Además, no le va a dar tiempo a echarme de menos, en apenas seis semanas me incorporaré a mi puesto —respondió, extrañada por la respuesta de su profesor y amigo.

Él sonrió. Había mantenido en secreto su jubilación. Se lo había prometido a Alan, y había sido una prerrogativa ante el consejo: nadie debía saberlo. Apenas le faltaban cinco días para su marcha definitiva. Cuando Emma volviera, se iba a encontrar con una sorpresa, aunque desconocía si le iba a ser agradable. En cualquier caso, él no iba a sacarla de su error. Se limitó a sonreír y dejó espacio para los demás.

Poco a poco, el resto de los doctores del tribunal se acercaron para felicitarla por su magnífico trabajo y su nueva perspectiva sobre la teoría de cuerdas. Le quedaba un camino bastante duro por delante.

Emma se sintió desbordada, pero feliz. Recogió el puñado de libros junto con la copia de su tesis y dejó la sala con una inmensa sonrisa, mostrando algo evidente: estaba pletórica. Cerca de cinco años para terminar la carrera y convertirse en doctora. Todo un logro.

Salió del campus conduciendo su viejo Volkswagen Cocinelle blanco. Un coche que había comprado pensando en la protagonista de un libro que leyó a escondidas de su abuela cuando tenía dieciséis o diecisiete años. *Anastasia...*, *Christian*, qué recuerdos. Estaba deseando comprarse el nuevo Beetle en cuanto tuviera un sueldo fijo. Las becas que había conseguido eran muy generosas y las administraba con cuidado. Le servían para pagar la matrícula y los libros, la estancia y la comida, que no era poco. En realidad, el dinero no era un problema. Tenía suficiente para gastar en dos vidas, pero estaba manchado con sangre y dolor. Nunca podría tocarlo. Nunca.

Aparcó y se dirigió con paso ligero hacia su sitio preferido desde que empezó a estudiar: la cafetería Starbucks donde trabajaba su mejor amiga y compañera de piso, Sarah. Era una suerte que estuviera a cincuenta metros de la casa que compartían.

Entró y una mezcla de maravillosos olores la invadieron. Se dirigió con decisión a la parte de atrás de la barra y, cuando la vio, se fundieron en un fuerte abrazo.

Las dos se echaron a reír y empezaron a dar saltitos de alegría como niñas. La gente de la cola y la sentada en sus mesas, que estaban a lo suyo, empezaron a mirarlas sin entender qué les pasaba.

—¿Qué tal te ha salido la exposición? —preguntó Sarah expectante.

—¡Me ha salido redonda! —dijo Emma emocionada.

Tras separarse, Sarah la señaló con el dedo y comenzó a reñirle como una hermana mayor.

—No te perdonaré que no hayas querido que fuera a verte, pero lo comprendo.

—Me hubiera puesto mucho más nerviosa. Solo estaba el tribunal, y con sus miembros ya tenía más que suficiente.

—Vamos a ver, Em. Si ya sabías que estabas aprobada, ¿qué más te daba?

—Ya, pero las cosas pueden torcerse en un abrir y cerrar de ojos. No quería exponerme a equivocarme y fastidiarlo todo. Además, luchaba por obtener mi Summa Cum Laude y ¡lo he conseguido! —dijo dando palmaditas y riendo.

Sarah no podía disimular su alegría y lo orgullosa que se sentía. De pronto, se apartó de ella y les dijo a todos los presentes:

—Por favor, ¡atendedme todos! Un gran aplauso para mi mejor amiga, Emma Scott. Hoy se ha convertido en doctora en Física Teórica y ¡va a trabajar en el MIT!

Se oyó un murmullo de asombro generalizado y la gente empezó a aplaudir con ganas. Se levantaron, gritaron vítores y silbaron en señal de aprobación y felicitación. Sarah fue detrás de la barra y la sacó a rastras para que saludara. Emma se tapó la cara con la mano que le quedaba libre, la otra la tenía atrapada su amiga y sabía que no conseguiría escaparse. Se moría de vergüenza. No es que fuera demasiado tímida, pero la respuesta de los clientes había sido algo exagerada para su gusto. Se consoló pensando en que nadie la conocía. O, al menos, eso pensaba ella.

Sarah se acercó a su oreja y le dijo con cariño:

—Saluda, preciosa, te lo has ganado con creces. Aunque no los conozcas, di unas palabras. Hay chicos muy monos aquí. A ver si de paso ligas un poco, ¡que Dios sabe la falta que te hace!

Emma se apartó la mano de la cara y la reprendió con la mirada. Quería con toda el alma a su amiga, pero había que ver lo entrometida que era a todas horas. Ya la mataría más tarde. Hizo acopio de valentía y se dirigió a los presentes con una sonrisa forzada.

—Muchas gracias. Los que quieran mi autógrafo que esperen a la salida por si en unos años gano el Nobel. ¡Nunca se sabe!

Todos soltaron una carcajada y volvieron a vitorearla.

—¡Gracias, amigos! —exclamó, levantando la voz para que se la oyera sobre los aplausos. Hizo una graciosa reverencia y se fue tras la barra con Sarah.

La gente volvió a sentarse y, poco a poco, regresaron a lo suyo.

—Sarah Williams, un día de estos me vengaré y te llevarás...

—El susto de tu vida —terminó, con una sonrisa en la cara—. ¡Anda que no te gusta llamar la atención! Es que no te puedo sacar de casa.

—¿Qué? ¿Encima te burlas? Yo creo que un día de estos te estrangulo y me quedo tan pancha.

Las dos se miraron y se echaron a reír de nuevo.

—Piénsalo así —comenzó Sarah—. En el local hay un montón de tíos buenísimos que saben ahora que eres doctora.

—No, guapa. Piénsalo tú así: ahora hay un montón de tíos buenísimos que no se acercarán a mí a menos de cien metros porque se

sienten amenazados pensando que soy más lista que ellos. Así que me quedo a dos velas otra vez por tu culpa.

Volvieron a reír y Sarah le dio otro abrazo de oso antes de regresar a sus tareas. Había mucha gente en la cola y ya había perdido el tiempo un buen rato. Aunque nadie se quejó por la espera.

Emma salió de detrás de la barra y se colocó en la fila. La poca gente que quedaba la felicitó de nuevo. Ella lo agradeció sonrojada. Giró un instante la cabeza y distinguió a un hombre bastante alto salir de la cafetería con algo de prisa. Tenía el pelo oscuro, con un cuerpo bien trabajado y vestido de forma elegante.

«Vaya, otro que se me ha escapado», pensó, sonriendo para sí.

—Bueno, bueno, doctorcita, ¿lo de siempre? —preguntó con burla cuando le llegó el turno.

—Estoy pensando que esto hay que celebrarlo. Creo que me voy a tomar un Frappuccino.

—¿Qué? ¿No te vas a pedir una caffè latte con vainilla muy muy, pero que muy caliente? —Sarah se echó a reír tras imitar el acento y la manera de expresarse de Emma.

—No seas tan listilla, que ya te vale. Me merezco un Frappuccino de café. ¡Ah!, pero que sea con caramelo. Y un muffin de arándanos —dijo tocando las palmas, celebrando que por fin se comería el dulce que tanto le gustaba.

—Te dejo el Frappuccino y haré como que no te he oído pedir el muffin —respondió Sarah, negando su petición.

—¿Por qué no? ¡Es mi gran día! —se quejó, poniendo morritos y haciendo pucheros.

—Em, cariño, sé lo mucho que te cuesta mantener la línea. Y también que mañana te odiarás a ti misma por caer en la tentación y me pondrás la cabeza como un bombo acerca de la dieta. Que no debo dejarte comer dulces, ni comida basura, ni...

—Vale, vale. ¡Está bien! —dijo entre dientes—. Entonces ponme solo el Frappuccino sin nata, ¿de acuerdo?

—Haremos un trato. Te echo un poco de nata y me llevaré este muffin cuando salga. Si en tu Fit Bit pone que has caminado más de diez mil pasos, te lo dejo comer. ¿Te parece?

Emma sopesó la propuesta unos segundos, hizo un amago de sonrisa y aceptó la oferta de su mejor amiga.

—¡Perfecto! Al final del día habré superado esa cifra, aunque solo sea por mi muffin de arándanos —confirmó.

Las dos se rieron. Pagó el café y se fue al final del mostrador a esperar su turno.

—Toma, preciosa. Ve a mover ese culo para poder zamparte tu preciado premio —dijo Sarah para darle ánimos.

Ella se echó a reír, cogió el Frappuccino y fue andando hacia atrás hasta la puerta de cristal.

—Hasta luego, Sarah. Que te sea leve.

Le guiñó un ojo, se llevó la mano a los labios y le lanzó un sonoro beso. Al no tener ninguna mano libre, pegó un empujón a la puerta con el trasero, como tantas veces, pero con un poco más de energía de lo habitual por la gracia del momento.

Se giró con determinación, chocando con un torso enorme.

—¡Joder! Pero ¿qué? ¿Por qué no miras por dónde...?

Emma escuchó vociferar al hombre con el que había tropezado o, más bien, estampado, quien paró en seco de quejarse.

El café con nata y caramelo había terminado desparramado por el traje de chaqueta de su víctima. Pero el preciado líquido no se conformó únicamente con eso, sino que empapó su propia blusa blanca, dejándola casi transparente.

No se atrevió a mirarlo a la cara, por lo que le habló dirigiendo la vista a la mancha que había provocado su descuido.

—¡Dios mío, lo... lo siento muchísimo! He... he salido distraída porque estaba hablando con mi amiga.

Alzó el rostro para mirarlo a los ojos y se quedó paralizada al ver al hombre más guapo que había visto en su vida. De pronto, pensó en todas las protagonistas de esas novelas que tanto le gustaban y en la manera en que ellas explicaban que, cuando conocían al amor de su vida, se quedaban sin aliento. Cómo todo su ser daba un vuelco y sus mentes decidían cogerse unas pequeñas vacaciones, debido a que no eran capaces de articular palabra. Y es que a ella le acababa de pasar lo mismo, y no era para menos. Aquel hombre tenía los ojos verdes más bonitos que había visto en su vida. Su cara le recordaba a una mezcla entre Chris Hemsworth, Henry Cavill y Hugh Jackman: una belleza imposible. Pasaron unos segundos, pero juraría que el tiempo se había detenido y que podría oír sin dificultad el batir de

alas de una mariposa... Y fue en ese momento cuando se dijo «menudas tonterías estoy pensando».

Cerró y abrió la boca para hablar, pero él se le adelantó.

—No tiene importancia, Emma —dijo el desconocido con lentitud premeditada. Acariciando cada palabra, sin prisa—. La culpa ha sido mía. Estaba enviando un wasap y no estaba atento a lo que ocurría a mi alrededor.

Ella lo reconoció como el hombre que hacía unos minutos había visto salir de la cafetería. Pelo corto negro, con unas ligeras mechas marrones. Una sonrisa de infarto. Labios bien perfilados y carnosos. Dientes perfectos, blanquísimos, y con casi dos metros de estatura. Intentó recomponerse de los pensamientos lascivos que, sin esperarlo, empezaron a pasar a toda velocidad por su mente. Y cada uno de ellos estaba relacionado con lo que le haría a esa boca y a esos labios.

«¡Maldita sea, que va a pensar que soy idiota!», se regañó. «Y esos maravillosos ojos verdes... Un momento».

—¿Nos conocemos? —dijo Emma recelosa.

—Por supuesto. No nos han presentado en persona, pero tu amiga lo ha hecho por ti delante de toda la cafetería, y yo me encontraba dentro. He salido un minuto para atender una llamada, con el ruido no oía. Al volver, te has presentado tú sola de una manera bastante llamativa, ¿no te parece? —Se señaló la gran mancha en su camisa, chaqueta y pantalón.

—Sí, ya lo veo —dijo ella con los ojos muy abiertos.

—En vista de que te he dejado sin café, déjame que te invite a uno —respondió él desbordando amabilidad.

—¿Qué?

Emma estaba perdida en sus ojos verdes aguamarina. Los ojos verdes más claros que había visto de cerca en su vida. El caso era que le recordaba a alguien, pero no conseguía ubicarlo en su memoria. Daba igual, aquel hombre parecía sacado de una de sus películas preferidas, le estaba hablando y quería invitarla a un café. Durante unos instantes, se vio pensando como una adolescente hormonada deslumbrada por su cantante favorito.

Alan hizo un amago de sonrisa. La había impresionado según el plan, de eso estaba seguro, porque ella casi había dejado de respirar y no podía dejar de mirarlo. Rogaba para sí que aún no se acordara de él. Pero

¿cómo iba a hacerlo? Habían pasado más de doce años y solo se habían visto una vez. Se acercó a su bonita cara y le susurró:

—Café, Emma. Anda, ven conmigo.

Aquel extraño recogió el maltrecho vaso de Frappuccino, que se había caído al suelo, y lo tiró a una papelera. Acto seguido, la cogió de la mano y la llevó dentro de la cafetería.

Su amiga se extrañó bastante al verla de nuevo y se preguntó qué hacía cogida de la mano de aquel hombre impresionante. Aunque, lo que más le intrigaba era por qué ambos estaban manchados de café de arriba abajo.

—Pero ¿qué os ha pasado? —preguntó Sarah, moviendo la mano señalando a uno y a otro.

Ella bajó la vista y se puso roja como un tomate.

—Es que me gusta tanto el café de Starbucks que, a veces, me apetece echármelo por encima —bromeó él.

Emma levantó la cabeza de golpe y comenzó a reír, primero con timidez y después, un poco más relajada. Sí, había sido una torpeza, pero era algo que se podía arreglar llevando la ropa a la tintorería. Al darse cuenta de ello, dejó de estar preocupada. Pero no solo no soltó la mano de Alan, sino que apoyó la otra con firmeza en su brazo al reír con mayor intensidad. Nervios. Tensión. Puede que algo de ambas.

Él se contagió de su risa y Sarah se quedó descolocada. No entendía qué era lo que les parecía tan gracioso. Además, ¿quién era ese hombre guapísimo que sujetaba a Emma y que ella tocaba con tanta familiaridad? Desde luego, no se lo había presentado nunca, porque se acordaría con todo lujo de detalles de semejante espécimen.

Él se acercó y le susurró al oído algo que le puso la piel de gallina.

—Adoro tu risa, Emma Scott. —Sabía que se estaba pasando, pero no pudo evitarlo.

—Bueno, Em, ¿no me vas a presentar a tu cómico particular? —dijo Sarah, cortando así el momento de risita floja. Su voz sonaba bastante molesta, ya que no comprendía lo que estaba sucediendo allí.

Emma, poco a poco, dejó de reír y cayó en la cuenta de que no conocía el nombre de aquel chico que la llevaba de la mano y que acababa de poner en alerta todos sus sentidos. Intentó soltarse de su mano, pero él se adelantó y se presentó por su cuenta. De esa forma, la retendría un poco más.

—Soy Alan Storm, encantado de conocerte. —Se acercó a Sarah, la saludó con dos besos al estilo europeo y continuó sosteniendo con suavidad la mano de Emma.

—Soy Sarah. Encantada de conocerte, Alan. —Se fijó en la cara de su amiga y soltó sin más—: Emma, respira, que te estás poniendo azul. ¿De qué os conocéis?

Sarah era siempre directa. Las tonterías no iban con ella y, desde luego, su compañera de piso le iba a dar unas cuantas explicaciones cuando terminara el turno. Como, por ejemplo, el hecho de que había ocultado al dios Apolo para sí misma. Eso no había forma de perdonarlo de ninguna manera.

Emma iba a decir algo, pero Alan se le volvió a adelantar.

—Sarah, le he prometido a Emma que la invitaría a un café, ya que me he tomado el suyo —dijo, señalando con comicidad sus manchas. La miró con intensidad y le preguntó—: ¿Qué era lo que habías pedido, Emma? —repitió su nombre despacio, acariciando cada sílaba.

Alan ya lo sabía, y era consciente de que estaba cruzando una línea muy peligrosa. Aun así, esperaba tener el resultado que deseaba.

Ella, perdida en sus ojos, no era capaz ni de responder. Ese hombre guapísimo la tenía en *shock*. Aún no le había soltado la mano y le hablaba como si la conociera de toda la vida.

«¿Qué demonios está pasando? ¡Ni que esto fuera una película de chico conoce a chica, donde se enamoran en quince minutos porque esta dura hora y media y hay que abreviar!», se dijo al tratar de entender la actitud de él, perdiendo así el hilo de la conversación.

La mente le iba a mil por hora. Esas situaciones no pasaban en la vida real, y aún menos a ella. Se dijo que no era una chica tan inocente como parecía, ni romántica empedernida, ni nada de nada. Sin embargo, tuvo que reconocer que ese hombre le había causado un cortocircuito en la cabeza.

«Pero es que, ¡por favor! Es que es el chico más guapo que he visto en mi vida. ¿Esto ya lo he pensado antes o no? ¡Madre mía, basta! Parezco tonta de remate. Tengo que volver a ser yo misma. Además, la forma tan casual y romántica en la que nos hemos conocido, y él es tan perfecto, tan amable, tan guapo, tan... tan... ¡Maldita sea!». Los pensamientos de Emma se sucedieron sin descanso hasta que, de repente, sintió como si una luz le iluminara el camino. Como cuando las nubes se abren después de una

tormenta y el sol aparece glorioso y brillante. Su reacción fue la de ponerse tan tensa como la cuerda de un violín.

Muy despacio, se deshizo de la mano de Alan. Intentando no mostrar ningún tipo de sentimiento, se volvió hacia él.

—¿Cuánto?

Alan la miró extrañado. No entendía a qué se estaba refiriendo.

—¿Cuánto qué?

Emma movió la cabeza hacia Sarah.

—¿Cuánto te han costado sus servicios?

Alan se quedó paralizado.

«Pero ¿qué...?», pensó él. Creía que era un prostituto que había sido pagado para conocerla y hacer Dios sabe qué con ella. «¡Joder!», se repitió una y otra vez.

Sarah iba a responder, pero Emma, con una expresión que reflejaba el grado de indignación que tenía, no le dio ninguna oportunidad.

—Sarah, ¿en qué estabas pensando? No me esperaba esto de ti. Has malgastado tu dinero, porque no ha colado «don Perfecto» —dijo, señalándolo y moviendo la mano de arriba abajo para abarcar el increíble cuerpo del hombre que tenía al lado. Se llevó la mano a la frente y continuó de forma atropellada—. No me lo puedo creer. ¿Tan necesitada crees que estoy que has contratado a un *gigoló* como regalo de fin de carrera? ¿Quién piensas que soy?

Sarah se quedó petrificada. «Pero ¿qué narices...?», pensó sin poder creérselo.

—Estoy tan enfadada contigo que no creo que te vuelva a hablar en la vida. —Emma miró a su amiga con rabia.

Alan la sujetó del brazo con determinación para que se callara y le respondió con una voz grave que hizo que su piel se erizara.

—Yo no soy ningún *gigoló* ni tu amiga me ha pagado nada para conocerte. Las casualidades ocurren, y la falta de educación y respeto, como acabo de comprobar, también. Por lo visto, cualquiera puede obtener un doctorado por muy estúpido que sea —dijo, liberándole el brazo. Se giró hacia su amiga y le ofreció la mano. Ella aceptó—. Encantado de conocerte, Sarah. Que pases un buen día.

Alan se dio la vuelta y, sin mirar a Emma, salió de Starbucks como alma que lleva el diablo. Estaba frenético.

«Pero ¿qué es lo que acaba de pasar? Me ha confundido con un puto. ¡Venga ya! ¿¡Un puto!? ¿Acaso llevo ropa de...?», pensó ciego por la ira.

Se alejó maldiciendo y sacudiendo su increíble traje del famoso diseñador William Mazzantini, que seguro que lo mataría nada más ver la salvajada que le había hecho a su regalo. Menos mal que era su mejor amigo que, si no, podía ir pensando en volverse a Londres.

«¡Pero qué me importa el traje ni Will! Joder, ¡un puto! ¡Ella piensa que soy...! ¡Será posible!», se dijo aún más enfadado.

Emma creía que todo había sido un montaje, que su amiga le había buscado un prostituto para celebrar su gran triunfo. Pero se había equivocado de lleno, y él se había marchado hecho una furia.

En realidad, sí que era un montaje: era el montaje de Alan, aunque no había salido como lo había orquestado.

Sin poder retenerse, terminó dándole vueltas al resultado del desastre del primer encuentro. Y no pudo sino pensar:

«Vaya mierda de inicio de plan».

CAPÍTULO 3. tierra, trágame

Las dos vieron cómo Alan salía de Starbucks a grandes zancadas y, por la forma, parecía ir hecho una furia.

Sarah se dirigió a Emma muy enfadada.

—Termino mi turno en una hora. Para entonces espero que tengas la disculpa de tu vida porque, ahora mismo, soy yo la que te dejaría de hablar para siempre. Estoy tan enfadada que no sé ni qué decirte. Lo mejor será que te vayas y nos vemos en casa.

Emma cerró los ojos muy despacio. Suspiró avergonzada y de sus labios salió una diminuta disculpa. Esta tenía un trasfondo que le llegó a Sarah al corazón, aún con lo enfadadísima que estaba.

—Lo siento mucho, «hermanita».

Le empezó a temblar el mentón y los ojos se le llenaron de lágrimas, que contuvo sin saber cómo. Acababa de hacerle daño a su mejor amiga pensando lo peor de ella. Sarah era la única persona, a parte de su abuela, que la quería en el mundo. Y, aunque no fueran familia, siempre se había portado como lo que acababa de llamarla: como una hermana.

Sarah conocía todo sobre ella. Su terrible pasado, su dolor y toda la espantosa historia que le había tocado vivir por obra de un destino que era un auténtico cínico. Lo sabía todo, sí, pero eso no era excusa para que pensara siempre de ese modo. «¡Otra vez me ha tratado con el mismo rasero con el que trata al resto!», se quejó dolida. «No puede continuar así. Debe encontrar a alguien que la ayude a superarlo o no avanzará nunca», pensó mientras decidía qué responderle. Al no encontrar las palabras adecuadas, solo contestó con un ligero movimiento de cabeza. Después volvió detrás del mostrador.

Emma se dio cuenta de que, antes de intentar arreglarlo, lo mejor que podía hacer era alejarse y rumiar el tremendo error que había cometido.

—Te espero en casa. Yo... Después nos vemos —susurró.

Sarah asintió una vez y prestó toda su atención al siguiente cliente.

Emma, derrotada, se dio la vuelta muy despacio y salió de la cafetería. ¿Cómo le había cambiado el día de esa manera? Hacía apenas media hora estaba pletórica. Había conseguido su logro más esperado: se

había convertido en doctora. Tenía un trabajo increíble esperándola, que comenzaría en apenas seis semanas, y acababa de estropear la tarde de forma monumental. En eso sí que había logrado el Summa Cum Laude.

«Pero ¿cómo se me ha ocurrido semejante locura? ¿Cómo se le iba ocurrir a mi mejor hacerme nada parecido? ¿Por qué siempre espero lo peor de todo el mundo?», se regañó con razón.

Lo sabía de sobra. Sarah siempre le reprochaba lo mismo. En algún momento tendría que empezar a confiar en los demás y a pensar que no siempre querían hacerle daño o aprovecharse de ella. Aunque su experiencia en la vida no había sido un lecho de rosas debía dejar de utilizarla como excusa, ya que medía todo con el mismo rasero. Todo menos su trabajo, que era lo único que la llenaba por completo. La Física y las Matemáticas no dañaban, no traicionaban ni engañaban a nadie.

«¿Cómo me he podido equivocar tanto?», se volvió a reprochar.

Deseó con todas sus fuerzas que la tierra se la tragara. No soportaba cómo la había mirado Sarah. Sabía que le había hecho daño y que tendría que repararlo lo antes posible si no quería perder a la única amiga que tenía.

Y también estaba él. Ese hombre guapísimo que había puesto perdido de café de la cabeza a los pies y que la había sujetado de la mano.

«Dios, Alan, ¡cómo me ha mirado también! Es verdad que he insinuado que era... que he creído... ¡Maldita sea, que lo he tratado de *gigoló*!», se riñó, sujetándose la frente con la mano y sintiéndose bastante abochornada.

Debía buscarlo y pedirle disculpas. Sin duda, iba a ser bastante complicado porque no sabía cómo se le pedía perdón a una persona a la que acabas de insultar sin ni siquiera mantener una conversación de cinco minutos. Emma pensó que, si hubiera querido hacerlo peor, hubiera sido muy difícil superarlo.

«¡Maldita sea mi cabeza, mi imaginación y mi boca! ¡Maldito filtro cerebro-boca! Pensándolo mejor, no sé dónde lo he metido, ya que me hubiera venido de perilla en un momento como este. Pero ¿cómo he podido malinterpretar esta situación de forma tan retorcida?», volvió a recriminarse.

Lo cierto es que nadie podía dudar de que Emma era muy inteligente. Lo que se consideraría una verdadera superdotada en su campo de estudio, pero también malpensada e inexperta en cuanto a las relaciones humanas. Sobre todo, con el sexo opuesto. Reflexionó unos segundos y

llegó a la conclusión de que debería centrarse solo en lo que hacía bien y punto. Tras este pensamiento asumió que sus relaciones con hombres estaban llegando a un punto sin retorno.

«¿Es que no soy capaz de hablar con un chico medio atractivo sin decir ninguna estupidez? Y, claro, hoy he tenido que conocer al maldito Eros encarnado en un hombre de ojos increíbles y del tamaño de un armario ropero. Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Dios! Aunque esos ojos, ¿dónde los he visto antes? ¡Maldita memoria selectiva!», se quejó. Por mucho que se estrujaba el cerebro, no era capaz de enfocar sus recuerdos. Claro, que los traumas es lo que tienen: algunas veces machacan sin parar de recordar todo lo malo que ha pasado o, como en el caso de Emma, provocan amnesia para esconder, con un velo oscuro y tupido, las malas vivencias, así como los horrores experimentados.

De alguna manera, sabía que esos ojos ya los había visto. Pero ¿dónde? No era capaz de recordarlo, y tampoco era el momento adecuado de martirizarse con intentar buscar en la memoria aquellos instantes a los que sabía que no iba a poder acceder.

Bajó corriendo los pocos escalones de la entrada de Starbucks y miró a ambos lados de la calle con la esperanza de encontrarlo para disculparse. Aunque algo le decía que no supondría ninguna diferencia. Ya había herido su amor propio, y eso era algo difícil de reparar. Además, no sabía si iba a ser capaz de decir las palabras correctas para pedir perdón, porque nunca lo hacía, y no conocía el motivo. O puede que sí. Lo cierto era que las disculpas que acababa de darle a Sarah eran las primeras que ofrecía desde siempre. No recordaba haber pedido perdón desde el terrible «suceso», ya que jamás cometía errores.

No se pueden cometer si no corres riesgos. Y ella había dejado de exponerse a ellos hacía muchísimo tiempo.

—¡Deja de pensar en eso! —se recriminó en voz alta para que llegara hasta el fondo de su cerebro.

De pronto, se sintió paralizada. Sabía que le debía unas disculpas. Pese a que sopesó durante un instante no decirle nada, algo despertó en ella la necesidad de que la perdonara. Ese pensamiento estaba muy por encima de cualquier lógica. Sentía como si su vida casi estuviera en sus manos, como si se lo debiera por algún motivo, como si de él dependiera algo importante y crucial. No tenía tiempo para buscar más explicaciones. Tenía que hacerlo y punto.

Giró la cabeza hacia la derecha y, a unos quince metros, Alan estaba detenido en mitad de la acera, sacudiendo la mano en el aire. Parecía que estaba hablando con alguien por teléfono y se le veía muy enfadado.

Emma miró hacia el cielo, pidiendo ayuda. Suspiró con pesadez, hizo acopio de valentía y emprendió una rápida carrera hasta alcanzarlo.

—¡Pues no! ¿Qué? No lo sé, ¡joder! ¡Esto es increíble! No pienso ir; se acabó la discusión. Solo te llamaba para que lo supieras... Porque estoy tan enfadado que no sería una compañía muy agradable.

Emma sonrió al escuchar el acento inglés de Alan. Sin embargo, cuando se dio cuenta del tono de la conversación, no pudo dejarlo continuar. Le daba la sensación de que tenía una cita, y ella se la había estropeado. Estaba claro que el café en aquel carísimo traje no era muy favorecedor. Y si había quedado con una chica, que, con seguridad, sería como sacada de un catálogo de lencería, no le gustaría nada que se presentara hecho unos zorros. Durante un segundo, aquel pensamiento le molestó más de lo que esperaba. «¡Ni que tuviera celos! Pero si lo conozco desde hace cuánto, ¿un segundo? Tanto estudiar me está volviendo idiota», discutió consigo misma. Se acercó con discreción y le tocó en el hombro para que se diera la vuelta. Estaba tan exaltado que no la había oído.

Alan notó una mano y giró el cuerpo de forma instintiva hacia ese lado. Se quedó sin palabras. Era ella.

«Me ha seguido», pensó. Claro que no sabía para qué; pero, por su expresión, imaginó que era para pedirle disculpas. Esa sería una buena excusa para poner de nuevo en marcha el plan, ya que, por ahora, se había hechos trizas, y recomponerlo no iba a ser tarea fácil. Iba a preguntarle qué hacía allí, pero, para su sorpresa, no fue capaz de articular ni una sola palabra. En cambio, el corazón le comenzó a bombear con fuerza y lo único que consiguió hacer fue colgar la llamada, pese a que aún se oía a alguien al otro lado. Se quedó mirando con admiración a la mujer que amaba desde que tenía memoria. Aunque no la conocía en persona y, tampoco había hablado con ella hasta el momento en el que se conocieron en la cafetería, estaba al corriente de cada libro que había estudiado, amiga o amigo que había tenido, novio, salida o visita a su encantadora abuela. «¡Dios, soy un maldito espía de su vida!», pensó, censurándose por su comportamiento.

Llevaba desde los dieciocho cuidando de ella a su manera. Tenía miles de fotos suyas. Había oído todas las conversaciones realizadas con su móvil, leído cada chat, wasap, email... Todo. Su vida era un libro abierto

para él. Conocía cada pensamiento, duda o esperanza de Emma. Y eso era hacer trampa de una manera repugnante y enfermiza. Pero siempre se excusaba diciéndose que era por su bien. Alan, de forma literal, la protegía. Aunque, claro, sin su conocimiento.

Fue al cumplir la mayoría de edad cuando decidió contratar a un guardaespaldas para vigilarla las veinticuatro horas del día y así mantenerla a salvo. Todo se precipitó al recibir la parte de la inmensa fortuna de la que era heredero por derecho. Algo que fue inesperado, puesto que sus padres aún seguían vivos. La herencia se había repartido antes de tiempo por culpa del juicio, y porque sus padres no podían soportar mirarlo a la cara. Así que prefirieron darle lo que le correspondía y deshacerse de él desde ese mismo momento. De hecho, llevaban cerca de once años sin hablarse.

Por suerte, tenía algunas personas a su alrededor que lo habían querido desde siempre. Personas que abandonaron a su padre sin pestañear y que lo ayudaron a amasar una fortuna, mucho más grande que la recibida, gracias a magníficas inversiones y compra de empresas en auge. Él no tenía ni idea de lo que hacían, solo sabía que sus negocios eran prósperos y, gracias a eso, se podía dedicar a lo que más le gustaba: enseñar física. Fue un golpe de suerte que Emma estudiara la misma carrera y se decantara por la universidad donde trabajaba su mentor. Parecía que el destino quería echarle una mano para arreglar aquel giro inesperado que cambió sus vidas para siempre. Hay que admitir que, a veces, las casualidades existen; y ese era un magnífico ejemplo.

Emma miraba distraída al suelo a la vez que retorció con lentitud las manos. Cogió fuerzas, levantó el mentón y miró a los penetrantes ojos verdes de Alan.

—Por favor, no... no me mires así —dijo con voz angustiada—. Yo... siento mucho lo de la cafetería. No sé cómo se me ha ocurrido algo semejante. Has sido muy amable, incluso después de cómo te he puesto con el café, y yo he conseguido ser la mayor grosera de la historia insinuando aquella cosa tan horrible que te he dicho.

Alan seguía sin moverse, sin pestañear siquiera. Emma tenía la cara más bonita que había visto en su vida. No se cansaba de mirarla. Conocía cada rasgo y, para él, todo en ella era perfecto. Su pelo negro, sus ojos marrones, su graciosa naricilla, sus labios sensuales que invitaban a ser besados...

—¡Céntrate, Alan! —soltó sin pensar.

—¿Qué? —preguntó extrañada.

«Joder, ¡lo he dicho en voz alta!», se reprendió él.

—Quiero decir, ¿qué decías? —disimuló como pudo. «Desde luego, eres un lumbreras, Alan», se volvió a regañar.

—Pues que lo siento y que, si me lo permites, me gustaría invitarte a un café. Prometo de corazón que no te lo voy a tirar encima. Además, me gustaría pedirle de nuevo disculpas a Sarah, que menudo enfado tiene también. Es que soy única interpretando situaciones, digamos, imprevistas. Y otra vez mejor me quedo calladita, pero es que siempre consigo...

Alan hubiera jurado que el tamaño de su corazón se había triplicado porque no le cabía en el pecho. Allí estaba ella, nerviosa, preciosa y pidiéndole perdón. Él era el que tenía que pedirle perdón de rodillas el resto de su vida y no sería suficiente. Despacio, llevó el dedo índice a los labios de ella para hacerla callar.

—Gracias, Emma. Por supuesto que acepto tus disculpas. Aunque, lamentándolo mucho, tengo que rechazar ese café. Tengo una cita y he de ir antes a casa para cambiarme. —Se señaló a sí mismo con la mano, recordándole con gracia el desaguisado que ella había provocado—. Pero me puedes recompensar explicándome cómo llegaste a esa conclusión cenando conmigo. Mañana viernes, ¿a las ocho?

Emma abrió la boca y pestañeó. Recuperó como pudo la compostura y pensó a toda prisa.

—Mira, Alan, yo... Eres muy amable, solo que no puedo cenar contigo el viernes, quiero decir, mañana. Gracias por aceptar mis disculpas, de verdad, pero eso era todo lo que quería decirte. Si tienes que irte, lo entiendo. No tienes que invitarme a nada, no es necesario. Además, a tu pareja no creo que le haga ninguna gracia que quedes conmigo, así que yo no...

—¿Me estás rechazando después de lo que me has hecho y dicho? —Alan se llevó la mano al corazón y negó un par de veces. Cerró con fuerza los ojos e hizo una mueca para hacerla sonreír—. Acabas de terminar de machacarme. Te he perdonado y, aun así, me rechazas. Pero, bueno, ¿qué tiene que hacer un hombre para poder agradarte, doctora?

Emma no se lo podía creer. «Y esto, ¿a qué viene? ¿Ahora se va a poner en plan gracioso?». Lo miró con descaro. «Pero ¡qué guapísimo es! Y encima simpático, bien educado. Guapísimo, espera, eso ya lo he pensado

antes...». Todas las alarmas de su cerebro le estaban mandando señales contrarias. Dile que sí. Dile que no. Dile... Dile...

«Parezco tonta de remate», se recriminó. «¡Deja de leer novelas románticas ya!», hizo una nota mental para recordarlo. Recuperó la compostura y decidió responderle la verdad.

—No salgo con hombres comprometidos. Me niego. Aunque solo sea una cena sin pretensiones. No lo hago y punto. Tú seguro que tienes novia o novio o mujer o marido, lo que sea; y yo no voy a ser la tercera en discordia...

Los ojos de Alan se abrieron de golpe. Otra vez lo estaba haciendo. Estaba llegando a una conclusión errónea y construyendo un maldito castillo en el aire de la nada. Sin pensarlo, le puso el dedo otra vez en la boca para detenerla.

—Emma, por el amor de Dios, no digas nada más. No tengo pareja y, por supuesto, no soy gay. No tengo nada en contra de los gais, para nada, pero no lo soy —dijo, recalcando las tres últimas palabras—. ¿De acuerdo? No sé cómo has llegado a esa conclusión, pero me estás empezando a dar miedo. De modo que antes de pensar algo más, digamos, inesperado, ¿por qué no me preguntas y así te ahorras las disculpas después?

Emma se llevó ambas manos a la cara. Segundo error garrafal del día. Si es que la cosa no paraba de mejorar.

—¡Dios, lo siento! Te debo parecer una... No sé ni qué decir. Me estoy cubriendo de gloria por momentos y no entiendo por qué sigues hablando conmigo. Si fuera al revés, hace rato que te habría mandado a freír espárragos, por decirlo con suavidad.

Alan comenzó a reír.

—La verdad es que sí que está siendo un día interesante. En menos de una hora me has manchado de arriba abajo, llamado puto y gay. Esto, ¿y si nos casamos? Lo digo porque así mi vida sería de lo más movidita.

Emma se mordió el labio, pero no pudo contener la risa. Alan tampoco.

—Desde luego, soy una joyita por descubrir.

—No te quepa la menor duda —dijo él muy despacio.

—Anda que...

Emma se sentía febril y mareada.

«Por favor, ¿dónde está la cámara oculta? ¿Cuándo va a aparecer el presentador diciendo: todo esto ha sido una broma!», pensó. Pero no, allí

solo estaban ellos dos y, por muy ciega que estuviera, se daba cuenta de que ese hombre la miraba de una manera que o ella era muy cortita, o la estaba examinando como si fuera a devorarla de un momento a otro. Lo peor de todo es que dejaría que lo hiciera sin oponer resistencia.

Y se perdió más tiempo del debido divagando. «¿Dónde he visto esos ojos? ¿En internet? Ya está, seguro que es un modelo o algo por el estilo, porque menudo cuerpo. ¡Dios! ¿Por qué tiene que ser tan guapo? A cenar. ¿Me ha invitado a cenar después de todo lo que le he dicho? Eso es, ahí está el fallo: le falta un tornillo. O no, espera, le va el sado. A ver, le he manchado e insultado ¿y quiere salir a cenar conmigo? ¿Le gustará ese tipo de relación? Pues qué decepción, porque conmigo no van esos juegos ni perversiones. Pero ¿qué idioteces estoy pensando? Si Eros te invita a cenar, le dices ¿a qué hora? No te planteas la existencia de... ¡Maldita sea! Esto es la falta de azúcar en el cerebro, seguro».

Él la sacó de sus elucubraciones.

—Bueno, no me has respondido aún. ¿Quieres cenar conmigo?

Alan cerró divertido ambos ojos, subió los hombros y ladeó un poco la cabeza, como cuando sabes que se va a producir un estallido.

—Sí —dijo sin saber de dónde había salido la respuesta. O sí lo sabía, el caso es que aceptó sin volver a planteárselo.

Él abrió primero un ojo y después el otro.

—¿Qué has dicho? —preguntó, oyendo como el corazón le retumbaba en los oídos.

—Que sí, que cenaré contigo.

Emma pudo percibir el momento exacto en el que él echaba los hombros hacia atrás, mostrando su impresionante envergadura. Ese cambio de postura provocó que su imaginación le volviera a jugar una mala pasada. «Dios, pero ¿cuánto mide? Dos metros, no, tres metros por lo menos. Pero este hombre, ¿qué es? ¿Culturista, profesor de kickboxing o Superman? Otra vez se me está yendo la cabeza y vuelvo a ser una adolescente. ¡Qué diíta llevo!».

Mientras ella se volvía a perder en sus pensamientos, él continuó observándola y comenzó a darse cuenta de que, contra todo pronóstico, lo había conseguido. Tras el bochornoso inicio de la tarde, el destino había consentido echarle una mano de nuevo. El destino o quien fuera.

—Perfecto —respondió él. Todo encajaba por fin—. Por cierto, yo también quiero pedirte perdón por lo que te he dicho antes: eso de que

cualquiera podía obtener un doctorado.

Emma levantó la mano para que no continuara.

—No, no termines la frase. Me lo merecía. Eso, y mucho más. Sobre todo, después del resto de perlititas que se me han ocurrido. Sí, hoy está siendo un día la mar de interesante. Creo que los nervios por la exposición de mi tesis han sido los culpables de todas las sandeces que se me han ocurrido.

—La verdad es que nunca me habían tomado por un chico de compañía y gay. Si es por el Mazzantini —dijo divertido, señalándose el desastre que una vez había sido un traje impecable—, Will se va a cabrear mucho. Y cuando le diga que parecía un *gigoló*, no sé si se va a echar a reír o llorar. Aunque lo de gay no creo que le importe.

—Mazzantini, ¿llevas un traje de diseño de William Mazzantini?
—preguntó Emma con los ojos muy abiertos y con la voz bastante más aguda de lo que le hubiera gustado.

—Sí —asintió.

—¿Me estás diciendo que te he lavado en café un traje de diseño?
—Su voz sonaba cada vez más aguda. Él sonrió divertido al ver su reacción y volvió a asentir—. Y dices que es tu amigo, por supuesto. —Se llevó la mano a la frente antes de continuar con su perorata—. Uno de los diseñadores más prestigiosos del mundo y es tu amigo, claro. No tengo perdón. ¿Sabes que mi abuela lo adora? Y, claro, para redondear la tarde, te he fastidiado un traje que vale más que mi beca. No me lo puedo creer. ¡Esta vez sí que me he cubierto de gloria! Si es que...

A Emma parecía que le hubiesen dado cuerda. William Mazzantini era el diseñador de moda preferido de su abuela y, por ende, el suyo también. De líneas elegantes, telas maravillosas y diseños modernos. Ella solo tenía de él un pañuelo de seda. Era lo único que había considerado que podía comprar con su beca, y lo atesoraba como su bien máspreciado. No podía perdonarse el haber fastidiado uno de sus diseños y, además, al modelo que lo llevaba, que más que espectacular, estaba rozando lo divino. Sí, su abuela le iba a dar un buen rapapolvo.

Mientras la escuchaba, Alan no podía parar de pensar que era preciosa. Le hizo gracia su angustia por haberlo manchado. Le daría las gracias por obligarlo a ponerse ese traje de rayas gris marengo, o como narices lo hubiera llamado Will. El caso es que su amigo se lo había

regalado sin darle importancia porque decía que le iba a la perfección a sus «ojos de hechicero», como lo llamaba de manera cariñosa.

William era homosexual, y también uno de los hombres más nobles y leales que había conocido. Lo poco bueno que le había sucedido en Londres, tras haberse separado de su familia, era haber conocido a ese loco en un Starbucks hacía como mil años. Quién le iba a decir que sería uno de los mayores *influencers* en el mundo de la moda. Y todo lo había conseguido por méritos propios. Alan solo le hizo un préstamo para poder empezar, sin embargo, en poco más de un año ya le había devuelto hasta el último penique. Su amigo era un hombre de honor, y la oveja negra de una familia de la alta sociedad londinense. Su padre era de la nobleza italiana y su madre de la inglesa. El caso es que había caído en desgracia por su orientación sexual y había sido repudiado en la adolescencia. En el fondo, eran dos almas olvidadas por sus respectivas familias que se encontraron porque el destino fue así de caprichoso.

—Will... —Alan intentó decir algo, pero Emma no se dio cuenta, ya que no paraba de hablar.

—Y, como te he dicho antes, mi abuela lo adora. La verdad es que a mí también me gusta muchísimo, pero no puedo permitirme el lujo de comprarme un diseño suyo y... Alan, ¿estás ahí?

Él sonrió para sí.

—Pues claro. ¿Sabes? Me encanta oírte hablar —respondió. Esta vez, sonriéndole a ella.

—Alan, yo no paro de hablar. Nunca. Ni bajo agua. Según mi amiga Sarah soy como Obélix. Pero, en vez de caerme en la marmita de poción mágica para ser más fuerte, mi marmita era de las que daban el habla. Claro, me empaché como Obélix y, pues eso, que no paro.

—Pues no pares porque es muy estimulante oírte. Volviendo a lo que decías, nunca hubiera podido imaginar que a tu abuela le gustara el estilo de William.

—¿Bromeas? ¡Si hasta tiene un vestido suyo! Uno real, no una copia. Aunque le molesta un poco que solo diseñe para jovencitas, pero ese vestido en concreto es para todas las edades, como dice ella. Siempre me repite que si tuviera veinte años menos no se le escaparía.

—¿Quién? —preguntó Alan.

—Pues quién va a ser, William —aclaró ella.

—¿Will?

—¡Sí! —dijo riendo.

—Pero ¿tu abuela sabe que Will es gay?

—Sí, claro. Pero siempre dice que eso es porque no le han...

—¿Qué? —Alan tenía mucha curiosidad por saber el resto.

—¡No! Es que es muy fuerte y me da vergüenza —confesó nerviosa.

—¡Venga ya! Me lo tienes que decir —le insistió él.

—¿Qué no!

—Pero ¡que ahora mismo! En serio, que no me voy a escandalizar ni nada. Te aseguro que soy mayor de edad. ¡Y me muero por saberlo!

Emma le dedicó una sonrisa increíble, que lo dejó sin aliento, y comenzó a contarle lo que deseaba saber.

—Vaaaale, está bien. Bueno, siempre dice que es gay porque no le han echado los mejores «cinco minutos» de su vida. Que si ella le hubiera pillado hace veinte años, le hubiera pasado al «lado oscuro» y no miraría a ningún chico por muy bien dotado que estuviera.

Alan se quedó con la boca abierta y empezó a carcajearse. Cuando se lo contara a su amigo, no se lo iba a creer. Ella no pudo contenerse tampoco y también se echó a reír. Su risa era contagiosa y se sentía tan bien con él que, por un momento, sus demonios la abandonaron.

—Venga, deja de reírte —pidió ella.

—Lo siento. Pero ¿qué edad tiene tu abuela?

—Solo sesenta años. Aún es joven.

—Esto va a matar a William de la risa. Cuando le diga que una abuela de sesenta años lo quiere meter de nuevo en el armario.

—¡No le vayas a decir eso, por Dios! ¡Qué vergüenza!

—Se la tengo que presentar. Es más, en cuanto se lo cuente me va a exigir conocerla —aseguró Alan.

—¿De verdad? —preguntó sin poder creérselo.

—Sí, de verdad.

—Lo estás diciendo en serio —reiteró Emma.

—Claro que sí.

—Le quieres presentar a mi abuela a William Mazzantini.

—Por supuesto, y hasta estoy por grabarlo con el móvil para la posteridad. ¡Va a ser memorable! —dijo Alan.

Los dos volvieron a echarse a reír.

«Qué fácil es hablar con él», pensó ella. Se sentía tan a gusto, tan serena, sin palpitaciones, sin ahogos, sin...

Alan no se percató del pequeño lapso de tiempo que Emma dejó de oírle al estar sumida, de nuevo, en su propio mundo.

—Tu abuela tiene que ser de aúpa —continuó él—, y seguro que Will la hace su musa: de eso no tengo ninguna duda. Siempre ha querido llegar más clientas, y tu abuela puede ser la excusa perfecta para empezar a hacer modelos para mujeres de más de veinticinco años.

Silencio.

Emma se quedó mirándolo, esperanzada. «Parece un buen chico... Por favor, que sea así de verdad», esta pequeña plegaria se coló en sus pensamientos.

—¿Estás bien? —preguntó extrañado al ver que ella no había vuelto a hablar.

—¿Qué? ¡Sí! Es que me ha hecho mucha gracia —respondió al azar.

—Y a mí —confirmó Alan.

Silencio. Miradas. Sonrisas. Anhelos.

«No puedo seguir aquí. Vete antes de decir algo de lo que puedas arrepentirte», se regañó Alan.

Y es que deseaba quedarse con ella. Quería cenar, dormir y pasar el resto de su vida con ella, pero no podía mostrar tan pronto sus cartas. Tenía que ser cauteloso. Había que hacer las cosas despacio porque, si no, ella se agobiaría, y no debía llegar a ese punto. Someterla a esa presión el primer día sería un gran error y, aunque se muriera por hacerlo, no iba a satisfacer su deseo. Aún no.

Sonrió y, ladeando la cabeza, le dijo lo que no quería.

—¿Qué? —preguntó ella al ver su cara.

—Nada, es que me tengo que ir. —Alan le dedicó una pequeña sonrisa—. Me lo he pasado muy bien, Emma.

—Claro, sí. ¿Cómo? ¿Qué te lo has pasado muy bien? —Ella dejó escapar una ligera risa—. Tus citas tienen que ser increíblemente nefastas para que esto te haya parecido muy bien. Quiero decir... Esto no es una cita ni nada, no me malinterpretes.

Alan no pudo sino echarse a reír. Emma tenía razón, pero era lo que sentía en ese momento. Sí que se lo había pasado muy bien, y no era capaz de calificarlo de otro modo.

—Te lo he dicho antes: cástate conmigo porque mi vida es muy aburrida —dijo él entre bromas y veras.

Se echó a reír, pero, esta vez, Alan no. Él solo la miraba con mucha intensidad, como si quisiera ver a través de ella. De manera inesperada, Emma le soltó una frase que le dejó sorprendido.

—Bueno, tú preséntale a mi abuela a William y veremos lo que podemos hacer. Ya sé que irías muy bien vestido y, sin duda, con eso has ganado un punto. —Emma torció el labio con gracia y continuó con la broma—. Lo malo es que no sé qué tal serías en la cama, teniendo en cuenta que tu mejor amigo es gay. Igual no soy lo que buscas. Aunque, claro, ya me has dicho que no lo eres, pero no sé yo. Tan bien peinado, tan bien vestido, y ese cuerpo de gimnasio. Las señales están ahí y... —dijo, señalándolo de arriba abajo—, me parece que al final estás con un pie dentro y otro fuera del armario, y no me gusta interrumpir el tráfico...

Alan dibujó una sonrisa. Ella estaba bromeando, sí, pero le había vuelto a llamar gay. Y, aunque eso no le importara lo más mínimo, le iba a dejar las cosas claras de una vez por todas. Con bromas o sin ellas no iba a consentir que cuestionara ni de lejos su hombría. De modo que no se lo pensó dos veces. Se acercó como un lobo a su presa, la cogió con decisión de ambos lados de la cara y le plantó un beso que la dejó paralizada.

Sus labios eran tibios, sedosos e incitaban a perderse en ellos.

El beso fue perfecto. La presión, la pasión, la ¿dulzura?

Emma sintió que la estaba besando como cuando quieres a alguien de verdad. Eso, o ella se estaba volviendo loca. Dejó de preguntarse cuál de sus muchas «encantadoras» palabras habían llevado a pulsar el detonante para que él estuviera dejándose la piel en demostrarle que estaba muy equivocada.

Despacio, como si lo hubieran hecho desde siempre y tuvieran todo el tiempo del mundo, sus respiraciones se acompasaron, así como el movimiento de sus labios. Lento, profundo, sincronizado e inmejorable.

Ella lo agarró de las solapas y lo acercó un poco más. ¿Por qué lo hizo? Ni ella misma podría decirlo.

Si hubiera sido por Alan, hubiera seguido besándola hasta el fin de sus días, pero su razón se impuso a su instinto y, despacio, se separó. Posó su frente con suavidad en la de ella, resoplando como si hubiera corrido una maratón.

—No soy gay —susurró, alargando cada palabra—. ¿Aclarado?

—Sss... sí. Aclarado —respondió Emma como si lo hubiera acompañado codo con codo en esa maratón.

Y es que, en cierto modo, así había sido.

CAPÍTULO 4. el hombre propone y dios dispone

Con una lentitud cómplice, como si ambos intentaran alargar el tiempo, Alan acabó de separarse de Emma, que le soltó las solapas de la chaqueta.

«¿¡Acabo de besarla!?», se regañó con una mezcolanza de sentimientos. Tras recriminarse duramente por dejarse llevar, se preguntó para qué había dedicado tanto tiempo en planificar ese momento si, nada más poner su plan en marcha, no había seguido ni una maldita directriz. Daba igual que hubiera imaginado esa escena cientos de veces: el resultado no se acercaba ni por asomo al esperado. Primero, el baño en café y, segundo, los calificativos de Emma.

«¡Dios, esta mujer tiene una imaginación desbordante!», se dijo. Sin duda, todos esos años observándola no se habían acercado ni de lejos a lo que su cerebro podía deducir en un segundo: prostituto y gay. Sin poder salir de su asombro, continuó con sus reflexiones. «¿Se puede saber para qué me he matado en pensar y planificar este día una y otra vez si no he hecho nada de lo que tenía en mente? ¿Cómo era el maldito dicho? Ah, sí. «El hombre propone y Dios dispone».

En realidad, no se estaba quejando. Se sentía muy agradecido de que el destino hubiera dispuesto ese beso. De pronto, pensó en qué pasaría si no siguiera el plan porque, si así había resultado nada más comenzar, ¿cómo iba a lograr controlar el resto? En fin, eso ya se vería. Por ahora, solo estaba dispuesto a centrarse en el hecho de que el proceso se hubiera acelerado un poco. Bueno, vale, mucho, ya que tenía el primer beso planeado para la segunda o, quizás, la tercera cita. «No debería haberla besado. Pero ¿a quién quiero engañar? ¿Segunda o tercera cita? Sí, seguro», se respondió. Sabía de sobra que eso no iba a pasar, pero tampoco quería intimidarla o asustarla nada más conocerla. Desde luego, eso era lo que menos deseaba; aunque, claro, su instinto de Neandertal se había impuesto a todo lo demás y la había besado. No es que hubiera sentido amenazada su hombría. Bueno, no mucho. Bueno, vale, un montón. Pero sintió que necesitaba sacarla del error lo antes posible. Recordó otro refrán: «Un hecho vale más que mil palabras». Pues nada, ahí estaba su hecho.

«Hoy qué es, ¿el maldito día de los dichos y refranes?», se quejó. Pues eso parecía. Y aunque Emma había sido sorprendida por su efusividad, por un milagro que luego pensaría a quién agradecer, le había devuelto el beso. Sin duda, estaba tan afectada como él, ya que resoplaba como si hubiera hecho dos horas de spinning sin tener el mínimo descanso.

«Bien, muy bien», se dijo.

Alan sonrió y, por acto reflejo, ella le devolvió la sonrisa.

—¿En qué te has quedado pensando? —preguntó ella.

—En que me encanta haberte aclarado este punto. ¿Necesitas que te aclare alguno más?, porque estaría encantado de sacarte de cualquier duda extra que te pudiera surgir; y en cualquier momento que lo necesites.

Alan sabía que acababa de lanzar una bomba y esperaba que ella se lo tomara a bien. La miró de una manera que no dejaba duda a lo que se estaba refiriendo.

Emma se quedó con la boca abierta unos segundos.

—¡Eres un presuntuoso!

«¿Será creído y vanidoso? Pero ¿quién se cree que es?». Ella misma se respondió a esa pregunta. «Pues un hombre guapísimo con un cuerpo atlético increíble y con una sexualidad y sensualidad que seguro que puede desnudarte solo con guiñar un ojo. O incluso bajando el párpado, ¡vete tú a saber! ¡Madre mía, la de tonterías que se le pueden pasar a una por la cabeza cuando el clon moreno de una mezcla entre Thor y el Capitán América te da un beso! Vale, ¡dejar a la de ya de ver *Los Vengadores!*».

Una cosa estaba clara: ella le había devuelto el beso. Pero es que solo una loca de remate habría rechazado a un hombre así, ¿no? ¿Estaría muy necesitada? Uf, sí. Lo cierto es que sí. Necesitaba que alguien la amara de verdad, de sentir una pasión desbordante y de tener compañía y amistad. Todo su cuerpo añoraba que alguien la abrazara con todas sus fuerzas. En ese momento, que era el menos indicado, recordó a su madre y hermana. La triste realidad era que ni sus abrazos ni besos regresarían nunca más. Fue cuando eligió que aceptaría los de Alan. Quería amar por encima de todo. Había perdido mucho, muchísimo en su vida. Pero los suyos, pese a que solo acababa de conocerlo, no los perdería.

Se quedó mirando a la nada, sin añadir ni una sola palabra, hasta que él la devolvió a la conversación.

—¿Sigues ahí?

—Sí, claro.

—Ahora eres tú la que te has quedado pensando. En qué, si puede saberse.

—Bueno, no sé si me arrepentiré de decir esto, pero pensaba en que tendré en cuenta tu... ofrecimiento para mis futuras necesidades, ya que te veo tan decidido a satisfacer cualquiera de ellas. —Frunció los labios y se sonrojó de la cabeza a los pies.

«Pero ¿esto a qué viene? Dios, ¡este hombre me está haciendo perder el norte!», se dijo. Sin saber cómo actuar, lo único que se le ocurrió fue sonreír y él hizo lo mismo.

—Esta me la apunto, doctora.

Alan se dio cuenta de que debía irse o cometería alguna locura. Solo le faltaba que ella le sonriera una vez más para que la volviera a besar, y esa era una pésima idea.

Haciendo un esfuerzo monumental, se separó.

—Por cierto, ¿dónde te recojo mañana? —preguntó para que no se echara atrás con la cita.

—Bueno, vivo aquí al lado. —Miró hacia la izquierda y señaló un Volkswagen bastante antiguo—. ¿Ves mi coche, el blanco? Pues justo la casa de atrás, el número cuarenta y dos.

—¿Ese es tu coche? —preguntó Alan levantando la voz.

—¡Ey! No te metas con él. Es algo viejo, pero me encanta el modelo. Vale, sí, su aspecto deja mucho que desear, pero no tiene tanto tiempo o sí. No sé, la verdad. Es cierto que la capa de blanco se le ha estropeado un poco. El caso es que vivo muy cerca del Campus y no me ha dado mucha guerra. Cuando empiece a trabajar me compraré el modelo nuevo de color rojo tornado, con todos los extras y millones de airbags. Lo he estado mirando y es precioso. ¡Qué ganas tengo!

Emma sonrió como lo haría una niña pequeña esperando un gran regalo. Puede que le hubieran arrebatado la niñez, pero no la ilusión.

Alan pensó que era lo más bonito que había visto en su vida. Después se preguntó por qué su guardaespaldas, que con total seguridad los estaba vigilando en ese momento, no le había informado de aquello. Quizás sí que tuviera la información, pero se le había escapado ese detalle. No entendía cómo no había reparado en algo tan importante, y le parecía poco probable que no le hubiera enviado ni una sola fotografía conduciendo, o, al menos, dentro del coche. Tendría que comprobarlo. Se recriminó porque lo consideraba un fallo garrafal. ¿Cómo podía ser tan exhaustivo en algunas

cosas y haber pasado ese dato por alto? Sí, tendría que buscar cuándo compró el coche, si había recibido la información y qué había pasado para no recordarlo. Meditó sobre algo que continuaba sorprendiéndole: por qué seguía sin utilizar el dinero. Tenía una fortuna y no había usado ni un maldito dólar a lo largo de los años.

Pensó en cuánto dolor debía sentir aún y que, por desgracia, eso nunca cambiaría. Aquel fue el motivo detonante, cuando todo el tema del juicio terminó, para que Alan se prometiera así mismo que la ayudaría a cambiar su vida. Apenas tenía dieciocho años, pero se juró a sí mismo que lo que le quedara de existencia sería para que ella fuera feliz, para que tanto ella como su abuela tuvieran una buena vida, dentro de lo posible. Emma tenía solo diez años y ya había vivido un infierno. Nunca le diría que, aunque ella tenía derecho a las becas por sus notas y sus propios logros, sus abogados habían llegado a un acuerdo con la universidad y duplicaba la cuantía de su beca cada año para que no le faltara de nada. Otra trampa, por supuesto. Pero, claro, sus donaciones no eran una broma. Sin duda el maldito dinero lo compraba todo.

Pensando en retrospectiva, vio cuánto tiempo llevaba mintiéndole e inmiscuyéndose en su futuro. «Soy un maldito hijo de puta. Tenía que haberla dejado vivir su propia vida. Debería haberla dejado encontrar un buen hombre que la quisiera y con el que pudiera envejecer», se censuró, sabiendo que aquello ya no iba a pasar. Sí, ella era capaz de hacer todo eso sin él, pero que Dios lo perdonara porque no iba a permitir que sucediera sin estar él mismo en el lote.

«Sí, soy un maldito hijo de puta enamorado», se dijo.

Y es que todo se reducía a eso: la amaba. Sí, la amaba de forma intensa, desbordada, febril. Y cuando uno ama de verdad, hace todo lo necesario por la persona que quiere. La ayuda para que no le falte de nada; la protege de todo mal que pueda evitarle. Intentó justificarse pensando que tampoco es que le hubiera impuesto ninguna norma. Solo la había estado espionando desde que tuvo el dinero suficiente para hacerlo. No interfería en sus decisiones, lo único que hacía era protegerla de lejos. Había visto su falta de amigos, sus pocos, poquísimos novios. Dos para ser exactos. Uno en primero y otro en tercero. Ninguno más. Suponía que había perdido la virginidad con alguno de ellos, y eso lo mataba por dentro; pero no podía acercarse a ella hasta que estuviera preparada. Debía estar seguro de que, cuando le contara lo que había pasado aquella tarde, no lo odiara por ello. Y

no podía hacerlo durante sus años de estudio. Esta información podía haber dado pie a que cambiara de parecer, de carrera, que se hubiera ido a otro estado o a otra Universidad. O, peor aún, que dejase de estudiar.

No, no estaba dispuesto a que eso ocurriera. Y ya que había sido cosa del destino que los dos estudiaran lo mismo, no iba a perder la oportunidad de trabajar con ella. Él la había dejado vivir su vida hasta ese momento, pero ya no podía dejarla escapar.

Alan dejó a un lado sus pensamientos y volvió a la conversación.

—Espero que te lo compres porque parece que como estornudes un poco más fuerte de lo normal, seguro se cae a pedazos.

Emma rio. Alan tenía un gran sentido del humor. La verdad es que llevaba riéndose con él casi todo el tiempo. Aparte de prejuizarlo sin cesar, claro.

—Pues sí. ¿Pasarás sobre las ocho, entonces? —quiso asegurarse.

—Sí. Seré de lo más puntual —confirmó él.

Ella volvió a sonrojarse. «Por Dios, ¿qué tengo, catorce años? ¡No, mejor no pienses en eso!», se dijo a toda prisa.

—Estupendo. —No fue capaz de responder nada más.

Se quedaron mirando el uno al otro como si no tuvieran otra cosa mejor que hacer el resto de su vida.

Y acariciando las palabras, Alan detalló lo que sentía.

—No quiero, pero tengo que irme. —«¿Será posible?». De nuevo había dicho en voz alta lo que pensaba. «Pero ¿se puede saber qué es lo que me pasa? Esa me la sé, Emma», se respondió.

—Lo sé, yo tampoco quiero que te vayas. ¡Maldita sea! Lo he dicho en voz alta. —Esto último lo susurró sin pretenderlo.

Y se echaron a reír. Ella nunca se había reído tanto desde que... desde hacía mucho. Alan se acercó y le acarició la mejilla.

—Eres preciosa. Y, sí, lo he pensado y lo he dicho en voz alta a propósito —aclaró para que no tuviera ninguna duda.

A ella se le iluminó la cara y se mordió con suavidad el labio inferior.

—Eres muy amable. —Se sonrojó. «Pero ¿qué me está haciendo este hombre?». La respuesta era fácil: Alan era un tren de mercancías que la acababa de arrollar.

—Bueno —dijo él, mirando el reloj.

Había quedado con Will, pero, en realidad, era una excusa. Tenía que pasar el tiempo justo con ella para que quisiera verlo al siguiente día, y al siguiente. Pensó que su amigo estaría cardiaco esperando conocer el resultado del primer encuentro y, más que nada, porque tras gritarle, le había colgado sin más.

—¡No puede ser! ¿Es esta hora? —preguntó Alan, sorprendido de verdad—. La palabra tarde se queda corta. Y no, no he quedado con ninguna mujer, ¿vale?

—Pero ¡si no he dicho nada! —Se defendió ella aguantando la risa.

—¡Por si acaso! Menuda imaginación tienes cuando se te da cuerda —dijo él, ladeando la cabeza y levantando ambas cejas.

Los dos se miraron y volvieron a reír. Ambos se sentían de maravilla. Las risas, el beso, más risas. Sí, había sido una tarde increíble.

—Vale, vale. No tienes que darme explicaciones, Alan. Haz tu vida, yo... En serio, no tienes que darme explicaciones de ningún tipo —repitió nerviosa.

—Cuando algo empieza tiene que ser claro como el agua. Y contigo tengo que ir con pies de plomo —dijo, guiñándole un ojo.

Estaba pletórico. Al final, todo había salido bien. Y, como estaba envalentonado, quiso dar la puntilla para dejarla con la miel en los labios.

—Yo no sé tú, pero mi vida acaba de empezar hoy.

Como si fuera un adolescente con las hormonas a mil, se acercó a ella y le dio un beso rápido en los labios. Después salió corriendo igual que un niño que roba caramelos.

Se giró en el último momento y le sonrió tras repetir lo que ya había dicho antes.

—Mañana, Emma, ¡a las ocho!

Ella se quedó observándolo: Alan no era el hombre tan seguro de sí mismo que pretendía aparentar, sino que aún seguía siendo un chico normal y corriente que se ilusionaba por algo tan simple como una cita. Sí, Alan era de carne y hueso; y fue eso lo que más le gustó a Emma de aquel momento extraño y surrealista que habían compartido.

Mientras él se alejaba, le dijo adiós con la mano. Y, en ese instante, se dio cuenta de que, gracias a él, toda su cara era una sonrisa en la que no cabía nada más.



Alan continuó caminando hasta la siguiente calle, donde tenía aparcado su SSC Tuatara. Intentaría recordar más tarde que debía cambiar de coche. Ese era espectacular, desde luego, pero no quería intimidarla con él. Tenía que aparentar que su vida era la de un director de departamento en el MIT, no la del maldito Rockefeller. Cuando se sentó en esa maravilla con ruedas, decidió llamar a su hombre de confianza: Tom Jones. Y no, no era el cantante.

Tom era uno de los hombres que había abandonado a su padre para ayudarlo a emprender una nueva vida. Alan, al cumplir los dieciocho, recibió la herencia y se vio, de pronto, solo en el mundo. El ex director general, nada más acabar el juicio, lo acogió en su casa. Fue duro que su familia le diera la espalda al no aceptar que su declaración llevara a la cárcel a su propio hermano. Sin embargo, que sus padres se deshicieran de él por venganza, lo fue aún más.

Jones detestaba al padre de Alan, el todo poderoso abogado Jason Black-Storm, pero no había más remedio que trabajar para ganarse la vida. Como todo el mundo, necesitaba pagar las facturas y mantener a su familia. Así que, por mucho que lo despreciara, hacía de tripas corazón y continuaba en su puesto. Sobre todo, porque estaba bien pagado. Y es que la razón era obvia: él era un maldito as para los negocios, eficiente y fiel. Jason lo sabía, y por eso odió con más intensidad a su hijo cuando supo que su director general dejaba la gerencia de una de sus empresas más lucrativas para ayudarlo. A Tom no le importaron sus amenazas. Se hizo cargo del chico y lo ayudó a levantar un imperio gracias a los conocimientos que había adquirido en su antiguo puesto.

Sí, detestarlo era poco: Tom lo odiaba con todas sus fuerzas. Más aún porque conocía a Alan desde que nació, y lo quería como si fuera su propio hijo. En conciencia, no podía permitir que ese hombre despreciable e insensible hundiera más al muchacho. Y mejor no hablar de su madre. A Jones le rompió el corazón ver cómo un chico cariñoso y respetuoso quedaba destrozado por culpa de un hermano que era todo lo contrario.

Justo antes de marcar, Alan pensó qué suerte la suya. Dos de sus mejores amigos, Walter y Tom, lo querían como a un hijo; pero su propio padre, no. Qué irónico, ¿verdad? Claro que, cuando un padre es la maldad pura, ¿a quién se supone que puede querer? Pues al hijo que sea su viva imagen, por supuesto.

Sin perder más tiempo, lo llamó desde el coche.

—Hola, Tom. ¿Cómo va todo?

—Hombre, Alan. ¡Cuánto tiempo!

—Vale, vale. Llevo cerca de una semana sin llamarte. Perdona, no doy para más —admitió como disculpa.

—No pasa nada, hijo. Sé que has estado muy liado con la mudanza. ¿Va todo bien?

—Sí, sí, de maravilla. Oye, Tom, necesito un favor, y muy rápido.

—Tú dirás.

—Me hace falta para mañana por la noche un coche de segunda mano que esté en perfectas condiciones.

—Claro, lo tendrás listo mañana. ¿Algún modelo en particular?

—Uno que sea seguro. Algo que llevaría un profesor soltero y no demasiado llamativo —aclaró Alan.

—Por ejemplo, ¿un Camaro azul?

—Sí, ese estaría bien. Que lo dejen en mi casa sobre las cinco.

—Claro. Oye, ¿quedamos la semana que viene o a la siguiente para comer? Tengo algunos proyectos que me gustaría enseñarte antes de lanzarme a ellos —comentó Tom.

—Lo miro y te digo algo. De todos modos, lo hablamos durante la semana. Y, sea lo que sea, te digo de antemano que sí.

—Ya sé que confías en mí, Alan, pero no me gusta hacer las cosas sin tu conocimiento.

—Eres estupendo, Tom. ¿Cómo están Hannah y las chicas?

—Muy bien. Jessica está con los exámenes finales y Louisa me tiene loco con los preparativos de la boda. Ser padre es maravilloso, pero algunas veces me gustaría vivir en una isla del Caribe con Hannah sin ver ramos de flores ni probar tartas de boda. ¡Que he cogido tres kilos en un mes! —bromeó.

Alan soltó una carcajada. Las hijas de Tom eran geniales y Louisa seguro que lo estaba volviendo loco, ¡menuda era!

—¿Para cuándo es la boda? —No recordaba la fecha.

—Uf, ¡yo qué sé! En principio era para septiembre, pero aún están luchando con el cura porque dice que ese mes está completo y no quiere hacerles un hueco.

—O sea, que la boda es en septiembre, ¿me equivoco? —respondió riendo. Tom no pudo sino imitarlo.

—¡Cómo lo sabes! Menuda es Louisa. Esta se casa en septiembre, ¡ya tenga que casarlos de madrugada!

Los dos se echaron a reír de nuevo.

—¿Tiene lista de boda o algo? —preguntó Alan.

—Sí, hombre, sí, faltaría más. La lista le da la vuelta a Manhattan un par de veces, ¡por lo menos! —exageró.

—Bueno, pues ya sabes.

—No, Alan. ¡No!

—No quiero discutir contigo.

—¡Te he dicho que no!

—¿Tom?

—¿Sí, Alan?

—Ya sabes —repitió despacio.

—No puedes hacerlo. ¡No pienso dejarte!

—Sabes que voy a ganar. —Sonrió triunfante.

—Pero ¿tú sabes de lo que estamos hablando? —dijo agobiado.

—Dímelo tú.

—¡Joder!

—¡Tom!

—¡Está bien! Cincuenta mil.

—¿Solo? No te creo —respondió sin creer ni una sola palabra.

—Alan...

—Dímelo, sabes que no soporto que me mientan. —«Irónico, ¿verdad? », pensó.

—Está bien. Ciento cincuenta mil dólares —dijo al fin.

—¡Esa es mi chica! Todo.

—Todo... ¿qué? —preguntó aturdido.

—Ya sabes, que le compro la lista de bodas completa. —Alan estaba muy feliz de poder hacer eso por ella.

—¡Ni hablar!

—¿Perdona? ¿Es que me vas a decir lo que le puedo comprar o no a mi medio hermana?

—No es tu medio hermana.

Tom intentó buscar una salida, no quería que su joven jefe se gastara esa cantidad desorbitada porque su hija había ido al sitio más caro de la ciudad para comprar platos, tazas y Dios sabía qué más.

—¡Ah! Eso me ha dolido —dijo fingiendo.

—Vete a hacer puñetas, Alan.

Los dos se echaron a reír.

—Eres el mejor, Tom. Completa —confirmó de nuevo.

—No deberías —se volvió a quejar.

—La quiero como si fuera mi propia hermana. Eso no es nada más que calderilla y lo sabes.

—Lo sé, lo sé, pero ¡ella no debería saberlo! —Ambos rieron—. Se pondrá insoportable, y ya tenemos bastante en casa. —Se quedó un momento callado—. Yo... Para mí no eres mi jefe, Alan. Lo sabes, ¿verdad? —dijo Tom quebrándosele la voz.

—Para mí tampoco eres mi empleado, Tom. Y también sabes que te quiero, ¿verdad? —respondió de igual modo.

—Y yo a ti. ¡Venga ya, Alan! ¡No me hagas llorar! Me estoy haciendo mayor y ya tengo bastante con que mi Louisa se va a ir de casa —se quejó otra vez.

—No hay nada que no hiciera por ti, Tom. Nada. Te quiero como a un padre. Lo que hiciste por mí no sé si podré devolvértelo algún día. Solo puedo ayudarte con lo que tengo. Si con esto Louisa es feliz, sé que tú serás feliz. Y eso es lo único que me importa —dijo de corazón.

—Y tú sabes que te quiero como a un hijo —respondió, aguantando el tipo.

Alan era uno de los mejores hombres que había conocido en su vida. Se sentía orgulloso de haberlo podido ayudar en todo lo que estaba en su mano. En realidad, lo había cuidado como si fuera uno más de sus hijos, y tenía que reconocer que lo quería como tal. Saber que él se sentía igual con su familia lo hizo sonreír de satisfacción.

—Pero te repito, sabes que no deberías hacerlo —aseguró Tom.

—Ya está hecho.

—Cuando se entere, querrá verte.

—Por supuesto, y me encantará —dijo Alan feliz.

—No pienso decirle nada hasta que vaya a revisarla, o igual le llaman de Tiffany. para decirle que nadie puede regalarle nada más. Solo a mi hija se le ocurre comprar platos a setenta dólares y fuentes a casi doscientos. La culpa es de su prometido Paul y de su inmensa fortuna.

—¡Ey! No te metas con su prometido, que es un buen amigo mío.

Paul Roche era el heredero de una lucrativa compañía farmacéutica. Lo conoció en un congreso al que Tom lo había arrastrado. De eso hacía ya

casi siete años. Ambos congeniaron muy bien, puesto que eran prácticamente de la misma edad. Cada vez que viajaba a Boston quedaban para verse, hasta que Alan le presentó a Louisa en una de las fiestas de Navidad de su empresa y sintieron un auténtico flechazo. Aquello desembocó en una bonita historia de amor que culminaría en una boda en apenas tres meses.

Tom cambió de tema porque tenía curiosidad.

—Por cierto, ¿cómo ha salido todo con... ya sabes?

—Al principio bastante mal, pero luego se ha enmendado para bien.

Te contaré los detalles cuando nos veamos, ¿de acuerdo?

—Me alegro, hijo. Estoy deseando saberlo. El fin del camino, ¿no?

—Eso espero. Lo estoy viendo, pero me da miedo que se me escape de entre los dedos. Esa es la verdad —admitió Alan.

Silencio.

—Bueno, Tom, te dejo. He quedado con Will y estará subiéndose por las paredes porque llego tarde.

—Dale un abrazo de mi parte, pero ¡de lejos!

Los dos soltaron una carcajada.

—Pienso decírselo —dijo Alan sonriendo.

—¡No serás capaz!

—¡Ya te digo!

—Eres malo. ¡Que es capaz de plantarse aquí para que se lo dé!

Alan se volvió a carcajear. William era de armas tomar y le encantaba poner nervioso a Tom cada vez que podía.

—Seré bueno y solo le diré lo del abrazo, bastante tienes ya con la boda. —Alan decidió ser benévolo con él.

—¡Menos mal!

—Te dejo, Tom. Ya hablaremos para quedar.

—Hecho.

CAPÍTULO 5. pedir perdón es difícil, pero perdonar aún lo es más

Emma continuó sonriendo. «¡Dios, me duelen las mejillas!», se dijo mientras se las frotaba con las manos. Se sintió aliviada al no haber nadie en la calle, así no tenía que preocuparse por si parecía una tonta por no dejar de sonreír. Miró hacia ambos lados y cruzó la calle como si su cuerpo fuera etéreo, como si no pesara nada. «Menudo día», pensó emocionada a la vez que una sensación de plenitud muy placentera inundaba su pecho. Conforme llegaba a casa, sacó las llaves del bolso y se dio cuenta de que todavía seguía manchada de café. «Por favor, ¡si hasta huele el bolso!». Más tarde tendría que limpiarlo.

Abrió la puerta y entró en el recibidor. Todo estaba igual y, sin embargo, veía todo diferente. Y, claro, es que su vida era diferente: Alan la había besado. Rozó sus labios con la punta de los dedos y comenzó a repasar lo ocurrido. La tarde había comenzado echándole el café por encima y terminado con un beso. Mejor dicho, dos besos. Bueno, el último había sido muy corto, pero el primero... «¡Madre mía! Ese hombre sabe lo que hace, y de qué manera», se sonrojó.

Acto seguido, su imaginación la hizo pensar que, si hubiera estado en un cómic, seguro que le habrían dibujado estrellitas en los ojos y corazones flotando. Pero es que menudo beso. Quizá se debía a que hacía mucho tiempo que no besaba a nadie, y las comparaciones eran odiosas. Además, ninguno de sus ex se acercaba, ni de lejos, al físico y la forma de expresarse de Alan. Mejor no pensar en ellos.

—Doctora Scott —dijo en voz alta—. ¡Doctora Scott!

Riendo, subió las escaleras hacia el primer piso. Empezó a desabrocharse la blusa y entró en su habitación. Tenía manchas semisecas de café por todas partes; de milagro no se había estropeado los zapatos. Fue al cajón de la ropa íntima para coger una muda y notó algo raro. No estaba desordenado, pero era como si alguien lo hubiera revisado. «¿Sarah buscando algo?», se preguntó extrañada. Repasó todos los conjuntos y faltaban unas braguitas de color rosa palo que iban a juego con el sujetador de encaje que tenía en la mano. El conjunto ya era viejo, tenía al menos dos

o tres temporadas, pero, como le gustaba tanto, se lo había dejado para estar en casa. «¡Qué raro! ¿Se las habrá puesto Sarah? No creo», se dijo extrañada. Dejó el sujetador encima de la cama para preguntarle más tarde. No le importaba compartir de forma puntual un sujetador con su mejor amiga, pero, como decía su abuela, las braguitas no se compartían y punto.

Sonrió pensando en ella y se emocionó porque el sábado estaría en casa. Llevaba desde Acción de Gracias sin verla y tenía muchísimas ganas de abrazarla y de pasar las vacaciones juntas. Era la única familia que le quedaba. Su padre falleció cuando era un bebé y no llegó a conocerlo. Al poco tiempo, se mudó con su madre y hermana a casa de su abuela, Katharine. Y, años más tarde, al cumplir los diez, las perdió aquel terrible día que no podía recordar.

Sin darle muchas vueltas, cogió otro conjunto, además de su ropa blandita para estar en casa, y se fue derechita a la ducha. Encendió la luz de su baño privado y se miró en el espejo. «¡Madre de Dios! ¿He ido corriendo por la calle con esta pinta? Pues sí, y los premios han sido dos besos y una cita», sonrió para sí.

Se desvistió a toda prisa y metió la ropa en el cesto para lavar, alegrándose de tener asistenta. Cuando Sarah y ella alquilaron la casa, le dieron la opción de incluir la limpieza general más ropa y planchado tres veces por semana. La diferencia de precio no era significativa y, sin duda, merecía la pena. Entre las clases, las prácticas y un millón de cosas más, ninguna tenía tiempo. Además, Sarah, trabajaba a media jornada en Starbucks a la vez que cursaba el último año de Psicología. Una fiera. Desde luego, una fiera, que en breve llegaría con ganas de tirársele al cuello y cortarle la yugular por lo que le había dicho en la cafetería. Al fin abrió la ducha y se metió debajo del chorro de agua más exquisito que había sentido en toda su vida.

«Yo no sé tú, pero mi vida acaba de empezar hoy». Las palabras de Alan volvieron a su mente. «Pero ¡qué teatrero!», pensó.

Bueno, lo cierto era que su vida acababa de empezar ese día porque, en breve, entraría en el mundo laboral. Dejaba atrás miles de horas de estudio, de angustiosos exámenes y exposiciones y, por fin, se centraría en lo que más le gustaba, encontrar respuestas. «Vale, sí, encontrar respuestas en la física, pero no en... No. Basta de autocompadecerte, ¡se terminó mirar atrás!», se regañó.

En ese momento, y bajo la ducha, se prometió a sí misma empezar de nuevo. Darse una oportunidad de vivir, de sentir, de ser feliz, tanto por su hermana Abby como por su madre. Tenía que aceptar, de una buena vez, que ya no volverían. Aunque, de lo que sí estaba segura era de que siempre las querría, así que se obligó a dejar de pensar en ese día fatídico donde todo cambió en un abrir y cerrar de ojos.

—Os quiero —dijo en un susurro.

Puso la cara debajo del agua para que se llevara las lágrimas que había derramado. Sonrió muy despacio y cerró el grifo. Abrió la mampara y, cogiendo la toalla, oyó a Sarah.

—¿Emma? ¿Estás en casa?

—¡Arriba, acabo de ducharme!

—¡Vale! Voy calentando el horno.

—¡Dos minutos y bajo!

Se secó a toda velocidad. Se colocó una toalla alrededor de la cabeza y terminó de vestirse. Antes de salir de su habitación, rezó un instante a su madre y hermana para que la ayudaran a llegar hasta Sarah. No quería que su amiga siguiera molesta con ella por la barbaridad que se le había ocurrido esa tarde. Bajó las escaleras y entró en la cocina. Sarah estaba de espaldas, tratando de entender las instrucciones de la cena. Emma se la encontró como siempre, liada con las temperaturas y los tiempos.

—Hola —dijo con sumo cuidado.

—Hola —respondió su amiga sin darse la vuelta.

—¿Te ayudo?

—No, yo sola puedo leer unas malditas instrucciones.

—¿Sigues enfadada?

—¿Tú qué crees?

—Pues que soy una bocazas desagradecida que no te merece como amiga. —A Emma se le quebró la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Sarah se dio la vuelta muy despacio y soltó la caja de lasaña encima de la mesa de la cocina. Se apoyó en una de las sillas y la miró a los ojos.

—Me has hecho daño.

—Lo sé.

—¿Me puedes explicar cómo llegaste a esa conclusión si fuiste tú la que chocó con él?

—Yo... No lo sé. Supongo que como no parabas de insistirme en que buscara a un chico, que había muchos y muy guapos, yo...

—¿Y todo lo que se te ocurrió es que yo iba a pagarle a un tío para que pasara contigo la noche? ¿Cómo se supone que iba a hacerlo si tengo que trabajar para poder costearme la carrera, Em? Mis becas no son las tuyas. Se ve que en las carreras de ciencias dan muchas más facilidades. Sabes que, con mi triste beca, llego a duras penas. Y, si no fuera por el trabajo de Starbucks, no podría costearme el vivir aquí. Además, nunca se me ocurriría semejante cosa después de... Nunca se me ocurriría.

—Soy una idiota. Esa es la conclusión a la que he llegado.

—Ya te digo. Idiota de remate. Y mal pensada.

Sarah bajó la cabeza y resopló. No le gustaba estar enfadada con ella; la quería tanto como a una hermana. Se habían conocido a través de una amiga en común. Con Emma hizo muy buenas migas y, en segundo, alquilaron la casa juntas. Todo gracias a que Sarah encontró un trabajo a media jornada en el Starbucks. Al poco tiempo, se hicieron grandes amigas. Tanto, que Emma le había contado a Sarah lo ocurrido con su hermana y su madre. Por eso se sentía tan dolida, porque siendo su mejor amiga había dudado de ella. Para ser precisos, esa era la primera pelea seria que habían tenido desde que se conocieron. Las demás se ceñían al tipo de a quién le tocaba ir a la compra, qué iban a cenar o qué película elegían. ¡Ah!, y que Emma no debía comer tantos dulces. Nimiedades.

A veces, en la vida, hay que sopesar las desavenencias y decidir si lo que te hace no hablar con esa persona a la que quieres es tan importante y decisivo como para continuar en tus trece, aunque tengas razón. Cuantificar un error es complicado, pero un malentendido no puede ser tan importante como para no desear arreglar las cosas. Perdonar no es fácil, pero ¿y si la persona que te está pidiendo perdón lo hace de corazón?

Sarah miró la cara apenada de Emma y se dio cuenta de que no era nada descabellado que se hubiera equivocado. De hecho, tuvo que admitir para sí que equivocarse era lo más sencillo del mundo.

Ella se había disculpado de verdad, por lo que se vio sonriendo a la recién nombrada doctora.

—¿Y bien? —se atrevió a preguntar Emma.

—Y bien, ¿qué?

—Que si me perdonas.

—¡Pues claro que sí, tonta! Anda, ven aquí y dame un abrazo.

Emma rodeó en un suspiro la mesa de la cocina y le dio un abrazo enorme a su mejor amiga. Desde luego, era la mejor.

—Pero que sepas que no te he traído el muffin de arándanos.

Las dos se miraron con cariño, sonriendo.

—No me importa. Te quiero, Sarah. Gracias.

—Yo también te quiero, cabecita loca.

Estuvieron un rato abrazadas y se dieron un beso en la mejilla. La tormenta había llegado a su fin. Cuando se separaron, Sarah cogió la lasaña y se la dio a Emma.

—No me entero de cuánto tiempo hay que ponerla. Que si lleva aire, uno, que si no lleva, otro... ¿Es que los fabricantes no pueden aclararse?

Emma se echó a reír. En la vida su amiga aprendería a usar el horno.

—No te preocupes, yo lo hago. ¿Vas poniendo la mesa?

—Claro. Hablando de otra cosa, ¿alcanzaste a Alan al salir de la cafetería? Porque te vi corriendo como alma que lleva el diablo. Sé que tú nunca corres, y mucho menos con tacones.

Silencio.

—¿Emma?

—¿Sí?

—Suelta... prenda... ya.

Las dos se echaron a reír.

—Sí, lo alcancé enfrente de casa y le pedí disculpas.

—¡Ah, no! Eso sí que no. Detalles específicos y sudorosos.

—¡Sarah, qué asco por Dios!

—Sí, sí. Alan daba de todo menos asco. Conque ya me lo estás contando.

—A ver, cuando lo alcancé, hablaba con alguien por teléfono. No te puedes llegar a imaginar lo enfadado que estaba. No sé a quién le gritaba, pero su voz sonaba muy seca. Por un momento, me dio miedo hasta acercarme.

—No me digas.

—Pues sí. Total, que me hice la valiente, lo toqué en el hombro y se dio la vuelta.

—Emma, resume, que no me hace falta saber cuántas veces respiraba por minuto.

—Lo llamé gay.

—¿Qué? —dijo Sarah, alargando la palabra.

—Lo llamé gay. Aunque antes de eso ya le había pedido disculpas por haberlo llamado *gigoló*, claro. Y después me invitó a cenar. Como le

dije que no, que yo no salía con hombres comprometidos y que seguro que con la que estaba hablando en el móvil era su novia, o novio. Pues eso, que no iba a ir a cenar con él.

Sarah dejó de poner la mesa y la miró a los ojos. Tenía la boca abierta y no daba crédito a lo que le estaba contando.

—Puto y gay. ¿Llamaste al tío más macizo que he visto en años, puto y gay, y encima te invitó a cenar?

—Y eso no es todo.

—Estoy por hacerme palomitas. Anda, sigue.

—Me besó.

—¿Cómo que te besó? ¿Y en qué parte de la conversación tuvo tiempo para hacer eso?

—Después de llamarlo gay. Ah, y es amigo de William Mazzantini.

—¿Cómo que es amigo...? Eso para luego, ¿y por qué narices te besó?

—Creo que insulté su hombría o algo así.

Emma levantó ambos hombros y negó, mostrando un gesto de incredulidad. Tras lo que subió las cejas y se mordió el labio inferior.

Su amiga estaba en *shock*.

—Increíble. ¿Y...? —preguntó con mucha curiosidad.

—¿Qué?

—¡Joder!, ¿que cómo besa?

—Uf, se me doblaron las rodillas.

—¿Solo? Pues ¡qué decepción!

Las dos se rieron a carcajadas. Lo cierto es que Emma continuó hablando y hablando. Volvió a contarle con todo lujo de detalles la conversación que había tenido con Alan. Esta vez no omitió ningún comentario, incluyó el último beso y que la recogería al día siguiente a las ocho para cenar.

Sarah no paraba de reír. No podía creer que aquel hombre de revista, después de haberlo puesto hecho unos zorros e insultado dos veces, de postre, le hubiera pedido una cita. O ella era una chica con mucha suerte o todo esto estaba amañado. Se dijo que era una idiotez lo que había pensado porque las casualidades existen y la buena suerte también.

Miró a Emma, sintiéndose muy contenta por ella.

—Vale, vale. Y entonces conoce a Mazzantini, ¡increíble!

—Pues sí. Y cuando le conté lo que siempre dice mi abuela de él, me aseguró que «Will» —dijo Emma, reproduciendo en el aire unas comillas con ambas manos mientras nombraba al diseñador— querría conocerla. Como sea verdad, le da un patatús.

—Oye, pues si es así, ¡preséntamelo!

—Que es gay.

—¿Y qué? Mira a Alan. Él es hetero. Algún amigo más tendrá el chico, digo yo.

Las dos volvieron a reír.

—Si lo tiene, me aseguraré de que te lo presente —añadió Emma. Sarah subió ambos brazos en señal de victoria—. Lo que me pareció una exageración fue lo de «Yo no sé tú, pero mi vida acaba de empezar hoy». Parece muy forzado, ¿no crees?

—Pues sí. Pero, chica, ¿qué quieres que te diga?, a los tíos les va la marcha. Ni idea. Quién se iba a imaginar que Ironman iba a plantarte un besazo de esos que alargan las pestañas. Ahora mismo te tengo una envidia que no sabes tú bien, malvada. ¿Mira que llevarte a un clon de Lobezno sin pelos y no compartirlo conmigo?

Emma soltó una carcajada y, acto seguido, Sarah hizo lo mismo.

—¡Eres demasiado! Anda, vamos a terminar de preparar la cena.

—Vale, pero cuéntamelo todo desde el principio.

Entre risas y bromas volvieron a comentar todo lo ocurrido en una tarde que no podía haber dado más de sí.

CAPÍTULO 6. CREO EN LOS MILAGROS

Alan condujo hasta el ático de Will sin haberlo llamado. Sabía que le iba a caer un buen rapapolvo, pero se negaba a tener uno por teléfono y otro en directo cuando llegara. Menudo era su amigo.

Pensó en la cena del día siguiente. Tenía reserva en el Mistral. La comida era excelente y el restaurante ideal para parejas, justo lo que estaba buscando. De hecho, desde hacía meses, tenía todos los viernes de junio reservados, ya que no sabía con seguridad en qué semana expondría Emma. Se felicitó a sí mismo porque su instinto no le había fallado tampoco en esa ocasión. Sin previo aviso, tuvieron que retrasar una semana la exposición por una leve enfermedad de uno de los decanos que iba a estar presente en el tribunal, por lo que fue una buena decisión haber hecho dichas reservas. Cancelarlas era tan fácil como hacer una llamada.

—Emma... —dijo en un susurro.

«¿Qué estará haciendo ahora? Seguro que disculpándose. La buena de Sarah. Es una excelente amiga», reconoció.

Estaba tan seguro de que a Emma le estaría cayendo una buena tanto como que Sarah terminaría perdonándola. En ese momento, pensó que también estaría bien ayudarla a encontrar un buen trabajo cuando terminara la carrera, cosa que sucedería en apenas unas semanas. Sin pensárselo dos veces, cogió su iPhone del asiento del copiloto y apretó el botón central: había recordado otra cosa importante.

—Crea un evento para mañana a las diez que ponga llamar a James.

Siri lo confirmó. James era su psicólogo desde el suceso. Hacía bastante tiempo que no lo veía, casi cuatro meses. Tampoco es que le apeteciera demasiado tener una cita, pero, con todo lo que le venía, lo mejor era estar más centrado.

Esto le recordó el sinfín de cosas que había tenido que cerrar antes de ir a vivir a Massachusetts. Hablar con la Universidad donde trabajaba debido al cambio de país, buscar un sustituto, finalizar proyectos... Todo sencillo en comparación con lo que le había costado engatusar a Will para que se mudara con él, porque toda su vida estaba en Londres. Su pequeña

fábrica, su gente y parte de sus contactos. Pero, como todo en la vida, todo, se puede arreglar con persuasión y dinero, mucho dinero.

No es que a su amigo le faltara, pero él se lo había terminado de ganar al regalarle un ático en la mejor zona de la ciudad, justo al lado del suyo, puerta con puerta. Los dos áticos ocupaban toda la planta y eran impresionantes. Alan le había prometido al diseñador que los decoraría. Además de eso, le había cedido de su edificio de treinta plantas unas pocas para que se estableciera allí. Sin duda, la ampliación del negocio era un aliciente porque, aparte de su pequeña fábrica en Londres, esto supondría tener una segunda. Y dónde mejor que cerca de su amigo. Sí, Alan sabía convencer muy bien.

Lo cierto es que cuando toda tu familia se reduce a los pocos amigos que has hecho por el camino, sin duda, los quieres tener cerca. Para Alan, el alocado de Will había sido a la vez amigo, confidente y hermano. Tan solo había compartido su descabellado plan con su círculo más íntimo, y el diseñador formaba parte de él.

Llevaban apenas tres meses compartiendo piso cuando Will tuvo que despertarlo de madrugada. Al entrar en la habitación, lo vio gritando. Alan quiso quitarle importancia a la pesadilla, pero su amigo lo obligó a contársela. Al escucharla, el diseñador se dio cuenta de que era mucho más que un simple sueño. Aquel horror había sucedido, y él lo revivía una y otra vez. Aunque su psicólogo había buscado a un colega en Londres para que lo visitara, él nunca lo hizo. No quería contar sus desdichas por todo el globo terráqueo; por lo que, cada dos meses, más o menos, viajaba a Washington a verlo. Y si las pesadillas disminuían, distanciaba un poco más las visitas.

Sí, había hecho lo mejor cuando obligó de forma cariñosa a Will a mudarse. Sonrió al pensar que quién le iba a decir, cuando cambió de continente, que encontraría una persona que caminaría encima de brasas por él. Esas cosas solo pasan una vez en la vida, y si llegan a pasar.

Además, una de las mejores cosas que le había sucedido a Will, desde su llegada a Massachusetts, es que había ligado como nunca en su vida. El acento inglés era de lo más sugerente, y él explotaba esa ventaja sin escrúpulos. Era un hombre muy atractivo y se cuidaba hasta el extremo. Iba al gimnasio casi a diario para conseguir mantener un cuerpo atlético y bien definido. En realidad, ambos los hacían. Will era muy alto, metro ochenta y cinco, apenas un poco más bajo que Alan. Rubio, con mechass doradas en media melena, y ojos de un azul profundo. Sus facciones eran suaves, casi

dibujadas. Y, sí, era tan guapo como el demonio que era. Todo lo complementaba un increíble estilo propio al vestir junto con una labia inigualable, lo que se traducía en que su negocio subía como la espuma porque llegaba a hombres y mujeres por igual.

Alan resopló cuando paró el motor al aparcar. Salió del coche y subió en el ascensor privado que llevaba hasta ambos áticos.

Las puertas se abrieron y contó en voz alta.

—Tres, dos, uno.

La puerta del piso de Will se abrió de golpe. Una cara de pocos amigos le soltó de malos modos:

—¡Eres un maldito gilipollas!

—Hola, cariño. Ya estoy en casa —dijo Alan, entrando en el piso.

—¡Vete a la mierda, tío! Me has colgado el teléfono. —Dio un teatral portazo al cerrar.

Alan dejó las llaves y el móvil en la entrada y se empezó a quitar la chaqueta manchada, que olía a café rancio.

—¿Me dejas que me explique? —pidió conciliador.

—Pues no. ¡Ah! Pero ¡qué le has hecho a mi traje!

—Emma.

—¿Qué? —preguntó Will sin entender nada.

—Emma se estrelló conmigo cuando salía de la cafetería y me echó su café por encima —aclaró mientras doblaba la chaqueta.

—¿A propósito?

Will no escuchaba, solo estaba indignado por el desastre en el que se había convertido el traje que le había regalado. Le había insistido en que tenía que llevarlo para impresionarla porque resaltaba sus «ojos de hechicero», así la dejaría deseando lo que cubría el precioso envoltorio.

—¿Quieres dejar de mirar el puñetero traje y escucharme? —Esta vez el que gritó fue Alan—. No, fue fortuito.

—¿Fortuito para quién? Porque mira mi maravilloso diseño. ¡Lo ha dejado inservible!

—¡Joder, Will! ¡Presta atención! —exigió agotado.

Este hizo un gracioso mohín con la nariz, cruzó los brazos y se dejó caer como un fardo en el sofá. Después, con un movimiento exagerado, colocó una pierna sobre la otra.

—Está bien. Suelta de una puñetera vez lo que ha pasado —dijo con cara de pocos amigos.

Alan le contó lo sucedido. Su mejor amigo iba de hito en hito por las cosas que acababa de vivir el hombre del que había hecho su familia.

—Cuando hable con esa niñata le voy a decir cuatro cosas. ¡Mira que llamarte puto! En cuanto a lo de gay, creo que se lo puedo perdonar.

—Se lo dije.

—¿En serio? —Will no se lo podía creer—. Aunque no le voy a perdonar lo de mi traje. Y quiero conocer a su abuela, pero ¡a la de ya!

—Eso se lo dije también —repitió Alan con media sonrisa.

—Esa mujer va a ser mi próxima inspiración. Nunca he diseñado nada para «señoras», y creo que estaría genial abrir mercado. Además, me ha encantado lo de que si soy gay es porque no me han echado los mejores cinco minutos de mi vida y lo del «lado oscuro». —Rio Will.

—Te conozco como si te hubiera parido —bromeó a propósito.

—¡Qué soez, Alan!

Rieron a la vez. Will era de armas tomar, pero también como un fuelle, se le iba todo por la boca.

—Y bueno, queda algo más —añadió el empresario.

—Miedito me das.

—La besé. Dos veces —dijo, haciendo el amago de una sonrisa.

—¿Qué cojones...? —se quejó Will.

—Es que volvió a insinuar que era gay —se justificó.

—¡Joder, Alan! ¿En qué habíamos quedado? ¿Para qué cojones has trazado un plan? ¿Para pasártelo por el forro de los cojones? —dijo sin emplear ningún filtro.

—Joder, Will, ¡deja ya de decir cojones!

—¡Está bien! ¡Mierda! —respondió su amigo arrastrando las palabras y negando sin parar.

—Pero ella me respondió —dijo Alan, esta vez sonriendo.

—¿Qué dices?

—Que me devolvió el beso. Al principio con timidez, pero luego se dejó llevar. Te juro que no sé cómo he conseguido que la sangre me subiera hasta el cerebro para detenerme. Al menos le ha quedado claro que no soy gay —confirmó con satisfacción.

—Una pena, por cierto —puntualizó su amigo.

—¡Will!

—Que sí, que no eres gay. Ya me lo has dicho hasta la saciedad. Pero eso es que, ¿cómo dijo la abuela de Emma? «¡Eso es porque no te han

echado los mejores “cinco minutos” de tu vida!». —Los dos se rieron a carcajadas—. Adoro a esa mujer y aún no la conozco.

—Cuidado con ella, ¡que te vuelve hetero! —volvió a burlarse Alan.

—Uf, ¡ni por todo el oro de Fort Knox! —aseguró.

—Eres tremendo, Will.

—Lo súper sé. Soy lo más.

—No te pongas tan gay, que te doy un puñetazo.

—Uy, mi machote —se volvió a burlar.

Will lo hacía a propósito. A Alan le sentaban regular esos comentarios, pero ambos sabían que los decía en broma. Ninguno entraba en esa parte tan privada y, aunque al final Will siempre le contaba sus batallitas, eran muy respetuosos en cuestiones de sexo. Eso hacía que su relación funcionara incluso mejor que la de los hermanos de sangre.

—Espera, has dicho que la besaste dos veces. ¿Y en qué momento te dio tiempo a la segunda?

—Para despedirme. Le di un beso rápido en los labios y me fui corriendo como un maldito adolescente con granos.

—Eres la bomba. Menos mal que el cantante te lleva los negocios que, si no, tu fortuna se hubiera ido al garete porque no cumples ni una de las cosas que dices que vas a hacer. —Se rio Will mientras recogía su pelo en una coleta.

—No llames cantante a Tom. Sabes que le pone de los nervios.

—Es que es tan súper gracioso que se llame igual.

—Hablé con él y me dijo que te saludara.

—El bueno de Tom.

—Louisa se casa y lo tiene loco. —Sonrió Alan.

—Me lo imagino. Es como un pequeño general, pero con tetas.

—Se lo voy a decir a Louisa. Otra cosa, le he comprado toda la lista de bodas.

—¡Ah! ¡Eres un maldito derrochador! ¿Y ahora qué le regalo yo?

—Podrías diseñarle el vestido de novia. Se casa en septiembre.

—¿Hacer un diseño y tenerlo listo en menos de 2 meses? Imposible. Yo no tengo ratones que me cosan por la noche —se negó de boquilla. Sí que era una idea estupenda, pero no le iba a dar la razón.

—No, eso es verdad. Tienes profesionales que pueden hacer horas extra y pagárselas a millón —replicó Alan.

—Pero ¡qué cabrón eres! Está bien, mañana la llamaré y a ver qué podemos hacer. Todo sea porque es tu medio hermana, ¡capullo!

Ambos volvieron a reír, pero a Alan no le llegaba la sonrisa a los ojos. Will se dio cuenta y dejó de sonreír.

—¿Estás bien? Te noto... Sé que no tendría que inmiscuirme porque siempre terminamos discutiendo, pero ¡joder!, ¿estás bien? Quiero decir, después de tanto tiempo esperando, ¿estás seguro de que esto no es lo que deberías querer y no lo que quieres? No sé ni lo que digo. ¿De verdad la quieres o es para compensar... para arreglar...? Ya sabes.

—La amo con cada fibra de mi ser. No es obsesión, solo amor. Lo que no sé es cómo cojones le voy a explicar lo de las becas, el guardaespaldas y todo lo demás.

—Vaya, tú sí puedes decir cojones, ¿eh? —ironizó Will. Alan sonrió con tristeza—. Mira, hermano, sé que te mueres por estar con ella. Por ser parte de su vida. Por recuperar la tuya, el sentido común y tu tranquilidad. Pero ¿cómo decirlo? No creo que debas contárselo. Nunca. Has infringido la ley. Has leído sus correos, oído sus conversaciones, incluso has pagado a alguien para vigilarla.

—¡Por su seguridad! ¡Para mantenerla a salvo, joder!

—Ya, Alan. Eso es lo que tú piensas, que lo hacías por su seguridad, pero, en realidad, era para acallar la culpabilidad insana que sientes por no haber llegado a tiempo. Sabes que lo que has hecho no ha sido, en ningún momento, justo. Solo servía para satisfacer tu necesidad de controlar que no le pasara nada. ¿Lo entiendes ahora? Si le cuentas lo que has hecho desde siempre, no vas a conseguir otra cosa que... que se aleje de ti. Es lo que yo haría. Es lo que cualquier persona en su sano juicio haría: alejarse de un acosador. Aunque haya sido con buena intención, vale, pero al final del día la cuenta es la misma: eres un acosador —dijo Will convencido de sus palabras.

—¡Joder, lo sé! ¡Joder! —susurró Alan.

—Por eso, porque te quiero como a mi propio hermano, no se lo cuentas. No sacarías nada bueno de hacerlo —repitió.

—Pero debo hacerlo. Tengo que decírselo, aunque la pierda.

—No, aunque no. La perderás seguro. Ya lo hemos hablado muchas veces. La perderás —recalcó despacio las palabras.

Alan se sentó a su lado. Había estado de pie todo el tiempo mientras le contaba la tarde vivida con Emma. Apoyó ambos codos en las rodillas y

se sujetó la cabeza. Tenía el cerebro a punto de explotar. Se sentía feliz por cómo había conseguido llegar hasta ella, aunque hubiera empezado con mal pie. Al final, todo había salido como si hubiera sido calculado al milímetro, pero nada más lejos de la realidad.

La verdad. La cruda, maldita, jodida y repugnante verdad era esta: él era un acosador que solo respiraba, soñaba y vivía por ella. Su obsesión por defenderla, salvarla y compensar aquello de lo que se sentía culpable lo había llevado a perder la perspectiva de lo que estaba bien o no. No tenía ningún derecho a hacer las cosas que había hecho, pero, en cierto modo, la vida de Emma había cambiado a mejor con las pequeñas ayudas que había recibido de él sin saberlo. La cuestión, sin duda, era si tenía derecho a hacerlas. Por supuesto que no. Que las volvería a hacer sin dudarlo, por supuesto que sí. Cualquier cosa para evitarle la pena, la angustia y la desesperación. Sentimientos que sabía que había sentido durante todos estos años. Él mismo los había padecido y eran una auténtica mierda.

—Will, ¿qué voy a hacer?

—Pensar con la cabeza, Alan. En este asunto debes pensar con la cabeza. Ella puede llegar hasta denunciarte por acoso —expuso su amigo.

—Ella querrá matarme cuando sepa quién soy.

—No, Alan. Nadie mata al héroe.

—¿Yo? Por favor, ¿cómo he podido hacer todas esas cosas? ¿Cómo he podido inmiscuirme así en su vida? —dijo Alan negando.

Will se acercó hasta él y le pasó el brazo por los hombros. Era la primera vez, en todos esos años, que hablaban sin tapujos del tema. Su amigo había intentado razonar con él muchas veces, pero no había logrado nada. Ahora que, en teoría, se acercaba el fin del camino; es decir, conseguir el amor de Emma, la verdad había arrollado a Alan como un tren de mercancías.

Había hecho todo por ella. Había centrado todos sus pensamientos, sentimientos y razonamientos en ella. Dándole cierto grado de libertad, sí, aunque la verdad era que había sido un espía sin escrúpulos de su vida. Lo único que le había faltado era poner cámaras y micrófonos en su casa. Por lo demás, lo sabía todo. Incluso la talla de ropa interior. Algo por lo que no se sentía orgulloso. Pero las cosas siempre evolucionan de esa manera: cuando traspasas una línea, la siguiente siempre queda más cerca, y la siguiente aún más, hasta que llega el punto en el que no te das cuenta de lo

lejos que has llegado cometiendo insensateces y apoderándote de algo que no es tuyo, solo decides que lo es para proteger a otra persona.

Will le apartó las manos de la cara y, sujetándolo de la cabeza, le obligó a mirarlo a los ojos. Con gesto preocupado, pero con la determinación de alguien que quiere que se solucionen las cosas de una vez por todas, preguntó:

—¿De verdad la amas?

—Sí —respondió convencido.

—Bien. Esto no arreglará ni cambiará el pasado, pero sí puede modificar el futuro.

Alan no lo entendió, solo abrió los ojos y levantó las cejas a la espera de que su hermano de corazón le expusiera alguna locura. Will se detuvo un instante para sopesar lo que iba a decirle.

—Borra todo lo que tengas sobre ella. Conversaciones telefónicas, emails, wasaps... Le quitarás el guardaespaldas y sabrás qué ocurre en su vida cuando habléis, y no a través de interminables informes. Todo, Alan, borra todo. Desconexión total. Serás como el resto de los mortales cuando espera que el otro se ponga en contacto. Tienes que dejar que las cosas sucedan y no forzar más la vida de ambos. Ella ya te ha conocido. De una forma inimaginable has conseguido una cita y un beso, no, dos besos. La mayoría de las personas no comienzan así, o sí, ¡yo qué sé! Pero mi consejo es que abandones tu perfecto y meticuloso plan porque no funciona. Creo que lo mejor que puedes hacer es dejarte llevar por la vida.

»Daos la oportunidad de conoceros de verdad, sin ventajas. Ella solo sabe de ti lo que ve y lo que oye. Le debes eso, Alan. Le debes el estar en igualdad de condiciones y no en desventaja. Lleva cerca de doce años en desventaja, y no es justo. Permítele conocerte, a ti, al verdadero Alan. No al salvador ni al obsesionado. Te conozco, eres buena persona y, en el fondo, bueno, tu acoso ha sido *light*, por así decirlo. Pero para. Vive, por favor. Date, daos, la oportunidad de vivir en el hoy, no en ese puto día de miseria y horror.

A Alan se le empañaron los ojos. Will era un excelente orador, sabía decir las palabras exactas en el momento perfecto. Y la realidad era esa: que gracias a su forma de ser y de expresarse había llegado a donde estaba, a la cima del mundo.

Alan asintió y dijo sin vergüenza:

—Te quiero, hermano.

Abrazó a su amigo, que hizo lo mismo. La tensión del día, las palabras de Will y el recuerdo imborrable le pasaron factura. Sin poder evitarlo, dejó escapar una lágrima. El diseñador lo rodeó con el brazo y le dio un beso en la cabeza, tal y como lo haría un hermano.

—Yo también te quiero. Tranquilo, desahógate.

Alan no era muy dado a exteriorizar sus sentimientos, pero guardárselos dentro lo había destrozado en el pasado. Así que, durante unos pocos minutos, bajó sus defensas. Cuando se recuperó lo suficiente, se secó las lágrimas y miró a Will con cara de agradecimiento.

—¿Todo? —preguntó en un susurro.

—Todo —afirmó, dibujando una sonrisa de tristeza.

—¿Y tampoco decirle quién soy?

—Eso sí, pero a su debido tiempo. Si se lo dices ahora, solo conseguirás que huya. Además, tenemos otro problema añadido del que no te has acordado.

El empresario frunció el ceño y lo miró sin entenderlo.

—Tu trabajo, Alan. Vas a ser su jefe. Para ser exactos, te quedan seis semanas para conquistarla y conseguir que te quiera ciegamente porque, cuando descubra quién eres, no sabemos cómo va a reaccionar. De todos modos, cuando os veáis mañana, ¿qué crees que te va a preguntar? Pues lo que cualquier persona normal: trabajo, familia, aficiones... Un puto test de cien preguntas y respuestas porque es lo que se hace en las citas, intentar conocer al otro.

—¡Joder! —dijo Alan al darse cuenta de que no había previsto lo básico.

—Eso para más adelante también Y, por cierto, ni se te ocurra saltarte esto a la torera porque entonces tu cagada sí que sería monumental —puntualizó Will.

—Era una forma de hablar.

—Por si acaso, que luego te ciegas y mira dónde estamos.

Alan sonrió, negando despacio. Will era único dando discursos.

—Deshacerme de todo va a ser bastante fácil. Está todo en el servidor privado que tengo en casa, en mi habitación del pánico.

—Ya lo sé. ¿Nadie más tiene copias?

—No, mi hombre de confianza solo me da los originales. No existen copias ni en los servidores ni en ningún sitio.

—¿Estás seguro de ello?

—Por el acuerdo de confidencialidad y el contrato firmado espero que por su bien sea así, de otro modo iría a la cárcel. Tener al mejor hacker de Boston tiene un precio, desorbitado, pero justo por lo que hace.

—Bueno, entonces en eso estamos tranquilos. Formatea todo disco viviente o como leches tengas la información y échales ácido.

—Que no los tengo que matar, Will.

—¡Ya lo sé, joder! Es que, cuando me sale el asesino que llevo dentro, las ideas se me agolpan y me pierdo.

Los dos rieron con ganas.

—Aun así, creo que tienes algo de razón. Lo llamaré para que me indique cuál es la mejor manera de eliminarlo todo. Gracias, Will.

—De nada, hermano.

Alan miró a su amigo con cariño y agradecimiento. Aún con lo loco que parecía, a veces, era el más sensato de los dos. Después se dio cuenta de que era la inercia la que lo hacía seguir adelante. Y aunque el camino que había elegido no fuera el correcto, parar y admitir que lo estaba haciendo mal no le resultaba difícil, sino imposible.

Había cruzado la fina línea que separa lo razonable de la locura. Por su obsesión de proteger a Emma la había ido difuminando con los años y, lo que antes era impensable, se había vuelto un tal vez y, seguidamente, un sí rotundo. Ya fuera por miedo, cabezonería o costumbre.

Daba igual la razón.

Alan lo había hecho, y gracias a Will había conseguido parar.

Recordó el momento en que le había abierto su corazón y el motor de su vida al alocado que tenía enfrente. Poco a poco, casi sin darse cuenta, comenzó a apoyarse en él hasta que sus intenciones y sus acciones fueron un libro abierto que Will leía cada día.

No habían faltado las discusiones; su amigo había intentado muchas veces razonar con él. Pero nunca como hoy. Nunca de forma tan abierta, ya que no se lo había permitido. Siempre se había cerrado en banda y, cómo única respuesta se marchaba, dando por finalizada la conversación. No admitía consejos ni críticas. Su plan estaba trazado, y nadie iba a pararlo. Hasta hoy, hasta este preciso instante.

Todo cambia, todo evoluciona. Y ambos fueron conscientes al mismo tiempo.

—Cierra el pico, que al final me vas a hacer llorar —respondió Will, sacando el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros Gucci y

ofreciéndoselo—. Ahora sería un buen momento, ¿no crees? —le dijo, ladeando la cabeza.

—¿Para? —preguntó porque no entendía a que se refería.

—Para cancelar el servicio de guardaespaldas. Llama a Tom y que se encargue de todo cuanto antes.

Alan resopló. Por primera vez desde hacía mucho, hizo caso a alguien sin protestar.

Un tono, dos.

—¿William? —Se oyó a Tom extrañado al otro lado de la línea.

—Hola, Tom. No, soy Alan. Te llamo con el móvil de Will —respondió, sintiéndose algo nervioso. Todos sus instintos de protección gritaban al unísono que lo que iba a hacer era una mala idea, pero decidió hacer oídos sordos.

—¿Te encuentras bien? ¿Te hace falta algo? —se alarmó.

—Sí, tranquilo. Estoy bien, no te alarmes. Solo es que necesito que canceles la seguridad 24/7 para Emma.

Por raro que sonara, oírlo en voz alta hizo que su estado de preocupación disminuyera. Había sido un paranoico todos esos años. Nada iba a cambiar, todo seguiría bien. Nadie iba a por Emma, y ella necesitaba su intimidad. Le debía eso y mucho más.

—¿Estás seguro?

—Sí, Tom, estoy seguro. Necesito dejarla libre.

—Está bien, Alan. Considéralo hecho. Ahora mismo me ocupo del tema y, en cuanto cuelgue, él se marchará de allí.

—Gracias, Tom.

—Alan...

—¿Sí?

—Me siento muy orgulloso de ti. Esto es lo correcto.

—Lo sé.

—Nos vemos pronto, hijo.

—Gracias, Tom. Un abrazo.

—Un abrazo.

Alan colgó y le devolvió el móvil. Will lo tiró en el sofá y lo abrazó sin tapujos. Era su hermano, y acababa de pasar por uno de los peores momentos de su vida al ceder parte del control al libre albedrío.

Un paso de gigante para Alan.

—¿Y la cena? —dijo, intentando aligerar la situación. Ya estaba bien de dramas y necesitaba volver a enfocarse en algo productivo.

—¡La cena! ¡Ah, mierda! —gritó con musicalidad Will mientras corría hacia la cocina. Había dejado calentando una pata de cordero en el horno y se le había olvidado por completo.

Alan lo siguió riendo a carcajadas.

Esa noche, con total seguridad, cenarían algo quemado.

CAPÍTULO 7. UN REGALO INJUSTO E INESPERADO

Un largo pitido dio paso a un chasquido metálico, indicando que la puerta blindada se abría penosamente.

—Deje el maletín en la cinta. Pase por el detector de metales. Abra los brazos y las piernas.

El abogado siguió las indicaciones del funcionario de prisiones con cara de pocos amigos, o ninguno. Lo conocía desde hacía años, pero eso no había suavizado el carácter del tipo ni había creado un pequeño atisbo de familiaridad o simpatía por su parte. La rectitud y la profesionalidad del guardia era tal que no se le ocurrió nunca ni hacer una broma ni una pregunta, ni siquiera con relación al tiempo. Con una cadencia lastimera, le pasó el detector de metales por todo el cuerpo.

El cliente que tenía que visitar era lo peor de la escoria humana. Un maldito homicida, hijo de un multimillonario, cuyos adjetivos que mejor lo definían eran arrogante, perverso, desequilibrado y, sobre todo, peligroso, muy peligroso.

Al principio no le había importado ser el abogado de la familia Black-Storm, para nada. Ganaba grandes sumas de dinero limpiando la basura y ocultando las infidelidades de uno de los grandes pilares de la gran sociedad americana. También le había tocado lidiar con los, digamos, deslices de su segundo hijo. Este no era más que una copia exacta del gran patriarca; es decir: un ser malvado, egocéntrico y, como colofón, violador y asesino. Lo que cualquier padre querría tener.

El letrado llevaba cerca de doce años apelando y perdiendo cada una de ellas. Casi doce malditos años, toda una vida. Por desgracia para la sociedad, la familia de las víctimas y para él mismo como abogado hoy todo iba a cambiar.

Odiaba, hasta la última célula de su ser, tener que ir a verlo y decirle que había logrado lo que deseaba. No sabía qué chanchullos había cerrado el padre de ese demonio para lograr lo imposible. Tampoco a quién había pagado, extorsionado o asesinado, pero lo había conseguido. «Maldita justicia y maldito dinero que lo compra todo», pensó asqueado. Sentía el

estómago revuelto y no podía enfocar bien la vista. Sin prestar atención, se secó la ligera película de sudor que le había cubierto la frente.

—Recoja el maletín. No se acerque a ninguna puerta ni toque nada. Sígame —añadió el funcionario.

Con las manos frías, y el corazón a mil, el prestigioso letrado Sean Morgan cogió su maletín del final de la cinta. Con pesadez, lo dejó caer a la derecha de su cuerpo. Se enderezó y siguió en silencio al guardia. Con otro pitido, se abrió la sala con cristales antibalas y pequeños cubículos para las reuniones de los prisioneros con familiares o abogados. Se acercó a uno de ellos, se sentó y colocó el maletín en el suelo. Sacó un pañuelo húmedo y limpió a conciencia el teléfono que tendría que coger para hablar con su cliente. Lo normal hubiera sido que lo visitara en una sala abierta, el prisionero sin esposas y con vigilancia en la puerta; pero ese escenario ya lo había vivido. El resultado fue una funda nueva en el colmillo izquierdo, una ceja partida, la cara hinchada llena de moretones y una costilla lesionada por su arrebato al enterarse de que la última apelación también había sido denegada. A raíz de ese encuentro amoroso, el prisionero había perdido todos los privilegios y solo podía ser visitado de la manera: a través de un cristal de ocho centímetros de espesor.

Era tal y como aparecía en las series de televisión: un guardia de prisiones custodiaba a un joven vestido de naranja rabioso con números en el pecho. El tipo era endiabladamente guapo, con unos ojos azules cristalinos como jamás había visto. El pelo negro, con mechas marrones naturales, le rozaba los hombros, confiriéndole un aspecto rudo y amenazador. El abogado sintió un escalofrío cuando vio esos dientes blanquísimos y perfectos recibirlo con una sonrisa que helaría el mismo ártico.

El guardia le señaló que se sentara. Cuando lo hizo, se separó de él tres pasos y en voz alta le recordó el tiempo que tenían.

—Diez minutos.

El abogado asintió y el prisionero se acomodó en una silla metálica rígida atornillada al suelo. Con pesadumbre, vio cómo su cliente cogía el teléfono.

—Al grano —ordenó Jason con impaciencia.

—Conseguido. Tendrá la libertad condicional en unas tres o cuatro semanas, quizás antes. Depende del juez, pero, como máximo, en cuatro semanas.

Jason apretó los dientes y los enseñó como si fuera un perro rabioso. El abogado, durante un momento, no supo distinguir si estaba contento o pensaba desollarlo en cuanto lo tuviera cerca.

—Querido letrado Morgan... Ojalá no estuviera este cristal para darte el abrazo que te mereces.

«Una combinación de los dos», pensó Sean. Se retorció en la silla y palideció.

—Creo que su última muestra de cariño fue más que suficiente para el resto de mi vida.

—Cuidado, abogado. —Sonrió—. ¿Y mi devoto padre?

—Quería venir, pero lo han retenido. Tenía una reunión muy importante.

—Ahórrate los detalles, sus reuniones duran desde que entré aquí. Todo me importa una mierda mientras se cumpla lo que dices —dijo con desprecio.

—La vista será en unas tres semanas o así, a menos que la adelante el juez. Después se estipulará la fianza y las condiciones de la condicional. Será puesto en libertad con restricciones en un máximo de las cuatro semanas que ya he comentado y, por supuesto, llevará el localizador en todo momento. Ese es el trato.

—Perfecto, picapleitos. Quiero que llames a Vincent. Dile que me traiga el último informe y ponte en contacto con Slab. Confírmale que en breve comenzará algo más interesante que el trabajo que tiene en este momento. Y que se vaya poniendo en forma.

—De acuerdo. Eso es todo, Jason.

Al preso se le salieron los ojos de las órbitas.

Respeto. El abogado le había faltado al respeto. Si algo había conseguido dentro de la prisión era posición y respeto. Estos se los había ganado por dos motivos: primero, su sed de venganza, situación que le había llevado a machacar sin piedad la cabeza de más de uno. Y, segundo, el pago a algunos matones, incluyendo a los guardias del recinto, que le proporcionaban protección y suministros de lo más variopintos. Los cabos sueltos no le gustaban, y gracias al dinero que le suministraban tenía más que de sobra.

Jason se detuvo un instante en pensar que su viejo, aun siendo un hijo de puta, no lo había abandonado del todo, al fin y al cabo. Después miró al abogado y se mostró tal y como era en realidad.

—Señor Black-Storm para ti y para todo el mundo. Respétame, abogado, o bucearás a la profundidad de las fosas abisales. Espero haber sido lo suficientemente claro.

—Por supuesto, señor Black-Storm. Mis disculpas —balbuceó Sean, enderezándose en la incómoda silla.

—Tiempo agotado, J.J., las manos —dijo el guardia, acercándose a Jason y colocándole las esposas. Sin duda, no se fiaba de él ni de ningún otro preso por muy bien que pagara.

—Nos vemos, abogado. —Jason colgó el teléfono. Se despidió guiñando un ojo y sonriendo con la boca cerrada.

—Señor Black-Storm.

Morgan asintió una vez, colgó el teléfono y agarró el maletín con la mano temblorosa y empapada de sudor. Sin duda, no le pagaban lo suficiente como para tener que lidiar con ese demente. Aunque ya era tarde para dar marcha atrás.

«¡Dios, ya soy demasiado viejo para esto! Tendría que haberme quedado en aquel diminuto bufete y dedicarme a divorcios y poco más», se quejó, mientras apoyaba el maletín en sus piernas.

Era curioso, al envejecer le habían aparecido los escrúpulos. Quién lo iba a decir. Ya poco podía hacer sino seguir adelante hasta llegar a la jubilación y, si era posible, con la cabeza sobre los hombros.

«Malditos ricos de mierda. ¡Ojalá se pudrieran todos!», se quejó en voz baja.

Con torpeza, se levantó de la silla. Por poco, no se cayó de bruces. Se recuperó como pudo y salió acompañado por el mismo funcionario que lo había llevado hasta allí.

A cada paso que lo separaba de esa sala, y de ese ser malvado, se sentía mejor. Pero ese sentimiento no perduraría mucho porque iba de camino a ver al padre, con lo que no sabía qué era peor.

CAPÍTULO 8. LLEGÓ EL DÍA

Emma abrió los ojos, cogió el móvil y apagó la alarma. Menuda noche. Había tardado una eternidad en quedarse dormida porque no había podido dejar de pensar en Alan y en ese beso. El segundo no lo pudo saborear, pero, el primero... «¡Madre mía!», pensó, mirando al techo y mordiéndose el labio inferior.

Rememoró despacio la tarde anterior sin poder parar de sonreír. La inmersión en café, el primer insulto, el malentendido, correr detrás de Alan, el segundo insulto, besar a Alan. Uf, besar a Alan. Y esa noche cenaría con él.

Hizo un repaso mental a toda su ropa y no sabía qué ponerse. Lo cierto es que no tenía nada que fuera espectacular. «¡Ya está! El vestido negro y el pañuelo de William», decidió satisfecha. Así tendría algo con lo que romper el hielo, pero le daba la sensación de que no iba a ser necesario. Seguro que Alan era más que eficiente no ya para romperlo, sino de derretirlo. «Dios, ese hombre es... imponente», cerró los ojos un momento y volvió a recrear el beso en su cabeza.

La segunda alarma, que siempre programaba por si se quedaba dormida, comenzó a zumbiar y también la apagó. En esto, sonaron dos golpecitos en la puerta.

—¿Estás despierta, Em? —susurró Sarah.

—Sí, ¡pasa!

Abriendo la puerta despacio, Sarah asomó poco a poco la cabeza y preguntó de manera socarrona:

—¿Pudiste dormir anoche?

—¡Serás! —dijo Emma, lanzándole una de las almohadas.

Su amiga abrió la puerta de par en par y se tiró en bomba encima de ella. Después, empezó a hacerle cosquillas y a besuquearle las mejillas.

—¡Oh, Alan, dame otro beso, Alan!

Emma no paraba de reír y de contorsionarse por las cosquillas mientras la psicóloga seguía con su graciosa tortura de manera implacable.

—¡Basta, ah! Jajajaja, ¡para!

—¡Esta es mi venganza por tus retorcidas deducciones!

—¡No, para, por Dios!

Sarah se apiadó de ella y cesó su ataque contra una Emma que ya no podía respirar.

—Ah, ¡qué a gusto me he quedado!

—¡Eres mala!

—Ni de lejos.

Las dos rieron porque menudo despertar le había dado. Sarah se tumbó al otro lado de la cama y se puso a mirar al techo.

—¿Qué te vas a poner para la cena?

—Había pensado en el vestido negro con el pañuelo de seda.

—¿Te presto mis tacones de infarto?

—Mujer, para matarme no necesito ayuda. Yo con tus *Manolos* no llego ni al quicio de la puerta.

—Pero tienes que reconocer que hacen unas piernas espectaculares —dijo Sarah, levantando su pierna y mostrando su pie en punta.

—¿Cómo pudiste comprarte esos zapatos? Es como llevar un artefacto de la inquisición en tus pies.

—Son divinos, y los compré al setenta por ciento de descuento. No los podía dejar escapar, me decían: «llévame contigo, Sarah, llévame contigo», y yo, si un zapato me habla, no lo puedo abandonar.

Volvieron a reír. Menudas cosas se le ocurrían a su amiga.

—Gracias, pero no —confirmó Emma.

—Tú pruébatelos. Si ves que llegando al primer escalón te vas a caer de cabeza, te puedes poner unas botas planas o tus salones, ¿vale?

—Trato hecho.

Ambas se dieron la mano como señal de acuerdo y se pusieron en marcha.

—Sarah, anoche se me olvidó preguntarte una cosa. ¿Miraste el cajón de mi ropa interior?

—No. ¿Por qué?

—No sé. No es que estuviera revuelto, pero me faltan las braguitas de este sujetador rosa. —Emma le enseñó la prenda a su amiga.

Sarah levantó las cejas y los hombros, negando bastante extrañada.

—Sabes que te robo cualquier cosa de tu armario sin escrúpulos, pero tu ropa interior me queda una talla grande. Además, aunque me estuviera bien, nunca la cogería sin pedirte permiso, y solo sería ante una

necesidad extrema. Revisa la última colada. Igual se ha mezclado con otra ropa al doblarla.

—Pues seguro que es eso. ¡Qué tontería! No le voy a dar más vueltas. Es que me gustan mucho y son muy cómodas. Lo revisaré.

Sarah le guiñó un ojo y salió de la habitación.

—¿Bajas a desayunar? —preguntó desde el pasillo.

—Sí, dame un minuto y voy.



Alan se despertó con una resaca monumental y pensó: «Maldito inglés y su capacidad infinita para beber cerveza, *whisky* y lo que le pongan por delante». Por suerte, el asado no se había quemado y la cena estuvo a la altura del restaurante al que había pedido Will, claro que el alcohol también. Su amigo era una esponja que se podía beber el Océano Pacífico y quedarse mirando hacia los lados. Pero él se sentía como un quinceañero pasado de rosca. Era patético. Un hombre hecho y derecho debería tener más aguante, solo que no era el caso. Alan apenas bebía y, cuando lo hacía, era bastante moderado, rozando lo poco.

Con los ojos cerrados, volvió a la noche anterior. «Tengo que tomarme las cosas de otra manera... Como si fuera tan fácil», se dijo.

La realidad era que sentía cada despertar como si viviera un auténtico infierno. La primera respiración venía acompañada de una carga demasiado difícil de sobrellevar. Se preguntó si sería eso lo que sentía Emma cada día.

Si él no lograba superarlo, ¿cómo iba a poder hacerlo ella?

«Sí, lo mejor será llamar a James lo antes posible para tener una sesión», negoció consigo mismo. Las pesadillas aún no habían vuelto, pero, después de los últimos acontecimientos, temía que le faltara poco para disfrutar de su compañía.

«¡Por el amor de Dios!», se quejó para sí al intentar incorporarse. Debía ir al trabajo y apenas podía girar el cuerpo hacia la mesilla de noche. Se preguntó qué hora sería cuando consiguió moverse para ver el móvil.

—¡Ya son las siete y media! ¡Voy a matarte, Will! —gritó, mientras pensaba una buena sarta de maldiciones.

Se levantó de golpe. Mala decisión. Una bocanada de un compendio de muchas cosas se le subió a la garganta. Corriendo, llegó justo para levantar la tapa del inodoro y ver hasta la primera papilla que había ingerido en su vida.

—Aj, ¡qué asco! ¡Dios!

Pulsó el botón del inodoro, bajó la tapa y se sentó todo lo despacio que pudo. Echó el cuerpo hacia atrás, apoyando la espalda y la cabeza en la fría pared. Tenía que ducharse e irse, pero sabía que en ese momento sus decisiones valían lo que su equilibrio: nada en absoluto.

Se oyó una voz cantarina, que llegaba desde el pasillo, con una alegría y un buen humor que le revolvieron aún más las tripas. La buena noticia era que no le quedaba nada más que vomitar.

—Alan, ¿te encuentras bien? —dijo su amigo con musicalidad.

—Voy a matarte, maldito inglés.

Will llegó hasta el baño y vio la guisa en la que se encontraba.

—¡Por el amor de Dios! ¡Si estás hecho unos zorros!

—Hijo de puta... —dijo sin ni siquiera poder abrir los ojos.

El diseñador se agarró al quicio de la puerta porque, del ataque de risa, por poco se cae al suelo. Alan continuó con sus cariñosos apelativos.

—Cabrón, gilipollas, mal amigo...

—Me encanta tu buen humor por las mañanas, querido.

—Cuando te alcance, te despellejaré.

—Pero ¡qué exagerado eres, por favor! Total, solo fueron seis cervezas, y cuatro dedos de Glenfiddich. ¡Hasta un bebé podría aguantar eso!

—Tu puta madre bien, ¿no?

—Supongo, aunque con tanto estiramiento facial no tengo ni idea.

—Me va a explotar la cabeza.

—Aj, ¿a qué huele aquí? ¿Has vomitado?

—Sí, cabrón.

—Nenaza.

—Capullo.

Will se aproximó a la mampara de la impresionante ducha de mármol, en la que cabían, al menos, cuatro personas. Programó la temperatura del agua, accionó el mando y cerró la puerta de cristal.

—Vamos, cariño. ¿Te ayudo a desvestirte?

—¡No! —respondió a toda velocidad, consiguiendo abrir los ojos. Miró su reflejo en el enorme espejo que abarcaba los dos lavabos y, al notar algo de color en las mejillas, se atrevió a levantarse. Se alegró al ver que sus piernas aguantaban su peso y pensó: «Primera batalla ganada»—. Estoy mejor. ¿Preparas café?

—Por supuesto —respondió sin reírse. La bestia estaba demasiado vencida como para bailar sobre sus cenizas—. Ten cuidado. Si necesitas algo, dame una voz.

—Vale. —Fue lo único que pudo contestar el maltrecho doctor en Física.

Se planteó en firme el hacerse abstemio y le pareció la mejor idea que se le había ocurrido en la vida. Esa noche iba a cenar con la mujer de sus sueños y, desde luego, no iba a beber ni una maldita gota de alcohol. Bueno, ya lo pensaría luego, tras una buena transfusión de café en vena. Ahora, tenía que volver a ser persona.



Después de una mañana para el recuerdo, Alan vivió el día lento, tedioso y con cierto grado de nerviosismo. Tras la segunda taza de café, y de que su estómago decidiera que tomar un par de tostadas era una buena idea, se sintió mucho mejor. Tan solo había llegado con quince minutos de retraso y, por suerte, nadie notó su ausencia. Que su querido amigo y mentor aún se ocupara del departamento fue una bendición.

A las diez de la mañana, le había saltado la alarma de llamar a su psicólogo, pero la canceló porque estaba muy ocupado. Luego pondría otra para pedir cita. Tras innumerables micro reuniones, presentaciones y explicaciones por parte de Walter para dejarle las cosas lo más claras posibles, la jornada llegó a su fin.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Con energías renovadas, subió en su despampanante coche y fue conduciendo lo más rápido que le permitía el tráfico para llegar a casa.

Al aparcar en su plaza, vio el Camaro azul. Era perfecto, justo lo que le había pedido a Tom. Se dirigió al apartamento y, cuando abrió la puerta, lo recibió su ama de llaves, Audrey.

—Buenas tardes, doctor Storm.

—Buenas tardes, Audrey.

—Un mensajero le ha traído un sobre con las llaves del nuevo vehículo. Se lo he dejado en la bandeja de entrada de su despacho.

—Gracias. ¿Qué tal ayer en su aniversario?

—Fue estupendo, doctor. Muchas gracias por la reserva y la noche de hotel.

—No se merecen. ¿La canguro bien?

—Perfecta. ¿Le apetece tomar algo?

—Sí, por favor. Un café cargadito y algo para comer. Estoy famélico. ¿Me lo lleva al despacho?

—Ahora mismo.

Un dato curioso era que ambos se trataban de usted. Aunque llevaba poco tiempo trabajando para él, Alan se había dado cuenta de que Audrey era una auténtica profesional que, debido a la crisis, había tenido la mala suerte de perder su antiguo trabajo. Toda su vida laboral había sido en administración, pero, por culpa de las circunstancias, tuvo que buscar empleo en otros campos como era el de asistente doméstica. Su educación era excelente, y su eficiencia en la limpieza no se quedaba atrás. Ser madre de dos chicos le daba toda la experiencia necesaria para mantener limpio el piso de un hombre soltero.

Alan se dirigió a su despacho y revisó la correspondencia. Abrió el sobre con las llaves de su reciente adquisición y sonrió para sí pensando qué opinaría Emma del coche cuando lo viera. Esperaba que Tom hubiera comprado un vehículo de segunda mano, pero mucho se temía que eso no era lo que había sucedido. En el garaje tuvo la sospecha de que era nuevo, aunque ya lo comprobaría luego.

—¿Doctor?

—Adelante, Audrey. Gracias.

—¿Necesita algo más antes de que me vaya?

—Nada. Descanse y nos vemos el lunes.

—¿El lunes? Será mañana.

—No, le doy el fin de semana libre. Tengo planes, y la casa está impoluta. Creo que podré pasar un fin de semana sin destrozar el piso.

—¿De verdad? —Los ojos de la mujer se abrieron por la sorpresa.

—Pues claro, mujer. Disfrute del fin de semana con su familia.

—Es usted muy generoso, doctor Storm, pero si supone cobrar menos, yo... no puedo. Necesito el sueldo.

—¡Por Dios, Audrey! El día se lo regalo yo. Tranquila, que va a cobrar el sueldo íntegro —aclaró Alan.

—Muchas gracias, doctor. Es usted una gran persona.

Él negó, rechazando su respuesta.

—Para nada, Audrey. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Sí, claro.

—¿Su marido trabaja?

—Media jornada, apenas llegamos a fin de mes —confesó apenada.

—Debería habérmelo dicho antes. Espere un momento. —Alan cogió su móvil y marcó un número—. ¿Tom?

—Hola, Alan. Dime.

—Tom, el lunes va a ir el marido de Audrey para llevar su currículum. Revísalo y colócalo en un puesto que pueda desempeñar sin problemas —dijo ante el asombro de su empleada, que mantuvo el tipo como pudo.

—¿Sueldo? —preguntó Tom.

—Alto. Audrey es maravillosa y muy eficiente. Seguro que, si su marido trabaja la mitad de bien de lo que lo hace ella, será increíble.

La pobre mujer se quedó en *shock* porque no podía creer que fuera a emplearlo en su empresa.

—Ya veo. La tienes delante, ¿verdad?

—Sabes que sí —confirmó Alan.

—¿Quieres que haga algo con su sueldo? —Tom ya sabía la respuesta.

—Lo de costumbre —volvió a confirmar Alan.

—Está bien. Lo tendrás desde hoy.

—No, retroactivo desde el uno de junio.

—Conforme. ¿Algo más?

—Nada, Tom. Muchas gracias. Nos vemos pronto. Un abrazo.

—De nada, por favor. Un abrazo, Alan.

Audrey no salía de su asombro, ya que no entendía qué había pasado en los últimos cinco minutos.

—Doctor, yo... No sé cómo agradecerle...

—Yo sí, siendo feliz. Salga este fin de semana con su marido y los niños. —Abrió un cajón que estaba cerrado con llave y sacó quinientos dólares. Los metió en un sobre y después se lo dio—. Este es mi regalo extra por su aniversario.

—¡No! De verdad, no puedo aceptarlo. Nos ha regalado una cena y el hotel, y la canguro. Es demasiado, yo... Es solo una mala racha, nos recuperaremos. No quiero ponerlo en ningún tipo de compromiso, no es mi intención. Además, me moriría de la vergüenza —dijo ella, aguantando las lágrimas. Jamás había conocido a alguien tan generoso como su joven jefe.

—Mi deber es ayudar a las buenas personas, si no, ¿en quién me convertiría? No, Audrey, es un regalo, de corazón. Por favor, acéptelo. Además, en la próxima nómina va a recibir un aumento considerable y retroactivo desde el inicio de mes, y su marido tendrá un trabajo decente con el que ganará lo suficiente para que sus vidas mejoren —contestó sin ponerse ninguna medalla. Con su forma de ver la vida no podía concebir el no ayudar a otra persona si estaba en su mano, porque eso era lo correcto.

—Estoy tan agradecida que no sé qué decir —susurró ella que, sin poder evitarlo, notó cómo se le escapaban varias lágrimas.

—Con lo que me ha dicho es más que suficiente —respondió Alan, agradecido de poder ayudar a otra persona más en su vida—. Y ahora para casa. Todo va a mejorar, Audrey, se lo aseguro. Buen fin de semana.

Ella asintió y le dedicó una de las sonrisas más sinceras que había visto en mucho tiempo.

—Muchas gracias, doctor. Buen fin de semana —dijo, saliendo del despacho.

Recogió sus cosas y, cerrando la puerta del piso, se echó a llorar de alegría mientras llamaba al ascensor. Todo iba a cambiar para ellos, estaba segura.

Alan se sintió muy bien al saber que la ayudaría y, más que nada, porque no iba a volver en todo el fin de semana. Ella era una mujer bastante discreta, pero no quería tener ni la más remota posibilidad de que interrumpiera algún acercamiento con Emma.

—Pero ¿qué narices? —se regañó en voz alta.

No iba a pasar nada ese fin de semana. Eso sí, intentaría verla los dos días. «Tal vez pueda enseñarle el piso, seguro que le encantará. Pero ¿qué hago pensando en que la voy a traer a casa? ¡Deja de pensar con la entrepierna, Storm!», se recriminó.

Cogió de la bandeja la mitad del sándwich y lo engulló en varios bocados. «¿He almorzado?», se preguntó. Hizo memoria y se dio cuenta de que se le había olvidado. Las preocupaciones, el nuevo puesto, las reuniones... Había conocido a tanta gente ese día que dudaba que se

acordara de algún nombre al siguiente lunes. Terminó con el emparedado y cogió su taza de café Nespresso recién hecho, «George, tú sí que sabes», se dijo, degustando un ristretto doble con leche hirviendo.

—Mmm... —expresó al primer sorbo.

Se sentó satisfecho en el sillón reclinable y encendió su iMac de pantalla gigantesca. Aún tenía tiempo de revisar varios proyectos que le había enviado Tom por correo antes de prepararse para la gran noche.

La noche que marcaría un antes y un después.



Emma pasó todo el santo día ordenando libros, carpetas, proyectos presentados, encuadernaciones de apuntes y un sinfín de papeles más. Las montañas que se formaron en la habitación apenas le dejaban espacio para andar. Podría haber hecho eso en cualquier otro momento, pero necesitaba tener la cabeza ocupada.

Sarah estaba estudiando para su último examen, sin embargo, ella no tenía otra cosa que hacer. El día anterior había sido la culminación de su vida de estudiante y, ahora, que todo había terminado, estaba como perdida. No significaba que dejara de estudiar, pero no necesitaría examinarse durante un tiempo. Por supuesto que más adelante realizaría cursos, asistiría a seminarios y ponencias; pero, hasta que llegara esa nueva etapa, se sentía extraña. Algo bastante común.

Decidió que ya tenía suficiente por el momento. Desplegó una bolsa de basura para tirar al contenedor de reciclado de papel todos aquellos documentos que no eran necesarios o estaban duplicados. Ordenar lo que quedaba fue mucho más sencillo, porque fue apilando en la estantería todo lo que había recopilado antes. Durante unos instantes, pensó cómo iba a cambiar su vida a partir de ese momento, esto le hizo sentir emoción y nervios a partes iguales. Contaría con un sueldo bastante generoso y, lo más probable, era que buscara otra vivienda más cerca del trabajo. Quizá no mereciera la pena cambiar de casa y le gustaba vivir con Sarah, aunque siempre había vivido con alguien, nunca sola. Sería un buen momento para intentarlo, pero antes debía ganar dinero. Tal vez en algunos meses tuviera ahorros y pudiera independizarse.

«Ahorrar», pensó, y un recuerdo nada agradable la hizo volver al presente. Su cuenta era de cinco millones de dólares más los intereses. La indemnización por el juicio había sido de esa cifra para ella y la misma para su abuela. Pero ninguna había gastado nada, lo único que habían hecho era aumentar el patrimonio. Katharine se había encargado de ello. Una de sus mejores amigas trabajaba en el banco donde ingresaron tal enorme cantidad. Gracias a inversiones bastante seguras, plazos fijos y un montón de cosas de banqueros, de los que no entendía ni el nombre, habían logrado que su situación fuera la que era.

Dejó el último libro en la estantería. Se pasó el dorso de la mano por la frente y recogió una pequeña cantidad de sudor. Había trabajado mucho y el calor de junio empezaba a saludar con paso firme. Se acercó a la ventana para terminar de abrirla y miró hacia afuera. Se fijó en un hombre con la cabeza rapada, bastante musculoso, que observaba la propiedad sin molestarse en disimular. No le llegó a distinguir bien la cara porque, en cuanto se dio cuenta de que ella lo había visto, se dio la vuelta y se fue.

«Qué raro. La gente de hoy en día cada vez hace cosas más extrañas. Quizás le ha gustado la casa, o la arquitectura o... ¿No está la casa de al lado en alquiler? Pues será eso, le estaría haciendo una foto al teléfono de la inmobiliaria», se dijo. Tan rápido como se apartó de la ventana, los pensamientos que acababa de tener la abandonaron. Con un golpe seco en la puerta, Sarah terminó de sacarla de su ensimismamiento.

—¿Has acabado? Menuda tienes liada. Si te ves con mucha necesidad, te dejo que ordenes mi habitación.

Emma negó sin parar mientras levantaba ambas manos.

—No, gracias. Ya he tenido más que suficiente. Me hace falta una ducha, estoy polvorienta y pegajosa. ¿Qué hora es?

—Las siete menos cuarto. Tienes que empezar a arreglarte ya —puntualizó Sarah, elevando las cejas con cara burlona.

—No necesito tanto tiempo para arreglarme.

—Sí que lo necesitas porque te voy a maquillar. Y no discutas conmigo: es lo que hay.

—Vale, vale. Ya me ducho y después me puedes convertir en una puerta.

—¡Oye, que yo maquillo muy bien!

—Ya lo sé, pero me veo muy rara con tanto potingue en la cara —confesó Emma.

—Eso es porque casi nunca lo haces. Anda, corre, que cuando Alan vea el resultado final, ¡no va a saber ni por dónde empezar!

—Bueno, ¡pues a ello! Empieza la reconstrucción en tres, dos, ¡uno!

Ambas se echaron a reír y Emma se dirigió a su baño a darse una bien merecida ducha.



Alan cogió una fina chaqueta de ante por si refrescaba. Las noches de junio eran imprevisibles. Además, las mujeres solían llevar poca ropa y siempre terminaban con frío.

Entró en el salón con la intención de llegar al vestíbulo y se llevó un susto tremendo al ver a Will relajado en su sofá leyendo una revista.

—¡Joder, menudo susto!

Levantando los ojos de la lectura, con un gesto de importarle un comino lo que decía Alan, le soltó:

—Venía a darte mi visto bueno.

—Vale, pero la próxima vez me lo dices, aunque sea a voces. O, para variar, podrías llamar a la puerta. Serás de alta cuna, pero se les olvidó enseñarte eso de tocar el timbre antes de entrar.

—¡Qué tontería! —Movió la mano indicando que dejara el tema—. A ver, date la vuelta.

—No pienso hacerlo y me voy, que no quiero llegar tarde.

—¡Ah, está bien! Me levanto yo. —Se dedicó a dar varias vueltas alrededor de su amigo y lo único que se le ocurrió decir no le gustó a Alan—. Hummm..., ¡qué desperdicio!

—¡Will!

—Madre mía, ¡cómo estás! Creo que nunca te había visto más «buenorro» en toda mi vida. El *whisky* te sienta rematadamente bien. A falta de otro calificativo, estás... perfecto.

—Gracias, pero nada más lejos.

—Y dale...

—Me voy, Will. Deséame suerte.

—Toda para ti. Pero, si no es ciega, y me consta que no lo es, creo que la noche puede dar mucho de sí. ¿Llevas condones? —bromeó.

—¿Qué? No, por supuesto que no. Lo último que necesito es que vea alguno en mi chaqueta o en mi cartera. Tengo que ser un caballero.

—Alan, tú ya eres un puto caballero de armadura blanca.

—¿Puto?

—Anda, ¡es verdad! ¡Eso ya lo dijo ella!

Los dos rieron y se dirigieron al vestíbulo.

—Haz el favor de controlarte este fin de semana y no vengas sin llamar antes. No tengo ninguna intención de traerla aquí, pero por si acaso.

—Oído cocina, pero, como la traigas, la vamos a tener. Eso sí, mucha suerte. En serio, espero que salga todo muy bien.

—Gracias, Will.

Se despidieron y Alan bajó al garaje. Sus temores se confirmaron en cuanto entró en el Camaro. Era precioso y lo que se temía: nuevo. El modelo deportivo que le había conseguido Tom era espectacular, aunque no se acercaba ni de lejos a su SSC Tuatara. Arrancó el motor y salió esperanzado para encontrarse con el amor de su vida.

«Seis semanas», se dijo, asintiendo para darse ánimos. Disponía de seis semanas para conseguir que se enamorara de él y no le mandara a paseo por haberle ocultado quién era. Estaba seguro de que no le iba a gustar que fuera su jefe, pero, mirándolo desde otra perspectiva, era la ocasión perfecta para verse a diario y llegar a conocerse en profundidad.

Mientras conducía, divagó pensando en el comentario de Will la noche anterior sobre que iban a ser como los protagonistas de Anatomía de Grey. No sabía de lo que hablaba; nunca había visto un episodio, aunque su amigo le había insistido hasta la saciedad. Sin embargo, ese tipo series no era para él. «¡Dios! Ya estoy nervioso como para estar pensando en una serie de televisión. ¡Céntrate, Alan!», se regañó. Sí, estaba frenético y el corazón le iba a mil. Teniendo estos pensamientos, giró hasta llegar a la casa de Emma. Aparcó dos puertas más adelante y paró el motor.

Alea iacta est, dijo en voz alta. De manera automática, su mente tradujo las palabras de Julio César, «La suerte está echada». Sonrió para sí. Después, salió con energía del vehículo y caminó con decisión hasta la puerta de color blanco. Inspiró emocionado y tocó el timbre del número cuarenta y dos. Una Sarah deportista le abrió la puerta y le indicó que pasara con un leve movimiento de cabeza.

Para Alan, el mundo se detuvo cuando vio bajar a Emma por las escaleras. «Perfección», ese fue el primer adjetivo que le vino a la cabeza.

Si Sarah le dijo algo, no se enteró. Lo único que pudo hacer fue tragar saliva y notar las pulsaciones de su corazón. Mantuvo el tipo como pudo. El momento por el que tanto había luchado, por fin, había llegado. Como si fuera todo a cámara lenta, Emma se le acercó sonriendo. En ese preciso instante, se dio cuenta de que todo lo que había hecho o estaba por hacer era lo correcto, porque, por ver esa sonrisa el resto de sus días haría lo que fuera necesario. Fuera legal o no.

—Impresionante.

—Gracias —dijo ella sonriendo.

—¿Hola? Estoy aquí, ¡que no soy invisible! —se quejó Sarah. Pero, para su desgracia, sí que lo era, ya que ninguno de los dos parecía escucharla—. Pero, bueno, ¿es que ninguno me va a decir hola o adiós?

El cerebro de Alan comenzó a trabajar y, apartando un instante la vista de una sonrojada Emma, consiguió saludar a su amiga.

—Hola, Sarah. Disculpa —dijo educadamente, ofreciendo la mano a una Sarah más que indignada.

—Hola, Alan. Creía que me había vuelto invisible o algo.

Emma también reaccionó. Abrazó a su amiga y le dio un beso.

—Perdona, Sarah. A mí también se me ha ido el santo al cielo.

—Vale, que sí, que estáis muy guapos los dos. Anda, idos ya y pasadlo bien.

—Gracias, bonita mía. No volveremos tarde, pero tienes mi número si necesitas algo, ¿vale?

—Primero, no necesitas niñera y, segundo, no eres Cenicienta. Puedes volver pasadas las doce —se burló su amiga.

Los tres se echaron a reír. Menuda era Sarah.

Alan sabía de sobra que no pensaba volver a las doce y, aunque no tenía más remedio que traerla de vuelta, sin duda, sería mucho después de la hora mágica.

CAPÍTULO 9. LA CITA

Con una sonrisa que derretiría el Ártico, Alan le ofreció la mano a Emma que, sin dilación, la aceptó y salieron juntos.

—En serio, estás preciosa —repitió él.

—Gracias, tú también.

—¿Estoy precioso?

—¡Ya te digo!

Los dos caminaron sonriendo hasta el coche recién estrenado.

—¿Camaro azul? ¡Dios, qué previsibles sois los hombres! Aunque yo hubiera puesto la mano en el fuego de que tendrías un deportivo que valiera tu peso en oro —dijo ella con media sonrisa, entrecerrando los ojos.

Alan se quedó mudo y acto seguido soltó una carcajada. Emma podría servir como adivina.

—Venga, confiesa, ¿dónde tienes tu deportivo? —Y se puso a mirar detrás de él.

Para su sorpresa, Alan respondió la pregunta sin medir las palabras.

—En el garaje de mi casa, un SSC Tuatara. Este lo he hecho comprar hoy para que no te sientas intimidada por mi inmensa fortuna —dijo, guiñándole un ojo a Emma, que ya estaba sonriendo por la ocurrencia. Sin esperarlo, se sintió mejor. Y aunque ella se lo tomó en broma, él sabía que era la estricta verdad.

—Muy considerado por tu parte. Hombre, este no está nada mal, pero del otro no sé siquiera si existe el modelo. Lo buscaré en internet para ver si me has mentido o no. —Ambos rieron—. Y, aunque suene a tópico, a mí no me importa el dinero. Por supuesto, lo necesito para vivir, pagar facturas y demás, pero no soporto a la gente que lo utiliza para tener poder y comprar lo que no se puede comprar. —Emma se quedó callada y miró hacia el suelo—. Lo siento, se me ha ido... Es demasiado serio para los primeros cinco minutos, ¿no crees? Venga, ya puedes salir corriendo.

A Alan se le partió el alma al darse cuenta de que ella seguía sufriendo. No llevaban ni eso, cinco minutos, y ya había salido a colación el tema. Claro, que se suponía que él no tenía por qué entender de qué estaba hablando, pero, por desgracia, lo hacía.

«Bien, esta noche tiene que marcar una diferencia», se dijo, mientras se prometía que con cada nueva cita debía conseguir eliminar algo de su dolor. Aunque solo fuera el tiempo que estuvieran juntos, aunque, al separarse, ella siguiera sintiendo esa pérdida; pero que la carga fuera más liviana hasta que llegara el día en que él le confesara quién era.

«Todo eso en seis semanas», pensó algo agobiado. Después se sintió estúpido, prepotente y mezquino. Menuda combinación en una noche que se suponía que debía estar exultante. Pero es que la conciencia y los remordimientos son así de especiales: aparecen cuando menos se los necesita.

Emma se regañó al comprobar que su filtro cerebro-boca seguía sin funcionarle. «Pero ¿por qué le he dicho esas memeces? A Alan le importa un pimiento mi filosofía de vida o mis problemas. Me ha invitado a cenar por una cadena de inconcebibles acontecimientos que... ¡Da igual! Y yo dando un discurso sin sentido. Va a ser una cita desastrosa, seguro. Al final este hombre guapísimo va a salir corriendo porque estoy rota. Y, para colmo, acabo de animarlo para que lo haga», pensó. Su mente iba a mil por hora y, en ese instante, se dio cuenta de que llevaba rota cerca de doce años y no sabía cómo unir las piezas ni de su corazón ni de su alma. «Quizás con él puedas... No, ¡mírate, Emma! Con él, no. Él es perfecto y tú no le llegas ni a la suela de los zapatos. Sobrevive a esta cita y listo», se dijo llena de pena.

Sí, estaba rota y sin posibilidades de reconstrucción.

—Ey, ¿estás ahí? —preguntó Alan preocupado al ver que ella se quedaba callada, muy seria y pensativa.

—Sí, perdona —consiguió responder.

—No tengo nada que perdonar, Emma, y no pienso salir corriendo. Creo que cada uno tiene derecho a vivir la vida como mejor le venga. He de confesarte una verdad: yo sí tengo dinero, y mucho. Pero jamás será un impedimento para estar con la persona que quiero. Aún no sabemos casi nada el uno del otro —mintió descaradamente—, pero te puedo asegurar que para mí los sentimientos están muy por encima de la cuenta bancaria. ¿Muy serio para los primeros diez minutos?

—Un poco. Pero, en realidad, no importa —dijo sonriendo.

Alan accionó el mando y le abrió la puerta. Ella entró y se puso el cinturón de seguridad. Él recorrió en un suspiro la distancia a la puerta del conductor y, tras sentarse, le dedicó una sonrisa impresionante, que la dejó

sin aliento. Justo cuando iba a darle la vuelta a la llave para arrancar el motor, ella colocó su mano sobre la de él para que se detuviera.

Ambos se miraron.

—¿Por qué? —dijo ella con profunda tristeza.

No conseguía entenderlo. Estaba claro que tenía a fuego grabado que no merecía algo así. La pérdida no la dejaba seguir adelante en determinados aspectos de su vida. Y, aunque en dos ocasiones lo había intentado, nada había funcionado. El sentimiento de culpa como superviviente estaba arraigado de tal manera en ella, que todo el tiempo pensaba que no merecía la oportunidad de ser feliz.

A veces, había pensado que incluso hubiera sido mejor que fuera ella, así se habría ahorrado pasar ese sufrimiento tan terrible. Pero la vida es como es: cada uno tiene su destino, y luchar contra lo que te toca no tiene sentido. Al menos, esa era su forma de pensar. Y ahí estaba de nuevo ese sentimiento, llamando con fuerza en su mente y en su corazón, como diciendo «tú no mereces esto».

—¿Por qué? No te entiendo —respondió sin saber a qué se refería.

Emma puso la mano en sus labios y le volvió a preguntar.

—Dime la verdad y la aceptaré. ¿Por qué me has pedido esta cita, Alan? ¿Por qué, si no me conoces de nada? —Retiró despacio la mano esperando la respuesta.

Él se quedó callado, así, sin más. Solo ella conseguía dejarlo sin palabras. «¿Y qué le respondo a eso?», pensó, mientras el mundo se le caía a los pies. «¿Todo termina aquí? ¡Dios! ¿Cómo voy a decirle que ella es el amor de mi vida y que llevo años esperando este momento?», se dijo.

Bueno, con la verdad se llega al fin del mundo y, aunque no se la iba a revelar toda ni por asomo, la mejor manera de salir de esta era hacer confesiones con cuentagotas.

—Me gustas desde el primer momento en que te vi. ¿Por qué algunas personas se atraen y otras no? Pues no sabría decirte. Química, instinto, deseo... Solo sé que me gustas. Me volviste loco cuando me llamaste *gigoló* y gay. Sé que me comporté fatal, pero sentí la fuerte necesidad de demostrarte que no lo era. Siento haberlo hecho en plena calle y, más aún, de esa manera. Eres preciosa y me atraes mucho. Te he pedido esta cita porque quería conocerte, y porque perdí la cabeza cuando te besé y respondiste a mi beso. Y sí.

Emma estaba aturdida y con el pulso acelerado como un coche de carreras. Lo que le había dicho Alan la había excitado como jamás en su vida lo había hecho ningún hombre. Nunca. A él le gustaba, y mucho. Su cerebro sufrió un pequeño cortocircuito, pero continuó despierto lo justo para seguir preguntando.

—¿Sí... qué? —balbuceó sin saber de dónde habían salido las palabras. Por lo visto la falta de filtro acababa de beneficiarla.

Alan se desabrochó el cinturón de seguridad. Muy despacio, acercó las manos a la cara de Emma y le susurró a la altura de sus labios:

—Sí, quería tener sexo contigo en ese momento. Tanto o más como lo quiero tener ahora mismo. No te estoy mintiendo; es un hecho. Me atraes de una manera que apenas puedo controlarme, pero ten la absoluta certeza de que jamás haremos nada que tú no quieras. Ante todo, soy un caballero. Las normas y los tiempos siempre serán tu privilegio, solo que no te quiero mentir, no tendría sentido. Me lo ves en la cara y puedes notarlo en mi cuerpo. Me atraes muchísimo, y no puedo alejarme de ti. Esas son mis razones.

Y así, sin más, una frase arrolladora hizo que lo imposible fuera posible. La confesión de Alan, pese a estar fuera de lugar y ser algo complicada de creer, dado el tiempo que hacía que se conocían, había conseguido que un pedacito se uniera en su corazón. Nada ni nadie lo había logrado, pero algo en él la hizo confiar, y esto la ayudó a reconstruir una pequeña parte de ella misma. Sorprendida y con el corazón a mil, interiorizó sus palabras. Reconociendo que, por primera vez, un hombre le decía la cruda verdad, sin tapujos y sin lazos. Él la deseaba, sin embargo, no había intentado nada, sino que le había cedido el control de la situación.

«Las normas y los tiempos siempre serán tu privilegio», repitió Emma en su mente. Y esta frase le llegó a lo más profundo de su ser. No tener presión en ese aspecto era un alivio, pero saber que un hombre como Alan la deseaba, bueno, tenía que ser un trozo de madera como para no sentir nada. Y ese hombre le hacía sentir de todo.

Él, observándola con ganas de devorarla, no había movido ni un músculo, pero la miraba de una manera que la hacía sentirse deseada. Y, aunque ella no fuera una experta en el amor, y aún menos en el sexo, sabía que ese hombre anhelaba besarla.

Emma, sin apenas poder respirar, sonrió. Pensó en echarse atrás. En decirle que ya podían ir a cenar, pero, a veces, el deseo del cuerpo es más

fuerte que la mente. Sin añadir nada más, y sin ningún tipo de ansiedad o miedo, se acercó para darle un beso lento y profundo, al que al instante él respondió. «¡Qué bien huele! Crema de afeitado, perfume caro y caramelo de menta». Mientras seguía besándolo, se dio cuenta de que ese hombre se cuidaba y se había esforzado para estar impecable. «Madre mía, ¡qué bien besa!», se dijo. Y es que besar a Alan era como tocar el fuego. Sí, ese hombre le hacía sentir de todo. «¿Acaso eres mi alma gemela? Creo que he nacido para besarte». Esos pensamientos hicieron que Emma volviera a centrarse. «Maldita sea, ¡otra vez estoy pensando como una escritora de novela romántica!», se regañó. Pero ahora entendía por qué. Sentía ardor y pasión y lujuria. Todo. Sentía de todo. Sin poder evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas y una de ellas le rodó por la mejilla.

Él, al darse cuenta, se separó de forma brusca.

—Lo siento. Me he dejado llevar —dijo, sintiéndose rastrero.

—No es eso... —susurró ella a la vez que negaba, incrédula.

—¿No? Entonces, ¿por qué estás llorando?

Alan no entendía nada. Había sido ella la que lo había besado, y él había sido bastante comedido. No se había movido ni un ápice ni había intentado rozar ninguna otra parte de su cuerpo. «¿Por qué está llorando? Porque la has asustado y ahora se irá para siempre. ¡Dios! ¡Soy gilipollas! ¡Gilipollas! », se recriminó una y otra vez.

Ella se echó a reír de una manera catártica. Se secó las lágrimas y miró a un Alan frenético.

—Ha sido tan maravilloso que me ha sobrecogido y solo podía llorar de felicidad —reconoció en voz alta sin importarle lo más mínimo. Negó incrédula y, sintiendo una reconfortante tranquilidad, añadió—: ¡Vamos a cenar, Casanova!

El corazón de Alan le bajó de la garganta hasta posicionarse en su pecho. Otro momento como este y no escaparía de un infarto. Tras unos segundos sin poder reaccionar, consiguió ordenar sus pensamientos.

—De... acuerdo —respondió sin poder creer lo que había pasado.

Ella le miró sonriendo.

—¿Te encuentras bien?

—Más o menos. Pero, por favor, no vuelvas a darme un susto como este. Casi me da algo al verte llorar.

—Lo siento, no era mi intención. La verdad es que no sé por qué lo he hecho. A mí también me ha resultado raro. Jamás me había pasado. Pero,

tranquilo, que estoy bien. Y tú, ¿por qué estás así? ¿Te has enfadado?

—¿Enfadado? Sí, pero solo conmigo mismo. Pensaba que me había sobrepasado, y me he sentido...

—¡No! Madre mía, ¡la que he liado! —Emma se quitó el cinturón para poder tener libertad de movimiento y sentarse mirándolo de frente—. Bueno, en cierto modo, la culpa es tuya por besar tan condenadamente bien. Creo que nunca nadie me había besado de manera tan...

Ella movió las manos hacia los lados buscando la palabra adecuada, la justa para alabarle, pero no para hinchar demasiado su ego.

—A mí me ha pasado lo mismo, solo que no he llorado —bromeó Alan para sacarla de esa situación incómoda.

Los dos rieron.

—Bien, confirmado. Tenemos química, señor Alan Storm. Ahora llévame a cenar, me muero de hambre. Aprovechando el momento, te diré que yo sí como en las cenas. Te lo aviso con antelación. Si esperabas a una chica que se dedica a mover la comida en el plato para jugar con ella, te diré que no la has encontrado. Yo la muevo, sí, pero para llevármela a la boca y después tragármela.

La mente de Alan le cobró una mala pasada con las últimas siete palabras.

—Suficiente, Emma. —Con el beso y su imaginación había llegado a su tope.

—¿Qué? —respondió sorprendida.

Alan se la quedó mirando un momento con esos ojos verdes que parecían leerle el alma.

—Me has puesto a mil con tus últimas palabras. Mejor ponte el cinturón, déjame arrancar el coche y llevarte al restaurante antes de que... Ponte el cinturón, por favor.

Emma se quedó un instante con la boca abierta y soltó una carcajada.

—¡Alan!

—Sí, sí, Alan —dijo, gesticulando de forma exagerada para que ella continuara riendo.

Puso en marcha el motor y salió con cuidado del aparcamiento con destino al restaurante. La noche iba a ser movidita, y eso que solo llevaban juntos veinte minutos.

Toda una vida, al fin.

CAPÍTULO 10. DE VUELTA AL INFIERNO

El abogado Sean Morgan cruzó la pesada verja que abría paso a los dominios de su principal cliente. Recorrió el camino asfaltado, aparcó el coche cerca de la entrada de la mansión y paró el motor emitiendo un sonoro suspiro. Gracias a la vida tan ajetreada de uno de los abogados más ricos y ocupados de Estados Unidos, no había podido concretar una cita hasta las nueve de la noche de un maldito viernes. Por supuesto, él no tenía vida privada. Se suponía que al mero chasquido de los dedos del réprobo Jason Black-Storm tenía que acudir. Aunque fuera en mitad de la noche, aunque el cielo se cayera y le faltara el aire en los pulmones. Tenía que ir.

Salió del vehículo y un guardaespaldas lo recibió a la entrada de la mansión.

—Acompáñeme —dijo aquel mastodonte.

El abogado asintió antes de continuar su marcha tras un hombre que medía más de dos metros y con la anchura de hombros de una puerta doble. Un verdadero matón. Con bastante delicadeza para la complexión hercúlea de aquel individuo, llamó a la puerta exquisitamente tallada del despacho del mismísimo diablo.

—Adelante. —Se oyó una voz amortiguada.

El guardaespaldas le abrió la puerta y Sean entró con paso firme en el despacho. Lo único que le faltaba era mostrar debilidad ante su jefe. Entonces sí que se lo comería vivo.

—Buenas noches, señor Black-Storm —dijo el abogado con bastante ironía.

—Al grano, Morgan.

«Vaya, de tal palo tal astilla. Ha usado las mismas palabras que su hijo, ¡qué enternecedor!», pensó asqueado.

—Ya le he comunicado a su hijo que será libre como máximo en cuatro semanas. Se ha mostrado muy agradecido.

—¡Mientes de puta pena, Morgan! —Rio Black-Storm—. Ese malnacido lleva amargándose la vida desde que nació y, después de casi treinta años, tengo que seguir sacándole las castañas del fuego. A ver si,

cuando salga, deja de hacer memeces y hago un hombre de provecho de él porque su hermano sí que está perdido sin remedio.

Sean, que se mantuvo callado y tenso como una cuerda de piano. No supo distinguir si eso último lo había dicho con rabia o pena. Dejó a un lado ese pensamiento y se centró en lo que le había exigido Jason Jr.: que contactara con gente de muy mala reputación.

Se quedó absorto un momento, decidiendo si debía o no contárselo al cabeza de familia.

—¿Algo más? —preguntó el magnate sin ningún ápice de paciencia.

—Jason Jr., quiero decir, su hijo, me ha pedido que contacte con el detective privado Vincent Lee y con el tal Slab, pero no me ha especificado para qué.

El jefe levantó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Te ha dicho él que me lo contarás?

—No, señor.

Colocando los codos encima de la gigantesca mesa de escritorio unió las manos por las yemas de los dedos. Apoyó ambos índices en sus labios a la par que inspiraba y respiraba de forma exagerada.

—Aquí se me presenta un pequeño dilema —dijo alargando las palabras a propósito.

«Creo que la he cagado», pensó Sean, empezando a sentir verdadero pánico.

—¿Me agrada que sepa que tu lealtad está conmigo o me cabrea que no sepas cerrar la puta boca? —preguntó el magnate de forma retórica.

El pobre abogado, asombrado, no sabía dónde meterse. Pensó con rabia que le había confiado la conversación que había mantenido con su hijo para no tener más problemas y el maldito hijo de puta le estaba chuleando sobre su lealtad. «¡Muérete, Black-Storm!», gritó para sí.

Después de unos instantes de incertidumbre, en los que Morgan estaba seguro de que había dejado de respirar, prosiguió su interlocutor.

—Buenas noticias para ti, me quedo con la primera opción. Tenme al corriente de todas las estupideces que haga mi hijo con cualquiera de sus «novias», no vaya a ser que le haya gustado tanto la cárcel que haga una gilipollez más grande que la última vez. Ya he quemado todos mis recursos para sacar a ese cabrón. Con la siguiente condena sí que se pudriría allí, y yo no podría ni querría hacer nada por él.

—Por supuesto, señor. No le quito más tiempo. Muchas gracias por recibirme.

Con esta despedida, Morgan decidió que ya había tenido más que suficiente. No quiso alargar la visita por si al final el que salía perdiendo era él. De hecho, aún seguía preguntándose por qué le había asignado el caso de su hijo en vez de a cualquier otro letrado de su bufete. Se lamentó de su codicia, porque era cierto que le pagaba una fortuna por sus servicios. Pero, en los últimos años, se había dado cuenta de que ninguna cifra era suficiente para compensar todas las atrocidades que había ayudado a tapar de una familia llena de locos y psicópatas.

—¿Eh? Sí, sí... —respondió Jason. Ni se entretuvo en mirarlo, ya estaba prestando toda su atención a los documentos que tenía encima de la mesa.

El abogado se levantó con parsimonia, como si no le importara el tiempo que había perdido en una conversación estúpida y sin sentido. El guardaespaldas le abrió la puerta y lo acompañó a la salida.

Cuando llegó a su coche, se desplomó en el asiento. Tiró del cinturón de seguridad, pero el condenado no quería abrocharse. Le costó tres intentos conseguir la sujeción. Al fin pudo arrancar el coche y salir de esa maldita finca. Aún le faltaban diez años para jubilarse, aunque tenía la absoluta certeza de que un ataque al corazón o una bala lograrían que no llegara a ese momento. Y, a esas alturas, no le parecía tan mala idea.



Alan apagó el motor, miró a Emma y le guiñó un ojo.

—Espera un momento.

Salió del coche y lo rodeó hasta llegar a la puerta de ella. La abrió y le ofreció la mano para que saliera. Ella se desabrochó el cinturón. Sonriendo y negando, aceptó su mano y salió del vehículo con una elegancia digna de una princesa. Para seguirle el juego, ladeó la cabeza, bajó los párpados y asintió.

—Madame —dijo Alan, ofreciéndole el antebrazo a una chica que no salía de su asombro.

—Monsieur —respondió Emma, colocando su brazo en la posición esperada.

Ambos rieron y caminaron hasta el restaurante.

El Mistral era un sitio muy agradable. Disponía de una buena carta y un mejor chef. Ella nunca había ido al decidir que quedaba muy por encima de sus posibilidades, de modo que estaba encantada de poder cenar allí. En definitiva, no le había mentido. Tenía dinero, y mucho.

Alan, que siguió en su línea de perfecto caballero, separó la silla para que se sentara. Después, él hizo lo mismo con una gran sonrisa.

—¿Te apetece vino? —le preguntó a Emma.

—No suelo beber alcohol, pero me parece fuera de lugar pedir un refresco, ¿no crees?

—Puedes tomar lo que quieras, nada está fuera de lugar. No estamos en Buckingham Palace y, además, creo que allí podrías tomar lo que quisieras o al menos lo que te permitiera la reina —bromeó—. ¿Qué te apetece de verdad?

—Té helado de sabor naranja. No sé si tendrán; si no, de limón.

—Perfecto, lo mismo para mí.

—¿No quieres emborracharme? Me dejas asombrada —aseguró, levantando ambas cejas.

—No necesito ni quiero que estés borracha en ningún momento. Eso sí estaría fuera de lugar. Me gustas sobria y receptiva. Y, por encima todo, quiero que lo recuerdes. —Alan sonrió de manera pícara.

—Presuntuoso. No va a suceder nada —dijo ella, mirando con tranquilidad la carta. No terminaba de decidirse entre tanto plato.

—He cambiado de opinión. Creo que un Richebourg Grand Cru, Domaine de la Romanée-Conti (Côte de Nuits) del 2012 sería de tu agrado.

—¿Qué es eso?

Él le pasó la carta de vinos y señaló el vino tinto que le había mencionado. Emma, al ver el importe, se escandalizó.

—¡Dios mío de mi vida! ¿Tres mil cien dólares por una botella de vino? Creo que me he mareado nada más leer el precio. Conque al final sí que quieres emborracharme, ¿eh?

Alan soltó una carcajada. Algo estaba claro: Emma lo hacía reír. Se dio cuenta de que nunca se había sentido tan bien y tan relajado hablando con una mujer. Aún menos con alguien que le interesara de verdad.

«Me gustas tanto», pensó mientras la veía reír. «Pero ¿a quién quiero engañar? Estoy loco por ti». Y tras beber un sorbo de agua, volvió a la conversación.

—No me des ideas. ¿Te has decidido ya?

—Pues no. Hay tantas cosas buenas que no sé qué pedir.

—Yo vengo a menudo. Si quieres puedo decirte lo que más me gusta.

—¡De mayor quiero ser tú! Con mi beca de estudiante no me podría pagar ni la bebida en este sitio. Aconséjame y pide por mí, cualquier cosa seguro que estará exquisita.

—¡Eh! ¿Qué no soy tan mayor!

—Ah, ¿no? Pues yo te echaba por lo menos...

—¿Cuántos? —preguntó expectante.

—Uf, espera, que estoy sumando arrugas.

La cara de Alan era un poema. Aún no había cumplido treinta y ella pensaba que era mayor.

El caso era ¿cuánto mayor? Ella no pudo aguantarse y comenzó a reír sin parar. Sin duda, había tocado un tema delicado para él.

—Para de reírte, ¿cuántos me echas?

Pero Emma no conseguía dejar de reír, y la principal causa era ver su expresión. Hacerlo rabiar le estaba dando un placer inesperado.

—¡Oye, para ya! Contesta mujer, ¡que me va a dar un síncope!

Al final, logró serenarse. Decidió ser benevolente y adularle después de su comportamiento algo exagerado. Quiso echarle la culpa a sus nervios y falta de experiencia, pero, en realidad, solo había sido un divertimento sin maldad.

—¿Veinticinco?

—¡Ah! Gracias a Dios. Al menos, has sido generosa. Aunque mientes muy mal.

—Vale, ¿treinta?

—Veintinueve, gracias.

—No sé a qué viene tanto drama, luego hablan de las mujeres. No llegas ni a treinta y fíjate cómo te has puesto. Cuando tengas cincuenta, no sé qué vas a decirme.

—Espero que muchas cosas —respondió él, expresando lo que sentía con la mirada.

Emma no sabía dónde meterse. «¿Por qué he tenido que decirle eso? ¡Ni que fuéramos a estar juntos a esa edad!», se regañó mientras rogaba para que él dejara de observarla. Alan se lo estaba diciendo todo con esos ojos verdes cristalinos que la tenían fuera de su zona de confort.

Si las miradas desnudaran, a estas alturas ella solo llevaría los pendientes. Y, en ese momento, llegó el camarero.

—Buenas noches, señores. ¿Saben que van a tomar?

—De beber, dos té helados de naranja; si no, de limón. De primero, ensalada César de Paola y, de segundo, ternera al vino tinto. Gracias.

—Excelente elección, señor. En breve le traerán las bebidas.

—¿Has elegido lo más caro de la carta a propósito?

—¿Qué? No, solo lo que más me gusta. Por favor, deja de mirar los precios por una noche, ¿de acuerdo?

—Lo siento, es que no estoy acostumbrada a estos precios de escándalo.

—Deja de decir lo siento, por favor.

—Es muy raro, ¿sabes? Nunca pido perdón por nada, y contigo no paro de decirlo. Creo que terminar el doctorado ha tocado mi fibra sensible. Eso, o se me ha derretido el cerebro.

—¿Y no será que yo tengo algún tipo de efecto sobre ti? —dijo él con el ego tan grande como la sala del restaurante.

—Uf, acabas de perder un punto.

—¿Un punto? Eso implica que tenía más de uno. ¡Bien por mí!

—¡Madre mía! —dijo Emma, cogiendo la copa de agua y llevándosela a los labios. Bebió porque, de repente, quería borrarle la sonrisa a ese petulante guapísimo del demonio pegándole una buena bofetada, pero eso sería una mala idea.

—¿Qué? Has sido tú la que ha dicho que acababa de perder un punto, lo que implica que debía de tener más de uno, al menos dos.

—¿Va a ser así toda la noche?

—Así, ¿cómo?

—Tú, crispándome los nervios siendo tan puntilloso.

—Me temo que sí. Estás preciosa cuando frunces el ceño y te sale una arruguita justo al lado de la ceja derecha que me encanta: estás adorable.

Al regresar el camarero con las bebidas, ella le preguntó:

—Por favor, ¿me podría decir qué día es hoy?

—Claro, señorita. Estamos a doce.

—¿De qué año?

—¿Cómo? —respondió aturdido.

—La fecha completa, por favor.

—Doce de junio de 2015.

—Muchísimas gracias. Muy amable.

—De nada.

El camarero se fue extrañado por la pregunta, aunque Alan no lo estaba menos. Así que, como Emma no decía nada, y la curiosidad pudo con él, no fue capaz de quedarse sin saberlo.

—¿Por qué le has preguntado eso al camarero?

—Como me estás hablando y tratando como en el siglo xix, me preguntaba si me habían abducido y llevado al pasado o algo parecido. Has dicho que soy «adorable». Creo que eso no se lo he oído ni decir a mi abuela. De ahí mi pregunta —dijo en plan sarcástico, pero sin malicia.

A Emma le hacía gracia su acento inglés y su forma hablar. Lo cierto es que nunca había conocido a un hombre que se comportase como un auténtico caballero. Le recordaba a los protagonistas de las películas antiguas que veía su madre. Un *flash* de Gregory Peck en *Horizontes de grandeza* le vino a la mente: es como un verdadero *dandy*.

No supo por qué, pero a Alan el comentario no le gustó nada. Es más, le molestó bastante.

—No soy un anciano, soy de la vieja escuela. Creo que tratar a una mujer como se merece no está pasado de moda. De joven, mi educación fue muy estricta. Además, los últimos siete años he estado viviendo en Londres compartiendo piso con el hijo de un aristócrata. Sí, Will es hijo del Dux Mazzantini y me ha grabado a fuego sus modales. Supongo que, debido a eso, me he quedado estancado en otra época. Pero prefiero ser como soy en vista de cómo se comportan muchos hombres de mi edad —respondió bastante molesto, tratando de entender por qué.

Sin mirarla, cogió el vaso de té helado y bebió hasta la mitad. Estaba que echaba chispas. Había desplegado toda su artillería pesada en cuestión de refinamiento, educación y atención para que ella pensara que no era un niño rico que solo buscaba lo básico. Y, aunque eso también lo quería, en realidad, lo que él deseaba era enamorarla y casarse con ella.

«No, ¡joder! Yo no me he quedado estancado en el siglo xix», se quejó. Aunque sabía que eso era más o menos lo que había pasado, pero no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Lo sien... Vale, me he pasado. Es que nunca nadie... Ningún hombre se ha comportado conmigo de esa manera. Supongo que estoy predispuesta a la prepotencia de los medio-niños medio-hombres de ahora.

Es solo que me ha sorprendido y, en cierto modo, asustado. No sé cómo encajar tu comportamiento. Me has recordado a un personaje de una película que le encantaba a mi madre, y no sabía si de verdad eras así o estabas fingiendo para tener sexo.

«Esto es el colmo. ¿Que le ha sorprendido y asustado que me comportara cómo? ¿De forma educada? ¿Como un caballero?», pensó él a punto de estallar. Esa respuesta consiguió que su poca paciencia se resquebrajara. ¿Tenía sentido? No, claro que no. Pero Alan había reproducido esa primera cita en su mente cientos de veces, y lo que estaba ocurriendo no se parecía en nada a su cita ideal.

—Por supuesto que quiero sexo —susurró despacio—. He sido sincero contigo en el coche y creí que te lo había dejado muy claro.

Emma se mantuvo callada. Él parecía estar muy enfadado. Supuso que estaba llegando a un punto en el que pensaba que la iba a mandar a freír espárragos, por decirlo de alguna manera.

—Pero no era lo único que quería —concluyó, apoyándose en el respaldo de la silla.

Alan la miró con una mezcla de ira y frustración porque su enfado, en ese momento, era considerable. Estaba loco por ella, sí, pero esa mujer en dos días había machacado su hombría y sus modales sin pestañear. Se había burlado de su forma de ser y de comportarse sin ni siquiera darle tiempo a llegar al primer plato.

«¡Por el amor de Dios! ¿He estado equivocado todos estos años con ella? ¿Me habré enamorado por remordimientos como me ha dicho Will? ¿Estaré obsesionado de un recuerdo, de una quimera?», se preguntó, mirando hacia su copa de agua medio vacía.

Él conocía su vida hasta el detalle más íntimo, pero lo cierto es que nunca habían hablado. La idealización de Emma lo estaba noqueando porque la mujer que tenía enfrente no era una princesa de cuento, sino una víbora con lengua viperina que no dudaba en dejarlo en ridículo a la menor ocasión.

«¿Es que he cometido el error de mi vida esperando a alguien que no existe?». Alan se dejó llevar por unos pensamientos derrotistas y comenzó a jugar con la base de la copa.

—Era. Ya veo —respondió ella muy despacio.

Él volvió a mirarla.

—Bueno, yo... —Alan sabía ni qué contestarle.

Los ojos de Emma se empañaron, pero logró retener las lágrimas.

«¿Es que no puedo mantener la boca cerrada? ¿Por qué este hombre es capaz de excitarme y de sacar lo peor de mí al mismo tiempo?», se preguntó. Pese a sentirse atraída por su forma de ser, se había burlado precisamente de lo que más le había gustado. Mientras lo observaba, reconoció que su físico era imponente y también que acababa de ridiculizarlo de todas las formas posibles. «¿Por qué siempre tengo que soltar algún comentario mordaz? Qué mirada de decepción. ¿Te gusta o no, Emma?», su diálogo interno era cada vez más desesperado, hasta que tomó una decisión. «Háblale de ti, cuéntale tu historia. Si eso no hace que salga corriendo, nada lo hará», se dijo convencida.

Alan, sin poder añadir nada más, la observaba expectante. Una ocurrencia más y la llevaría de vuelta a su casa. Jamás lo había hecho, pero estaba llegando a su límite. Emma, sin dejar de mirarlo, se echó hacia atrás y apoyó toda la espalda en el respaldo de la silla. Se volvió a preguntar por qué no era capaz de tener una conversación normal sin ser sarcástica o crítica con ningún hombre. Nadie podía negar que su pasado la había marcado con dureza, sellando su destino con el sexo opuesto y, en definitiva, o cambiaba ese comportamiento o se quedaría sola el resto de su vida.

Sin nada más que perder, decidió abrirle su corazón.

—No sé tratar a los hombres —comenzó sin más—. Solo he tenido dos relaciones en mi vida y no terminaron muy bien. La culpa la tiene mi boca, que no sabe cuándo tiene que cerrarse porque no tengo filtro de pensamientos. Todo lo que pienso sale tal cual sin que pueda hacer nada por evitarlo. La mayoría de las veces es sin maldad, sin dobleces; otras sí, para qué mentir. Tuve una infancia terrible. Un hombre me arrebató lo que más quería en este mundo: a mi madre y a mi hermana. Me crió mi abuela, y por eso la adoro. Sigo intentando encontrarme a mí misma, pero no es nada fácil. También quiero encontrar el amor y la complicidad con un hombre, y eso me resulta menos fácil todavía.

»Esta soy yo, Alan. Una mujer muy compleja que no sabe cómo hacer que la quieran. —En ese punto, se le quebró la voz—. Y ahí estás tú: un hombre guapo hasta casi rozar lo ridículo, con unos modales exquisitos que me dice que le atraigo como nadie y que no puede separarse de mí. Pero yo me veo a mí misma detestable, fea por fuera y por dentro. Como un puzle roto cuyas piezas no son capaces de unirse porque alguien quemó los

bordes y ya no pueden encajar entre sí. Creo que no merezco nada porque... sobreviví. —Dejó escapar una gran bocanada de aire y se secó una lágrima que había conseguido llegar hasta su barbilla—. Demasiado serio para los primeros cinco minutos, ¿verdad? —Sonrió con la cara más triste que él había visto en toda su vida—. Llegados a este punto, creo que será mejor cancelar la comanda. Si puedes llevarme a casa te lo agradecería; si no, pediré un taxi.

En pocas palabras, ella le había confesado lo peor de su vida. Se lo había jugado todo a una carta abriéndole su corazón y su alma.

Alan se sintió mezquino por haber sentido dudas. No obstante, respiró con alivio. Al final, no se había equivocado: Emma era maravillosa. Su sinceridad le había llegado a lo más profundo de su ser. Se levantó de la silla y, sin mediar palabra, la cogió de la mano para que se levantara. Le regaló el beso más dulce y sincero que había dado nunca.

Emma era tal y como la había imaginado. No un espejismo o una quimera, sino la sinceridad pura, la mujer de sus sueños. Una mujer digna de ser amada por todos los que la conocían, que le había relatado su horror con la mayor de las dulzuras. Eso consiguió que se enamorara aún más de ella. Como si eso fuera posible. No, no la dejaría escapar jamás.

—Gracias por contarme qué te ocurre —dijo, apoyando su frente en la de ella.

—¿No quieres irte? —preguntó, temiendo lo peor.

Los restantes comensales, extrañados, no dejaban de mirarlos. El camarero que les había servido las bebidas se acercó para saber qué sucedía.

—Disculpen, ¿va todo bien? —preguntó preocupado.

Alan lo miró y volvió a la realidad. Estaban dando la nota en medio del restaurante. Lo mejor que podían hacer era volver a sentarse y cenar.

—Sí, disculpe. Todo va bien —respondió algo avergonzado.

Se acercó a la silla de Emma y la ayudó a sentarse. Después volvió a la suya y ambos bebieron. Durante unos instantes habían construido una burbuja para los dos, olvidando dónde estaban y, sobre todo, al resto de personas a su alrededor.

—¡Qué vergüenza! —dijo Emma—. Creo que hemos dado un buen espectáculo.

—Tranquila, vengo mucho a este restaurante. No creo que nos veten —bromeó—. Además, ha sido culpa mía. No debería haberte obligado a ponerte en pie. Lo siento, es que necesitaba besarte.

Ella sonrió y sujetó su labio inferior entre los dientes.

—Entonces, ¿no quieres irte? —preguntó ella esperanzada.

—¿Irme? No, ni loco. Quiero cenar contigo. Quiero conocerte y quiero llegar a tomar el postre. Cuando pruebes los profiteroles, vas a querer regresar cada día. Son dignos de los dioses.

Ese comentario y la confirmación de que la cena no había acabado, hicieron que la cara de Emma se iluminara.

—De acuerdo —dijo, dibujando una dulce sonrisa—. ¿De verdad no quieres irte? ¿No te parezco un problema demasiado grande con el que lidiar?

Alan alargó el brazo y le cogió la mano.

—Quien te dijo ese comentario era un grandísimo gilipollas que no merecía la pena. ¡Olvidale! Olvida todos los hombres que has conocido. No te merecían, y me alegro de ello.

—¿Te alegras?

—Por supuesto. Eso te ha llevado hasta este instante, aquí, conmigo. Perdona por mi comentario anterior, estaba muy molesto.

—Lo sé, pero eres tú quien tiene que perdonarme. He sido sarcástica y bastante antipática.

Él negó varias veces.

—Olvidado. —Alan fijó sus ojos en los de Emma y abrió su corazón sin darse cuenta—. Yo no me hablo con mi familia biológica desde que cumplí la mayoría de edad. Considero como mi familia real a un ex trabajador de mi padre con su mujer y sus dos hijas. Todos me acogieron y me quisieron desde el primer día como si fuera su hijo y hermano. Tengo una compañía y tengo dinero. Este soy yo: un hombre que busca el amor y la complicidad con una mujer, aunque sé que no es fácil. ¿Demasiado serio para los primeros cinco minutos?

—Sí, claro que sí, pero me encanta. —Esta vez Emma sonrió sin reparos, aunque se le escapó otra lágrima. No era capaz de entender por qué sus sentimientos estaban tan a flor de piel con ese hombre. Los ojos de Alan la volvían loca. «Dios, ¿dónde he visto esos ojos?», volvió a preguntarse.

Él le secó la lágrima con su dedo pulgar, sacándola de su intento de despejar la cortina espesa de humo de su memoria.

—Prométeme una cosa —pidió Alan.

—¿El qué? —dijo ella con recelo.

—Por favor, no vuelvas a llorar. Me parte el alma.

Ella sonrió con algo de timidez.

—Vale, haré todo lo posible por no hacerlo.

—No pasa nada, pero, si lo vuelves hacer, que sea de felicidad.

Emma sonrió sin reparos y su sonrisa llenó todo a su paso.

Alan fue consciente de cómo esa mujer movía su mundo y, por un momento, pensó en el futuro.

Sería perfecto si ella estuviera a su lado.

CAPÍTULO 11. una cena perfecta

La cena había sido exquisita. La composición de los platos era digna del mejor chef. Ambos la degustaron amenizada con una conversación fluida tocando temas diversos, pero nada relacionado con trabajo o estudios. Esto fue un verdadero alivio para Alan; aunque sabía que, tarde o temprano, llegarían preguntas tipo «a qué te dedicas» o «qué estudiaste».

El camarero retiró los platos y preguntó si deseaban postre o café.

Emma sonrió y elevó los hombros en señal de aceptación. Alan asintió. Pidió tarta de lima y profiteroles.

Cuando llegaron los postres, la sonrisa de ella revelaba lo mucho que le gustaba el dulce.

—¿Los profiteroles son para...? —preguntó el camarero.

—La señorita.

Dejando después la tarta de lima delante de Alan, el camarero se apresuró a llenar ambas copas de agua y se retiró.

—No debería comerme estos profiteroles —dijo ella, más para sí misma que para Alan.

—¿Por qué? ¿No te gustan? Si prefieres la tarta de lima, te la cambio.

—No, si no es cuestión de gustar. A mí me pierde todo lo dulce. Pero ya sabes el dicho: un minuto en la boca y toda una vida en las caderas.

Alan soltó una carcajada. Ella tenía un peso saludable y un tipo envidiable. Desde luego, no era una de esas mujeres peso pluma que daba miedo tocarlas. No obstante, para él era perfecta. No le sobraba nada. Quizás, solo la ropa.

—Eres preciosa tal y como eres, eso es indiscutible. Además, por una noche te puedes comer un dulce, eso no va a influir en tu metabolismo.

—Lo dice quien tiene por abdomen un molde de tableta de chocolate.

Alan volvió a reír y se miró el vientre plano como una tabla. Nada era gratis. Iba una media de cuatro a cinco veces por semana al gimnasio. Corría, hacía pesas, nadaba. No solo era por estética, sino también por

salud. Por supuesto, la vanidad venía incluida en el cóctel, pero eso no iba a reconocerlo nunca.

—¿Tú crees? —respondió, pasándose despacio la mano por el abdomen.

—Si cerrara la boca, estaría más guapa —añadió Emma, poniendo los ojos en blanco.

Lo que menos quería era engrosarle el ego, aunque, para ser un hombre fuera de lo común, parecía que no se lo tenía muy creído. Claro, que lo conocía desde hacía muy poco.

—Volviendo a ti. Te aseguro que estarías preciosa de cualquiera de las maneras. Pero no te voy a mentir: yo me cuido mucho. Me da pánico la hipertensión o la diabetes. Como sano, me muevo y, de vez en cuando, me doy un capricho. Seguro que esto te suena: eres lo que comes. Pues hay que comer bien.

—Yo siempre estoy luchando con el peso. Me he pasado la vida haciendo dieta y me cuesta mucho mantenerme porque me encanta el dulce. Bueno, ya está, acabo de contarte mi último secreto. Seguro que te irás corriendo por la puerta pensando que me voy a poner redonda como una bola de billar.

—Aún sigo aquí, ¿verdad? Y deja de decir que voy a salir corriendo. Además, no te dejaría llegar a ese punto. Te obligaría a ir conmigo al gimnasio. Una sesión con mi monitor y no comerás ni un dulce más con tal de no tener que repetirla.

Ambos rieron.

—Está bien, pero me comeré dos profiteroles. El tercero es tuyo, si lo quieres.

A Emma no le dio tiempo a terminar la frase. Como un rayo, Alan atrapó con el tenedor el profiterol más pequeño del plato. Ipso facto, se lo metió en la boca y empezó a masticar con una cara de felicidad absoluta. Para hacerla reír de nuevo, balbuceó con la boca llena.

—¿Deecccíaaasss?

Ella se quedó muy sorprendida. Había sido tan rápido que no le había dado tiempo a pestañear siquiera.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿El qué?

—Ser tan rápido. Apenas te he visto moverte cuando ya te lo estabas comiendo.

—Entrenamiento duro. Estudio varias artes marciales.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me gusta saber defenderme. Los reflejos son primordiales para evitar golpes y acertar con los que quieres dar.

—¿No es por deporte entonces?

—También, pero la principal razón es por defensa.

—¿Eres un matón?

Alan soltó una carcajada.

—¡No! Todo lo contrario. Odio a los abusones. Se podría decir que soy un defensor nato para cualquiera que lo necesite.

—Entonces eres un filántropo.

Alan sonrió de medio lado. Bajó la vista y la dirigió a su copa de agua. Con el índice y el pulgar empezó de nuevo a jugar con la base y a girarla muy despacio. No podía mirarla siquiera. Se sentía avergonzado por ser un acosador y un espía. Se preguntó a qué venía ese sentimiento justo ahora.

«Me ha llamado filántropo. Nada más lejos de la realidad». Y, sin esperarlo, el pensamiento se convirtió en voz.

—¿Filántropo? Nada de eso. Me veo incapaz de querer a todos mis semejantes. Eso no creo que pase nunca. Más bien sirvo a mis propios intereses, pero, si veo una injusticia, no me quedo impasible. A veces, no me gusta la persona en la que me he convertido, aunque lucho cada día por mejorar. Digamos que mi vida tampoco ha sido sencilla.

Su vista seguía clavada en la copa de agua y sus dedos no paraban de moverla. De pronto, se sintió agotado. Cerca de una docena de años de espera para poder hablar con ella; de ansiar ese momento. Pensó que nada de eso importaba, ya que todo dependía de esa primera noche. Y no sabía muy bien cómo iba a terminar todo. «¿Terminar? Si apenas acaba de comenzar», se dijo. Llevaban dos horas de tira y afloja, de enfadarse y reconciliarse, y eso que aún no eran nada... aún.

Emma notó la pesadumbre que de repente cargaba los hombros de Alan. Por acto reflejo, estiró el brazo y sujetó la mano que movía la copa.

—Tranquilo, todos tenemos nuestros demonios rondando sobre nuestras cabezas. No sé qué te ocurrió de pequeño, pero estoy segura de que no fue fácil. Somos dos almas tristes buscando algo más.

Él soltó la copa, giró la mano hacia arriba y Emma apoyó la suya. Alan se quedó mirando ambas manos y sonrió con melancolía. Comenzó a hablar susurrando. Ella tuvo que poner toda su atención para poder distinguir lo que decía.

—Sí que busco algo más. Busco el perdón. Espero que Dios me de vida hasta el día que escuche las palabras: «te perdono».

Emma se quedó en silencio. No sabía a qué se refería, aunque no iba a preguntárselo porque le parecía una falta de tacto monumental. Y ya había cometido demasiados errores como para añadir también a la lista el adjetivo cotilla.

«Se le ve tan... Alan es una persona triste», pensó ella por cómo había derivado la conversación. Además, acababa de confesarle que su niñez tampoco había sido fácil. Mientras lo observaba, algo le dijo que no iba a añadir nada más. Se sorprendió a sí misma dándose cuenta de que no iba a preguntarle ni a forzarle a hablar. No sabía qué le sucedía con ese hombre. Parecía que llevara una vida a su lado y, en realidad, apenas habían transcurrido veintiséis horas. Por supuesto, no las había contado, para nada. Alan le había hablado muy poco de su vida, pero él ya conocía más de la suya que cualquiera, sin contar a su abuela y a Sarah.

«¿Quién eres?», se preguntó, y se quedó ensimismada pensando que él la hacía sentir segura, pero, también, algo más. Algo como protegida, idolatrada. «Sin lugar a duda, creo que estoy perdiendo la cabeza. La vida no cambia por arte de magia, los hombres no son príncipes azules y yo no soy *La Bella Durmiente* ni he sido despertada con un beso de amor, ¿o sí?», y volvió a dudar diciéndose: «¿Puede ser esto real?».

Se perdió en sus razonamientos disparatados hasta que él la miró, atravesándola con esos ojos cristalinos. Se sintió como si pudiera ver a través de ella. Se sintió intimidada y a la vez... Ni ella misma lo sabía.

Deseaba preguntarle qué significaba ese «te perdono» y qué le había pasado para sentirse de ese modo, pero solo consiguió decir:

—Alan...

—¿Demasiado serio para los primeros cinco minutos? —respondió él con tristeza, intentando sacar a Emma de sus propios pensamientos.

—No, para nada. Está bien, está... —Y no pudo terminar la frase, tenía la mente hecha un lío.

—¿Comenzamos con el postre? —dijo para disipar un poco la pesada bruma que se había creado entre ambos.

Ella sonrió, quería volver al punto en el que no pareciera que estaban decidiendo su destino en ese preciso instante.

—¿Comenzar? Para ti será continuar, ya te has zampado la mitad de mi postre —bromeó.

—¡Ah, acusica! —respondió él con voz cómica, poniéndose la mano en el corazón—. Además, doctora en Física, mal vamos si no sabes que como mucho me he comido un tercio de tu plato, no la mitad. Esto, ¿dónde decías que te habían dado el título?

—¡Serás! Trae ahora mismo esa tarta de lima, que quiero probarla.

Alan rio divertido y le acercó el plato. Ella apenas manchó el tenedor antes de llevárselo a los labios. Cerró los ojos y disfrutó del intenso sabor inundando cada papila gustativa. Sin darse cuenta, suspiró, relamió con sutileza sus labios y, lentamente, abrió los ojos.

Alan se quedó con la boca abierta. Jamás había visto nada más sexy y provocativo en toda su vida. Lo más gracioso es que ella no se había dado ni cuenta de lo que había hecho. Para Emma, significaba haber disfrutado de un pellizco dulce del cielo; para él, había sido casi como si ella hubiera tenido un orgasmo. Casi, claro.

—Creo que, por mucho que viva, nunca podré borrar la expresión de tu cara comiendo ese minúsculo trozo de tarta de lima. Solo con eso has conseguido triplicar mis pulsaciones. —Emma separó los labios, quería responderle, pero él la interrumpió antes de que pudiera decir nada—. En nuestra próxima cita prometo regalarte una tarta entera.

Ella se echó a reír y él se contagió de su risa. Esa cita era como una montaña rusa: arriba, abajo; en los infiernos, en los cielos.

—Anda, comienza con ella ¡o me la comeré yo! —Cortó un trozo de un profiterol y, con satisfacción, se lo llevó a la boca.

Alan decidió no mirar y se concentró en su propio plato. Estaba convencido de que arrancarle la ropa y hacerle el amor en mitad del restaurante no sería lo más apropiado. Así que se dedicó a engullir media porción de tarta. Cualquier cosa con tal de dejar atrás la larga lista de pensamientos lascivos que estaba enumerando en ese momento. Desde luego, Emma no se daba cuenta de las cosas que decía; o, mejor dicho, él tergiversaba todo lo que salía de su boca.

Masticando el segundo trozo de tarta, Alan cayó en la cuenta de que ella no le había preguntado nada sobre lo que había dicho. Le extrañó y a la vez lo agradeció. Había subido y bajado tanto las defensas esa noche que

estaba hecho un lío. Pero, sobre todo, tuvo que reconocer que no iba a ser fácil ocultar sus sentimientos. Tampoco su pasado ni su presente. Menos aún, su futuro, que iba a toda velocidad dirigiéndose a mediados de julio cuando Emma se presentase en el despacho de Walter y se llevase una buena sorpresa.

«Seis semanas, solo seis semanas», se repitió, intentando no perder la entereza.

—¡Ey! ¿Estás ahí? —le preguntó Emma.

—¡Dios, perdona! Por un momento me he quedado perdido en mis propios pensamientos.

—Tranquilo, te entiendo. A mí me pasa muy a menudo. No recuerdo quién me lo dijo, pero, por lo visto, eso es síntoma de ser un genio.

—¿Genio? ¡No está mal! ¿Y yo que siempre había creído que era un despistado de mucho cuidado?

Ambos rieron por la ocurrencia.

—Sí, supongo que también se puede ver de esa forma —replicó ella.

—Gracias.

—¿Por? —preguntó extrañada.

—Por no preguntar. Por no querer meter el dedo en la llaga tratando de sonsacarme qué me pasa y a qué me refería.

Emma sonrió un poco. Inspiró despacio y eligió, por una vez, las palabras con cuidado.

—Creo que, cuando estés preparado, me lo contarás. Que yo sea una bocazas no implica... no exige que tú lo seas. Lo que te he contado no suelo compartirlo. Solo es que no quería que pensaras de mí que soy una arpía y, sobre todo, porque... —Mirándolo, se quedó callada. Otra vez estaba siendo una conversación trascendental.

«Pero ¿qué me pasa? No, mejor dicho, ¿qué nos pasa a los dos?», se dijo angustiada sin saber por qué no paraban de reír y de hablar de cosas serias, ¡y todo a la vez! No sabía si estaban yendo muy deprisa o de la manera adecuada. O si era ella la que forzaba esa situación o sucedía sin más, ya que, pensándolo con detenimiento, él también hablaba de cosas serias, de sentimientos, de una vida.

«Espera un momento, ¿me ha dicho que en nuestra próxima cita me va a comprar una tarta? Pero ¿cómo se me ha pasado esa frase? ¿Ya está pensando en nuestra próxima cita? Este hombre es masoquista o está

trastornado. O, lo más preocupante, ¡está interesado en mí! ¿Por qué?», se dijo ella, sumida de nuevo en un mar de inseguridades.

—No te pares, Emma. Porque... —Alan, con estas palabras, la trajo de nuevo al presente. Ella asintió antes de continuar.

—Porque no queríairme, pese a que mi conversación diera pie a pensar lo contrario. He creído que, después de todas las barbaridades con las que te había obsequiado, lo más sensato era recurrir a la verdad. Y si contándote la verdad no te ibas... Bueno, si contándote lo peor de mí no te ibas, he pensado que, tal vez, sí que te interesara. Aunque fuera solo mínimamente.

—¿Mínimamente? —dijo Alan elevando demasiado el tono. La gente giró las cabezas y él se disculpó con la mirada—. ¿Mínimamente? —repitió bajando la voz—. ¡Estoy extremadamente interesado en ti! Y no me acerco a poder expresar ni a la décima parte de lo que siento. Me has vuelto loco, y creo que eso es lo que más me ha gustado. Además de tu sinceridad, claro. Y, bueno, el resto.

La sinceridad de Alan le llegó al alma.

—¿El resto? —preguntó extrañada, mirándose a sí misma.

—¿Será posible? No te das cuenta, ¿verdad?

—¿Cuenta de qué?

«No puedo creer que no se dé cuenta de lo preciosa que es por dentro y por fuera», pensó Alan.

—De que eres preciosa y terriblemente deseable. Te aseguro que cualquiera de los presentes daría un brazo sin pensarlo por ocupar mi silla esta noche. Eres preciosa, Emma —repitió despacio.

Las pulsaciones de ella subieron la cadencia de manera frenética.

«Esto no puede ser real. No es real. A ver, este hombre, mejor dicho, este dios romano hecho carne y respirando, me ha dicho que soy preciosa y deseable. No, espera, terriblemente deseable, y que cualquiera querría estar en su lugar. El despertador va a sonar en breve. ¿A qué hora puse la alarma, que no me acuerdo?», pensó cada vez más convencida.

—¿Emma?

—Espera.

—¿A qué?

—Espera.

Alan no entendía qué tenía que esperar.

—¿El qué?

—No suena. El despertador no suena.

—¿Te habías puesto una alarma en el móvil? ¿Tenías que tomarte algo o llamar a alguien? —preguntó él. Ella negó repetidas veces—. Me estás preocupando. ¿Qué pasa?

Alan empezó a moverse inquieto en la silla. Parecía como perdida, esperaba algo, pero él no sabía qué.

—No estoy soñando.

No fue una pregunta, sino una afirmación. Se estaba diciendo a sí misma que eso era real, un sueño. Alan era real, y ella ya estaba despierta.

—No —dijo él, sonriendo despacio sin despegar los labios.

Al fin lo había entendido. Emma no podía creer que eso estuviera sucediendo y que él sintiera esa atracción irrefrenable por ella. Bueno, atracción irrefrenable no sería la expresión correcta sino, loco, más bien. Pero ese pequeño detalle se lo tendría que guardar en la manga hasta bastante más adelante.

«Mírame, Emma. No estás soñando. Estoy enamorado de ti», pensó Alan en un intento de transmitir con su mirada lo que sentía.

La cara de ella reflejaba su perplejidad y sus cejas se levantaron al aceptar la situación. «Está bien, Alan, me rindo. Esto está pasando y yo no estoy dormida», aceptó suspirando. Elevó los hombros, sonrió y siguió con el profiterol que le quedaba en el plato. Él terminó con el último trocito que le quedaba de tarta de lima.

—Está bien. Tú ganas —aceptó ella.

—¿Yo gano? ¿El qué?

—Que te crea, que confíe en que lo que me has dicho es cierto. Y eso es mucho más de lo que jamás pensé que pudiera aceptar dada mi... experiencia.

—Emma...

El camarero se acercó e interrumpió el momento mágico para retirar los servicios.

—¿Les apetece un café o un licor?

—Yo me tomaría un cappuccino descafeinado —dijo Alan.

El camarero la miró a ella.

—Lo mismo, por favor.

—Enseguida —contestó el hombre, llevándose los platos vacíos que habían causado tanto revuelo.

—Es curioso, siempre pensé que estas situaciones no podían darse en la vida real, y resulta que sí —dijo ella sin inmutarse.

Era como si se hubiera rendido a una fuerza de la naturaleza invisible y se dejara flotar a favor del viento contra el que llevaba luchando toda una vida.

—Sé a qué te refieres y, sí, a veces, pasan.

—Entonces te parezco guapa y deseable.

—Mucho.

Alan la miraba con una seguridad que la dejó aún más confundida, si eso era posible. Emma no era capaz de manejar la situación, pese a que había aceptado su palabra. Y es que había que reconocer era bastante rara.

Su cabeza empezó a funcionar otra vez a mil.

—¿Crees en el destino, Alan? Yo no. Y no dejo tener la sensación de que esto no ha sido fortuito. Es como que hubiera sido orquestado y programado. Es más, siento que te conozco, que te he visto, pero no sé dónde. ¡Oh, Dios! Suena tan típico que mejor me callo, pero te juro que me estoy devanando los sesos porque no puedo dejar de pensar dónde te he visto antes.

—¿Cómo? —Alan se revolvió en su silla.

«¿Cómo que dónde me ha visto? Me ha dicho que siente que me conoce. Si me cree, ¿por qué piensa que esto no es una casualidad? ¡Porque eres un idiota incapaz de comportarte! Desde luego, soy el puto amo. Cómo perder a una chica en una sola cita. ¡Joder!», se regañó con dureza.

Le había dicho que era preciosa y terriblemente deseable. Repasó la lista: lo único que le había faltado era sacarle un maldito anillo y pedirle matrimonio. «¡Capullo sin cerebro!», volvió a recriminarse.

Alan se dijo una retahíla de insultos bastante ingeniosos hasta que Emma comenzó a hablar de nuevo.

—Tus ojos son... increíbles. Siento que los he visto antes, pero no sé dónde ni cuándo. Me estoy devanando los sesos, pero mis neuronas no quieren conexiarse para encontrar tu recuerdo. ¡Y me estoy volviendo loca! —dijo riendo.

Alan se quedó paralizado. «¡Me recuerda!». Ella había hablado de que lo conocía o, al menos, se acordaba de alguna manera de sus ojos. «Esto no es bueno, no tan pronto. ¿Cómo voy a salir de esta?», pensó agobiado. Y, de pronto, sin saber de dónde, algo que le había dicho Will le vino a la mente.

—Verás, le pasa a mucha gente. Por lo visto hay un modelo de pasarela que también hace anuncios de televisión que se parece a mí, o yo me parezco a él. Espera, que lo busco.

Alan sacó su móvil y tecleó el nombre del modelo en Safari. Pulsó en imágenes y, de pronto, había como cien mil entradas sobre ese chico. «¡Menos mal. ¡Joder, sí que se parece a mí!», se sorprendió.

—¿Ves?

Le pasó el móvil y ella se quedó sorprendida. No paraba de bajar y subir la cabeza comparando a ambos. Parecían familia, pero el modelo se veía más delgado que Alan y algo más bajo. Podría haber pasado por su hermano pequeño.

—Increíble.

—¿A que sí? Dicen que por el mundo hay muchos dobles tuyos, supongo que él es uno de los míos. Seguro que lo has visto por ahí en algún anuncio. Por lo que me contó Will, es muy famoso —disimuló lo mejor que pudo.

—Sí que os dais un aire, pero no os veo tan iguales. Eso sí, ambos tenéis los ojos muy parecidos —respondió ella sin convencerse del todo.

Emma se quedó pensativa. Desde luego, lógica había en su explicación. «Pues será eso, que he visto a ese modelo. Pero, qué casualidad», se dijo, dudando un poco.

—¡Qué cosas! Supongo que te he relacionado con él de manera inconsciente. Lo habré visto en algún anuncio o en alguna revista.

Emma le devolvió el móvil. El camarero apareció con dos cappuccinos presentados de forma exquisita, galletita de vainilla incluida.

—Gracias —respondieron los dos.

—Sabes, te confieso que me encanta el café —dijo Emma, olvidando la conversación que acababan de tener.

—A mí también me gusta mucho —reconoció él, volviendo a respirar porque ella había cambiado de tema.

—Se podría decir que he sobrevivido mis años de estudiante bebiendo café y comiendo ensaladas. No he tenido mucho tiempo para ir al gimnasio ni hacer deporte. Como mucho, camino, pero no todo lo que debería. Aunque tengo que reconocer que era todo lo que estaba dispuesta a hacer —dijo, levantando los hombros.

—Bueno, ahora que has terminado podrás hacer más cosas. Apuntarte a un gimnasio, nadar, montar en bici..., lo que te guste.

Cogiendo la taza del cappuccino mejor hecho que había visto en su vida, se llevó a los labios el preciado líquido que contenía y lo probó.

—Mmm..., ¡qué rico! Cuando cobre mi primer sueldo, pienso volver a comer aquí —dijo con la mayor naturalidad.

—¿Eso suena a invitación? —preguntó Alan con la esperanza que dijera que sí.

—Por supuesto, aunque todavía falta para eso. Comienzo en seis semanas, y después tendré que esperar a que pase todo un mes. Pensándolo bien, yo creo que será para agosto. —«Si todavía nos seguimos viendo, cosa muy improbable», pensó ella.

—¡Genial! Ya sabes, hasta entonces estás invitada en todas nuestras futuras citas. —«Y para siempre», afirmó para sí.

Emma se quedó mirándolo, pensando que esa situación era demasiado surrealista. «Nadie se comporta así, mejor dicho, ningún hombre que no ha terminado ni de tomarse el café está pensando en la próxima cita. No, espera: próximas citas. Esto es muy raro. Bueno, termina la noche y a ver en qué queda la cosa», llegó a un acuerdo consigo misma.

Alan la tuvo que sacar de nuevo de su mundo particular.

—¿Emma?

—¿Sí?

—¿Momento genio otra vez?

—Ni lo dudes.

Los dos se miraron y rieron de nuevo.

En la vida se había reído, enfadado y disculpado tanto. «Se te está yendo la cabeza, Emma. No lo pienses y déjate llevar. Deja ya de analizar cada maldita frase o gesto y quédate en el presente», se regañó.

—¿Dónde quieres ir ahora? Conozco varios locales para bailar o, si prefieres algo tranquilo, podemos tomar una copa y hablar. Tú decides —dijo Alan.

—Pues no soy de bailar. De hecho, lo hago de pena, y sería el colofón de nuestra cita para que salieras corriendo. Así que no, gracias. Prefiero un sitio tranquilo que no tenga la música muy alta.

Los *Manolos* de Sarah eran una buena excusa para no ir a bailar. Ella era patosa, pero mantener el equilibrio en esos tacones iba a requerir un esfuerzo monumental, y no necesitaba llegar a casa con ampollas para quedar bien. Además, un sitio cerrado con música muy alta y bebidas alcohólicas sin restricciones no era una buena combinación para su ligera

claustrofobia. La gente solía volverse agresiva y abusiva cuando estaba borracha, y nada más lejos de su concepto de una noche ideal.

Ambos terminaron sus cafés y Alan hizo un gesto al camarero para que le llevara la cuenta.

—Aquí tiene, señor —indicó, dejando una preciosa bandejita encima de la mesa.

Él dejó la tarjeta de crédito sin ni siquiera repasar la cuenta, cosa que no extrañó a Emma. Tener dinero era maravilloso, y no verse obligado a cuadrar las cuentas a final de mes, sin duda, todo un privilegio.

El eficiente camarero se acercó con el datáfono y Alan tecleó su contraseña. Acto seguido, le entregó una copia de la factura. Les deseó muy buenas noches y un cordial «deseamos verlos pronto de nuevo en nuestra pequeña casa».

Ambos sonrieron y él dejó veinte dólares de propina extra. Los ojos de Emma se sorprendieron, puesto que la propina ya iba incluida en la factura final.

Sí, Alan era muy generoso.

Desde luego, se podría enamorar de ese hombre.

Pero la verdadera pregunta era: ¿y quién no?

CAPÍTULO 12. empieza la caza

Slab se paseó la mano por su cabeza rapada. La llevaba siempre así por comodidad. También porque, de esa manera, nadie le podía agarrar del cabello. Y esa era una verdadera ventaja táctica ante cualquier pelea.

El abogado Morgan se había puesto en contacto con él esa misma noche. Suerte que había continuado con la búsqueda. No debía defraudar a Jason, que había exigido que lo llamara lo antes posible.

No podía dejar de mirar la foto que le había hecho a la chica desde la calle. Incluso había grabado un pequeño vídeo de ella yendo y viniendo por la habitación con las manos cargadas de libros. Había sido todo un acierto entrar en la casa sin ser visto el día anterior. Al revisar cada rincón para asegurarse de quiénes vivían allí, pudo averiguar cuál era su habitación. Aprovechó la ocasión para robar unas braguitas como trofeo para Jason. Algo que, sin duda, celebraría.

La había encontrado.

Le había llevado cerca de un año dar con la chica correcta, pero, al fin, lo había conseguido. Quién se iba a imaginar que habría más de ciento cincuenta chicas con el nombre de Emma Scott nacidas el tres de marzo de 1993 en el estado de Washington. Ella era el número setenta y cuatro de la lista. Al menos, solo había tenido que buscar la mitad.

«¡Joder, el maldito hijo de puta tiene una suerte increíble!», se dijo.

Esa mañana le habían dado la noticia de que en unas cuatro semanas saldría de la cárcel, y esa noche le iba a dar el postre. La niña que llevaba buscando desde su condena había sido hallada y, desde luego, ya no era una niña. Era una mujer en todo el sentido de la palabra. Fijándose en sus rasgos, tuvo que reconocer que era una auténtica preciosidad. Voluptuosa y, sin duda, descuidada, muy descuidada. Vivía en un modesto barrio residencial y, por lo que había visto, sin demasiados lujos.

«Pero ¿ella no era millonaria?», pensó el matón con cara y cuerpo de modelo. Tenía entendido que tanto la abuela como ella se habían hecho con unos pocos millones, pero no recordaba cuántos. «Quizás no quiere llamar la atención o le ha gustado la casa o la ubicación. Desde luego la

amiga no está nada mal», y se vio imaginando que para él no sería ninguna molestia meterse debajo de sus sábanas, entre sus largas piernas.

«¡Céntrate, joder!», se regañó. Tenía que llamar a Jason para darle las buenas noticias. Ni que decir tiene que eso no lo iba a hacer teniendo una erección de caballo por culpa de una rubia de rostro perfecto y cuerpo de diosa. Por supuesto que no.

Por un momento, regresó a sus días en la cárcel. Pensó en su joven multimillonario compañero de celda y en el trato al que llegaron. Llevaba beneficiando de él desde hacía diez años, y aún lo mantenía con un sueldo bastante decente.

Conoció al tipo con apenas dieciocho años. Era un adolescente asustado, pero altanero. Sin duda, por la posición y los millones de su padre. Recién ejecutada la sentencia por homicidio involuntario lo trasladaron y lo metieron en su celda. Un abogadocho, con cara de pánico, le ofreció lo que no llegaría a robar en dos vidas a cambio de proteger al muchacho. Sin pensárselo dos veces, aceptó el trato. Pronto tendrían algo parecido a una amistad, aunque siempre le quedó claro que él era un trabajador a sueldo y no un familiar en casa de sus padres pasando los meses de verano. Más de una vez tuvo que sacarle las castañas del fuego porque era un bocazas. Aunque claro, protegerlo no era demasiado complicado gracias a sus dos metros cinco, que eran de gran utilidad para mantener a raya a cualquiera. A eso había que sumarle sus ciento quince kilos de músculo duro como una roca. No había mejor carta de presentación para que cualquiera se lo pensara dos veces antes de siquiera respirar en su dirección.

Los días habían pasado lentos, demasiado lentos para cualquiera que quisiera estar en la calle. Su condena era de once años, de los cuales había compartido casi diez con ese cabrón. Diez años. En ese tiempo, el maldito hijo de puta había estudiado dos licenciaturas. Una en Derecho y otra en Ciencias Políticas, las dos a distancia. Y todo lo había aprobado con matrícula de honor. Más de una vez llegó a pensar que, o Jason contaba con un cerebro privilegiado o la Universidad estaba más untada que una tostada con mantequilla.

Para colmo, el tipo le había exigido matricularse también y, durante unos instantes, recordó cómo le había dicho no quería estúpidos hijos de puta sin cerebro a su alrededor. Gracias a eso, había tenido que esforzarse como nunca en conseguir su licenciatura en Administración y Gestión de

Empresas. Eso era una de las pocas cosas que le podía agradecer al tipo. Bueno, pensándolo bien, sí que le debía mucho. Le debía el disponer de una gran cantidad de efectivo, ciertos lujos y su vida, al fin y al cabo. Que lo obligara a estudiar, algo que había sido causa de discusión durante meses, acabó siendo una motivación para mejorar, para desear otra vida. Vida que nunca tendría, puesto que la había vendido el primer día que aceptó el trato.

Frente a todo pronóstico, cuanto más leía y estudiaba, más entendía y mejor se sentía. Siempre había sido un matón. Su altura, complexión, fuerza, compañías y distrito postal, donde había tenido la gran suerte de nacer, no le habían dado más opciones que la de ser lo que era: un delincuente recién salido de la cárcel. Su tarea era la de encontrar y secuestrar a una joven, cuya pésima suerte la había llevado a cruzarse con ese sádico por el camino.

Por un breve instante, tuvo remordimientos. Tal vez podría darle un poco más de tiempo a la chica dada la lista tan amplia que tenía. Podría decir que aún no la había encontrado, que no era ella o que acababa de mudarse y no había dejado señas; pero se estaba engañando a sí mismo. El tipo se sabía de memoria el orden: cada nombre, cada dirección. Tenía la foto de cada chica encontrada en orden cronológico y ella era la siguiente. La correcta era la siguiente. No podía mentirle, seguro que lo descubriría.

A la chica no le quedaba más tiempo. No tendría más libertad que la que el tipo le diera. Jason era su amo, y él su perro fiel. Porque, cuando haces un trato de este calibre, no acaba hasta encontrarte a dos metros bajo tierra. No hay indultos. No hay un apretón de manos diciendo: «Gracias por todo y adiós». No, no había ni habría nada de eso. La único que tenía era un: «Lo que usted mande, señor». Aunque por dentro se sintiera como si estuviera masticando clavos, siempre le respondería eso: «Lo que usted mande, señor».

Soltó el móvil sobre la mesa y se crujió los nudillos. Acto seguido, apoyó el mentón sobre la unión de ambas manos. Ya no era un paleta inculto ni un matón sin cerebro. Nunca le había gustado su vida, y menos sus compañías. Jamás había querido cometer todos esos robos, tampoco ir a la cárcel. Terminó pensando cómo la vida a veces te arrastraba hasta llevarte hacia las profundidades. Cómo, por mucho que lo intentaras, no te dejaba llegar a la superficie. Bien porque tú mismo no quieres, bien porque no quieren los demás.

Inspiró, llenando por completo sus pulmones, y se frotó con energía la cara con ambas manos. «Hora de trabajar, Abraham», se dijo. Odiaba hasta más no poder su apodo, «Slab». El recuerdo del momento en que le bautizaron en la cárcel con ese nombre se coló en su memoria. Un preso había intentado golpearlo, él se defendió y le cayó encima como una losa. Eso era lo que significaba su apodo: losa.

Cogió el móvil de nuevo y tecleó sin ninguna emoción la rellamada del número que no quería marcar. Sí, los ricos tienen móviles en las cárceles y otras muchas cosas de las que mejor era no hablar.

Dos tonos de llamada.

—La tengo —dijo sin ninguna emoción.

Al otro lado de la línea se oyó un grito ensordecedor.

—¡Yeeeeee hawwww! —vociferó Jason pletórico.

En apenas veinticuatro horas, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Saldría de la cárcel en poco tiempo y su principal objetivo, por fin, se encontraba a su merced. Había pensado tantas veces en ese momento que se puso duro sin ni siquiera pestañear.

—Instrucciones —solicitó Slab.

—Síguela a todas horas. Busca una casa cerca. Alquilala o cómprala, me da igual.

—La casa de al lado está en alquiler.

La carcajada que emitió J.J. casi lo deja sordo.

—¡Joder! —dijo sin parar de reír—. ¡Todo cuadra como si lo hubiéramos planeado! No sé qué he hecho en otra vida, pero, en esta, me pienso resarcir.

Slab se mantuvo callado. Escuchar las estupideces de aquel maldito bastardo le estaba subiendo la tensión, pero tenía que aguantar.

—Bien, bien —continuó su jefe—. Lo mejor será que compres esa casa y te mudes al lado. ¿Vive sola? ¿Tiene pareja?

—Parece que vive sola, pero ahora tiene a una amiga de visita —mintió Slab. La compañera de la chica le había gustado mucho, y no quería darle la oportunidad de querer jugar con ella también—. No he visto a ningún hombre. Por lo que he podido averiguar, no tiene pareja.

—Genial. ¿Crees que podrías enrollarte con su amiga?

—Si está el tiempo suficiente, sin problemas.

—Perfecto, así tendrás acceso libre a la casa. Cuando te la hayas follado, me avisas. No tardes. Quiero que esté todo listo para cuando salga.

—¿No hago nada más?

—Por ahora, no. Ya sabemos dónde está. Quiero disfrutar de la anticipación. Mándame fotos y hazme un vídeo: quiero oír su voz.

—Te mando fotos y un vídeo de hoy, pero no tiene audio.

—Me vale para esta noche.

Slab sabía a lo que se refería, y no tenía ganas de tener esa imagen en su mente.

—¡Joder, sí que está buena! —dijo J.J. alargando las palabras al recibir la foto. Después reprodujo el vídeo.

—Señor, ¿algo más? —Lo único que le faltaba al sicario era oír al hijo de puta masturbándose mientras miraba el vídeo de la chica.

—No. Mañana llama y compra la casa, ponla a tu nombre. No regatees, paga lo que pidan y ya está. Si no quieren vender, sube el precio hasta que lo acepten. En cuanto cuelgue, llamaré a Morgan para que te haga la transferencia cuando sepas lo que vale. Para el lunes quiero que te hayas mudado. Si puede ser el domingo, mejor. Lígate a la amiga y vuélvela loca con tu encanto. Hazte de confianza y ten acceso libre a la casa. Ya iré pensando mi próximo paso.

—Lo que usted mande, señor.

—¿Cogiste sus bragas?

—Sí, señor.

—Magnífico. Ya me las darás cuando salga de aquí. Y Slab...

—¿Señor?

—Bien hecho.

—Gracias, señor.

Tras colgar, pensó en la conversación con Jason. Le había mentido al decirle que la compañera era una invitada. Y es que la quería para sí. Esta vez no iba a dejar que ella entrara, de ninguna manera, en el menú del otro. Ya había decidido que eso no iba a pasar.

Resopló al pensar en la cara de esa rubia: era una verdadera preciosidad. Sonrió al recordar que le había dicho que no había visto a ningún hombre con la chica. Solo había estado tres horas en la calle vigilando, normal que no hubiera visto a nadie. La suerte fue que captó su movimiento yendo y viniendo por la habitación, pero eso no se lo iba a decir a su jefe. Había sido algo fortuito, y ese detalle lo hubiera dejado en mal lugar porque la información la había conseguido por azar y no por su profesionalidad.

Al reproducir de nuevo el vídeo, sintió algo parecido a la pena. Ella se veía tan despreocupada. Parecía que estaba ordenando o limpiando, luego se acercó a la ventana para lo que supuso fue a tomar el aire. En ese momento, pudo hacerle la fotografía. Después disimuló como si estuviera cogiendo el teléfono de la casa de al lado y se marchó con total naturalidad. Al menos, eso era lo que había intentado que pareciera.

Buscó la foto que había hecho del número de la inmobiliaria, debía ponerse en contacto con ellos para pedir una cita. Acto seguido marcó: tenía que comprar una casa.

—Massachusetts Real States, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas noches, quería información sobre una propiedad...

CAPÍTULO 13. de vuelta a casa

Alan aparcó delante de la casa de Emma, paró el motor y ambos se desabrocharon el cinturón de seguridad.

—Bueno —dijo ella.

Deseaba quedarse, pero ya estaba empezando a ser tarde. Quería levantarse temprano para hacer la maleta. Y, aunque su vuelo a Washington D.C. salía a las tres de la tarde, había pensado en ordenar algunas cosas antes de ir al aeropuerto.

Alan se giró sobre su asiento para tratar de hablar un poco más; tampoco quería irse, pero no sabía cómo retenerla. «No voy a pedirle una última copa. Eso daría pie a que pensara que busco algo más. ¡Joder!», se regañó. Sí que buscaba algo más, solo que no debía ser en ese momento, no esa noche.

Sin poder controlarse, la cogió de las manos y se las apoyó en su pierna flexionada.

—Ha sido una noche increíble —dijo él sonriendo, mientras acariciaba con sus dedos las suaves manos de Emma.

—Sí, lo ha sido —afirmó sonriendo. Se mordió un poco el labio inferior a la vez que observaba sus manos unidas.

—¿Qué vas a hacer mañana? —«¡Joder! ¿Es que no soy capaz de disimular ni lo más mínimo?», se reprendió. Debía dejar de parecer ansioso.

Ella cambió su expresión y le brillaron los ojos.

—Voy a ver a mi abuela.

—¡Genial! ¿Dónde vive? Si quieres te puedo llevar yo, que no me fío de tu coche. —Y, por un instante, lo olvidó.

Ella sonrió con ironía.

—Creo que iba a ser un poco complicado.

Alan elevó las cejas a modo de pregunta.

—Vive en Washington. Mañana cojo un vuelo. Mejor dicho, hoy vuelo para estar con ella hasta que comience a trabajar. Hace mucho que no la veo, y tengo una tarea titánica que realizar antes de volver.

—Te vas a Washington... —susurró Alan, mirando a la nada y negando con incredulidad.

«¡Cómo puede ser!», pensó, intentando asimilar la noticia. «Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible?», mascullaba una y otra vez. Un nudo se le formó en la garganta. No sabía cómo iba a poder conquistarla si no estaba en Massachussets. «A Washington. ¿Cómo he podido olvidar que su abuela vive allí?», continuó con su diálogo interno a toda velocidad. Mientras buscaba una solución, se insultó de todas las maneras posibles. «Mi plan a la mierda. ¡No, a la grandísima mierda! Y a su vuelta voy a ser su jefe y ella no estará enamorada de mí. Y todo se va a ir al traste. ¡Joder! Venga, Alan, tranquilo. Tranquilo. Piensa, piensa», se repitió varias veces.

—¿Y cuál es esa tarea titánica a la que te refieres? —preguntó, intentando disimular la ansiedad que le había provocado la noticia inesperada de su marcha.

—Convencer a mi abuela para que venda su casa y se mude aquí conmigo, la necesito aquí. Han sido muchos años sin verla a diario. Aún es joven. Quiero salir con ella, comprarle ropa, que conozca a alguien y se vuelva a enamorar. Eso no lo puedo conseguir estando ella allí y yo aquí.

Alan respiró. Al menos no había nadie del género masculino implicado.

—¿Y te puedo ayudar de alguna manera? —preguntó, insistiendo más de la cuenta. «Se va, ¿cómo no se me ha ocurrido esa posibilidad?», se lamentó.

Y es que era de lo más lógico ir a ver en vacaciones al único familiar vivo que le quedaba. «Alan, te estás idiotizando por momentos», se reprochó. De hecho, había estado tan ocupado con el traslado de Londres a Massachussets que no había revisado ni sus transacciones ni sus compras por internet.

«Pero ¿cuándo ha sacado el billete de avión y por qué no lo he comprobado? ¿Me estoy volviendo descuidado y perezoso o qué cojones me pasa?», se censuró con dureza por volverse confiado.

Emma sonrió como diciendo: «No sé de qué manera me ibas a ayudar». Pero, por suerte para Alan, el filtro de ella se interrumpió unos instantes.

—¡Por supuesto! Vente conmigo a Washington. ¡La raptamos y la obligamos a que se quede a vivir aquí! —Empezó a reír. Menuda tontería

había salido por su boca. Él debía pensar que no estaba en sus cabales, pero nada más lejos de la realidad.

Alan vio una salida con luces luminosas del tamaño de las pantallas de Times Square.

—Vale, me voy contigo a Washington —respondió sonriendo.

Emma, que seguía riendo, se paró en seco.

—¿Qué? —Fue lo único capaz de responder.

—Acepto tu invitación. Me voy contigo a Washington a raptarla.

—Espera, Alan. —Le soltó las manos y le enseñó las palmas en señal de que parara—. No, ni hablar. No nos conocemos, y yo lo... lo he dicho en broma. No, es decir, no iba en serio, para nada —tartamudeó agobiada.

—Yo sí lo he dicho en serio. Además, has sido tú la que me ha invitado. Sería una falta de delicadeza anular la invitación, ¿no crees? —No quería aceptar un no por respuesta.

Ella solo lo había invitado en broma, como un chiste, pero él se lo había tomado al pie de la letra y no iba a dejarla cambiar de opinión. Elaboró un plan a toda prisa. «Llamaré a Walter en unas horas y le pediré varios días para solucionar un tema familiar. Seguro que no habrá ningún inconveniente siendo uno de los mayores mecenas del MIT».

Emma cortó sus esfuerzos de golpe.

—Pero, Alan... No, rotundamente no —respondió con firmeza.

«Por supuesto que no. Pero, bueno, ¿este quién se cree que es para irrumpir así en mi vida y decidir lo que le da la gana? Este tío está loco. O es un acosador o algo peor», se dijo preocupada.

Se le erizó el vello del cuerpo y todas sus alarmas se encendieron a la vez. Tenía que salir de ese coche. Tenía que alejarse de él. La cita se estaba complicando más rápido de lo que era capaz de manejar y, además, la situación era demasiado extraña y enrevesada.

«No. No. No», era todo lo que oía en su cabeza. Sin pensárselo dos veces, salió dando un portazo, pese a que no era lo que pretendía, y rodeó el coche.

Alan se quedó en *shock*. «Pero ¿qué es lo que acaba de pasar? ¿Por qué ha salido del coche hecha una furia y se va? ¡Joder! ¡Que se va y yo aquí sentado como un pasmarote! Todo va mal. Todo está saliendo jodidamente mal», pensó, incapaz de entender nada.

Sin perder un segundo más, abrió la puerta, salió del coche y también dio un portazo. Este sonó mucho más fuerte que el que había dado ella. Eso hizo que Emma se detuviera para mirarlo con los ojos muy abiertos. Se observaron con detenimiento sin saber bien por qué se estaban comportando de esa manera, pero ninguno iba a ceder.

Dos titanes. Dos enemigos. Dos... lo que fueran.

¿Tenía sentido que se enfadaran de esa manera? No, claro que no. Pero los dos estaban perdidos en un mar de sentimientos contradictorios y no sabían cómo lidiar con ellos. Nadie podía culparlos porque ninguno se había dado cuenta de que estaban furiosos, permanentemente. Alan, por sentirse culpable y, Emma, por haber perdido a dos de las personas que más quería en este mundo. Ambos sentían ira desde hacía años, desde el maldito suceso. Había sido al encontrarse cuando pudieron dar rienda suelta a ese dolor disfrazado de normalidad.

Una fuerte atracción y una rabia incontrolable los unía, pero aún no entendían el motivo.

—¿Te gusta jugar con los hombres en general o solo es conmigo? —dijo él a media voz, aunque sonó como si lo hubiera gritado a los cuatro vientos. Cerró ambos puños con fuerza. Estaba a punto de soltar un puñetazo contra la pared o, peor aún, contra su coche.

—¿Qué? —dijo sorprendida—. Yo no estoy jugando. Yo no juego con ningún hombre.

—¿En serio? Porque yo me siento como un saco de boxeo en este momento.

—Alan, estaba bromeando. No entiendo por qué te lo has tomado al pie de la letra. Apenas nos conocemos. Vale, sí, hemos compartido una cena y un par de copas. Pero ¿cómo pretendes venir conmigo a conocer a mi abuela? ¿Y en calidad de qué? No tenemos ninguna relación, ¡no tenemos nada! Solo ha sido una cita, y no sé qué es lo que pretendes —dijo, volviendo a mostrar las palmas de ambas manos—. ¿Qué quieres de mí? Me estás asustando y mucho. Me hablas, me miras como... como si... No sé. —Se cogió la frente con la mano y lo miró con recelo—. No sé qué es esto. —Lo señaló con la mano y después se señaló a sí misma—. Todo va muy rápido. Es como si cada uno fuera a un ritmo distinto: tú en un Lamborghini a cuatrocientos por hora y yo caminando descalza sobre cristales.

Emma estaba resoplando. Tenía sentimientos encontrados, bueno, más bien estampados unos contra otros.

Alan no podía más. Se dijo que ahí se acababa todo, que ya no le quedaba tiempo. Ella se iría a Washington y, cuando volviera, sabría que era su jefe. Entonces, nada impediría que saliera corriendo.

«Está bien», negoció consigo mismo. Se sentía extenuado. La montaña rusa en la que había estado paseando los últimos doce años de su vida estaba deteniéndose sin que él pudiera evitarlo y, en cierto modo, era un alivio.

—Está bien, Emma —repitió en voz alta—. Me rindo. Nunca había sentido un flechazo por nadie y, dada mi trayectoria en la vida, me parecía imposible que eso pudiera ocurrir. Pero, ya ves, las cosas imposibles ocurren y, a veces, no las puedes evitar. Sí, supongo que ir a cuatrocientos por hora cuando tú vas caminando descalza sobre cristales es una diferencia difícil de salvar. —Frunció los labios y los movió de un lado a otro, pensando—. Yo busco algo más y suponía... Creía... —suspiró con fuerza y negó agotado. Despacio, se giró hacia el coche y abrió la puerta.

—¿Te vas? —dijo ella, dando un paso hacia delante.

«¡Dios! ¿Me voy a decidir o en serio estoy jugando con él?», se regañó. «Yo no soy del tipo de chica que manipula ni juega con hombres. Jamás. ¿Se puede saber entonces qué quiero?». Emma intentó buscar una respuesta y la encontró al ver que su intención era la de marcharse. Esto activó algo en su interior que apagó todas sus alarmas de peligro encendiendo otras muy distintas. Tenía miedo, sí, pero ahora el motivo era que él se iba, y parecía un adiós definitivo.

«Maldita sea. ¡Decídetes de una vez!», se gritó.

—¿No es eso lo que querías? ¿No es eso por lo que has salido hecha una furia de mi coche y casi arrancas la puerta del portazo? —dijo sin ni siquiera mirarla. Su paciencia ya había sobrepasado su límite.

—Tu portazo ha sido mayor —se defendió ella bajando la voz, buscando una excusa convincente. Quería alargar la conversación para que él no se fuera y, mucho menos, así de enfadado.

—Es mi coche, puedo reventarlo si quiero —respondió Alan de malos modos. Estaba a punto de explotar.

—¿Y si yo condujera un Toyota y tú un Ford? —preguntó como último recurso.

—¿Cómo? —dijo él extrañado. Giró la cabeza para mirarla a los ojos. El enfado monumental que tenía hacía que no la entendiera.

Ella se acercó con precaución hasta ponerse a su altura. Con suavidad, tocó el cristal de la puerta para cerrarla casi sin hacer ruido.

—¿Y si redujeras la velocidad y yo la aumentara? ¿Podríamos ir más o menos a la par? ¿Crees que sería posible?

Alan la miró, entendiendo a qué se refería. No le estaba diciendo adiós, le estaba pidiendo que bajara el ritmo para que pudiera alcanzarlo. Para ser honestos, él llevaba en esa relación muchísimo más tiempo que ella. Si se hubiera detenido para observar la situación desde fuera, se habría dado cuenta de que su comportamiento era cuando menos inusual o, más bien, el de ser un loco del demonio. Nadie se enamora en un día, y tenía que reconocer que la estaba presionando demasiado.

En su deseo por alcanzar el final, había pasado por alto los sentimientos de Emma. No era justo que se enfadara con ella. Nadie en su sano juicio iba a irse de viaje o enamorarse de alguien que acababa de conocer. Y él se lo estaba casi exigiendo.

«Ella tiene razón», se dijo. Apoyó las manos a ambos lados del cuerpo y asintió despacio.

—Sí, creo que sería posible.

Emma le ofreció la mano. Él se la quedó mirando y su cuerpo reaccionó por sí solo. La cogió con delicadeza y se la llevó a la mejilla. Ese era un acto demasiado íntimo. Con ese gesto, le estaba abriendo su alma. Necesitaba sentirla; necesitaba... notar su piel. Se estaba volviendo loco y la estaba volviendo loca a ella.

Toda la maldita situación iba cuesta abajo y sin frenos.

Emma lo observó un momento y una idea descabellada le cruzó la mente. El comportamiento de Alan era cambiante, eso estaba claro. Sin embargo, había momentos en los que parecía que la amaba, sin tapujos ni disimulos. Desechó el pensamiento y cometió el error de mirarlo. Sintió una atracción brutal hacia aquel hombre que la sacaba de sus casillas a la primera de cambio. No tenía sentido, pero pensó que poco en la vida lo tiene.

Sin saber de dónde ni cómo, tuvo un gesto de valentía: le tiró con decisión de las solapas de la chaqueta y lo besó.

Él respondió al instante, dejando así de racionalizar cada gesto y cada palabra de ella hasta el más mínimo detalle para concentrarse en todas

las sensaciones que le estaban regalando los labios de Emma. Eran suaves, embriagadores, calientes como el pecado. Con toda certeza, supo que quería pasar el resto de su vida besándolos, mordiénolos, saboreándolos. La sujetó con firmeza por la espalda, allí donde terminaba su cintura, para acercarla a su cuerpo. El calor de su piel se filtraba a través del vestido, y sentirlo lo excitó aún más.

Emma subió los brazos y le apoyó la mano en la nuca para atraerlo hacia sí. Deseaba perderse en ese beso. Sentía que su cuerpo le rogaba dejarse ir. No se paró a pensar de dónde había nacido esa necesidad, sino que, en vez de eso, le mordió el labio inferior y aprovechó su sorpresa para invadir su boca. «Basta ya de reproches y de ser modosa. Se acabaron los remordimientos», llegó a un acuerdo consigo misma.

Ya no tenía ninguna duda: ese hombre la había devuelto a la vida con un solo beso. Bueno, con alguno más.

«¡Dios! Me desea. Sé que me desea», pensó mientras se abandonaba a ese beso, que estaba despertando en ella sensaciones que jamás había experimentado. Su excitación subió aún más de nivel al notar lo que Alan le estaba diciendo con su cuerpo. Y era más que evidente porque, al estar tan cerca, su anatomía no dejaba nada a la imaginación.

«Por favor, que no pare de besarme», rogaron los dos en silencio, perdidos el uno en el otro.

Alan olvidó la discusión, el portazo y lo enfadado que estaba. Emma lo estaba besando con desinhibición, como si quisiera devorarlo. Sentía fuego en sus labios, en su aliento, exigiendo de él algo que estaba dispuesto a darle sin reservas. Él le respondió con la misma intensidad hasta que se dio cuenta de que se estaba excitando hasta tal punto que empezaba a ser más que evidente. «Me vuelves loco, Emma... Dios, tengo que parar», se dijo al saber que le estaba siendo muy difícil controlarse.

Ella dibujó una sonrisa y, poco a poco, se apartó. Alan fue consciente a duras penas. La liberó solo un instante de la mano que la atraía como un imán hacia su cuerpo para rodearla con suavidad por la cintura.

—¿Qué te parece mi Toyota? —preguntó ella jadeando.

—Me ha encantado tu Toyota —respondió él de igual forma.

Ambos sonrieron. Todo era tan surrealista que Emma se había cansado de buscarle explicación.

—¿Me perdonas? —dijo, sintiéndose algo avergonzada.

—¿El qué?

—Por dar un portazo. No era mi intención.

—Por mí como si llegas a arrancar la puerta. No tiene importancia. No tengo nada que perdonarte. —Se quedó mirándola a los ojos. «¿Está pidiéndome perdón? No, por favor», pensó, dejando escapar una exhalación de dolor.

—Gracias —dijo con una gran sonrisa.

Alan, despacio, subió la mano y le sujetó la mejilla. Emma se apoyó en ella y cerró un instante los ojos.

—Soy yo el que te tiene que pedir perdón. Te he puesto en varias... muchas situaciones bastante raras, por decirlo de alguna manera. No me extraña que hayas respondido así. Me he pasado de la raya y tampoco era mi intención. Es solo que... Bueno, ya sabes.

—Lo sé. Soy... irresistible —dijo ella mientras elevaba las cejas y negaba con gracia.

—Más de lo que puedas llegar a imaginar. —Le sujetó la cara con las manos para aproximarse a su boca: necesitaba devorarla de nuevo.

No podía evitarlo. No quería evitarlo.

En realidad, ninguno quería detenerse. De modo que se fundieron en un mar de besos impacientes; tal vez, demasiado exigentes. El deseo mutuo les estaba ganando la partida, pero a ninguno pareció importarle.

«No pienso ir en un Ford. No puedo», se dijo Alan mientras arrasaba su boca, siendo bastante egoísta.

Tuvo que emplear toda su determinación para separase de sus labios. Así, la razón, tanto como saber que un paso en falso podría precipitar que la perdiera, ganó la batalla de la sangre que bullía por sus venas. Se separó despacio, dio un paso atrás y dejó de tocarla porque, lo que quería decirle, era importante. Y si volvía a hacerlo, aunque fuera un instante, no conseguiría tener ningún pensamiento racional.

—Tengo una idea —dijo con verdadera emoción, como si hubiera encontrado el Santo Grial—. Si voy muy rápido, me dirás Lamborghini. Así sabré que debo bajar el ritmo.

—Me parece una idea...

—¿Estúpida?

Emma negó, esbozando una ligera sonrisa.

—No, es una idea estupenda.

Alan se la quedó mirando de tal manera que ella hubiera podido jurar que había sentido que la tocaba.

—No me mires así.

—¿Cómo?

—Me miras como... no sé, como si estuvieras enamorado de mí.

—No me pidas eso —respondió con un nudo en la garganta.

—¡Dios, Alan! Que solo hace...

Él colocó el dedo índice en sus labios para que no continuara.

—No me pidas eso, Emma. No puedo mirarte de otra manera. Y no, no hay nadie alrededor esperando a golpear la claqueta diciendo: ¡corten! No hay ninguna cámara oculta. No me han pagado para hacerte el amor, aunque lo esté deseando.

Lo miró y susurró sin llegar a estar convencida del todo.

—Lamborghini.

Otra vez se estaba pasando. Otra vez la estaba agobiando. Pero ella hizo algo que despertó en él toda su determinación: mirarlo con unos ojos que decían «no me hagas caso y devórame». Alan lo leyó en su manera de respirar, de entreabrir la boca, en cómo dijo la palabra de salvación sin ninguna seguridad.

Eso y mucho más fue lo que le pidió Emma con una sola palabra.

—Mañana —respondió él.

Y no cumplió su juramento. Su promesa. Su intención.

Arrolló su corazón y su alma besándola con desesperación. Ella era su todo. Su principio. Su intermedio. Y su final.

«Al carajo el plan, las buenas intenciones y mi cordura», se dijo él mientras volvía a arrasar su boca.

De pronto, un pensamiento se coló en su mente: se estaba imponiendo de una manera apabullante, y no era lo que pretendía. «Este no soy yo. Ella no se merece esto. Así no. Debo parar», se enfadó consigo mismo.

Pese a que no era lo que quería, se detuvo y echó un paso atrás.

—Lo siento, Emma. No pretendía besarte así. Es que me has mirado y no he podido controlarme. Perdóname, no volverá a pasar. Yo... Será mejor que me vaya. De nuevo, discúlpame.

Alan dio un paso hacia el coche y estiró el brazo para alcanzar el manillar de la puerta. Emma no entendía nada. Aquel beso había sido lo más sincero y puro que había sentido en toda su vida. La pasión y el ardor de ambos habían sido genuinos y, lo peor de todo, es que ese beso había derretido partes de su cuerpo que sabía que esa noche no iba a utilizar.

—Alan, ¡para! ¿A dónde vas? —dijo, elevando la voz.

—¿Qué? —respondió, girándose hacia ella.

—Dos cosas... —Su voz sonó un tono más alto de lo previsto. Sentía que la sangre le quemaba por dentro, por lo que subir el tono de voz le importó menos que un bledo—. Uno, ese ha sido el mejor beso de toda mi vida y, dos, jamás vuelvas a besarme así si no vas a continuar, ¿queda claro?

La miró, entendiendo sus palabras.

—¿No estás enfadada? —preguntó con media sonrisa.

—Enfadada no es cómo me siento, Alan —susurró resoplando.

—Pero no he cumplido lo que te he dicho en la cena.

En ese momento, ella no recordaba nada de la cena. Tenía toda la sangre en una parte muy concreta de su anatomía. Para hacérselo entender a él, negó un par de veces y frunció el ceño.

—Cuando te dije que los tiempos y las normas de nuestra relación serían tu privilegio —aclaró—. Soy un condenado mentiroso. No he cumplido lo que te dije que haría.

Emma se acercó y puso un dedo en sus labios.

—Shhh, no te disculpes, ni yo misma me he creído lo que he dicho. Jamás he estado tan cerca de romper mis propias reglas, y todo por ese beso. Así que creo que lo mejor será que...

Emma cerró los ojos y se ruborizó como una adolescente. Sin pretenderlo, acababa de decirle que estaba muy excitada. «¡Maldito filtro cerebro-boca! Pero ¿cómo se me ha escapado eso?», se recriminó.

Alan curvó los labios para formar una sonrisa.

—¿En serio? —preguntó, elevando las cejas.

Emma volvió a negar, sonriendo. La bomba había sido lanzada, ya había explotado y ahora tenía que recoger los pedazos. «¿Y qué le digo yo ahora? ¿Que no pretendía decir lo que he dicho? Menuda estupidez. Por una vez sé adulta y afronta una pregunta sin comportarte como una niña», se sermoneó de nuevo.

—Sí, así es —dijo con toda la tranquilidad que pudo—. De modo que, si no te importa, me voy a ir porque necesito descansar. —No era lo que quería decir, pero sí lo que dijo—. Mañana no voy a ser persona como no me vaya ya a la cama.

—¿El mejor beso de tu vida? —preguntó él con muchísima curiosidad.

Emma volvió a suspirar sonriendo.

—Engreído. ¿Qué quieres, que te regale los oídos otra vez?

—No estaría mal. Pero, no. No es eso. Es que me ha sorprendido. Pensaba que habías tenido más relaciones.

—Y así ha sido. Supongo que el *feeling* llega cuando quiere y no cuando lo buscas.

—No quiero parecer arrogante y, por favor, no me malinterpretes por lo que te voy a decir. Es solo un pensamiento, ¿vale? —Alan esperó la confirmación de Emma para confesarle lo que sentía.

—Vale.

—Ese beso apenas ha sido un comienzo. Puedo mejorarlo mucho. Y hacer cosas, bueno, ya sabes. Cosas... mejores.

Ella dibujó otra sonrisa.

—Me imagino. —Se sonrojó aún más.

—Y tienes toda la razón con lo que has dicho del *feeling*. Jamás lo había sentido como ahora contigo.

—Ya —respondió ella, poniendo los ojos en blanco.

—No me crees.

—Has sido célibe, ¿no?

—No, yo no he dicho eso. He querido decir que nunca me he sentido tan atraído por alguien. No, nunca de esta manera. Supongo que tú tampoco has sido célibe.

Emma bajó la vista y sonrió, pero no respondió.

—¿Emma?

—¿Sí?

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—He dicho que tú tampoco habías sido célibe.

—Eso no era una pregunta, era solo tu suposición.

—¿Y bien?

—Bien, ¿qué?

Alan empezó a desesperarse. Emma estaba eludiendo el tema a propósito y no entendía por qué. Ya eran adultos, podían hablar sin problemas de sus relaciones anteriores.

«¿A qué viene esto?», pensó él.

—Has tenido relaciones sexuales con otras personas, ¿verdad?

Ella seguía sin mirarlo. No quería admitir que, aunque había salido con dos chicos, nunca había llegado más allá de los besos y de meterse mano por encima de la ropa.

Ese había sido el problema. No había podido intimar con ninguno, ya que no se sentía preparada. Tampoco la habían llegado a excitar tanto como para querer llegar hasta el final. Ese había sido el detonante para que sus dos relaciones terminaran. Ambos chicos querían algo más, pero ella no sentía lo mismo. Tras varias discusiones, todo había acabado. ¿La razón? Ninguno estaba dispuesto a esperar para tener sexo. Después de ambos fracasos, se centró aún más en los estudios, en terminar cuanto antes la carrera y el doctorado. Y vaya si lo había conseguido.

Alan se acercó a ella. Despacio, la sujetó de la barbilla. Tenía que mirarla a los ojos, y el motivo era que estaba empezando a sospechar algo que creía muy improbable.

Dos posibilidades se colaron en su mente: una respuesta, era no y, otra, era sí, pero que no había sido consentido.

«Por Dios, que no sea esa opción», suplicó él.

—¿Emma? —preguntó preocupado.

Ella se quedó callada un instante.

—Eso es personal, Alan.

Ella desvió la vista y se zafó de la sujeción de su mano. Él hizo lo que menos esperaba: abrazarla y apoyar la barbilla en su cabeza. Después, le habló muy bajito.

—Me da igual la respuesta. No necesito saberla. Si fue tu decisión, es lo único que me importa. —Besó su coronilla y ella apoyó la mejilla en su torso.

«Por favor, este hombre está esculpido con el mayor esmero», pensó mientras levantaba los brazos para colocarlos en la cintura de Alan.

Sin saber de dónde, la respuesta salió de sus labios.

—No.

Él cerró los ojos. «¿No? ¿En serio? ¿En el siglo xxi?», se quedó pensando.

—Vale.

—¿Horrorizado? —preguntó ella.

—¿Por? —dijo, sin romper el abrazo.

—Porque soy... soy...

—Preciosa, graciosa, decidida, considerada, deliciosa, adorable —recalcó despacio esa palabra—, inteligente, trabajadora... Me puedes parar cuando quieras.

—Vale.

Emma se abrazó con más fuerza a su cintura. Ese hombre era un caos. Había discutido con él más veces que con nadie que recordara. Pero, allí, de madrugada, y entre sus brazos, se dio cuenta de que se sentía de maravilla y en paz. Alan le transmitía algo que aún no era capaz de entender: tranquilidad. Inspiró su esencia y su mente la traicionó. «¡Dios, el perfume que lleva seguro vale como dos meses de mi alquiler!», pensó, riendo para sí por su propio comentario.

Dejó de analizar la situación hasta el último detalle para centrarse en el hecho de que él acababa de elogiarla, y estaba casi segura de que esa noche no llegarían a nada más.

—¿No te parezco rara o, peor aún, patética por ser todavía...?

—Ni lo uno ni lo otro —la interrumpió—. Te lo he dicho antes, ha sido tu decisión, y eso es lo único importante. Nadie tiene que opinar sobre las decisiones íntimas de otra persona.

—¿Eres real?

—La mayor parte del tiempo. Pero en cuanto te des la vuelta me arrancaré los botones de la camisa, me saldrá un rizo del flequillo y saldré volando.

—No me gusta Ironman —bromeó. Sabía de sobra que se refería a Superman. ¿Quién no lo sabría?

Alan soltó una carcajada, creía que se había confundido de superhéroe, pero le daba igual. Lo único que le importaba era que Emma seguía apoyada en su pecho y abrazada a su cintura.

—¿Ironman?

—Shh, cierra el pico, Superman. Pero yo soy más guapa que Lois Lane.

Alan se separó lo justo para mirarla.

—Eso no lo dices nunca.

Ella entreabrió los labios al perderse en sus ojos. La atracción fue tan brutal que no pudieron evitarlo y volvieron a besarse. Lento, profundo, ardiente. El baile de sus labios avivó en ambos algo que llevaba dormido demasiado tiempo. El deseo se volvió arrollador, y la pausa prometida quedó a un lado cuando la necesidad se abrió paso. Los dos arrasaron sus

bocas sin recordar siquiera que estaban solos de madrugada en plena calle. Nada importaba más que ese beso.

Pese a que intentó acallarla, la conciencia de Alan se despertó para avisarle de algo que parecía haber olvidado: debía irse. «Márchate ya», se dijo a regañadientes. Después, a su mente regresó de golpe que ella se iba seis semanas a Washington. Eso era demasiado tiempo.

Tenía que inventar algo, y pronto.

Abandonó a regañadientes su boca y cerró el abrazo para sentirla un poco más. Inspiró con delicadeza y volvió a besar su pelo antes de separarse. Fue su forma de despedirse por el momento. A ella le hizo gracia ver cómo él se tocaba la nuca tal y como lo hacían los protagonistas de los dibujos animados japoneses.

Alan no quería irse, pero, por esa noche, ya era suficiente. «Venga, tío. Un último beso rápido y lárgate», intentó negociar consigo mismo.

Emma decidió por él.

—Será mejor que me vaya a dormir. En unas horas tengo que hacer la maleta —contestó ella nada convencida.

—Por supuesto —dijo Alan al fin.

Este se acercó y le rozó los labios con suavidad. Se separó y la cogió de la mano.

—Vamos, te acompaño a la puerta.

—Pero si está a cinco pasos.

—Por eso mismo. Es una distancia kilométrica. —Sonrió y ella se quedó sin aliento. Sacó las llaves del bolso y abrió la puerta.

—Ves, ya estás en casa. Sana y salva.

Ambos rieron.

—Buenas noches —dijeron a la vez.

Esta vez fue ella la que se acercó. Le dio un beso corto y se separó.

—¿Me llevas mañana al aeropuerto?

Alan la miró esperanzado. Su corazón explotaba.

—¡Claro! ¿A qué hora quieres que te recoja? —preguntó. «¡La voy a ver otra vez antes de que se vaya!».

—¿Te viene bien a las doce?

—Claro que sí. Cuenta con ello.

Ambos sonrieron.

—Menuda noche —dijo Emma.

—¿Ha sido solo una noche? Me ha parecido más.

Ella se quedó pensando. Las ideas se le amontonaban y las iba descartando conforme las pensaba.

«Me gustas mucho, no... no le digas eso todavía. ¡Qué guapísimo eres! No, ¡eso tampoco! No quiero que te vayas. ¿Cómo sería hacer el amor con él? ¿Cómo sería hacerlo simplemente? Ahora no me apetece volver a Washington. Dale un beso más. Dile que se quede...». La cabeza le iba a mil por hora y no estaba segura de si al final le saldría humo de tantos pensamientos caóticos.

Para suerte de Alan, el filtro de ella volvió a fallar y, esta vez, ni a la propia Emma le importó.

—De veras, no sé qué me has hecho. Tengo mil pensamientos a la vez y estoy... —No era capaz de encontrar las palabras, pero su cerebro se encargó de ello—. Has conseguido en un solo día que me plantee el no ir a Washington, pero tengo que ir y también quiero hacerlo. Se me ha ocurrido la idea descabellada de que... Bueno, que estaría genial que pudieras cogerte un par de días libres en algún momento y vinieras a conocer a mi abuela.

Alan contuvo la respiración, mientras ella le peinaba una ceja con suavidad. Sin duda, otro acto íntimo demasiado acelerado, aunque a ninguno de los dos tampoco pareció importarle.

Tras mirarlo de una forma que él no pudo descifrar, le sostuvo la mejilla. «Dios, me estoy enamorando de este hombre», pensó asombrada y sobrepasada.

—Perdona, ya no sé ni lo que digo. Supongo que pensarás que estoy loca. Me enfadé contigo por proponérmelo y yo acabo de hacer lo mismo —prosiguió ella—. Esta noche te he dado suficientes muestras de bipolaridad, pero no sé cómo cambiar eso. Alan, mi vida es muy sencilla. Estudios, casa, más estudios, casa... Poco más. —Dejó escapar el aire con cansancio—. Solo sé que ayer choqué con un muro al que manché de café que ha hecho que todo se vuelva del revés. Y aquí estoy... estamos, a las cuatro de la madrugada y no sé cómo despedirme.

Él inspiró despacio. Sí, estaba ocurriendo. Su plan, su deseo, su necesidad. Todo. Lo podía ver en los ojos de Emma. Incluso veía su lucha interna, porque a él le pasaba lo mismo. Quería quedarse, quería hacerle el amor hasta que tuviera que irse al aeropuerto. Quería todo.

—No lo hagas —dijo Alan.

—¿Cómo? —preguntó algo intranquila.

—No, Emma, no voy a entrar. No voy a hacer lo que estamos deseando los dos, puesto que sé que necesitas tiempo. Necesitas pensarlo. Necesitas... —Se detuvo, y es que no podía dejar de mirar sus labios. «Concéntrate de una vez. No entres, no entres. ¡Tienes que irte!», se gritó.

Ella sonrió. De forma espontánea, se acercó y lo abrazó.

Un abrazo de «gracias».

Un abrazo de «eres increíble».

Un abrazo de «por favor, sé real».

Él le devolvió el abrazo y le volvió a besar el cabello.

—Mi niña —Se le escapó a un Alan que, a esas alturas, estaba agotado y somnoliento.

—¿Tu niña? ¿No crees que soy muy mayor para esa descripción?

—No sé por qué lo he dicho, pero era lo que sentía. ¿Te molesta?

—No. En realidad, me encanta. Mi abuela, de pequeña, siempre me llamaba así —dijo, abrazándolo más fuerte y sonriendo.

Mientras continuaban abrazados, Alan se preguntó por qué seguía comportándose como un adolescente, pero no pudo encontrar una respuesta. Tal vez ella le despertaba algo distinto, puede que significara que era algo importante. No una niña, estaba claro, solo que llamarla de ese modo englobaba mucho más. Deseaba que fuera suya, y esa necesidad lo estaba impulsando a perder la cabeza.

Pasados unos segundos, Emma deshizo el abrazo lo justo para mirarlo. Después se besaron como lo harían dos personas que se conociesen desde siempre, que se quisieran desde siempre.

Se separaron y ambos dieron un paso atrás. La noche debía acabar y necesitaban dormir.

—Nos vemos mañana —dijo él.

—Dirás que nos vemos hoy —puntualizó ella, riendo.

Alan volvió hasta su coche y abrió la puerta. Miró hacia la casa una vez más antes de entrar. Se sentó, se puso el cinturón y encendió el motor. Bajó la ventanilla y le guiñó un ojo.

Emma volvió a sonreír, le dijo adiós con la mano y cerró la puerta.

Miles de mariposas volaban en su interior. Ahora solo tenía que aprender qué hacer con ellas.

CAPÍTULO 14. una noche PARA RECORDAR

Emma se apoyó en la puerta e inspiró una mezcla de incredulidad e ilusión. Cerró un instante los ojos, sonriendo por lo que acababa de compartir con Alan. Sujetó con ligereza su labio inferior entre los dientes al recordar el momento en el que invadió su boca, y no pudo evitar que se le escapara una lágrima. Las emociones la estaban desbordando.

Sarah, que se dirigía hacia la cocina, al verla llorar, bajó las escaleras corriendo.

—Em, ¿estás bien? ¿Por qué lloras? —preguntó muy angustiada. La zarandeó de los hombros para que abriera los ojos y le hablara de una buena vez.

—¡Oh, Sarah! —Solo fue capaz de decir esas dos palabras.

—Joder, ¡que me va a dar un infarto! ¿Qué ha pasado?

Al fin abrió los ojos y sonrió a su amiga.

—Es el hombre más maravilloso que he conocido en toda mi vida —dijo, alargando cada palabra.

—¡Joooooder!

—¡Esa boca, Sarah!

—¡Me has dado un susto de cojones!

—¡Sarah!

—¿Estás bien entonces?

—Sí, ¿acaso no me ves?

—Claro, pero entiende que me haya acojonado. Cuando te he visto llorar, ¡he estado a punto de ir a la cocina a por un cuchillo para cortarle las pelotas!

Emma soltó una carcajada. Menuda era su amiga/hermana.

—¿Y tú qué haces despierta a estas horas?

—Me he levantado a estudiar antes de ir al trabajo. Necesitaba espabilarme y he bajado para hacerme un café —le aclaró Sarah—. Bueno, ya que estás, cuéntame tu cita mientras me lo preparo.

—Ha sido raro, maravilloso e ¿irreal? —describió con una expresión de no entender del todo lo que había ocurrido.

—Pues menuda combinación. En resumen: ¿bueno o malo? —dijo ansiosa. Le estaba sacando la información con cuentagotas y su paciencia era bastante cortita.

—¿Hay algo más que sublime?

—Uf... —Sarah puso los ojos en blanco—. Venga, vamos al salón y me lo cuentas, pero deja que antes te haga una infusión, a ver si se te baja esa cara de Princesa Disney enamorada hasta las trancas. ¡Madre mía! —La empujó hasta el sofá del salón y la sentó—. Anda, quítate mis *Manolos*, que voy a poner agua a hervir —dijo, dirigiéndose de nuevo a la cocina. Rellenó la tetera de agua y la puso a calentar.

—Increíble. ¿Has encendido tú sola el fuego? —se burló Emma.

—Pues sí, a veces tengo momentos de lucidez. Pero deja de perder el tiempo y empieza a contarme todo lo que ha pasado.

Ella le relató con todo lujo de detalles las conversaciones, lo que habían cenado, dónde habían tomado una copa y la fantástica despedida, incluidas las discusiones y los besos.

—No lo pillo —dijo Sarah.

—¿El qué?

—A ver, Em. Te voy a ser muy clara.

—Vamos, como siempre —la interrumpió.

—Exacto, como siempre —repitió Sarah—. Ese hombre es guapísimo, ¿vale? Y seguro que tiene infinitos polvos increíbles. —Emma abrió la boca, pero Sarah negó para que no la interrumpiera como había hecho antes, cosa que detestaba mucho—. Solo es que lo conoces muy poco, casi nada. Mi consejo es que vayas con cuidado. No parece ni un ladrón ni un embaucador, pero debes ser precavida. Me preocupa que te enamores de él y luego sea un fraude. Sé que eres muy sensata y que todo lo analizas hasta el último detalle. De hecho, eso es lo único que te pido: que antes de tirarte a la piscina veas la profundidad. Te quiero mucho y no podría soportar verte sufrir.

Emma frunció los labios en un intento de mantener las lágrimas a raya, pero eso no impidió que se le empañaran los ojos. La mezcla de emociones que había vivido esa noche la había dejado con los nervios a flor de piel. La tetera sonó en la cocina, indicando que el agua ya estaba hirviendo. Sarah miró hacia la hornilla de gas. Al ir a dar el primer paso para apagar el fuego, Emma la sujetó de la mano, se levantó de golpe y le dio un fuerte abrazo.

—Yo también te quiero mucho, Sarah. Gracias por ser mi amiga, por ser mi hermana, por ser mi conciencia y por estar siempre ahí cuando te necesito.

Ella le devolvió el abrazo con cariño.

—De nada, preciosa. Anda, vamos a preparar tu infusión y mi café soluble.

—Vale —respondió Emma, deshaciendo el abrazo.

—Bueno y, ese pedazo de Superman, ¿dónde trabaja?

—¡Ah! Pues, no tengo ni idea. No hemos llegado a hablar de eso.

—¿En serio? ¡Si es lo primero que quiero saber en las citas!

—Ahora que lo pienso, no recuerdo si se lo he llegado a preguntar. Supongo que, entre tanta discusión y reconciliación, no ha surgido el tema.

—¿Y él no te lo ha preguntado a ti? —insistió Sarah.

—No le hacía falta. Te recuerdo que ayer lo vociferaste a pleno pulmón en Starbucks.

—Bueno, sí —dijo, moviendo la mano para quitarle importancia—. Pero es un poco raro, ¿no te parece? No te ha preguntado por tus estudios o por tus metas o por...

—¡Que solo hemos quedado una vez! —se quejó Emma.

—¡Anda, es verdad! Es que parece que haya pasado una vida desde ayer.

—Yo siento lo mismo.

Sarah vertió agua caliente en dos tazas. En una puso una bolsita de rooibos y, en la otra, dos cucharadas rasas de café soluble. Necesitaba uno bien cargado para terminar de despejarse.

—¡Estás hecha una cocinera! —se burló Emma.

Su amiga, casi nunca, por no decir nunca, se acercaba a la cocina. Si no sabía utilizar el horno, con la hornilla de gas no era mucho mejor.

—Vaya, ¡qué graciosa has vuelto de tu cita con Míster Fantástico!

—Superman, Míster Fantástico, ¿algún superhéroe más?

—Puestas a elegir, me quedo con Thor —respondió Sarah—. Claro, como tú ya has conocido a tu propio Chris Hemsworth, el resto no vale nada.

—Primero, no es mi «nada». Y, segundo, mañana me va a llevar al aeropuerto y puede que le haya insinuado que me gustaría presentárselo a mi abuela.

—Eso no me lo habías contado. ¿Lo conociste ayer y ya quieres presentárselo a Katharine? ¿Tanto te gusta?

—Me gustan las patatas fritas, la pizza y el helado. Alan es... Uf, Alan es tan...

—¡Joooooder, Emma! No te puedes enamorar así, ¡que solo ha pasado un día!

—No estoy enamorada, ¡por favor! Me gusta. Pero es normal, ¿no? Quiero decir, ¿tú lo has visto bien? Es guapísimo, simpático, amable, considerado, educado y tiene una sonrisa que derrite. No, no estoy enamorada de él, solo estoy viva. Solo... —Se quedó un momento en silencio, perdida en sus pensamientos.

—¿Qué? —preguntó su amiga.

Ella la miró a los ojos, confesándole algo para lo que no estaba preparada.

—Solo es eso, Sarah. Que estoy viva, y lo había olvidado.

CAPÍTULO 15. will y su interrogatorio

Alan aparcó y subió a su apartamento. Metió la llave en la cerradura y, al abrir, encontró a Will tirado en el sofá viendo una película porno.

—Al menos no te estás masturbando —dijo al verlo.

—Ya me la he hecho. Estaba esperando a recuperarme para hacerme otra —respondió su amigo sin ningún pudor.

—¡Serás guarro! Haz las porquerías que quieras en tu casa, pero ¡en la mía, no! Además, ¿y si llego a estar acompañado? Menuda presentación encontrarse a un hombre viendo porno gay en el salón del tío con el que se suponía que iba a...

—¡Joder, Alan, cállate de una vez! No me he masturbado. Acabo de cambiar de canal en cuanto he oído abrir la puerta del ascensor. Además, no es porno gay. Pero lo más importante es: ¿a quién cojones ibas a traer hoy aquí? Porque, que yo sepa, solo podía ser a Emma. Y si llegas a entrar por esa puerta con ella, te aseguro que te habrías quedado sin follar.

—Pero ¿quién te crees que...?

—No irás a terminar esa frase, ¿verdad? —dijo Will cada vez más enfadado.

Alan miró al techo del salón, colocó ambas manos a los lados del cuerpo y resopló sin paciencia. Después, cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia delante.

—Échate a un lado. —Se dejó caer en el sofá de malos modos y culminó su discurso con otro insulto—. ¡Capullo!

Will se sentó de lado cruzando las piernas.

—Gilipollas —respondió sin inmutarse.

—¿Sabes que me tienes hasta los huevos, Will?

—Soy... tu maldita... conciencia. Por supuesto que te tengo hasta los huevos. ¡Es mi puto trabajo de los cojones! —gritó hecho una furia—. Escucharte decir una y otra vez la misma mierda y darte los mismos consejos, que, por cierto, no sirven para nada, ¡es mi puto trabajo! ¿Sabes cómo me siento, sabes quién soy?

Alan lo miró desconcertado. No entendía por qué le estaba gritando sin parar, pero su amigo estaba fuera de sí.

—¡Soy el Sísifo de los cojones subiendo la piedra una y otra vez! ¿Y sabes quién eres tú? Sí, ¡claro que lo sabes! ¡Tú eres la puta ladera que no quiere aprender! ¿Quieres dejar de darle patadas a la piedra para que llegue a la cima? Porque aquí estamos otra vez, ¡en la casilla cero de nuevo!

Alan aguantó el tipo con estoicidad. Pocas veces había visto a Will así de enfadado. Pensó un instante en sus palabras y tuvo que darle la razón. Al final, optó por una respuesta concisa que bajara el nivel de su enfado.

—No estamos en la casilla cero, ya la he conocido.

—¡Lo sé! ¡Y ya estás pensando en follártela! Gilipollas es poco.

A ojos de Alan, a su amigo solo le faltaba echar chispas.

—¿Y a ti qué más te da si hubiera venido con ella? Es lo que estoy deseando desde hace años.

—Tengo una duda y de las grandes. ¿Quién decide por ti, tu cerebro o tu polla? Lo digo porque como piensas con ella, pues eso.

—¡Joder, Will! ¡Dame un respiro!

—¡No puedo! Juré que te ayudaría a conquistarla para poder poner fin a tu pequeño infierno particular, y te aseguro que seré un maldito gay al que odian sus padres, pero yo cumplo mis promesas. Y no pienso dejarte cometer el error de bajarte los pantalones antes de tiempo.

—Ella no parecía tener inconveniente en que lo hiciera.

—Ya, hoy no. A las cinco de la mañana no. Pero a la luz del día todo cambia. La jodida conciencia vuelve, los demonios despiertan y te aseguro que su mayor divertimento es machacar al corazón y al alma con notas perfectas de arrepentimiento.

—Podrías ser escritor... —se mofó Alan.

—Y tú podrías dejarla vivir su vida en paz. Pero, ya ves, aquí estamos, a las putas cinco de la madrugada, tú empalmado y yo hasta los cojones de tanta gilipollez. Ninguno de los dos estamos contentos, ¿verdad?

Ambos se miraron desafiándose como si fuera una lucha de titanes y sin querer dar su brazo a torcer. Al menos, en apariencia.

—Dilo —exigió Will.

Alan lo fulminó con la mirada.

—Venga, dilo —repitió.

Él seguía en sus trece.

—Dilo, Alan —dijo subiendo la voz.

Él endureció aún más el gesto.

—¡Que lo digas de una puta vez, joder! —vociferó Will, esta vez con la cara desencajada.

—¡Está bien, tienes razón! ¡Tienes toda la puta razón de los cojones! ¿Es lo que querías oír? ¡Joder!

Alan dio un golpe tan fuerte a la mesa de café que hasta Will se sobresaltó en el sofá. Sin ni siquiera notarlo, se acababa de destrozar los nudillos con el borde, dejándoselos magullados y sangrando.

Will lo miró con los ojos como platos.

—Tranquilo, Alan. Mírate la mano —dijo en un tono mucho más suave.

Él lo hizo, y era como si fuera la de otra persona. Recordaba haber dado un golpe, pero no pensaba que hubiese sido tan fuerte. La mesa estaba indemne, solo manchada con su sangre. Su mano, en cambio, se estaba hinchando por momentos.

—¡Joder, Will! Me he destrozado la mano.

—¿Puedes moverla? —preguntó su amigo preocupado.

—Me cuesta un poco. No me lo puedo creer. Me parece que voy a tener que ir a urgencias.

—¡Pero qué bruto eres! Venga, me pongo los zapatos y te llevo. Esperemos que no te la hayas partido, Bruce Lee.

—¡Esto es una mierda! —gritó Alan, perdiendo la paciencia—. Tengo que recoger a Emma a las doce. ¿Cómo voy a conducir con la mano así?

—Haberlo pensado antes de ser un troglodita lleno de hormonas. Espera, voy a la cocina a por hielo.

—Esto es culpa tuya, Will. Si no hubieras estado aquí, ya estaría durmiendo —se quejó Alan.

—Claro. Y si los unicornios existieran, yo ya me habría follado a Tom Cruise en *Legend*. Anda, ponte esto en la mano —dijo Will, dándole un paño de cocina lleno de cubitos de hielo.

—¡Joder, menuda asociación de ideas! —se burló Alan mientras se miraba la mano, que daba pena.

—¿Las llaves del coche?

—En la entrada.

—Venga, Van Damme, vamos a urgencias.



Will dejó a Alan lo más cerca que pudo y se fue a aparcar. Este se dirigió hasta la recepción, donde había una enfermera de unos cincuenta años cuya cara era la de la eficiencia personificada.

—Buenas noches. Me he golpeado la mano y necesito que me la miren, por favor —dijo, dejando su tarjeta sanitaria en el mostrador.

—Buenas noches, casi días. ¿Me enseña la mano? —respondió la enfermera sin ninguna emoción.

Alan se retiró el paño de cocina con el hielo. Su aspecto era deplorable, como el que tendría la mano de un boxeador callejero.

—¿Tiene muy mal aspecto? —preguntó algo preocupado.

La enfermera lo miró despacio de arriba abajo. Sonrió y después comenzó a tramitar su documentación.

—Supongo que peor que el de la pared que haya golpeado —le respondió ella.

—Mesa, de madera maciza —especificó él.

—Debió de ser una muy mala noticia para enfadarse de esa manera.

—La enfermera seguía con lo suyo, ni siquiera miraba a Alan.

—¿Conoce las expresiones «una mala noche», «un mal año»? —le preguntó a la mujer, que no paraba de introducir datos.

—Sí, me suenan —respondió con media sonrisa.

—Pues cerca de doce años —dijo Alan agotado.

La enfermera levantó la vista para mirarlo con amabilidad y dibujó una sonrisa sincera.

—Le aseguro que nada es eterno. Recuerde esto que le voy a decir joven, ya que es sumamente importante.

Alan asintió.

—Si puede respirar, comer y asearse por sí mismo, es usted el hombre más afortunado del mundo. Lo demás se puede solucionar.

—Sí, claro —se mofó un poco. «Consejos de una extraña a las seis de la mañana. Lo que faltaba», pensó con ironía.

Ella dejó de sonreír y le devolvió la documentación.

—Enseguida vendrá el doctor Reid —dijo de forma áspera.

Alan percibió tanto el cambio de humor como de actitud de la mujer y se dio cuenta de que había cometido un tremendo error.

«Menuda noche», se regañó.

—Por favor, le ruego que me disculpe. He tenido una noche maravillosa, pero alguien me ha hecho volver a la realidad, esa en la que nada es sencillo y en la que pocas veces tenemos lo que deseamos. He perdido los estribos y aquí estoy, acumulando errores. Gracias por el consejo.

La respuesta de Alan pareció agradaarle, ya que ella volvió a sonreír.

—Es usted muy joven... Le voy a dar otro consejo que espero que le sirva: no se tome la vida tan en serio; al fin y al cabo, no saldrá vivo de ella.

—Vaya, ¿quién me iba a decir que a las seis de la mañana iba a conocer a alguien que supiera una de mis frases favoritas de Elbert Hubbard?

—El destino, sin ninguna duda. Pase a la sala de espera, ahora le avisa el doctor —dijo sin dejar de sonreír.

Will entró como un torbellino y fue directo hacia Alan.

—¿Te han visto ya? —preguntó con impaciencia.

—Pero ¿tú te crees que esto es una serie de televisión? Ya me avisarán cuando sea mi turno. Venga, vamos a la sala de espera. —Antes de darse la vuelta, leyó el nombre de la enfermera en la placa que colgaba de su pecho—. Encantado de conocerla, señora Green.

—Lo mismo digo, señor Black-Storm. Espero que se recupere por completo.

La puerta que separaba la recepción de la zona de consultas se abrió y salió un médico de cerca de dos metros, pelirrojo y con los ojos color azul mar. La mandíbula de Will rozó el suelo. Todos los pensamientos más impuros que se le podían ocurrir se le ocurrieron, y la lista era interminable.

El médico vestido con un uniforme de color azul oscuro se dirigió al mostrador y, con un fuerte acento, le preguntó a la enfermera:

—¿El siguiente, Danna?

—El señor Black-Storm, traumatismo mano derecha.

El doctor cogió el historial y se dirigía a la sala de espera cuando Will lo interceptó.

—Estoy aquí. Quiero decir, que está aquí. Él es el de la mano.

—De acuerdo. ¿El señor Black-Storm? —preguntó mirando a Alan. Él iba a abrir la boca cuando Will no pudo contenerse.

—Es él. Es mi amigo, casi hermano —puntualizó.

—¿Usted no puede hablar? —preguntó el médico.

—Sí —respondió Alan—. El que no calla ni bajo agua es este. Disculpe, doctor.

Reid sonrió y el corazón de Will se detuvo. Unos dientes blancos asomaron a través de unos labios completamente besables.

—No se preocupe. Me ocuparé de su amigo, casi hermano y, en breve, saldremos de dudas —dijo mirando al diseñador—. Venga conmigo —le pidió a Alan.

Will los siguió de forma instintiva, pero el médico se dio la vuelta y le aclaró la situación.

—Usted no puede pasar, debe permanecer en la sala de espera hasta que acabemos. Soy el doctor Collin Reid —expresó con seguridad. Después le ofreció la mano a Will, que reaccionó en menos de un segundo devolviéndole el saludo.

—William Mazzantini, a su completo servicio.

Alan resopló y el doctor Reid asintió. Fue hacia la puerta e introdujo el código de acceso. Ambos pasaron y la puerta se cerró.

Will se dirigió a la sala de espera y, sentándose muy despacio, se dijo a sí mismo: «Acabo de conocer al amor de mi vida».



—Sígame, señor Black-Storm.

Anduvieron por un largo pasillo lleno de puertas. El doctor Reid se paró delante de una y la abrió. Ambos entraron en una consulta equipada con todo lo necesario. Mesa, sillas, ordenador, una camilla y armarios con material médico diverso. Collin se dirigió al escritorio y cogió de una caja dos guantes esterilizados. Se los colocó y fue hacia Alan.

—Bien, quítese el paño de cocina. Veamos qué tenemos aquí.

Alan se lo retiró. La mano estaba bastante inflamada, con los nudillos despellejados y manchados de sangre medio seca.

El doctor Reid le revisó con delicadeza la herida, pero él no pudo evitarlo y dibujó una mueca de dolor.

—Explíqueme cómo ha ocurrido.

—Le he pegado un puñetazo a una mesa de madera maciza —dijo con vergüenza.

—Ya veo. Vamos a hacerle una placa para descartar que tenga algún hueso fracturado.

—De acuerdo, pero me quedaría más tranquilo si me hiciera también un escáner para confirmar que no hay nada peor —respondió Alan.

—No lo veo necesario.

—Insisto, doctor. —No quería dejar nada al azar.

—¿Es usted médico?

—No, hipocondríaco.

—No veo necesaria la doble exposición. Con la placa veremos si hay astillas y si no es concluyente, le haremos el escáner.

—De acuerdo. —Alan resopló.

—Tranquilo, seguro que la mesa salió peor parada —se mofó Collin, mientras escribía algo en el ordenador.

—Un chiste. Sí, es justo lo que necesito a las seis de la mañana —dijo cabreado.

—Disculpe. Llevo toda la noche despierto y ya no sé ni lo que digo.

—No, discúlpeme a mí. Su mujer debe de estar encantada.

—Yo no tengo pareja. Llevo solo dos meses en Estados Unidos —aclaró Collin.

—¿De qué parte de Reino Unido es?

—¿Tanto se me nota?

—He vivido en Londres siete años. Yo diría que es irlandés, pero no estoy seguro —respondió Alan.

—Ha acertado de pleno. Soy de un precioso pueblo llamado Carlingford, a una hora de Dublín.

Alguien llamó a la puerta y, acto seguido, la abrió. Era el enfermero.

—Doctor Reid, vengo a llevarme al paciente para la placa.

—Adelante. Ahora nos vemos, señor Black-Storm.

Él asintió y siguió al auxiliar, que lo llevó hasta la sala de rayos.

—Coloque la mano aquí. Extienda los dedos lo máximo que pueda sin forzarlos. Bien, así. Espere aquí un momento. —Salió de la sala hacia un cuarto pequeño justo al lado con una ventana minúscula.

Un chasquido sonó y a los pocos segundos el enfermero regresó.

—Bien, sígame a la consulta. El doctor ya tiene la placa.

Alan deshizo el mismo camino de antes, esperó a que el auxiliar llamara a la puerta y la abriera.

—Bien, pase, señor Black-Storm. Por suerte no hay ningún hueso roto, solo las laceraciones superficiales. La inflamación bajará en unos días. Él le limpiará la herida y se la vendará. Necesitará varias curas para que no se le infecte. Volverá a tener la movilidad completa más o menos en una semana. Intente no golpear nada más con esa mano, ¿de acuerdo?

—Sí, entendido —respondió avergonzado y agotado. Menuda manera de terminar una cita increíble.

«Son casi las siete de la mañana y no he dormido nada. Para colmo, aún me tienen que limpiar y vendar la herida. Y lo peor vendrá después, lidiar con Will. ¡Joder!», pensó sin fuerzas.

Collin no paraba de escribir y, mientras tanto, le comenzó a dar indicaciones a Alan.

—En la historia lleva recetados unos analgésicos, la posología viene debajo. De todos modos, él le inyectará algo para calmar el dolor y que así pueda descansar. Si tuviera alguna molestia, escozor, quemazón, lo que sea, vuelva a urgencias para una revisión.

—Gracias, doctor —dijo Alan mientras cogía su historia de manos del médico—. ¿Podría hacerme un favor?

—Usted dirá —dijo Collin.

—¿Podría alguien informar a mi amigo de que no me estoy muriendo? Lo conozco muy bien y, en breve, puede organizar la tercera guerra mundial si no sabe qué es lo que está pasando.

—No se preocupe, se lo diré yo mismo a su marido.

Alan se quedó de piedra. El médico pensaba que Will era su pareja, o sea, que él era gay.

«Pero bueno, ¿qué mierda pasa en este país que todo el mundo da por hecho que soy gay?», pensó enfadado.

—No es mi marido. Yo no soy gay, es evidente que él sí. Somos amigos, casi hermanos, tal y como le ha dicho. Pero no se confunda, soy hetero y no somos pareja. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Por favor, discúlpeme —respondió Collin, esbozando una sonrisa.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Vamos, le voy a curar la mano —dijo el enfermero.

—Recuerde, como máximo vuelva en dos días para quitarle el vendaje y hacerle otra cura —concretó Collin—. Ahora salgo y pongo al día a su amigo William.

Alan levantó las cejas. «¡Pues sí que tiene memoria! Se acuerda del nombre de Will», rio para sí.

—Sí. Gracias, doctor —respondió Alan, saliendo para dirigirse a la sala de curas.

Will estaba de los nervios. Llevaba una hora sin saber nada y, aunque se había levantado varias veces para hablar con la enfermera Green, esta no había soltado prenda y ya estaba agotado. Se abrió la puerta que separaba las salas de consulta y salió el semidiós vestido de azul. Se dirigió hacia él muy serio.

—Lo siento, hemos tenido que amputarle la mano —dijo Collin con cara de circunstancia.

Will no oyó nada más. De pronto, sintió el suelo más cerca de lo que recordaba. Su hipoglucemia, el cansancio y la preocupación le pasaron factura. Se derrumbó sin darse cuenta.

A lo lejos creyó oír un largo «¡Joderrrrrr!».

—Despierte, venga, despierte. Beba, es glucosa, se ha desmayado. Abra los ojos —dijo el doctor Reid.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Will, intentando recuperarse. Hacía mucho que no se desmayaba por culpa de la hipoglucemia. «¿He olvidado comer en las últimas doce horas o han pasado veinticuatro?», intentó recordar.

—Se ha desmayado y no me ha dado tiempo a sujetarlo. Tranquilo, era una broma. Su amigo está bien. Solo está magullado y no tiene nada roto. Le están curando en este momento —dijo Collin, avergonzado por sus palabras—. Disculpe, es una broma típica de médicos, no sabía que se lo iba a tomar tan a pecho. Venga, incorpórese poco a poco y siga bebiendo. ¿Es hipoglucémico?

Will asintió.

«Este tío es un auténtico gilipollas. Guapísimo y totalmente follable, pero gilipollas», pensó mientras bebía un líquido infernal.

—Esto sabes a rayos —se quejó—. ¿Alan está bien entonces?

—Sí, tranquilo. Perdóneme por la broma —se disculpó Collin. «Vaya noche llevo. Al amigo lo trato de gay y al gay casi lo mato de un disgusto», se volvió a regañar.

Will terminó de beber aquel brebaje asqueroso y empezó a sentirse mejor. Menos mal que la sala de espera, por suerte, estaba vacía. Eran poco

más de las siete de la mañana y no había un alma. La enfermera Green ya había vuelto a su mesa por indicación del doctor Reid.

—Quiero levantarme —dijo Will.

—No, todavía no. —Collin no se lo pensó dos veces y se sentó enfrente de su improvisado paciente, que lo miró sorprendido—. De verdad, lo siento —se disculpó de nuevo—. Llevo solo dos meses viviendo en Estados Unidos y el humor aquí es muy diferente. Si quiere puede poner una queja en recepción por mi falta de profesionalidad. Yo... lo siento.

Collin estaba cansado, hambriento y triste. No conocía a nadie en la ciudad. Para colmo, los pocos hombres que había conocido en un par de clubes de ambiente a los que había ido eran unos auténticos impresentables, pagados de sí mismos, con solo la idea de una noche de sexo y pasar al siguiente. Eso ya lo había vivido y estaba harto. Quería algo estable y, por lo que parecía, no lo iba a conseguir en breve.

Ambos se miraron. Will sonrió.

—¿Le hemos tenido que amputar la mano? ¿Es que no se te podía ocurrir otra cosa?

—No ha sido gracioso, lo siento —respondió Reid de nuevo.

—Qué va, ha sido la hostia de gracioso. Me he partido tanto el culo con la broma que casi me parto la cara contra el suelo.

Volvieron a mirarse y empezaron a reírse a carcajadas. Collin se levantó con una agilidad increíble y preguntó:

—¿Te puedo tutear?

—Por supuesto —contestó Will, asintiendo despacio.

—¿Estás mejor? ¿Te puedes levantar?

—Creo que sí.

—Venga, dame la mano y levántate despacio. Siéntate en la silla y no te muevas. No gastes la glucosa, espera a que la absorba el cuerpo.

Will le dio la mano a Collin y, poco a poco, se incorporó. Aún estaba bastante débil y se tambaleó sin poder mantener el equilibrio. Collin lo sujetó por debajo de los brazos y lo ayudó a sentarse en la incómoda silla de la sala de espera. Se estaba empezando a marear otra vez. Will, de pronto, se puso blanco y sintió unas fuertes náuseas.

—¡Papelera! —Fue todo lo que le dio tiempo a decir.

Menos mal que Collin fue extremadamente rápido y le alcanzó la papelera que estaba justo al dado. Will dio gracias a que hacía poco había pasado el de la limpieza y había cambiado la bolsa. Sintió las arcadas y

vomitó la glucosa que acaba de ingerir. Solo líquido, al fin y al cabo, no había comido nada en no sabía cuánto tiempo.

No se lo podía creer, pero Collin le había agarrado la frente y la nuca. A lo lejos escuchó que alguien gritaba.

—Pero ¿qué te pasa, Will? —preguntó Alan.

—Tranquilo, se ha desmayado y luego se ha levantado demasiado rápido. Ha vomitado la glucosa que le he administrado. No es buena señal, quiero hacerle un escáner por si el golpe ha sido peor de lo que parecía —dijo Collin preocupado y arrepentido de haberle hecho esa dichosa broma. «¡Joder!, hoy todo me sale mal», pensó.

—No quiero ningún escáner. Siempre me pasa igual después de una bajada de azúcar, tranquilo —aclaró Will.

Alan se acercó con la mano vendada, sintiéndose muy preocupado al ver en ese estado a su amigo.

—En serio, ¿qué ha pasado? ¿Te has desmayado? Pero ¿cuánto hace que no comes? —Alan se agachó para ponerse a su altura y le tocó la frente—. Joder, Will. Estás helado. ¿Quieres mi chaqueta?

—Ha sido culpa mía —reconoció Collin—. Le he hecho una broma, le... le he dicho que le habíamos tenido que amputar la mano y, antes de poder contarle la verdad, se ha desplomado.

—Haré que lo despidan —dijo Alan con voz gélida—. Es usted un gilipollas irlandés sin una puta gracia. Casi mata a mi amigo, y ahora mismo voy a poner una queja para que lo inhabiliten por falta de profesionalidad e incompetencia.

—Para, Alan. ¡Joder! —susurró Will. No tenía fuerzas para mucho más—. No ha sido culpa suya. Creo que no he comido nada desde la última vez que nos vimos. El cansancio y la preocupación han hecho que me desmaye, no lo que ha dicho él.

—Will, un médico no puede hacer bromas de ese tipo.

—¡Cállate, Alan! —respondió él con un poco más de voz y de fuerza—. Agua, por favor.

—Enseguida —respondió Collin. Salió a toda prisa hacia la enfermera Green y le pidió una botella de agua fría. Volvió más rápido de lo que se había ido y le pasó el botellín abierto—. Tenga, beba muy despacio.

Will lo cogió y se lo llevó lentamente a los labios. El agua le refrescó el cuerpo. La sensación fue maravillosa. De pronto, se sintió mucho mejor y bebió un poco más.

—Mejor, gracias —dijo mirando a Collin.

—No te muevas de aquí. Voy a poner la queja —amenazó Alan.

—Ni se te ocurra o me levanto y te parto la cara —respondió un mejorado Will—. Deja de quejarte y dime cómo está tu mano. ¿Te duele?

—No, ya no me duele. Me han dado unos analgésicos mientras me curaban. ¿No quieres que ponga una queja?

—¡No! No hagas nada. Como te he dicho, no ha sido culpa suya. Y era una broma muy graciosa. ¿Puedes esperarme fuera? Tengo que aclarar algo con el doctor Reid.

—¿Qué? ¡No! Will, no pienso...

—Por favor, Alan. Apenas será un minuto. Y no se te ocurra poner ninguna queja o te las verás conmigo, ¿de acuerdo?

—Vale, te espero fuera.

Alan salió, dejándolos solos.

—Gracias —dijo Collin—, aunque me merezco que me ponga la queja. No he sido nada profesional.

—Voy a ser claro, Collin, y vuelve a tutearme, ¿vale? —comenzó Will. El médico sonrió. Había vuelto a tratarlo de usted cuando Alan apareció hecho una furia y con razón—. Pues eso, que te voy a hablar claro. Primero, porque estoy hecho polvo y, segundo, porque estoy loco por llegar a mi casa para dormir. Como te habrás dado cuenta, soy gay. Aunque no lo oculto ni lo publico, es un hecho. Y ese soy yo. Me gustas, y me apetece mucho conocerte fuera de este hospital. ¿Querías tomar algo conmigo algún día? Ya me has visto desmayarme y vomitar, partiendo de ese punto, ¿qué me dices?

Collin sonrió. Ese hombre era directo, guapísimo y gracioso. Un buen comienzo.

—Sí, me encantaría conocerte fuera de este hospital, sin desmayarte ni vomitar.

Ambos sonrieron. Will suspiró, se encontraba fatal.

—Genial. Ahora, si no te importa, me voy a ir a casa. ¿Tienes algo con lo que escribir?

—Sí, toma.

Will cogió el papel de receta sin rellenar y el bolígrafo que Collin le había ofrecido. Escribió su número de teléfono y su nombre.

—Aquí tienes, doctor Reid.

—Collin —puntualizó.

—Collin, soy Will —dijo este, sonriendo.

—Encantado, Will —respondió, clavando sus ojos en él.

—Voy a levantarme e irme a casa con el energúmeno de mi amigo, que menudo cabreo ha pillado. Mejor no hables cuando salgamos, me lo llevaré y haré que te perdone, no te preocupes.

—No puedes conducir en ese estado y tu amigo no puede tampoco con la mano vendada —dijo Collin.

—Tranquilo, ya me encuentro bien. —Se levantó y se tambaleó de nuevo. Tuvo que volver a sentarse, puesto que su idea de estar mejor no coincidía con la del resto del mundo.

—Ni hablar, no estás mejor, debes comer. Espera aquí, ahora mismo termino mi turno y te voy a acompañar a la cafetería para que desayunes como Dios manda.

A Will no le dio tiempo a contestar, ya que el doctor había salido a toda prisa para explicarle la situación a Alan.

—¿Señor Black-Storm?

—¿Sí?

—Will necesita comer con urgencia. Ahora termino mi turno y voy a acompañarlo a la cafetería para que desayune. Después lo puedo acercar a su casa.

Alan estaba demasiado cansado y dolorido como para volver a discutir, de modo que solo asintió.

—Si le parece bien, puede acompañarnos. O bien le podemos llamar un taxi para que le lleve a su casa, de esa manera no puede conducir. De todas formas, Will tampoco va a poder tras la bajada de azúcar y el golpe. Así que usted decide.

—Voy a preguntarle a ver qué quiere —dijo Alan algo más amable.

Cuando entró en la sala de espera, su amigo ya tenía algo más de color, pero se veía con claridad que necesitaba comer.

—Will, ¿cómo te encuentras?

—Mejor, pero creo que debo comer algo. Collin se ha ofrecido a acompañarme a la cafetería, ahora acaba su turno.

—Ya, y luego quiere llevarte a casa. ¡Cuánta dedicación tiene el medicucho este!

—Alan, la ha cagado una vez. Nosotros somos expertos en el tema. No lo machaques, ¿vale?

—Está bien. Will, estoy que me caigo. Cogeré un taxi y me iré a casa. En menos de cinco horas debo recoger a Emma y llevarla al aeropuerto. Voy a tener que llamar a Tom y pedirle un chófer de la compañía.

—O ir en taxi —sugirió su amigo.

—No, iré en el coche de la compañía. Ese soy yo. No puedo ocultar por más tiempo mi dinero, mi posición y... Da igual. Me voy a casa.

—Descansa, Alan. Perdóname.

—¿Por? —preguntó extrañado.

—Tenías razón. Si no hubiera estado en tu casa, ahora mismo estarías durmiendo y no te habrías destrozado la mano.

—Y tú no hubieras conocido al doctor Reid. Lo has dicho antes: si los unicornios existieran, ya te habrías follado a Tom Cruise en *Legend*. Will, las cosas pasan, queramos o no. Come, por favor, no te olvides de comer. No soportaría... —A Alan se le quebró la voz.

—Solo lo he olvidado. No ha sido a propósito, de verdad —dijo el diseñador con los ojos brillantes—. No, yo... No ha sido como la otra vez. Solo lo he olvidado —repitió—, te lo juro.

Alan asintió. Si hablaba, seguro que se le saltarían las lágrimas, y no era plan, teniendo en cuenta el médico que esperaba a Will en la recepción de urgencias. Iba a darse la vuelta, pero cambió de opinión, se dirigió a su amigo y le dio un beso en la cabeza.

—Maldito hijo de puta... No me vuelvas a dar un susto así o yo mismo te mataré, ¿entendido? —amenazó con cariño.

—Entendido —dijo Will, tratando de sonreír.

—Bien, me voy, hablamos luego. No te lo folles hoy, que vas a terminar hecho una mierda.

—¡Joder, Alan, que lo acabo de conocer!

—Por eso mismo. —Sonrió sin ganas—. Hasta luego, Will, y come.

—Sí, no te preocupes. Hasta luego.

Alan salió de la sala de espera y aceptó el ofrecimiento del médico de llamar a un taxi. En quince minutos estaría en casa y llamaría a Tom para que el chófer lo recogiera a las once y media para ir a por Emma. Al menos, dormiría unas dos horas.

Algo era algo.



Collin entró de nuevo en la sala de espera y revisó el estado de Will.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, pero tengo que comer o Alan me matará —respondió.

Collin sonrió. «Estos dos se quieren como hermanos. Amigos, casi hermanos», recordó lo que le había dicho Will hacía poco más de una hora.

—Espera un minuto, ficho mi salida y ya podemos ir a la cafetería.

—Aquí te espero, no pienso moverme.

Collin salió a toda prisa y entró en la zona de consultas. Se dirigió a su casillero y, en menos de dos minutos, se cambió de ropa, cogió sus pertenencias y las gafas de sol. Echó el uniforme en la pila de ropa sucia y fichó su salida. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía ligero. Iba a conocer a alguien, iba a conocer... a Will.

—¿Sales ya? —le preguntó una compañera.

—Sí, ya me voy —respondió.

—¿Algún plan?

Él sonrió abiertamente.

—Sí. Voy a tomar algo con un buen amigo —dijo convencido.

No sabía de dónde habían salido esas palabras, pero no se corrigió. Avanzó con paso firme hacia la sala de espera de urgencias.

Por fin, alguien lo estaba esperando.

CAPÍTULO 16. Un desayuno lleno de complicaciones

Colin salió de urgencias y avanzó hasta la sala de espera, pero no entró. Por alguna extraña razón pensó que todo había sido un sueño, que no había visto al último paciente o conocido al espectacular chico rubio de media melena. Menos aún que le había hecho una broma de mal gusto, ni que él se había desmayado, vomitado o invitado a salir. Por un breve instante tuvo miedo de habérselo inventado todo, y se quedó sin aliento.

Sus piernas se movieron como si tuvieran vida propia y entró en la sala. Allí estaba ese hombre atlético, guapísimo y demacrado por la falta de alimento. Seguía sentado con la cabeza apoyada en la pared, ojos cerrados y boca entreabierta. Volvió a quedarse sin aliento, solo que esta vez fue porque sintió unas ganas irrefrenables de besar aquellos labios.

—Ey, ya has vuelto —dijo Will, abriendo los ojos.

Ese saludo interrumpió los pensamientos lascivos de Collin.

—Sí. ¿Cómo vas? ¿Crees que puedes levantarte?

—Vamos a comprobarlo. —Apoyó ambas manos en las rodillas, impulsando su delgado cuerpo hacia arriba—. Pues sí, parece que sí. Esto, la papelera está...

—No te preocupes, ya se la ha llevado la enfermera Green.

—Ahora cuando salga tengo que darle las gracias.

—Seguro que le gustará que lo hagas. Venga, vámonos a la cafetería que necesitas comerte un kilo de beicon, una docena de huevos, un litro de leche con dos litros de café y zumo de naranja.

—¡Joder! ¿Cómo sabes lo que me gusta? ¿Te lo ha dicho Alan?

—¿El señor Black-Storm?

—Alan.

—Vale, Alan. Pues no me ha dicho nada. Es que eso es lo que me gusta comer a mí.

—¡Ah, curioso! Pues vamos —dijo Will, saliendo de la sala de espera.

Avanzó unos pasos y vio a la enfermera Green detrás del mostrador. Se giró hacia Collin y le indicó con la mano que esperara.

—Gracias por lo de papelera. Y... siento las molestias.

—No se preocupe, joven. ¿Se encuentra mejor? —respondió Danna.

—Sí, un poco —dijo asintiendo.

—Ahora vaya a desayunar, tiene mala cara. Luego a dormir.
Consejos de una madre.

—Sí, a eso voy con el doctor Reid. Gracias de nuevo.

La enfermera miró a Collin, levantó las cejas y ladeó la cabeza en señal de saludo. Después continuó con su trabajo, sonriendo con satisfacción.

Anduvieron por un laberinto de pasillos, cruzando medio hospital, hasta llegar a la cafetería. Will empezó a sentirse mal de nuevo y, en cuanto entraron, se sentó en la primera mesa que encontró libre.

—¿Mareado? —preguntó Collin.

—Un poco.

—Espera aquí, voy a pedir el desayuno en la barra para que lo sirvan lo antes posible. ¿Café solo, latte, cappuccino?

—Cappuccino doble con tres azucarillos. Tres huevos revueltos con cinco tiras de beicon, pan integral, dos zumos de naranja y un botellín de agua fría.

—¿Te vas a comer todo eso? —dijo sorprendido.

—Para empezar. Ya te diré si me quedo con hambre —aseguró Will.

Collin asintió. Se dirigió a la barra y lo atendieron enseguida. Ser jefe de traumatología tenía sus ventajas. Apenas le dio tiempo a regresar a la mesa cuando ya tenían los tres zumos de naranja, dos croissants con mantequilla y dos cappuccinos enormes.

—El resto vendrá en un minuto —dijo el camarero, poniendo todo encima de la mesa.

—Gracias —respondieron a la vez.

—He pedido los croissants, me han dicho que estaban calientes. Prueba uno —ofreció Collin.

Will no solía comerlos, pero, nada más ofrecérselo el cirujano, cogió uno y lo devoró de un bocado. Acto seguido, se bebió un vaso de zumo de naranja y en esto llegó otro camarero con el resto. Atacó los huevos y el beicon mientras engullía cada bocado con trozos de pan tostado. Cuando terminó todo lo que había en el plato, apuró el segundo zumo. Después abrió el botellín de agua y le dio un sorbo. Removió el cappuccino, en el que Collin acababa de echar tres sobres de azúcar, y le dio un largo sorbo.

Collin lo observó preocupado. Comer de esa manera no era sano. Ya había visto ese comportamiento en otras personas, y el diagnóstico siempre era el mismo.

—¿Quieres algo más? —preguntó a Will, que acababa de echarse hacia atrás en la silla. Estaba exhausto.

—¿Eh? No, gracias. Espera que se asiente esto en el estómago. He comido demasiado deprisa, pero me siento mejor.

—No te vas a mover de aquí al menos en media hora, tranquilo.

—¿Por? Necesito ir al servicio.

Collin sonrió con tristeza.

—Lo sé, pero hoy no vas a ir. Hoy no. Otro día no sé, pero, hoy, no.

Will esbozó media sonrisa. «¡Joder con el médico!», pensó.

—Hoy no, ¿eh? ¿Tanto se me nota?

—No, a no ser que sepas del tema. Y aunque pienses que lo tienes controlado, algún día puedes llegar a un punto de no retorno. Créeme, no querrás estar allí.

El diseñador lo miró y dibujó en su cara otra sonrisa cansada.

—Ya he estado allí, yo... estuve allí. Soy de los afortunados que escaparon de las garras de... Bueno, lucho cada día. No hay que darse por vencido, ¿no? Si no fuera por Alan, no me habrías conocido.

—Bueno, no me alegro de que se haya hecho daño en la mano, pero gracias a eso estamos aquí.

—No me refería a hoy —respondió Will.

—Ya, entiendo. Dime, ¿cómo de cerca estuviste?

Collin pensó que, si era cierto que había estado a punto de morir, tenía que haber sido hace mucho tiempo. Le echó un vistazo rápido y tuvo que admitir que Will estaba bastante delgado, pero su complexión era atlética, con los músculos bien trabajados, y eso no lo podías conseguir siendo bulímico o anoréxico.

—Tres días en coma, cincuenta y dos kilos, fallo renal... Ya sabes, el lote completo. Bulimia nerviosa aderezada con anorexia nerviosa y, como guinda del pastel, hipoglucemia no diabética. De eso hace unos siete años, no sé, quizás un poco menos. Seguro que Alan te puede decir hasta la hora en la que ingresé. Estuve muy grave.

Collin no paraba de mirarlo y asentir a cada cosa que le iba contando. Will hablaba como si estuviera describiendo la historia de otra persona. Sin brillo en los ojos, sin ningún tipo de sentimiento.

—Casi muero. Por supuesto, mis problemas familiares no ayudaron nada y, aunque tenía éxito en mi trabajo, mi vida sentimental era una auténtica mierda. Ser gay en Londres no era nada especial, pero si tus padres pertenecen a la nobleza es una gran mierda. Aparentar, eso era lo único que les importaba. Las discusiones aumentaron, la desesperación por que me quisieran o, al menos, me aceptaran me llevó a no controlar nada en mi vida. —Collin bebió un poco más de cappuccino. Se mantuvo en silencio mientras lo escuchaba—. Al llegar a ese punto, empecé a controlar lo único que podía, mi alimentación. A la par que me hacía más importante en el mundo de la moda, peor me sentía. Bebía, y mucho. Drogas no. Empecé a darme atracones y a vomitar. Comer-vomitarse-comer-vomitarse, y así durante varios años. Me destrocé el esófago y los dientes. Bueno, ya sabes, todo fundas. —Will le mostró su sonrisa y esta era perfecta, de actor de Hollywood—. Después de gastarme unos treinta mil dólares para arreglar el desastre que yo mismo me había provocado, decidí que vomitar no era rentable y dejé de comer. Alan, bueno, por esa época éramos compañeros de piso. Todos los días discutíamos como dos fieras e intentaba obligarme a comer, pero yo no lo hacía. Simplemente, no podía. Un día llegó de dar clases y me encontró tirado en la cocina, con la puerta de la nevera abierta. Creo que había ido a beber agua, pero no lo recuerdo.

El cirujano no podía creer que se lo estuviera contando sin ni siquiera pestañear, pero no dijo nada.

—Tras esos tres días en coma, desperté —prosiguió—. Los sueros evitaron que me muriera de inanición. Llevaba una sonda nasogástrica y estuve ingresado como un mes o así. Siempre recordaré la expresión de Alan cuando desperté. Su rostro estaba demacrado y sin afeitar. Tenía los ojos inyectados en sangre y una cara de preocupación como jamás le había visto a nadie, ni siquiera a mis padres. De hecho, los muy cabrones ni fueron a visitarme al hospital. Todo lo que hicieron fue hablar con Alan por teléfono un par de veces y listo. No sé nada de ellos desde entonces. Bueno, ya lo sabes todo. Alan es mi hermano. Lo quiero como si fuera de mi sangre y mataría por él. Supongo que ahora entenderás por qué se comportó así cuando me vio vomitando.

Collin lo miró y asintió.

—Gracias por contarme tu historia. Si no es nada fácil pasar por eso cuando tienes familia, no puedo llegar a imaginar cómo habrá sido sin tener

el apoyo de los tuyos. Bueno, eh, ¿y tienes recaídas? —preguntó sin mucho tacto, pero necesitaba saberlo.

—No, es que ayer tuve mucho trabajo y se me olvidó comer. No es una excusa, lo sé, pero esa es la verdad. Hacía mucho tiempo que no me pasaba. Supongo que el estrés y acontecimientos recientes me han vuelto a superar. Pero, tranquilo, no iba a vomitar, solo iba a, bueno, ya sabes, a ir al baño. No me puedo creer que te lo haya contado, no sé por qué lo he hecho. ¿Qué me has puesto en los huevos, el suero de la verdad?

Collin soltó una carcajada. Ese hombre lo hacía reír.

—No, para nada. Es mi encanto personal y mi cara de médico, que da confianza. Por desgracia, conozco de primera mano los síntomas. —Dejó la vista fija en su taza y suspiró.

—¿Quién murió? —preguntó Will sin tapujos.

Se miraron un instante, el suficiente como para que el diseñador viera cómo los ojos del médico se llenaban de lágrimas.

—Mi hermana pequeña, con dieciséis años. Puta enfermedad... No pudimos hacer nada. No quería luchar... —Se le quebró la voz—. No quería vivir. Tenía dieciséis años y, ¡no quería vivir! Se llamaba Aidana. Era pelirroja, muy guapa, lista, de ojos verdes y cara pecosa, muy pecosa. Yo estaba terminando mi residencia en el hospital cuando me llamaron mis padres. La habían tenido que ingresar de nuevo. Creo que era la quinta o sexta vez, ya había perdido la cuenta. Intentaba hablar con ella todos los días. Al principio le hacía videollamadas, pero ella las rechazaba. Me decía que prefería solo hablar. Lo que no quería es que viera su grandísimo deterioro y falta de energía. Pensaba que esa era otra de sus recaídas y que en pocas semanas estaría más fuerte. Me faltaban seis meses para terminar la residencia y ya podría pedir destino, pero sufrió un fallo multiorgánico.

Collin inspiró con profunda tristeza.

—Lo siento. No puedo llegar a imaginar lo que sentiste —dijo Will muy apenado.

—Ese día murió una parte de mí con ella. La echo de menos todos los días. Durante un tiempo, fui tremendamente autodestructivo, centrándome exclusivamente en buscar formas de evadirme. Supongo que un día me cansé de ser así y volví al principio. Vaya tema de conversación, ¿no crees? Demasiado trascendental para ser las ocho de la mañana. Menuda primera cita. ¿Hablamos de otra cosa?

—Claro —dijo Will—. Pero esto no se puede considerar una cita, solo es un desayuno. No hay alcohol.

—Pues yo soy abstemio, con lo que nunca va a haber alcohol. Al menos, por mi parte.

—No sabes lo que te pierdes. A mí me encanta casi todo y cuanto más caro, mejor. Eso sí, ya no me emborracho hasta el punto de no saber quién soy o dónde estoy. Esa fase ya pasó. Además, el alcohol engorda. Y no, gracias. Estos abdominales cuestan mucho de mantener —respondió Will, tocándose su abdomen plano y duro—. ¿Tú vas al gimnasio o algo? Porque menuda complexión. En fin, voy a dejar de decir tonterías. Cogeré un taxi y me iré a casa a dormir. Más tarde regresaré a por el coche.

—Te puedo acercar yo —sugirió Collin.

—Yo... Bueno, no puedo ahora mismo. Ya sabes, acabo de desmayarme.

—¡Ey, Casanova! No te conozco, ¿vale? Solo me estoy ofreciendo a llevarte. Voy a ser claro como tú antes. Yo no quiero un rollo de una noche. Si es lo que buscas, no estoy interesado entonces. Aun así, la oferta de acercarte sigue en pie, puesto que no implica nada en absoluto. Me gustas, es evidente, si no, no te hubiera invitado a desayunar. Tú decides, pero respóndeme a esto: ¿qué buscabas diciéndome qué te gustaba?

—¡Joder! Eres bastante directo, ¿no? —preguntó Will sin saber cómo enfrentarse a esa pregunta.

—Bastante. No sé qué edad tienes, Will, yo tengo treinta y tres años. No soy un niño que busca rollos. Como te he dicho antes, durante un tiempo fui muy autodestructivo y probé demasiadas cosas, ¿comprendes? Ya lo he visto casi todo y por eso sé lo que no quiero. Lo que estoy buscando es conocer a alguien que no se folle a media ciudad. No quiero ser uno más. Por una vez, quiero ser el único. Eso es lo que busco. Si no estás interesado, no hay problema, nos acabamos de conocer. Solo es que... bueno, quería ser claro contigo desde el principio para que luego no haya malentendidos. ¿Qué me dices?

—¡Joder, Collin! Ahora no puedo ni pensar. ¿No te parece que es una conversación muy seria para llevar hablando apenas dos minutos como quien dice?

Collin sonrió. Ya tenía su respuesta. Ya lo había vivido otras veces. Sabía que, si la persona no te puede contestar, es que la respuesta es un «no» rotundo.

—Claro. ¿Te llevo o prefieres un taxi? —preguntó sin emoción ninguna. Dormir. Era en lo único que pensaba en ese momento. Dormir y olvidar la madrugada pasada.

—Eh, creo que voy a pillar un taxi; así no tienes que desviarte y me voy a la cama del tirón. Voy a pagar la cuenta —dijo Will que, mientras retiraba la silla, se sentía algo incómodo.

«¡Joder! Sí, vale, este tío me gusta, pero por poco me pide matrimonio o algo así. Solo tengo veintiocho años, no voy a dejar de vivir aventuras ni por él ni por nadie. Me queda mucha gente por conocer, follar y disfrutar. No me voy a hipotecar tan pronto en una relación con alguien que me ha excitado, como mucho, medio minuto. Ni hablar», se convenció a sí mismo.

Collin lo observó un instante antes de responder.

—Tranquilo, ya está pagada. Nos vemos por ahí. Cuídate, ¿vale? —Se levantó, dejó una propina en la mesa junto con un papel doblado y se marchó sin mirar atrás.

Will se quedó cortado. Sus ojos siguieron cada movimiento de la espalda y de lo que no era la espalda de Collin.

«Desde luego el tío tiene un culo increíble, por no hablar del resto. Sí, es cierto, le he dicho que me gusta, pero no ha sido una declaración de amor ni nada parecido. Solo quería conocerlo, follármelo, volvérmelo a follar y bueno, follármelo una vez más y después de eso, a por el siguiente. No tengo tiempo ni ganas de una relación estable. Soy demasiado joven, demasiado guapo y demasiado... demasiado gilipollas», se dijo, sintiendo algo de arrepentimiento.

Mientras refunfuñaba, continuó excusándose en que Alan acababa de empezar con su plan y no quería tener distracciones. «Lo primero es Alan. Sí, eso es. Lo primero es Alan», se repitió, intentando convencerse de que lo más importante era que su amigo debía conseguir a Emma. También de que, cuando eso sucediera, que lograra el propósito por el que llevaban esperando años, entonces, sí estaría libre. Ahí podría hacer lo que quisiera y no tendría que estar pendiente de él. «Sí, seguir el plan, eso es lo único en lo que debo centrarme: seguir el plan sin distracciones», concluyó, engañándose a sí mismo.

Miró hacia la mesa y se fijó en la propina que había dejado el doctor. Se extrañó al ver un papel doblado y, por instinto, lo cogió. Desplegó con cuidado los dos dobleces y se quedó paralizado. Era el papel

que le había pedido a Collin donde había escrito su nombre y teléfono. Lo había dejado en la mesa, ya que no tenía intención de llamarlo.

«Hijo de perra», pensó enfadado. No quería nada serio con él, pero le molestó muchísimo que dejara su teléfono en la mesa.

«Pero ¿quién cojones se cree este tío? ¿Me ha despreciado y olvidado en la cafetería de un hospital?», dijo para sí un colérico Will.

Cogió el papel y se lo guardó en el bolsillo del vaquero. Despacio, se levantó de la mesa y se dirigió a la salida, hacia la zona de taxis.

Estaba deseando llegar a casa y olvidar las últimas cuatro horas.

Y, sobre todo, al maldito cirujano de urgencias.

CAPÍTULO 17. una compra redonda

—Buenos días. ¿Señor White? —preguntó la agente inmobiliaria de Massachusetts Real States.

—Sí. ¿Señorita Joan Daniels? —respondió Slab.

—En efecto —confirmó Joan, ofreciendo su mano al secuaz de Jason. Este la aceptó al instante—. Gracias por la puntualidad —le alabó, mirando con detenimiento el espécimen masculino que tenía delante.

—Por supuesto —dijo con severidad para acortar conversaciones innecesarias.

Ella debió notar el cambio de actitud, puesto que entró en modo profesional.

—La propiedad fue construida a principios del siglo xx. La estructura está en perfectas condiciones. La instalación eléctrica ha sido renovada por completo. Libre de amianto. Tanto los conductos de calefacción como las chimeneas y el aislamiento han sido cambiados hace menos de seis meses. Pasemos dentro. —Cogió el juego de llaves y abrió la puerta.

—Usted primero —dijo Abraham.

—Gracias. Como le comenté por teléfono, puede ver que tiene muchísima luz. La casa consta de una sala de estar, que conecta con fluidez el comedor y a la cocina. El concepto abierto consigue que la habitación se vea mucho más espaciosa, iluminada y acogedora. Todos los electrodomésticos son de acero inoxidable. Además, cuenta con una vinoteca y dos hornos. La cocina tiene dos grandes ventanas que proporcionan más luz aún a la estancia. A la derecha hay un pequeño zaguán y la puerta que da al jardín. Si quiere seguirme al exterior, por favor.

El modo agente inmobiliaria lo tenía aprobado con sobresaliente. Joan no quería perder la oportunidad de alquilar esa casa ni de dejar de hablar con ese guapísimo hombre. Su imaginación le jugó una mala pasada y se vio pensando algo fuera de lugar. «¿Cuánto debe medir? Al menos dos metros. Menudo cuerpo, y su boca...». Se preguntó por qué no se había

dignado aún a sonreírle. «Deja de pensar en desnudarlo y vuelve a lo tuyo, Joan», se regañó.

Slab se estaba impacientando. Poco le importaba lo que tenía o no la casa, su única labor era comprarla. Le daba igual si era un derribo o no, aunque tenía que reconocer que la renovación había sido hecha con buen gusto y, después de haber estado tantos años en la cárcel, se alegraba de tener un sitio medio decente donde vivir.

—Por supuesto —respondió a la pregunta de Joan. Se fijó en que la mujer era muy guapa, que tenía un buen culo y mejores curvas. Comenzó a pensar que quizás tuviera tiempo para hacer algo más una vez terminada la visita. «Mejor no. Follar con ella solo me traería complicaciones. Mis instrucciones son claras: comprar la casa y liarme con la amiga de la chica. Nada más», se dijo, y volvió a prestar toda su atención a la parte profesional de la agente.

—El jardín es pequeño, pero está bien cuidado. Tiene una plaza de garaje, lo que es de agradecer en esta zona.

—Me gusta —respondió White.

—Estupendo. Si es tan amable, bajaremos al sótano. —Pasaron de nuevo por la cocina y se dirigieron a las escaleras que bajaban a la planta inferior—. Tenga cuidado con el techo, es usted tan alto que seguro va a tener que agacharse —dijo ella sonriendo. Slab solo asintió—. Como verá, esta estancia tiene muchas posibilidades y está terminada. Hay un pequeño aseo con ducha incluida. En ese cuartito al lado del baño está la caldera y el cuadro eléctrico. Venga y se lo enseño. —Joan se acercó y abrió varias puertas, dentro había lo que acababa de describir. Volvió a cerrarlas—. ¿Qué le parece?

—Me gusta —volvió a responder.

Ella volvió a sonreír, él no.

—Continuemos y subamos a las habitaciones. Esta planta consta de tres habitaciones. La principal tiene baño y chimenea incluidos, las dos restantes comparten el otro baño completo. Dos de ellas dan a la calle principal y la tercera a la parte trasera. Todas tienen ventanas nuevas y la insonorización es casi completa gracias a las ventanas de doble acristalamiento.

—¿Esta planta también tiene renovado el aislamiento? —preguntó Slab para disimular.

Llevaba cerca de media hora con ella y no había dicho más de dos frases. No quería parecer sospechoso.

—¡Sí! —respondió Joan entusiasmada—. Está renovado en toda la casa, con eso se ahorra bastante electricidad.

—Desde luego —disimuló. Le importaba una mierda el ahorro, pero la mujer parecía contenta por su interés. Estaba haciendo bien su trabajo.

—Bien. Por último, tenemos la buhardilla —continuó Joan con el recorrido por la casa—. Está terminada, pero sin muebles; de ese modo puede decorarlo a su gusto. La casa se alquila amueblada, por lo que solo necesita una pequeña inversión para acabar esta bonita habitación. Aunque poniendo una mesa baja, unos cuantos cojines mullidos en el suelo y tres o cuatro lámparas de pie tendrá un rinconcito adorable para tomar un café o para leer. Eso es todo. Si le parece bien, bajemos y hablemos del precio.

—Usted primero —volvió a decir el sicario.

Llegaron al salón y ella se sentó en la mesa principal, él lo hizo en la silla de enfrente. Joan abrió su carpeta para pasar una copia de las condiciones de alquiler, precio y demás trámites.

—Le voy a ser sincero —dijo Slab—, no estoy interesado en alquilar la casa.

La cara de la agente mostró durante unos segundos la decepción que sentía. Había perdido el tiempo y de paso una sustanciosa comisión.

—No me malinterprete, me ha encantado la casa. Mi intención es comprarla.

Joan levantó las cejas. Slab sonrió para sí al ver sus ojos brillando, mostrando codicia. Ese sentimiento lo conocía a la perfección.

—Bueno, señor White, me alegro muchísimo de que le guste tanto la casa, pero el propietario por el momento solo quiere alquilarla.

—Señorita Daniels, soy un hombre de negocios. Estoy dispuesto a ofrecer el precio de mercado más un incremento del diez por ciento. Si fuera tan amable de llamar al propietario, me encantaría poder cerrar la transacción hoy mismo.

Labia no le faltaba, desde luego. Haber sido obligado a estudiar y a obtener un título universitario, sin duda, había mejorado de manera abismal su dicción y su forma de expresarse. Ya no era un palurdo sin modales ni conocimientos. No, ahora era un matón instruido y listo para cualquier situación.

—Señor White, esto es muy repentino. No creo que el propietario esté dispuesto a venderla. Si lo desea, hay otras propiedades por la zona que puedo mostrarle. Seguro serán de su agrado.

—Le agradezco el interés, pero me he enamorado de esta casa. —Slab sonrió por primera vez y, con ese gesto, se ganó a la agente—. ¿Sería tan amable de intentar contactar con el propietario? Pagaré lo que me pida por ella.

No podía ceder. Prefería hacerlo todo legal sin tener que convencer a nadie con sus puños. Pero, si llegaba el momento y el propietario no entraba en razones, bueno, entonces, no tendría ningún problema en llegar a ese punto.

—Está bien, señor White. Espere un momento, voy a salir para hablar con él.

—Muy agradecido. Recuerde, lo que pida.

—Intentaré conseguir un precio justo.

Slab volvió a sonreír y pensó que le gustaba esa zorra. Su cara de «menuda comisión me voy a llevar» le agradó más de lo que esperaba y, sin meditarlo dos veces, le dio un incentivo más jugoso para motivarla.

—Cuando consiga la propiedad habrá un incremento de otro diez por ciento para usted. Me refiero a parte de su comisión.

—Bueno... —Joan no sabía qué decir. Su mente iba a toda velocidad, ya que eso suponía al menos cinco cifras para ella. No salía de su asombro—. Es usted muy generoso, señor White.

—La profesionalidad hay que pagarla y, también, las buenas intenciones —respondió él, rizando el rizo para terminar de convencerla.

—Haré todo lo que pueda para conseguirle la casa. Espere aquí, por favor.

Slab asintió y volvió a sonreír. Por alguna razón desconocida, la madre naturaleza había sido muy generosa con él, y eso lo ayudaba bastante con el género femenino para conseguir cualquier tipo de cosa.

Pasaron alrededor de treinta minutos cuando Joan Daniels volvió con una sonrisa en la cara. Era evidente: lo había conseguido.

—Enhorabuena, señor White, la casa es suya. El propietario ha aceptado la oferta, pero el incremento que ha solicitado es del veinte por ciento. Le he confirmado que no habría ningún problema. También he concertado el lunes la cita con el notario para hacer efectiva la compra. Si le parece bien, voy a calcularle el precio a pagar.

—Gracias, señorita Daniels, eso no será necesario. Se me ha hecho tarde y debo marcharme. Envíeme por email una copia de la documentación y la hora a la que me tengo que pasar por la oficina. Sin duda, es usted una verdadera profesional. Recuerde, su comisión habitual más un diez por ciento. —Slab se levantó de la mesa y le ofreció la mano a Joan, quien corriendo se la aceptó y sellaron el trato—. Ha sido un placer hacer negocios con usted. La tendré muy en cuenta para futuras adquisiciones. Gracias.

—No, gracias a usted, señor White —respondió la agente.

Slab asintió y, sin más, salió por la puerta del inmueble. Sacó su móvil de la chaqueta y pulsó la rellamada.

—Conseguido, el lunes firmamos la compra —dijo sin ninguna emoción—. Claro, sí, está amueblada. De acuerdo. Puedo cambiar el sofá y los muebles del salón. Así será más convincente. Entendido.

White colgó la llamada. Todo estaba en marcha.

«Ahora tengo que ir a una puta tienda de muebles. ¡Joder!», se quejó molesto. No tenía ganas de jugar a las casitas y, por culpa de su jefe, se veía obligado a hacerlo.

Joan salió en ese momento de la casa y cerró la puerta. Slab aún seguía en la acera.

—Señorita Daniels, he olvidado pedirle una copia del plano de la casa. Aunque venga amueblada, quiero cambiar todos los muebles del salón, ya que no son de mi estilo. Si el propietario quiere quedárselos, no tengo inconveniente en que retire lo que desee quedarse antes de que me traigan los nuevos. El resto los daré a la beneficencia. —Así se ahorra el tener que sacarlos él y, de paso, ofrecía una imagen de generosidad y solidaridad. Nunca se sabía quién estaba mirando.

—Sin problemas. Ahora voy hacia la oficina. En cuanto llegue le enviaré el email con la información y le comentaré al propietario si quiere conservar algo del mobiliario.

—Muy amable. No conocerá alguna tienda de muebles por la zona, ¿verdad? —Disimular, sí. Eso lo hacía rematadamente bien.

—Sí, claro. Yo prefiero Hudson, tiene mejor mobiliario. Espere, creo que tengo una tarjeta por aquí. —Abrió su bolso y rebuscó hasta encontrar su tarjetero—. Vamos a ver... Sí, ha habido suerte. Tenga, viene la dirección y el teléfono.

—No se preocupe. Prefiero una foto, siempre pierdo las tarjetas.
—Sacó el móvil y se la hizo—. Gracias.

—A usted, señor White. Nos vemos el lunes en la oficina.

—Perfecto. No olvide mandarme los planos y, de paso, envíeme el importe total para mi contable —respondió Slab, que debía decirle a Jason lo que le iba a costar la propiedad para que Sean le hiciera la transferencia.

—Por supuesto que no. En una hora más o menos le llegará toda la información. Que tenga un buen día.

—Lo mismo le deseo.

Slab se dio la vuelta y se fue para el Starbucks que había visto a pocos metros de la casa. Aún no había desayunado y tenía un hambre voraz. Miró la hora en su móvil, las once de la mañana.

«Pediré un café y me iré a la puta tienda de muebles para comprar unos putos muebles para la puta casa», se quejó.

Y caminando por la calle se repitió su mantra particular para tranquilizarse: «Cualquier cosa es mejor que estar en la puta cárcel».

CAPÍTULO 18. emma se va

El chófer aparcó un despampanante Mercedes-Maybach S550 4MATIC color negro metálico delante de la casa de Emma. En un abrir y cerrar de ojos bajó del vehículo y le abrió la puerta a Alan. Este salió del asiento trasero y se acercó a la puerta.

Iba a llamar al timbre con la mano derecha y sonrió al verse el vendaje; tuvo que utilizar la izquierda. Un contratiempo que tendría que explicar y que, sin duda, le iba a acarrear bastantes inconvenientes. El lunes debía volver al hospital para hacerse otra cura y no podría conducir. Un fastidio. En esas condiciones necesitaría el coche toda la semana o, al menos, hasta que pudiera utilizar la mano.

Se escuchó un «¡Voy!» a lo lejos. Sarah abrió la puerta y lo saludó.

—Hola, Alan.

—Hola, Sarah.

—Llegas pronto. ¡Ah! ¿Qué te ha pasado en la mano? —preguntó sorprendida.

—Golpeé una mesa con todas mis fuerzas por una mala noticia. Tranquila, la mesa está en perfectas condiciones.

Ella levantó las cejas y lo miró fijamente. Acto seguido, hizo un gesto con la mano para indicarle que saliera y entrecerró la puerta.

—Solo tengo un minuto, quizás menos porque va a bajar Emma y yo tengo que irme a trabajar. Voy a ser clara como el agua —dijo, sonriendo con cara de pocos amigos—. Emma es mi amiga, casi mi hermana, como le hagas daño, iré a por ti y te mataré. ¿Me he explicado con claridad, Capitán América?

—Cristalino —respondió Alan.

Le hizo gracia la advertencia de Sarah, se veía que quería mucho a Emma. De pronto, sintió un pequeño atisbo de felicidad al saber que ella no estaba sola en Boston. Y aunque no se tomó su amenaza en serio, decidió dar crédito a sus palabras para que se quedara tranquila.

—Te aseguro que, si alguna vez le llego a hacer daño de algún tipo, yo mismo vendré para ahorrarte la molestia de buscarme.

Sarah asintió.

—Te estaré vigilando —dijo, haciendo un gesto bastante gracioso. Se señaló con los dedos índice y corazón sus ojos, apuntando después hacia los de Alan y lo repitió un par de veces.

—Gracias por quererla tanto. Ella no se merece menos.

—Buena respuesta, Superman. Anda, pasa. —Lo invitó haciendo un movimiento con la cabeza.

El comentario le hizo gracia a él, que entró riendo. Ya lo había llamado dos veces como un superhéroe, nada más lejos de la realidad. Entonces, vio a Emma, que bajaba las escaleras llevando a pulso una maleta inmensa, y corrió en su auxilio.

—¡Emma! ¿Es que te mudas de aquí o qué? —preguntó, mientras se apoderaba de la maleta con su mano intacta—. Por cierto, buenos días.

Alan le dedicó una sonrisa que ríete tú del calentamiento global.

«Madre mía, su sonrisa podría derretir los polos de la Tierra... ¡Maldita sea! Otra vez estoy pensando como una niñata», se regañó.

—Buenos días, Alan —dijo con cara de sorpresa al ver la rapidez y destreza con la que se la había arrebatado—. Por cierto, nunca le digas a una mujer que su maleta es demasiado grande, es una tremenda grosería —le recriminó sonriendo—. ¡Ah! Pero ¿qué te ha pasado en la mano? —preguntó preocupada. Apenas habían pasado siete horas desde que lo había dejado en perfectas condiciones.

—Tranquila, estoy bien. Me he peleado con una mesa, pero ha sido ella la que ha salido victoriosa —bromeó él.

—¡Déjate de tonterías! ¿Te han atracado o algo? Te fuiste muy tarde de aquí —volvió a preguntar bastante más preocupada.

—No, nada de eso. Recibí una mala noticia y descargué mi rabia en la mesa de café del salón, que es de madera maciza. Desde luego tuve buen ojo al comprarla. No le he dejado ni un rasguño, pero yo me he destrozado los nudillos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, en serio. El lunes iré a la segunda cura. El médico me ha dicho que en una semana recuperaré toda la movilidad.

—Claro, ¿cómo? ¿Tuviste que ir al médico? ¿A qué hora?

—A las seis de la mañana, me llevó Will.

—No me lo puedo creer. Debió de ser una noticia terrible para molestarte de esa manera, ¿me equivoco?

—Nada que no se pueda solucionar.

—¿Y quién te dio esa mala noticia? Quiero decir, ¿tan importante era como para tener que llamarte de madrugada? —Emma sintió un pequeño malestar. «¿Celos? No, ni hablar», se dijo.

—Fue el propio Will, que como se cuele en mi casa cada vez que le da la gana, pues allí estaba para amenizarme lo que quedaba de noche. No me llamó nadie. No pienses nada raro, ¿de acuerdo?

Alan miró a Emma con cara de: «A ver qué se te ocurre esta vez con la capacidad de inventiva que tienes».

Emma sonrió mientras pensaba cómo le había tomado el pulso Alan. Es cierto que ya había comenzado a imaginar cosas raras, pero intentó disimular lo mejor que pudo.

—¿Yo? No sé de qué me hablas. Yo no pienso nada ni...

—Uf, pues entonces seguro que tienes fiebre. ¡Con tu capacidad para llegar a conclusiones complejas y enrevesadas a la velocidad de la luz!

—¡Eh! —dijo, golpeando sin querer a Alan, con la mala suerte que fue en la mano que tenía vendada.

No había sido fuerte, y mucho menos intencionado, pero eso no evitó que el pobre sintiera una fuerte quemazón en las heridas.

—¡Auch! —se quejó.

—¡Ah! Perdóname, Alan. Te juro que ha sido sin querer —Se puso tan nerviosa al sentirse patosa, que no pudo evitarlo y empezó a reír.

—¿Te estás riendo? —preguntó él, fingiendo estar indignado.

—¡No! —respondió, frunciendo los labios para aguantarse la risa—. ¡Qué va!

Estaba a punto de soltar una carcajada y lo hizo.

—Pero ¿qué?

—Lo siento, de verdad, lo siento... —dijo sin parar de reírse.

Alan estaba encantado. Verla tan nerviosa e incapaz de controlar la risa le pareció encantador. Solo había sido un roce, no era nada, pero él iba a sacarle partido lo que quedaba de mañana antes de que se fuera a Washington.

—Créeme, esta te la haré pagar —amenazó bromeando. Dibujó una expresión de dolorido, como si el golpe hubiera sido mucho peor.

—Vamos, vamos, no seas exagerado. ¡Que solo ha sido un pequeño roce! —Intentó justificarse ella.

Alan forzó una mueca de indignación.

—Por poco me destroza la mano y me llama exagerado. Si el lunes me la tienen que amputar, te llamará mi abogado —contestó con cara burlona y entrecerrando los ojos.

—Deberías dedicarte al circo, de payaso no tendrías competencia. ¡Hombres! Sois todos unos bebés —replicó, adelantándose para abrir la puerta—. ¿Nos vamos? No quiero llegar tarde.

—Por supuesto —dijo, haciendo un gesto con la cabeza para indicarle que la seguiría detrás.

Emma se dio la vuelta y sonriendo a su amiga, que acababa de coger su bolso para ir a Starbucks, se despidió de ella.

—Adiós, Sarah —dijo, dándole un fuerte abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

—Pásatelo muy bien con tu abuela y dale muchos recuerdos de mi parte. No te vengas sin traértela, ¡que es la bomba!

Ambas se echaron a reír. Lo cierto es que Katharine era de armas tomar. Había pasado por un infierno, pero consiguió dejar sus penas a un lado para cuidar de Emma cuando más la necesitaba. Ella era una guerrera que no había pedido nada a cambio. Sin duda, un ejemplo a seguir.

Tras despedirse, Sarah pasó por delante de Alan.

—Adiós, Thor. Cuida de mi amiga hasta que se monte en el avión.

—Eso ni lo dudes —respondió él, asintiendo.

—Bueno, os dejo, que mi turno empieza a las once y media. Sed buenos o malos, ¡según la necesidad! —dijo Sarah, saliendo por la puerta y, ya de espaldas, se despidió con la mano.

—Sarah es tremenda —comentó Alan, riendo.

—Y que lo digas. Bueno, si tienes así la mano, ¿cómo has venido entonces? De ese modo no puedes conducir, ¿verdad?

—No, no puedo. Tranquila, he venido en un coche de mi empresa, con chófer.

—Sí, claro.

Cuando Emma abrió la puerta, vio a un hombre vestido con un traje gris oscuro que se dirigía hacia ellos.

—Espera, ¡que no era una broma! —susurró ella.

—No, te he dicho la verdad.

—No dejas de sorprenderme.

—Me alegro, así es mucho más divertido.

—¿Me permite la maleta? —preguntó el chofer.

—Sí, claro —respondió ella.

El chófer se acercó al coche y ella se volvió hacia Alan.

—Pero tú, ¿en qué trabajas? —preguntó intrigada. Se veía que él era un hombre de éxito y con dinero. Al parecer, mucho dinero.

—Tengo mi propia compañía. Nos dedicamos a varios campos, pero voy a trabajar para otra empresa privada que no es la mía. Por ahora no puedo decirte nada más, aún estoy negociando mi contrato.

Digamos que adornó la realidad. No iba a decirle del tirón que trabajaba en el MIT. Sin duda, ella le hubiera preguntado en qué puesto y decirle «pues soy tu jefe» no estaba dentro de sus planes.

Por el momento, no.

—Si tienes una empresa, ¿por qué trabajas para otra?

—Buena pregunta. Vamos al coche y te lo explico.

Emma lo miró con cara extrañada y Alan le abrió la puerta. Cuando se sentó, todo era de un lujo que no estaba preparada para asimilar.



Sarah fue hacia Starbucks organizando su tarde. Tras salir del trabajo, se encerraría a estudiar. Menudo plan. Solo le faltaba un examen y carrera terminada. Al menos, eso esperaba. No había suspendido ningún parcial en todo su tiempo en la universidad, pero eso no significaba nada. Lo cierto es que lo tenía más que preparado, pero obtener una buena nota no estaba de más. Había aprendido de Emma que debía esforzarse al máximo, y eso era lo que pensaba hacer hasta el último momento.

Entró en la cafetería, saludó a sus compañeros y se dirigió a la parte de atrás. Había una pequeña sala de descanso, el almacén y un baño. Cogió de la taquilla el uniforme y el delantal, se cambió de ropa y fue al baño a lavarse las manos. Empezaba su turno.

Slab estaba sentado en una de las mesas más cercanas a la salida. Desde esa posición podía controlar toda la cafetería, gajes del oficio. Y, sin esperarlo, ella apareció en su campo de visión. Era la muchacha más bonita que había visto en su vida. Sin poder evitarlo, siguió con la mirada sus pasos hasta que la vio desaparecer en la parte de atrás. Al poco, salió vestida con el uniforme. Ella trabajaba allí.

«¿Dónde la he visto?», se preguntó. «Esa cara... ¿Dónde he visto esa cara antes?», no paraba de repetirse.

De pronto, la ubicó. Desbloqueó el móvil y fue a Fotos. Empezó a buscar entre las que había hecho hacía un par de días en el allanamiento de morada y vio su rostro en un marco con la chica del jefe. Al principio, no la había reconocido. En la foto aparecía con el pelo castaño, y ahora lo llevaba mucho más claro.

«¡Joder, es la compañera de la chica!», sonrió para sí. El plan no podía haber sido mejor de haberlo intentado.

Comenzó a mirarla con disimulo. Ya había terminado su café, de modo que tenía una buena excusa para acercarse de nuevo al mostrador. Cerró la mandíbula con satisfacción y pensó «perfecto».

—Sí. Y, Martha, trae más muffins de chocolate con pepitas. Solo queda uno. —Oyó decir a la muchacha.

Slab pensó que su voz era dulce como la miel. Sus ojos lo paralizaron.

—Buenos días, ¿qué le apetece? —preguntó una risueña Sarah a la vez que pensaba «pedazo de hombre».

Abraham, por primera vez en mucho tiempo, se quedó sin respuesta. Si la chica del jefe era bonita, para él esa muchacha era una diosa. «Pero ¿qué crees que haces? ¡Despierta, Slab!», se regañó, utilizando el apelativo que más le desagradaba.

—Buenos días, caffè mocha venti y... no sé, no me decido sobre qué pedir para comer. —Fue lo máximo que su cerebro pudo pensar.

—Le echo una mano. ¿Prefiere dulce o salado? —preguntó ella, intentando ser profesional. Aunque su verdadero motivo era que quería alargar la conversación con ese «muro».

«Cuatro años trabajando aquí ¿y los tíos más buenos que he visto en mi vida han aparecido en los últimos dos días? Primero, Alan y, ahora, esta montaña de puro músculo. ¡Uf! Es demasiado guapo. Demasiado», se dijo mientras se perdía un instante en sus pensamientos.

Como él no contestaba, volvió a preguntarle. Era evidente que estaba tan atontado como ella.

—¿Y...?

Abraham la observó un instante antes de decir:

—Creo que salado. Es mi segundo desayuno, con el primero me he quedado con hambre. ¿Qué me recomienda? —disimuló como pudo.

«Me importa una mierda lo que me recomiendes. Lo único que quiero es tenerte desnuda bajo mi cuerpo y... ¡Céntrate, Slab! ¡Joder!», se dijo enfadado, intentando no perderse en sus lascivos pensamientos.

Sarah le dedicó su mejor sonrisa y él solo pudo soltar el aire por la boca emulando otra. «¡Joder!», pensaron los dos.

—Mi preferido es el doble de beicon ahumado, queso cheddar y huevo. Se lo puedo calentar, tarda dos minutos.

Ella lo miró con sus ojos verdes y se sonrojó. «Que no tienes quince años y te estás comportando como una adolescente que en su vida ha visto a un tío bueno», se dijo, mientras enumeraba una lista larguísima de superhéroes en su cabeza.

—Perfecto, póngame dos. Tengo mucha hambre.

La frase sonó como si no se estuviera refiriendo a los sándwiches, y así era.

—Serán trece con noventa y cinco.

Slab le entregó veinte dólares. Ella le iba a dar el cambio, pero él lo rechazó.

—De propina por tu amabilidad, Sarah.

—¿Cómo sabe...? —comenzó a preguntar ella cuando él señaló con la vista la chapita de su solapa. Ella negó sonriendo—. Gracias... —Dejó la frase sin terminar. Él lo hizo por ella.

—Abraham, me llamo Abraham. Encantado, Sarah —dijo también sonriendo.

—Lo mismo digo. —Se sentía más que aturdida por cómo la miraba y había dicho su nombre. «Para ya, Sarah», se volvió a regañar—. Por favor, espere al final del mostrador para recoger el café. Cuando estén los sándwiches, se los acerco yo misma —respondió con profesionalidad, pero, en realidad, lo había dicho para tener la oportunidad de poder hablar con él otra vez. Al menos, durante un minuto.

Slab avanzó hasta el final del mostrador tal y como le había indicado ella para recoger el café. Mientras esperaba, no podía dejar de mirarla. Ella seguía atendiendo al resto de clientes y no supo por qué, pero le molestó que les sonriera. «Esa sonrisa debería ser solo para mí. ¡Joder! Estás más gilipollas cada día que pasa», pensó. Le nombraron, recogió el café y volvió a la misma mesa donde había estado sentado.

Wanda, la otra compañera de Sarah, se le acercó para cuchichear.

—Pero ¿tú has visto qué pedazo de hombre?

—Calla, calla, que por poco ni me acuerdo de los cafés que tenemos —respondió ella muy acalorada.

—No te des la vuelta, pero que sepas que no para de mirarte —dijo para que supiera lo que estaba pasando a su espalda—. ¿Esos sándwiches son para él?

—Sí, los dos —respondió Sarah, mirándolo con disimulo. Él seguía muy atento a todos sus movimientos.

—No me extraña que coma tanto. Pero ¿tú has visto el cuerpazo que tiene? Medirá dos metros por lo menos. Antes le atendió Noel mientras yo estaba reponiendo. Luego hemos estado especulando si podía ser gay. Noel ha perdido la apuesta. —Río por lo bajo.

Sarah sacó los sándwiches del horno y los colocó en un plato. Cogió una bandeja, añadió cubiertos y un par de servilletas.

—Voy a llevárselos —dijo sonriendo hacia su compañera.

—¡Atácale o lo haré yo! —respondió Wanda, riendo de nuevo y se puso a atender al siguiente cliente.

Sarah salió de detrás del mostrador y llegó a la mesa de Slab. Él había estado observándola todo el tiempo sin apenas disimular. Para qué. Le gustaba la muchacha, y liarse con ella le iba a facilitar mucho las cosas. Sobre todo, para su propio beneficio.

—Aquí tiene, señor —dijo ella, intentando ser profesional.

—Ya te he dicho que mi nombre es Abraham. Me encantaría oírtelo decir, Sarah.

Una muy sonriente Sarah tragó saliva despacio y después comenzó a jugar con su lengua pasándola por el lateral de sus dientes superiores, tan solo para disimular el nerviosismo que le causaba ese hombre.

«Dios, parece un modelo», pensó con asombro hasta que hizo lo que le había pedido: decir su nombre.

—Abraham... —pronunció despacio, sin ser empalagosa.

—Mucho mejor. Discúlpame si soy muy atrevido, Sarah, pero ¿a qué hora sales de trabajar? Me encantaría invitarte a cenar.

Slab lo dejó caer, sabía de sobra que ella respondería que sí. Su aspecto era magnífico, en cierto modo se parecía al actor Dwayne Johnson «La Roca», solo que él era un poco más delgado y atlético.

Sarah se quedó en blanco. Ese hombre, que era un calco de uno de sus actores favoritos, le estaba pidiendo salir. Sopesó un instante tener esa

cita, pero debía estudiar. El parcial estaba a la vuelta de la esquina, aunque comer había que comer. No se lo pensó dos veces.

—Me encantaría, Abraham, pero no tengo mucho tiempo. La semana que viene tengo mi último examen de la carrera y no puedo suspenderlo. Como máximo, hoy te podría dar una hora. A partir del jueves ya seré libre, antes no. ¿Qué decides?

Sarah, que de cortada no tenía un pelo, decidió dejar las cosas claras, que luego pasaba lo que pasaba. Aunque estaba deseando con todas sus fuerzas que ese dios nórdico con la cabeza rapada la invitara a todo lo que se le ocurriera, no pensaba aguantarle ninguna estupidez.

—Lo primero es tu examen, por supuesto. Con una hora me conformo hoy. La semana que viene a partir del jueves, no. ¿De acuerdo?

Abraham se reía por dentro. Cuando en unos días viera cómo empezaban a llegar muebles a la casa de al lado, y le descubriera en la puerta recibiendo al camión de la mudanza, se iba a quedar pasmada.

—De acuerdo, me parece muy bien —respondió ella, retirándose el flequillo de la cara.

—¿Dónde y a qué hora te paso a buscar?

Sarah siempre había sido muy cuidadosa y, como acababan de conocerse, no le iba a decir dónde vivía. Su trabajo y su casa estaban en la misma calle; demasiada información para un ligue en una cafetería.

—Termino a las tres y media. Podemos vernos aquí mismo, este sitio es tan bueno como cualquier otro para tomar algo. No puedo perder el tiempo; necesito estudiar. Si no, lo podemos dejar para otro día, lo entenderé. —Echó un paso hacia atrás, decidida a volver a la barra, pero Slab fue mucho más rápido que ella y la retuvo con delicadeza de la mano.

—Me parece perfecto. Nos vemos aquí a las tres y media.

Abraham metió su mano libre en el bolsillo de la camisa para sacar una elegante tarjeta con sus datos y se la puso en la mano que sostenía de una sorprendida Sarah.

—Termino el desayuno y vuelvo en unas tres horas —aclaró, dejándola libre.

Sarah sonrió.

—Y yo voy a volver al trabajo antes de que me despidan. —Sujetó bien la tarjeta y se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Se giró sobre sus talones y se dirigió detrás de la barra. Por suerte, solo quedaban dos clientes por atender. La mañana se presentaba tranquila.

Slab engulló el desayuno, ya que se le estaba haciendo tarde para ir de compras. Tras acabar, dejó las bandejas en la barra. Sarah se acercó para despedirse.

—Nos vemos luego, Abraham.

Él, utilizando todas las armas de seducción de las que disponía, se mostró mucho más atrevido de lo que se esperaba en ese momento. Se acercó a ella y, bajando la cabeza, le dio un beso en la mejilla. Deseaba olerla y se alegró de su atrevimiento. Olía a lilas, a inocencia y a esperanza. Algo que hacía mucho que había perdido. Se sintió avergonzado por primera vez en mucho tiempo. Sabía lo que iba a hacerle a la muchacha, pero los remordimientos le duraron apenas cinco segundos. Después, se repuso y, mostrando una sonrisa estudiada, la miró a los ojos.

—Nos vemos luego, Sarah.

Se despidió guiñándole un ojo, se dio la vuelta y salió por la puerta de Starbucks sin mirar a atrás. Esa técnica le había servido siempre y, en esta ocasión, tampoco le falló.

Ella no tuvo más remedio que apoyarse en el mostrador. Como en ese momento no había ningún cliente esperando, sus tres compañeros se acercaron para hacerle un interrogatorio en toda regla.

A Sarah la sonrisa no se le borró de la cara en toda la mañana.



Emma, sentada en ese espectacular asiento de cuero, vio el lujo que la rodeaba y comenzó a ponerse nerviosa.

—¿Este coche también es tuyo? —preguntó horrorizada. «Pero ¿quién es este hombre? ¿Cuánto dinero tiene? Esto lo he leído en alguna parte», pensó sin orden.

—Sí, es uno de los vehículos de la compañía. Por lo tanto, sí, también es mío. Creo que tenemos unos nueve o diez, no lo recuerdo.

Después de abrocharse el cinturón de seguridad, se giró hacia él.

—¿Cómo qué no sabes cuántos coches tiene tu compañía?

—No, no necesito saberlo. Dispongo de grandes profesionales que la dirigen y tengo plena confianza en ellos. Está claro que siempre tiene que haber uno libre por si lo necesito y, bueno... —dijo, girando la mano vendada—, hoy es uno de esos días.

Tras meter el equipaje en el maletero, el chófer entró en el coche.

—¿A dónde nos dirigimos, señor?

—Sales desde el Logan, ¿verdad?

—Sí, desde el Logan, claro —dijo ella de forma atropellada. Estaba aturdida y un poco intimidada.

Este hombre le recordaba mucho al protagonista de un libro que había leído hacía unos años. «Espero que no tengas un cuarto rojo del dolor porque, por muy guapo que seas y por mucho dinero que tengas, si pretendes pegarme, aunque sea con una pluma, te la vas a tragar enterita», se dijo mientras imaginaba escenas que no tenían nada que ver con la realidad que estaba dispuesta a vivir.

La voz de otro hombre la trajo de vuelta.

—Perfecto, señor —respondió muy correcto el chófer y emprendió el camino hacia el aeropuerto. Apenas eran diez kilómetros.

Emma no podía ni respirar viendo el lujo que la rodeaba. «Quién eres y de dónde has salido», no paraba de preguntarse una y otra vez. Por supuesto que aquello no era una apuesta ni una broma. Se notaba que Alan estaba muy familiarizado con ese lujo; sin embargo, no era una persona que alardeara de ello. «No sé cómo vamos a estar juntos si yo no tengo nada, solo mi título», se dijo agobiada. Una voz en su interior le gritó a pleno pulmón: «¡Mentirosa!».

La pregunta de Alan la sacó de sus elucubraciones. Menos mal.

—¿Te encuentras bien?

—¿Eh? ¡Sí, claro! Es que he dormido poco y viajar en avión no me gusta, me da bastante miedo —intentó disimular, pero, con la cantidad de pensamientos variopintos que estaba teniendo, no le fue nada fácil.

—¿De verdad? ¿Solo es eso? —A Alan su respuesta le pareció una excusa. «Seguro que ver este coche te ha intimidado. Por favor, dime la verdad», suplicó en silencio, sintiéndose un maldito hipócrita.

Ella frunció los labios y los giró de derecha a izquierda un par de veces. Observó el coche pasando por los asientos, el techo, el reposabrazos, el cuero...

—No, sabes que no —respondió, mirando por la ventanilla.

—Es solo un coche. —Alan quiso quitarle importancia.

—Nueve, o tal vez diez —dijo con una sonrisa forzada, prestando toda su atención a cómo avanzaban a toda prisa.

—Mírame, por favor —imploró. Emma lo hizo despacio. La intuición de Alan le dijo que si le llegaba a mentir, aunque fuera en lo más mínimo, ella lo sabría—. Cinco, diez o mil, da igual. Sigo siendo yo. No desprecio el dinero y tampoco le quito importancia: sé que lo tengo. Cuando cumplí los dieciocho, mi padre me entregó la herencia que me hubiera correspondido tras su muerte junto con una patada para que no volviera jamás. Llevo cerca de doce años sin ver a mi familia.

»Fue el mejor amigo de mi padre quien me crio. A Tom lo quiero como si fuera mi propio padre, a su mujer como mi madre y a sus dos hijas como mis hermanas. Él me ayudó a fundar mi empresa al comenzar mis estudios en la Universidad, y es quien se ha ocupado de todo desde siempre. Cada día me hace más rico, pero mi sueño era... Siempre ha sido otro. Esa empresa da muchos puestos de trabajo, llena de comida muchas mesas y paga muchas facturas. Mientras sea rentable, la seguiré teniendo. ¿Es un problema para ti que yo tenga dinero? —preguntó angustiado.

Emma miró hacia arriba, negó varias veces y dejó escapar el aire de entre sus labios. Después, se volvió a mirarlo.

—No, Alan, no es un problema. Es que no estoy acostumbrada. No me malinterpretes, esto es increíble. Pero es algo que solo he visto en el cine o leído en libros. Nunca en persona. Es... No sé.

—Dime, por favor. No te lo calles —dijo Alan, desesperado por saber qué pensaba.

Emma abrió y cerró un par de veces la boca. Quería decir las palabras adecuadas para no equivocarse; temía decir algo estúpido por su falta de filtro cerebro-boca.

—Voy a decirlo sin rodeos, y si me equivoco pues...

—Habla sin rodeos, por favor. Dime qué estás pensando.

—Está bien. Eres rico. ¿En qué posición me deja eso?

—¿Cómo? —preguntó extrañado.

—Me gustas, Alan. Eso no hacía falta que te lo dijera, creo que ya te habías dado cuenta tú solito. Pero ahora que sé que tienes dinero, bueno, mucho dinero, ¿cómo podré demostrarte que si hago o digo algo es porque me gustas y no por tu dinero? Yo no puedo estar justificándome o luchando todo el tiempo para demostrar que lo hago por ti y no por esto —dijo ella, señalando todo el coche.

—Con lo que acabas de decir es más que suficiente para saber que nunca será por el dinero.

—Sí, bueno, eso lo dices ahora. Pero yo no puedo seguir tu ritmo, ni en salidas, ni en ropa y, mucho menos, en coches.

—Eso no importa, yo...

Emma levantó el dedo índice para indicar que no dijera nada.

—Ni lo pienses. Yo no voy a aceptar dinero. Menos aún regalos o caridad.

—No era mi intención hacer nada de eso.

—Entonces, ¿qué ibas a decir, Alan?

—Yo voy a invitarte cada vez que salgamos y no hay discusión. Quizás sea un hombre de Neandertal en ese aspecto, si quieres verme así. Aunque ten por seguro que, si no tuviera mis recursos, tampoco te dejaría pagar la cuenta. No es machismo, es solo una demostración de...

—¿Poder? —respondió Emma con sarcasmo.

—¡No! De cariño, de respeto.

—Por esa regla de tres, si yo no te invito, ¿no te tengo cariño o respeto?

—¡No por Dios, Emma! ¡Señor con las malinterpretaciones! Me refiero a que está en mi naturaleza cuidar de los demás, y mucho más a una mujer que me gusta. ¿Es muy difícil de entender?

—No, Alan. No es difícil de entender, pero me gusta chincharte. Aunque no creas que voy a dejar que pagues todas las veces que vayamos a salir; si no, te vas a ir a cenar tú solito.

—Entonces, vamos a salir más veces —dijo, ladeando la cabeza hacia ella y alargando un poco las palabras.

Emma resopló. La respuesta era obvia.

—Pues claro que sí, engreído, pero solo a donde yo pueda pagar con mi sueldo. Ese es el trato. Nada de sitios caros ni extravagantes. Yo soy la que ves. No hay ni más ni menos. —La voz volvió a sonar en su interior: «¡Mentirosa!».

—Está bien. Prometo que elegiremos el restaurante entre los dos, ¿de acuerdo? —dijo Alan, ofreciéndole la mano izquierda para dar un apretón en señal de conformidad, la derecha aún le molestaba.

—De acuerdo. —Emma la aceptó y sellaron el pacto.

—¿De verdad te da miedo volar?

—Mucho. Soy bastante sensible a los ruidos y a los cambios de presión. Noto cuando el avión acelera y frena. Hace bastante me recetaron

un ansiolítico para poder volar y siempre lo tomo antes de despegar. Supongo que te parecerá una tontería.

—Para nada. Hay mucha gente que se niega a volar por lo mismo. En cambio, tú luchas contra ese miedo y lo haces, aunque no te guste. Me pareces muy valiente y, además, viajas sola. Deberías estar orgullosa de ti misma por intentar superarlo —la alabó porque era lo que sentía.

—Ya, ¡pero me falta poco para anestesiarme! —Rio ella.

—Ya, pero hay gente que ni anestesiada iría.

Emma abrió su bolso y se aseguró de llevar toda la documentación que necesitaba. Sí, estaba todo.

Llegaron al aeropuerto y el chófer detuvo el vehículo en la zona de bajada de pasajeros. Alan bajó por su lado, rodeó el coche y le abrió la puerta. El chófer sacó la maleta y él la cogió con la mano izquierda.

—¿Vas con tiempo suficiente? —preguntó.

—Sí, de sobra. Anda, dame la maleta. Y gracias por traerme. Mejor no despedimos ya, seguro que tienes un millón de cosas que hacer.

—De eso nada. me quedo contigo hasta que pases el control. Vamos a ver si ya aparece tu vuelo en los monitores.

—En serio, Alan, no hace falta.

—Recuerda que se lo he prometido a Sarah y seguro que, si no lo hago, me dará una patada en las pelotas por haberte dejado sola.

Ambos rieron.

—De acuerdo, vamos a los monitores.

Alan se dirigió al chófer y le indicó que fuera al aparcamiento del aeropuerto, ya le avisaría cuando hubiera terminado.

Cuando se acercaron al panel donde aparecían los vuelos, aún no había salido el de Emma.

—¡Ves! Aún no está mi vuelo. Puedes irte tranquilo, yo no me voy a mover de aquí —dijo ella.

—Venga, te invito a un café. Mira, allí hay un Starbucks, ¿estaré a salvo? —se burló Alan.

—No creo. Espero que esa chaqueta sea impermeable porque hoy me siento especialmente intrépida.

Y, riendo, se dirigieron hasta la cola de la cafetería.

—Yo pido, dime qué te apetece —preguntó él.

—¡Ah, no, ni hablar! Primero, porque estás lesionado y, segundo, porque me toca invitar esta vez. Bueno, estas y unas cuantas más para

compensar la cena de anoche. Anda, escoge una mesa y dime qué quieres —respondió ella con cara de: «Este pulso no lo vas a ganar, así que ni lo intentes».

—Cappuccino y galleta de chocolate.

—Perfecto. Venga, coge una mesa y yo lo llevo. Aunque pienses lo contrario, soy capaz de llevar algo en las manos sin derramarlo.

—Nunca lo he dudado. —Sonrió—. Te espero ahí. —Señaló hacia una mesa libre. En ese momento, le vibró el móvil y respondió.

Emma se portó como una campeona pidiéndose solo un caffè latte con vainilla, nada de muffin de arándanos. Sonrió al pensarlo. Cuando dejó la bandeja en la mesa, Alan estaba hablando con alguien. La conversación no tenía desperdicio.

—¡Eres un...! Normal que te pasen esas cosas, si siempre piensas con la... ¿Qué? No, conmigo no vienes. ¡Qué no! Mira, estoy en el aeropuerto con Emma; ahora no tengo tiempo para esto. Luego me paso por tu casa para partirte la cara. Suerte que te voy a pegar con la izquierda porque, si fuera con la derecha, no lo contabas, ¡maldito cap...! Mejor me callo. No, no voy a pasártela al teléfono... Porque primero tienes que aprender a comportarte. Sí, nos vemos. —Alan colgó y miró hacia ella, que estaba sorprendida y con los ojos muy abiertos.

—¿Todo bien?

—Era Will. Ha vuelto a hacer una gilipollez de las suyas y luego voy a tener que ir a verlo.

—Vale —dijo despacio y bebió un sorbo de café caliente. No se atrevió a nada más.

—Es que es idiota —continuó quejándose.

Emma asintió. Parecía que Alan se había peleado con su amigo, pero no sabía por qué. De lo que sí estaba segura era de que no iba a sonsacarle, puesto que no le parecía correcto.

—¿No me vas a preguntar? —dijo él sorprendido.

—Entiendo que es una pelea con William, ¿verdad?

—Sí. ¿Con quién si no? —ironizó él.

—No es asunto mío. Si me lo quieres contar, te escucharé. Y, si me pides opinión, te la daré. Mientras tanto, calladita estoy más guapa.

Alan asintió. Era la primera vez que hablaba con una mujer que no le pedía explicaciones ni le exigía que se lo contara todo en todo momento. «¿Esta mujer es real?», pensó un instante.

—Relaciones personales. A veces Will piensa con... Mejor dicho, no piensa.

Emma sonrió.

—Las relaciones son complicadas. Tranquilo. Todo se solucionará. —Bebió otro sorbo de café—. ¿Sabes de lo que me he dado cuenta? —Él negó varias veces—. No tengo tú número de teléfono ni tú el mío. Así que no sé qué significa eso. No sé si lo has olvidado o que no lo quieres.

Alan se sintió como un maldito cabrón y la interrumpió sin darse cuenta.

—No te lo he pedido —dijo de forma inaudible.

«Otra cagada monumental», se regañó. No se lo había pedido por una razón obvia: no le hacía falta, ya lo tenía.

—Te ibas a ir y no sabía tu número —mintió de nuevo—. Menudo fallo, ¿verdad? Por favor, ¿me lo das? No creo que sea capaz de resistir un día sin oír tu preciosa voz.

Cogió su móvil y buscó a toda velocidad el nombre de Emma para borrarlo. Volvió a Contactos, pulsó + y comenzó a teclear. La renombró como «Emma Scott MIT». Acto seguido, la llamó. Emma rebuscó en su bolso hasta que encontró el teléfono y rechazó la llamada. Tras esto, guardó en Contactos el nombre «Alan Storm».

Cuando se dio cuenta de que ella aún se acordaba de su apellido, se le revolvió el estómago. Pronto lo descubriría. Pronto podría relacionarlo con... Aguantó la respiración sin darse cuenta y sonrió para disimular.

Emma le devolvió la llamada por acto reflejo. El móvil de Alan empezó a vibrar y a sonar con el estribillo de la canción *Every breath you take* de The Police. Él sonrió y, tras unos segundos, colgó.

—¿Contento? —preguntó ella, guardando el móvil en el bolso.

—Mucho. —Asintió y le dio un mordisco a la galleta de chocolate.

—No me puedo creer que hayas puesto ese tono —dijo, negando a la vez que dibujaba una sonrisa.

—¿Por? —preguntó, sabiendo lo que significaba.

—Conozco la letra de la canción, ¿y tú?

—Por supuesto. ¿Por qué crees que la he elegido? —se burló. Ella lo miró con la misma expresión de la noche anterior—. Lo sé: Lamborghini. Pero es mi móvil, y yo elijo mis canciones —dijo impasible y siguió mordiendo la galleta—. Oye, ¿no te has pedido nada de comer?

—Ya había desayunado en casa y tomaré algo en el avión. No me cambies de tema, ¿a qué viene ese tono?

—Me gusta The Police —respondió sin darle importancia.

—Pero la letra es muy significativa, ¿no crees? Es acoso puro y duro —dijo, exigiendo una respuesta.

—Para nada. Solo expresa con total precisión lo que siento, y no tengo por qué ocultarlo. —Cogió su cappuccino y bebió despacio.

—O sea, ¿que lo que quieres es vigilarme de manera constante? —preguntó con la boca abierta.

Alan levantó ambos hombros en señal de aceptación. Era así, la quería vigilar todo el tiempo. No, la llevaba vigilando todo el tiempo y desde hacía años. Sí, era acoso, y aunque para él significaba que la protegía, para el resto de la humanidad se traduciría en orden de alejamiento, cárcel y demás.

—Bueno, se podría definir más o menos así —respondió y mordió otro trozo de galleta.

—Lo tuyo tiene nombre, pero me lo voy a guardar para mí solita por ahora. No creas que voy a permitir ni la décima parte de lo que dice la canción. Que te quede claro porque no quiero malentendidos. Además, no me gusta ni un pelo lo que está pareciendo. Así que explícate o me voy ahora mismo.

Y lo decía muy en serio. No estaba ni para tonterías ni para aguantar nada parecido a lo que decía Sting, por muy bonito que fuera el single.

Alan se quedó pensando y decidió darle una ración de sinceridad para deshacer el mal ambiente que de repente se había instalado entre los dos, sobre todo, en ella.

—Solo es una canción. Me gusta y tú me gustas. He unido dos cosas que me gustan. Por favor, no le des más interpretación que esa, no te voy a acosar.

Y así terminó en desastre el intento de sinceridad de Alan. Los últimos doce años echaban por tierra las buenas intenciones de esa frase. A Emma su respuesta le pareció franca, y decidió que no era necesario darle más vueltas. Él cambió de tema para aliviar la tensión y, de paso, para conocer sus planes al dedillo. ¿Acoso? No, claro que no.

—¿Te recoge tu abuela en el aeropuerto?

—¡Qué va! Ella piensa que llego el lunes. Me va a encantar su cara cuando me vea. Quería darle una sorpresa y cambié el vuelo sin decirle

nada. —Emma se rio emitiendo unos «jijiji» de lo más cómicos.

—¿Entonces no hay nadie que te recoja en Washington? —preguntó preocupado.

—Cogeré un taxi en el aeropuerto. Siempre lo hago, tranquilo Superman.

—Entre Sarah y tú, mi ego va a llegar al cielo. No paráis de ponerme nombres de superhéroes. Luego no te quejes si me creo uno —dijo, tomando un sorbo de cappuccino.

Emma se echó a reír, tenía toda la razón. Terminaron los cafés y se levantaron para mirar de nuevo el panel de información de vuelos.

—Mira, ya han salido los mostradores de facturación, el 316 y 317 —dijo ella.

—Vamos, te acompaño. —Alan cogió la maleta y apoyó su mano vendada en la cintura de Emma. Se le acababa el tiempo.

Se colocaron en la fila en silencio para que facturara. Ella estaba emocionada y triste a la vez. Él, triste y enfadado. Muy enfadado.

—¿Estás bien, Alan? ¿Te duele la mano? —preguntó al ver que ni hablaba ni bromeaba.

«Creo que me estoy volviendo loca. Si apenas conozco a este hombre y ya me da la sensación de que algo no va bien. Necesito estas vacaciones como el comer», se dijo.

—¿Qué? ¡No! Perdona, es que no he dormido casi nada y creo que me he quedado dormido con los ojos abiertos —mintió otra vez. No era eso, para nada. Le dedicó una sonrisa para disimular y ella se la devolvió.

Al fin llegó su turno. Entregó la documentación y facturó la pesada maleta. Había llegado la hora de irse y pasar el control de seguridad para esperar la puerta de embarque.

—Bueno... —dijeron a la vez.

Emma se mordió el labio inferior. No quería irse, pero tenía que hacerlo. Sin esperarlo, Alan se acercó, le rodeó la cintura y le dio un beso increíble, de esos que hacen desaparecer lo que tienes alrededor. La gente que estaba en la fila los miró con disimulo, pero no les importó nada.

Apoyó su frente en la de ella y le dijo muy bajito:

—¿Me avisas cuando estés en el avión antes de salir? Así me quedo más tranquilo.

—Claro, no te preocupes. Lamborghini... —susurró ella. Se sentía abrumada. Agobiada. ¿Feliz? Puede, pero necesitaba ir más lento.

Alan se separó, regañándose por estar, de nuevo, forzando la situación. Había vuelto a olvidar que aún no eran nada y que solo habían tenido una cita.

—Lo siento. Olvidé a propósito que tenía que ir en un Ford —dijo sonriendo y echando un paso atrás.

—Lo sé, por eso lo he dicho. Mejor eso que salir corriendo, ¿no crees? —se sinceró ella, sintiéndose mejor—. Me voy, pero prometo enviarte la puerta y avisarte cuando esté sentada en el avión, ¡no te vaya a dar un patatús!

—¡Cómo empiezas a conocerme!

Ambos rieron y el ambiente tenso se disipó. Se separaron de la cola y, en esta ocasión, fue Emma la que se acercó. Le cogió la solapa de la chaqueta y le obligó a agachar la cabeza para darle un beso muy explícito.

«Menos mal que me voy seis semanas, si no, en un par me veo casada y a final de mes embarazada», pensó, alegrándose de coger ese vuelo.

—Cuida de tu mano y no le pegues a nada más. Ni siquiera a Will, por muchas ganas que le tengas —bromeó.

—Lo tendré en cuenta. En cuanto a Will, no es negociable.

Ambos rieron y se miraron. Sus ojos lo decían todo.

—Ten un buen vuelo, Emma.

—Te juro que para mí faltan las cámaras de cine y la música subiendo. Esto es de lo más... —No pudo terminar la frase, solo movía las manos, tratando de explicar aquella situación.

Se separó poco a poco y empezó a pasar por la zona que la llevaría a los arcos de seguridad y, de ahí, a las tiendas duty free. Se volvió y le dijo adiós con la mano. Alan sonrió. Se despidió de igual modo y le guiñó un ojo. Luchando contra su necesidad de quedarse esperando hasta verla desaparecer, se dirigió a la salida.

Estaba feliz por cómo habían ido las cosas, pero, a la vez, su cólera aumentaba por momentos por tantos errores.

Y lo iba a pagar con Will.

CAPÍTULO 19. volar y dejar

Llamó al chófer, que lo recogió en la zona de subida y bajada de pasajeros.

—¿A dónde le llevo, señor?

—A casa, por favor.

Alan repasó todo lo sucedido hasta el momento. Se sentía muy optimista y esperanzado. Emma le había devuelto el beso, aunque después se hubiera quejado de que iba muy rápido; y es que no podía esperar más. Necesitaba estar con ella, amarla y protegerla. Obvió a propósito el acoso, pero eso no significaba que no supiera la verdad.

«No estoy loco, no soy perverso, es que necesito saber que está a salvo», se excusó a sí mismo. Estaba empezando a sopesar si había sido una buena idea despedir al guardaespaldas. Lo decidiría cuando hubiera dormido más de dos horas.

Se distrajo mirando cómo pasaban los edificios, así como la gente yendo y viniendo inmersa en su propia vida. Se preguntó cuándo le llegaría el momento de poder sentir ese maravilloso abandono a la rutina. Llevaba tanto tiempo sin estar un día en paz que ya no sabía cómo recuperarla o si ni siquiera la había sentido alguna vez.

Durante unos instantes, su mente volvió a su niñez. La autoridad de su padre, el segundo plano de su madre, apenas sin voluntad. Detrás de una jaula de oro. Siempre perfecta, atenta y servicial. Ya no recordaba si alguna vez lo había abrazado o incluso besado ante de su padre. Se esforzó, pero no consiguió encontrar ninguna muestra de afecto que no hubiera sido en privado y estando ellos solos.

«¡Maldito Jason!», se quejó al darse cuenta de que se había colado en su mente sin permiso. Hacía un tiempo que no sabía de él, y tampoco es que le importara lo más mínimo. Como mucho el cerciorarse de que nunca saliera de prisión y que se pudiera allí hasta el fin de los tiempos.

Le siguió otro recuerdo bastante triste: el día que intentó, hacía unos ocho años, ponerse en contacto con su madre y no pudo. El equipo informático de confianza de su empresa le confirmó que tenía el móvil intervenido y que un guardaespaldas la seguía a todas partes. Ni siquiera

podía tener un móvil de prepago o una cuenta de correo falsa, ya que estaba vigilada todo el tiempo. Unas semanas más tarde, se armó de valor y decidió presentarse sin avisar en un restaurante donde estaba comiendo con sus amigas. Le fue imposible; un guardaespaldas se lo impidió. Su madre nunca lo supo.

Pasaron por delante de un Starbucks y Alan no pudo evitar sonreír.

«Emma...», dijo como un mantra. Cerró los ojos con cansancio y notó el peso tan conocido sobre sus hombros. «¿Alguna vez superaré esta sensación?», se preguntó, deseando con todas sus fuerzas que así fuera. Su esperanza era que sí, ahora que la había conocido. Deseó con todas sus fuerzas que su obsesión no terminara destruyéndolos.

Intentó inspirar despacio y, poco a poco, su respiración se normalizó. Sintió alivio al ver que podía hacerlo sin parecer que alguien lo estrangulaba de forma constante. Hacía bastante tiempo que no se notaba de esa manera, pero, tras los acontecimientos de los últimos días, al menos estaba agradecido por no tener ninguna recaída. Debía llamar a su psicólogo para concertar una cita, solo que para eso tendría que volar a Washington. No era mala idea, ella iba para allá. Quizás podría ir, concertar una sesión y visitarla. Tenía que pensar cómo cuadrarlo todo.

Control. Necesitaba volver a tener el control.

Sacó el móvil del bolsillo para crear una nota cuando sonó un wasap. Al desbloquear el teléfono, se dio cuenta de que era de Emma. Se acordó de que había tenido que borrar su contacto con toda la información. Si alguna vez le cogía su teléfono, nunca sabría que alguna vez lo tuvo. De forma gradual, le pediría el email, el teléfono fijo, la dirección de su abuela y su teléfono en Washington.

Suspiró avergonzado. «Tantas mentiras. Tanto por ocultar», se regañó con severidad. Después, volvió a respirar con fuerza. Desbloqueó el teléfono y abrió WhatsApp.

Sonrió al ver lo que ella le había escrito.

Emma_14:30

¡Hola! Ya ha salido el vuelo. Como quiero que conserves la cordura hasta que vuelva (y porque soy muy muy generosa), ahí tienes toda la información: American 2142 Washington-DCA B18 3:00 PM. Ya me puedes espiar todo lo que quieras. Aún no podemos embarcar, pero la gente ya está haciendo cola. ¡Qué agobio!

Alan_14:32

¡Hola, preciosa! Gracias por la exhaustiva información, pero, tranquila, antes de irte te he puesto un chip para seguirte a todas partes. Jajaja.

Emma_14:34

¿En serio? Ya decía yo que me picaba el cuello de forma extraña. Jajaja. Bueno, ahora sí que sí. Ya han abierto las puertas. La gente se pone imposible cuando tiene que embarcar. Ya hay dos peleándose para entrar.

Alan_14:35

Ten cuidado, hay gente que no tiene ninguna educación.

Emma_14:36

Lo sé. Yo tengo asiento preferente, me toca ya.

Alan_14:37

¿No decías que eras pobre?

Emma_14:38

La presunción es un defecto muy feo para corregir. Soy muy buena ahorradora.

Alan_14:39

Era broma, solo quería, ¿cómo dijiste antes? Sí, chincharte. Y me encantan tus respuestas ocurrentes.

Emma_14:40

Muajaja.

Alan_14:40

¿Sin sentido del humor?

Emma_14:41

Viene con el hecho de coger un vuelo.

Emma estaba poniéndose más nerviosa a cada minuto que pasaba. Quedaban tres personas para que le tocara su turno en la fila. Apenas podía pensar, lo único que oía era el latido de su corazón. Entregó la documentación al personal de vuelo y se dirigió hacia la pasarela de acceso al avión.

El intercambio de wasap continuó.

Alan_14:43

Tranquila, todo va a ir bien.

Emma_14:44

¿Lo prometes?

Se le escapó sin poder evitarlo. Volar ponía sus nervios al límite y, aunque la pastilla ayudaba, su cabeza iba a mil por hora pensando posibles finales desastrosos.

Alan_14:44
¿Confías en mí?

Emma_14:45
Por extraño que parezca, sí.

Y así era. Lo conocía hacía apenas dos días y, sin embargo, sentía como si fueran amigos de toda la vida. Tampoco quería pensarlo mucho.

Alan_14:45
Todo va a ir genial, de verdad. Tranquila.
Emma_14:46
Algún día te contaré por qué esa palabra es mi criptonita.

Alan_14:46
Jajaja. De acuerdo.

Llegó el momento de entrar en el avión y saludó a las auxiliares de vuelo. Encontró con facilidad su asiento junto a la ventanilla y se sentó. Odiaba estar allí, pero no le quedaba más remedio. Sacó el móvil del bolso y sonrió al leer el último mensaje.

Emma_14:50
Ya estoy sentada en el avión. No hay vuelta atrás.

Alan_14:51
¿Sigues preocupada?

Emma_14:51
Bueno, solo un poco.

Alan_14:52
Estaré pensando en ti.

Emma se mantuvo en silencio.

Alan_14:53

¿Emma?

Emma_14:54

Estaba enviándole un wasap a Sarah para decirle que ya estoy sentada en el avión. Y estoy pensando.

Alan_14:55

Vale.

Emma_14:55

Creo que yo también voy a pensar en ti. ¿De verdad esto sucede en la vida real?

Alan_14:56

¿El qué?

Emma_14:56

Algo parecido a lo que nos está pasando.

Alan_14:57

No lo sé, ¿importa?

Emma_14:58

Creo que pienso demasiado las cosas.

Alan_14:58

Puede.

Emma_14:59

Te dejo, cierran las puertas.

Alan_15:00

Buen vuelo, Emma.

Emma_15:00

Gracias, Alan.

Emma puso en modo avión su móvil y se colocó la pastilla recetada debajo de la lengua para tranquilizarse. El vuelo no duraba más de hora y veinte, pero mejor ir relajada y pensando en otra cosa que en algo que no podía controlar.

La azafata comenzó a explicar dónde estaban las puertas de emergencia, cómo ponerse la mascarilla de oxígeno y cómo colocarse de forma correcta el chaleco salvavidas. Todo muy halagüeño. Después, el avión comenzó a moverse con calma hasta ponerse en cola para despegar por la pista. Cerró los ojos y sonrió. Le vino una canción a la mente y no supo por qué, *Look at her face* de The Coral Sea. La había escuchado y

cantado un millón de veces, incluso había salido en una de sus series favoritas. No sabía por qué le encajaba en ese momento la letra, pero lo hacía. Respiró para coger fuerzas y los motores rugieron para alcanzar velocidad. Notó una descarga eléctrica en la nuca que le erizó el vello de todo el cuerpo. Y se dijo esa frase que siempre la acompañaba en cada momento importante en su vida: «Esto va en serio». En ese instante, esos cerca de cuatrocientos mil kilos, entre el metal y almas a bordo, se elevaron hacia las nubes.

Volvió a sonreír. Esta vez, de satisfacción.

Lo tenía todo. Iba a casa a ver a su abuela, había terminado sus estudios, tenía trabajo y también a...

No quiso pensar en ello. Aún no estaba preparada para hacerlo. De modo que solo siguió cantando para sí y, por primera vez en su vida, se quedó dormida en un avión.

CAPÍTULO 20. alan y will

El chófer detuvo el coche y salió para abrirle la puerta. Alan se guardó el móvil y se dirigió al ascensor que llegaba hasta su ático. Estaba cansado, cabreado, feliz y triste. Todo a la vez. Después pensó en la conversación que había mantenido con Will, lo que le hizo recordar que se había desmayado. Algo que lo irritó aún más.

Salió del ascensor y se dirigió a la puerta de su amigo y vecino. «Como Spiderman. ¡Vaya, otro superhéroe!», pensó para sí y sonrió.

Llamó al timbre sin parar hasta que un Will despeinado, y con cara de querer matar a alguien, abrió la puerta gritando.

—¡Joder!

—¡Buenos días, amor! —respondió Alan, entrando en la casa.

El diseñador dio un portazo de malos modos.

—Estaba dormido, ¡cabrón! ¿Qué cojones quieres?

—¿Cómo te encuentras, hijo de puta? —preguntó con mezcla de preocupación y enfado monumental.

—Estoy mejor. He comido y no he vomitado, ¿vale? —dijo enfadado. Alan lo había despertado y estaba teniendo un sueño bastante húmedo con el doctor Reid.

—Me alegro. Ahora explícame, pedazo de gilipollas, por qué cojones no habías comido en veinticuatro horas y ¡por qué cojones te has intentado follar al médico de urgencias!

A Alan los ojos se le salían de las órbitas. Se había llevado un susto enorme al ver que se había desmayado en la sala de espera, pero la verdad era que estaba pagando con él el error de no haberle pedido a Emma su teléfono porque, claro, ya lo tenía.

Estaba empezando a cometer muchos fallos seguidos, y la razón estaba clara: cuando estaba con ella, todo se paralizaba. Todo dejaba de ser importante y los detalles del plan cambiaban según las circunstancias. Y es que se había topado de bruces con algo inesperado: Emma era impredecible. Ese era uno de los peores errores que había cometido: hacer suposiciones sobre su comportamiento. Porque, siendo realistas, una cosa es espiar, escuchar y recopilar datos y otra, muy distinta, es la vida real cuando

te toca ser partícipe de ella. Y, aunque los resultados habían sido excelentes hasta el momento, Alan sabía que, si seguía cometiendo fallos, por muy pequeños que fueran, al final se iba a fastidiar el plan. Y eso no podía permitirlo.

Debía estar más atento. Pese a que estuviera loco por ella, tenía que recordar algo muy importante: no podía considerar nada como seguro hasta llegar a la meta. Y su meta era pasar el resto de su vida con ella.

—Primero de todo, gracias por preocuparte por mí. Y, segundo, ¡joder, es que Collin está buenísimo! —No le dio tiempo a terminar, ya que Alan lo interrumpió.

—¿Te lo has follado?

—¡No!

—¿Te lo vas a follar?

—No lo sé —respondió con sinceridad.

—Will, vas a terminar autodestruyéndote como sigas así. Deja de tirarte todo lo que tiene pulso, por favor. Espero que, al menos, te protejas. No quiero que pilles nada por ahí.

—Eso siempre, y lo sabes; nunca te mentiría. Debería comprar la fábrica de condones o al menos tener acciones en bolsa —se burló.

—Sí, al menos a tu cerebro le queda una gota de sangre para funcionar y no la ha mandado toda a tu polla.

—Venga, Alan, no te enfades conmigo. Estoy hecho polvo y necesito mimos —dijo acercándose a su amigo para que le diera un abrazo.

—Como me toques un pelo, te doy una paliza —contestó muy serio.

Will se lo tomó al pie de la letra, puesto que se paró, levantó los hombros en señal de aceptación y se dio la vuelta para dirigirse a la cocina.

—¿Quieres desayunar?

—Dirás, almorzar —puntualizó Alan.

—Lo que sea. —Will abrió el frigorífico y solo tenía un pack de seis cervezas negras Anchor Porter, dos botellines de agua y media lima podrida—. Creo que mejor salimos a comer. Olvidé decirle a Audrey que me hiciera la compra.

—Deja que arregle algunas cosas y nos vamos. Necesitas dos duchas por lo menos. ¡Apesta! —dijo Alan, haciendo una mueca de asco fingido.

—Y luego me llamas a mí gilipollas. ¿Qué tal con Emma, capullo? No entiendo cómo no me la has pasado al teléfono si soy su ídolo.

—Porque no creo que le gustase hablar con zombis en un momento de tensión para ella —respondió Alan.

—¿Tensión? ¿Qué mierda le has hecho?

—¿Yo? Nada. Solo es que le da miedo volar y estaba tensa. Además, no la conoces en persona y no quiero que empieces con tus neuras antes de tiempo. Podría salir corriendo.

—Me parto la polla contigo.

—¡Joder, Will! No hables así. Sabes que lo odio —se quejó.

—Vaaaale, perdón —Se quedó callado mirando a la nada.

—¿Qué te pasa ahora?

Pero Will no respondía, seguía con sus propios pensamientos.

—¡Ey! ¿Estás bien? —dijo Alan, dando un golpe en la encimera con la palma de la mano izquierda para sacar a su amigo del estado vegetativo en el que se había quedado.

—La he cagado y bien, ¿sabes? —dijo, volviendo de su mundo particular.

—¿Cagado? ¿Cómo? ¡Qué gilipollez acabo de decir! Mejor dicho, ¿con quién? —preguntó con ironía Alan.

—Eres la mar de gracioso —dijo con ironía—. Pues con Collin —aclaró con algo de pena.

Alan se lo quedó mirando con asombro, pero sin burla. Era la primera vez en su vida que su amigo pensaba dos veces en un mismo hombre. Claro que aún no se lo había follado y, por supuesto, eso le daba un aliciente al asunto. Pero, aun así, era algo nuevo, y no quería tomarle el pelo hasta saber más. Tampoco era plan de machacarle después de lo mal que lo había pasado.

—¿Y te gusta? Quiero decir, ¿te gusta para algo más que no sea follártelo? —preguntó esta vez sin ironía.

—Uf... No lo sé, la verdad. Es que me ha jodido mucho algo que ha pasado.

Alan subió ambas cejas, pero no dijo nada. Con este gesto lo estaba alentando a que le contara lo que tenía en mente y que no sabía cómo soltar. Asintió varias veces, animándolo a continuar.

—Cuando te has ido, él se ha cambiado de ropa y ha venido a recogerme a la sala de urgencias.

—Resume, Will —dijo un Alan sin paciencia.

—Joder, vale. Le había dado mi teléfono, se lo anoté en un papel y él se lo guardó en el bolsillo. Después he pedido un desayuno para un elefante y lo he engullido sin ni siquiera masticarlo.

Esta declaración preocupó muchísimo a Alan. Lo cierto era que, en los últimos días, había estado tan inmerso en sus propios problemas que no le había echado un ojo.

Sí, Will era un adulto. Sí, debería saber cuidarse. Sí, tenía que estar atento a las señales y acudir a él en caso de alguna recaída. Eso ya lo habían hablado, pactado y vuelto a hablar.

Todo eso estaba claro. Pero, claro, Will era Will.

—¿Y no has vomitado?

—No, Alan. Te lo juro por mi vida, no he vomitado. Confía en mí. No he hecho ninguna tontería. De verdad.

—De acuerdo. Sigue —dijo, respirando algo más tranquilo.

Will era su hermano. Si le pasara algo, no podría soportarlo. Él lo sabía y su amigo también.

—Collin me ha calado a la primera en cuanto me ha visto comer así. Me iba a levantar para ir al baño, solo para usarlo, lo juro, pero no me ha dejado. Su hermana pequeña murió de lo que casi muero yo.

—¡Joder!

—Exacto. Luego va y me suelta que busca una relación seria, que ya ha vivido de todo y que no quiere perder el tiempo. Que... qué pienso yo del tema. Y... me he cagado encima. Jamás en la vida he pensado en tener una pareja estable. ¡Joder! Que estoy muy bueno y no quiero complicaciones, ni dramas, ni polladas. Quiero hacer lo que quiera, cuando quiera y como quiera. No quiero tener que dar explicaciones a nadie por si quiero salir, entrar o follarme al cartero si me da la gana. Y quiero poder hacerlo sin que nadie me llore un río o que me monte un pollo por celos.

—Vale, Will, lo he pillado. Todo eso está muy bien. Me parece genial que hagas lo que quieras, pero estás divagando. Así que dime, ¿qué es lo que te ha cabreado tanto?

—Ha pagado el desayuno y, junto con la propina, ha dejado el papel donde le había escrito mi teléfono. Esto me ha jodido mucho. ¡Joder, que me lo ha devuelto y ahora no me puede llamar!

—Pero tú no quieres nada serio —puntualizó Alan, tratando de entenderlo.

—No, claro que no.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—Que me ha devuelto el teléfono. No, ha dejado el papel encima de la mesa como si no le importara una mierda y se ha ido sin mirar atrás.

—Te lo repito para ver si me queda claro. Tú no quieres nada serio con él, ¿verdad?

—No. Bueno, puede. No sé. —Will estaba hecho un lío.

—Pues lo primero que tienes que hacer es aclararte.

—Ya. Eres un puto genio, Alan.

—Sí, lo soy —se burló.

—Así no me ayudas nada.

—¿Y qué cojones quieres entonces?

—Menuda boca llevas desde que has entrado por la puerta —se mofó Will.

—¡Gilipolleces! Estás cabreado porque es el primer tío que te rechaza desde que naciste. Pues bienvenido a la vida real, chaval.

—El segundo, el primero fue el cabrón de mi padre. Y tiene gracia, me lo dice el tío que mide cerca de dos metros y que parece un modelo esculpido en mármol de carrara. ¡No te jode!

—Sí, vale. Tú padre seguro que es el hermano perdido del mío. Menudos dos cabrones están hechos y, sé que yo también estoy bueno, pero no me voy follando a media humanidad ni me quejo si alguien me rechaza.

—¡No me toques los cojones, Alan! Con el tinglado que llevas montado para ligarte a Emma desde tiempos inmemoriales, ¡no me vengas ahora con eso!

Él se llevó las manos a ambos lados del cuerpo, apoyó la derecha con cuidado, resopló y bajó la cabeza.

—Vale, tienes razón. Yo soy el que no tendría ni que abrir la boca porque menuda trayectoria llevo, pero, si te gusta este tío, ¿por qué no le pides una cita? No hace falta que te lo folles el primer día ni que te cases con él el segundo. Will, algún día tienes que centrarte, si no, vas a acabar siendo un viejo patético, con la piel como una pasa por tantos rayos uva y con un niñato treinta años más joven que tú, que te sacará hasta los ojos para compensar el asco que le va a dar mirarte a la cara.

—Joder, ¡qué gráfico y específico! Pero sí, me has descrito a la perfección. Ya no necesito ir a que me lean el futuro —dijo con sorna—. ¿Qué hago, Alan?

—Si me lo estás preguntando, es que ya tienes tu respuesta. ¿Necesitas que te la confirme?

—Sí, la verdad es que sí.

—Vale, hermano. Ese tío te ha dejado *KO*, llámalo.

—No tengo su teléfono.

—Pero sabes donde trabaja. Solo tienes que ir y pedir que salga, o te inventas una dolencia y vas a urgencias. Claro que antes asegúrate que está él, así te ahorras la espera —dijo Alan, dándole opciones.

—Es que no entiendo qué me pasa. Yo creo que ha sido el mareo o el hambre.

—Ponle el nombre que quieras. Flechazo, amor a primera vista, el uno para el otro, flores y corazones... —No paraba de burlarse.

—Te voy a romper todos los dientes, ¡gilipollas! —se quejó el diseñador, cuyo enfado crecía por momentos.

—¡Inténtalo, nenaza! —lo retó.

—¡Te vas a comer mis puños!

Will se lanzó para darle un puñetazo en su cara sonriente, pero, como aún estaba débil de la lipotimia de esa madrugada y seguía algo adormilado, Alan se apartó hacia un lado sin dificultad. El pobre iba a darse de bruces contra el suelo, pero su mejor amigo lo evitó, agarrándole por la cinturilla del pantalón con la única mano buena de que disponía.

—Estás de un gilipollas que me estás empezando a preocupar —dijo Alan, estabilizándolo. Después lo ayudó a sentarse en uno en los taburetes altos de la cocina.

—Joder, porque me he mareado que, si no, te hubiera reventado la cara de superhéroe de mierda que tienes —contestó, agarrándose con una mano a la encimera y poniéndose la otra en la frente. Estaba hecho polvo.

Alan se rio a carcajadas. «Pero ¡qué le pasa a la gente que desde que conozco a Emma todo el mundo me llama superhéroe!», se dijo.

—De superhéroe no tengo ni el blanco de los ojos. Venga, te acompaño a la ducha, pero no te hagas ilusiones —aclaró con antelación.

—No hace falta que me lo digas todas las veces, hetero gilipollas —se quejó Will.

Alan lo ayudó a levantarse y lo sujetó por debajo de los brazos para llevarlo hasta el inmenso baño que tenía en el dormitorio. En realidad, era un piso espejo del suyo, misma distribución y mismas calidades. Una auténtica maravilla. Lujosa, pero no recargada.

—¿Puedes reservar donde sea para ir a comer? —preguntó Will.

—Claro. ¿Algún sitio en especial?

—Da igual, donde sea. ¿Japonés?

—No, mejor deja la comida cruda para cuando no estés hecho una mierda.

Alan se sentó en uno de los mullidos sillones y cogió una de las revistas de moda que había en la mesita de café. La ojeó por encima sin mucho interés.

Will entró en el inmenso vestidor, cogió unos vaqueros azules, camisa blanca, chaqueta negra y calzoncillos de Calvin Klein. Lo dejó todo encima de la cama menos los calzoncillos. Ya había tenido más de una vez la enriquecedora experiencia de salir desnudo después la ducha hacia la habitación y tener una discusión con Alan por ser un exhibicionista. En ese momento, no tenía cabeza, ni cuerpo ni ganas de discutir ni un minuto más.

—A todo esto, ¿qué tal tu mano?

—Solo siento una ligera molestia. Al menos puedo utilizar los dedos tal y como me han puesto el vendaje. Algo es algo.

—Me alegro. Oye, voy a ducharme ya, a ver si me mejoro porque me siento bastante regular —reconoció.

Alan asintió, cogió su iPhone y empezó a buscar un restaurante donde almorzar.

—Will, ¿te apetece el Union Oyster House? —preguntó subiendo el tono de voz para que lo oyera.

—¡Ni hablar! ¿Acaso quieres matarme? —gritó desde la ducha—. Seamos hombres, ¡quiero un chuletón con patatas fritas y ensalada de col!

—¡Di que sí! ¿Mistral, Abe & Louis's, Ocean Prime? —preguntó Alan a voces.

Will cerró la ducha y cogió el inmenso albornoz luxe greca medusa de Versace color negro. Se miró en el espejo e hizo una mueca a forma de media sonrisa. Sabía que estaba imponente.

Se secó y se puso los calzoncillos. Volvió a colocarse el albornoz y salió del baño.

—Dime que llevas algo debajo de ese albornoz horroroso o te rompo los dientes —dijo sin mover ni un músculo.

Will soltó una carcajada a la par que se quitaba el albornoz y se quedaba en ropa interior.

—¡Tachán! —bromeó con voz cantarina.

Alan negó con la cabeza.

—Serás payaso... ¿Al final dónde quieres ir a comer?

—¿Mistral?

—Anoche cené allí con Emma. ¿Abe & Louis's?

—Vale. Me da igual.

Will volvió al vestidor a por los calcetines y los zapatos. Cogió unas gafas del sol y se echó dos pulverizaciones de Bvlgari Men Extreme.

Alan colgó después de reservar para almorzar en media hora.

—¿Listo? —preguntó.

—Sí, vamos. Me tienes que contar todo lo de anoche. Lo de esta madrugada no cuenta.

—De acuerdo. Pero necesito una tregua de gilipolleces, por favor —pidió Alan.

—Hecho. Comienza por el principio.

CAPÍTULO 21. planes, pavor y desconcierto

«Buenas tardes. Soy el Capitán Owen Brown. En cinco minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Washington DC. Me alegra comunicarles que tenemos una agradable temperatura de veintidós grados. Llegamos puntuales a las cuatro y veinte de la tarde. Espero que hayan disfrutado del vuelo y que tengan un bonito fin de semana».

Emma despertó con la voz enlatada que indicaba que estaban llegando a su destino. No podía creerlo, había dormido durante todo el vuelo. No le había dado tiempo a echar el sillón hacia atrás, ni siquiera a quitarse el cinturón de seguridad. No recordaba ni el despegue.

Se giró hacia la izquierda y vio a una chica a su lado que, al ver que había despertado, le dijo asombrada:

—¡Guau! No había conocido nunca a nadie que se durmiera tan rápido en un avión. ¡Qué envidia!

—Creo que estaba agotada. Ya queda poco para aterrizar, ¡qué bien!
—respondió Emma sonriendo.

No tenía ganas de profundizar en el hecho de que ella estaba tan sorprendida como su compañera de viaje. De pronto, sintió un pellizco en el estómago. Cogió su bolso del suelo. Estaba justo donde lo había dejado, delante de sus pies. Con disimulo, aguantando las ganas de abrirlo a toda velocidad, descorrió la cremallera y confirmó que todo estaba en su sitio. Móvil, cartera, dinero, documentación. No faltaba nada.

Pensó en las pastillas y se preocupó por si había tomado más de una por error. Rebuscó y allí estaba el pequeño neceser con sus medicamentos. Al blíster solo le faltaba una pastilla. Había cogido a propósito uno nuevo esa mañana para tener suficientes. No sabía si le iba a hacer falta para dormir durante el tiempo que estuviera en casa. «Solo me he tomado una», se dijo asombrada. Le dio la vuelta y así era. Bloqueada, lo volvió a guardar en el neceser, cogió el móvil para tenerlo a mano y colocó el bolso a sus pies. Estaban a punto de aterrizar.

Miró por la ventanilla y vio cómo se acercaba el suelo. Sabía que era uno de los momentos más peligrosos, por no decir el más peligroso, de viajar en avión, pero era su preferido. Con un leve tirón, el mastodonte se

posó en el suelo y, acto seguido, comenzó a frenar hasta alcanzar la velocidad de desplazamiento por la pista. De forma espontánea, algunos pasajeros aplaudieron y ella se unió a ellos.

Mientras el avión se dirigía hacia el *finger*, que la llevaría fuera de ese agobiante medio de transporte, pensó qué había cambiado. «Todo», se respondió. «Soy doctora en Física, tengo mi puesto de trabajo seguro, he conocido al hombre de mi vida...», paró en seco sus pensamientos y los cambió por otros más adecuados que sí estaba dispuesta a admitir. «He conocido a alguien. ¡Qué idiotez! Si este no es el hombre de mi vida, entonces es que estoy ciega y no soy tan lista como me creo», se regañó. «Este hombre es la definición de «Hombre». Seguro que cuando alguien busca la palabra en el diccionario aparece la fotografía de Alan como ejemplo de espécimen masculino perfecto. Madre mía...», suspiró, y su mente voló hasta detenerse un instante en él.

Observó con atención cómo avanzaban por la pista, sabiéndose en Washington. Sin más, los ojos se inundaron con unas lágrimas que ardían. Sabía por qué. Estaba en casa, y todo volvía a su lugar. Las alegrías, las penas y las pérdidas irremplazables. «Os quiero», se dijo, a la vez que frotaba su cara para desperezarse. En realidad, lo hizo para secarse esas lágrimas que no quería mostrar, que le oprimían la garganta y que le quemaban el alma.

Es un hecho que solo quien ha querido y perdido a alguien importante podría entenderla. El dolor perdura, lo escondes, pero sabes que sigue ahí, aunque tengas que seguir viviendo. Entender esto, es una de las situaciones más difíciles que hay que experimentar tarde o temprano a lo largo de la vida. Ella, por desgracia, lo hizo mucho antes de lo que se suponía.

El avión se detuvo y por fin abrieron las puertas. Al tener un asiento preferente, y no llevar equipaje de mano, fue la segunda en salir. Caminando por el *finger*, se sentía de maravilla. Desbloqueó el móvil, quitó el modo avión y, sin pensárselo dos veces, marcó el teléfono de Alan.

Sabía que no debía, con un mensaje era más que suficiente, pero se dijo, «¡Qué narices!», sonriendo para sí. «Ya lo echo de menos y quiero hablar con él. Guapo, rico, la palabra tópico se me queda corta», y se perdió de nuevo en sus pensamientos, esperando oír la voz de quien había removido sus cimientos.



Alan estaba terminando el café. Will no paraba de parlotear sobre Collin cuando *Every breath you take*, de The Police, inundó el restaurante. El tono de llamada provocó una sonrisa generalizada; a todo el mundo le gustaba esa canción. Se quedó mirando el móvil sin parpadear, incapaz de moverse: Emma lo estaba llamando.

Como no dejaba de sonar, Will le arrancó el teléfono de la mano y se quedó frío al ver quién era. Ni corto ni perezoso, descolgó.

—¡Amor de mis amores! ¿Ya has aterrizado? —dijo Will, hablando a Emma como si la conociera de toda la vida.

—Hola. ¿Alan? —preguntó extrañada. No le sonaba ni la voz ni la manera de hablar.

—¡Bonita mía, soy Will! Encantado de conocerte a todo esto, aunque sea por teléfono. Alan está en modo catatónico porque lo has llamado. Espera un momento a que le vuelva la sangre a la cabeza —dijo, riendo a carcajadas.

Emma se quedó en *shock*, le había contestado William Mazzantini y parecía muy simpático. «Espera, ¿Alan está catatónico?», una amplia sonrisa se le dibujó en la cara.

Se oyeron voces y forcejeos al otro lado de la línea. Imaginó que ambos peleaban por el teléfono.

—Hola. ¿Emma? —preguntó un Alan bastante enfadado.

—¿Eh? ¡Sí! ¿Alan, eres tú? —Estaba a punto de soltar una carcajada.

—¡Hola, preciosa! Will, tan simpático como siempre, me ha quitado el teléfono. Y no estaba en modo catatónico, sino acabándome el café —se quiso justificar, pero se notó que mentía.

Los ojos se le salían de las órbitas, cuando colgara mataría a Will. «Ya está, iré a la cárcel y estaré celda contigua con el cabrón de mi hermano por su culpa», se dijo.

Emma lo sacó de esos pensamientos tan catastróficos.

—Claro, claro. Esto, voy ya por la terminal para recoger la maleta. Creo que debería haberte mandado un wasap, así te ahorrarías el asesinato.

Ambos rieron.

—¡No! Me encanta que me hayas llamado. ¿Qué tal el vuelo?
—preguntó él para aliviar el momento.

—No te lo vas a creer.

—¿El qué?

—Me he dormido. Es más, no recuerdo ni el despegue. Es la primera vez en mi vida que me pasa. Y solo me he tomado una pastilla, que no me he dopado ni nada —dijo sorprendida de verdad.

—¡Ves!, te dije que confiaras en mí. Sabía que todo iba a salir bien
—respondió con una amplia sonrisa.

—Vale, vale. Que no se te suba a la cabeza, Capitán América. No es para tanto —se burló ella.

—Claro, claro. No obstante, debes saber que, con lo que acabas de llamarme, has conseguido que mi ego llegue al techo. ¡Te lo advertí!
—Ambos soltaron una carcajada—. ¡Estate quieto!

—¿Cómo? —preguntó Emma, aunque ya sabía la respuesta.

—Es Will, que quiere hablar contigo y me niego a pasarle el teléfono. ¡Como no pares te rompo las fundas de un puñetazo! —se quejó Alan a su amigo, que no paraba de insistir en que le diera el móvil.

—Oye, pásamelo. No me importa —dijo Emma. Se lo estaba pasando genial con ellos dos. Eran muy divertidos.

—Está bien —dijo entre dientes—, pero solo un minuto. Hasta ahora. —Y Alan le pasó el móvil a Will.

Se oyó un gritito de triunfo y un pequeño forcejeo por el intercambio de manos. Ella se echó a reír.

—Amore, ¡por fin! Qué novio más pesadito te has echado, en serio. Se salva porque está más bueno que el chocolate. Bueno, que la cabeza me va a mil por hora y quiero contarte algo muy succulento. Verás, bonita mía, dentro de dos fines de semana tengo que ir a Washington por negocios. Sí, ya sé, ¡qué poco glamur! Pero, chica, uno tiene que ganarse la vida y no me puedo librar.

Emma no paraba de reír. Will estaba lanzado y no le había dejado decir ni una sola palabra. En su cabeza tenía un plan perfecto, y no le iba a pasar el teléfono a su amigo hasta conseguir su objetivo.

Claro que, cuando Alan escuchó lo que el otro le había soltado, se le desencajó la mandíbula.

—A lo que voy. Tengo reuniones todo el día, una cena de negocios, y el domingo más de lo mismo. Sí, es un asco trabajar en fin de semana,

pero es lo que hay. Esto, ¿Emma, sigues ahí? —preguntó Will.

Se oyó una carcajada al otro lado.

—Sí, Will, estoy aquí. ¿Has parado para tragar saliva o es que necesitabas respirar? —dijo, riendo sin parar.

—¡Uy! ¡Cómo me has calado! ¡Me súper encantas! No te conozco y ya te quiero. Bueno, terroncito de azúcar, voy resumiendo, que Alan está a punto de clavarme la cucharilla del café en un ojo. Que me voy a llevar a esta alma en pena conmigo a Washington para que te vea. Solo han pasado unas horas y ya está llorando por los rincones. ¡Me tiene frito!

Alan estaba atónito. «¿Pero ¿qué dice este gilipollas y qué hace inventándose que tiene que trabajar dentro de dos fines de semana? Y, para colmo, ¡en Washington! En cuanto cuelgue, le parto la cara», pensó fuera de sí. No podía sino abrir la boca de la sorpresa y seguir oyendo la sarta de mentiras que le estaba contando a Emma.

—Todo es para que me lo distraigas, a ver si eso le devuelve la sonrisa. Por cierto, hadita del bosque, os haré un hueco como sea. Sí o sí, voy a ir a conocerte a ti y a tu abuela, que no quiero perderme cómo va a querer pasarme al «lado oscuro» porque no me han echado los mejores «cinco minutos» de mi vida.

Alan abrió los ojos de golpe. Iba a matarlo, seguro. Se suponía que Will no tenía que saber eso y, mucho menos, soltárselo a ella.

Emma se sorprendió. «Pero ¿cómo ha sido capaz de decírselo a Will? Dios, ¡qué vergüenza!», pensó muy molesta.

Ahora quien iba a matar a Alan era ella.

—Alan no debería haberte contado eso —dijo ella agobiada.

—Pitufina, no te enfades. Alan es mi hermano, me cuenta «casi» todo. Y eso me ha encantado. ¡Tu abuela es la bomba y yo tengo que conocerla! No te enfades con él, ¿vale, caramelito? ¡Por fi, por fi!

Will sabía engatusar a todo el mundo. Emma tampoco fue inmune a sus encantos, aunque fuera por teléfono.

—¡Vale! Ya cogeré yo a Alan por mi cuenta —amenazó ella. Will no la dejó terminar.

—¡Ah, eso sí que me lo tendrá que contar! —Ambos rieron.

Emma oyó de forma nítida a Alan decir «Termina o te arranco el móvil de la mano, con tu mano incluida».

—Uy, el troglodita de tu novio, ¡qué tenso está! Osito de peluche, que sepas que esa tensión solo se quita de una forma.

Ella oyó de nuevo un forcejeo e insultos sueltos. Al final, Will se salió con la suya y continuó en línea.

—Bueno, ¿qué te parece el plan? ¿Podemos ir a verte dentro de quince días? —preguntó Will, sabiendo la respuesta.

Con premeditación, le había colocado el cartel de novio a Alan dos veces. Suponía que eso le había encantado a ella. Y así era.

—De acuerdo. No sufráis, podéis venir ese fin de semana. Y, Will, te adelanto que mi abuela se va a poner muy contenta cuando sepa que te va a conocer.

Emma tenía una sonrisa tan grande dibujada que empezaba a dolerle la cara. En dos fines de semana vería a Alan y conocería a Will. «Estoy soñando, seguro», se dijo.

—Bueno, estrella fugaz, te dejo, que Alan va a descuartizarme. Ya vais hablando durante estas semanas y quedamos. Voy a sacarle un vuelo. ¡Mil besos de caramelo!

Y no pudo decir más, Alan le arrancó el móvil de la mano sin ningún tipo de miramiento y comenzó a hablar de nuevo con ella.

Will estaba sonriendo en modo triunfal. Con mucha tranquilidad, cogió su móvil y se dispuso a enviar un correo a su ayudante para que reservara los asientos. Comenzó a desarrollar en su cabeza un croquis de lo que tendría que hacer. «Recogeré a Alan del trabajo y nos iremos directos al aeropuerto...». Estaba muy emocionado porque iba a conocer a Emma y a su abuela. Miró a su amigo y pensó que, de algún modo, tenía que ayudarlo a terminar con esa tortura que llevaba reconcomiéndole doce años.

Alan estaba tan enfadado con él que tenía la cara desencajada. Will le dedicó una de sus mejores sonrisas. La discusión que se avecinaba después de la llamada iba a ser digna de un buen *whisky* de malta. Se conformaría con un *Sullivans Cove American Oak Single Cask* de Australia, y lo iba a pagar Alan. Él ya había hecho su trabajo y merecía una recompensa. Comenzó a escribir el correo y se quedó a la mitad, oyendo cómo Alan retomaba la conversación.

—Hola, Emma —dijo alterado por todo el tinglado que había montado su amigo, y porque no sabía cómo iba a reaccionar ella.

—Hola. Will es muy... intenso —dijo, echándose a reír. Él se contagió.

—Intenso, metomentodo, bocazas... Y puedo seguir. Perdona por lo que te ha dicho. No te sientas obligada a nada, por favor.

Alan no quería forzar las cosas más de lo que lo estaba haciendo, pero el «simpático» de Will acababa de empujarla a una situación muy precipitada y que era, cuando menos, extraña. «Que solo hemos tenido una cita y Will ya ha tenido que meterse en medio. Todo está saliendo mal. Bueno, quizás no tan mal», razonó despacio.

En realidad, todo estaba saliendo a pedir de boca. Nada coincidía con el plan, eso sí, pero parecía que el universo estuviera cambiándolo todo a propósito para acelerar que estuvieran juntos.

—¡Para nada! Me parece genial que vengáis. Va a ser una sorpresa maravillosa para mi abuela.

Emma estaba de los nervios. Iba a ver a Alan otra vez. La excusa de conocer a Will era lo mejor que le había pasado, sí, pero todo iba demasiado deprisa. «¿Cuándo sonará el despertador?», se preguntó.

Para bien o para mal, eso no iba a pasar.

—Para tu abuela. Ya veo. ¿Y que me conozca a mí? Ya has oído a Will.

El corazón de Alan iba como un reactor. Y se quejaba de Will. Se estaba refiriendo al apelativo con el que lo había definido su amigo, pero no se atrevió a repetirlo.

—Mejor ni te contesto. ¿Lamborghini o Halcón Milenario?

Por fin su maleta apareció en la cinta transportadora. Sin decir nada, se metió el móvil en el bolsillo del pantalón. Sintió un alivio tremendo a ver que no se la habían perdido, hasta que tuvo que bajarla sola de la cinta. «¿Pero qué le he metido a la maleta, piedras?», se dijo mientras forcejeaba con ella. Consiguió ponerla en el suelo y se apartó de la marea de pasajeros que querían hacer lo mismo. Anduvo unos pasos y se paró. Abrió el bolso, rebuscó entre sus cosas y sacó los auriculares. Se peleó con los cables, que siempre se enredaban, pero ganó la batalla. Después los conectó al móvil.

Ruidos en la línea.

—¿Emma? ¿Emma? No, no sé qué pasa. Will, ¿te quieres callar! No, no se oye nada. Emma, ¿sigues ahí? —preguntó Alan inquieto. Por unos instantes, se había quedado en silencio.

—¿Alan? ¿Me oyes? —preguntó ella.

—Eh, sí. Creía que se había cortado —respondió preocupado.

—No, es que estaba cogiendo la maleta y necesitaba las dos manos. Acabo de conectar los auriculares al móvil y no sabía si se iba a cortar —respondió ella. Alan volvió a respirar.

—¿Hay mucha gente?

—Como si fueran a regalar caramelos. Voy hacia la parada de taxis, pero aún me falta. Esto es enorme. —Estaba deseando salir de allí, y cualquier distancia le parecía un mundo.

—Por cierto, tenías razón. He metido piedras en la maleta.

Los dos rieron.

—Ah, y varias cosas: no me lo parece, aunque acepto Halcón Milenario. Pero, para mí, es como si fuera en un Peel P50 —dijo Alan.

—¿Qué? —preguntó sin entender nada—. Perdona, me he perdido, ¿de qué estás hablando?

—Primero, olvida lo de Will y, segundo, me has dado a elegir entre Lamborghini o Halcón Milenario —aclaró Alan.

Emma soltó una carcajada.

—Tienes una memoria prodigiosa. A mí ya se me había olvidado —mintió. No sabía cómo seguir con la conversación—. Bueno, ¿y a ti qué te parece?

—Bueno, me parece súper sexy que conozcas *Star Wars*, pero opino que voy en un Peel P50. Aun así, procuraré bajar el ritmo a Lamborghini.

—¿Un Peel P50? ¿Eso qué es? —preguntó ella.

—Con toda probabilidad, el coche más lento de la historia. Después te mando una foto con el modelo para que puedas comparar uno y otro.

—Eres una caja de sorpresas. Espera, que voy a coger el taxi. Hola, sí, gracias.

—Pero ¿qué lleva en la maleta? —El taxista lo dijo en voz tan alta que se oyó al otro lado de la línea.

Alan sonrió.

—Lo siento, llevo muchos libros y por eso pesa tanto.

Emma entró en el taxi y le indicó la dirección.

—Por favor, al 1281 Simms Pl NE 2, gracias. ¿Alan? ¿Me oyes?

—Sí. ¿Ya vas para casa?

—Sí, por fin.

—Dime, ¿por qué me has dicho que soy una caja de sorpresas? —Tenía bastante curiosidad.

—Por lo del modelo de coche que me has dicho antes.

—Espera, que te mando la foto. —Buscó la fotografía de ambos modelos y se los envió por wasap.

—¿Ese coche existe? —dijo ella, riéndose a carcajadas—. Desde luego, no hay color con el Lamborghini. En serio, ¿hay algo que no sepas?

—¡Uf! Creo que aún me quedan un par de cosas. Pero de aquí a que nos veamos prometo aprenderlas y ya seré perfecto —se burló.

—«Muajaja». Así que eres de esos... —Sonó decepcionada.

—¿De esos? ¿A qué te refieres?

—De esos que tienen que ser perfectos en todo: vida, trabajo y cuerpo. Te aseguro que yo no encajo en la definición de lo que se supone que es una chica perfecta para nada. De modo que creo que lo mejor será que nos despedamos aquí...

Y se cortó la llamada.

Emma llevaba un buen rato hablando sola burlándose de Alan cuando, de pronto, le hizo una pregunta y no contestó. Extrañada, abrió el bolso y cogió el teléfono. «¡Cómo no!», se quejó. El móvil había fallado, por lo que no tuvo más remedio que reiniciarlo. Pulsó el botón lateral del iPhone y le apareció la opción de Apagar. Aguantó la respiración como siempre hacía cada vez que lo reiniciaba. «Malditos aparatos de los que dependemos como robots», pensó. Tenía los ojos fijos en la pantalla. Pulsó el botón lateral, esperando con impaciencia ver la famosa manzanita mordida, implorando para que se volviera a encender lo antes posible. Mientras esperaba esos segundos, que le parecieron horas, le vino un pensamiento que la impactó como un rayo.

«¿Hasta dónde habrá oído Alan? Oh, Dios. Oh, Dios. ¡Maldita sea! ¡Enciéndete ya!», la mente le iba a mil por hora. Pensó en lo último que le habría oído, ya que se había burlado sin parar. Le había dicho que no hacían buena pareja, que era mejor que lo dejaran y un montón de cosas más, aunque todo era en broma. La llamada se había cortado, pero no sabía en qué punto exacto de la conversación había sucedido. Con alivio, vio la pantalla de desbloquear y metió a toda velocidad la contraseña. Se equivocó y por poco le da un infarto.

«Tranquila, Emma, escríbela despacio», se dijo. Volvió a introducir los seis dígitos y apareció la siguiente pantalla para desbloquear el operador. Introdujo las cuatro cifras y apareció la pantalla principal. Funcionaba. Se asustó al recibir varios mensajes: tenía cuatro llamadas perdidas. De pronto, se asustó aún más. El móvil comenzó a vibrar y sonó con fuerza la melodía en sus oídos. Era Alan.

—¿Hola? —preguntó con prudencia. Quería conocer la reacción de él antes de disculparse por la de cosas nada bonitas que le había dicho.

—Emma estás... Has... —Se oyó un largo suspiro del lado de Alan. Durante unos segundos, había pensado lo peor. Y se derrumbó.

Ruido. Cambio de manos.

—¿Emma? Soy Will. ¿Estás bien, corazoncito?

—Sí, me ha dado un fallo el móvil y he tenido que reiniciarlo. Estos cacharros modernos fallan todo el tiempo.

—Gracias a Dios —Will también suspiró.

—Will, ¿y Alan? ¿Por qué me has cogido tú el teléfono? ¿Me puedes explicar qué es lo que ocurre?

Emma estaba confusa y preocupada. «¿Me querrá mandar a paseo después de lo que le he dicho? Maldito filtro cerebro-boca».

Como no oía nada, volvió a preguntar:

—¿Will?

—Emma, preciosa. Nos hemos llevado un buen susto cuando se ha cortado la llamada. Creíamos que habíais tenido... Yo qué sé, se nos ha ocurrido de todo —respondió Will sin dar muchas explicaciones, intentando tranquilizarse—. Te paso a Alan. Te quiero, bonita.

Cuando se había cortado la llamada, Will se levantó y pagó la cuenta. Alan ya había salido del restaurante por si se debía a que tenía poca cobertura. Volvió a intentarlo, pero saltaba el buzón de voz.

Una vez más y otra, y otra.

El empresario estaba pálido. No dejaba de mirar el móvil sin entender nada. Por cuarta vez, volvió a saltar el buzón de voz. Las últimas palabras que había escuchado fueron que no era perfecta y que mejor se despedían en ese momento. Su corazón se había parado y no era capaz de volver a marcar el número, sus manos estaban agarrotadas. En realidad, nada en su cuerpo le respondía: ella había apagado el teléfono.

Su amigo fue hacia él y le tocó el hombro. Alan levantó la vista y lo miró con los ojos empañados. El nudo en su garganta le recordó que aún estaba vivo y que, al mismo tiempo, no sabía cómo iba a seguir adelante: ella había apagado el teléfono.

El diseñador le dijo, con muchísimo tacto, que esperara por si ella había pasado por un cambio de antena, que quizás fuera ese el motivo del corte. Le recordó que iba en taxi y que a veces eso pasaba. Le pidió que esperara un minuto y lo volviera a intentar. Alan perdió un año de vida en

ese minuto. Su amigo volvió a marcar la llamada, él no podía mover ni un músculo. Y, de pronto el corazón de ambos volvió a latir: la línea daba tono de llamada y Emma, al fin, respondía.

Al escuchar su voz, no pudo hacer otra cosa que pasarle el teléfono a Will y caminar un par de pasos para recuperarse. Miles de pensamientos de derrota habían inundado su mente, y todos eran previendo el terrible final. Puede que fuera una reacción exagerada, que lo era, pero había que entender a Alan: llevaba años esperando ese momento, y que ella le hubiera dicho, en cierto modo, que no eran el uno para el otro, había acabado con su entereza. Al ver su reacción, el diseñador había contestado. Oír a su amigo hablar con ella, lo hizo reaccionar. Se frotó la cara con ambas manos y le pidió teléfono.

—Hola, preciosa —dijo muy despacio—. ¿Por qué has colgado? —preguntó como si le hubiera pasado por encima una apisonadora.

—No he colgado, solo se me ha quedado bloqueado el móvil y lo he tenido que reiniciar.

Emma estaba extrañada. La voz de él sonaba como de preocupación, no de enfado. «Pero ¿qué le pasa? ¿Por qué se lo ha tomado a la tremenda?», pensó a toda velocidad.

—De verdad, estoy bien. No me ha sucedido nada —comentó sonriendo, tratando de quitarle importancia.

Silencio.

Alan necesitó todo un minuto para tragar su corazón, que, sin ninguna invitación, había subido hasta su boca.

—¿Alan?

—Sí, dime —no fue capaz de decir nada más.

—Yo... quería disculparme por lo de antes. Estaba bromeando y creo que se ha cortado en mitad de la conversación.

De nuevo, silencio.

Él cerró los ojos y se dio la vuelta para que su amigo no viera cómo se rompía. Con discreción, se frotó la cara.

Will se alejó un poco para dejarle algo de intimidad y se preguntó cuánto podía llegar a sufrir una persona en una vida. Mucho, sin duda. Cogió su móvil y decidió llamar un momento a su ayudante, Faith, para que hiciera la reserva del vuelo y del hotel para los dos. Al final, con tanto lío, no le había dado tiempo. Ella le confirmó que las suyas estaban hechas y

tramitó las de Alan, con la suerte de que pudo conseguir un asiento a su lado en el avión. Agradeció a su secretaria los trámites y colgó.

Miró a Alan para comprobar cómo se encontraba y se alegró al ver que se había recuperado. Con la interrupción de la llamada se había parado el mundo y, poco a poco, empezaba a recobrar la normalidad.

Al otro lado de la línea, ahora, la que no respiraba era Emma.

—No, por favor, perdóname tú. A veces los tíos decimos tonterías. Muchas tonterías. ¿No lo decías en serio?

—¿El qué? —preguntó muy preocupada.

—Que mejor nos despedíamos. No era en serio, ¿verdad? Ah, y retira lo otro que has dicho. Sí que eres perfecta. Lo eres.

—No me lo puedo creer. ¿Lo último que has oído antes de que se colgara la llamada era que mejor nos despedíamos?

Emma comenzó a entender la preocupación de los dos. Creían que ella apagado el móvil. Paró un segundo y lo vio con total claridad. Sorprendida, no podía dejar de repetir en su mente: «No puede ser».

—¿Alan?

Se oyó un largo resoplido.

—Sí, eso es lo último que he escuchado. Me alegro de que solo se te haya bloqueado el móvil —dijo con alivio—. Por un momento he pensado que...

—¿Qué? ¿Que no quería nada contigo? —dijo con la voz divertida, quitándole importancia—. Vamos, Alan, ¡no hubiera pasado nada! Te aseguro que mañana tendrías a diez chicas haciendo cola solo para que las miraras. No creo que fuera una tragedia tan grande que tú y yo...

Alan no la dejó terminar.

—Ni lo pienses, Emma Scott. ¡Llevo una vida esperándote! He soñado contigo, luchado y rezado para que llegara este día desde hace años. Ni se te ocurra decir que no hubiera sido una tragedia tan grande que tú y yo no estuviéramos juntos. ¡Ni se te ocurra decirlo!

Will lo miró con la cara desencajada. Abrió los brazos muy despacio y puso las palmas hacia arriba mientras negaba incrédulo. Pensó que esa conversación se había ido de madre, que Alan estaba desquiciado y todo se iba a ir a la mierda sin remedio como no colgara esa llamada.

Sin embargo, no todo tiene por qué salir mal. A veces, la vida nos sorprende. A veces, solo a veces, estamos en sintonía con todo.

Silencio.

Alan, destrozado, miró a Will. Sabía que acababa de perderlo todo. Este negó despacio y frunció los labios, incapaz de verle una solución al tremendo error que había cometido su amigo.

Y, de pronto, el mundo volvió a girar.

—Deberías dedicarte al teatro. Menudo monólogo acabas de soltarme —dijo ella a carcajadas—. Alan, ¡que nos acabamos de conocer! ¡Una vida esperándome! —Rio con ganas—. Que sí, que ya lo he pillado, te gusto mucho. Lo admito, a mí también me gustas. Pero, en serio, no hace falta exagerar. —Siguió riendo.

Él estaba bloqueado. Will chasqueó los dedos para que volviera al momento presente. Y lo hizo.

—¿Has oído alguna vez eso de que a veces los minutos parecen horas y las horas días? —preguntó Alan, recuperando la esperanza.

—Claro, todo el mundo ha sentido eso alguna vez. Cuando estamos mal, parece que el tiempo se detiene y, cuando estamos bien, el tiempo pasa volando —respondió Emma.

—Sí, pero ¿y si por una vez, solo una, sucediera al revés? ¿Y si un minuto extraordinario contara como una década? ¿Y si alguien que te baña con café se convirtiera en el amor de tu vida?

Y con estas palabras, lo logró.

Alan, sin saberlo, había conseguido lo imposible.

Los ojos de Emma se empañaron y comenzó a sentir cómo la sangre corría veloz por sus brazos hasta la punta de los dedos. Una descarga de adrenalina hizo que se le erizara toda la piel del cuerpo y provocó que su respiración se volviera superficial por una mezcla de emoción y pánico. Los minutos se convirtieron en décadas, y comprendió cuánta razón tenía él con lo que acababa de decirle.

—No puedes estar hablando en serio —negó con la voz quebrada.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida. Cuando lo sabes... —comenzó Alan.

—Lo sabes —dijo Emma, terminado la frase. Sonrió con verdadera incredulidad—. Yo no esperaba...

—¿Sentir lo mismo? —Esta vez fue él quien se adelantó.

El taxista indicó que ya habían llegado.

—Alan...

—¿Sí?

—He llegado a casa. Tengo que pagar el taxi. Un momento.

Emma no sabía ni cómo cortar esa conversación. Habían pasado de la burla, al miedo y a una declaración formal de amor. «Que alguien pare el tiovivo», esta frase de su serie favorita se coló en sus pensamientos.

Pero así es la vida: el tiovivo nunca deja de girar.

—De acuerdo —respondió Alan.

Tras pagarle la carrera, el taxista salió del coche para sacar la enorme maleta y se despidió de ella.

Emma sonrió al ver la verja blanca tan bonita. «Parece recién pintada, ¿o es nueva? Desde luego, la que teníamos estaba muy viejita», pensó, sin darle mucha importancia. Aunque se alegró de que su abuela mantuviera la casa impecable por fuera. Las flores estaban inmensas y muy bien cuidadas. Había macizos nuevos y piedras blancas delimitando el camino hasta la puerta. Estaba deseando entrar.

—Ya está. Estoy agotada —confesó. Esa conversación había sido como subirse en una montaña rusa hacia atrás y sin arnés.

—Te dejo entonces. Cuídate. Hablamos luego. —Sonó algo desesperado por volver hablar con ella. Y es que así era.

El diseñador torció la boca y volvió a negar. Él asintió para darle la razón mientras cerraba los ojos. Se estaba cubriendo de gloria con aquella llamada.

—Saluda a tu abuela de mi parte —añadió algo más calmado, y se oyó a su amigo gritar un «¡Ehhh!»—. Vale, Will —dijo, abriendo de nuevo los ojos y, esta vez, fue él quien negó sin parar—, de nuestra parte.

—Está bien. La saludaré de parte de los dos. Bueno, Alan —dijo, sin saber cómo despedirse—, mejor hablamos mañana. Déjame que digiera todo esto. Al menos, deja que lo consulte con la almohada. Ahora mi cerebro no da para más.

—Por supuesto, preciosa. Descansa, ya estás en casa. Hablamos...

—Hablamos.

Emma se quedó mirando el móvil. «¿Qué narices ha pasado?», pensó. No tenía fuerzas para buscarle sentido a la conversación tan extraña y surrealista que acababa de tener. Solo quería entrar en casa, sentarse en su sillón preferido, hacerse un café en su taza de siempre y hablar durante horas con su abuela.

Rutina, maravillosa rutina.

Abrió de nuevo el bolso y cogió las llaves. Atravesó la preciosa verja blanca y anduvo el camino hasta la enorme puerta blanca.

Como había dicho Alan: por fin estaba en casa.

Se fijó en la puerta. También le pareció recién pintada o puede que fuese nueva, no lo sabía. Al menos la cerradura era la misma.

La abrió y pasó dentro. Todo era distinto.

Algunas paredes habían desaparecido para dejar paso a una enorme habitación separada por espacios diáfanos, pero bien definidos. Todo era nuevo: el color de la estancia, los muebles, la decoración... Al fondo había una espectacular cocina abierta con electrodomésticos de última generación. Todo era muy moderno y elegantísimo. Parecía la fotografía de una revista de decoración.

«¿Dónde están todas mis cosas? ¿Quién se ha atrevido a cambiar la casa de mi madre?».

Y solo se le ocurrió una respuesta que vociferó en voz alta.

—¡Abuela!

CAPÍTULO 22. recuperando la tranquilidad

Alan bloqueó el móvil y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—Creo que hoy he perdido cinco años de vida —dijo a su amigo.

—Y a mí me han salido cien canas. Por tu culpa voy a tener que teñirme el pelo —se burló Will.

Ambos rieron sin fuerzas.

—Quiero irme a casa y dormir hasta mañana —confesó Alan—. Si vuelvo a tener un día como el de hoy, no llego a fin de año.

—Vamos, hombretón —dijo, pasándole el brazo por el hombro—, te llevo a casa. Pero antes tengo que ir a comprar alcohol. No, alcohol no, mucho alcohol. ¡Y lo vas a pagar tú!

—Hecho. —Alan estaba agotado física y mentalmente.

—Saldrá bien. —Will se detuvo, lo sujetó de los hombros y lo miró a los ojos—. Saldrá bien —repitió—, te lo prometo. Esto termina ya. Te mereces un final feliz y, aunque tenga que donar mi cuerpo a la ciencia te juro que acabareis juntos. Te lo juro.

Al diseñador se le quebró la voz y pensó que, si él estaba así, Alan tampoco podría aguantar mucho más. Su tortura duraba ya casi doce años, y sabía que el fin estaba cerca, terminarían juntos o no.

—Espero que tengas razón —dijo Alan, exhausto por la tensión.

—Estoy seguro. Os merecéis un final feliz. Y por mi vida que lo vais a conseguir —añadió, mientras lo abrazaba.

Will veía que el desgaste emocional al que se había sometido Alan ya estaba empezando a pasarle factura. Y la cuenta era muy larga.

—Que no soy gay —se burló sin fuerzas.

Will se separó y le dio un puñetazo simbólico de regaño.

—Gay no, pero gilipollas un rato.

—Gracias, Will.

—Cierra tu puta boca o me pondré a llorar como una niñata viendo un concierto de Taylor Swift —protestó su amigo.

—Anda, bufón, vamos a comprar el *whisky* más caro que encontremos. Y, sí, pago yo.

—Vale, pero habrá que pillar también algo de comer para que no me dé un patatús. Con este mal rato, tengo el azúcar por los suelos.

—Venga, compra todo lo que quieras. Yo invito.

—No esperaba menos. —Sonrió el diseñador.

Llegaron al despampanante coche de Will: un Ferrari 488 GTB Spider nuevecito en color rojo. Un lujo innecesario, sí, pero nadie rechazaría el regalo del primogénito de un magnate del petróleo que quiere recompensarte por una noche morbosa y ardiente. Pensó en cómo la vida era maravillosa algunas veces.

Alan, mirando la adquisición inesperada de su amigo, no pudo callar.

—Tu falta de polla la compensas sobradamente con tu coche. No me puedo creer que te prostituyeras para conseguir esta horterada pretenciosa —ironizó.

—Y dale. ¿Cuántas veces te voy a tener que explicar lo mismo? Primero, mi polla es de tamaño XXXL y, segundo, fue una noche increíble de sexo sórdido, caliente y espontáneo. Te lo he dicho un millón de veces: no sé por qué me regaló el coche. Yo no le pedí nada, pero no iba a rechazar algo así —confesó Will, señalando la maravilla que estaba esperando ser conducida—. Espera, ¿compensar mi polla? ¿Entonces los quinientos coches que tú tienes qué es lo que compensan?

—No tengo quinientos coches. Y no tengo que compensar nada, ¡capullo sin cerebro! Lo que sigo sin entender es por qué la gente miente. Si eres gay, lo eres y punto. No te escondas; no hace bien a nadie.

—Creo que a su prometida no le hubiera gustado saberlo. Ni a sus padres, suegros, abuelos, tíos, primos...

Alan se echó a reír, su amigo iba a repasar todo el árbol genealógico de aquel hombre misterioso. Will, con nostalgia, emitió un largo suspiro.

—El imperio tiene que seguir adelante. Y, según el nivel donde te muevas, no vende ni está bien visto que seas gay —añadió—. No todo el mundo lo ve tan sencillo como tú. Si vendes petróleo, tienes que ser un macho duro, con sombrero de cowboy, galopando a caballo...

Alan lo cortó en seco.

—¿En qué año vives, en los cincuenta? Deja de pensar en *Gigante* y en Rock Hudson. Te recuerdo que era gay —puntualizó.

—Por eso. Mmm..., pero qué buenísimo estaba Rock.

—No sigas por ahí, que te...

—Parto la cara, las fundas, la boca... Menudo repertorio tienes. Pero no, no era vaquero. No diré ni quién ni cómo ni de dónde era: me gusta estar vivo. Es un privilegio al que no quiero renunciar. —Will dejó de bromear.

—Tranquilo. Ni te lo voy a preguntar ni quiero saberlo. Y me alegra mucho que pienses de esa manera.

—Además, no creo que lo vuelva a ver en mi vida. Es mejor así, pero, bueno, tengo un recuerdo espléndido que disfrutaré durante mucho tiempo —respondió sonriendo mientras acariciaba el volante de cuero.

—Cambiano de tema, ¿qué has pensado hacer con el doctor Reid? —preguntó Alan para dejar de hablar del extravagante y controvertido regalo.

Will dejó de sonreír de golpe. Torció el labio y levantó las cejas.

—¡Es un gilipollas integral! Tiró sin remordimientos mi número de teléfono encima de la mesa ¡con los restos del desayuno! No, ¡ni hablar! Y... y tuvo la poca vergüenza, y la falta total de educación, de dejarme solo. ¡A mí! Me abandonó en medio de una cafetería. ¡A mí! ¡Con el pedazo de tío que soy, que le doy mil vueltas! ¡No! No se merece ni mi desprecio y ni que gaste saliva en hablar de él porque es un gilipollas como te digo. Es más, no pienso molestarme en ir al hospital para preguntar por él, no se lo merece. Pero ¿quién se cree que es para tratarme a mí de esa manera? —golpeó el volante con rabia.

»¡Ni que fuera un highlander con una espada a dos manos! Vamos que no, que paso, que yo vivo mi vida como quiero y no me da la gana que un irlandés de mala muerte me fastidie mis planes. Además, ¡no tengo tiempo para esto! ¡Céntrate, Alan, joder! —Volvió a resoplar con rabia y a castigar el volante con la palma de la mano—. Tenemos que enfocarnos como cabrones en el plan para conquistar a Emma, que menudo susto nos ha dado hoy y...

—¡Will, para ya! —gritó Alan—. Traga saliva o al menos respira.

—¡Vaya, hombre! Otro como Emma. Me habéis dicho los dos lo mismo, aunque ella de forma más mucho educada que tú, ¡capullo! —replicó con retintín.

—¿En serio? ¿Te dijo lo mismo? —preguntó asombrado.

—Casi con las mismas palabras, ¡friki de los cojones! —respondió el diseñador muy enfadado.

—Emma es muy inteligente y te ha calado a la primera. ¡Esa es mi chica! —dijo triunfal.

—Sí, sí, bla, bla, en breve me va a comer la polla. Pero estamos hablando de mí por una vez y no de ti, ¡ombligo del mundo!

—Deja de ser un puto mal hablado o te vas a tragar el salpicadero. ¡Y no vuelvas a decir algo tan soez incluyendo a Emma! —Alan estaba que echaba chispas.

—Uf, ¡qué cantidad de chorradas tenemos que aguantar el uno del otro! Vale, sí, lo vuestro va a ser tipo *Cantando bajo la lluvia*, habrá corazones flotando y tú le darás un beso recatado en la mejilla por el resto de su vida. Claro, porque llevas todo este tiempo queriendo meterla en una puta película para todos los públicos y no quieres follártela hasta que tengas calambres en las cejas. Pero ¿tú eres gilipollas o qué? ¿Con quién cojones te crees que estás hablando, tío? ¡Que me llevo tragando tu mierda desde hace más de siete años, joder! —Ahora el que estaba que no se le podía ni soplar era Will.

—¡Joder! —gritó Alan.

—¡Eso! —respondió el diseñador.

Continuaron en silencio con Will conduciendo a la velocidad de la vía. Quería mucho a su coche, y no estaba dispuesto a que le pusieran una multa. Pese a que lo que de verdad deseaba era poner al límite esa maravilla bajo sus pies, se quedaría con las ganas.

Aparcaron en el centro comercial y bajaron del coche sin hablarse. El ambiente estaba más que crispado. Anduvieron hasta llegar al supermercado. Will fue el primero en romper el hielo. Sabía que Alan ya había tenido suficiente ese día, aunque el suyo tampoco había sido como para lanzar cohetes.

—¿Cogemos dos cestas? —preguntó Will, esperando su reacción.

Alan gruñó en señal afirmativa y comenzaron a recorrer los pasillos.

—Venga, Alan, háblame. Sabes que no me gusta que nos enfademos. —Le puso morritos.

—No soy tu puta mujer, Will. No me hables en ese tono —respondió en señal de armisticio.

Su amigo sonrió al ver que las aguas volvían a su cauce y empezó a echar de todo en la cesta.

—Eres un cascarrabias. No llegas a los treinta y ya eres un puto viejo cascarrabias. La falta de sexo puede volver loco a un hombre, ¿lo

sabías? —se mofó.

—«Muajaja» —dijo Alan.

—No jodas, ¡si eso lo dice Emma! Y luego el rarito soy yo. Necesito hacer más amigos —se volvió a burlar.

—¿Y quién cojones te iba a aguantar a ti? ¡Ya sé! El doctor Reid. Ah, no, espera, ¡que eres un pedazo de cagado y no quieres ir a verlo! Entonces, déjame pensar... Esto, ¡nadie! Yo soy todo lo que tienes porque no paras de mandar a la mierda cualquier posibilidad de encontrar a alguien que sirva para algo más que desatascarte las tuberías. Uf, ¡eres agotador! —respondió subiendo el tono de voz más de lo que pretendía.

Varias personas que estaban haciendo la compra se les quedaron mirando. Parecían un matrimonio en plena discusión.

Will se dio cuenta y siguió hablando en voz baja.

—¡No te jode! ¡Serás capullo! Y deja de hablar tan alto, que la gente nos está mirando —se quejó—. Que te quede muy claro: punto uno, yo no soy un cagado. Ese tío quería una alianza a los putos cinco primeros minutos de conocernos y, punto dos, ¿a ti qué cojones te importa si tengo pareja o no? Es mi puta vida, quiero vivirla como me dé la puta gana sin tener que dar putas explicaciones a nadie.

Alan lo cortó sin esperar a que terminara.

—Cómo de bien te sabes ese discurso —respondió en un tono más comedido—. Te creería si no lo repitieras una y otra vez para convencerte a ti mismo. Haz lo que quieras, Will, ya eres adulto. Has triunfado en la vida. Tienes una empresa que empieza a ser un emporio, varias casas en distintos países, coches... Un éxito rotundo en cada colección que sacas, pero nada de eso te habla ni te sonríe ni está deseando verte.

—Ya está. Al final he conseguido volverte gay —se burló su amigo, que no quería hablar de nada de eso.

—No vas a lograr que me enfade, esta vez no. Mira, Will, yo sé que eres joven, que quieres divertirte y que pasas de hablar de ello. Pero olvidas una cosa.

—¿Qué, Alan? ¿Qué cojones olvido? —respondió de mala manera.

—Que te conozco. Que sé quién eres. Hemos pasado lo indecible juntos, así que ahora no vengas a decirme que no sé quién eres y lo que verdad quieres.

Alan estaba hablando muy en serio. Se sentía tan cansado en ese momento que decidió no insistir más.

Will dibujó una mueca de reprobación, frunciendo los labios. Por último, apartó la mirada, agachó la cabeza y cruzó los brazos. «Alan tiene razón, siempre tiene la puta razón», pensó.

—Si llamo al hospital para saber si está Collin de guardia, ¿me acompañarías para hablar con él? —preguntó, mirándolo a los ojos, como un niño hambriento de amor esperando con ansias que alguien le preste la atención que merece.

Alan sonrió y le dio un pequeño empujón en el hombro.

—¡Pues claro, Romeo! Anda, vamos a terminar la compra. Ve llamando al hospital, a ver si esta noche tiene guardia —respondió con el cariño de un hermano mayor.

Alan cogió el asa de la cesta y comenzó a andar. Una sonrisa de oreja a oreja se le dibujó a Will en la cara.

—¡Eres el mejor! —le agradeció.

—Lo sé.

—Pero eres hetero, eso son como mínimo dos puntos menos —se burló el diseñador.

—Qué gilipollas eres. Anda, dime qué *whisky* te apetece —dijo Alan, ladeando la cabeza. Su amigo nunca cambiaría—. Espera, espera, ¡ya lo tengo! Un Glen Grant, un Johnnie Walker o, mejor, un Talisker —soltó sin poder parar de reír. Todos eran *whiskies* irlandeses.

—Te voy a comprar un circo, solo te falta la nariz de payaso. Uno de cada, ¡por gilipollas! Total, pagas tú —bromeó. Aquellas bebidas eran carísimas.

—Está bien, ¡cállate de una vez! Voy a por el encargado.

—¿Qué? Ni hablar —se quejó el diseñador, pero Alan no le hizo caso—. Pero ¿dónde vas? Que no hace falta, coge cualquiera. Tampoco soy tan exquisito, me entra todo...

Will no quería que gastara tanto en las botellas, y había algunas con un precio exorbitante en la vitrina cerrada de la zona de licores.

—Mejor ni te respondo.

Alan lo ignoró y fue a hablar con el encargado. Will se lo quedó mirando, incapaz de creer que fuera capaz de hacerlo.

—Buenas tardes, ¿me podría sacar unas botellas de la vitrina de *whiskies*, por favor? —dijo Alan al responsable.

Este asintió y lo acompañó a la zona de bebidas. El empresario escogió los que le había nombrado a su amigo: Glen Grant de cincuenta

años, Johnnie Walker Blue Label de dieciocho años y Talisker de treinta años. El precio era lo de menos, lo sorprendente era que ese supermercado tuviera botellas de ese calibre. Su amigo se merecía eso y más.

Will se quedó sin palabras.

—¿Pero estás loco? No deberías... —no sabía ni qué decir.

—¿Te he dejado sin palabras? Espera, voy a disfrutar de este momento —se burló—. ¿Vas a coger algo más de comida?

—No. —Fue lo único capaz de contestar Will.

—¿No necesitan nada más? —preguntó el encargado. Aún no le había dado las botellas. Las mantenía fuera de la vitrina apoyadas en una mesa para degustaciones.

—No, gracias —respondió Alan.

—¿Sería tan amable de esperar un momento, por favor? Tengo que llamar a seguridad para que lo acompañe a la caja —explicó el hombre.

—Claro, por favor.

El encargado cogió el walkie talkie y llamó al guardia de seguridad, que tardó menos de un minuto en llegar.

—Si son tan amables, Fred los acompañará a las cajas —indicó el responsable mientras le daba las botellas al guardia.

—Por supuesto, gracias. —Se despidió—. Venga Will, vámonos y llamas al hospital.

Alan se dirigió a la zona de las cajas para abonar la compra seguido por el guardia de seguridad, que llevaba en mano las tres botellas.

—¿Qué? ¡Espera, Alan! ¡Para! En serio, deja eso, que te va a salir por un ojo de la cara. —Will no podía creer que lo fuese a hacer. Pensó que a su amigo se le había ido la cabeza y no podía permitírselo.

—Invítame a cenar y a una copa, o mejor a veinte, que me lo tengo más que ganado. Venga, vámonos. —Sin añadir nada más, comenzó a colocar en la cinta la comida de su cesta.

Will lo imitó, incapaz de cerrar la boca. Cuando hubo terminado, el guardia facilitó botella a botella a la cajera y esta fue quitando la alarma a cada una para pasarlas por el lector. La chica tuvo que revisar la cuenta dos veces al ver el precio: eso tenía que estar mal. El guardia le indicó que era correcto. No se movió de la caja, estaba esperando a que Alan pagara la compra. Él le facilitó su Visa Infinite a la cajera, que miró la tarjeta como si fuera de otro mundo. Y es que su nivel adquisitivo lo hacía de otro mundo.

Abonó la cuenta y le indicó a su amigo, con una enorme sonrisa, que cogiera las bolsas.

—¿Te has vuelto loco? ¡Puto chiflado de los cojones! —gritó Will—. ¡Más de cinco mil dólares! ¡Joder! ¡Que te has gastado más de cinco mil dólares en *whisky*! ¡Por Dios, date la vuelta y devuelve las botellas!

Alan siguió andando con total tranquilidad. El diseñador se quejó todo el camino hasta llegar al cajero.

—Al menos pagarás el aparcamiento, ¿no? —se mofó Alan.

El diseñador dejó las bolsas en el suelo y abonó el tique mientras no dejaba de decirle lindezas.

—Vale, eres rico, somos ricos: lo sé. Pero no está bien tirar el dinero de esta manera, Alan. ¡Que es solo *whisky*! —dijo Will angustiado.

—Lo sé. «Pero» se te olvida que tú, para mí, eres mucho más que un amigo. Llevamos juntos más de siete años de mierda, tantos como si hubiésemos roto un espejo. ¡Estoy harto! Nos lo merecemos. Por hoy, por ayer, por... todo. Venga, solo es dinero. Agradecemos que lo tenemos y podemos disfrutarlo.

Alan sí que poseía un imperio. Aparte de la compañía que dirigía Tom, tenía varias fundaciones benéficas y ayudaba a otras muchas con grandes donaciones para dar una vida mejor a personas en situación verdaderamente penosa. Y pensó que, por una vez en la vida, podía gastarse ese dinero para celebrar que Emma no lo había mandado al carajo.

—Llama al hospital, ¡ya! —exigió Alan.

—De acuerdo. Y... gracias. Menuda locura.

El empresario sonrió. El diseñador metió las bolsas en el maletero y se aseguró de que las botellas, aunque tuvieran cajas protectoras, no chocaran entre ellas. Una vez sentados, buscó en internet el teléfono de la zona de urgencias. Miró a Alan, que asintió una vez. Después, con los ojos muy abiertos, observó la pantalla de su teléfono. Respiraba muy rápido y de manera superficial. Tragó saliva y pulso el número.

Su corazón iba a dos mil por hora, y eso que solo iba a preguntar si estaba Collin de guardia esa noche. La línea dio tono de llamada. Sintió la adrenalina recorriendo su cuerpo, como si una descarga eléctrica sin control llegara a cada célula. No tuvo tiempo de pensar en nada más.

—Urgencias.

—¿Eh? ¡Sí! ¿Me... me podrían confirmar si esta noche tiene guardia el doctor Reid? Soy paciente suyo y necesito hacerle una consulta —mintió Will con la boca seca.

—Un momento, por favor. —La persona que le había contestado fue a comprobar el listado de doctores que estaban de guardia esa noche—. ¿Hola? ¿Sí? ¿Sigue ahí?

—¡Sí, sí! Estoy aquí, ¡dígame! —respondió histérico Will.

—En efecto, el doctor Reid empieza el turno a las seis de la tarde hasta las ocho de la mañana. Pásese por aquí y lo atenderá.

—Gracias —logró decir.

—Sin problema. —Y colgaron.

Will miró a Alan, pero no era capaz de decir ni una sola palabra.

—¿Y bien? ¿Trabaja hoy? —preguntó Alan impaciente.

Él asintió con cara de pánico.

—Tiene turno de seis de la tarde a ocho de la mañana.

—Pues ya lo tienes. Vamos a cenar y luego nos llegamos al hospital. El *whisky* tendrá que esperar un poco más —se lamentó el empresario.

—De acuerdo. Esto, gracias, Alan. De verdad —consiguió articular.

—No me las des todavía. A ver qué piensa la otra parte de tu plan. ¿Mistral o a domicilio?

—Mistral, e invito yo.

Will arrancó esa maravilla de máquina perfecta y se dirigió a su ático para dejar la compra, después irían al restaurante a cenar. Alan estaba muy satisfecho. Había conseguido que él se decidiera de una vez por todas a echarle coraje a la vida y, más que nada, para buscar el amor que tanto ansiaba.

Una cosa era cierta: Will jamás reconocería en voz alta que eso era lo que quería, pero, sobre todo, lo que necesitaba.

CAPÍTULO 23. nada es lo que parece

Slab miró su reloj Longines Conquest Classic Automático de esfera negra, una pieza excepcional que le había costado cerca de nueve mil dólares y del que estaba muy orgulloso. Gracias a ese reloj, bueno, y a alguna cosa más, se le habían abierto bastantes puertas.

Ya eran casi las tres y media de la tarde. Al dejar la cafetería, el resto de la mañana lo había dedicado a comprar el mobiliario a fin de tener una coartada perfecta. Gran parte de lo que había adquirido llegaría a la semana siguiente, el resto tardaría algunas más; pero no iba a ir a ninguna parte. Eso lo hacía más real, y así tendría excusas suficientes para invitar a su espectacular vecina a fin de estrenar cada rincón de esa vieja casa remodelada con bastante gusto. Abrió la puerta de Starbucks y ella aún estaba detrás de la barra.

Cuando lo vio entrar, inhaló una bocanada de aire. «No me lo he inventado. Sí que ha venido a verme», pensó Sarah. Dibujó una gran sonrisa y se despidió de sus compañeros. Salió de detrás del mostrador y fue con confianza hacia Slab.

—Hola —dijeron los dos.

—Has venido. —Sarah no lo preguntó. Solo estaba constatando un hecho.

—¿Lo dudabas? —dijo sorprendido.

—¿La verdad? Un poco. ¿Coges una mesa? Voy detrás un momento para cambiarme y pedimos algo. Ve eligiendo, que sé que te cuesta decidir —respondió divertida con un amago de sonrisa.

—Según el qué —replicó Abraham con cara de perdonavidas.

Sarah se lo quedó mirando. Tuvo que reconocer que le gustó su respuesta. Levantó la comisura, asintió con sutileza y se dio la vuelta para desaparecer detrás de la puerta que la llevaba a la sala común. Se alegró de haber elegido la camiseta con el escote justo para dar rienda suelta a la imaginación. Se peinó a toda prisa y se echó un poco de cacao: allí no tenía nada más. Eso tendría que ser suficiente por el momento. Salió para encontrarse con un Slab que, sentado en la misma mesa que había ocupado

hacía pocas horas, estaba mirando el cartel luminoso con los tipos de bebidas. Al verla, dejó escapar una sonrisa.

«Pero qué me ocurre con esta chica que, cada vez que la veo, solo puedo sonreír», se regañó. Sabía que eso tenía que acabar porque, por mucho que le gustara, esa no era ni iba a ser nunca su vida. No era más que un trabajo. Tendría que grabárselo a fuego, ya que esa chica tenía algo que le hacía desear cosas que sabía que no podría tener nunca.

Sarah le sonrió y le indicó con la cabeza que la acompañara a pedir.

—Te gusta esa mesa, ¿eh?

—Soy hombre de costumbres fijas.

—¿Costumbres fijas? ¿Algún trastorno obsesivo compulsivo del que me tengas que contar algo? —preguntó ella sin bromear.

—No, yo no tengo TOC. Era solo una forma de hablar, no para que te lo tomaras al pie de la letra. Debo tener cuidado con lo que digo. Eres demasiado literal —se quejó él.

—Estudio Psicología. Nada es al azar. Nuestro subconsciente nos habla, aunque la mayoría de las veces queramos ignorarlo. Y, lo más importante, me encanta buscarle las cosquillas a la gente. ¿Sabes ya lo que quieres? —Sonrió, mirando hacia la vitrina.

Sarah estaba hambrienta y cansada, aunque nada de eso le importaba demasiado. Iba a enfocar todas sus fuerzas en repasar el temario para el examen una vez saliera de allí.

Abraham sonrió. Esa chica era de lo más interesante. Al fin y al cabo, ese trabajo no estaba resultando nada desagradable. Tener conversaciones alejadas de asesinatos, venganza, robos y demás, era un descanso para su mente; y lo estaba agradeciendo. Se volvió también hacia la vitrina y respondió:

—Creo que voy a pedir un par de sándwiches, un Frapuccino grande con nata y caramelo, un trozo de brownie y puede que también un bizcocho de limón. ¿Y tú? —dijo sin inmutarse.

De pronto, tenía mucha hambre. Y, aunque sabía que con eso no se iba a llenar, pensó que comiendo de esa manera tendría la cabeza menos pendiente en pensamientos relacionados con ella desnuda.

—¿Yo? ¡Lo que quiero es tu metabolismo!

Ambos comenzaron a reír. Sarah estaba alucinada. Ese hombre comía como una lima y se mantenía en una forma física envidiable. Pensó que seguro que se mataba en el gimnasio durante hora interminables.

«Basta de tonterías, que se te va la cabeza», se regañó.

—¡Ojalá pudiera comerme todo eso! Yo, por desgracia, no puedo permitirme ese lujo. Si lo hiciera, ¡no cabría por la puerta! —No fue capaz de evitarlo y volvió a reír—. Así que no, gracias. Yo quiero una ensalada y un té verde helado.

Abraham sonrió. No lograba entender por qué esa chica le tocaba la fibra. Se sentía como si estuviera a punto de pedirle que fuera su pareja en el baile de fin de curso. «¡Joder, será posible!», se reprendió sin saber qué hacer para parar esos pensamientos. Apenas la conocía y ya estaba babeando como un perro por un hueso.

—¿Solo vas a comer eso? ¿Y cómo vas a poder concentrarte sin ingerir proteínas ni carbohidratos de alta calidad? —preguntó con verdadero interés.

En la cárcel, excluyendo la carrera que Jason le había obligado a estudiar, había leído todo lo que caía en su mano, incluido libros sobre autoayuda, biología, medicina y hasta de nutrición. Cualquiera era bueno, y le servía de vía de escape del lugar tan terrible donde se encontraba, aunque fuera solo con el pensamiento. Volvió a poner toda su atención en Sarah y se dio cuenta de que esa chica lo ponía nervioso de una manera que no recordaba que pudiera estar. Su maldito corazón había vuelto a latir, y eso se estaba convirtiendo en un verdadero estorbo.

Ella lo miró extrañada.

—¿Eres endocrino? —dijo, dibujando una mueca muy divertida.

La pregunta que le había hecho Slab la había dejado descolocada, ya que no casaba nada el hombre que tenía delante con lo que salía por su boca. Él soltó una carcajada.

—No, para nada. Es que me gusta controlar lo que como para tener los nutrientes que necesito en cada momento. Yo estudié Administración y Gestión de Empresas, pero me gusta leer de todo —respondió una verdad, para variar un poco.

—¡Vaya! Nunca lo hubiera dicho. Pensaba que eras un guardaespaldas o, peor aún, un matón de discoteca —dijo sorprendida.

Después, ambos rieron.

—Para serte sincero, he de decirte que he hecho de todo. Uno, a veces, no puede dedicarse a lo que estudia, por mucho que lo intente. —Le devolvió la sonrisa. Se acercó un poco y la miró a los ojos—. Te voy a contar un secreto —añadió bajando la voz—. Depende del cliente, claro,

pero suelo hacer trabajos esporádicos muy concretos e imprevistos. Y, a veces, tengo que viajar a otro estado o incluso a otro país.

Abraham sabía que era más fácil llevar una mentira durante más tiempo si proporcionabas algún dato real. Él tenía mucha experiencia en eso. Además, sabía que hacerle creer que le estaba diciendo la verdad haría que ella se sintiera más segura. Y una mujer segura te entrega el alma sin restricciones. En eso también iba sobrado de experiencia.

—Entonces sí que eres guardaespaldas o, al menos, lo has sido en algún momento de tu vida. ¿Algún cliente «famoso»? —preguntó ansiosa por conocer algún cotilleo jugoso.

—Lo siento, no puedo facilitar ningún tipo de información, ya que me quedaría sin trabajo y sin reputación. —A Slab eso de decir verdades a medias le estaba costando cada vez menos, cosa que le alegró bastante.

—Claro, lo entiendo. Ante todo, profesionalidad. Eso está bien, pero que conste que me has contado un secreto. —Ambos rieron—. ¿Pedimos? Tengo que aprovechar la tarde y todo el día de mañana que descanso para repasar bien todos los temas.

Sarah se quedó mirando la vitrina, disimulando el enfado consigo misma. Ese hombre la tenía embobada y le había dado más información de lo que pretendía. Debía tener más cuidado y estar mucho más atenta porque no lo conocía de nada. Se dijo a sí misma que no debía bajar la guardia ni por ese hombre guapísimo y musculoso, que se llevaría a su casa sin pensarlo dos veces, ni por nadie.

Slab pidió todo lo que habían elegido y la invitó, pese a las quejas de ella. Sarah aceptó a regañadientes. Esperándolo sentada en la mesa, aprovechó para coger el móvil y vio que tenía un wasap de Emma.

Emma_14:54

Ya estoy sentada en el avión. Te llamo luego para contártelo todo. ¡¡Besitos!!

Sarah sonrió al mirar a Abraham en la fila esperando lo que había pedido a su compañera, que no paraba de hacerle caras cuando él no la veía. Observándolo de arriba abajo, decidió hacerle una foto sin *flash* para que no se diera cuenta. Quería tenerla para poder pavonearse ante sus amigas por la conquista que había hecho, también para su disfrute personal. Y, por supuesto, para contarle a Emma el impresionante hombre que había

logrado que se olvidara hasta de su nombre. Nada más y nada menos que un guardaespaldas de famosos.

«Vaaaale, el suyo es el Capitán América con los ojos de Ian Somerhalder. Pero mi chico tampoco está nada mal, aunque no tenga unos ojos tan espectaculares. Y reconozco que los hombres con la cabeza rapada tienen un puntito muy interesante», se perdió en sus pensamientos tan solo un momento. Después volvió al presente y decidió enviarle la foto robada a su cita. Luego, cuando la llamara, se reirían de todo y hablarían de un millón de cosas. Hacía tanto que no cotilleaban sobre chicos que ni se acordaba de cuándo fue la última vez. Estudiar, trabajar, comer, dormir y volver a empezar. Básicamente llevaba así el último año, ya que no quería perder su beca ni su posibilidad de encontrar un trabajo decente. Para ella era imprescindible no tener que depender de nadie más que de sí misma. Sonriendo, le escribió unas pocas palabras.

Sarah_15:46

¡Más te vale o iré a por ti! JAJAJA. Mira el pedazo de tío que me ha ligado esta mañana y ha venido a comer conmigo al trabajo. Relax, que a las 16:30 le mando a hacer puñetas y me voy a estudiar: mi carrera es lo primero. ¡Que tengas un buen vuelo, y no te olvides de llamar! ¡¡Besitos!!

Sarah le envió la foto que le había hecho a Slab. Se veía como un gigante al lado del mostrador y del resto de clientes. Sonrió pensando la cara de Emma cuando la viera.

Abraham cogió con facilidad las dos bandejas que le había dado Wanda y se dirigió a la mesa.

—¿Necesitas algún sobrecito de azúcar para el Frapuccino? —preguntó Sarah con ironía.

«Ese almuerzo debe de tener millones de calorías. Bueno, quizá un poco menos, pero menudo subidón de azúcar le va a dar cuando termine de zamparse todo eso», pensó, sintiéndose algo celosa.

—Contigo tengo más que suficiente —respondió Slab, intentando hacerle un cumplido algo manido.

—¿En serio? Por favor, ¿esa es tu forma de ligar? —dijo bastante decepcionada y sin ganas de escuchar ninguna otra lindeza machista pasada de moda como mínimo cinco décadas—. ¿Pero tú qué edad tienes?

—¡Joder, eres un hueso duro de roer! —se quejó Slab, que no estaba para tonterías.

Jason le había encargado esa locura de misión, y la cosa se estaba complicando cada vez más. Para colmo, su paciencia era cero. No tenía ganas de ligar, hacer cumplidos o perder el tiempo en cada gilipollez que se le ocurría a su jefe. Sabía que era un hijo de puta con mucho tiempo libre, pero él no. Él tenía que cumplir unos objetivos, que cada vez iban aumentando en dificultad.

Tuvo que recordar que la chica no era una prostituta en un bar de mala muerte. Ella era una estudiante de último curso que no se andaba con tonterías. Tendría que esforzarse más. Sarah no iba a contentarse con una sonrisa y un guiño. «Ella no es como las mujeres que has conocido. ¡Imbécil!», se regañó muy enfadado.

—¿Eso crees? —preguntó Sarah, sacándolo de sus pensamientos.

—Solo intentaba hacerte un cumplido, pero se ve que estoy oxidado. Para tu información, tengo treinta años. Dentro de poco cumplo treinta y uno. No soy un fósil, que te quede claro. Lo único es que llevo mucho tiempo sin tener que esforzarme para agradar a una mujer. Lo que suele ocurrir es que se lanzan a mi cuello y la conversación es prácticamente nula.

Era la pura verdad. Todo el tiempo que llevaba fuera de la cárcel no había perdido ni un minuto en ligar. Con mirar a la mujer que le gustaba era más que suficiente. Sí, estaba bastante oxidado con respecto a relacionarse con una chica normal y corriente. De hecho, trató de recordar si lo había hecho alguna vez. Por mucho que lo pensó, solo obtuvo una respuesta: no.

Ella soltó un resoplido y negó despacio.

—Al menos con esto has dejado claro que tu modestia es inexistente.

Sarah tenía demasiada hambre y muy poco tiempo como para aguantar bravuconerías de un desconocido, por muy atractivo que fuera. Se metió un tenedor lleno de ensalada en la boca, masticó y, acto seguido, bebió un poco de té.

—¿Qué pretendes que sea esto entonces? —dijo, señalándose a sí misma y Slab con el tenedor vacío—. Resume, que tengo poca paciencia y aún menos tiempo. Si lo que buscas es follarme y adiós muy buenas, creo que vamos a terminar esta conversación y nuestra cita ahora mismo porque, por muy bueno que estés, no me interesa ese tipo de relación. Tampoco

quiero casarme mañana, tranquilo, no hace falta que me compres un anillo esta tarde. Solo busco alguien en quien pueda confiar, salir por ahí a divertirnos y, bueno, los planes ya irán surgiendo. Mi prioridad es la carrera y conseguir el trabajo por el que llevo luchando cuatro años. Tengo varias ofertas, pero no podré elegir ninguna si no apruebo el último examen. Bien, Hulk, ¿qué me dices?

Slab sonrió con ganas. Esa chica era... increíble. Jamás había conocido a una mujer que hablara por las claras con esa soltura y sin ningún tipo de reparo. Y sabía bien lo que quería. Lo que no estaba dispuesta a aceptar ya lo había dejado claro a los treinta minutos de conocerla.

Sonríó y maldijo. Sí, maldijo su vida, su deuda y sus errores. «En otra vida tendrá que ser, Sarah», pensó apenado. Y lo hizo, hizo lo que sabía que no había fallado con ninguna mujer. La besó. La besó como lo haría con el amor de su vida y no fuera a existir nadie más para él durante el resto de sus días. Como si tuviera todo el tiempo del mundo para formar un hogar juntos y pudiera borrar de la faz de la tierra el apellido Black-Storm sin tener que dar cuentas nunca más por las promesas hechas con sangre. La besó como si deseara con desesperación que su existencia fuera otra. Y funcionó, por supuesto. ¡Y cómo no iba a hacerlo si ese beso era perfecto! Estudiado, ensayado y, si supiera que no podía serlo, habría añadido «real» a la descripción. Pero no lo era.

«No, este beso no es real. Claro que no», pensó, mintiéndose a sí mismo, incapaz de aceptar que hubiera cualquier otra explicación que la que llevaba marcándose a fuego desde hacía años.

Cuando se separó de ella, la miró satisfecho. Con lentitud estudiada, volvió a coger su sándwich y le dio un mordisco. Terminó de masticar y bebió un gran sorbo de Frappuccino para tragar algo más que la comida. Le dolía el pecho y la vida, pero solo duró un segundo. Bueno, quizás en esta ocasión durara dos segundos, pero nada más. Sarah no tenía palabras, ni sangre, ni nada. Flotaba, creía, pero no estaba segura ni de eso.

Él la miró muy tranquilo y siguió con la conversación.

—Hulk, ¿eh? No sabía que era verde y tan feo. —Rio. Ella se quedó mirándolo con curiosidad—. Vale, lo único que te puedo decir es que me has calado, aunque solo en parte. Me gustas mucho, Sarah. Creo que acabo de demostrártelo. ¿Quiero ligar contigo? No, eso no es suficiente. ¿Quiero casarme contigo? Tampoco, acabamos de conocernos y ya me has aclarado que no quieres correr tanto. ¿Follar contigo? Uf, ahí no te puedo mentir, ¿es

que no te has visto? En eso no puedo decirte que no. Claro que quiero, pero cuando llegue el momento. Por ahora, creo que será mejor ceñirnos a los besos y a algún tocamiento de culo. El tuyo es espectacular, y no creo que sea capaz de resistirme.

Slab sonrió de nuevo, pero ella no: estaba con la boca abierta.

«¿De dónde narices ha salido este tío? Y ¿por qué se ha fijado en mí? Espera, no. Lo más importante es: ¿a qué ha venido ese beso? ¿Por qué ha hecho lo mismo que Alan?», pensó ella.

Lo siguió mirando casi sin pestañear y Slab, al final, se echó a reír sin tapujos. Por la expresión de su víctima, sabía con certeza que ya había caído en sus redes.

—Eres un engreído pretencioso. ¿Esto te ha funcionado muchas veces? —dijo Sarah, volviendo a pinchar la ensalada—. Me refiero a esto de besar a una chica sin esperarlo. Me atrevería a decir que todas las veces que lo has hecho la chica ha caído rendida a tus pies cual linda damisela rescatada por un príncipe azul que, por supuesto, eres tú, ¿verdad que sí? —se burló de él por el movimiento tan bien estudiado y, a la vez, aguantando el corazón en la garganta.

Jamás había sentido nada parecido al besar a nadie. Por mucho que le gustara ese súper hombre musculoso, gracioso y jodidamente guapo, no iba a perder la cabeza. Su filosofía era la de «confía en un hombre, pero ten preparada la mochila por si acaso». Más de una vez le había hecho falta. Así que acordó consigo misma que mantendría la cabeza fría, aunque le hubiera excitado su beso más que nada en mucho tiempo.

Abraham se quedó a cuadros.

«¿De dónde cojones ha salido esta chica?», se preguntó sin entender nada. Había puesto el corazón y el alma que no tenía en ese beso, y no le había funcionado. Lo único que pudo hacer fue subir las cejas y abrir la boca. «Tengo que contestarle, tengo que desbancarla, tengo que... ¡Joder! No sé qué mierda decir ni qué hacer», pensó, mientras intentaba disimular subiendo la comisura de su labio. Tenía que reconocer que ella era mucho más lista de lo que había supuesto en un principio.

—No me ha funcionado muchas veces: me ha funcionado todas. —Sarah levantó una ceja en señal de que modificara ese resultado—. Vale, rectifico, me había funcionado todas, hasta conocerte. Acabas de hacer que rompa mi racha invicta. No sé cómo voy a superar esto. ¿Puede que con otra cita? Yo creo que sería la solución lógica, ya que acabas de machacar

mi masculinidad y mi autoestima —dijo Abraham, poniéndose una mano en el pecho, justo encima del corazón—. Esto no me lo esperaba. Me has sorprendido y mucho.

—Aún quieres más, ¿eh? Bien, no voy a ser yo la que te diga que no. Al menos, por ahora. ¿En serio te había funcionado todas las veces? —Él asintió, dándole otro bocado a su sándwich—. Bueno, en cierto modo lo entiendo. Besas de miedo.

—Y hago otras cosas de miedo también —presumió Abraham.

—Ah, no. Ni hablar. —Negó, mostrando el dedo índice—. Vamos a dejar las cosas claras, Dwayne Johnson. No me interesan los pagados de sí mismos ni los «yo lo hago todo bien y no necesito que me lo digas porque soy el mejor y ya lo sé». —Sarah hizo un gesto cómico poniendo los ojos en blanco, sacando la lengua y señalándosela con el dedo índice en señal de querer vomitar.

Esa cara hizo reír a Slab con todas sus fuerzas. Pensó que esa chica era la adecuada para todo. Y se lamentó de no tener tiempo suficiente para poder averiguarlo.

—Vale. Acabo de darme cuenta de que tengo que andar con pies de plomo contigo. Desde luego, no eres la típica chica que con cualquier gilipollez la tienes comiendo de la mano. Me tienes... Uf, no sé ni qué decir. Pero te aseguro que es algo que no me esperaba encontrar nunca. Y no sé si me gusta o no —dijo él, siendo honesto.

Perder una habilidad no es agradable para nadie, y eso era lo que acababa de sucederle por culpa de Sarah. Aunque ella estaba disimulando lo que mejor que podía, en el fondo, no sabía cómo se le había ocurrido decirle todo aquello. Al final, por suerte del destino o por la experiencia, había acertado todo, dejando a su compañero sin ventaja.

—Normal. Que te tiren al suelo el castillo de naipes que llevas construyendo con tanto ahínco... Y ahí estaba: tan alto, tan perfecto, alimentando dulcemente tu ego, año tras año, naípe tras naípe. —Sarah gesticuló, dibujando con las manos un horizonte imaginario—. Lo entiendo, esto tiene que molestar bastante. Sí, pero lo bueno de esta situación es que se presentan dos oportunidades excepcionales. —Bebió un largo sorbo de té y lo miró con descaro.

Apenas le quedaban diez minutos para marcharse. Decidió que no se andaría con tonterías y pensó una buena explicación para la actuación tan estudiada de Abraham. Luego sabría si había sido correcta dicha decisión.

No estaba estudiando Psicología como hobby, era su pasión. De forma natural, ella era bastante intuitiva para conocer a la gente en general, pero, gracias a los conocimientos de mentes brillantes, había conseguido perfeccionar su instinto sustituyéndolo por ciencia.

Sí, ese hombre era guapísimo y, también, un mentiroso patológico. Estaba allí por algo, pero aún no sabía por o para qué. Las casualidades no existen, pero las causalidades, eso ya era harina de otro costal.

«Alan, primero y, ahora, ¿él?», pensó, atando cabos. Sus alarmas de «algo está empezando a ir jodidamente mal» se activaron. Pero no iba a descubrir el pastel ni iba a hacer nada que pudiera ahuyentarlo. Una frase de Sun Tzu le vino de golpe a la mente: «Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca». Y eso iba a hacer. Además, aún tenía que averiguar a qué bando iba a pertenecer aquel que la miraba como si fuera su primer regalo de Navidad. «Demasiado fácil, perfecto, estudiado. Demasiado... todo», se dijo.

Slab le señaló el plato con el brownie, ella negó repetidas veces.

—¿Seguro que no quieres? —preguntó él, cortando un trozo con el tenedor y ofreciéndoselo para asegurarse.

La invitación de Slab y la imagen del apetecible pastel consiguieron sacar a Sarah de sus elucubraciones a dos mil por hora.

Ella declinó de nuevo la oferta con una graciosa mueca.

—Bien, hágame de esas dos oportunidades tan excepcionales entonces. Estoy deseando conocerlas. —dijo, dándole un generoso bocado al dulce industrial.

«Esto no es nada saludable, pero está jodidamente delicioso», pensó él. Tendría que dejar de comer de esa manera o se iba a poner redondo como un globo aerostático.

Sarah suspiró pensando en el brownie que no se iba a comer y, para distraerse de la doble tentación, el dulce y lo que fuera él, comenzó a explicarle lo que había pensado.

—Bien, allá va. Opción uno: te quedas con tu pataleta. Te lames las heridas y sales corriendo para encontrar a otra víctima que pueda tragarse tu montaje. Así alimentas un poco tu ego maltrecho y quejicoso —dijo con voz cómica para quitarle hierro al asunto. Ambos rieron—. Sí, sí, no me desconcentres, que pierdo el hilo. O eliges la opción dos: esa es la más difícil, pero la más madura e interesante.

Él la miraba con atención. Esa chica lo tenía comiendo de la mano, al menos era lo que quería aparentar. Aunque sabía que no era así, ya que nunca podría ser así.

—Me tienes en ascuas, ¿cuál es esa opción con la que te has emocionado tanto? —preguntó como si de verdad estuviera intrigado.

Su interés por lo que Sarah iba a contarle era para ajustarse aún más a su modelo de hombre perfecto. Mimetizarse era un requisito indispensable si tu trabajo contaba con tantos matices como locuras se le ocurrían a tu jefe. Y él era un experto en... todo.

—Vale, ¿preparado?

Abraham asintió divertido. Esa chica le hacía recordar que no era solo un exconvicto cuya única meta consistía en cumplir órdenes. Suspiró y prefirió poner volver a la conversación que lo tenía más entretenido de lo que quería admitir.

—Pues aquí la tienes: aceptas como un hombre tu derrota y mandas al carajo los naipes. Te han descubierto, sí, pero eso no te hunde porque te das cuenta de que la película que te habías montado, y que te ha dejado de funcionar, en realidad, no era tan buena y...

Slab seguía muy atento a todo lo que le estaba diciendo. Tanto, que dejó hasta de comer la tarta de limón que llevaba por la mitad, el brownie hacía bastante que había desaparecido. Eso le daría a ella la sensación de que lo que decía era muy importante para él, aunque las razones de ambos fueran muy distintas.

—... En fin, el resto tendrás que descubrirlo por ti mismo. No obstante, piensa en esto: aunque a veces la sinceridad está sobrevalorada, según la ocasión, puede que sea lo que mejor te funcione.

Ambos sonrieron, pero cada uno por su lado. Ella complacida consigo misma y completamente segura de que lo había descubierto. Ahora solo le quedaba terminar de engatusarlo para saber un poco más de sus verdaderas intenciones. Tenía la certeza de que él iba a insistir en tener otra cita, y no podría averiguar nada más si no la aceptaba. En cambio, Abraham, únicamente se dedicó a prestar atención, ya que pensó que lo que pretendía ella era mostrar sus dotes como psicóloga para que no la tratara como una chica del montón. A esas alturas, ya estaba convencido de que Sarah era una magnífica estudiante, no la típica rubia tonta. Le daría la satisfacción de aceptar la segunda opción porque, sin duda, alimentaría su

ego y así podría mostrar cierto grado de arrepentimiento. Algo que le ayudaría a conseguir una segunda cita y, partiendo de ahí, todo lo demás.

Slab le regaló la mejor de sus sonrisas sinceras ensayadas. Sabía que, de esa manera, ella se relajaría aún más.

—Nunca se me hubiera ocurrido siquiera plantearme la segunda opción. —La aduló con la respuesta que ella había considerado la más adecuada para un comportamiento adulto—. La estudiaré y la intentaré poner en práctica. Que conste que es la que menos me gusta y la que jamás pensé que elegiría.

Ambos rieron. Terminaron el almuerzo, convencidos de que ya no había más que decir. Habían estirado la hora hasta el último minuto.

—Me alegro de que aceptes el consejo de una amiga. Ahora tengo que marcharme a estudiar. Ha sido interesante comer contigo. —Sarah decidió no alimentar su ego. Bastante inflado lo tenía ya, aunque él hubiese querido mostrar lo contrario.

—¿Solo interesante? Yo esperaba, no sé: magnífico, maravilloso, excepcional. El mejor almuerzo de la historia de mi vida.

Slab quiso suavizar el ambiente con algo cómico. Esta vez sí que le funcionó, ya que ella se echó a reír de verdad.

—¿Me das tu teléfono? Quiero llamarte para otra cita —dijo convencido—. Te prometo que esta vez será en un restaurante con camareros.

—Mi teléfono, ¿eh? Bueno, que sepas que vas a encontrar más de lo mismo. Yo te lo he advertido, allá tú con tu necesidad de ser vapuleado verbalmente por una mujer inteligente y con un gusto pésimo para los hombres.

Ambos rieron, puesto que, en realidad, lo que ella acababa de decirle era un cumplido algo retorcido. Sí, quería quedar con él para saber más y sintió una punzada de urgencia por hablar con Emma en cuanto bajara de ese avión. Quizás se estaba volviendo paranoica, pero su instinto le decía que ese mastodonte no era del todo de fiar. Aun así, le daría su teléfono para seguir averiguando todo lo que pudiera.

—Espera un momento. —Se levantó y fue hacia la barra. Le pidió un papel y un bolígrafo a su compañero y volvió con Slab—. Aquí tienes —dijo, dándole el papel—. No hagas que me arrepienta.

—¿En papel? ¿Por qué no me lo dices y te hago una llamada perdida? —preguntó él sin entender por qué ella había hecho eso.

—Porque entonces tendría tu teléfono, y por ahora no lo quiero.

«Soy una distracción», sonrió Abraham para sí. «Ya eres mía», se dijo con confianza.

—Eres de lo más interesante —respondió él riendo.

Al menos había encontrado una pequeña rival que sería muy entretenida de domar a su debido tiempo. Y estaba deseando que ese momento llegara lo antes posible.

—¿Solo interesante? Yo esperaba, no sé: magnífica, maravillosa, excepcional. La mejor mujer con la que habías almorzado en toda la historia de tu vida. —Sarah respondió en tono bastante cómico con casi las mismas palabras que él había empleado.

Abraham soltó otra carcajada y sintió una repentina satisfacción al darse cuenta de que tener que conquistar a esa mujer era lo más entretenido que le había pasado en muchísimo tiempo.

—Buena respuesta —dijo, asintiendo satisfecho. Sarah se levantó. Iba a dejar las bandejas en la barra, pero Abraham se lo impidió—. Yo las llevo. Lo siento, es tu trabajo, pero ahora estás en una cita conmigo. Y no voy a dejar que lo hagas en tu propia cita. —Le arrebató con destreza las bandejas y las dejó en la barra.

—Eso ha sido bastante machista, ¿no crees? Yo soy capaz de llevar unas simples bandejas a la barra. No necesito de la ayuda de un hombre para hacerlo —respondió molesta por ese detalle.

—Yo creo que podrías llevar hasta cincuenta bandejas tú sola, ¿de acuerdo? Solo es que no quería que recordaras nuestra primera cita como si estuvieras trabajando —respondió Abraham algo enojado.

Esa chica se molestaba por todo, y estaba empezando a perder la poca paciencia que tenía. Llevaba demasiado tiempo siendo un sicario y había olvidado qué era la vida cotidiana. Ella se la estaba recordando a base de bofetadas.

Sarah abrió la boca y luego la cerró. Estaba machacando a su cita. No paraba de quejarse por todo y, si se equivocaba, iba a perder a un hombre digno de conocer.

—Tienes toda la razón. Por suerte, en nuestra próxima cita, todo lo retirará un camarero. Así no tendré que quejarme por tu machismo —se burló ella.

—Me parece perfecto. Bien, ¿ahora me dejas que te acompañe a casa? Solo a la puerta, claro —respondió Slab.

Como era de esperar, no estaba dispuesta a que eso ocurriera.

—No, ni hablar. No es que no me fíe de ti, que es el caso. Es que no quiero decirte dónde vivo ni que me molestes: tengo que estudiar. Creía que te lo había dejado claro: puedo a partir del jueves, y no antes de la una. Mi examen empieza a las nueve y por los menos durará tres horas, pero no lo sé con exactitud. Si no aceptas esas condiciones, entonces devuélveme mi teléfono. No quiero un tío plasta que me haga perder el tiempo —respondió, dejándolo con la boca abierta, pero por poco tiempo.

—Para ser tan buena estudiante no has pillado el motivo por el que te he pedido acompañarte a tu casa. Quiero volver a besarte.

—¡Ah! No, no se me había ocurrido esa opción.

—A mí, sí.

Slab se acercó a ella y, sujetándola de las mejillas, la besó como si no fuera a volverla a ver. Estaban en mitad de Starbucks, y la gente se quedó mirándolos, sonriendo. Él se acercó y apoyó su sien en la de ella para hablarle muy bajito.

—Te llamo el jueves. Era esto lo que no quería perderme.

—De... de acuerdo —balbuceó ella.

Ambos se separaron un poco.

—Estudia mucho, que quiero ser tu primer paciente privado —dijo Slab, dedicándole media sonrisa.

—No me parecería profesional tratar a un conocido. Así que eso no podrá ser.

—Lo acepto. Bueno, me voy. Te dejo aquí para no saber dónde vives y así evitar que te haga perder el tiempo. Estudia mucho, Sarah. Espero que te salga muy bien el examen.

—Gracias, Abraham.

Fue lo último que dijo Sarah. Slab salió por la puerta de Starbucks sin mirar hacia atrás. No podía, no debía.

Este trabajo tendría que haber sido tan fácil como untar mantequilla, pero, de eso, nada. Sarah era una mujer muy distinta a lo que había conocido. Sus métodos pueblerinos y de macho alfa no servían para nada con ella. Iba a tener que empezar a leer algo de psicología porque no quería sentirse en desventaja. Jason esperaba resultados y para ayer. Le quedaba poco tiempo para solucionar el tema. Al diablo le iban a dar el indulto y quemaría todo a su paso con su estela de veneno, destrucción y muerte.

Siguió andando por la acera hasta que vio un taxi y lo paró. Se subió para dirigirse al bar más cercano para ahogar las penas pasadas y futuras, ya que sabía que iban a ser muchas.

Sarah se giró hacia el mostrador y sus amigos la hicieron entrar en la sala de descanso. Les relató la cita a toda mecha y se despidió corriendo: debía ponerse a estudiar.

Cuando llegó a la puerta de su casa la abrió con una sonrisa de oreja a oreja. Menudo día. Entró y se apoyó en la puerta. Se tocó los labios con la punta de los dedos y volvió a sonreír.

—Nos vemos el jueves, Hulk, pero ahora debo estudiar —dijo en voz alta mientras subía las escaleras para entrar en su habitación.

Iba a dejarse el alma en esas páginas, que ya sabía de memoria, para concluir con esa etapa de su vida. Sin embargo, no pudo resistirlo: cogió el móvil y miró un instante la foto que le había hecho a Abraham.

Sonrió y comenzó a repasar.

CAPÍTULO 24. las sorpresas no siempre son una buena idea

—¡Abuela! —volvió a gritar Emma.

Una mezcla de rabia, impotencia y ansiedad impactaron contra su cuerpo. Traición. Su abuela la había traicionado.

Le dolía el alma, como si un tráiler de dieciocho ruedas hubiera chocado a trescientos kilómetros por hora contra ella. Solo podía negar con la cabeza y mantener la boca abierta para intentar coger aire. Empezó hiperventilar a la vez que temblaba. Los ojos se le empañaron y las lágrimas rodaron sin control por sus mejillas.

«Pero ¿qué...? ¿Por qué? ¿Cómo se ha atrevido a destrozar la casa de mi madre sin decirme una sola palabra?», se dijo indignada.

Con unos modales que quedaban muy lejos de la educación que había recibido, tiró el bolso de muy malos modos contra el suelo y comenzó a subir las impresionantes escaleras que habían sido remodeladas con un gusto exquisito.

La balaustrada, el pasamanos y los escalones eran de una preciosa madera blanca. Si no hubiera reemplazado la que habían utilizado su madre y su hermana le hubiera encantado. Pero no, en ese momento la odiaba con todo su ser. Comenzó a ir más deprisa, subiendo los escalones de dos en dos impulsándose con la mano para no caerse.

Cuando llegó a la planta superior, se le desplomó el alma a los pies. Ya no estaba el papel pintado que había elegido su madre, ni los dibujos con los que su hermana y ella se habían llevado como castigo sacar la basura durante todo un mes. En cambio, unas cuantas láminas de bellos paisajes habían sustituido las fotos de ellas cuatro.

El suelo ya no estaba desgastado, sino que había sido reemplazado por uno laminado de madera de altísima calidad. Ella no entendía de suelos, pero fue capaz de distinguir que así era con solo mirarlo.

Avanzó tres pasos, hasta que necesitó apoyarse en una pared pintada de amarillo clara de huevo cuando empezó a contar el número de puertas. Siempre habían sido seis puertas. Seis. La habitación de su madre, la de Abby, el baño compartido por ambas, la suya, la de su abuela y la pequeña

que utilizaba su madre para coser y ellas para jugar y hacer manualidades. Ahora había cinco puertas. Todas nuevas. Todo era nuevo, y solo había cinco.

Le dolía todo el cuerpo, el corazón le retumbaba en el pecho de forma frenética, y el nudo en la garganta, que sentía como una boa constrictor, no le dejó emitir ningún sonido. Lloró por todo lo perdido, y las lágrimas le impidieron distinguir nada más con claridad. Los oídos comenzaron a zumbarle cuando, de pronto, escuchó unas risas al fondo del pasillo. Salían de una habitación con la puerta cerrada, que sabía de sobra que no iba a reconocer.

La ira tomó las riendas de todos sus sentidos, reemplazando y apartando de un manotazo el dolor y la pena que la estaban desgarrando por dentro. Dejó de apoyarse en la pared, puso los brazos a ambos lados de su cuerpo, los hombros algo adelantados, y su respiración comenzó a ser cada vez más y más profunda. Necesitaba golpear algo, gritar con todas sus fuerzas. Y las personas cuyas voces no lograba distinguir iban a recibir todo lo que sentía. Avanzó por el pasillo y los sonidos se hicieron más audibles, pero aún no era capaz de entender qué decían. Sin llamar a la puerta, la abrió con tanta fuerza que esta chocó con la pared que tenía detrás. El fuerte impacto sobresaltó a la pareja que estaba dentro de la habitación, interrumpiendo con brusquedad sus risas y sus movimientos.

Emma hubiera preferido no ver en su vida la imagen que contempló, pero ya era tarde. Se había grabado a fuego en su retina y era lo último que se le hubiera pasado por la cabeza que pudiera estar sucediendo. Su abuela estaba a horcajadas encima de un extraño, practicando uno de los deportes más divertidos que existen, aunque no estuviera reconocido de forma oficial, por supuesto.

—¡Abuela, por el amor de Dios! —gritó fuera de sí.

Katharine y su acompañante se dieron un susto terrible. Ambos gritaron al unísono un sonoro «¡Joder!».

De manera instintiva, la abuela de Emma trató de taparse con las sábanas, pero estas estaban enrolladas debajo de las piernas de él, con lo que solo logró mostrar más de su cuerpo desnudo y del de su amante.

A Emma le iba a dar algo.

—¡Quieres hacer el favor de cubrirte! —vociferó, dándose la vuelta como un resorte. Ya había visto más que suficiente.

Katharine la miró y, sin perder la compostura, tomó las riendas de la situación. Dejó de forcejear con las sábanas, se bajó con tranquilidad de la cama, instante que aprovechó su cita para taparse, y fue hacia su nieta.

—Emma, sal de la habitación y espera a que bajemos —dijo algo más relajada.

—¿Qué? ¡Ni hablar! ¡Ese sale de mi casa ahora mismo, y tú y yo tenemos que hablar muy seriamente! —bramó una Emma desencajada por la pasividad de su abuela ante semejante situación.

—Cariño, me encanta que hayas venido antes de lo previsto y que, de paso, nos hayas dado un susto de muerte con tu entrada triunfal. Pero, o sales de nuestra habitación o voy a tener que enseñarte los modales que deberías tener ya más que aprendidos.

Katharine no bromeaba. No necesitó levantar la voz para darle a entender a su nieta que, si no hacía lo que le estaba pidiendo, la echaría sin ningún tipo de miramiento.

Emma estaba que echaba chispas, pero su abuela, en cierto modo, tenía razón. Ambos estaban desnudos, y así no podían discutir nada.

—Está bien —dijo alargando las palabras—. Te espero abajo. A ese no quiero ni verlo.

—¡Emma Josephine Scott! —contestó su abuela sin paciencia y alzando la voz algo más de lo que pretendía. Después, exigió—: ¡Baja de inmediato o tú y yo no vamos a tener nada que aclarar!

Ella giró la cabeza y la miró con los ojos muy abiertos. Jamás, en toda su vida, le había hablado de esa manera. Sin saber qué más decir, asintió despacio y salió.

Katharine agarró el pomo y cerró la puerta despacio. Emma se dirigió hacia las escaleras con los hombros hundidos. Se sentía derrotada. Ese tendría que haber sido uno de los mejores momentos de su vida. Volver a casa, abrazar a su abuela y hablar hasta el amanecer de cómo había sido su exposición. Sentirse protegida y rodeada de lo que le era familiar era todo lo que necesitaba, pero eso no iba a ocurrir. Bajó escalón a escalón y se dirigió a la lujosa cocina. Era todo tan bonito que no quería tocar nada por miedo a romperlo.

«¡Maldita sea!», se dijo, y empezó a rebuscar para hacerse un café, al menos, aún sabía distinguir una nevera, un microondas y una Nespresso. Abrió los armarios superiores hasta que encontró las tazas. Allí, entre todas las nuevas, estaba su preferida. Comenzó a sollozar y, de pronto, le faltaron

las fuerzas. Acabó dejándose caer hasta arrodillarse en el suelo. Se tapó la cara con las manos y lloró sin consuelo.

Katharine se dio la vuelta y miró a Andrew, que estaba aguantando una sonrisa.

—Te presento a mi nieta, amor —bromeó.

Ambos comenzaron a reír por lo bajo.

—Deberías habérselo dicho mucho antes, Kat. Y lo de la reforma integral de la casa también —intentó conciliar él.

—Lo sé, amor, pero es su culpa. No me llama nunca, solo la llamo yo. Además, no ha venido desde Acción de Gracias. Ni siquiera se molestó en venir en Navidad. Y, para colmo, me prohibió visitarla. Estaba tan obsesionada con terminar el doctorado, que no quiso coger vacaciones. Vale, de acuerdo. Acepté porque estabas tú y, sí, me alegro por ella. Pero no vive, está volcada únicamente en estudiar. No ha superado nada. Dejó la terapia sin consultarme. Y yo no podía seguir esperándola, ¿entiendes? —confesó mientras él asentía—. Venga, vamos a ducharnos. A ver si podemos acabar lo que estábamos haciendo. Total, más no creo que se pueda enfadar.

Con una mirada que lo decía todo, se acercó a ese hombre que la había conquistado meses atrás para besarlo con verdadera devoción. Se levantaron y fueron a terminar en la ducha lo que había sido interrumpido de brusca manera.



Emma suspiró para coger fuerzas. Se secó las lágrimas y se levantó del suelo. Cogió la taza y la acarició con ternura. «Al menos ha conservado mi taza», dijo, sintiendo lástima de sí misma. Tenía los ojos hinchados de llorar y necesitaba con urgencia un pañuelo. Decidió coger uno de su bolso mientras dejaba la taza sobre la encimera.

Al recorrer la amplia habitación, se dio cuenta de lo bonita que era. Todo era pura armonía y había sido escogido con mucho esmero. Se notaba que detrás estaba la mano de alguien profesional, así como en la reforma de toda la casa.

No podía pensar en nada más. La mente iba a explotar.

Recogió el bolso del suelo y rebuscó unos instantes hasta encontrar el paquete de *kleenex*. Tras secarse las lágrimas, cogió el móvil y volvió a la cocina.

Abrió la espectacular nevera doble y encontró una bebida de avena en la puerta. Menos mal que su abuela no había cambiado eso también, aunque le sorprendió ver un cartón de leche de vaca al lado. No hacía falta adivinar quién la tomaba. Movié con energía la bebida, llenó su taza por la mitad y la metió en el microondas mientras buscaba una cápsula y algo para endulzar el café. Encontró ambas cosas en el armario justo encima de la cafetera. La encendió y abrió el primer cajón donde descubrió unos cubiertos nuevos y relucientes.

«¿Por qué lo ha reformado todo sin consultarme?», pensó irritada y bastante entristecida. «¿Cuándo ha tenido tiempo si vine en...? Oh, no, ¡en Acción de Gracias!», recordó avergonzada. Habían pasado casi siete meses. Ese tiempo era suficiente, no ya para hacer una reforma, sino para levantar una casa entera desde los cimientos.

Se sintió culpable por no haber querido compartir la Navidad con ella, pero ese año no era capaz de ver la mesa vacía de nuevo. Es cierto que habían hecho alguna videollamada, y que Katharine no le pusiera ningún impedimento le extrañó bastante, aunque lo agradeció de corazón. Solo es que necesitaba apartarse por una vez del mundo para esconderse entre sus libros. Necesitaba desaparecer, pero, al ver el resultado, se arrepintió de haber tomado esa decisión.

Se quedó mirando la cuenta atrás del microondas e intentó recordar cuándo había sido la última vez que había hablado con su abuela. La última llamada había sido el lunes de esa semana. Le había pedido con insistencia que no fuera a su exposición final ni a verla, ya que estaría muy ocupada. Los últimos años habían sido así: compartían unas pocas semanas en verano, las navidades y de vuelta a estudiar.

Se disculpó a sí misma diciéndose que eso era lo normal, debía terminar sus estudios. «No podía desperdiciar el tiempo en llamadas o en salir. Vale, sí, he tenido citas con dos chicos, pero no se pueden considerar nada. ¿Y no visitar a la única persona que te queda en el mundo porque tu carrera está lo primero de la lista?», sintió vergüenza al darse cuenta de que ella tampoco era un modelo de conducta a seguir. Suspiró con cierto pesar. Quería muchísimo a su abuela, pero verla o incluso hablar con ella, le

recordaba de forma constante quiénes faltaban. «No debería haber dejado la terapia, debería habérselo contado, debería...».

El timbre del microondas la sacó de sus pensamientos. Endulzó el café e iba a sentarse en la bonita mesa de la cocina cuando vio que era de cristal. Para evitar que la taza rayara la superficie, buscó en los cajones hasta que encontró un precioso mantel individual bordado con flores lilas.

«Todo es... magnífico. Todo ha sido cambiado sin tenerme en cuenta. No ha pensado en mis sentimientos, mis recuerdos o mis traumas. Es una auténtica egoísta y, por si fuera poco, ha traído a un hombre a casa de mi madre sabiendo lo que ocurrió a ella y a Abby. ¿Cómo se ha atrevido a hacer semejante cosa? Su desfachatez no tiene límites. ¿Cómo ha sido capaz sin consultarme? ¿Quién se cree que es? Esta es “mi” casa, no la suya», se dijo, mascullando a la misma idea y se fue calentando más y más, aunque no tenía nada que ver con los sorbos que le estaba dando a su taza de café.

Sin detenerse, volvió una y otra vez al mismo pensamiento. No sabía qué le diría, hasta que reparó en algo que había pasado por alto.

«¿Con qué dinero ha pagado todo esto?».



Treinta minutos más tarde, Katharine y Andrew bajaron aseados, vestidos de forma impecable y cogidos de la mano.

Emma se había terminado el café y le ardía todo el cuerpo.

La abuela se acercó sonriendo. Estaba muy relajada y dispuesta a afrontar la discusión que le estaba esperando.

—He dejado claro que «ese» tiene que irse —escupió Emma.

—Vamos a dejar las cosas claras antes de que explotes como una bomba atómica. Andrew y yo somos pareja, vivimos aquí y esta es su casa tanto como la mía. Lo que quieras discutir, si hay algo por lo que discutir, que yo creo que no, lo vas a tener que hacer delante de él. —Katharine habló muy en serio y Emma se quedó bloqueada tras oírla.

Andrew miró a su pareja y después a la nieta. Sonrió y no dudó en aclarar qué era lo que iba a hacer.

—Cariño, sabes que te adoro, pero esto es algo que tenéis que hablar vosotras. Yo no voy a estar presente —dijo él, besándole el dorso de la

mano—. Voy al jardín a leer el periódico, allí estoy si me necesitas. Emma, encantado de conocerte.

—No puedo decir lo mismo, pero haces bien saliendo de aquí —afirmó ella con desprecio.

Katharine iba a contestarle, pero Andrew la miró y levantó la mano en señal de que no lo hiciera. Sonrió y observó a Emma con una tranquilidad que hizo que ella se pusiera nerviosa.

—Emma, creo que no nos han presentado formalmente. Por supuesto que no, has entrado en nuestra habitación como un huracán, sin llamar a la puerta y vociferando. Soy el doctor Andrew Atwood, jefe del Departamento de Cirugía Cardiorráctica del Hospital Universitario MedStar Georgetown. Me complace informarte que, aunque no compartas mi entusiasmo por habernos conocido, no voy a ir a ninguna parte que no sea al jardín trasero para leer el periódico de hoy.

Emma se quedó petrificada. Le gustara o no, ese hombre había sido muchísimo más educado que ella y se había comportado de manera excepcional en comparación con la suya.

«Jefe de Cirugía Cardiorráctica», se le grabaron sus palabras.

Andrew se volvió hacia Katharine, le dio un breve beso en la mejilla y se acercó al revistero al lado del mullido sofá para recoger el periódico. Asintió a modo saludo y salió por una de las espléndidas puertas francesas blancas que daban paso al jardín trasero.

«A saber qué ha cambiado allí fuera. Ahora no quiero pensar en eso», se dijo Emma.

—¿Y bien? —soltó con furia, mirándola.

—¿Bien? No, cariño. Bien, no. Maravilloso —respondió Katharine sin inmutarse.

—Abuela, estoy agotada. Así que, por favor, vamos a hablar sin rodeos —intentó conciliar.

—Bien, tú dirás. —Katharine no estaba dispuesta a ceder ni un ápice. Ya había cedido bastante.

Su nieta resopló y se preparó para la mayor discusión que habían tenido nunca.

—Exijo que me aclares quién te ha dado permiso para hacer una reforma completa, quitar todas nuestras cosas y traer a vivir a un perfecto desconocido a «mi» casa. No tenías ningún derecho a hacer nada de esto sin consultarme. Pero, lo que necesito saber, antes de nada, es de dónde has

sacado el dinero para pagar todo esto —dijo, señalando con ambas manos a todas partes.

La abuela sonrió y pensó: «Al fin se abre, aunque sea solo para discutir. Bueno, por algo tenemos que empezar». Se dirigió a un armario y cogió un precioso vaso tallado. Abrió la nevera y sacó una botella de té helado. Se sirvió un poco y bebió. Después, rellenó el vaso, devolvió la botella a la nevera y fue a sentarse en la mesa de la cocina.

La poca paciencia que le quedaba a Emma se desvaneció cuando vio su forma de actuar. Parecía que ralentizaba sus movimientos a propósito. Y eso crispó aún más sus nervios.

Katharine suspiró y decidió aclarar las cosas de una vez por todas. Su nieta iba a escuchar hasta el final lo que tenía que decirle, ya que no estaba dispuesta a consentir que continuaran de esa manera.

—Vamos por partes y así no me olvidaré de aclararte nada —dijo, mirándola a los ojos—. Primero, nadie, absolutamente nadie, tiene que darme permiso para remodelar una casa que es de mi propiedad. No sé si lo recuerdas, pero fuisteis vosotras quienes os mudasteis cuando vuestro padre falleció. Esta siempre ha sido la casa de tu abuelo y mía. La compramos nosotros y la pagué yo con muchísimo esfuerzo bastante antes de que ellas fallecieran. Todo lo que quiso remodelar o comprar tu madre lo pagué yo: jamás le cogí un solo dólar, con lo que este punto queda aclarado.

Emma la estaba escuchando casi sin respirar. «Pero ¿quién es esta mujer que me está hablando? ¿Es que he dejado de conocerla sin darme cuenta?», se preguntó sin entender nada. Katharine continuó.

—Segundo, tengo todo el derecho del mundo a hacer lo que quiera en mi propiedad sin consultarte por el punto anterior. Tercero, y lo más difícil para ti, hay dos cuentas en el banco que te pertenecen y de las que tenemos que hablar. Una, tiene tu indemnización y, la otra, los intereses generados junto lo ganado con las inversiones. Ese es «tu» dinero, yo no he tocado nada de lo que es tuyo. Entre las dos cuentas superas los diez millones de dólares y yo ya no voy a seguir ocupándome de ellas. Hace mucho tiempo que dejé de ser tu albacea. Eres mayor de edad y debes decidir qué quieres hacer. En cuanto a mí, he pagado toda la reforma y con mi dinero y sabes perfectamente de dónde ha salido. Te recuerdo que es «mi» dinero, es «mi» casa y tengo todo el derecho de hacer o deshacer lo que quiera sin contar contigo.

—Pero ¿cómo fuiste capaz de utilizar ese dinero manchado de sangre? ¿Cómo? Nosotras decidimos...

—Decidimos, sí, en pasado. Decidimos no utilizar el dinero de la indemnización, y yo te lo permití. Decidimos morirnos en vida, y yo te lo permití. Decidimos no avanzar, que todo había terminado, y yo te lo permití. Pero tú sola decidiste que ibas a estudiar en otro estado y yo iba a quedarme aquí esperándote con los brazos abiertos cuando te apeteciera aparecer, y eso también te lo permití. Decidimos que me llamarías todas las semanas, cosa que olvidaste nada más salir por la puerta. Te recuerdo que no lo has hecho ni una sola vez desde antes de Acción de Gracias, todas las veces he sido yo. Decidiste que ya era vieja, que como era tu abuela no debía estar con nadie porque sufrimos un acontecimiento terrible, ¡y yo te lo permití!

Emma la interrumpió, ya no podía mantenerse callada.

—¡Mi madre y mi hermana murieron en el mismo día! —gritó con lágrimas en los ojos.

Katharine se incorporó con tal impulso que tiró la silla al suelo. Dio un fuerte manotazo contra la mesa de cristal y, por primera vez en mucho tiempo, dejó salir todo lo que llevaba dentro.

—¡Y eran mi hija y mi nieta! ¡Mi hija y mi nieta! ¡Tú pasaste por algo terrible, pero no solo sufriste tú! ¡No solo perdiste tú! ¡Yo morí ese día, pero mi deber era cuidar de ti y lo hice! ¡No te atrevas a pensar que solo es tu pena! ¡No solo es tu infierno!

Las lágrimas empezaron a rodar por la cara de Katharine. Sí, era la primera vez que discutían por eso, ni siquiera lo habían mencionado antes, ya que era demasiado doloroso. Pero los años pasaban y nada cambiaba.

Y Katharine necesitaba vivir. Perdió a su marido a los pocos años de nacer Susan, la madre de Emma, y la tuvo que criar ella sola. Después de eso, su hija se mudó al otro lado del país debido a que su marido era militar e iba de base en base. Cuando falleció, se encontró con que tenía que cuidar de ella y sus nietas porque se habían quedado solas.

Y luchó, y salió adelante, y dejó su vida para cuidarlas. A los pocos años, Susan y Abby murieron, y de nuevo tuvo que tragarse su pena para cuidar a su única nieta, Emma. Tenía sesenta años y solo había sufrido, cuidado de los demás y no había podido disfrutar de la vida más que unos pocos años, y en momentos muy concretos.

Después de Acción de Gracias e irse Emma, sufrió un dolor terrible en el pecho. Pensó que era un infarto. Llamó a una ambulancia y la llevaron a urgencias, allí conoció a Andrew. Por suerte, todo quedó en un fuerte ataque de ansiedad y no en lo que creyó que era en un principio. El cirujano quedó encandilado con ella y no paró de perseguirla durante toda la semana siguiente hasta conseguir una cita. Y de ahí, un cuento de hadas que le llevó a remodelar la casa, deshacerse de todo lo que la anclaba al pasado como una condena y empezar a vivir con un amor que jamás pensó que volvería a encontrar.

Emma ocultó la cara entre las manos y comenzó a llorar. Katharine acaba de mostrarle cuánto había sufrido en esos años, y ella ni siquiera se había parado a pensar ni un minuto en que esa opción fuera posible. Solo se había preocupado de su pena, de lo que había significado perder lo que más quería, pero se olvidó de su abuela. Dio por sentado que ella no sentía un dolor desgarrador cada día. Siempre estaba feliz, siempre le tenía una sonrisa, siempre estaba dispuesta a todo lo que le pedía. Se olvidó de mirar más allá conforme fue creciendo, ya que siempre estaba ahí cuando la necesitaba. Nunca se preguntó si alguna vez había sufrido, puesto que ella se había encargado de que no tuviera que cuestionárselo siquiera.

Katharine había llorado cada día mientras ella estaba en clase. Había hecho de tripas corazón para darle una niñez lo más normal posible tras lo ocurrido. Nunca la vio triste o llorar. Tampoco le contó la de veces que había querido ocupar el lugar de ellas porque, lo que le había tocado vivir, era la peor condena que se le podía exigir a una madre: sobrevivir a sus hijos y nietos.

Emma incorporó la cabeza y la miró. Katharine no hablaba, únicamente lloraba. Y las lágrimas, que salían sin descanso, rodaban por sus mejillas empapando su vestido. Ni se lo pensó. Se levantó, rodeó la mesa y fue a abrazarla.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —no paraba de decirle Emma sin dejar de llorar.

Katharine abrazó a su nieta y lo único que fue capaz de emitir fue un «Shh» para tranquilizarla.

Ambas lloraron juntas por primera vez, y fue catártico.

—Te quiero, Emma —dijo, formando una dulce sonrisa.

—Te quiero, abuela —respondió ella, abrazándola con fuerza. Al fin se separaron y Katharine le secó las lágrimas—. La casa está preciosa,

aunque cuando la he visto quería quemarla hasta los cimientos.

Ambas rieron para aliviar la tensión.

—¡Qué drástica! —respondió riendo—. Ha quedado muy bonita.

Emma asintió.

—¿Lo has tirado todo? —preguntó con pena, pero más tranquila.

—No, cariño. Todo está en un almacén esperando a que lo revises y conserves lo que quieras. —Katharine emitió un largo suspiro—. Yo no podía seguir viendo tantos recuerdos ni un minuto más.

—Lo siento mucho. He sido una egoísta y no me he dado cuenta de lo mucho que has sufrido. Siento que hayas tenido que ocultar tu pena para criarme.

—Lo sé, cariño, habías pasado por demasiado. Y entiendo que quisieras escapar, pero me exigías que yo me mantuviera atada aquí con el resto de tus recuerdos. No te culpo, yo te dejé que lo hicieras. Pero ya no podía soportarlo.

—No he sido justa, abuela. Además, dejé la terapia.

—Lo sé. La doctora Miller me llamó después de Acción de Gracias, ya le habías cancelado tres citas seguidas. Me dijo que no te presionara, que estabas demasiado involucrada con tus estudios, que debía dejarte avanzar. Y eso hice.

Ambas sonrieron algo más relajadas.

—¿Dónde conociste a...?

—¿A Andrew? —respondió Katharine, recogiendo la silla del suelo—. Mejor nos sentamos y te lo cuento.

Katharine le comentó lo sucedido con el ataque de ansiedad y que, por una casualidad de la vida, al entrar en urgencias el médico que estaba de guardia estaba hablando en ese momento con él. Al verla y saber que podría pertenecer a su departamento, sin pensárselo dos veces le arrebató el caso al responsable y él mismo la trató. Se echó a reír porque que un cirujano cardiotorácico se ocupara de un ataque de ansiedad era cuando menos cómico. Emma se quejó de que no la llamara y ella le explicó que solo había sido estrés y que, gracias a él, en pocas horas ya estaba bien.

—¿Cuándo os fuisteis a vivir juntos? ¿Por qué hiciste tantos cambios sin decirme nada? —preguntó extrañada y dolida.

—Respóndeme a esto, ¿si te hubiera consultado, podría haber hecho alguno? —preguntó Katharine.

Emma negó en respuesta.

—No, te hubiera gritado y me hubiera enfadado tanto como lo he hecho ahora sin pensar en tus necesidades. Lo siento, de verdad —volvió a disculparse.

—Ya está. Es suficiente, cariño. Necesitamos avanzar, lo pasado atrás queda. Estamos aquí, vivimos ahora, en este momento, solo podemos cambiar y vivir el ahora. No quiero preocuparme de nada más. Llevaba una vida viviendo en el pasado y me he perdido todos estos años intentando volver una y otra vez a ese instante en que os perdimos de vista y que jamás recuperaremos. —Katharine negó despacio—. Bueno, ahora cuéntame cómo es que has venido hoy y no el lunes.

—Menuda entrada he tenido. —Sonrió Emma.

—No ha sido la mejor, la verdad —Katharine soltó una carcajada y Emma la siguió.

—Quería darte una sorpresa y la sorpresa me la he llevado yo con todo. Casa, novio, sexo...

Ambas volvieron a reír.

—Andrew es un hombre maravilloso. Te gustará cuando lo conozcas. Aún conserva su casa, pero la tiene alquilada. Es viudo, su mujer falleció hace cinco años tras una complicación postoperatoria. No hablamos del tema porque aún le duele y yo no necesito saberlo. Tiene una hija, un hijo y tres nietos. Todos viven aquí en Washington. Él nació aquí también. Sufrió mucho al perder a Marcia, no había querido salir con nadie hasta que me conoció. Empezamos nuestra relación en diciembre. Las obras en enero, y terminaron a principios de marzo. Me ayudó muchísimo. Después me propuso irnos a vivir juntos y decidimos aprovechar lo bonita que había quedado la casa con la reforma.

—No me creo que no me has contado nada en todos estos meses —se quejó Emma.

—Si me hubieras llamado una sola vez, te lo hubiera dicho; pero no lo hiciste. Todas las semanas era yo quien llamaba. Nunca te dignaste a coger el teléfono y marcar mi número en todos estos meses. Ni una sola vez por iniciativa propia —explicó su abuela.

—He estado estudiando y trabajando sin descanso para llegar a donde estoy ahora. Soy... doctora en Física Teórica.

—Y yo me alegro mucho por ti, Emma, de corazón, pero no te acordaste de mí ni cogiste el teléfono para saber cómo estaba. Siempre dabas por sentado que yo te llamaría. No viniste en Navidades porque

estabas muy ocupada con tu tesis. No pude ir a ver a tu presentación por si te ponía nerviosa. Lo entiendo. Tenías que ser autosuficiente y demostrarte a ti misma que podías hacerlo. Te dejaste arrastrar por la rutina de que mi obligación como abuela era aceptar todas y cada una de tus decisiones, y yo te lo permití —replicó sin pizca de malicia.

—Lo sé. Sé que me «has permitido» muchas cosas —dijo Emma con retintín.

Su abuela sonrió al ver la respuesta infantil para defender lo indefendible.

—Exacto, y ahora tenemos que ponernos al día con respecto a otras muchas, aunque no queramos y nos hagan daño. —Katharine estaba hablando del dinero de la indemnización, y Emma lo entendió.

—Lo sé, pero ¿podemos posponerlo para pasado mañana? —intentó negociar. Hablar del dinero la ponía enferma.

—Por supuesto. El lunes iremos al banco y lo solucionaremos, pero no lo pospondremos ni un día más.

—De acuerdo —dijo Emma, forzando una sonrisa. Suspiró y decidió contarle lo que estaba cerca de suceder—. Te tengo una sorpresa para dentro de dos fines de semana.

—¿Una sorpresa? Mi cumpleaños fue en febrero y te recuerdo que no viniste a verme. Aunque gracias por las preciosas rosas que me enviaste, el oso de peluche y los bombones con los pendientes que me gustaban. Andrew pensaba que tenía un amante —le reclamó riendo.

Emma agachó la cabeza y resopló.

—Lo sé. Lo siento. Estaba muy ocupada.

—Estudiando —dijo Katharine, terminando la frase—. Esa excusa ya no vas a poder utilizarla nunca más, ¿qué inventarás ahora para no venir?

—Uf, voy a tener una buenísima que te va a encantar. —Emma sonrió de forma tan pícara que hizo que ambas rieran.

—Espera, ¡no! ¡No puede ser! ¿Has conocido a un chico? —preguntó sorprendida y encantada.

—No. —Ella negó con la cabeza y su abuela hizo un puchero de manera cómica—. He conocido a «El Chico». Bueno, mejor dicho, a «El Hombre», con letras mayúsculas. —Emma hizo como si señalara un cartel luminoso. Sonrió emocionada y los ojos le comenzaron a brillar.

—¿En serio? —Katharine estiró los brazos en la mesa para coger las manos de su nieta entre las suyas. Las apretó y empezó a reír—. Estás

hablando en serio, ¿verdad? —No daba crédito.

Emma asintió sonriendo y entrecerrando ambos ojos.

—Se llama Alan. Alan Storm.

—Pero eso es ¡maravilloso! —Se levantó, rodeó la mesa y fue a abrazar a su nieta.

—¡Cuéntamelo todo! ¡Menuda sorpresa! ¡Y te quejas de que yo no te he dicho nada!

Ambas rieron.

—Espera, abuela, que esa no es la única sorpresa.

Katharine la miró sorprendida.

—¿Otra sorpresa? ¿No estarás embarazada?

—¿Qué? —Emma soltó una carcajada—. ¡No, abuela! Eso aún no está en mis planes. Así que tranquila.

Katharine la miraba expectante preguntándose qué podría ser.

—El mejor amigo de Alan es tu diseñador favorito: William Mazzantini. Y ambos van a venir para conocerte.

—¿Estás de broma? —Su nieta volvió a negar—. William Mazzantini va a venir aquí con tu... ¿qué es ese chico para ti? En mis tiempos sería mi novio. En el tuyo, no sé. ¿Conocido, amigo o ligue?

Ambas se echaron a reír.

—Mejor no te digo cómo se quería presentar. Vamos a decir que es un «amigo muy muy especial» —concluyó Emma, dándole un alias que sabía que a Alan le no iba a hacer mucha gracia, pero con el que se tendría que conformar porque las cosas tenían que ir a «su» ritmo.

—De acuerdo. Me parece estupendo que vengan ese fin de semana. ¿Y lo conoces desde hace mucho? Creo que no me has hablado antes de él. ¿Sabe quién eres? —la interrogó con delicadeza.

Ella negó varias veces.

—Eso quiero dejarlo atrás. Quiero aprender de ti, abuela. Necesito que me vea solo a mí, como soy ahora, y no como «la pobre niña que sobrevivió». Y aunque reconozco que sé muy poco de él, porque apenas nos hemos visto tres veces, te aseguro que han contado como veinticinco —dijo riendo a carcajadas.

Emma le relató cómo lo había conocido y Katharine no daba crédito a todas las cosas que le estaba contando.

—Estoy deseando conocerlo, tiene que estar enamorado de ti hasta las trancas porque ¡menuda historia de amor! —respondió riendo.

—¡Qué vergüenza, por favor! Jamás en mi vida había le había dicho tantas barbaridades a nadie, ¡y menos a un chico! Te juro que no sé por qué se me ocurrieron. —Las dos volvieron a reír.

—Bueno, supongo que por los nervios del momento. Pero, cuenta, cuenta. ¿Es guapo? —preguntó Katharine con ganas de saber todo de aquel chico.

—¿Guapo? ¿Cómo te lo diría? —Emma se rascó la barbilla para darle emoción—. Ya sé, voy a describirlo con actores de tu época. Así podrás hacerte una idea.

—¡Ey! ¡Que no soy tan vieja! —se quejó.

—Ya lo sé, pero es para que le encuentres parecido. A ver, piensa en Paul Newman mezclado con Cary Grant, un toque de Gregory Peck sazonado con Harrison Ford y... —Estaba sonriendo con satisfacción, pero su abuela la cortó.

—¿Perdona? Pero ¿ese hombre existe? —Katharine no podía parar de reír, menuda imaginación tenía su nieta.

—Uf, abuela. Cuando lo veas, ¡te vas a caer de espaldas!

Ambas rieron.

—¿Eso es lo único que te ha gustado de él? ¿Que es un semidiós? Vamos, tirando por lo bajo —se burló Katharine.

—¿Un semidiós? —preguntó muy despacio Emma, dándole énfasis a lo equivocada que estaba su abuela—. No abuela. Es como Zeus, el David de Miguel Ángel, un dios nórdico como Thor y...

—¡Para, para, Emma! —dijo sin dejar de reír. El chico que había conocido debía de ser un modelo como mínimo. Menuda descripción de un hombre.

—A ver, yo sé que a ti te encanta Will, ¿verdad? Y siempre dices que es guapísimo —preguntó Emma.

—¿Will? ¿Quién? ¿Smith? ¿Will Smith? —preguntó a su vez Katharine, ya que no sabía de quién estaba hablando.

—Abuela, céntrate. Will es William Mazzantini —explicó sin paciencia.

—¡Ah, Will! Mira tú, ¿y esa confianza? Ni que lo conocieras.

—Lo he conocido, aunque solo por teléfono. ¡Si te lo he contado antes!

—Te estás atropellando, Emma, y a mí me estás haciendo un lío con tanta información —se quejó Katharine sin parar de reír.

—Venga ya, ¡deja de reírte! Sarah y yo lo llamamos con nombres de superhéroes. Resumiendo: Alan es mil veces más guapo que Will.

—¿Mil veces no son muchas veces? —Continuó riendo. Su nieta se había enamorado de una manera que jamás pensó que podría suceder.

—Ya me dirás cuando lo veas. Eso sí, mejor que vayas cogida de Andrew, porque te vas a caer de espaldas.

Emma también se echó a reír. Pensó en él y se dio cuenta de que no se había comportado nada bien.

—Abuela, tengo que disculparme con Andrew. He sido una verdadera maleducada. Y siento mucho haber entrado en vuestra habitación como un tifón y haberos visto... —Como no sabía dónde meterse, se tapó la cara con ambas manos.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta, cariño. Te agradezco mucho que quieras disculparte. Cuando lo conozcas, verás que es un hombre increíble. Sus hijos y nietos son encantadores. Me han aceptado con los brazos abiertos, y yo soy tremendamente feliz.

Volvieron a abrazarse y se dieron un beso. Emma inspiró para coger fuerzas. Sabía que tenía una conversación pendiente.

—Vamos a buscar a Andrew para solucionarlo lo antes posible. Me da miedo saber qué has hecho en el jardín trasero.

—Te va a encantar, estoy segura. Hemos construido una piscina, un porche inmenso y una barbacoa enorme. Hay hamacas, árboles frutales y mucho césped.

La cara de Emma era un poema. Siempre había querido tener una piscina. Por fin uno de sus sueños se había convertido en realidad. Bueno, dos de sus sueños. Conocer al amor de su vida no podía considerarse menos. «¿El amor de mi vida? ¡Uf!», resopló mientras escuchaba a medias a su abuela.

Se dirigieron hacia el exterior y lo que vio, la sobrecogió. La preciosa piscina tenía unos escalones de color blanco que desaparecían bajo el agua. Miró alrededor y distinguió un limonero, un naranjo, tres manzanos y varios mandarinos. Era maravilloso. Todos esos árboles, flanqueados por setos con decenas de flores de colores, daban al jardín un aspecto idílico. El porche era gigantesco, albergaba una enorme barbacoa y una bonita mesa con ocho sillones de mimbre blanco. En el césped, contó cuatro hamacas blancas con mesitas entre ellas. Ella le preguntó por la construcción al fondo y Katherine le explicó que habían decidido levantar un baño doble

completo para tener todo lo necesario por si estando en el jardín apetecía darse un baño.

Emma estaba admirando cómo había quedado el soso jardín que tenían antes, que consistía en una pequeña mecedora, unas pocas flores y césped artificial.

—Debimos hacer esto mucho antes —se lamentó—. Ha quedado un jardín maravilloso, abuela. —Se giró hacia ella y la abrazó—. Gracias, un millón de gracias por no conformarte y enseñarme lo bloqueada que estaba. La doctora Miller tenía razón todos estos años y no quise escucharla.

—Me haces muy feliz, cariño. Este jardín era mi regalo para ti. Sabía que la piscina era lo que más te iba a gustar —dijo sonriendo y visiblemente emocionada.

Se oyó cómo se pasaba una hoja del periódico. Emma miró a su abuela y asintió.

—Andrew, ¿podemos hablar? —preguntó en un tono bastante más dulce de lo que había utilizado antes.

Katharine miró a Andrew, le sonrió y asintió.

—Claro, Emma —dijo, cerrando el periódico y dejándolo doblado encima de la mesa.

—No sé ni por dónde empezar. Quiero pedirte disculpas por mi comportamiento y por cómo te he hablado antes. Por supuesto, no refleja para nada la maravillosa educación que he recibido de mi abuela —dijo, sintiéndolo de corazón.

Andrew se levantó y le ofreció la mano, ella la aceptó.

—Disculpas aceptadas, Emma. Te aseguro que si yo hubiera vuelto a casa y me la hubiera encontrado tan cambiada cómo lo has hecho tú, creo que me hubiera llevado a cualquiera por delante.

Los tres sonrieron.

—En serio, todo es... perfecto. La casa, el jardín, los muebles, la decoración —dijo Emma abrumada.

—Tengo pacientes desde hace años que ahora son grandes amigos. El arquitecto que ha remodelado la casa es uno de los mejores de Washington, y a nuestra decoradora de interiores le salvé dos veces la vida. De modo que, cuando les pedí que nos echaran una mano para darle un toque de personalidad a la casa, ambos se mostraron encantados.

—Pues han hecho un trabajo fantástico.

—¿Te apetece darte un baño en la piscina, cariño? —le preguntó Katharine a Emma.

—Ni lo dudes, abuela, pero antes tengo que llamar a Sarah para decirle que he llegado viva.

Emma se acercó y le dio un beso. Miró a Andrew y sonrió. Después, entró en la casa para hacer esa llamada.

Sintiendo como si acabara de bajar de aquel maldito tiovivo, cogió el móvil. Tenía que contarle a Sarah, con todo lujo de detalles, lo que había sucedido.

CAPÍTULO 25. el romanticismo no es lo mío

El metre del Mistral les facilitó una mesa a Alan y a Will. Estaban agotados de tanto sobresalto y por las múltiples discusiones. El tiempo se estaba agotando, al contrario que la crispación por querer alcanzar la meta, que solo iba en aumento.

—¿Qué desean beber? —preguntó un camarero mientras les dejaba las cartas.

—Té helado para los dos y una botella de agua muy fría, por favor —pidió Alan sin dejarlo elegir.

—¿Té helado y agua? —Will trató de quejarse, pero no le quedaban fuerzas para seguir discutiendo.

—Créeme, me lo agradecerás cuando vayas a hablar con Collin. Vas a necesitar los cinco sentidos para no decir más gilipolleces de las que, por norma general, dices —respondió con cinismo—. Tranquilo, ya nos emborracharemos después. —Sonrió, pensando en el botín que guardaba su amigo en el ático.

—Eso ni lo dudes.

—¿Qué crees que estará haciendo Emma? —dijo el empresario, mirando la carta.

Will resopló en señal de hartura.

—Alan, por favor, necesito un descanso. No lleva fuera ni ¡yo qué sé! ¿Cinco, seis horas? ¿Podemos tener durante al menos diez minutos una conversación en la que ella no esté implicada? ¿Puede ser?

Ya estaba más que cansado de oír hablar de planes, especulaciones e inventivas. Solo quería cenar e ir a hablar con Collin. Necesitaba estar centrado para pensar, y no sabía cómo narices iba a empezar una conversación entrando en urgencias sin estar enfermo.

Alan lo miró por encima de la carta y asintió, cerrando los ojos. Se dio cuenta de que su amigo había llegado al límite por su culpa.

—Lo siento. —dijo a la vez que se criticaba con dureza el estar tan obsesionado con ella que no podía pensar en otra cosa.

—Gracias. —Will asintió—. ¿Qué te apetece? No sé ni qué pedir.

—Había pensado como entrantes el foie gras con confit de pato en brioche y el queso artesanal con miel. De plato principal me apetece linguini Mistral. —Estaba tan cansado que no sabía si quería comer o dormir, pero aún le quedaban unas horas hasta arreglar el tema de su amigo. Se lo debía, y él siempre cumplía sus promesas.

—Uf, pues yo quiero... lomo con espárragos, patatas y salsa de rábano picante. —Will estaba hambriento e histérico. Sin dejar de mirar la carta, dijo lo que lo estaba carcomiendo por dentro—. No sé qué decirle a Collin. Estoy bloqueado. Seguro que suelto alguna gilipollez de las mías y la cago hasta el fondo.

El camarero apareció con las bebidas y tomó nota de lo que habían elegido. Alan cerró los ojos con fuerza y se masajeó el puente de la nariz. Cogió su vaso y bebió un poco de té helado para ordenar sus ideas.

Su amigo estaba expectante deseando saber qué consejo iba a darle, ya que ni él mismo sabía cómo iba a enfrentarse a ese reto.

—Si yo fuera Collin, ¿qué me dirías? Piensa en la situación con perspectiva, ¿de acuerdo? Estoy en mi trabajo, atendiendo a pacientes que me necesitan y, entonces, apareces tú. ¿Qué haría que dejara todo a un lado para hablar contigo? ¿Qué me gustaría escuchar para volver a plantearme tener una conversación después de que me dieras largas? Sabes lo que quiero. Seriedad, fidelidad, amor... Es decir, a un verdadero compañero. ¿Qué vienes a decirme que pueda cambiar mi opinión sobre ti y sobre tu filosofía de vida? ¿Qué me ofreces para que sopesé siquiera volver a tomar un café?

Will endureció el gesto. No tenía idea de cómo contestar a ninguna de esas preguntas. Sabía que le gustaba, pero eso era todo. No contaba con ningún plan específico ni tampoco se había planteado ni el más mínimo tipo de sentimiento más allá de la atracción física, que era evidente. Aunque algo le dijo que, en este caso, solo le iba a servir como guinda del pastel. Collin le había dejado muy claro que no estaba para jugar ni perder el tiempo. Se planteó con seriedad si merecía la pena y si de verdad le gustaba tanto como para consumir todo ese gasto de energía.

No se veía capaz de pensarlo en ese momento, así que negó con la cabeza mientras sopesaba qué decir.

—¡Joder, Alan! Te juro que no sé cómo responder a... nada. La voy a cagar de manera estrepitosa —dijo, todavía negando—. Creo que no

merece la pena. No, yo... es que no... ¡No sé qué cojones decirle! —Will se frotó la frente con la mano y resopló.

—Dile eso, dile exactamente eso. Que no sabes cómo contestar a ninguna de las preguntas que te hizo; pero que lo que sí sabes es que quieres encontrar las respuestas con él y con nadie más —puntualizó Alan.

—¡Qué bonito! Espera, ¿qué? ¿Qué cojones? ¿Con nadie más?

Will subió demasiado la voz y el resto de los comensales de la sala le lanzaron miradas de reproche. Cuando se dio cuenta, vocalizó un «Lo siento» en general. Una señora mayor le mostró su incomodidad frunciendo el ceño, después continuó cenando con su acompañante.

—No grites, por favor. Al final no van a dejar que vuelva. Entre que ayer me quedé de pie abrazando a Emma y ahora tú vociferando, me van a invitar a que no me acerque ni a la puerta —se quejó. Will hizo una mueca de «Me importa una mierda». Bueno, por dónde iba. ¡Ah, sí! Repasemos el concepto de monogamia y fidelidad —dijo con sarcasmo y muy despacio.

—¿Monogamia y fidelidad? —Will estuvo tentado de gritar, pero al final bajó la voz para no llamar la atención de nuevo—. ¡Tú estás fatal! Eso lo querrás tú con Emma porque estás ido de la olla, pero yo... yo no me veo capaz de mantener esa promesa. ¿Y si alguien me atrae mucho? ¿Qué hago entonces? —preguntó en serio.

—Atento, que te va a sorprender la respuesta.

Su amigo lo miró con los ojos muy abiertos. Tenía los cinco sentidos puestos en lo que le iba a decir. Incluso se echó hacia adelante en la silla, sin embargo, escuchó lo que menos deseaba.

—¡Aguantarte! —le soltó—. Te aguantas y punto. Miras, pero no tocas. Imaginas, solo que no lo llevas a término. Te das la vuelta y te vas para separarte de la tentación. Lo sabes, Will. Sabes que hay un millón de tentaciones ahí fuera, pero las mandas al carajo porque lo que tienes con esa persona supera tus expectativas y nadie puede compararse a ella —enfaticó Alan.

—¡Y una mierda! —dijo bajito—. ¿Pero qué birria de consejo es ese? ¡Tócate los huevos! Si solo tengo una vida, ¿por qué me voy a tener que privar de estar con quien quiera?

—¡Joder! ¡Eres de piñón fijo, Will! —respondió exasperado.

El camarero llegó con los entrantes, retiró las botellas vacías de té y les rellenó los vasos con agua.

Will cogió una tosta y la untó con generosidad del foie gras, se la llevó a la boca y la degustó cerrando los ojos.

—¡Qué bueno, por favor! —dijo, cogiendo un trozo de queso bañado en miel—. ¿Por qué dices que soy de piñón fijo? —Sonrió tras engullirlo de un bocado.

—Vamos a centrarnos un poquito porque te estoy notando algo disperso. ¿Tú qué cojones quieres, Will? Ese hombre te ha dicho lo que busca, si tú no quieres lo mismo... Mira, mejor dejamos de perder el tiempo hablando de esto, es un círculo vicioso que no lleva a ninguna parte. Punto uno, Collin quiere fidelidad, ¿estás dispuesto a dársela?

—Uf... —Will no dejaba de resoplar. Levantó la cabeza y miró hacia el techo del restaurante. Infló sus mejillas y después miró a Alan. Negó un par de veces y soltó el aire de golpe—. No lo sé. Esa es la verdad: no lo sé. Nunca he tenido que decidir algo como esto, puesto que jamás me he planteado querer a nadie de esa forma. Sigo sin entender cómo puedes querer a Emma de esa manera si la acabas de conocer. —Se quedó pensando un momento—. No paro de preguntarme si alguna vez seré capaz de querer a alguien ni la décima parte de lo que tú la quieres.

—Esta vez no he sacado yo el tema de Emma, ¿eh? —aclaró Alan.

—Ya, lo sé. Yo tampoco soy capaz de dejar de hablar de ella —dijo, poniendo los ojos en blanco.

Ambos sonrieron.

—Enamorarme fue algo que sucedió de forma gradual, pero lo hice de todo el lote: su voz, su sonrisa, su inteligencia, todo. Me enamoré de ella sin ni siquiera conocerla ni haber cruzado una palabra. Sabes que no me siento orgulloso de las cosas que he hecho, pero ese es otro tema. —Resopló—. Lo único que te puedo asegurar es que Emma es todo lo que quiero y no deseo estar con nadie más.

—Ya, ya. Pero tú en Londres no fuiste un monje que yo recuerde, de eso estoy seguro —replicó Will, quejándose de lo que su amigo le pedía.

—Sí, eso es cierto, pero también lo es que aún no estaba enamorado ni tenía nada con ella. En cambio, ahora, que sí la conozco, y que me tiene loco —dijo Alan sonriendo—, no quiero a nadie más. Y es porque no estoy pensando de forma constante si encontraré a alguien mejor. Sé con toda certeza que ella es lo mejor que hay en este mundo para mí. Ese es tu problema: tienes miedo a que, si eliges a Collin, puede haber alguien mejor

ahí fuera. Y, si eso es así, entonces no te voy a acompañar a verlo esta noche, ya que nos harías perder el tiempo a los tres.

El camarero retiró los entrantes y sirvió los platos principales.

—Creo que me he quedado sin hambre —dijo Will.

—Tu plato tiene una pinta estupenda. Además, tú nunca has sufrido de mal de amores, por lo que «nunca» has perdido el apetito —se burló.

—Eres un gilipollas —dijo Will, masticando un generoso trozo de su filete tras haberlo bañado en salsa.

—Bueno, ¿qué? Aún no me has respondido. ¿Vamos a perder el tiempo o sabes ya lo que quieres hacer?

El diseñador bebió un poco de su segundo té helado, cortó un espárrago a la plancha y se lo llevó a la boca. Masticó con pereza, pensando cuál iba a ser su respuesta.

—No soy un puto cobarde. Mientras esté con Collin, si llego a estar, pondré todo de mi parte para no mirar a otro tío. No te puedo asegurar que esto sea un para siempre con jodidos corazones rojos y rosas, pero sí que lo quiero intentar. Es todo lo que puedo decir.

—Genial, dile eso también a Collin, le va a encantar. La sinceridad no está sobrevalorada, Will, y es la manera más sencilla de no equivocarse.

—Lo sé, pero ¡nunca la he practicado! —Ambos rieron. Will terminó su plato—. ¿Vas a pedir postre?

—Creo que no, he comido demasiado. Pero sí me tomaría un café —respondió Alan.

—Genial, que sean dos. A ver si así termino de despejarme.

Will se sentía algo aletargado de tanto comer. También necesitaba centrarse y concretar sus ideas para hablar con el médico que le había complicado la vida sin esperarlo. Tras pagar la cuenta, tal y como había prometido, se dirigieron al hospital.

—Vaya si estás acojonado... No has dicho ni una palabra en todo el trayecto, y eso sí que me tiene sorprendido —se burló Alan.

—Creo que la cena no me ha sentado nada bien —respondió un Will con la cara descompuesta.

Detuvo el coche en una de las plazas y empezó a sudar. El corazón le iba a mil por hora y comenzó a sentirse bastante mal.

Alan miró a su amigo, que cada vez estaba más pálido. Había empezado a respirar de manera superficial y no se movía. Solo había conseguido aparcar y nada más.

—Will, ¿te encuentras bien? Estás pálido. ¡Will! —dijo Alan, golpeando con suavidad a su amigo en el hombro.

Él giró la cabeza y comenzó a negar.

—Creo que no —dijo con un hilo de voz y la frente perlada de un sudor frío.

Alan se preocupó de verdad, ya que no sabía qué le ocurría. De pronto, el diseñador se sujetó el brazo izquierdo y lo miró muy asustado. Al joven empresario se le secó la garganta, pero reaccionó de momento.

—¡No te muevas, voy a por un médico! —dijo, a la vez que abría la puerta.

Will asintió y cerró los ojos. «¿Qué me está pasando?», pensó muy asustado.

—Vale —consiguió vocalizar.

Alan corrió lo más rápido que pudo hasta llegar a la entrada de urgencias. Cruzó las puertas y, con un rictus de angustia, gritó a pleno pulmón:

—¡Un médico! ¡Mi amigo está teniendo un infarto en el aparcamiento!

La enfermera Green estaba hablando con Collin sobre el siguiente paciente cuando lo vieron entrar. Ambos lo reconocieron y el doctor Reid dijo con decisión:

—¡Código rojo! ¿Dónde está su amigo? ¡Lléveme con él! —exigió, rezando para que no fuera quien pensaba que podía ser.

La enfermera Green pulsó la alarma. Varios enfermeros salieron disparados de urgencias con una camilla, un botiquín y un desfibrilador.

—¡Al aparcamiento! —indicó Danna para que se dieran prisa.

Alan voló hacia el coche y Collin corrió a la par. Cuando llegaron, Will estaba semiinconsciente agarrándose el brazo. Alan abrió la puerta y Collin desabrochó el cinturón de seguridad. Comenzó a reconocerlo, y vio que no respondía tanto como a él le hubiera gustado.

—¡Will! —dijo su nombre sin importarle lo que pensara Alan—. ¿Qué tal estás? Dime algo. Venga, reacciona. —Empezó a auscultarle el pecho cuando llegaron los enfermeros—. ¡Vamos! ¡Hay llevarlo dentro!

El cirujano comenzó a sacarlo del coche. Alan trató de ayudarlo, pero apenas podía utilizar la mano derecha. Un enfermero llegó y ocupó su lugar para sujetar a su amigo mientras el otro acercaba la camilla. Lo tendieron y, sin perder un minuto, salieron corriendo hacia urgencias.

Cuando entraron, la enfermera Green abrió las puertas. Alan vio cómo se lo llevaban a una zona donde sabía que no le dejarían entrar. Aun así, intentó pasar. Danna le cortó el paso.

—¡No! Usted tiene que esperar aquí —le dijo muy seria.

—Pero ¡es mi hermano! ¡Tengo que ir con él! —gritó desesperado.

Las puertas ya se habían cerrado y no podía pasar. La enfermera Green, hablándole en un tono conciliador para que se tranquilizase, le repitió con delicadeza que fuera a la sala de espera.

—Le aseguro que el doctor Reid hará todo lo que esté en su mano para salvar a su amigo y allí no puede hacer otra cosa que estorbar. Ahora solo puede sentarse y esperar —dijo Danna con amabilidad.

Alan asintió y se derrumbó en la silla. Apoyó los codos en las rodillas y vio que llevaba las llaves en la mano. No recordaba haberlas cogido ni cerrado el coche, pero, por lo visto, lo había hecho. Se las guardó en el bolsillo y volvió a apoyar los codos. Al sujetarse la cabeza con ambas manos, la derecha le recordó la herida que tenía. Ahora eso le parecía una tremenda estupidez.

Miró alrededor y en la sala había tres personas. Una señora acompañaba a un chico joven, que parecía que se había roto el brazo, y otro señor con un buen catarro. La enfermera Green llamó al joven, que pasó con su madre hacia la zona de consultas. Poco después, llamaron al señor resfriado y se quedó solo en la sala.

Estaba en *shock*. Will apenas tenía veintiocho años.

«¿Cómo va a tener un ataque de corazón siendo tan joven?», pensó muy angustiado. Un *flash* con recuerdos espantosos hizo que a Alan se le llenaran los ojos de lágrimas. Los minutos pasaron como siglos. Miró su Apple Watch y llevaba una hora esperando. «Dios, no te lo lleves», pensó, rezó y suplicó. Todo a la vez. Las puertas de urgencias se abrieron, salió Collin con cara de alivio y agradecimiento a Dios, al universo o a quien fuera.

Alan se levantó como un resorte y fue a su encuentro.

—Está bien, solo ha sido un fuerte episodio de estrés. Hemos descartado el infarto. El corazón está bien, todo está bien. Se le ha colocado una vía con suero y un sedante suave. En un par de horas podría irse a casa, pero preferiría que pasara aquí la noche para tenerlo en observación, si le parece bien —dijo Collin con profesionalidad.

Alan cerró los ojos y se aguantó el tipo lo mejor que pudo. Will estaba bien, y eso era lo único importante.

—Gracias, lo que considere necesario me parece bien —respondió algo más calmado—. ¿Puedo verlo? —Quería asegurarse de que lo que le había dicho el doctor Reid era verdad.

—Cinco minutos. Lo más recomendable es que pase durmiendo toda la noche. Su cuerpo está agotado y necesita descansar. ¿Sabría decirme si ha estado muy estresado en el trabajo o ha recibido una mala noticia o ha tenido alguna discusión importante? —preguntó Collin para intentar encontrarle sentido a lo que le había pasado a Will y, de paso, averiguar todo lo posible.

La mayoría de las veces los pacientes mentían o eludían información vital por miedo, vergüenza o simple olvido. Por ese motivo, siempre era mejor hablar con un familiar que seguro, bajo presión, contaría hasta el detalle más insignificante con tal de salvar a la persona que estaba en peligro.

—Un cóctel bien cargado de los tres —confirmó Alan. Menudo día habían tenido desde las seis de la mañana.

—Entiendo —dijo Collin mientras asentía, hasta que se dio cuenta de un pequeño detalle—. ¿Me estás diciendo que se encontró mal y condujo hasta urgencias? —Le tuteó sin importarle lo más mínimo. De pronto, el pensar que le hubiera pasado algo al diseñador lo hizo enfadar más de lo que esperaba—. ¿Por qué lo dejaste? Eso fue una imprudencia por tu parte, podríais haber tenido un accidente o atropellar a alguien o chocar con otro vehículo.

Alan estaba cansado y necesitaba que ese día acabara de una vez por todas. Se sentía como si alguien estuviera viendo su vida con un paquete enorme de palomitas. Decidió terminar con la conversación porque, lo único que quería, era ver a Will e ir a su casa a dormir.

—No fue así. Se encontró mal cuando aparcó, y la culpa es tuya —respondió Alan también tuteándolo. Collin subió las cejas en señal de sorpresa—. Voy a contarte algo que jamás admitiré haber dicho: Will ha venido para hablar contigo. Esta mañana le dolió mucho que tiraras su teléfono encima de la mesa. No lo vuelvas a hacer. Él es mi hermano, cualquiera que le haga daño se las tendrá que ver conmigo. Y, que quede claro, no hay otro sentimiento a parte que el de ser familia. Ahora lo único que me importa es que está bien, el resto lo tenéis que solucionar vosotros.

Collin estaba muy serio oyendo sin perder detalle.

—A Will le gustas mucho —prosiguió Alan—, pero nunca se ha enamorado de nadie. Venía a decirte que quería intentarlo contigo, pero estaba muerto de miedo. Jamás ha sido fiel. La relación más larga que ha tenido ha sido de media noche, ya me entiendes. Siempre ha sido así. Tú eres el primero que le ha hecho plantearse cambiar de opinión. Mi papel era solo de apoyo moral. Ha conducido en perfectas condiciones hasta que hemos aparcado, ahí ha sido cuando ha empezado a sentirse mal. El pánico le ha jugado una mala pasada, y el resto ya lo sabes. Es cuanto tenía que decirte. Will es un gran hombre, que no te distraiga su conversación superficial ni sus muchas gilipolleces: es el mejor hermano que cualquiera podría tener. Si no estás dispuesto a atravesar ese escudo de súper estrella que se ha inventado para sobrevivir a la pérdida de muchas cosas, lo mejor será que lo dejes en paz; pero vas a perder la oportunidad de conocer al gran hombre que está detrás de esa maldita máscara. Eso sí, no juegues con él porque no lo soportaría.

Collin asintió en señal de que lo había entendido. Will no era solo una cara bonita, era un hombre que merecía ser descubierto y él estaba dispuesto a intentarlo.

—Siento mucho que se haya agobiado hasta llegar a ese punto. Esta mañana estaba muy cansado y no me comporté demasiado... No fui amable. Sincero sí, pero muy cortante. A veces nos olvidamos de que la otra persona puede estar también pasando un mal día. —Se sinceró el cirujano—. Vamos, te llevaré con él antes de que se duerma del todo.

Alan asintió y ambos cruzaron las puertas que separaban las consultas de la recepción de urgencias. Atravesaron el pasillo y llegaron a una sala bastante grande donde su amigo estaba tumbado en una cama con los sueros puestos. Will, al verlos, sonrió sin fuerzas. El sedante había comenzado a hacerle efecto y sabía que en breve estaría profundamente dormido.

—¡Ey! ¿Cómo te encuentras? —preguntó Alan en voz baja.

—Como si una apisonadora me hubiera pasado por encima y el hijo de puta del conductor hubiera dado marcha atrás para aplastarme otra vez —respondió con los ojos semicerrados.

Alan y Collin sonrieron. Menuda imaginación tenía el diseñador.

—Vas a quedarte toda la noche en observación, ¿vale? Vendré a recogerte por la mañana.

Él asintió despacio, tenía muchísimo sueño. Solo quería cerrar los ojos y descansar. Alan se acercó y le dio un beso en la frente. Después, se separó un poco con el médico.

—¿A qué hora puedo pasar a por él?

—Mi turno termina a las ocho, le daré el alta y, si te parece bien, le puedo acercar yo a casa: quiero hablar con él. Tranquilo, desayunaremos antes —respondió Collin.

—Me parece genial, hoy no puedo con nada más. Por favor, si hay algo, llámame. Yo soy su persona de contacto, aquí tienes mi tarjeta. —Sacó la cartera y le dio una tarjeta muy elegante con todos sus teléfonos de contacto y emails. Collin se la guardó en la bata blanca—. Creo que se ha quedado dormido. Me voy, cuídalo bien.

—O me las tendré que ver contigo. Lo he captado.

Alan lo miró sonriendo.

—Si al final vais a estar hechos el uno para el otro.

Collin también sonrió.

—¿Qué tal la mano?

—Algo dolorida por haber intentado ayudarte a sacarlo del coche, pero sobreviviré.

—No olvides venir el lunes a la cura —le recordó.

—Aquí estaré. Hasta luego. —Se despidió Alan.

—Cuídate.

Collin se dio la vuelta y se acercó a la cama donde estaba Will dormido. Su pecho subía y bajaba con un ritmo constante y relajado. Le cogió la muñeca para notar el pulso, era normal y fuerte. Saldría de esta.

Nunca había conocido a dos hombres tan dispares que, sin ser familia, ni de la misma orientación sexual, se quisieran y protegieran tanto. El mundo era bastante peculiar y él, que creía haberlo visto todo, se alegró al descubrir que no era así.

Las familias surgen en los lugares más insospechados y prejuizar era algo que tenía que dejar de hacer. Esos dos le habían dado, sin pretenderlo, la lección de su vida. Negó incrédulo mientras comprobaba el gotero para que se mantuviera hidratado toda la noche.

«Ha venido a verme... Tengo que darle una segunda oportunidad. Se ha tragado su orgullo herido y ha vuelto para hablar conmigo», pensó, dibujando media sonrisa. Se quedó un momento mirando a su paciente cuando Will abrió un poco los ojos.

—Había venido para hablar contigo, pero me ha dado un patatús —dijo vocalizando despacio.

—No debería haber tirado tu número de teléfono encima de la mesa —respondió Reid, acercándose a su oído—. Descansa, órdenes de tu médico.

Will hizo un amago de sonrisa y cayó en un profundo sueño maravilloso donde un imponente pelirrojo le pedía disculpas por devolverle el teléfono.

Collin lo miró y decidió que le daría una segunda oportunidad porque, sin duda, era lo que ambos merecían.

CAPÍTULO 26. coincidencias

Emma entró por las preciosas puertas francesas. Iba a subir a su habitación hasta que cayó en la cuenta de que, con tantos cambios y remodelaciones, no sabía cuál era la suya. De pronto, un pellizco le encogió el corazón. «¿Tendré aún habitación propia o me tocará dormir en la de invitados?», pensó, agobiada por la idea de ser desplazada.

Tras una larga inspiración, se dio la vuelta y salió de nuevo al jardín. Decidió que lo que le dijera su abuela estaría bien. Su vida ya no era esa. Sabía que siempre podría volver, pero sería para vivir allí. Al menos, ese era el plan. El futuro se había convertido en presente, y haría frente a lo que le llegara sin tener miedo.

—¿Abuela? —dijo para hacerse notar.

—¿Sí, cariño?

—¿Aún tengo habitación? —preguntó con cara de expectación, elevando las cejas.

Katharine miró a Andrew y ambos se echaron a reír.

—¡Anda la preguntita! ¡Por supuesto que sí! He olvidado decírtelo entre tanto alboroto —dijo riendo—. Subiendo las escaleras, la primera puerta a la derecha. Espero que te gusten los cambios. —Le guiñó un ojo.

—Seguro que sí —respondió ella con verdadero alivio.

—¿En serio pensabas que no ibas a tener habitación propia?

—Pues si te soy sincera, y después de lo que he visto esta tarde, ¡no las tenía todas conmigo!

Todos rieron por su ocurrencia.

—Esta siempre será tu casa, cariño mío. Nunca más lo pongas en duda. ¿De acuerdo?

Emma se mordió el labio inferior por la emoción y se le llenaron los ojos de lágrimas. Había sido un día interminable y tenía los sentimientos a flor de piel. Katharine lo captó tan rápido que solo le dio tiempo a asentir un par de veces cuando ya la estaba abrazando.

—Te quiero mucho, abuela —dijo, con las lágrimas rodando por las mejillas.

—Y yo a ti, mi vida. —Deshizo el abrazo, la sujetó de la cara y, mirándola con cariño, le dijo las palabras que necesitaba oír como agua de mayo—. Siempre, óyeme bien, siempre estaré a tu lado. Eres sangre de mi sangre y te quiero con todo mi ser. Eres un ejemplo de superación, inteligencia y amor. Acuérdate de nuestra frase: «No he tropezado y me he caído, solo me he agachado para coger impulso, como los corredores de fondo».

Emma recordaba haberla oído decir esas palabras desde que tenía memoria, y siempre la hacía sentirse protegida.

—Sin duda, era la mejor —dijo, sintiéndose muy agradecida.

—Lo sé, pero no se lo digas a nadie o, si no, ¡van a saber lo mismo que nosotras!

Andrew soltó una carcajada. Estaba emocionado. Desde luego, había sabido escoger sabiamente. Katharine era cariñosa, ingeniosa y le había robado el corazón nada más verla. Algo que lo hacía muy feliz.

Los tres rieron. Emma notó cómo su abuela le secaba las lágrimas y se acercó a besar a la mujer que lo había dado todo por ella.

—Voy a subir la maleta y a llamar a Sarah, no quiero que se preocupe.

—Tranquila, yo te la subo después. A no ser que la necesites ya —dijo Andrew.

—No me hace falta nada ahora mismo, muchas gracias. Pero creo que te vas a arrepentir por el ofrecimiento en cuanto la cojas.

—Esto, me parece que tengo un tirón de espalda... —bromeó Andrew, señalándose la parte baja de la cintura como si fuera un anciano. Todos volvieron a reír—. Tranquila, creo que podré con tu maleta.

Ellaladeó la cabeza y levantó ambas manos.

—Yo te he advertido —dijo, haciendo una graciosa mueca con la boca y asintiendo—. Gracias, Andrew.

Volvió a entrar en la casa y cogió el bolso. Subió las elegantísimas escaleras y llegó a la puerta que le había indicado su abuela. Resopló nerviosa. Sabía que los cambios iban a ser de aúpa. Se armó de valor y abrió la puerta lo suficiente como para poder entrar. Dejó caer el bolso en el suelo y se le escapó una sonrisa. Después se tapó la boca con ambas manos. Las lágrimas volvieron a hacer su aparición hasta casi cegarla. Su incredulidad le llevó a negar sin parar. La habitación que ahora le pertenecía era su sueño hecho realidad.

En paredes forradas de un papel beige labrado de forma exquisita, descansaban cuadros con sus paisajes preferidos. Todo el mobiliario era de una preciosa madera blanca. La enorme cama estaba invadida por media docena de cojines de distintas tonalidades moradas y lilas combinados entre sí con muchísimo gusto. Había una ventana doble con un asiento mullido y las cortinas, que eran sencillas para no recargar en exceso, iban a juego con los tonos de la ropa de cama.

No podía cerrar la boca porque todo lo que alguna vez había deseado estaba allí, como si alguien le hubiera leído la mente. Alguien no, su querida abuela.

A la derecha, había un moderno tocador adornado en el que descansaba un impresionante jarrón con rosas blancas y lilas. Contaba con seis cajones, un gran espejo y un silloncito forrado a juego con las cortinas. Se acercó y abrió un cajón, y otro, y otro más. Estaban repletos de maquillaje de alta gama de sus marcas preferidas. Encontró el último cajón vacío con solo una pequeña tarjeta que decía: «Sabía que abrirías todos los cajones. Disfruta del maquillaje que siempre quisiste tener. Te quiere, tu abuela». Emma no podía retener las lágrimas y la cara empezó a dolerle de tanto sonreír.

A la izquierda del tocador, descubrió una estantería enorme sin apenas decoración, como esperando su toque personal. Cuando se acercó, vio que los pocos adornos que impedían que estuviera del todo desnuda eran sus recuerdos más queridos. Un par de fotografías con su madre y hermana y otra con las cuatro juntas. También estaban el joyero de su madre y el cenicero de arcilla que le regaló su hermana por su octavo cumpleaños. Lo había hecho y pintado ella misma.

Sollozando en silencio, sintió que la persona que había decorado esa habitación era alguien muy especial. Había sabido combinar a la perfección pasado, presente y futuro. Aquello le devolvió un pedacito de su pasado, y no pudo evitar echar de menos lo perdido. Se sentía tan feliz y agradecida que, una vez terminara de verla, bajaría para darle las gracias a su abuela por las cosas tan maravillosas que había hecho por ella todos esos años. Y, por supuesto, a Andrew, porque si ellos no estuvieran juntos, tal vez, eso no hubiera sucedido nunca.

Se dio la vuelta y no pudo evitar soltar una carcajada. A los pies de la cama, había una preciosa chimenea de cristal de diseño moderno. Pero, por increíble que pareciera, no desentonaba para nada con la decoración

romántica de la espléndida habitación. Estaba tan abrumada que decidió sentarse un momento para observar la chimenea apagada, hasta que se dio cuenta de que había una puerta cerrada a su izquierda.

Se quedó absorta mirándola unos segundos, preguntándose qué se le habría ocurrido añadir a su abuela a una habitación ya de por sí perfecta. Inspiró emocionada y se levantó. Resopló, giró el pomo y, cuando la abrió, solo pudo volver a reír a carcajadas. Un inmenso vestidor rectangular, forrado de suelo a techo con madera blanca, la estaba esperando. Tenía luces indirectas y puertas de cristal ahumado para la ropa, donde se distinguían algunos cajones, dos zapateros enormes y varios espejos de cuerpo entero, uno a cada lado.

Al fondo, había otra puerta. Caminó despacio, disfrutando del momento, y se dirigió hacia ella para abrirla. Un baño gigante con todo tipo de detalles hizo que volviera a reír. Había una enorme encimera de mármol blanco con dos lavabos separados por un precioso jarrón con tulipanes blancos y lilas. Toallas enrolladas, formando una pequeña pirámide, descansaban a cada lado. Debajo, había un armario de cuatro puertas donde descubrió más toallas de diversos tamaños de distintos tonos morados y lilas, sus favoritos.

El inodoro estaba detrás de una pared de cristal opaco, a fin de proporcionar algo más de intimidad. Se fijó en que el suelo continuaba hasta entrar en la ducha sin escalones que salvar que contaba con una mampara de cristal impresionante. En la pared, había puntos de salida de chorros de agua a presión y, en el techo, una enorme ducha empotrada que, con total seguridad, tendría efecto de lluvia. Varios albornoces mullidos de color morado colgaban de la pared.

Siguió el recorrido y volvió a reír. Una hermosa bañera con pie, tan grande que seguro cabían dos personas, estaba debajo de una ventana doble. Los últimos rayos de sol de la tarde bañaban con timidez parte del asiento de la ventana. Este había sido utilizado para colocar dos macetas medianas de lavanda, otras tres toallas moradas enrolladas tal y como lo estaban en el lavabo y, por último, unos botes de aceites, geles y sales de baño terminaban de darle un toque regio.

Era como si alguien hubiera escogido cada elemento para hacer un todo con cada uno de sus deseos. Se acercó despacio al hueco de la ventana, que hacía las veces de repisa, cogió una de las macetas e inhaló despacio: el olor era delicioso. Cerró los ojos y, sin pretenderlo, decenas de imágenes

felices de su niñez llegaron a su mente sin ningún orden concreto. Una sonrisa inmensa y unas lágrimas de felicidad recorrieron a toda prisa sus mejillas.

—¿Te gusta? —preguntó Katharine, apoyada en el quicio de la puerta.

Cuando había subido las escaleras, la había seguido sin hacer ruido. No quería perderse ninguna de sus caras, pero prefería verlo a escondidas para saber su auténtica reacción.

Emma abrió los ojos y dejó la maceta en el mismo lugar de donde la había cogido, fue hacia ella y la abrazó con fuerza. No tenía palabras para expresar toda la gratitud que sentía en ese momento. Cuando se repuso, se separó y, cogiéndola de ambas manos, le regaló una enorme sonrisa.

—Te quiero, abuela. ¿Gustarme? ¡Si es maravilloso! —dijo llena de emoción, mientras recorría con su mirada cada rincón—. Todo lo que siempre me ha gustado y que he señalado en cientos de revistas de decoración está aquí. Muchas gracias, no sé ni qué decir.

—Espera un momento, deja que coja mi diario y que apunte el día en que te dejé sin palabras —se burló con cariño de su nieta.

Emma soltó una carcajada y la atrajo para volverla a abrazar.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho por mí —dijo, quebrándosele la voz.

—Acabas de hacerlo, cariño —aseguró Katharine, besándola en la mejilla—. Pero ¡basta de llorar! Ya hemos llorado para esta vida y ¡quién sabe si para la siguiente! —Eso hizo reír a las dos—. Venga, vamos a hacer la visita completa y me vas contando lo que más te gusta.

—Me parece genial, pero te lo puedo resumir en una palabra: ¡todo! —contestó pletórica.

Primero hablaron del baño y de lo impresionante que era. Su abuela le explicó que había sido la amiga y paciente de Andrew la que, tras las indicaciones de sus gustos, había hecho todo tal y como estaba. Emma le pidió que se la presentara, quería darle las gracias por la preciosa decoración y por lo bien que había plasmado su esencia en cada detalle. Los colores, los olores, la distribución. Estaba impresionada con todo lo que había elegido.

Después, pasaron al vestidor y repitió que estaba encantada con todo. Se detuvieron delante de uno de los espejos y Emma bromeó diciendo que la hacía más delgada. Ambas rieron hasta que Katharine le enseñó algo

que no esperaba. En su mano, llevaba un mando a distancia. Apretó un botón y, de pronto, el espejo de cuerpo entero izquierdo se abrió hacia afuera. En realidad, era una puerta secreta. Le indicó que pasara dentro y vio que era el principio de un estrecho pasillo. Emma la miró intrigada, ya que la situación le recordó a una película de miedo. Caminaron unos cuantos pasos hasta llegar a una puerta metálica de color gris, que parecía bastante pesada.

—Este pasillo pasa por detrás de tu baño y llega hasta esta puerta acorazada —dijo Katharine que, apretando otro botón del mando a distancia, provocó que esa puerta se deslizara hacia la derecha, desapareciendo detrás de la pared sin hacer ningún tipo de ruido.

Esto dio paso a una habitación del pánico que contenía todo lo necesario para una situación de peligro. Agua embotellada, comida deshidratada, varias literas, un diminuto aseo con lo imprescindible. Había mantas y toallas apiladas en un lateral, una pequeña cocina con cafetera, microondas y algunos armarios con enseres.

Lo que más sorprendió a Emma fue el sofisticado sistema de monitores de última generación que mostraban todas las habitaciones de la casa junto con el exterior delantero y todo el jardín trasero, incluyendo baños y vestidores. En uno de los monitores vio a Andrew, que seguía leyendo el periódico.

A Emma le vino a la mente la imagen nítida de Jodie Foster corriendo escaleras abajo para salvar a Kristen Stewart. «¿Esto está pasando de verdad o estoy soñando? ¿Por qué necesitamos una habitación así en casa? ¿Por qué?», no dejaba de repetirse. Seguía con la boca abierta sin decir nada mientras su abuela esperaba a que le comentara cualquier cosa, pero ella estaba de nuevo sin palabras.

—Pe... pero... pero... —balbuceó.

—Cariño, respira —dijo Katharine con preocupación al ver cómo su nieta palidecía por momentos.

Emma no paraba de observarlo todo con auténtico pánico, tal y como se definía ese tipo de habitaciones hasta que detuvo su mirada en Katharine, que fue a acercarse, pero ella levantó la mano.

—¿Ha salido de la cárcel? —Fue lo único capaz de preguntar. Si habían hecho esa habitación, el motivo no podía ser otro.

Katharine suspiró. Mentir no serviría ya de nada, y suponer que ella estaría a salvo por el hecho de no conocer la verdad no tenía ningún sentido.

Así que optó por contarle todo lo sabía.

—No, tranquila, no ha salido, pero...

—¿Hay un «pero»? —interrumpió Emma con la cara cada vez más pálida.

—Sí, cariño. Hay un «pero». Sabemos por nuestra abogada que vuelve a estar luchando y apelando con uñas y dientes para la libertad condicional, alegando el número de años ya cumplidos y por ser un preso modélico. ¡Un preso modélico! —dijo sin poder disimular la rabia que sentía—. Sí, modelo de aberración.

—Lleva apelando años, abuela. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez? ¿Acaso no está en el corredor de la muerte? —preguntó Emma sin ningún tipo de empatía. Por ella se podía pudrir en la cárcel o algo peor.

Katharine la miró con los ojos anegados de lágrimas. Emma, negando sin parar, le devolvió la mirada con la cara desencajada y se tapó con ambas manos la boca ahogando un grito.

—No, Emma. De hecho, nunca fue allí. Siempre estuvo con los presos comunes. —Katharine dio un largo suspiro—. También debes saber que ha habido momentos en los que ha estado incomunicado, pero el Alcaide nunca ha dado demasiada información al respecto, puesto que no tenía por qué. Y, lo más probable, porque estaba bien motivado para no hacerlo. Su padre es muy poderoso y seguro que ha pagado una fortuna en sobornos. La cuestión es que consiguió lo indecible evitándole a su hijo el corredor de la muerte. Suponemos que todo ha sido a golpe de talonario, buenos contactos y nos tememos lo peor.

Katharine estaba destrozada. Le partía el corazón haber estropeado la sorpresa tan maravillosa que le había preparado a su nieta construyendo el dormitorio de sus sueños. Sin embargo, sueños y pesadillas suelen ir de la mano. Además, no estar preparados para las posibles consecuencias de la libertad condicional de un asesino era como querer detener una ola con el pensamiento: una locura.

Emma no era capaz de mover ni un músculo. Su respiración era superficial y apenas imperceptible. De repente, tenía nueve años otra vez. Todos los sentimientos de culpa, terror y pérdida la golpearon tan fuerte que, después de los altibajos tan seguidos de los últimos días, incluyendo los de las últimas horas, y añadiendo la posibilidad de que ese monstruo pudiera salir de la cárcel, hicieron mella en ella. Sin poder evitarlo, se desplomó en el suelo.

Lo último que oyó fue su nombre a cámara lenta.



—Tranquila, Katharine, se pondrá bien. Tendrías que haber esperado a que estuviera sentada para contárselo —dijo Andrew mientras su paciente empezaba a abrir los ojos—. ¿Emma, me oyes?

—¡Emma! —gritó Katharine, intentando apartar a Andrew, que le estaba tomando el pulso.

—Katharine, no me empujes y espera a que termine —se quejó él.

—No grites, abuela —masculló con la boca pastosa, entreabriendo los ojos con dificultad.

—Lo siento —dijo, dando la vuelta a la cama y cogiendo la mano libre de su nieta—. ¡Cariño mío! ¡Qué susto me has dado! Menos mal que has caído del lado de las mantas apiladas en el suelo —dijo de forma atropellada.

—La tensión es baja, pero va a mejor. Te hemos subido un zumo —dijo Andrew, acercándole el vaso.

—Gracias —Emma bebió un par de sorbos, que le supieron a gloria. Estaba tendida en la mullida cama y vio cómo la mayoría de los cojines estaban esparcidos por el suelo. Le entregó el vaso a su abuela—. Voy a incorporarme —dijo con un poco de fuerza en la voz—. Quiero beberme el zumo estando sentada.

—Claro, cariño —respondió Katharine.

Andrew se acercó, la ayudó a sentarse y apiló varios cojines detrás de su espalda para mantenerla erguida. Su abuela le volvió a dar el zumo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, bebiendo despacio.

—Te has desmayado en la habitación del pánico y a mí por poco me da un infarto. He llamado desde ahí a Andrew, que gracias a Dios tenía el móvil encima, y ha subido en un suspiro. Te ha cogido en brazos y te ha traído a la cama.

—Has tirado mis cojines nuevos al suelo —dijo Emma, sonriendo sin fuerzas para quitarle importancia a lo que le había pasado.

Katharine empezó a llorar en silencio. El estrés también le había pasado factura y se derrumbó. Andrew rodeó la cama para abrazarla y Emma le cogió la mano.

—No llores, abuela. Estoy bien, solo es que me he cortocircuitado. Todos rieron, tratando de soltar algo de la tensión debida al susto.

—¡Qué cosas tienes! —se quejó Katharine—. No sabes lo mal que lo he pasado al verte caer y sin poder llegar a cogerte.

—Tranquila, es que hoy he llegado al límite de mis fuerzas —confesó Emma—. Dime, ¿por qué no me lo habías contado antes?

—Perdóname, debí hacerlo. Aunque créeme cuando te digo que solo te mentí para que pudieras sentirte a salvo. Comprende mi decisión, cariño. Eras pequeña y necesitaba que volvieras a tener confianza en las buenas personas y en la vida. Quería darte la oportunidad de estudiar la carrera que quisieras sin importar el estado al que tuvieras que ir, pero con miedo... Con miedo no hubieras hecho nada en absoluto. Preferí mantenerte al margen para que pudieras vivir una vida lo más normal posible, dentro de nuestras circunstancias. Fui egoísta, lo sé, pero no me arrepiento: conseguí que estuvieras a salvo tanto física como mentalmente, y eso era lo más importante para mí.

Emma la miró agradecida.

—Entiendo tus razones, abuela. Pero no vuelvas a ocultarme nada, necesito saber a lo que me enfrento. Si llegara a pasar lo que más tememos... —respondió con la voz algo quebrada—. Supongo que Andrew sabe todo sobre el juicio.

Los dos asintieron a la vez.

—Tenía que saberlo, cariño. La idea de la habitación del pánico fue suya, quería mantenernos a salvo en el caso de que... —No pudo terminar la frase.

—Eso no va a pasar —dijo él.

Emma asintió para confirmar sus palabras.

—Tranquila, abuela, y estoy con Andrew. Dudo mucho que eso vaya a suceder en un futuro cercano. Y, en el caso de que pasara, volveríamos a apelar nosotros o lo que nos aconsejara nuestra abogada para que esa rata no saliera de donde está —dijo Emma, recuperando casi toda su fuerza gracias al zumo que había bebido y a la rabia por la posibilidad de que aquello sucediera.

—De acuerdo —intentó sonreír Katharine—. Ya tienes color en las mejillas.

—Me encuentro mucho mejor y necesito estrenar mi impresionante baño. Andrew, ¿serías tan amable de subirme la maleta? Ahora mismo creo

que yo no podría, aunque quisiera.

—Claro que sí. Voy a por ella —respondió, dedicándole una sonrisa y besando la mejilla de su pareja.

Salió de la habitación y Emma le pidió a Katharine que la acompañara hasta la puerta del baño por si acaso volvía a marearse.

—Ya estoy mejor, abuela.

—De acuerdo, pero te espero en tu habitación hasta que salgas.

—Vale. Anda, dame un beso —dijo, acercándose.

Katharine se lo dio encantada, le sonrió y salió. Emma entró en el baño y dejó su móvil al lado del lavabo. Antes de regresar a la habitación, se lavó las manos y el jabón también olía a lilas. Cogió una toalla y notó la suavidad. Nunca las había tenido tan bonitas y de tan alta calidad. Cogió el móvil y vio que tenía un wasap de Sarah que no había leído. Sonrió al ver lo que le había puesto y por la fotografía del hombre que había comido con ella. Después la llamaría.

Volvió al vestidor y se vio reflejada en el espejo que había provocado la avalancha de sentimientos de terror y angustia. Se miró con detenimiento y descubrió que ya no quería ser esa niña de nueve años rota por el dolor, con los ojos llenos de lágrimas y luchando por salir adelante. Sonrió, levantó la cabeza e irguió su espalda.

Se estudió unos segundos y se dijo: «Esto no podrá conmigo». Se tragó las lágrimas y decidió que, como le había dicho su abuela, ya había llorado para esta vida y quién sabía si para la siguiente también.

Entró en su nueva habitación. Katharine estaba sentada en la cama y Andrew en el sillón del tocador hablando sobre la cena. La escena le pareció tan maravillosa que se echó a reír.

Su abuela la miró sorprendida.

—¿Y ahora por qué te ríes? —preguntó sin entenderla.

—No lo sé, me ha gustado veros juntos en esta habitación tan bonita, solo eso. Algo normal, para variar —se sinceró Emma.

Katharine asintió.

—Siento mucho haberte estropeado la sorpresa enseñándote la habitación dichosa. Debería haber esperado a otro día.

—No, abuela, está bien. Ya no soy una niña y debo estar informada de todo lo que está relacionado con ese malnacido. He decidido hacer algo que he postergado por miedo. Voy a leer el sumario del juicio. —Su abuela iba a hablar, pero ella levantó la mano para que no lo hiciera—. Sí, lo voy a

hacer. Quiero ver las fotos y leer todas las declaraciones. Necesito dejar de sentirme víctima. Me has protegido todos estos años, pero ya soy una mujer adulta que sigue con una parte vital bloqueada en su cerebro y puede que, al leerlo, mi amnesia desaparezca. Ni siquiera sé qué declaración de la defensa fue la que consiguió que lo condenaran. Quiero saber quién declaró y lo que dijo. Quiero ponerle cara al terror y a la salvación. Ni siquiera sé quién me libró de... —Tenía la boca seca y, de nuevo, respiraba de manera superficial—. Sé que querías protegerme y evitaste a toda costa que viera cualquier cosa que pudiera traumatizarme aún más, pero ninguna de las sesiones que he tenido con la doctora Miller han servido para desbloquear esa parte de mi memoria que me arrebató a mi hermana y a mi madre. Y quiero saber, ¡necesito saber! —dijo elevando la voz a la vez que cerraba los puños.

Katharine se levantó y la abrazó. Después, se separó para mirarla.

—De acuerdo, cariño. Le pediré una copia completa del sumario a nuestra abogada, pero prométeme una cosa.

—Lo que sea.

—Sigue como hasta ahora y no leas nada en internet. Sé que está todo ahí, pero hay muchas especulaciones e invenciones, y eso no es lo que buscas. Tú quieres saber la verdad, así que espera a que Haven nos dé todo el proceso, por favor —rogó Katharine.

—Por supuesto. Gracias, abuela, de verdad. Sé que va a ser muy doloroso, pero el limbo es mucho peor. El lunes la llamamos para que prepare la copia. Voy a estar seis semanas, y aquí me siento a salvo para poder leerlo y preguntarte si lo necesito.

Su abuela asintió.

—Sé que vas a llamar a Sarah y, aunque tienes mucha confianza con ella, es mejor que no le digas nada de esa habitación.

—Claro que no, abuela —interrumpió—. Entiendo la importancia de mantenerlo solo en la familia.

Katharine sonrió aliviada.

—¿Qué os parece si salimos a cenar? Son casi las siete. ¿Hago una reserva para las ocho y media donde siempre? —preguntó Andrew. Esas dos mujeres habían tenido suficiente para dos vidas y pensó que lo mejor era salir para poder despejarse.

—Me parece una idea estupenda —dijo Katharine—. ¿Te apetece, cariño? —Y miró a Emma.

—¡Sí, mucho! Déjame llamar a Sarah y darme una ducha rápida.

—Perfecto, nosotros nos vamos al jardín a tomar algo fresquito. Ah, revisa los armarios, igual encuentras algo que te guste. —Se acercó a su nieta y le dio un beso en la mejilla.

Emma solo pudo dibujar una sonrisa. No tenía fuerzas para nada más. Después Andrew y ella salieron, cerrando la puerta.



Emma se quedó pensando en cómo había cambiado su vida en pocos días. Iba a saber la verdad. Nunca había estado interesada, ya que pensaba que iba a empeorar la situación. Pero, tras esa tarde, se había dado cuenta de que el desconocimiento era un auténtico error. Suspiró y desbloqueó el móvil. Abrió wasap para releer el mensaje que le había mandado Sarah. El ver de nuevo al hombre que se había ligado, le hizo soltar una carcajada. No tardó más de dos segundos en marcar su teléfono.

Dos tonos de llamada.

Sarah estaba terminando de repasar un tema cuando sonó su teléfono y vio la cara de Emma.

—¡Guapísima! —respondió Sarah.

—¡Serás petarda! ¿Pero qué armario empotrado te has ligado esta mañana? ¿Ha sido en Starbucks? ¿En serio? —preguntó alargando las palabras y muerta de risa.

—¿Te lo puedes creer? ¡Yo aún estoy en *shock*! —dijo Sarah a la par asombrada y orgullosa por su conquista.

—Bueno, lo primero de todo. ¿Estás estudiando?

—Por supuesto. Es mi último examen y, si Dios quiere, lo bordo.

—Dios quiere muchas cosas, Sarah. Tú estudia por si acaso, que nunca se sabe si estará ocupado a esa hora —regañó Emma.

—Madre mía, ¡qué chinchosa eres! ¿Y me llamas a mí petarda? Sabes que es una manera de hablar. ¡Claro que voy a estudiar! —se defendió su amiga.

Se escuchó una carcajada en la otra línea del teléfono.

—¡Es que te pillo todas las veces! ¡Que era broma! —respondió riendo.

—¡Mierda! Es que tengo el cerebro atrofiado de tanto estudiar y tanto café. ¿Cuántas llevamos? —preguntó Sarah.

—Siete/dos. Ganando yo, por supuesto —dijo sin parar de reír.

—Te odio —se quejó con voz cómica.

Ambas rieron.

—Tengo que contarte un millón de cosas —soltó Emma de manera atropellada.

—¿Un millón no son muchas? —se burló la futura psicóloga.

—Anda, calla, que te pareces a mi abuela. ¿Preparada? —dijo, impregnando el momento de un halo misterioso.

—¡Siempre! —confirmó Sarah con ganas de que le contara todo lo relacionado con Alan.

Y así hizo. Le describió todo lo ocurrido desde que llegó al aeropuerto, obviando la habitación del pánico.

Pronto tendría que enfrentarse a varios asuntos que había estado evitando años y que quería contarle a Sarah más adelante. Primero, que iba a conocer al completo el sumario del juicio y, segundo, que era rica, muy rica. No obstante, no lo haría hasta que volviera a Boston.

Deseaba con toda su alma no serlo y que las personas por las que Katharine y ella habían recibido tal suma desorbitada volvieran a su vida. Sin embargo, eso no iba a ocurrir. En el fondo, su abuela tenía razón: nada se las devolvería, pero podían utilizar ese dinero para vivir bien y ayudar a los demás. Algo le vino a la mente, pero se lo guardó para sí. Las ideas geniales surgen de conversaciones geniales, y esa lo era.

—Me dejas con la boca abierta. Jamás imaginé de tu abuela todo lo que has contado y, si te digo la verdad, me alegro muchísimo por ella. Es guapísima, y una mujer encantadora. Aún le quedan muchos años buenos, y espero que los disfrute con ese hombre o con quien ella quiera porque se lo merece. Se merece vivir —dijo Sarah con voz emocionada.

—Te lo agradezco en el alma, pero, por favor, no sigas por ahí. Te estoy oyendo una voz... y no quiero llorar, que menudo día llevo.

Emma no podía contarle que se había desmayado y toda la conversación que había tenido con su abuela sobre la apelación. Aún no había nada seguro, y mejor era no atraer a los demonios.

—Yo también me alegro muchísimo por ella, y espero que Andrew la haga feliz ¡o servirá de abono a las flores tan bonitas que han plantado en el jardín! —bromeó—. Tienes que venir a ver la casa y a ver la maravillosa

habitación que me ha hecho. Mañana te mando fotos y, en cinco minutos te cuelgo, que me tengo que duchar. Pero deja eso y vamos a cambiar de tema a la de ya, ¡cuéntamelo todo de ese dos por dos! —dijo riendo.

—Sí, sí, ahora. Pero antes respóndeme a esto, y te juro que a estas alturas de la tarde no sé si te lo he llegado a preguntar en algún momento, pero esta vez es la que cuenta, ¿vale? —dijo Sarah muy seria.

—Sí, vale. Dime, que me estás asustando.

Se escuchó un largo suspiro de Sarah.

—¿Te has enamorado de Alan? —preguntó sin anestesia.

Ahora la que suspiró fue Emma.

—No. Sí. Bueno, no lo sé —dijo hecha un lío.

—Em, ¿confías en mí?

—Curioso, Alan me preguntó lo mismo y, por ridículo que parezca, le contesté lo que te voy a contestar a ti: sí, confío en ti.

—Ese es el problema, Em. Confías en la gente cuando te da la gana, a tu conveniencia y sin tener ningún criterio. Entiendo que confíes en mí porque llevo cuatro años viviendo contigo y me conoces, pero ¿y Alan? Lo conoces desde hace, no sé, dos a lo sumo tres días si contamos el momento álgido de vuestra presentación cuando le tiraste el café y pensabas que yo le había pagado para hacer guarradas contigo.

—¿A dónde quieres llegar, Sarah? —interrumpió el discurso de su amiga. No tenía ganas de discutir más de lo que ya había hecho.

—A ver, entiendo que es un hombre guapísimo. Un «HOMBRE», con letras mayúsculas y que, prácticamente cualquier ser vivo, incluyendo el reino vegetal y mineral si me apuras, se podría enamorar de él...

—¿Psicóloga? ¡A lo que te tenías que haber dedicado es a recitar monólogos cómicos en clubs nocturnos! —Emma estaba empezando a perder la paciencia—. ¿Me quieres decir a dónde quieres llegar?

—¿Quién es Alan Storm? —dijo Sarah con voz muy seria y sin ganas de bromear ni una pizca.

—Bueno, yo... no lo conozco a la perfección, ¿vale? —se defendió como pudo.

—Bien, lo entiendo. Os estáis conociendo y eso es normal, lo acepto.

—Vaya, gracias por tu permiso —respondió Emma con sarcasmo.

—De nada, pero antes de que vaya a conocer a tu abuela con su súper amigo diseñador que, mira qué casualidad, es el que le encanta a tu

abuela. ¡Vaya, qué coincidencia! ¿No te parece? Bueno, volviendo al tema: quiero que sepas estos tres datos y no hay negociación posible. ¿Preparada? —le preguntó tal y como ella había hecho antes.

—¡Siempre! —respondió una Emma algo molesta con su amiga/hermana.

—Primero, el nombre de su empresa. Segundo, dónde va a trabajar.

—Eso no me lo puede decir porque está en negociaciones con la nueva compañía y tiene una cláusula de confidencialidad —se excusó, poniéndose a la vez a la defensiva.

—Vale, lo reformulo. Segundo, dónde trabajaba antes. Al menos los dos últimos trabajos.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea. A Emma ya no le quedaba paciencia, pero Sarah no pensaba ceder. Los acontecimientos de los últimos días eran, como mínimo, algo sospechosos. Había demasiadas coincidencias por todos lados, y ella estaba dispuesta a descubrir por qué su instinto de «algo va mal» se había despertado. Prefería mil veces estar equivocada a dejar pasar algo que no cuadraba. Siempre era mejor pedir perdón que lamentarse.

—Y tercero, quizás lo más difícil.

—Tú dirás —respondió Emma, sin molestarse en disimular su enfado.

—Tercero, Emma, el nombre de sus padres y de sus hermanos. Trato de amigas/hermanas —respondió triunfante.

Sabía que ella no podía negarse, puesto que esas mismas exigencias las había tenido que cumplir en muchas ocasiones la propia Sarah cuando el chico con el que salía no le gustaba a Emma.

—Está bien, tramposa —dijo despacio—. ¿Por qué has estudiado Psicología? Servirías a la perfección como negociadora de la policía.

—¿En serio? Donde las dan —dejó en el aire Sarah.

—Las toman —terminó Emma.

Ambas se echaron a reír.

—Emma...

—¿Sí?

—Ten cuidado, ¿vale? —dijo con voz de preocupación.

—Siempre. ¿Ocurre algo, Sarah?

—No lo sé. Esa es la cuestión. Que hay algo que no me cuadra y mi sentido arácnido se ha puesto en marcha —bromeó para ocultar su recelo.

—¿Paranoias?

—No lo sé —respondió Sarah con sinceridad.

—Tendré mucho cuidado entonces.

—Gracias —contestó su amiga con verdadero alivio.

—A ti por cuidarme tanto —contestó con cariño—. Y ahora tú. ¿Quién es ese guapísimo Batman de cabeza rapada?

Sarah soltó una enorme carcajada. No se esperaba esa definición de Abraham para nada.

—No tengo ni la menor idea. Vino a desayunar a Starbucks y se quedó prendado de mí. Lo sé, estoy buenísima y lo entiendo. Si yo me conociera a mí misma, sentiría lo mismo.

—Deja de bromear y ve al meollo de la cuestión —le regañó Emma.

—Vale, uf, cuando te sale la vena de la niña del exorcista, no hay quien te aguante. A ver, se llama Abraham White. Estudió Administración y Gestión de Empresas, pero se dedica de manera esporádica a ser guardaespaldas de famosos. Yo creo que lo hace a tiempo completo, pero estoy especulando. Es muy educado, la verdad. Está claro que, por su dicción, tiene estudios. Aunque lo que me echa un poco para atrás es que es demasiado creído en plan «soy tan perfecto que me voy a besar un bíceps o algo». —Ese comentario consiguió que ambas rieran—. No sé qué es, pero no consigo entender cómo dos de los tíos más guapos que he visto en mi vida han entrado en ese Starbucks en menos de tres días. ¿Entiendes mi preocupación? —explicó Sarah algo agobiada.

—¿Por él estás en modo «algo va mal»? —Ahora era Emma la que estaba empezando a preocuparse. Sarah nunca fallaba. Nunca.

—No te voy a mentir: por él y por Alan. Hay coincidencias que sorprenden, eso está claro. Confío en el destino, ya lo sabes. Sin embargo, no sé. Vamos a darle la oportunidad de que sea caprichoso al máximo, vale, pero no me creo que sea tan magnánimo y generoso al mismo tiempo con nosotras dos —explicó Sarah.

Emma dejó escapar un suspiro de cansancio.

—¿Es mucho pedir tener cinco minutos de paz? —dijo agotada.

—¿Y para qué los quieres? La vida es mucho más interesante de esta manera —aseguró la Sarah a la que encantaban los retos—. Bueno, mi Cyborg no me llamará hasta el jueves. Y si me llama, que esa es otra. Yo le he dado mi teléfono y un ultimátum para que no lo haga antes de ese día, y

solo a partir de la una de la tarde. Mientras tanto, lo único que quiero pensar es en estudiar mi examen.

—Así me gusta. Estoy muy orgullosa de ti —la animó Emma.

—Y yo de ti, doctora.

—Preciosa mía, te tengo que dejar para que estudies y para darme una bien merecida ducha, que buena falta me hace para relajarme.

—De acuerdo —respondió Sarah—. Hablamos el jueves. Mientras tanto, te iré mandando mensajitos para que sepas que sigo viva, pero tengo que aprovechar al máximo estos días. Ya me cuentas lo que averigües.

—Soy tu pequeña detective —se burló Emma.

—Con gabardina y todo —concretó Sarah.

—Te quiero. Un besito, ¡muac! —Se despidió riendo.

—Y yo a ti, ¡remuac! —Y su amiga, riendo también, colgó.

Emma mantuvo la sonrisa, dejó el móvil encima de la cama y se dirigió al vestidor para averiguar a qué se refería su abuela. Entró de nuevo y volvió a maravillarse. Abrió cada puerta y, colgadas, había prendas maravillosas de la actual temporada, algunas de sus marcas preferidas y otras de las marcas que siempre había querido tener. Dos vestidos largos, tres a la rodilla, dos faldas y un par de abrigos de entretiempo rellenaban en parte una de las puertas, pero quedaba la otra parte vacía esperando a ser completada.

Abrió otra puerta del armario y, en las amplias baldas, había decenas de jerséis ligeros, rebecas y camisetas de manga corta y larga. En el medio, de un perchero bajo colgaban varios pantalones de vestir de distintos estilos y, en la otra estantería, cinco vaqueros de varios tonos estaban apilados como en una tienda.

Extrañada, abrió todos los cajones y allí encontró ropa interior tanto cómoda como sexy de diferentes colores, calcetines largos y cortos, medias y algunos pijamas de dos piezas.

La gran sorpresa llegó cuando descubrió que el zapatero estaba casi lleno. Zapatillas Converse de sus colores preferidos descansaban en tres baldas, zapatos de tacón de distintas alturas, materiales y colores, que combinaban con la ropa a la perfección, ocupaban otras cuatro baldas y, para completar, algunas zapatillas para estar en casa e ir a la playa.

Emma estaba completamente deslumbrada. Era como tener todos los regalos de Navidad de su vida juntos en una habitación: solo faltaba que un enorme lazo rojo los envolviera.

Impresionada por todas las cosas nuevas y preciosas que tenía, dijo en voz alta un «Gracias». Eligió las prendas con las que iba a vestirse y se dirigió hacia el baño con una gran sonrisa iluminándole la cara.

CAPÍTULO 27. sincronicidad

Alan salió por la puerta de urgencias hacia el aparcamiento del hospital. Se sentía agotado y aliviado a partes iguales. Lo único importante era que Will se iba a recuperar y Collin, bueno, seguro que se iba a ocupar de que así fuera. Llegó al coche, se sentó despacio y cerró la puerta. Colocó ambas manos en el volante, teniendo cuidado con la mano derecha, que estaba algo adolorida, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

«Cinco minutos de paz», agradeció. Lo cierto era que necesitaba con urgencia cinco minutos de paz en los que nadie gritara, estuviera a punto de morir o tuviera que tomar decisiones vitales para conseguir al amor de su vida. «Por favor, solo cinco minutos de pura... nada», repitió para sí. Inspiró todo que pudo y expulsó el aire de golpe para intentar sacar toda la tensión acumulada de un día lleno de sobresaltos.

Encendió el coche y eligió escuchar la música que tenía Will. La primera canción que sonó fue la melodía principal de la banda sonora de *Avengers*. Soltó una carcajada catártica al recordar a Emma y a Sarah tratándolo de superhéroe. Le habían llamado muchas cosas en su vida y bastante variopintas, pero nunca superhéroe. Hasta ahora, claro.

Condujo con el mayor cuidado para no empeorarse la mano. Mientras se dirigía a casa, decenas de ideas se le agolparon en la mente. «Vale, tengo que llamar a Adam para ver cómo sigue todo con Jason. A Tom para que restaure la vigilancia de Emma en cuanto vuelva; también tenemos que hablar de los nuevos proyectos que he pensado implantar en la empresa. Y, lo más difícil, borro o no toda la información de Emma».

Esa iba a ser una decisión que le iba a llevar algo más de tiempo. Sopesar los pros y los contras, aunque le hubiera dicho a Will que lo destruiría todo, no iba a ser algo que hiciera a la ligera. Al menos se sentía tranquilo, ya que toda la información estaba en un sitio seguro en su piso y no había copias. También debía elegir con cuidado los nuevos proyectos para su departamento en el MIT y, no pudo evitarlo, el resto de sus pensamientos se los dedicó a Emma.

De pronto, se acordó de que iría a visitarla en dos viernes y una enorme sonrisa ocupó toda su cara. Llegó al garaje, aparcó en la plaza de

Will y entró en el ascensor. Pulsó el botón del ático y miró el reloj: eran las once menos cuarto de la noche.

«¿Qué estará haciendo Emma?», se preguntó. Sabía que no debía llamarla. Le había pedido consultarlo con la almohada y, por mucho que quisiera hablar con ella, tendría que aguantarse las ganas.

Tras entrar en casa, cerró la puerta. Soltó las llaves y cogió el móvil. Todo iba a cámara lenta. Miró el salón a oscuras y en silencio. De repente, el móvil vibró. Con esperanzas, lo desbloqueó para ver quién era. El doctor Reid le había mandado un mensaje diciendo que Will seguía estable y dormido, eso lo hizo tranquilizarse aún más. Le respondió un «Gracias» y volvió a abrir la conversación que había tenido con Emma esa tarde antes de coger el vuelo: necesitaba leerla de nuevo y soñar. Se quedó mirando sus dos últimas palabras, «Gracias, Alan», y deseó con todas sus fuerzas que lo llamara.

Encendió las luces, bloqueó el móvil y después lo tiró al sofá: sabía que eso no iba a pasar. Pensó en la última palabra que se dijeron antes de que ella entrara en casa: «Hablamos».

«Para, Alan, ella no va a llamarte. Y, para colmo, estás en plan acosador enfermizo», se regañó con bastante dureza. La obsesión le empezaba a nublar la razón. Decidió que tomar un poco de agua lo ayudaría a despejarse un poco. Al coger el botellín, sonó un wasap.

Cerró la nevera de golpe y fue corriendo hacia el móvil. En los segundos que tardó en cogerlo, se le pasó de todo por la cabeza. Quizás Will había empeorado de repente o, algo peor. La verdadera sorpresa fue cuando miró la pantalla. Jamás hubiera imaginado que Emma le fuera a enviar un mensaje. Estaba con la boca abierta, no podía creer que le hubiera escrito. Lo había deseado con tal intensidad que había sucedido.

Eso solo podía tener una explicación: ella ya había tomado una decisión.

Emma_21:53

Hola.

Alan_21:54

Hola.

Emma_21:54

¿Te puedo llamar?

Alan_21:55

Te llamo yo.

Alan tardó dos segundos en marcar su teléfono. Ella respondió al primer tono.

—Hola —dijo despacio. Su voz reflejaba el cansancio extremo.

—Hola, preciosa —respondió sin pensar—. ¿Estás bien? Suenas agotada.

—Mi voz no refleja lo exhausta que me siento. Han sido muchas emociones hoy —dijo mirando a la chimenea que tenía a los pies y dejó escapar el aire de entre sus labios. Deseaba encenderla, pero era junio. No tenía ningún sentido hacerlo cuando el aire acondicionado mantenía estable la temperatura de su habitación a veinticuatro grados—. No sé por qué te he mandado el mensaje. —Resopló un poco más fuerte de lo que esperaba—. Solo quería cinco minutos de paz, y te has colado en mis pensamientos.

—¿En serio? —preguntó, dibujando media sonrisa sin planearlo—. Gracias por pensar en mí, me siento halagado. No sé cómo habrá sido tu tarde desde que dejamos de hablar, pero la mía ha sido terrible. Te juro que deseaba llamarte, pero no quería romper mi promesa. Me habías pedido consultarlo con la almohada y tenía que respetarlo.

—Te agradezco mucho que lo hayas hecho. Espera un momento, ¿una tarde terrible? ¿Qué ha pasado? —Emma se incorporó en la cama y se sentó con las piernas cruzadas.

—A ver, Will —dijo sin fuerzas—. Lo siento, pero no puedo filtrar la información, también estoy agotado. Te lo cuento sin más, ¿vale? —negoció, exhausto por tener que estar midiendo cada palabra que decía.

—Claro —respondió ansiosa por saber qué había ocurrido.

—Bueno, sabes que Will es gay, no es ninguna sorpresa. Cuando me hice daño en la mano esta madrugada me atendió un médico que también lo es. Al parecer, se sintieron atraídos el uno por el otro. Después hubo una movida típica de Will. En resumen: le dio su teléfono en un papel al médico y este quería algo serio. Como Will no, el otro le devolvió el papel. Al final, Will se arrepintió. Por la tarde volvimos al hospital para que pudiera hablar con él, y en el aparcamiento le dio un ataque de pánico que confundimos con un infarto...

—¿Qué me dices? ¿Y Will está bien? —interrumpió preocupada.

—Sí, sí, tranquila. Se ha quedado en el hospital esta noche por precaución. Le han puesto suero y un sedante para que descanse. Además,

tuvo una bajada de azúcar cuando me acompañó a lo de la mano esta madrugada, así que hoy tampoco ha sido su día. Pero lo importante es que se encuentra estable. Hace unos minutos me han mandado un mensaje diciéndomelo —respondió Alan sin fuerzas. Había sido un día bastante movidito.

—Pobre Will, ya estaría nervioso para ponerse así por hablar con ese chico. Me alegro de que todo se haya quedado en un susto.

—Gracias.

—A todo esto, ¿tu mano cómo sigue?

—Más o menos, al intentar sacarlo del coche me he hecho un poco de daño, pero nada que no cure un poco de reposo. En serio, volviendo a Will, el ataque de pánico que le ha dado ha sido porque estaba de los nervios, pero es que se monta unas películas en su cabeza que da miedo. —Alan necesita desahogarse, y Emma le sirvió como paño de lágrimas—. Al menos el resultado ha sido positivo. El médico ha decidido darle una oportunidad o eso es lo que me ha parecido. Pero, menudo cabrón, el susto que me ha dado. —Se acostó en el sofá para estar más cómodo.

—¡Uf! ¡Menuda boca! —dijo Emma, riendo.

—Dios, lo siento. Hoy no doy más de mí.

—Bueno, lo importante es que no ha sido más que un susto. Siento que le haya pasado, pero el resultado ha sido el que él buscaba: salir con ese chico. Me alegro mucho. Todos queremos tener a alguien en nuestra vida que nos quiera y nos sirva de compañía —dijo algo melancólica, con la mirada perdida. También se sentía agotada.

—¡Uf! ¿De repente tienes ochenta años? —se burló él.

Emma soltó una carcajada. Estaba tan cansada que ya no sabía lo que decía.

—Ha sonado fatal, ¿verdad? —reconoció divertida—. Lo que quería decir, es que todos queremos amor y pasión en nuestra vida, así como sentirnos acompañados y respaldados por alguien que nos valore y que desee lo mismo que nosotros. Creo que esto ha sonado mucho mejor.

—Sí, bastante mejor. Me ha gustado mucho lo de la parte de amor y pasión. —Ambos rieron—. ¿Qué tal ha sido tu tarde? ¿Qué ha sucedido para que me llames? No me malinterpretes, es lo mejor que me ha pasado desde que te fuiste. Solo quiero saber qué ha hecho que te decidas.

Ella pensó qué quería decirle. La imagen de Sarah pasó un momento por su cerebro como señal de alerta, pero se fue tan rápido como apareció.

—Tengo mucho que contar, así que, mejor te haces unas palomitas —bromeó—. A ver, voy a decirte algo muy personal, pero no me juzgues hasta que acabe, ¿de acuerdo? —intentó negociar.

—De acuerdo —dijo él con cierto recelo, tratando de recordar si había dejado pasar por alto algo más que lo del coche.

—Bueno, te aseguré que no era... Vamos, que no tenía... Al menos, tanto como tú tienes. En fin, nuestra situación económica ha cambiado y es bastante holgada. —No era así exactamente, pero fue lo único que se le ocurrió—. En un par de semanas vais a venir y resulta que mi abuela... —Suspiró, buscando la valentía suficiente para compartir algo más de su vida—. Mi abuela ha remodelado toda la propiedad, ¡toda! Ahora vivimos en una casa de revista de decoración, y mi habitación es un sueño. Tengo chimenea, vestidor y baño propio —soltó de forma atropellada.

Alan solo podía sonreír al escucharla. Emma, de un momento a otro, pasaba de ser muy reservada a dejar salir por su boca todo lo que pasaba por la cabeza, y a toda velocidad.

—Además, sale con alguien y viven juntos. ¿Qué más? Sí, espera a oír esto: ahora tenemos piscina y porche y hamacas y baño exterior y barbacoa. ¡Es una locura! Cuando he entrado y lo he visto todo remodelado he subido corriendo las escaleras buscando a mi abuela como un basilisco.

—No te imagino tan enfadada.

—Y mejor que no lo hagas, porque seguro que sales corriendo.

—No será para tanto. —Ambos rieron—. ¿Algo más?

—Uf, ahora viene lo peor. He abierto la que suponía su habitación, ya que estaba oyendo risas y, bueno, da igual. El caso es que hemos tenido una discusión terrible por la reforma y otras cosas. Al final hemos hecho las paces, pero te juro que ha sido horrible. Yo no sabía nada. Ha hecho todos esos cambios sin decirme nada para, en cierto modo, darme una sorpresa.

Alan prefirió cerrar la boca. Sabía lo del dinero, lo de la pareja de Katharine y lo de la reforma. Ventajas de ser un acosador en la sombra. Sonrió por cómo Emma, poco a poco, se estaba abriendo a él. Y esto lo llevaba a sentirse más y más atraído por ella.

—Lo que quiero que quede claro es que no te he mentado. Es que creo que hay cosas que no es necesario revelar si no tienes confianza con la persona, ¿entiendes? Aunque no sé por qué digo esto, si ha quedado patente que soy una bocazas. —Emma calló, esperando una respuesta.

—Solo a medias —se burló Alan.

—No te pases de listo —se quejó.

—Disculpa, estaba bromeando. Es que has empezado tan relajada y, de pronto, te has puesto como una moto. Me ha hecho mucha gracia —dijo él con media sonrisa.

—Vaya, me alegro de servir como entretenimiento. ¿Podemos tener una conversación de adultos o te cuelgo? —dijo Emma medio en broma medio en serio.

—No, no me cuelgues, que duele —se volvió a burlar.

—¿Me contestas de una vez? —dijo, perdiendo la paciencia.

—Lo siento, a veces mi humor solo tiene gracia para mí.

—Eso seguro, pero ¿entiendes que no te lo haya contado? —No estaba para bromas.

—Claro que lo entiendo, Emma. Es normal que no me hables de tu vida privada porque acabamos de conocernos, aunque agradezco que hayas confiado en mí para contármelo —dijo con sinceridad—. Yo hasta ahora te he dicho pocas cosas de mi vida privada por el mismo motivo. Por ejemplo, te conté lo de mi empresa y mi dinero cuando me hice daño en la mano para no mentirte o inventarme cualquier cosa. La razón: iba a aparecer en tu casa con uno de los coches de la empresa y, para colmo, con chófer. Inventar una mentira no tenía sentido, pero entiendo perfectamente que no quisieras decirme lo del dinero. —Y es que no hacía falta, él ya lo sabía.

—Vaya, me has dejado impresionada. Eres bastante más comprensivo de lo que esperaba —respondió sorprendida.

—¿Qué esperabas entonces?

—¿La verdad?

—Siempre, por favor. —«Voy a ir al infierno», pensó Alan tras responderle.

—Siempre, ¿eh? Ya veremos —se burló—. Pensaba que eras un pretencioso con dinero o un mentiroso patológico con un numerito bien montado para ligarse a las chicas. Aunque he analizado con detenimiento la situación y no creo que lo seas, porque no merezco tanto esfuerzo. Así que supongo que solo eres un millonario excéntrico que ya lo ha visto todo, que yo solo soy alguien diferente a lo que estás acostumbrado y que, por ahora, te entretengo —expresó sin tapujos lo que pensaba.

Él sintió como si un puñal le atravesara el pecho. «Pero si ella se lo merece todo. No es mi divertimento. ¿Cómo le digo que es el amor de mi

vida y que daría mi vida por ella?», pensó, tratando de buscar cómo hacerle entender lo mucho que significaba para él.

—¡Ey!, ¿sigues ahí?

Pero Alan, que se había quedado absorto pensando en sus palabras, encolerizó. Sin reparos, lo había tratado de niño rico caprichoso, mentiroso y pretencioso. Él sabía que era todo eso y más, ya que ella ignoraba que debía añadir a la lista el título de acosador.

Sus intenciones de partida eran loables. Se centraban en el cuidado y la protección de ella, pero habían degenerado en algo turbio y enfermizo. La obsesión por su seguridad excusaba cualquier comportamiento, y el amor verdadero lo justificaba. Un combo perfecto que lo había llevado hasta ese momento. Y pasó lo inevitable, porque, cuando te cogen el pulso, la única salida que te queda es explotar.

—No sé ni qué contestarte —dijo muy serio, incorporándose del sofá—. Lo que entiendo es que nunca has confiado en que un hombre se pueda enamorar de ti por el simple hecho de ser tú, ¿me equivoco?

—Yo... —Suspiró. Tampoco sabía qué responder—. Alan, lo nuestro sería precioso si fuera real.

—Si fuera real... —repitió lentamente sus últimas palabras—. Dime, ¿qué tengo que hacer para que confíes en que esto es real? —Sin pretenderlo, se le quebró la voz.

La desesperación lo golpeó con fuerza y otra vez estaba a punto de tirar la toalla. Estaba loco por ella, pero Emma no paraba de negar la posibilidad de que él dijera la verdad. Al menos, una.

Ella cerró los ojos y se le llenaron de lágrimas. No confiaba en nada ni en nadie, tan solo en su abuela y en Sarah. Y eso no era vida.

—Yo... lo siento —susurró apenada, pero dejando al descubierto su alma en esas pocas palabras.

—Desearía estar ahí ahora mismo para abrazarte. —A Alan se le escapó lo que sentía cuando oyó su voz.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, claro que sí.

—Me halagas y, por muy raro que parezca, también me gustaría que estuvieras aquí —respondió, sorprendida de sí misma—. Aunque eso es lo máximo que puedo darte por ahora. —Se mantuvo un momento en silencio—. Alan, siento mucho haberte hecho daño con lo que he dicho. No era mi intención.

Él suspiró y cerró los ojos.

—Y yo siento ser una locomotora que arrasa todo lo que tiene por delante. Nunca me había... Nunca había sentido algo así, y no sé cómo gestionarlo. Pero, por favor, no vuelvas a decir nada parecido a que no mereces tanto esfuerzo. Mereces todo cuanto pueda darte solo por ser tú. No vuelvas a infravalorarte —rogó sobrepasado.

—Lo siento, de verdad, no debería cuestionar cada cosa que me dices. Es muy injusto por mi parte. Es que nunca nadie ha sentido nada parecido por mí y yo tampoco sé cómo gestionarlo. —Algo se rompió dentro de ella, creándole la necesidad de compartir con él algo que únicamente le había confesado a su mejor amiga—. Alan, hay algo que no le he contado a casi nadie. Es... de mi pasado.

Él descubrió al momento a qué se estaba refiriendo, pero no quería abrir esa puerta. Y era lo mejor.

—Espera. No me lo cuentes. No necesito saberlo. Hagamos un trato. —«Eres un puto tramposo», se dijo.

—¿Un trato? —preguntó extrañada, secándose las lágrimas y recuperándose un poco.

—Sí, decidamos aquí y ahora que el pasado es pasado y ahí se tiene que quedar. No dejemos que defina el presente, nuestro presente. Sabemos que no podemos cambiarlo, pero sí podemos decidir qué hacer en este momento. Te propongo esto: ¿qué te parece si solo nos contamos detalles privados cuando nos sintamos preparados para hacerlo? Sin presionarnos, sin reprocharnos nada. Somos lo que somos por todo lo que hemos vivido. Para mí, saber eso es suficiente, ¿y para ti?

Este trato, sin duda, era más beneficioso para él que para ella. Alan se sintió como un traidor y pensó que era un verdadero hijo de puta, pero la cinta de la meta estaba tan cerca de las yemas de sus dedos que cualquier ventaja, por muy rastrera que fuera la manera de conseguirla, era de vital importancia.

—¿Acaso tienes algo que ocultar? —respondió Emma, dejándolo descolocado.

—¿Yo? —Se hizo el inocente. Ella no cayó en la trampa.

—No, mi profesora de yoga. ¡Adivina...! —se burló.

—¡Si yo soy un libro abierto! —se defendió Alan.

—Te recuerdo que de un libro abierto solo se ven dos páginas —puntualizó recelosa.

De repente, Emma recordó el modo de «algo va mal» de Sarah, y decidió estar mucho más atenta a sus palabras.

—Pregunta, olvida el trato. Pregunta todo lo que quieras. —Se lo jugó todo a una carta. No sabía en qué dirección los llevaría esa conversación y, menos aún, si sería capaz de decirle la verdad.

—Me parece rastrero preguntarte en este momento. No sé por qué —dijo reticente.

—¿Rastrero? Tú nunca podrías hacer algo así. Entiendo que necesites saber. Y eso, en realidad, es un regalo, ya que significa que te intereso lo suficiente como para querer saber más sobre mí y no para salir huyendo. Al menos, de momento —bromeó para sacarle una sonrisa.

—Lo que más me sorprende es que te creo. Odio decir esta frase, pero tengo que hacerlo —dijo, sintiéndose algo agobiada. Alan mantuvo la respiración—. Siento que te conozco. Ya está, ya lo he dicho. Suena a frase manida, lo sé, pero es lo que siento. No quiero salir huyendo porque me interesas. Alan, me interesas... mucho. En serio, no sé dónde te he conocido, pero me estoy devanando los sesos tratando de recordarlo. Sé que te conozco, aunque no logro ubicarte en mi memoria. Y no, no es por ese modelo que me enseñaste en el móvil.

Él se sentó de golpe en el sofá. Ella lo recordaba, y de nada había servido su intento de distracción. Se había confiado al pensar que eso no sucedería. Debía estar mucho más atento a las señales. Si ella se recuperaba de su amnesia antes de lo debido, no sabía qué podría pasar.

—Lo importante es que me gustaría saber más sobre ti —prosiguió—, pero solo porque tú lo has pedido. ¿Nombre de tu empresa?

Alan sonrió aliviado, no estaba todo perdido. Ella quería conocerlo un poco más, algo bastante comprensible. Pese a parecer que podría llegar a recordarlo, por ahora, no había sucedido. Su pantomima no había servido para nada, aun así, seguía interesada en él. De modo que decidió responder a sus preguntas y también que compartiría la verdad, al menos, por el momento.

—ABSTRACT Enterprises, significa Advanced Biomedical Sciences & Technology Research in Atipycal Cancer Treatment Enterprises. Poseo una empresa farmacéutica con distintas ramas. Las dos principales se dedican a la investigación para buscar la cura de cánceres atípicos y para la producción de medicamentos que cubren muchos tipos de tratamientos. Además, dirijo varias Fundaciones sin ánimo de lucro y

sustento parte de otras a base de donaciones. —Varias verdades para variar, por fin. Alan miró al techo y suspiró para sí.

—No me lo esperaba para nada. Entonces tienes una empresa farmacéutica con I+D que está buscando la cura del cáncer y varias Fundaciones. Ahora entiendo muchas cosas —dijo ella con vehemencia.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a todo. Dinero, posición, forma de ver la vida. Me acabas de confirmar que tienes muchísimo dinero y, con una empresa de ese calibre, con muchísimo me quedo corta. Seguro que siempre tienes lo que quieres cuando quieres. El colmo de los colmos es que siendo el dueño una empresa multimillonaria quieres otro trabajo para hacer lo que te gusta. Lo que me lleva a la siguiente pregunta. —Alan aguantó la respiración otra vez porque no sabía por dónde iba a salir ella—. ¿Quién es tu familia? ¿Cómo se llaman tus padres? ¿Tienes hermanos?

Él inspiró con cautela. Estaba tentando demasiado a la suerte.

—Son tres preguntas —dijo sonriendo—, pero te las contesto. Mi padre es un abogado muy famoso con negocios diversos que posee una inmensa fortuna. También es despiadado, y casi podría asegurar que tanto él como mi madre son las peores personas que podrías llegar a conocer, pero lo más seguro es que me deje alguien fuera de esa lista. —«Mi hermano Jason, por ejemplo», pensó—. Y esto ya te lo conté cuando íbamos en el coche hacia el aeropuerto. Al cumplir la mayoría de edad dejaron de hablarme, recibí mi herencia y a la par una patada para que no volviera nunca más. No quiero hablar de por qué sucedió esto, pertenece al pasado y es cuanto te puedo decir en este momento.

—¿Es cuanto me puedes decir o es cuanto me quieres decir? —preguntó con algo de malicia. Le había contado lo que había pasado con sus padres, pero no quiénes eran.

—Es cuanto quiero contarte. Y, la verdad, no sé si algún día querré hablar de ellos. Lo que sí te puedo confirmar es que ninguno significa nada para mí. —Se mintió a sí mismo—. No pude elegir ser su hijo, pero sí dejar de serlo; aunque ya me habían invitado a que abandonara la familia mucho antes de que yo tomara la decisión. Necesito olvidar y pasar página. Y no es fácil, te lo aseguro. Pero si necesitas que te lo cuente... —Alan no sabía ni cómo seguir. Suerte que ella decidió por él.

—No lo hagas. No me concierne y no es justo que te lo pida. Puedo notar lo mucho que te duele. No necesito que remuevas algo del pasado que

no puedes solucionar porque, si hubieras podido, ya lo habrías hecho. No, no voy a presionarte para hablar de algo que solo va a hacerte daño por el mero hecho de satisfacer mi curiosidad —contestó sinceramente.

Se oyó una exhalación de puro alivio por parte de Alan.

—Gracias —susurró.

El pasado aún le desgarraba por dentro cada vez que los recuerdos se colaban en su mente. Hablar de sus padres lo hizo volver al momento en que comenzó todo. Después del suceso y del juicio, su única prioridad se tradujo en mantenerla a salvo a toda costa. Enamorarse de ella nunca estuvo en sus planes, hasta que empezó a estudiar la carrera. Como guinda del pastel, cuando creció, se convirtió en una mujer preciosa. Conocerla a través de todas las redes sociales, las llamadas y los mensajes hizo que sus sentimientos cambiaran. Cuanto más tiempo pasaba revisando todo lo relacionado con ella, más se interesaba en saber cómo estaba, con quién salía, qué estaba estudiando, quién era su mejor amiga, incluso cuáles eran sus secretos más íntimos. Y, sin buscarlo, se enamoró de sus ojos, de su sonrisa, de su manera de hablar, de sus expresiones y de su forma de ser.

Emma lo sacó del pozo de los recuerdos.

—Tranquilo. Te entiendo mejor de lo que puedes imaginar —respondió desde el corazón.

—¿Alguna pregunta más? —dijo algo más animado.

—Sí.

Alan mantuvo el aliento.

—¿Me llamarás mañana? —respondió con voz esperanzada.

—Sin dudar. —Sonrió, aliviado hubiera acabado con el interrogatorio—. ¿Sabes de lo que me he dado cuenta?

—¿De qué?

—Yo no te he preguntado nada —dijo con vehemencia.

—Es cierto —suspiró.

—¿Mi turno? —preguntó con picardía.

—Podría, pero no lo va a ser. —Río con ganas.

—¿Cómo? —Alan estaba muy sorprendido.

—Yo nunca he dicho que te fuera a contar nada. Al menos, nada más de lo que ya te he contado.

—Pero ¡eso es trampa! —se quejó él.

—¡A que sí! Yo también me he dado cuenta —respondió tan tranquila.

—¿Conque esas tenemos? —preguntó divertido.

—¡Uy! Me estoy quedando sin batería. —Ella no pudo evitarlo y soltó una carcajada.

—¿Emma?

—¿Sí?

—Me interesas... mucho.

Y así, sin más, la dejó sin habla. Alan no sabía siquiera si iba a decir algo, pero él había repetido sus mismas palabras.

—¿Solo mucho? ¡Qué decepción! —Se la devolvió ella. Aún no estaba preparada para que la conversación se volviera más seria.

—Ya veo. ¿Muchísimo? ¿Mejor así?

—Tal vez —Inspiró despacio—. ¿Por qué me da la sensación de que esta conversación es la que tendría una quinceañera con su primer novio?

—Bueno, podría ser. Aunque, ¿sabes que creo?

—No.

—Creo que ambos la necesitamos. Parece que ninguno de los dos hemos tenido una niñez demasiado... Quizás, de manera inconsciente, queremos recuperar algo de eso. Algo inocente, algo sincero.

—Vaya, qué profundo —dijo ella sin acritud.

—Tú haces que quiera decir cosas así. Me vuelves... loco.

—¿Seré irresistible y no me he dado cuenta nunca? —Soltó una carcajada.

—Irresistible y única para esquivar balas.

—¿Esquivar balas? No te entiendo —dijo con voz cómica para disimular.

—Si chasquearas los dedos, no dudaría en volar a Washington esta misma noche para demostrarte lo loco que me vuelves.

Ella estaba jugando con fuego y lo más probable es que, tarde o temprano, se terminara quemando porque él iba muy en serio.

—Lo que me hace poner en duda tu devoción por mí. ¿Si me tienes me querrás o seré algo que puedes tachar de tu lista y pasarás a la siguiente?

Emma no era una experta en cuanto a relaciones, pero tampoco tan inocente. De lo que sí estaba segura era de que no quería ser el juguete de nadie, y esa conversación le parecía bastante ensayada. Y lo estaba, solo que no de la manera que ella pensaba. Alan sí que la había repetido mil veces, pero en su mente.

—Así que de nuevo volvemos a que solo quiero follarte y salir corriendo —respondió molesto y cansado de explicar lo mismo—. Te lo vuelvo a preguntar, ¿qué tengo que hacer para que confíes en mí?

—No lo sé —dijo mientras se devanaba los sesos por entenderse.

—Entonces tengo un verdadero problema. Si ser sincero no basta, y todo lo que te digo lo interpretas pensando de la misma manera, no sé qué hacer. Ya te lo he explicado varias veces, pero lo haré una vez más. No me «interesas», Emma. Me gustas mucho, muchísimo. Eres muy divertida, inteligente y preciosa. Y no quiero a nadie más. —Se le escapó sin pretenderlo, pero, a esas alturas, qué importaba—. Llevo en Boston apenas unos meses. Al volver de Londres, lo primero que estuve haciendo fue recorrer las sucursales de mi empresa. No tengo ni he tenido nunca pareja estable, ya que sabía que, tarde o temprano, tendría que volver a Estados Unidos. Ahora te pregunto en serio, ¿me dejas que me enamore de ti o dudarás siempre de lo que digo?

Ella sonrió, había dicho que no quería a nadie más. Alan se había descubierto él solito, sin ayuda. De pronto, se sentía como una adolescente, aunque era mucho mejor. Ahora era adulta, y había llegado el momento de perder la cabeza.

—Creo que ya lo estás, así que ya no hay nada que pueda hacer —dijo con el corazón a mil.

—Nada, ¿eh? —respondió Alan, sonriendo al oír sus palabras.

—Soy irresistible, ya lo sabes —jugó Emma.

—Lo sé —dijo triunfal. Ella había aceptado lo que llevaba explicándole desde que la conoció. «¡Por fin!», pensó. Cerró los ojos e inspiró con alivio.

—Son las dos de la madrugada.

—Una hora estupenda para... hablar.

—¿Por qué me ha parecido que querías decir otro verbo?

—Porque quería, pero soy un caballero.

Emma suspiró. Necesitaba dormir, pero deseaba continuar con la conversión.

—Y ahora, ¿qué?

—¿Podrías ser un poco más específica?

—¿Qué somos? ¿Estamos saliendo? ¿Somos amigos? ¿Cómo quieres que te presente a mi abuela? —preguntó, hecha un lío—. ¡Dios!, estoy muy cansada y vuelvo a tener quince años. Olvida lo que he dicho.

Alan volvió a reír.

—No, no, me parece genial tener un título. Bueno, yo soy muy ambicioso, así que creo que voy a ir a por todas. Estamos saliendo, somos amigos y preséntame como tu novio.

—¿Novio? ¡Venga ya! ¿Eso no es muy anticuado? ¿De repente tienes ochenta años? —se burló ella con las mismas palabras de él.

—Casi, ochenta y tres. —Ambos rieron—. Novio me parece bien, igual prometido te estresaría un poco, y no es mi intención. Por ahora me conformo con novio, sí. —Él lo decía en serio. Se escuchó movimiento al otro lado del teléfono—. ¿Emma?

—¿Qué? ¡Sí! Dame un segundo.

Alan estaba extrañado. Ella dejó caer el móvil y se tocó la cara. La tenía hirviendo. Ese hombre era un tren de mercancías y estaba a punto de subirse a él. Cogió de nuevo el móvil para responderle.

—¡Ya!

—¿Qué ha pasado?

—Estaba buscando el mando del aire acondicionado para bajarlo dos grados. Venga ya, Alan, ¿no me puedes decir esas cosas! Me conoces desde hace solo tres días.

—Ya casi cuatro, es domingo —respondió sonriendo, haciéndole gracia el agobio de ella—. Otra vez voy muy deprisa, ¿verdad?

—¿Qué va, hombre! ¿Sentamos a mi tía Margaret con Will y el chico que le gusta o con el padre Charles? —bromeó, a la vez agobiada y alucinada por la conversación que estaban teniendo.

—El chico que le gusta se llama Collin, y creo que con ambos es la mejor opción, sin duda. —Soltaron una carcajada a la vez. Sí, esa conversación se estaba yendo de madre.

—¿No se te ocurrirá decirlo en serio?

—No, claro que no. Perdóname por ser tan insistente.

—Está bien. Soy irresistible, lo entiendo, pero baja la marcha, ¿de acuerdo? —Negoció ella.

—De acuerdo.

Alan sabía que la había forzado demasiado. También que no se lo merecía. De modo que se obligó a bajar el ritmo para hacer que las aguas se calmaran.

—Alan, no puedo más. ¿Hablamos mañana?

—Hablamos luego, preciosa.

—Me gusta que me llames preciosa —reconoció.

—Normal, es que lo eres.

—Hasta luego —dijo ella, sonriendo.

—Hasta luego. —Y colgó la llamada—.

«Te quiero» —añadió en voz alta.

Alan cerró los ojos un momento y se levantó. Tiró la botella de agua vacía en el cubo de reciclaje y se fue a su dormitorio con una gran sonrisa pensando que, la realidad, estaba siendo muchísimo mejor que su plan.

CAPÍTULO 28. el primer domingo

El amanecer se abrió paso y Will, al fin, despertó. Estaba un poco aturdido por el sedante. Parpadeó varias veces a la vez que miraba alrededor para ubicarse. Poco a poco, fue recordando todo lo ocurrido el día anterior y llegó a la conclusión de que tenía que volver a cuidarse. Toda su energía no podía ser para Alan y su propia empresa. O dejaba algo para él o esa cama de hospital iba a ser su nueva mejor amiga, quisiera o no.

Miró al fondo de la sala. Collin estaba sentado en una mesa, revisando unos documentos. El diseñador trató de incorporarse. Al notar el movimiento, el cirujano dejó los papeles y fue hasta su cama.

Cuando Will lo vio sonriendo mientras caminaba hacia él, su perfecto mundo estructurado se hizo añicos.

—Buenos días, dormilón.

—Buenos días —dijo con cierta dificultad. La cabeza le iba explotar y tenía un regusto a metálico en la boca provocado por la medicación. Tragó con un poco de asco mientras terminaba de sentarse—. Creo que mejor lo dejo solo en días. Me duele todo.

—Es normal. Ayer tuviste dos episodios de mucho estrés para tu cuerpo. Deja que te tome el pulso. —Le cogió la muñeca y cerró los ojos—. Está bien, échate hacia delante, quiero auscultarte.

Collin se colocó el estetoscopio para comprobar cómo respiraba. Después le tocó el hombro a fin de que se echara un poco hacia atrás para oírle el corazón. Levantó con sutileza la comisura del labio, sonriendo lo justo. Will lo estaba observando, y su corazón empezó a latir un poco más deprisa.

—Está todo correcto. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, supongo. Cansado, hambriento y con ganas de irme a mi casa.

—De acuerdo, te voy a dar yo el alta. El doctor Walker... —Will lo miró, formando una mueca de «ese quién es»—. Él es el jefe de Cardiología. Te ha visto esta mañana y te ha hecho un electrocardiograma del que ni te has enterado. Ha dicho que todo estaba bien, solo ha sido un

episodio fuerte de estrés. Su recomendación es que te tomes la vida con más tranquilidad, y que comas un poco más.

—¿Eso lo ha dicho el jefe de Cardiología? ¿Sin hablar conmigo sabe lo que como? —preguntó algo extrañado.

—Eso se lo he dicho yo, y hemos coincidido en el diagnóstico.

—Creía que eras cirujano de traumatología.

—Cualquier médico tiene que estudiar tres años de medicina general. Además, una vez descartados el infarto y la angina de pecho, solo quedaba el ataque de ansiedad, que se manifiesta de forma muy similar. De todas formas, en cuanto ha llegado Noah le he consultado y, tras hacerte el segundo electro, hemos visto que tu corazón estaba bien. En resumen, señor Mazzantini, tómese la vida menos en serio o será un visitante habitual.

—Sí, señor —se burló Will.

Collin negó con la cabeza.

—Voy a llamar al enfermero para que te quite la vía. Él te traerá tus pertenencias. Te puedes cambiar en el baño que está ahí a la izquierda. Yo termino mi turno en quince minutos. Espérame en la sala de urgencias y te llevo a desayunar —indicó Collin.

—¿Sabes algo de Alan? Me extraña que no se haya quedado a los pies de la cama como alma en pena.

—Yo lo mandé para casa. Esto es urgencias, aquí no se podía quedar. En realidad, podrías haberte ido a casa anoche, pero preferí vigilarte por si acaso. Además, no todos los días a un hombre bastante atractivo está cerca del infarto por ir a verte, eso hay que valorarlo. También quería hablar contigo, invitarte a desayunar y acompañarte a casa para asegurarme de que llegabas sano y salvo. —Sonrió Collin.

—Hummm... Así que quieres cebarme y seducirme. Me parecen dos ideas estupendas —bromeó sin muchas fuerzas—. Espera un momento, ¿solo bastante atractivo? Acabas de rematarme. Yo pensaba que era como mínimo perfecto, casi como esculpido en mármol. Impresionante, para hacer cola solo por verme...

—Venga, voy a avisar al enfermero antes de que se te vaya la cabeza diciendo tonterías y cambie de opinión.

Collin volvió a negar sonriendo. Ese hombre era gracioso, guapísimo y un creído de manual. Esperaba no haberse equivocado dándole una segunda oportunidad. Se dio la vuelta y salió de la sala de urgencias.

Poco después, llegó uno de los enfermeros que lo había atendido la noche anterior. Will supuso que tenía el mismo turno de guardia.

—Buenos días, le voy a quitar la vía —indicó el enfermero, dejándole una bolsa con su ropa encima de la cama.

—Gracias por lo de anoche y por quitarme este objeto infernal del brazo —dijo Will.

—Sin problemas. La vía es un incordio, pero salva vidas, que es lo más importante —respondió con cordialidad—. Listo. Estire el brazo y apriétese unos minutos el algodón, así no sangrará ni le saldrá ningún hematoma. El baño está ahí mismo —dijo, señalándolo con la barbilla mientras recogía la bolsa del suero con la vía—. Voy a acompañarle, no se vaya a marear.

—¿Órdenes del médico? —preguntó, sabiendo que había sido Collin quien se lo había ordenado.

—Por supuesto. Además, aprecio mucho mi vida. Y desde el primer día aprendes a no cabrear a ningún jefe, mucho menos, al de traumatología, que sabe partir huesos —dijo sonriendo.

Will rio por lo bajo.

—Venga, vamos allá, a ver si me responde el cuerpo. —Apoyó con decisión los pies en el suelo y se levantó. El auxiliar se quedó a su lado siguiendo las directrices de Collin—. Creo que puedo yo solo.

—Bueno, yo le acompaño por si las moscas. Si necesita algo, estoy en esa mesa —le confirmó el enfermero con otra sonrisa.

—De acuerdo, gracias. Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó Will algo aturdido, pero mucho mejor de lo que esperaba.

—Me llamo Kevin.

—No puedo decir que esté encantado de conocerte, Kevin, pero gracias por estar aquí —bromeó.

—Sin problemas.

Will entró en el baño, cambió la bata de tela por su ropa de diseño y se calzó los zapatos. Mientras se lavaba las manos, se miró al espejo. Este le devolvió el reflejo de una cara demacrada y ojerosa. Sí, debía cuidarse mucho más porque la vida merecía el esfuerzo.

Salió y le levantó el pulgar al enfermero. Abandonó la zona de urgencias sin ver a Collin. Llegando a la sala de espera, cogió el móvil para llamar a su mejor amigo.

—¡Ey! —Sonó un Alan recién despertado—. ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días. Menuda nochecita, ¿eh?

—Ni te imaginas. Estuve hablando con Emma hasta las dos y media de la madrugada. ¿Estás bien para salir? ¿Quieres que te recoja? —preguntó, rogando para que su amigo dijera que no.

—A ver, estoy bien. No hace falta que me recojas. Collin me va a invitar a desayunar y después me llevará a casa. Tranquilo, todo lo que va a obtener de mí es disfrutar del privilegio de mi compañía y, siendo muy generosos, un beso de despedida tipo película Disney. Estoy bien, pero no para tirar cohetes.

—De acuerdo. No puedo con mi alma, voy a dormir un poco más. Te llamo cuando me despierte. En serio, me alegro mucho de que estés bien, hermano, pero tienes que empezar a cuidarte.

—Lo sé. Gracias, amore. Venga, sigue durmiendo, que también lo necesitas. Luego te cuento —dijo, colgando la llamada.

En ese momento, Collin apareció y se dirigieron a la cafetería.

—Creo que tengo un déjá vu de este momento —dijo Will, sentándose en la misma mesa que el día anterior.

—Yo no diría tanto, pero espero que termine mejor que la última vez —dijo el cirujano con sinceridad—. ¿Qué te apetece?

—Todo lo que me traigas. Tranquilo, ya he ido al baño y todo se va a quedar en mi estómago. Pero, esta vez, invito yo —respondió Will.

Collin sonrió y fue a pedir a la barra. Sí, esa vez iba a ser diferente.



Emma se despertó gritando un largo «¡No!». Como un resorte, se sentó en la cama, casi sin aliento. Estaba empapada en un sudor frío y se sentía perdida. Habían vuelto, las pesadillas habían vuelto.

La puerta se abrió de golpe. Katharine y Andrew entraron sin llamar. Ambos tenían la cara pálida. Sin duda, habían oído sus gritos.

—Una pesadilla —dijo mirando a su abuela.

Ella le hizo un gesto a Andrew, quien lo entendió enseguida.

—Estaré abajo haciendo café por si me necesitáis. —Asintió a Emma y, antes de salir, besó a su pareja.

Katharine se acercó a ella, se sentó en la cama y la abrazó como tantas veces. Hacía años que no tenía esas terribles pesadillas sobre el

suceso. Sin duda, la habitación del pánico y la conversación del día anterior habían removido recuerdos que no debían tocarse.

—Ya está, mi niña —dijo meciéndola—. Lloro, Emma. Permítetelo.

Y lo hizo. Se dejó arrastrar por el dolor hasta abrazar la pena que sentía por sí misma. También era una víctima, pero nunca se había visto como tal, sino como alguien que había sobrevivido. Alguien que no tenía derecho a quejarse porque, al fin y al cabo, estaba viva.

Pasados unos minutos, logró calmarse. Deshizo el abrazo para mirar a su abuela con cariño.

—Creo que han sido demasiados cambios en pocas horas —dijo con voz cansada.

—Lo sé. ¿Qué has visto esta vez? ¿Recuerdas algo?

—He visto el lago, el camino hasta la casa y el aparcamiento. Voces riendo. Después todo se ha cubierto con un velo negro. He oído gritar a Abby, o he creído que era ella. Recuerdo una alfombra... creo que de color azul —dijo alargando cada palabra a la vez que entrecerraba los ojos—. Es la primera vez que la veo. ¿Sabes si allí había alguna?

Su abuela cerró los ojos, asintiendo con pensar. Su barbilla comenzó a temblar y frunció los labios con fuerza. Todo eso no evitó que dos lágrimas rodaran por sus mejillas. Emma se tapó la cara y lloraron juntas. Un recuerdo había vuelto a su memoria. Katharine volvió a abrazarla, Emma se aferró a ella con fuerza.

—Nada nos las traerá de vuelta, cariño —le dijo, acariciándole el pelo—. Nos ha tocado vivir esta vida y en nosotras está seguir avanzando.

Katharine notó cómo ella asentía.

—Es tu primer recuerdo de aquella noche. No sé si es bueno o no que lo hagas, pero es tu decisión. ¿De verdad quieres seguir adelante con lo de pedir el sumario del caso?

Emma volvió a asentir.

—Sí, abuela. Tener ese recuerdo ha hecho que me dé cuenta de que el limbo es lo peor. No saber, no significa que no haya ocurrido. Solo tengo una mínima idea de lo que pasó. Lo poco que conozco me lo contaste tú, y estoy segura de que fue con un filtro bastante importante. Yo no... Ya no puedo ni quiero seguir así. Necesito llorarlas sabiendo lo que ocurrió, necesito dejarlo ir. Ahora me encuentro como caminando en una cuerda floja a un kilómetro del suelo. Nunca sé cuándo me voy a caer, o si ni siquiera voy a hacerlo. No, ya no quiero vivir así. Quiero saber —repitió

convencida—. Ellas se lo merecen. Lo voy a hacer tanto por ellas como por nosotras. Mañana llamamos a Haven, ¿te parece?

—Está bien, cariño mío. Llamaremos la mañana y solucionaremos lo del banco. No creas que te vas a librar —dijo Katharine, sonriendo un poco y pellizcándole con suavidad la mejilla—. Venga, bajemos a desayunar. Hoy va a hacer un día estupendo y podemos pasarlo en la piscina.

—De acuerdo. Deja que me dé una ducha rápida y ahora bajo.

Katharine le besó en la mejilla antes de salir de la habitación. Emma se desperezó. Acto seguido, cogió el móvil. Eran las diez menos diez. «Es pronto para enviarle un mensaje a Alan. Hemos estado hablando hasta muy tarde y, además, ¿qué va a pensar de mí? No, es mejor ir más despacio», recapacitó, dejando el móvil en la mesita de noche.

Se levantó y fue a darse esa ducha. Mientras le caía el agua, pensó en cada uno de los *flashes* con recuerdos, pero prefirió dejarlo estar. Su abuela se ponía demasiado triste, y al día siguiente pediría el expediente.

Se puso un albornoz tan suave como el terciopelo y se dirigió al vestidor. Rebuscó entre los cajones, hasta que encontró uno repleto de bañadores y bikinis. Se decidió por un bañador al pensar en Andrew. Después eligió un vestido cómodo, zapatillas de playa y se recogió el pelo mojado en una coleta alta. Encontró varias toallas para la piscina y eligió una preciosa con una puesta de sol. Le apetecía nadar un poco.

En la cocina, su abuela y Andrew estaban desayunando croissants con mantequilla y mermelada de frambuesas, tiras tostadas de beicon y fruta fresca. Todo olía a café recién hecho. En ese momento, una palabra se le coló en la mente y en el corazón: «hogar». Estaba en casa, y ellos la habían convertido en un hogar.

Sonrió para sí, sintiendo que todo era posible, mientras se decía que ese iba a ser un gran día solo por el hecho de estar viva.



Collin volvió de pedir el desayuno en la barra. Antes de sentarse, soltó las llaves del coche junto con el móvil encima de la mesa. Will lo miró, elevando ambas cejas.

—Detesto la moda de los bolsillos diminutos. Mira esto, ¡apenas me caben las llaves ni el móvil! Y mejor no hablemos de la cartera.

El diseñador sonrió.

—La moda es mi vida, y puedo decirte que esos vaqueros te sientan de miedo, pero siempre hay que sacrificar algo por algo.

El camarero llegó con dos cappuccinos y dos zumos de naranja. Los dejó en la mesa y regresó con dos platos de huevos revueltos, beicon, tortitas con jarabe de arce y dos bollitos de pan con mantequilla.

—Lo de cebarme iba en serio —dijo Will mientras miraba con los ojos muy abiertos la mesa repleta de comida.

El semblante de Collin se endureció.

—Ayer cuando entraste en urgencias, tras descartar todo, claro, te quitamos la ropa. Me fijé en la talla de tu pantalón y está muy por debajo de la que deberías tener para ser un adulto de tu altura. Este desayuno no es para todos los días, pero después del desgaste que sintió tu cuerpo ayer es lo menos que puedo hacer por él, pese a que no sea demasiado sano. Necesitas grasa, proteínas e hidratos, aunque estos no sean de muy buena calidad. En resumen, come y calla, que te lo manda tu médico —dijo Collin, metiéndose un trozo de beicon en la boca.

—Vas a matarme. Este desayuno tiene un millón de calorías y no las voy a vomitar. —Suspiró, rindiéndose—. Que así sea. —Y comenzó con las tortitas y el zumo de naranja.

—Bueno —dijo Collin, y bebió un largo sorbo de cappuccino—. ¿A qué te dedicas? Has dicho que la moda es tu vida, ¿en eso trabajas?

Will soltó una carcajada. Ese hombre no conocía su marca ni que era uno de los fuertes de la industria. Sin duda, era un gran soplo de aire fresco, ya que no se había fijado en él por su dinero.

—¿El nombre Mazzantini te dice algo? —preguntó, esperando que dijera que sí, pero Collin levantó los hombros en señal de que no y siguió masticando un gran bocado de tortitas con jarabe de arce—. Soy diseñador de moda y mi marca se conoce a nivel mundial. Tengo media docena de tiendas de ropa repartidas por distintos países. La primera la abrí en Londres, después siguieron París, Madrid, Milán, Nueva York y Tokio. Dentro de poco, gracias a la nueva fábrica que he montado aquí en Boston, vamos a abrir tiendas en Washington D.C. y en Los Ángeles. —El cirujano asentía mientras seguía comiendo con cara de no entender ni una sola palabra—. Una pregunta, ¿tú no eras gay? ¿Cómo es que no te pierde la moda? ¿Será un topicazo?

—Pues ni idea, pero nunca me ha importado la ropa —aclaró Collin. Will emitió una exhalación algo exagerada y teatral—. Yo me pongo lo primero que veo. Si tengo suerte, combina y, si no, me da igual. Lo cierto es que tanto lo que ocurrió con Aidana como el hecho de estudiar medicina... Bueno, ambas cosas desbarataron mi forma de ver la vida, creando una nueva perspectiva que me hizo distinguir entre lo que era importante y lo que no. Y como decían los *Mondoshawan* en la película de *El Quinto Elemento*: «Solo la vida es importante». Con lo cual, el resto me da un poco igual.

Will sonrió al escuchar su razonamiento.

—Vale, tienes razón. Si nos ponemos filosóficos, entonces te diré que mi trabajo es una frivolidad, que no tiene sentido en un mundo en el que millones de personas mueren de hambre, sed, son vendidos como esclavos y en el que los que mueven los hilos destruyen el planeta por codicia y poder. Eso ya lo sé. Pero mañana tengo que pagar las facturas y, gracias a mi frivolidad, cientos de personas tienen trabajo y, a su vez, pueden pagar sus facturas. El ciclo vulgar y odioso de la vida: deberle tu alma a Hacienda, pero es lo que hay. Si entre medio podemos ayudar a alguien, te aseguré que lo haré. —Will apuró su cappuccino antes de llamar al camarero—. Necesito otro café, ¿y tú?

Collin soltó una carcajada.

—Sí, claro. Oye, menudo discurso me acabas de soltar. ¿Lo tienes ensayado? Por favor, dos cappuccinos —le pidió al camarero, que se llevó los platos vacíos—. Venga, reconócelo. Tienes un montón de discursos preparados para que nada ni nadie te coja por sorpresa.

—A ver, ¿tú eres médico o brujo? Venga, confiesa, llevas la bola de cristal en uno de esos bolsillos diminutos. —Ambos rieron—. ¡Joder! Me has calado... así —dijo, chascando los dedos—, y no me suele pasar. Es que me siento amenazado cuando alguien menosprecia mi trabajo.

—Yo no he hecho tal cosa —se defendió.

—Lo sé. No digo que hayas sido tú. Pero es cierto, tengo un par de discursos bastante buenos cuando los medios de comunicación me acribillan. Supongo que me ha salido la vena defensiva cuando has dicho que no te importaba la moda, porque eso hace inútil mi trabajo —admitió—. A ver, que entiendo que salvar una vida es mucho más importante que lograr que un fular combine con unos zapatos. Hasta ahí llego, pero, bueno, he sentido rabia. Eso es todo.

Collin miró el reloj: las diez de la mañana. Ese hombre era bastante interesante y se le había el tiempo pasado volando con él. En eso, llegó el camarero con los dos cafés y Will pidió la cuenta.

—¿Qué tal te ha sentado el desayuno a todo esto? —preguntó Reid, tomando un sorbo de su humeante taza caliente.

El camarero llegó con la cuenta.

—Bastante mejor de lo que esperaba. Te he visto mirar el reloj, ¿tienes que ir a algún sitio? —dijo algo decepcionado.

—Sí, a mi casa a dormir. Te recuerdo que he tenido turno de noche. Pero antes te llevaré la tuya —aclaró Collin.

—¡Joder, es cierto! Perdona, ya ni me acordaba —Ambos acabaron el café. Will dejó un par de billetes en la mesa y se levantó—. Vamos, otro día quedaremos con más tiempo.

—Me parece muy bien.

—¿Sabes una cosa? —Collin negó mientras cogía las llaves y el móvil de encima de la mesa—. Hemos desayunado dos días seguidos.

El traumatólogo entrecerró los ojos, intentando recordarlo.

—Es verdad —dijo asintiendo.

—Te recuerdo que ayer de madrugada vine a urgencias a traer a Alan y me dio un chungo por tu culpa.

Reid soltó una carcajada.

—A veces mis bromas son geniales, ¿verdad? —dijo mientras sonreía elevando las cejas.

—Sí, sí. Fuiste tronchante.

—Venga, vamos al aparcamiento, que tengo allí el coche.

—De acuerdo. Oye, ¿y qué coche tienes? —preguntó Will con bastante curiosidad.

—BMW Z4 M de seis velocidades. Me gusta el cambio manual, y no es demasiado caro de mantener. Tampoco soy un loco de los coches, pero este es descapotable y me encanta.

—¿Descapotable? ¿En Boston? Eres raro de cojones —respondió el diseñador, entrando en el ascensor.

—Aquí hay muchísimos días de sol. Nada comparado al clima de donde soy, te lo puedo asegurar.

Will asintió. Al ver el coche tuvo que admitir que era bastante bonito, y el color negro brillante le daba un toque de distinción. Subieron y

el diseñado sonrió. Cuando probara su Ferrari 488 GTB Spider rojo iba a alucinar.

—¿Qué? —preguntó Collin al ver que sonreía.

—Es muy elegante —dijo, mientras acariciaba el apoyabrazos y el salpicadero. Desde luego, su nivel adquisitivo era alto para ser médico, pero nada comparado al suyo. Ni que le importara lo más mínimo. Ese hombre le atraía como nunca nadie lo había hecho, y eso era lo más importante—. Nunca he conducido un coche con marchas.

—¿No? —preguntó Collin sorprendido—. Entonces este va a ser tu... primero. Al menos perderás algún tipo de virginidad conmigo, y eso me parece muy excitante. —Le guiñó un ojo y arrancó el motor. Sin duda, sonaba bien, pero las comparaciones eran odiosas.

Salieron a un día soleado sin nubes. Collin sonrió, se puso unas gafas Ray-Ban de espejo tipo aviador y pisó el acelerador.

—¿Qué? —preguntó ahora Will.

—No hay nada tan maravilloso como el sol en la cara —dijo sonriendo, con el pelo alborotado por el viento.

—Pareces Tom Cruise en *Top Gun* con esas gafas.

—Ya quisiera Tom Cruise. ¿Sabes que mido treinta centímetros más que él? —respondió Collin con orgullo.

—¿Tú mides dos metros? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Collin se detuvo en un semáforo e hizo algo que consiguió que el corazón de Will latiera a toda velocidad. Se bajó con lentitud premeditada las gafas hasta mirarlo por encima de ellas, levantó una comisura, dibujando media sonrisa y, después, se las subió despacio. Volvió a mirar hacia adelante y puso el coche en marcha.

Will giró la cabeza y se apoyó la boca en la mano para aguantar la sonrisa. Ese hombre lo había excitado como jamás nadie en toda su vida, y solo bajando unas gafas. No quería pensar cuando se quitara la camisa.

Un *flash* de la obsesión de Alan por Emma le hizo comprender algo que se negaba a entender. Cuando te enamoras pierdes los papeles, y eso era lo que le estaba pasando a él, aunque no quisiera admitirlo. «¿Qué narices me está pasando? ¡Maldito Collin y sus gafas de aviador!», refunfuñó, sabiéndose perdido.

Siguió indicándole por dónde ir hasta que llegaron a la entrada del aparcamiento.

—Gracias por traerme, Collin.

—Ha sido un placer, Will.

El cirujano se quitó las gafas y las dejó en el salpicadero. Lo miró y, sin mediar palabra, lo sujetó de ambas mejillas y le dio un beso lleno de intenciones.

—¡Vaya! Así que esto es lo que se siente —dijo un embobado Will.

El cirujano asintió, dándole la razón.

—Anda, dame tu número de teléfono, Romeo. —Se lo facilitó riendo y Collin le hizo una llamada perdida—. Te llamo el martes y quedamos para comer.

—Me parece genial. —El diseñador se acercó y le dio un beso rápido. Salió del coche y se despidió diciendo—: ¡Nos vemos, Thor!

Reid le dedicó una enorme sonrisa. Arrancó el motor y le dijo adiós con la mano. Will se dio la vuelta, entró en el edificio y se dirigió al ascensor. Sin duda, ese día era el comienzo de algo.

Sonrió para sí decidiendo no tener expectativas para poder disfrutar de lo que el destino le regalara. Pulsó el botón del ático y durante el trayecto rememoró la cita en la cafetería.

Necesitaba hablar con Alan. Tenía mucho que contar.

CAPÍTULO 29. todo se normaliza

Will abrió con su llave y entró en el piso de Alan. Eran cerca de las once. Fue a su habitación y allí estaba, profundamente dormido. Sin hacer ruido, volvió a la cocina a prepararle el desayuno.

Cuando terminó, colocó todo en una bandeja. «Me falta la flor», pensó divertido. La dejó en la mesita de noche y le tocó el hombro.

—Alan, despierta. Son las once —susurró bajito.

—¿Qué? ¿Las once? —dijo, abriendo despacio los ojos. Hacía años que no dormía casi ocho horas.

—Te he hecho el desayuno. Venga, levántate.

—Dios, Will, ¿cómo te encuentras? —Se incorporó en la cama, aún medio dormido. Se frotó la cara con las manos para despejarse.

—Estoy bien, solo fue un ataque de ansiedad. He desayunado con Collin. Menudo hombre —dijo, sentándose en uno de los silloncitos y cogiendo el descafeinado que se había hecho para él.

—Increíble. Me has preparado el desayuno. Gracias —dijo con asombro. Se sentó, cogió el vaso y bebió un poco de zumo.

—Somos hermanos, ya lo sabes. Ayer te portaste como... En fin, sabes que te quiero, ¿verdad? —preguntó Will, visiblemente emocionado. Bebió un sorbo de café para mantener las emociones a raya.

—Lo sé, y yo a ti, loco del demonio. ¡Me vas a matar a sustos! —se quejó mientras mordía el sándwich, que le supo a gloria bendita.

—¿Cómo tienes la mano?

—Dolorida, pero creo que un poco mejor. Entonces, has desayunado con Collin. ¿Y qué tal?

—Bien. No, miento, casi sublime. Parece un buen hombre. Es cariñoso, sexy... Me gusta, me gusta mucho —dijo, frunciendo la boca y asintiendo lentamente—. Creo que es la primera vez en la vida que siento mariposas en el estómago. De hecho, nunca había entendido la expresión hasta hoy. —Sonrió al recordar su despedida—. Hemos quedado el martes. Ya veremos, solo ha sido un desayuno. —Levantó los hombros en señal de no saber qué iba a pasar.

—¿Hiciste la reserva de los vuelos?

—Sí, Faith tramitó tu reserva ayer. ¡Joder, fue ayer! Parece que haya pasado una semana. ¿Soy yo o el tiempo va muy lento? —preguntó extrañado.

—Son muchos altibajos en un corto espacio de tiempo, por eso tienes esa sensación. ¿También reservó el hotel?

—Sí, claro, nos quedamos en el Renaissance. Ya he estado en varias ocasiones y es donde me van a recoger para la cena.

—Estupendo —dijo Alan, levantándose y cogiendo la bandeja para llevarla a la cocina. Comenzó a meter las tazas en el lavavajillas cuando cayó en la cuenta de algo—. Hay algo que quiero preguntarte, ¿de verdad tenías que ir a Washington?

—Sí, tengo varias reuniones con distintos fabricantes de tela y lo había olvidado por completo. Hasta que mencionaste que ella volaba a Washington, ni me había acordado. El resto se me ocurrió sobre la marcha. Soy un puto crack cuadrando planes.

—Claro, ¡venga ya! ¿No te acordabas de que ibas a ir a otro estado? Me parece muy sospechoso y que me estás intentando meter una trola.

—Pues no. Lo que suele ocurrir es que Faith me recuerda los viajes dos días antes. Así que hasta el miércoles de la semana que viene no me hubiera dicho nada, pero, por obra del destino, me acordé.

—Sí, seguro que ha sido eso. Cambiando de tema. Gracias a tu feliz idea, estas semanas las voy a tener bastante liadas en el trabajo. Tendré que pedir salir un poco antes ese día, supongo que no habrá ningún problema. Veamos, Walter tiene que pasarme el resto de los proyectos; he de verme con Adam; y ese viernes por la mañana tengo una reunión con el decano. También quiero quedar a comer con Tom, hemos de ver el tema de la nueva Fundación para pacientes sin recursos y esta semana le es imposible verme. —Alan comenzó a enumerar en voz alta todo lo que tenía que hacer sin prestarle atención a su amigo.

—¡Joder, me he cansado solo de escucharte! —dijo riendo, con lo que logró sacarlo de su interminable lista.

—Esas son las ventajas de ser yo —admitió con media sonrisa.

—Oye, ¿va en serio lo de la Fundación? —Alan asintió—. Pues cuenta conmigo. Tendrás un generoso cheque para arrancar —dijo Will entusiasmado.

—Eres el mejor amigo que alguien soñaría tener, aunque seas un auténtico gilipollas metomentodo. En serio, gracias por la donación. Sabes

la de vidas y familias que salvamos con esto. No te puedes hacer una idea de lo que eso significa para mí.

—No del todo, pero me acerco. Y sí, soy un gilipollas metomentodo, pero me adoras y lo sabes. Lo dicho, cuenta conmigo. Esta semana empiezo con un pedido de bolsos escandalosamente caros que se están vendiendo como rosquillas. Te digo en unos días la cifra exacta.

—Gracias, de corazón —dijo Alan con cara de gratitud y de orgullo por la generosidad de su amigo.

—Siempre es un placer. Oye, recuerda que mañana tienes que ir a la cura de la mano.

—Sí, lo sé. Iré por la tarde después del trabajo.

—Hablando de otra cosa. ¿Estás preparado? —La pregunta sorprendió a Alan.

—¿Preparado? ¿Para qué? —respondió sin saber a qué se refería.

—Para conocer a la abuela de Emma. ¿Has pensado qué va a pasar si te reconoce?

Alan inspiró despacio.

—Sé que me va a recocer. ¿Quién olvidaría la cara de un asesino? —respondió con tristeza, apoyando la mano sana en la encimera. Will estaba sentado en la isla, en uno de los taburetes altos.

—Tú no eres un asesino, ¡joder! —dijo, golpeando con fuerza la mano contra el mármol—. ¡No vuelvas a decir eso nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca! —gritó muy enfadado.

—Gracias, Will. —Sonrió con tristeza—. Tienes razón. No lo soy, pero tengo la cara y, esto —dijo señalándosela—, no puedo evitarlo.

—Sí, pero eso no significa que lo seas. Deja de decirlo, joder. ¡Y ni siquiera lo pienses! Esto ya lo hemos hablado un millón de veces, pero parece que no se te mete en esa cabeza de gilipollas que tienes —gritó el diseñador aún más enfadado.

—Sí que te quiero —admitió, formando un amago de sonrisa.

—¡Qué te jodan, Alan, pero no lo eres! —Se levantó del asiento y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Vale, perdona —respondió conciliador—. Lo siento, no lo volveré a decir.

—Está bien —dijo Will alargando las palabras. Se paró y apoyó las manos a ambos lados del cuerpo—. Entonces, ¿ya has pensado lo que vas a hacer?

—No del todo. Lo que sí sé es que, de alguna manera, tengo que hablar primero con Katharine. Me inventaré algo del tipo «quiero hablar con tu abuela a solas». Seguro que accede en cuanto me reconozca.

—Ya veo. Bueno, lo tuyo es improvisar, eso seguro. No has dado ni una desde que conociste a Emma. No deberías hacer planes, total, ¡para lo que te sirven! —se quejó.

—Pues gracias a que mis planes son una mierda, has conocido a Collin. Así que no te quejes.

Will empezó a reír y Alan se le unió.

—Pues tienes razón. La verdad es que siento como si no se pudiera controlar nada en la vida, y me acojona pensar que vivimos en esa impredecibilidad constante —confesó el diseñador.

—¡Qué profundo!

Will volvió a sentarse en el taburete y apoyó los codos.

—Sé que aún soy joven. Solo tengo veintiocho años, pero con todo lo que hemos pasado este fin de semana me he dado cuenta de que la vida no tiene por qué ser tan larga como esperamos. Ayer me asusté muchísimo. Por un momento pensé, ¿y si aquí acaba todo, sabes? Me paso todo el tiempo haciendo planes a largo plazo con el tema del trabajo. Las telas, los diseños, los pases de modelo, la publicidad... Pero lo cierto es que nada de eso es importante. Y mírate tú. Recuerda cuando se cortó la llamada de Emma que casi te da un ataque. No podemos seguir así, Alan. No podemos vivir en constante sobresalto porque veo que no voy a llegar a los treinta, y hay muchas cosas que quiero hacer. Conocer a Collin me ha dado perspectiva. No sabía lo que me estaba perdiendo hasta que he desayunado con él. He sentido que no quiero dejar de hacerlo ningún día. Aún no sé si será para el resto de mi vida, pero durante mucho tiempo sí, seguro.

Alan estaba escuchando muy atento a su amigo. La noche anterior sí que había cambiado su actitud ante la vida.

—Con esto quiero decir que sé que tienes unos planes muy definidos, pero fíjate, por ejemplo, en esto. No habías previsto algo tan simple como que Emma volvería unas semanas a su casa antes de empezar a trabajar. Te lo voy a decir por lo claro: olvida tu plan. No te está sirviendo para nada. Habla con ella lo que puedas durante estos días y ya veremos qué pasa cuando vayamos a verla. Deja de una buena vez de intentar controlar lo incontrolable. No tiene sentido y estás agotado, ¡estamos agotados!

—Tienes toda la razón —dijo Alan.

Will abrió los ojos de golpe.

—Espera que saque el móvil, que te voy a grabar. Vuelve a repetirlo —dijo, levantándose y sacando el móvil del bolsillo del pantalón.

—Eres un payaso, pero tienes toda la razón: he perdido el norte.

—Asintió mirando hacia la nada—. Lo cierto es que llevo muchos años perdido y no sé cómo volver, Will. Te juro que no sé cómo hacerlo.

—Ya lo estás haciendo, amigo mío. Reconocerlo te ha puesto de nuevo en el camino correcto. Te queda seguir las baldosas amarillas, estas te llevarán hasta Emma —confirmó su amigo muy serio.

Alan sonrió y asintió.

—Eso espero. Gracias.

—De nada. Sabes que siempre puedes contar conmigo y que yo no sería nadie sin ti, de eso puedes estar seguro. Anda ven, dame un abrazo, que llevo dos días muy malos.

—Vale, pero no hagas el gilipollas —le advirtió.

—Tranquilo, confía en mí. Hoy solo necesito cariño del bueno. Solo... eso —rogó el diseñador.

Alan no se lo pensó dos veces y lo abrazó con fuerza. Pocas veces su amigo le pedía algo, mucho menos, ese tipo de consuelo. Esto lo hizo pensar en que el día anterior lo había pasado realmente mal.

Will sí que había temido por su vida. Esto lo había hecho decidirse a cambiar su visión sobre lo que era importante. Y ganar más dinero o ser más famoso, desde luego, habían dejado de estar en la cima de la lista.

—Gracias, Alan. Gracias por todo lo que has hecho por mí en estos años. No sé si alguna vez te las he dado de corazón, pero, en serio, necesito hacerlo porque no sé qué puede pasar mañana.

—No sigas por ahí, ¿de acuerdo? Sé que ayer te asustaste mucho, pero no te va a pasar nada. No te lo voy a permitir —respondió muy serio.

Will dibujó una sonrisa forzada, se sentía extenuado.

—Gracias, hermano. Bueno, me voy a descansar; estoy que me caigo. Necesito dormir y cuando me despierte, pediré algo de comer. Mañana tengo que decidir qué modelos vamos a utilizar en el desfile de septiembre y esta semana terminamos de elegir toda la temporada de primavera, con lo que necesito toda la energía posible —dijo, acercándose a la puerta.

—Me imagino que tiene que ser un trabajo horrible ver durante horas a mujeres guapísimas.

—Y a hombres. ¡No olvides a los hombres! —bromeó, sonriendo de forma pícara.

—Descansa. Si necesitas algo, silba —se burló Alan.

—Descuida, que así lo haré.

Will salió y cerró la puerta. Estaba deseando tumbarse en su cama para dormir el resto del día.



Una vez acabado el desayuno, los tres salieron al jardín. Su abuela y Andrew se tumbaron en las enormes hamacas para tomar un poco el sol. Hacía un día precioso de verano, sin nubes.

Emma dejó su toalla en otra hamaca y se quitó el vestido.

—Cariño, ponte mucha protección, que estás pálida. No te vayas a quemar el primer día —dijo, dándole un beso.

—No estoy pálida, abuela. Reluzco de inteligencia de tanto estudiar —respondió ella.

Todos rieron.

Después de echarse el spray con protección, decidió tumbarse para recuperar un poco de calor corporal. La pesadilla/recuerdo la había dejado agotada y helada. Miró el móvil, las once y cuarto de la mañana. Sonrió y decidió dejarlo a un lado. El sol calentaba lo justo para tener calor, pero no para sofocar. Cerró los ojos un momento para disfrutar de la temperatura, de la paz que sentía y, sin darse cuenta, se quedó dormida.

Andrew lo advirtió y abrió las sombrillas para que no se quemara. Katharine la tapó con su pareo y después los dos se metieron en la piscina mientras Emma dormía plácidamente.



—Emma, cariño, ¿te apetece un té helado? —preguntó Katharine.

—¿Qué? —dijo, despertándose poco a poco.

—Te has quedado dormida nada más tumbarte en la hamaca.

Ella se incorporó y se quitó el pareo.

—¿En serio? No lo puedo creer. ¿Qué hora es? —Cogió el móvil y lo desbloqueó—. ¡La una y diez! ¡He dormido dos horas!

—Así es. Te hemos dejado dormir, lo necesitabas. —Le dio el té helado y se sentó en la hamaca contigo—. Aprovecha la piscina y nada un poco, cariño. El agua está estupenda.

—Eso voy a hacer para despertarme —dijo, y bebió un poco de té.

Se levantó y se acercó a las magníficas escaleras. Iba a bajar poco a poco, pero cambió de opinión y se dirigió a la parte más profunda. Se recogió el pelo en un moño despeinado y sonrió.

—Espera, ¿te vas a meter del tirón? —preguntó Katharine sorprendida.

—¡Sin miedo! —Asintió divertida y dio un paso para dejar que la gravedad hiciera su trabajo.

Siempre había tardado una eternidad en meterse en el agua, pero no quería esperar y lo hizo de golpe. La sensación del agua fresca inundó cada uno de sus poros y al salir de nuevo a flote soltó una carcajada. «¿Por qué he tardado tanto para hacer esto?», pensó, entusiasmada por haberse decidido. Comenzó a nadar y se zambulló para bucear media piscina. Después se dio la vuelta y se dejó flotar boca arriba. «Maravilloso», se dijo sonriendo para sí y agradeciendo ese momento.

Tras nadar un buen rato, se tumbó bajo la sombrilla.

—¿Qué te apetece para comer, Em? —dijo su abuela.

—Me da igual.

—¿Te gusta el sushi? —preguntó Andrew.

—Mucho.

—Perfecto, voy a llamar para hacer un pedido.

—Abuela, todo es... maravilloso. Me alegro muchísimo de que te decidieras a remodelar la casa. Está preciosa —dijo emocionada.

—Gracias, mi vida. Sabía que te enamorarías de la piscina.

—Me conoces mejor de lo que yo me conozco a mí misma.

Katharine le dedicó una bonita sonrisa.

—Cariño, me voy a duchar antes de comer. Estoy pegajosa del bronceador.

Andrew la acompañó dentro de la casa. Mientras, Emma aprovechó para coger el móvil. Abrió wasap para ver las conversaciones que había tenido con Alan. Decidió enviarle un mensaje: tenía ganas de hablar con él. Cuando abrió la aplicación, se dio cuenta de que lo que quería, en realidad, era escuchar su voz. No se lo pensó dos veces.



Alan miró el reloj y decidió prepararse algo para comer. Salió de su despacho, donde llevaba desde que se había ido Will. Fue a la cocina, dejó el móvil en la encimera y abrió la nevera.

«¡Bendita señora Reed!», pensó. Le había dejado un entrecot de ternera para hacer a la plancha con una nota que decía: «Consumir antes del lunes». Aún era domingo, de manera que la elección estaba hecha. Iba a sacar el recipiente cuando su móvil sonó. Suponía que iba a ser Will, pero sus ojos se abrieron del todo cuando vio en la pantalla el nombre de Emma.

Descolgó al sonar el tercer tono.

—¡Hola, preciosa! —dijo con una gran sonrisa.

—¡Hola! Esto, ¿precioso o guapo? —dudó ella, riendo a la vez.

—Guapo, sin lugar a duda, pero no hace falta que me digas nada de eso. Me encanta que me hayas llamado —admitió contento.

—Estoy en uno de los mejores momentos de mi vida. Necesitaba compartirlo con alguien y he pensado en ti. También en Sarah, claro —dijo para no mostrar sus cartas, pero era tarde. «¿Qué más da?», pensó, y se atrevió a enseñar su jugada—. No, sabes que no, solo he pensado en ti.

—Eso me gusta más que la primera respuesta. Aunque conste que me cae muy bien Sarah. Pero, bueno, prefiero ser yo el que ocupe todos tus pensamientos.

—Todos mis pensamientos no son para ti, engreído. —Emma puso los ojos en blanco al responder.

—No es eso, es que prefiero que pienses en mí cuando quieras compartir un momento importante de tu vida. Sé de sobra que no soy el centro del universo, ni del tuyo ni del de nadie. Perdona si ha sonado petulante, no era mi intención —explicó, siendo sincero.

Emma se quedó un momento dándole vueltas a lo que le había dicho. «Ha sonado como ¿triste? No, será mi imaginación». Y comenzó a devanarse los sesos porque no conseguía saber cómo era ese hombre que acababa de conocer. Y es que lo acababa de conocer. «¿Qué es lo que pretendo? Si apenas sé nada de él», se perdió unos instantes en sus pensamientos.

Alan se extrañó de que ella siguiera en línea sin contestar. Decidió romper el silencio.

—¿Emma? ¿Sigues ahí?

—Sí. Es que no consigo entender... Y perdona que me repita, pero es que podrías tener a quien quisieras. Lo que me pregunto sin parar es ¿qué hago hablando contigo? O, mejor dicho, ¿cuándo me voy a despertar del sueño? Sabes, es frustrante pensar en esto todo el tiempo. Te juro que no consigo averiguar qué tengo de especial para que te hayas fijado en mí...

Emma observaba cómo el agua de la piscina se movía de manera caprichosa con la brisa. Las dudas no le dejaban ni un momento de paz mientras su pensamiento fluctuaba entre que se merecía ser feliz y que no era digna de nada. Mucho menos, de alguien como Alan. Cansada de perder el tiempo en ideas tan derrotistas se incorporó en la hamaca para sentarse con las piernas cruzadas. Se alegraba de que la sombrilla estuviera abierta, no le apetecía quemarse.

Él decidió callarse y esperar a que dejara de elucubrar. Sabía que lo necesitaba; que, pese a mostrarle incluso antes de tiempo cuánto la amaba, no se vería digna por ser una superviviente. Y eso lo destrozaba por dentro. Por eso dejó que se desahogara diciendo en voz alta lo que le venía a la cabeza. De esa manera, dejaba ir lastre. Un lastre que compartían ambos sin ella saberlo.

—A ver, no soy una mujer débil ni tampoco un titán. Y la verdad es que estoy cansada de tener que demostrar ambas cosas. Es agotador, ¡soy todo a la vez, Alan! Soy fuerte y débil. Soy lanzada y, a veces, le doy demasiadas vueltas a las cosas porque no soy capaz de saber qué es lo que quiero. Me gusta defender y que me defiendan; me gusta decidir y que a veces otra persona decida por mí. Soy fuego, hielo, amor y odio, compasión y rencor. Soy todo eso. Soy un... todo.

Emma suspiró con fuerza. Él no dijo nada, solo esperó a que prosiguiera.

—¿Con todo esto qué quiero decir? Pues que dudo. Me fastidia muchísimo no tener seguridad en mí misma, aunque lucho para que no sea así. Yo no soy una modelo y, como me veo en el espejo, pues dudo porque me siento insegura. Y no quiero dar mi corazón si dudo —dijo de forma caótica, repitiendo la misma idea una y otra vez—. Porque no quiero... No puedo sufrir más. No puedo, ¿entiendes?

Ahora fue Alan el que se quedó pensativo. Desde luego, la conversación de la madrugada anterior le había hecho tanto efecto como una cápsula de casi cualquier medicamento, unas ocho horas.

—Está bien, Emma —dijo sonriendo.

—¿Está bien? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Estás cortando conmigo? —preguntó ella, levantando las cejas. «Hubiera sido mejor no llamarlo», pensó en una milésima de segundo.

—No, para nada —dijo muy tranquilo—. Estás dando por hecho una y otra vez que no me gustas. Que solo quiero pasar el rato contigo hasta que tengamos sexo y que después me iré con una top model de dieciocho años y ambos nos reiremos de ti bebiendo champán en... Hawaii.

Alan no pudo aguantar más y soltó una carcajada. Emma se quedó tan sorprendida por lo que había dicho que no pudo evitarlo y comenzó a reír también.

—¿Hawaii? ¡Me gusta! Debe de ser muy bonito. Tienes mucha imaginación.

—¿Yo? ¿Estás segura? Entonces, ¿la conversación que tuvimos anoche hasta la madrugada no sirvió para nada? ¿De verdad que no? —preguntó él con voz cómica.

—¡Ay, Dios! ¡Soy una calamidad! Te pongo en duda todo el tiempo. —Se recriminó a sí misma, reconociendo que o solucionaba cuanto antes su falta de confianza en todo o jamás tendría una relación sana en su vida—. Ahora es cuando digo el tópico de «no eres tú, soy yo».

—Y eso lo dices porque... —preguntó sin saber a dónde quería llegar.

—Porque soy muy cabezota. Ya está, ya lo he dicho. Que sí, que tienes razón. Que son mis inseguridades las que hacen que volvamos a tener esta conversación y que otra vez no sé cómo salir de ahí.

—Pues fíjate que no me había dado cuenta de lo de cabezota. —dijo, soltando una carcajada.

Alan pensó que esa mujer era una de las personas más cabezotas que había conocido nunca, pero no había nada que hacer. Estaba loco por ella y eso no importaba lo más mínimo.

—Sí, «muajaja». Soy tronchante —se quejó ella.

—Lo eres, pero, a todo esto, ¿qué querías compartir conmigo? Llevamos un rato hablando y no me lo has contado —preguntó con curiosidad para cambiar el tema de conversación.

—¡Anda, pues es verdad! —dijo riendo—. Vale, se me va la cabeza y hablo por los codos. Me he dado un baño en la piscina después de una

siesta de dos horas en una hamaca inmensa. Me sentía tan feliz, que me apetecía hablar contigo. Eso era todo.

—¿Te gusta nadar? —preguntó sonriendo, sabiendo la respuesta.

—Es lo que más me gusta del mundo. Más en piscina porque el agua no tiene sal. La nuestra es de cloro, aunque dicen que la salada es más natural, mejor para la piel y el medio ambiente, pero es que detesto nadar en agua salada. —El día iba de confesiones, y Emma se quedó mirando cómo la brisa creaba ondulaciones en la superficie.

—Nuestro edificio tiene dos piscinas. Una en la azotea al aire libre, que dispone de solárium y jacuzzi, y otra climatizada unas plantas más abajo donde está el gimnasio, al que no voy desde hace una semana. Las dos son de mi propiedad. Will y yo las utilizamos indistintamente, pero en ellas solo permito nadar y tomar el sol. Nada más.

—¿Lo dices en serio? ¿Y sois los únicos que las podéis utilizar?

—Sí.

—¿Y los vecinos no se quejan?

—No tenemos vecinos. El edificio es...

—De tu propiedad, claro —dijo, acabando ella la frase.

—Sí, lo es. El resto de las plantas están divididas entre laboratorios de investigación, las oficinas de Will y los almacenes.

—Pero ¿cuántas plantas tiene el edificio? —Emma no se podía creer lo que estaba oyendo.

—Treinta plantas. Will y yo ocupamos el ático en dos pisos gemelos, creo que esto ya te lo había contado. La planta de abajo es para invitados cuando recibimos visitas de trabajo, para que no tengan que ir a ningún hotel. Sí, Emma, tenemos una vida muy holgada.

—Desde luego —dijo ella sin acritud. Solo era la respuesta a un hecho—. Bueno, mi vida siempre ha sido muy sencilla. Hasta ahora, claro. Dime, ¿es por tu situación que el dinero no es importante para ti?

—No, yo nunca he dicho ni diré eso. El dinero es necesario para vivir, es innegable. Tener mucho te permite tener ciertas ventajas, cosas materiales más caras, poder viajar más y mejor. Te da seguridad en ti mismo, pero jamás lo he utilizado para sentirme más que nadie. Créeme, la forma en la que obtuve el mío fue de la peor de las maneras, pero sirvió para ayudar a muchas personas. Financio muchos tratamientos de mi bolsillo. No puedo concebir que mi beneficio se obtenga, en parte, por dejar en la ruina a personas de bien solo por el mero hecho de estar enfermos y

no tener lo suficiente para pagar un fármaco. Si no lo hiciera, seguro que sería mucho más rico de lo que soy ahora. Pero esa no es la persona que quiero ser y, menos, en la que querría convertirme.

»La semana que viene me voy a reunir con mi director general, Tom, para hablar de crear otra fundación destinada a personas con problemas económicos por este tema. Mi intención es llegar al máximo de pacientes. Desearía que no fuera necesaria, pero, como la realidad es otra, mi deber es ayudar en lo máximo que pueda. —Alan estaba muy ilusionado con esa iniciativa. De hecho, lo llevaba pensando con Tom un par de meses y por fin parecía que podía ver la luz ese proyecto de esperanza—. Te has quedado muy callada.

—Me has dejado con la boca abierta. Hay algo en lo que he estado pensando también, muy poco, la verdad, pero me gustaría que me contaras lo que sabes para crear una Fundación. Tengo algo en mente, aunque prefiero hablarlo contigo cuando vengas.

La fundación en la que Emma había pensado iba a dedicarse para ayudar a víctimas y a familiares de violencia en general. Como estaba relacionada con su vida, prefirió no hablarlo por teléfono.

—Claro, me encantará explicarte el proceso. Yo ya tengo dos, y me alegro de que quieras hacer algo tan importante como es ayudar a los demás —dijo él con una enorme sonrisa. Alan sabía por qué y por quién lo quería hacer ella, y ayudar siempre era algo bueno.

Katharine se acercó para decirle que ya había llegado el almuerzo. Emma asintió.

—Discúlpame, pero ya vamos a comer. ¡Sushi! ¡Ñam!

—Yo voy a hacerme un entrecot de ternera.

—Espera, ¿sabes cocinar? —preguntó sorprendida.

—Sí, realicé algunos cursos de cocina con varios chefs de prestigio en Londres. No quería comer siempre en la calle. Aunque es cómodo, no es lo más saludable. Además, se me da bien y, en algunas ocasiones, es la mejor meditación que puedes hacer. Te lo recomiendo.

—Tomo nota.

—Venga. Un beso, preciosa. No tienes que contestarme, sé que no sabes cómo despedirte.

—Sí que lo sé. Un beso, Alan. —dijo, sonriendo—. Quince años, tengo otra vez quince años.

—No, por favor. Al menos que sean dieciocho, quiero hacer cosas interesantes contigo. —Rio—. Te llamo esta noche. Adiós, preciosa.

—Adiós, guapo —Y colgó.

Emma no era capaz de dejar de sonreír. Se levantó de la hamaca para sentarse en la mesa del porche. Miró golosa toda la comida, que tenía una pinta increíble. Entró un momento para ayudar a terminar de poner la mesa. Fue al baño a lavarse las manos y sonrió al salir al jardín, le esperaba un banquete para almorzar.



La semana siguiente fue una tregua para Emma. Pese a la insistencia de su abuela por ir al banco, ella le rogó unos días de descanso sin pensar en nada más que tomar el sol, salir por la ciudad a ver a sus antiguas amistades y hablar con Alan. Necesitaba un poco más de tiempo para dejar la mente en blanco antes de zambullirse de lleno en las obligaciones que la estaban esperando. Katharine entendió sus razones y le concedió aquello que había pedido con tanto ahínco.

Sarah la llamó varias veces desesperada. Le habían retrasado el examen una semana sin dar la más mínima explicación, por lo que tendría que seguir estudiando.

Con Alan iba todo viento en popa. Las llamadas diarias ayudaron a mejorar su incipiente relación y los acercó mucho más de lo que se podía esperar en tan solo una semana.

Pero la realidad siempre vuelve con fuerza cuando menos lo necesitas, y ninguno estaba preparado para lo que iba a suceder.

CAPÍTULO 30. el inicio de una SEMANA de locos

Lunes

La noche anterior, Emma y Alan habían estado hablando un par de horas. A ella le hubiera gustado compartir su preocupación ante lo que tendría que afrontar al día siguiente. Pese a estar tentada en varias ocasiones de decírselo, el sentido común ganó la batalla. El temido lunes había llegado, y no le quedaba más remedio que afrontar lo inevitable. Ya no podía posponerlo más, se lo había prometido a su abuela. Así que antes de que ellos llegaran el viernes, solucionaría todo lo que se había propuesto. La semana de tregua había terminado.

Andrew se levantó muy temprano, tenía una operación a primera hora. Ellas desayunaron y se dirigieron al banco. Cuando llegaron, Tina ya lo tenía todo preparado, puesto que Katharine la había avisado de que se pasarían a lo largo de esa semana.

Emma firmó el último documento, donde indicaba que poseía más de diez millones de dólares, sin entender cómo su indemnización se había duplicado. Ya era responsable y dueña de su destino. Sintió que debía hacer algo bueno y generoso con ese inmenso patrimonio. La conversación que había mantenido con Alan acerca de la Fundación le vino a la mente, y supo que eso era lo que quería hacer sin ninguna duda.

Cuando salieron del banco, sentía la boca seca, por lo que decidieron ir a tomar un segundo desayuno.

—¿Qué tal te encuentras, cariño? —preguntó Katharine.

—Bien y muy mal. Bien, porque sé que no tendré que preocuparme por el dinero el resto de mi vida y, muy mal, por cómo lo he conseguido —confesó abrumada.

—Lo sé, cariño. Por desgracia, no podemos cambiar el pasado, pero sí crear un presente mejor. Eso es lo que tienes que pensar, y que el tremendo sacrificio de otras personas no sea la excusa para tener una vida de lamentaciones. Eso no es sano ni para nosotras ni para nadie. Podemos

hacer un sinfín de obras buenas, estoy segura de que eso es lo que querrían de nosotras —dijo de corazón.

—Y así haremos, abuela. Tengo en mente una idea muy buena. Una Fundación para personas maltratadas, mujeres, niños y también hombres. Todo el mundo tendrá cabida y la posibilidad de encontrar una vida mejor. Estoy segura de que mamá y Abby estarían muy contentas con esta idea.

—¡Es maravilloso, cariño! ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Cuando tuvimos la discusión sobre el dinero, comencé a pensar y llegué a la conclusión de que, en vez de seguir lamentándome, como bien me has dicho, debía hacer algo de provecho. Se me ocurrió que podría crear una empresa o una Fundación, y con eso podría ayudar a muchas personas. Se lo comenté a Alan. Él va a crear una para ayudar a personas con problemas financieros por motivos de salud. Te recuerdo que tiene una empresa farmacéutica. —Katharine asintió, levantando las cejas mientras tomaba un sorbo de café—. Me quedé muy sorprendida cuando me dijo que él mismo financiaba tratamientos a pacientes que no pueden pagarlo, y le he pedido ayuda para que me diga cuáles son los pasos para poder crear la nuestra.

—Me dejas muy sorprendida. Debe ser un hombre excepcional como para donar su dinero sin ánimo de lucro. Ayuda a personas enfermas, es maravilloso. Tengo muchas ganas de que me lo presentes y, por supuesto, a William. —Sonrió Katharine.

—Nos conocimos de forma fortuita. Madre de Dios, ¡cómo le dejé el traje de chaqueta y cómo me puse yo! —Emma comenzó a reír acordándose del primer día—. De verdad, abuela, no sé cómo ha pasado, pero creo que se ha enamorado de mí de una manera que no comprendo. Y yo... Bueno, prefiero no hablar de eso por el momento. Apenas nos conocemos y, sin embargo, es como si lo conociera desde siempre. Es muy raro. No sé, ya veremos. —Y tomó un sorbo de café.

—Es guapo, rico, generoso, parece que te quiere, ¿por qué dudas? —preguntó, terminando con el último trozo de tarta de zanahorias.

—No lo sé —dijo con los ojos brillantes, resistiendo su necesidad de llorar y tratando apartar los pensamientos que la llevaban a no creer en la palabra de nadie.

—Vivir desconfiando no es vivir, Emma. Por supuesto que no vas a dar tu corazón y tu alma a la primera persona que se te cruce por delante, pero si cuando la conoces te das cuenta de que merece tu confianza, ¿por

qué dudar? ¿Qué ventaja tiene vivir sin confiar en nadie? Debes superar ese obstáculo que tú misma has colocado frente a ti, si no, te vas a perder un montón de cosas maravillosas. ¡Fíjate en mí! Llevaba treinta años sin enamorarme. Cuando tu abuelo murió... En fin, dejó un vacío que jamás pensé volver a llenar.

—El abuelo murió muy joven y papá... —recordó en voz alta.

—Sí, cariño, así es el Ejército. A veces no vuelves de una misión y no podemos sino darles las gracias por haber dado la vida por nosotras, por nuestro gran país. Duele y mucho, pero seguimos adelante. Eso es lo que importa.

—Tenemos un pasado terrible —dijo Emma con pena.

—Pero un presente y un futuro prometedor. —Cogió con fuerza la mano de su nieta—. Y basta ya de lamentaciones, ¡que me va a sentar mal el segundo desayuno! —Se echó a reír.

—Tienes razón, abuela. ¿Llamamos a Haven? —Quería tener el sumario del juicio lo antes posible.

—¿La llamas tú o lo hago yo? —Emma levantó las cejas y juntó las manos en señal de súplica para que lo hiciera ella—. Claro, cariño.

Katharine cogió el móvil y habló con la abogada. Sin problemas tendría una copia del sumario para finales de semana.

—Listo. Ahora, vamos a ir de compras y te vas a comprar toda la ropa, zapatos y lo que quieras por todos los años que no lo hemos hecho. Necesitas ropa adecuada para el trabajo, para salir con Alan y porque sí. ¡Vamos a hacer que eche humo la tarjeta!

Ambas rieron, salieron de la cafetería y se fueron de compras.



Alan pasó con Walter toda la mañana en su despacho. Su jubilación se acercaba, y esa era una de sus últimas semanas de trabajo antes de irse. Ya le había explicado todo lo que necesitaba a su protegido para continuar. Este estaba muy ilusionado por la cantidad de proyectos interesantes que estaban en marcha, y por la enorme cantidad de propuestas de investigación pendientes de revisión para su viabilidad.

Llegó la hora de comer y se dirigieron a la cafetería. Walter aprovechó para preguntarle por Emma y por cómo había salido todo.

Durante toda la semana anterior no había podido hacerlo. Ambos habían estado muy ocupados poniendo al día el departamento.

Alan le contó algunos momentos al detalle y otros los obvió, ya que tampoco era plan de preocupar a su amigo y mentor. Walter se alegró muchísimo por ellos, y le sugirió que no volviera a pelearse con un mueble o le faltarían manos. La herida iba mejorando lentamente, pero ya había recuperado casi toda la movilidad.

El día pasó muy despacio y, por fin, dieron las cinco de la tarde. Salió del trabajo y condujo hasta el hospital para la última revisión. Se sintió aliviado al ver que las heridas estaban bastante cicatrizadas. Se las limpiaron y le colocaron un apósito, ya no necesitaba volver. Al día siguiente se lo podría quitar y le recomendaron dejarlo al aire libre hasta que terminara de curarse. Sin el vendaje podía mover la mano con más libertad, y era mucho más cómodo.

De vuelta a casa iba pensando que aún tenía que revisar algunos documentos sobre un nuevo fármaco que le había enviado Tom esa misma mañana. Tener dos trabajos era agotador y, a la vez, muy satisfactorio. Cuando Emma volviera, tendría que plantearse buscar otro hombre de confianza para la toma de decisiones y para, en un futuro, sustituir a Tom, puesto que en pocos años se jubilaría.

Llegó y se preparó un café. Abrió la nevera para picar algo. Audrey le había hecho una pequeña tarta de chocolate con nueces. La sacó y cortó un pequeño trozo, tras lo que la volvió a meter en la nevera. Buscó en un cajón una libreta y un bolígrafo. Le escribió una nota de agradeciendo por el detalle. La dejó junto a la nevera y se dirigió al despacho con el café y la tarta. Cuando la probó, le supo a gloria.

Encendió el Mac y comenzó a revisar los correos. Le esperaba otra larga jornada de trabajo.



Will había pasado todo el día enfrascado en los diseños de la nueva colección. A primera hora de la mañana, había tenido una fuerte discusión con un proveedor. Este llevaba una semana de retraso en la entrega de un pedido crucial para el comienzo de la fabricación de uno de los bolsos, del que tenía cerca de trescientas reservas. Después de una clara amenaza por su parte de cancelar todo el pedido y buscar a otro proveedor, quedó muy

satisfecho cuando aquella misma tarde habían llegado los dos tráileres con la mercancía. Ya se podía empezar la fabricación y, en breve, el envío del producto. Cada bolso costaba alrededor de cuatro mil dólares, por lo que la cifra final no era nada despreciable.

Cuando subió de su oficina en la planta veintiocho, fue a ver a Alan. Eran cerca de las nueve de la noche y no había comido nada en todo el día desde el desayuno. Otro error del que tendría que aprender. Así no podía seguir, porque luego se encontraba fatal.

Para variar, tocó el timbre y Alan abrió extrañado.

—Has llamado a la puerta. Creo que tienes fiebre —dijo el empresario con sarcasmo.

—Me duele la cabeza a reventar. ¿Tienes algo para el dolor? —preguntó sin importarle lo más mínimo lo que le había dicho.

—En el tercer cajón de la cocina. La cena llegará en diez minutos —dijo Alan, mientras cogía una Heineken 0.0—. ¿Quieres una? No tiene alcohol. Por cierto, aún no hemos abierto los *whiskies* que compramos el sábado, pero hoy mejor que no. Con dolor de cabeza, no debes beber.

—¡Joder, es verdad! Con tanto lío ni me he acordado. Solo quiero agua, la pastilla, cenar y dormir. Hoy ha sido un día agotador.

Alan suspiró con fuerza.

—¿Otra vez se te ha olvidado almorzar?

—Soy un puto desastre. Se acabó. Voy a elegir un menú semanal para que me traigan todos los días el almuerzo. Me encuentro mal otra vez, y encima hoy he tenido una discusión terrible con un proveedor gilipollas que creía que podía chulearme. Total, al final ha llegado la mercancía, pero me he tenido que poner como un basilisco y eso me está pasando factura. Para colmo, aún no he hablado con Collin, me duele la cabeza y tengo hambre. Un completo.

—Yo también he tenido mucho trabajo, pero al menos no me he peleado con nadie. He hablado con Emma y hay tarta de chocolate de Audrey, por si te sirve de consuelo.

—¡Bendita mujer! En cuanto cene, me como un trozo. —Sonrió—. ¿Todo bien con Emma? —Alan asintió un par de veces—. Por cierto, ¿qué tal la mano? Ya no tienes el vendaje.

—Mucho mejor. Las heridas se van curando muy bien, mañana me lo puedo quitar. Al final ha sido menos de lo que parecía.

—Bueno, ya llevas más de una semana con eso. Mira que eres bestia. Eso sí, me alegro de que esté mejor, pero deja de pegar a los muebles —se burló Will.

—Walter me ha dicho algo parecido. Tranquilo, creo que he aprendido la lección.

La cena llegó y ambos devoraron todo lo que había traído el repartidor. Después, Will se despidió, llevándose otro trozo de tarta. Alan le mandó un mensaje a Emma contándole el día de trabajo que había tenido y cómo había mejorado su mano. Hablaron cerca de media hora y se fue a dormir. Estaba agotado.



Will se dirigió a su habitación mientras llamaba a Collin. Tenía muchas ganas de hablar con él.

—Hola, Will.

—Hola, ¿qué tal el día? —respondió el diseñador.

—Bien, acabo de terminar de cenar e iba a ver un rato la tele. Hoy ha sido tranquilo en urgencias. Al menos, mañana descanso, pero el miércoles tengo una reconstrucción de rodilla y dos trasplantes de cadera. Bueno, algo sencillo. Así que no me quejo —dijo de forma relajada.

—¿Sencillo? Creo que tu definición de sencillo difiere bastante de la mía —respondió Will con asombro.

—Ten en cuenta que es mi trabajo y que tengo mucha experiencia. Para mí, esas operaciones son tan básicas como para ti, pues no sé, a lo mejor diseñar un pantalón. ¡Yo qué sé! —Se echó a reír.

—Pues es verdad. Pero me sorprende que puedas hacer tres operaciones en un día y para ti sea sencillo. Es alucinante.

—Para mí lo es que puedas diseñar una colección completa de ropa y complementos cada pocos meses sin repetir nada. No sé de dónde sacas la inspiración —respondió Collin también sorprendido—. Como verás, he estado investigando un poco sobre ti. Tienes un verdadero imperio, ¡y tu marca es carísima! Dudo mucho que alguna vez pueda comprarme algo. He visto que unos simples vaqueros costaban quinientos cincuenta dólares, ¿y qué más? ¡Ah, sí! Espera: una simple camisa, ¡setecientos ochenta!

Se oyó una carcajada tremenda de Collin al otro lado de la línea. Will estaba encantado de escucharlo reír.

—Esa es la parte de alta costura. Sí, lo reconozco, es un poco cara. Qué digo un poco cara, ¡es cara de cojones! Pero, oye, se vende. Y si la gente lo paga, pues, por mí, genial. Me siento orgulloso de decir que mis fábricas están en Londres y aquí en Boston. No me las he llevado ni a China ni a India. Te aseguro que teniéndolas allí me habría ahorrado un pastizal, pero no quise. Doy trabajo a poco más de ochocientas personas y me siento muy bien por ello. También tenemos una marca de ropa algo más asequible tipo Hilfiger o Lacoste, que también se vende bastante bien —aclaró—. De todos modos, dime qué es lo que te gusta y te lo regalo. No tiene importancia.

—No, gracias, prefiero comprarme ropa que yo pueda pagar, algo más asequible tipo Hilfiger o Lacoste —respondió Collin un poco molesto.

Esas marcas tampoco eran baratas y, por desgracia, mucha gente no podía ni comprar ropa, por lo que le pareció una frivolidad por su parte. De pronto, esa conversación le pareció demasiado superficial, y dejó de apetecerle seguir hablando.

—Perdona, ha sonado... —Will trató de disculparse.

—Bueno, creo que voy a seguir con la serie que estaba viendo. Si acaso, hablamos otro día —dijo algo cortante.

El diseñador sonrió.

—Collin, no soy un pijo de mierda. He pasado muchas necesidades. Mi familia me repudió y me dejó en la calle. Estoy seguro de que si Alan no me hubiera encontrado ese día que te comenté en nuestro primer desayuno, con toda probabilidad, estaría muerto. He trabajado desde los quince años como camarero, reponiendo comida de perros en un supermercado, para una empresa de limpieza y hasta como vendedor por teléfono. Todo para poder pagar mis estudios y salir adelante. No me digas lo que es no poderse comprar ropa porque yo sé bien lo que es eso. No creas que me conoces, solo sabes pinceladas de mi vida. No has estado conmigo cada día durante los últimos trece años como para tener el derecho a juzgarme por lo que soy hoy en día. Hago obras benéficas, contrato incluso a personas sin papeles para conseguir que puedan quedarse en Estados Unidos y les pago un sueldo digno. Contrato a madres solteras y les ayudo con los horarios. En mi edificio hay una guardería que yo construí con mi dinero y, mientras sus padres trabajan, los niños están allí bien cuidados y es gratuita. Si crees que

me conoces, entonces sí, lo mejor será que veas esa serie y, de paso, te puedes ahorrar la siguiente llamada porque esta vez seré yo el que no esté interesado en esta relación. —Will estaba muy molesto. Su vida era de lujo en ese momento, pero hasta llegar ahí no lo había sido ni de lejos.

—Lo siento. Te he prejuizado y me he formado una opinión errónea de ti por cómo vives ahora. Aunque he de decirte que tu forma de ser tampoco ayuda y, menos aún, que seas más guapo que un dios nórdico —respondió Collin.

Will soltó una carcajada.

—¿Un dios nórdico? No está nada mal. Gracias por disculparte. Tenemos en general la mala costumbre de prejuizar el resultado, pero nos olvidamos del camino que ha recorrido esa persona hasta llegar donde está. Entonces, qué me dices, ¿quieres que nos veamos mañana?

—¿Aún quieres verme después de lo que te he dicho? —Se sorprendió Collin.

—¿Estás de broma? Pues claro. Todos nos podemos equivocar, y aún quiero conocerte. No creo que seas solo una columna de dos metros sin cerebro.

—¿Sin cerebro? Sabes que soy cirujano y jefe de Traumatología, ¿verdad? —lo interrumpió Collin.

—Sí, todo el mundo tiene aficiones —Y se calló, esperando su reacción.

—¿Aficiones? ¿Seis años de estudio más diez de especialización es una afición para ti? —dijo, fingiéndose indignado.

Will soltó una carcajada que hizo reír a Collin.

—Eso te pasa por menospreciar mi trabajo.

—¡Touché! —dijo el traumatólogo—. ¿Quedamos para comer?

—Perfecto. Si te puedes pasar por aquí sobre las doce y media, sería estupendo —le pidió Will. Tenía mucho trabajo.

—¡Claro! Dime el piso y allí estaré.

—El veintiocho. Dejaré indicado en recepción que vienes a comer. Nos vemos mañana. Lo estoy deseando —admitió.

—Y yo. Que descanses, Will.

—Tú también. —Y colgó la llamada.

No había ido del todo mal la conversación. Al final, tenían una cita para comer. Algo era algo.

Will sonrió y fue a su dormitorio. Necesitaba dormir dos vidas como mínimo.

CAPÍTULO 31. una cita y un reconocimiento

Martes

Ese día no supuso ningún cambio de intensidad de trabajo para Will. Se sintió muy satisfecho al confirmar que el pedido de los bolsos iba a estar listo en la fecha prevista. En el último momento, había optado por añadir en cada caja una nota personal escrita a mano de su puño y letra. Ese detalle revalorizaría el producto, y supondría una carta de presentación magnífica. Significaba un trabajo extra que no tenía por qué hacerlo, pero iba a aprovechar la ocasión para pedir una donación para la nueva Fundación de Alan. Si la tarjeta no fuera de carácter personal, seguro que no tendría el mismo impacto. Además, lo importante era que cualquier aportación sería bienvenida para ayudar a tantas personas que lo necesitaban.

La mañana pasó volando y llegó la hora de comer. Faith avisó de que el doctor Collin Reed lo estaba esperando fuera. Él le indicó que lo dejara pasar.

Collin entró en el caos personificado que suponía la oficina del diseñador. Todo estaba repleto de muestras, bocetos y cajas con mercancía de todo tipo. Will estaba sentado en su mesa de despacho escribiendo algo a mano. Cuando llegó a la mesa, se acercó y golpeó dos veces con los nudillos para que dejara de estar tan concentrado.

—Buenas tardes, Will. —Sonrió Collin.

Él levantó la mirada de la tarjeta que estaba escribiendo y, al verlo, una sonrisa de felicidad completa iluminó su cara. Esta sonrisa de sinceridad le llegó a su invitado de tal manera que, sin pensarlo, rodeó la mesa, se acercó y le dio un beso en los labios sin importarle si estaban o no solos. Lo estaban. Faith había cerrado la puerta en cuanto había entrado, de modo que tenían vía libre para lo que fuera a suceder.

—Buenas tardes, Collin. —Fue lo único capaz de responder.

—¿Dónde quieres ir a comer? ¿Y cuánto tiempo tenemos?

Will no sabía lo que Collin tenía en mente, pero esperaba que algo del tipo «quítate la ropa» estuviera incluido como postre.

—Deja que mire. ¡Mierda! Tengo una reunión a las cuatro y media y no puedo faltar. Pues sobre unas tres horas, he de preparar algunas cosas antes. Supongo que luego terminaré sobre las ocho o nueve de la noche. Hoy no creo que dé para más —confesó. El trabajo era el trabajo, y no podía cancelar reuniones con tan poca antelación sobre temas importantes. Esa era la realidad—. Mi vida es un poco caótica.

—Ya veo. Entonces, vamos a aprovechar el tiempo. Podemos ir al italiano que está a dos manzanas.

El diseñador no pudo ocultar su decepción levantando las cejas y torciendo un poco el labio, pero no dijo ni una palabra. Un poco de sexo no le vendría nada mal para bajar la tensión, y comer fetuccini no era su idea sobre una cita excitante.

—Will, hoy no vamos a tener sexo. —Él lo miró con los ojos muy abiertos—. Te he visto la decepción en la cara. Yo también te deseo. Verte en tu mundo me ha excitado más de lo que me podía llegar a imaginar, pero me he jurado a mí mismo que te quiero conocer antes de volver a presuponer cualquier cosa, tal y como me pasó ayer. Me parece que con quince o veinte citas más será suficiente.

—¿Qué? —respondió subiendo la voz.

Collin soltó una carcajada y tiró de él. Después, lo sujetó de la nuca para arrasar su boca con un beso profundo, caliente y demoledor.

—Bueno, quizás solo con quince —susurró con media sonrisa.

—¿Es que quieres matarme, irlandés? —se quejó Will.

—No exactamente, pero sí mantenerte en un estado de interés un poco más de tiempo. Así seguro que me cogerás con más ganas.

—¿Más ganas? Bueno, allá tú. Si me da otro patatús por aguantarme el deseo que siento ahora mismo, me voy a urgencias y me ligo a otro médico —dijo entre bromas y veras. Recordó algo importante para la reunión y lo anotó en un papel para no olvidarse.

Fue a echar un paso cuando Collin lo paró en seco, poniéndole la palma de la mano en el pecho.

—Vuelve a insinuar algo parecido y yo mismo te llevo a urgencias, pero en ambulancia. —Tiró de la camisa de Will y lo volvió a besar con tal intensidad que el corazón comenzó a retumbarle con fuerza en el pecho. Cuando se separaron, le sonrió y ladeó con suavidad la cabeza hacia la puerta—. Anda, vamos a comer antes de que te arranque la ropa y no puedas tener la reunión a las cuatro y media.

Will se echó a reír. Sabía que era una forma de hablar. Además, su intuición le decía que en ese día era lo máximo que Collin iba a darle. Lo aceptó de buen grado, al decidir que merecía la pena esperar.

Los dos salieron del despacho sofocados y riendo.



La mañana había sido muy productiva para Alan al encontrar varios proyectos que merecían la pena ser investigados. Dio su visto bueno para solicitar los fondos, tras lo que mantuvo un par de reuniones más con distintos doctores del departamento. Quería conocerlos a todos a fin de saber de primera mano cómo iba el trabajo de cada uno.

Le faltaba poco para irse a comer cuando recibió una llamada de su casi hermana Louisa. Sonrió al ver el número y supuso que Tom ya había hecho lo que le había pedido.

—¡Hola, Lou-Lou! —dijo Alan al descolgar.

—Pero ¿es que te has vuelto loco de remate? —le gritó Louisa sin decir ni «hola». Alan soltó una carcajada. Ella era muy expresiva—. Acaban de llamarme de Tiffany y me han dicho que la lista de regalos ha sido adquirida en su totalidad por una única persona: ¡tú!

—Exacto.

—¿Estás chiflado? Yo solo he puesto una lista para dar la posibilidad a los invitados de regalarme algo. ¡Ahora qué van a hacer!

Alan no podía dejar de reír. Se sentía de maravilla escuchándola porque sabía que, en el fondo, toda su indignación disimulaba gratitud y cariño. Mucho cariño.

—Entonces, ¿lo retiro? —preguntó riendo. Sabía que eso no iba a pasar, y ella también lo sabía.

Louisa calló un momento y solo pudo decir una palabra.

—Alan... —Se le quebró la voz. Ese hombre era el hermano mayor que nunca tuvo, y no sabía cómo se lo iba a poder agradecer.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí, y yo a ti. Eres mi hermano, pero esto es demasiado. Para mí, con que vengas a la boda es suficiente. No tenías que hacer semejante locura —respondió ella, secándose las lágrimas.

—Si necesitas algo más, no dudes en pedírmelo.

—Paul te iba a llamar entre esta semana y la que viene. Quiere que seas su padrino, y aún no le he dicho nada del regalo. Creo que te va a decir de todo cuando lo sepa.

—Lo sé, pero no podía hacerlo de otro modo. Ah, dile de mi parte que cuente conmigo para ser su padrino, será un auténtico honor. Y, en cuanto al regalo, sabes que es muy poco para lo que te mereces —respondió de corazón.

—Un millón de gracias, hermano. Mi tercer baile es para ti. Y, no, no intentes darme ninguna excusa. No pienso ceder.

—Está bien. ¿Puedo llevar acompañante? —le preguntó sonriendo.

—¿Qué? ¿Acaso estás con alguien? —gritó ella.

—Sí, llevamos poco tiempo, pero te aseguro que es la definitiva. Estoy deseando presentártela. Espero que le des tu aprobación.

—No puedo creerlo. Y, claro que sí, me encantará conocerla.

—Si te parece, te llamo otro día y quedamos para tomar algo. Ahora te tengo que dejar. Debo terminar unas cosas antes de salir a comer.

—¡Claro que sí! Te quiero, Alan. Muchas gracias, de verdad.

—Y yo ti, Lou-Lou.

Alan colgó la llamada. Después de resolver lo que le quedaba pendiente, fue a la cafetería. Cuando terminó, sacó el móvil del bolsillo y sonrió al ver que Emma le había mandado un mensaje.

Emma_11:35

¡Buenos días! Mi abuela me ha llevado por sorpresa a un *spa*. Nos han hecho un masaje facial y corporal. ¡Estoy tan relajada que creo que me voy a quedar dormida de pie!

Alan_12:55

Buenas tardes, preciosa. Acabo de terminar de comer. Me alegro mucho por ti. Mi mañana ha sido algo más movida.

Emma_12:57

Hola de nuevo. Dentro de nada mis mañanas serán así. Por cierto, ¿tus negociaciones cómo van? ¿Sabes ya algo del nuevo trabajo?

Alan_12:59

Top secret.

Emma_13:00

JAJAJA.

Alan_13:01

En unas cinco semanas o así podré contarte algo.

Emma_13:03

Genial.

Alan_13:04

¿Qué tienes pensado para el resto del día?

Emma_13:06

Sol, piscina, comer y poco más.

Alan_13:08

Suena muy bien.

Emma_13:09

No olvides traer bañador para el sábado. Me apetece nadar contigo.

Alan_13:11

Descuida. Uf, has puesto una imagen en mi mente.

Emma_13:13

JAJAJA, es que eres muy... tentador.

Alan_13:15

Emma, estoy trabajando. Por favor, no me hagas esto.

Emma_13:16

JAJAJA Lo siento. Es verdad, siempre olvido que soy irresistible.

Alan_13:18

Más de lo que nunca podrás llegar a imaginar.

Emma_13:20

Siempre he tenido poca imaginación.

Alan_13:22

Pues tendremos que «trabajar» en ello. Si no tienes imaginación, al menos, puedes tener recuerdos.

Emma_13:26

Acabo de atragantarme con el té que me han puesto en el *spa*.

Alan_13:28

JAJAJA. Lo siento.

Emma_13:29

Has creado una imagen de la nada. Creo que te lo haré pagar.

Alan_13:31

Eso espero. Te dejo, vuelvo al trabajo. Hablamos luego.

Emma_13:33

Vale. ¡Besos!

Alan_13:34

Pensaré en ellos, preciosa.

Emma cogió la delicada taza de té y bebió los últimos sorbos. Llevaba un turbante de toalla en el pelo y un albornoz mullido que la mantenía en una temperatura perfecta. Katharine tomó otra pastita y acabó también su té. Miró a su nieta y sonrió.

—Tienes esa cara.

—¿Qué cara? —preguntó Emma extrañada.

—La de la felicidad, cariño. No la pierdas nunca.

—Alan es tan... —Negó con la cabeza. No sabía ni cómo describirlo—. Es guapísimo y muy alto, más que un modelo incluso. También es amable, dulce, gracioso, serio, trabajador, rico y no está pagado de sí mismo. Es un tópico ¿atípico? ¡Dios! Creo que solo digo tonterías. En serio, me tiene desconcertada, abuela. Te juro que no entiendo qué ha visto en mí.

—¡Emma!

—Ya, abuela. Si por eso hemos discutido varias veces, porque he puesto en duda su honestidad y los motivos por los que dice que está interesado en mí. No te puedes imaginar cómo se lo tomó.

—Primero, nunca más te sientas menos que nadie, cariño. Eres todas las cosas que has dicho de Alan y mucho más, ¿de acuerdo? —Ella asintió—. Y, segundo, ¿un tópico atípico?

—Tal cual.

—Me gusta. Sin embargo, creo que no te has dado cuenta de algo más que evidente. —Emma bajó las comisuras de los labios y subió los hombros en señal de no saber a qué se refería—. Que eso es amor, cariño. Si te da miedo la palabra, lo puedes llamar ¿interés profundo por tu persona?

Las dos se echaron a reír. Katharine era muy graciosa y divertida. Un rasgo que, sin duda, Emma había heredado de ella.

—Eres genial, abuela. ¿Amor? No te creas que no lo he pensado, pero es tan pronto. No, no puede ser.

—Así que el amor solo puede aparecer cuando pasa... No sé, dime tú. ¿Un mes, un año?

—¿Seis meses? ¿Ni para ti ni para mí? —respondió Emma sin saber qué decir.

—Conozco a Andrew desde hace siete meses y vivimos juntos casi tres. Y te recuerdo que hemos hecho una reforma completa de la casa que, si no, me hubiera ido a vivir antes con él. Estoy completamente enamorada y le dije que lo quería... creo que a la semana de conocernos. Sí, después de nuestra tercera cita —reconoció—. ¿Tan importante es el tiempo para ti que lo situas muy por encima de tus sentimientos?

—¿Y si le digo a Alan que le quiero y después no funciona lo nuestro? —preguntó angustiada.

—¿Acaso el amor es síntoma de debilidad o motivo de vergüenza? ¿Es que no te he enseñado nada, Emma? Debes amar por el mero hecho de hacerlo y, si la persona lo merece, con más razón entonces. Ama, vive, siente, disfruta y si sale mal, ¿y qué? ¿Es que si amas y pierdes ya no puedes sentir más amor? No, cariño. El amor nace en ti todo el tiempo, por usarlo no desaparece. No creas eso, el amor es... infinito —dijo Katharine convencida de que así era.

—Entonces, ¿crees que debería...?

—Sin duda alguna, cariño. Olvida eso de que el amor está en un saco y cuando lo repartes te quedas sin él. No sé a quién se le ocurrió semejante tontería. Nuestra capacidad de amar es inmensa. Disfruta del momento sin restricciones. Ama con total intensidad, no pienses en qué pasará si sale mal. ¿Acaso ves el futuro? No, claro que no. Vive el ahora, Emma, es lo único que tenemos.

—El «ahora». Me gusta, abuela. ¿Sabes que eres la mejor persona que he conocido nunca? Eres buena, sabia, dulce... Andrew ha tenido mucha suerte contigo.

—Gracias, cariño. Yo también he tenido mucha suerte con él. Es un hombre maravilloso. Te darás cuenta cuando lo conozcas un poco más —dijo sonriendo a la vez que cogía otra pastita—. Creo que es hora de irnos. Anda, vamos a vestirnos y a almorzar.

—¿A almorzar? ¡Si no has parado de comer pastitas! —se burló Emma, levantándose del asiento y recolocándose el albornoz.

—¡Necesito mucha energía! Ya me entiendes... —respondió Katharine con cara de pícara.

—¡Abuela!

Y, riendo, fueron hacia los vestuarios para cambiarse de ropa.



El almuerzo con Collin fue increíblemente enriquecedor. Hablaron de medicina, moda, lugares donde habían estado y deseaban viajar. Gustos sobre música, arte, decoración y más. Fueron tres horas muy bien aprovechadas y, antes de despedirse, el cirujano lo había besado de nuevo con la misma atracción arrolladora que cuando llegó. Lo que significaba que todo iba bastante bien.

Al volver a su despacho, Will repasó la lista de puntos a tratar y preparó lo que le faltaba para la reunión. Se metió de lleno en una tormenta de ideas para dar las últimas pinceladas a la nueva colección de primavera-verano del 2016. Tenía tanta confianza en lo que había diseñado que sintió que iba a tener un éxito rotundo. Cuando concluyó la agotadora reunión, miró el reloj: las nueve y veinte. Ya era más que suficiente por un día de trabajo y decidió subir a la casa de Alan para cenar. Quería contarle todo sobre la cita.

Saliendo del ascensor, sonrió para sí y volvió a llamar al timbre. Alan abrió y lo miró otra vez sorprendido.

—¿Dos días seguidos llamando a la puerta? Recuérdame que le regale a Collin un *whisky* de malta, ¡está haciendo maravillas contigo! —se mofó.

—Sí, sí, me parto el culo contigo. ¿Qué has pedido hoy? Me muero de hambre, ¡y eso que he almorzado! —dijo bastante sorprendido.

—¿Has tomado muchas decisiones?

—Sí, la colección de primavera-verano completa.

—Ahí lo tienes. Decidir agota la mente. He pedido tailandés, pero sin picante, que la última vez por poco se nos cae la lengua.

—¡Qué exagerado eres! Estaba bastante picante, pero no para tanto. Aunque a mí me vale. Hoy me comería hasta las piedras, por lo que no me voy a poner exquisito.

—Cuéntame, ¿qué tal con Collin?

—Ese hombre va a poner mi mundo del revés, lo veo venir. Me he reído como nunca lo había hecho en una cita. Hemos hablado de un montón de cosas, no sé de qué vamos a hacer la próxima vez que nos veamos. Y me ha besado... tres veces. —Sonrió al recordarlo.

—Ya veo. Así que al final sí que tenías...

—¿El qué?

—Corazón, Will, corazón —dijo Alan con cariño.

El diseñador hizo un amago de sonrisa, pero sus ojos brillantes no podían engañar a nadie. Sin duda, debido a su bagaje, había tratado de olvidar esa parte de la vida, obligándose a maquillar esa necesidad con una pátina de superficialidad para protegerse. Pero el amor llega cuando menos lo esperas, y eso es lo que acababa de ocurrirle.

—No me hagas esto, Alan. Ya tengo bastante contigo y con Emma. No puedo... No debo... No sé si ni siquiera podría.

El timbre de la puerta sonó. Alan, al pasar a su lado, le puso la mano en el hombro antes de decirle algo que jamás olvidaría:

—Ya lo estás, hermano. No hay nada que hacer.

Cenaron y el diseñador fue a su casa a por una de las botellas de *whisky*. Habían decidido que era un buen momento para abrirla. Tenían mucho que celebrar.

—¿En serio crees lo que me has dicho antes? —dijo Will, recostado en uno de los sillones y saboreando despacio el líquido ambarino.

—Por supuesto, ¿por qué? ¿Acaso me vas a decir que me equivoco? —preguntó sonriendo, tras beber un sorbo de Glen Grant de cincuenta años. «Es espectacular», pensó. Estaba muy satisfecho con la compra.

—Bueno, me sorprende que presupongas algo que ni yo mismo sé. Y no has sido nunca de los que presuponen nada —se defendió, tratando de esquivar la respuesta.

—¿Crees que no me he dado cuenta? No has contestado. Solo has dado un rodeo, y no te hacía de los que eluden preguntas comprometidas.

Will apoyó la cabeza en el respaldo. Después levantó la delicada copa de cristal tallada y miró a través del líquido que contenía. Acto seguido, resopló buscando la respuesta.

—Jamás había sentido nada parecido. Es como si me faltara un trozo de estómago. Así que no sé si tengo hambre o es otra cosa.

—Bien, acabas de cenar por dos, así que hambre no creo que sea. Si piensas en él ahora mismo, ¿qué sientes?

—¡Mierda! —respondió, torciendo la boca.

—Bueno, yo no lo llamaría así, pero por algo hay que empezar.

—Estás que te sales de puto gracioso. ¿Y si te vas un poquito a la mierda?

—¿Ves como lo que sientes no es eso? —dijo, recreándose en el siguiente sorbo.

—¿Qué siento? Pues no lo sé. Puede ser ¿pasión?, ¿lujuria? ¿curiosidad?, ¿morbo? Quizás... ¿aburrimiento? ¿Ves lo que te dijo? Ese agujero en mi estómago puede significar muchas cosas. —Ahora le tocó el turno a Will de burlarse de la situación.

—Como quieras. No quiero agobiarte con esto. Por cierto, Emma me ha pedido que me lleve un bañador para nadar con ella en la piscina. Lo voy a pasar fatal —dijo sonriendo.

—Ya veo, sí, ¡horrible! Bueno, ya han pasado más diez días. ¿En serio habláis a diario?

—Sí —dijo, asintiendo—. Es... increíble. Hablamos de todo, y siento que se está abriendo conmigo. La estoy conociendo mucho mejor, y creo que ella a mí también. Es tan liberador.

—Lo sería si supiera la verdad, ¿no te parece? —puntualizó Will. No quería molestar a su amigo, pero lo hizo.

—¿La verdad? La verdad es una mierda. Prefiero esta versión edulcorada: nos la merecemos —contestó con rabia.

—Perdona, Alan. No quería decirlo así. Estoy cansado y esto —dijo, señalando la copa—, se me ha subido a la cabeza antes de lo que pensaba. Sabes que me alegro mucho por ti. Y sí, ¡joder!, lo admito: tienes razón. Creo que me estoy enamorando de Collin, aunque no sepa ni siquiera qué significa. Lo único que me viene a la cabeza es que quiero verlo, hablar con él y bueno, ya sabes.

Alan levantó la mano en señal de que no necesitaba conocer los detalles.

—Nunca había deseado ver a nadie por el simple hecho de hablar, tomar un café... Sabes que mis relaciones no han durado más de cuánto, ¿media noche? Y jamás me he quedado a dormir con nadie ni he permitido que nadie se quedara en mi hotel más de lo necesario. Pero con Collin no es así. No soporto que se vaya, no sé si me explico.

—Claro que sí. Eso es lo que nos pasa cuando nos enamoramos, por lo que no te agobies. Aprovecha lo que tienes y no pienses en nada más. Yo lo he hecho con Emma y, tras unos cuantos momentos de infarto que no quiero recordar, aquí estamos, a tres días de volver a vernos. Creo que está empezando a sentir algo por mí —confesó Alan.

—¿Qué está empezando a sentir algo por ti? A veces creo que eres gilipollas del todo. Pero ¿tú te has mirado en un espejo, tío? Si no fueras mi hermano, ya te habría puesto del revés. ¡Por el amor de Dios! «Creo que está empezando a sentir algo por mí» —remedó Will con voz cantarina—. Solo lo diré una vez para que no me partas la cara: eres el tío más bueno que he visto en toda mi vida. Ya está, no lo repetiré. ¿Pero cómo no se va a enamorar de ti, pedazo de gilipollas? Sal a la calle y observa con atención. ¡Todo el mundo te mira y se enamora de ti al instante! Mujeres, hombres, perros, gatos, ¡hasta los árboles! ¡Es que hay que ser gilipollas, Alan! Lo peor de todo es que encima no te das ni cuenta. Eres como Superman cuando se pone las gafas: un macizo gilipollas. De verdad que...

—¿Quieres dejar de llamarme gilipollas? Y lo sé, ¡sé la maldita cara que tengo!

Will señaló con la mano todo el cuerpo de Alan varias veces.

—Sí, ya, y el resto —dijo, repitiendo el mismo movimiento—. Que lo sé, Will. Pero, joder, para mí este envoltorio no es importante ni quiero que sea lo que me defina. Yo soy más que esto —dijo, señalándose a sí mismo otra vez.

—Por eso mismo ella ya está enamorada de ti, porque encima eres el hombre menos narcisista que conozco. Así es cómo te expresas, y la gente lo percibe. Resumiendo —dijo, apurando la copa y levantándose del sillón—: tú quieres a Emma, ella te quiere a ti. Yo me he enamorado por primera vez y espero que Collin me corresponda. ¡Genial para un martes noche!

—Anda, vete para tu casa ya y basta de decir sandeces. Además, quiero hablar con ella antes de irme a dormir.

—Como quieras, pero sabes que tengo razón. —Will llevó la copa a la cocina y la metió en el lavavajillas—. Hasta mañana, Alan, que descanses —dijo, saliendo por la puerta y cerrándola tras él.

Alan levantó la mano en señal de adiós, cerró con llave y cogió el móvil. Marcó el número y fue al dormitorio. Llamarla antes de dormir se estaba convirtiendo en una costumbre que le estaba empezando a gustar más de lo que admitiría nunca.

Y no dejaría de hacerlo hasta tenerla a su lado, para siempre.

CAPÍTULO 32. un compromiso

Miércoles

Cuando Emma se levantó, bajó las escaleras y encontró que todo estaba adornado con margaritas blancas con el centro azul. Toda la barandilla era un macizo de flores. También había jarrones inmensos por todas partes y, en el suelo un camino de pétalos de rosas blancas, delimitadas con pétalos de rosas rojas, llegaba hasta el jardín.

Alguien ya había caminado por las rosas y se preguntó qué pasaba. Dio un pequeño salto para no pisarlas. Era tan bonito que no quería estropearlo.

Salió al jardín y todo estaba adornado con las mismas margaritas y decenas de lazos blancos de raso. Allí, su abuela y Andrew se encontraban bailando. En el móvil sonaba *Everytime I'm with you* de Seal y, de pronto, vio cómo algo brillaba en su mano. Se acercó despacio y distinguió un bonito anillo de compromiso con un diamante enorme.

—¿Abuela?

Ambos sonrieron a la vez, se miraron y se dieron un pequeño beso. Caminaron juntos hacia ella y Katharine la abrazó.

—¡Ay, cariño mío! Andrew me ha pedido que me case con él y le he dicho que sí —dijo emocionada.

Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas y solo pudo devolverle el abrazo. Sentía tanta felicidad que se quedó sin palabras. Después, se separó un poco de ella y, sin soltarla, le indicó a Andrew con la otra mano que se acercara a ellas. Los tres se fundieron en un abrazo.

—Te quiero, abuela. ¡Felicidades! Felicidades, Andrew —Se acercó y le dio un beso a él en la mejilla—. Me alegro muchísimo por los dos, y os deseo de corazón una vida llena de momentos tan maravillosos como este.

—Gracias, cariño. Cuando me he levantado esta mañana, me quedado en *shock* al ver las margaritas y el camino de rosas —explicó Katharine, abrazándolo.

—Me ha costado lo mío que no sospechara nada —comentó él, besando la sien de su recién estrenada prometida.

—¿Y cómo lo has hecho? ¡No me he enterado de nada! —confesó Emma.

—Toma, ¡ni yo! —dijo Katharine.

—La florista y sus ayudantes han llegado a las cinco de la mañana para montarlo todo. Yo les he abierto la puerta y ellas han sido muy sigilosas.

—Es precioso, Andrew, me encanta. Las margaritas blancas con el centro azul son las flores preferidas de mi abuela —dijo con una sonrisa que le ocupaba toda la cara.

—Lo sé, por eso las he elegido. Y el camino de rosas porque la florista me dijo que resultaría más elegante y, la verdad, es que ha quedado muy bonito —asintió él satisfecho con el resultado.

—Y mira el anillo, cariño.

—Es impresionante, abuela. Tienes un gusto exquisito, Andrew —comentó fascinada, admirándolo.

—Es un Bow Ribbon de platino y con un diamante de dos quilates. Eres un loco maravilloso —susurró, mirándole con los ojos llenos de amor—, sabes que no necesitaba nada de esto para decirte que sí.

—Lo sé, y es lo que más me gusta de ti. Nunca me has pedido nada, y por eso mismo te lo mereces todo. Jamás pensé que alguien me pudiera querer tanto después de... —Se le quebró la voz.

—Te quise desde que le robaste mi historial a Robert en urgencias. Te vi y me enamoré —replicó Katharine, apoyando la mano en el pecho de su prometido.

Se dieron un beso y, con disimulo, Emma se secó una lágrima que se le había escapado.

—Bueno, me he pedido un par de días libres, así que os voy a llevar donde queráis —dijo él emocionado.

—¿Qué? ¡No, de eso nada! Hoy es vuestro día. Disfrutadlo a solas, yo me quedo en casa y me voy a apropiarme de la piscina. No os preocupéis por mí, en serio. Me harías muy feliz si salís a celebrarlo. Es un momento único y os lo merecéis —comentó Emma convencida.

—Está bien, cariño. Mañana salimos contigo donde quieras, ¿vale? —dijo Katharine ilusionada.

—Por supuesto, hay que organizar una boda. ¡No me lo puedo creer! —respondió Emma con la cara iluminada por la emoción.

—Volveremos mañana entonces —dijo Andrew—. Tenía dos planes preparados por si acaso. —Sonrió con picardía.

—Venga, fuera de aquí. ¡A celebrarlo! Mañana nos vemos —dijo Emma, dándole un beso a cada uno.

Entraron en la casa y los tortolitos subieron a cambiarse de ropa.

Ella se quedó en la cocina para prepararse el desayuno. Cuando terminó, fue a su habitación a cambiarse para la piscina. Esta vez se decidió por un bikini. Como no iba a estar Andrew, aprovecharía para coger algo de tono en sitios en los que hacía mucho tiempo que no le daba el sol. Le dio tiempo a hacer la cama, darse una ducha y cambiarse. Alguien llamó a la puerta de su habitación. Era Andrew para decirle que había reservado la suite de lujo en el hotel Trump Washington D.C. y que iban a pasarse el día en el spa. Le dejó indicado que, si necesitaba algo, le avisara al momento. Cuando bajaron las escaleras, estaba esperándole su abuela con dos maletas de mano.

Emma se despidió, besando a ambos.

—¡Pasadlo muy bien! Os quiero —dijo de corazón.

—Gracias, cariño. Y nosotros a ti.

Katharine le dio un abrazo para después salir con un Andrew sonriente y totalmente enamorado.



Durante toda la mañana, Emma tuvo una sonrisa en la cara y, cuando salió de darse un chapuzón, miró la hora en el móvil. Eran las doce y media pasadas. Supuso que Alan ya habría dejado del despacho para almorzar, de modo que decidió llamarlo. Prefería hablar con él por teléfono antes que por wasap.

Cogió su iPhone y marcó su número. A los dos tonos escuchó la voz de la persona con la que estaba deseando hablar.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo es que me has llamado? —preguntó él con una sonrisa en la cara.

—¡Hola, guapo! Es que estoy tan feliz que te lo tengo que contar. Mi abuela y Andrew se han prometido esta mañana. ¡Ha sido tan romántico! Ha llenado toda la casa de margaritas blancas y ha hecho un camino de pétalos de rosas que llegaba hasta el jardín. Le ha pedido la

mano, aunque no sé si se ha arrodillado o no. ¡Qué más da! Mi abuela se veía radiante, y Andrew no cabía en sí de lo feliz que estaba —dijo Emma casi sin respirar.

—Me alegro mucho por los dos. Estoy deseando conocerlos y felicitarlos —respondió con sinceridad.

—¡Dios! Ya es miércoles. Dentro de nada estarás aquí. No puedo creer que vayas a venir.

—Lo que no me puedo creer yo es que aún no sea viernes. Están siendo las dos semanas más largas de mi vida. Para colmo, hoy y mañana tendré que quedarme un poco más para dejar solucionados algunos temas que no pueden esperar a la semana que viene. Lo que sí te puedo asegurar es que el viernes cogemos el vuelo a las tres de la tarde, creo que es a la misma hora que salió el tuyo.

—Sí, mi vuelo salió a las tres, muy puntual. ¿Quieres que te recoja en el aeropuerto?

—Me encantaría, la verdad, pero antes tenemos que ir al hotel a registrarnos y dejar las maletas. Además, Will tiene una reunión en cuanto lleguemos y lo van a recoger allí mismo —aclaró.

—Vale, entonces llegarás para cenar —dijo emocionada.

—Estoy deseando verte. No te puedes hacer una idea de cuánto.

—Yo también lo estoy deseando.

Eso sorprendió para bien a Alan, ya que no era la primera vez que ella se lo decía. Resopló de deseo un poco más fuerte de lo que pretendía.

—¿Y ese suspiro?

—He pensado en cómo será besarte de nuevo. —Dejó escapar el aire entre sus labios, pero, esta vez, se preocupó de que ella no lo oyera.

—Ni siquiera había pensado en ello hasta que lo has dicho —reconoció Emma—, pero ahora que lo has hecho, ¡no puedo pensar en otra cosa!

Y soltó una carcajada que hizo reír a Alan.

—Me encanta oírte reír —dijo él, sonriendo como un adolescente.

—Me encanta que te encante. Por cierto, voy a estar sola en casa todo el día —dijo, alargando la palabra «todo» a propósito—. Quizá más tarde me dé un chapuzón atrevido, sin parte de arriba del bikini o sin bikini directamente —susurró para encender a Alan.

Pensó un instante en lo que le había dicho su abuela sobre aprovechar lo que tenía delante. Al final, le dio la razón y decidió hacerle

caso dejándose llevar por esa relación que no tenía sentido desperdiciar.

—Creo que voy a cambiar el vuelo para ahora mismo.

Ella se echó a reír con fuerza, pero después lo pensó y se agobió porque él parecía decidido.

—Sabes que es una broma, ¿verdad? No me voy a bañar desnuda, no podría. ¡Qué vergüenza! No, no lo haría, jamás.

—Respira, Emma, respira. No voy a cambiar el vuelo, tranquila. No puedo hacerlo, aunque me encantaría. Pero no me digas esas cosas mientras me estoy comiendo una triste ensalada en la cafetería, que no soy de piedra —bromeó.

—¡Y tú no me des esos sustos! —respondió sonriendo—. ¿Sabes que eres muy impulsivo?

—¿Yo?

—Sí, tú. Y yo... me agobio con todo. Así que tampoco me digas esas cosas —pidió también comprensión por su parte—. No tengo demasiada experiencia tratando con hombres y los chicos con los que he salido no eran nada parecido a... Bueno, eran muy diferentes a ti.

Alan sonrió. Lo sabía. Ventajas de tener a alguien vigilándola todo el tiempo. Pensando en que ella iba a estar todo el día sola en la casa, se alegró de haber reanudado la vigilancia. Pese a que la había cancelado unos cuantos días atrás en un arranque de impulsividad, ella había viajado a otro estado. Su necesidad por protegerla había vuelto con fuerza en cuanto puso cientos de kilómetros de por medio. Will intentó hacerlo entrar de nuevo en razón, pero no dio su brazo a torcer.

—Eso me gusta. Espero que para mejor. —No solía alardear de su físico, más bien no lo hacía nunca, pero sintió ese pequeño destello de necesidad de que ella lo alabara por un instante.

—Bueno, aún no puedo comparar. Ya sabes... —Emma descubrió su jugada y contraatacó.

—¿Cómo que comparar? Pero me habías dicho que tú nunca...

—La voz de Alan denotaba incredulidad. Se vio quedando como un tonto y, acto seguido, preguntó—: ¿Me has mentado?

Emma no pudo evitarlo y se echó a reír. «¡Ay! Los hombres y su enorme ego», pensó incrédula.

—Oye, ¿qué te hace tanta gracia? —preguntó algo molesto.

—No te he mentado, solo estaba bromeando. A ver, lo único que puedo comparar son los besos, y por ahora sales ganando —aclaró ella para

acabar con la confusión y dejar su ego intacto.

Alan levantó la comisura del labio y respiró satisfecho.

—De acuerdo. Tengo que reconocer que me encanta salir ganando, y que no puedas comparar en otros temas, me gusta aún más —admitió complacido.

—¡Ay, Dios! Buenas tardes, ego, ¿qué tal el día? —respondió ella, poniendo los ojos en blanco—. Los hombres y el territorio. ¡Uf!

Alan dejó la bandeja con los restos del almuerzo y se dirigió al despacho. Se estaba divirtiendo mucho con la conversación, pero debía volver al trabajo.

—¡Ey, eso no es justo! Si hubieras estado con otros yo no podría quejarme, ya que no sería de mi incumbencia. No soy de ese tipo de hombre. Pero, bueno, admito que no me disgusta saberlo. ¿Ego? Se podría decir que sí. No te voy a mentir, Emma. A los hombres nos gusta ser el primero. Es un hecho. El que te diga lo contrario, sí que te miente.

—¿Y tú lo has sido muchas veces, a todo esto? —Ella sintió un cosquilleo bastante típico. «¿Tengo celos? Increíble», pensó.

—Solo mi primera vez, y fue un desastre. —Rio Alan sin tapujos al recordarlo. Tras esa noche, no se vieron nunca más.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—Y tanto. La primera vez de una chica suele ser dolorosa. Aunque supongo que depende de la persona y, por supuesto, de la habilidad del chico. Debo confesar que yo era de todo menos habilidoso —reconoció.

—Me estás poniendo nerviosa y sé que no tiene sentido con la edad que tengo. Mejor dejamos de hablar del tema —cortó ella—. Además, vuelvo a sentirme como si fuéramos adolescentes, y es ridículo.

—Emma, deja que diga esto y después tengo que colgar, he de volver al trabajo. Uno, ¿quiero estar contigo? Sí, ni lo dudes. Dos, ¿es algo de lo que ahora mismo te tengas que preocupar? No, en absoluto. Soy un hombre adulto que puede mantener a raya sus instintos, así que tranquila. Y tres, quiero que sepas que me encanta compartir este tipo de conversaciones contigo. Algo me dice que ninguno de los dos las hemos tenido antes y me he dado cuenta de que las necesito, pero solo porque eres tú con quien las comparto. Para mí no es ridículo, es disfrutar de la oportunidad de volver a vivir un tiempo que no tuve, que perdí... Lo que sé que te he encontrado. Siento que dispongo de todo el tiempo del mundo para conocerte. Y ese es un regalo que no esperaba recibir —confesó Alan.

Emma se tapó la boca con las yemas de los dedos. La barbilla empezó a temblarle y dejó de ver durante unos instantes al llenársele los ojos de lágrimas. Ese hombre estaba enamorado de ella, sin duda. Pensó en su abuela, en todo lo que le había recomendado. Y dejó de dudar.

—Así es, tienes todo el tiempo del mundo —dijo con la voz algo quebrada—. Yo también te he encontrado, y no me puedo creer que lo haya hecho. En serio, ¿eres real? ¿Esto es real? —Era una pregunta retórica. Sonrió sin poder evitarlo—. Bueno, creo que será mejor que te deje trabajar. Apenas habrás podido comer, ya ves que soy un papagayo.

Alan soltó una carcajada.

—Pues no dejes de serlo nunca porque es una de las cosas que más me gusta de ti —dijo, también sonriendo—. Bueno, preciosa, hablamos luego. Disfruta de la piscina, aunque sea sin mí.

—Gracias. Sí, hablamos luego.

Emma colgó y dijo en voz alta: «Alan Storm, creo que me estoy enamorando de ti». Dejó el móvil en la hamaca y se metió de golpe en la piscina.



El día pasó despacio. Tanto Alan como Will tuvieron una jornada de trabajo agotadora. Alan regresó a casa y comenzó de lleno en el nuevo proyecto para la Fundación. En su edificio aún tenía varias plantas vacías y pensó que sería estupendo utilizarlas como oficinas para no tener que perder tiempo en buscar nuevos locales. Hablaría primero con Will. En principio estaban destinadas a ser almacenes, pero la mercancía se vendía tan rápido que nunca se habían llegado a usar. Cuando se quiso dar cuenta, eran las ocho menos cuarto de la tarde. Se frotó la cara, pensó en Emma y en la piscina. Sonrió y subió a hacer unos largos para despejarse. Estaba anquilosado de estar tantas horas sentado en la silla delante del ordenador.

Cuando salió a la terraza y dejó sus cosas en una de las hamacas. Fue hacia la ducha y esperó a que el agua saliera templada. Agradeció complacido cómo se iba enfriando conforme pasaban los segundos. Caminó hasta la parte más profunda, se colocó las gafas y se lanzó. Sintió el agua tibia por todas las horas de sol que habían pasado y comenzó una serie de largos de crol que le devolvieron la energía poco a poco.

Tras nadar más de una hora, decidió que era suficiente. Salió renovado. La mente se le había despejado bastante y, aunque estaba algo cansado, se encontraba de maravilla después del ejercicio.

Cogió el móvil y vio que no tenía mensajes. Bajó a su ático y, antes de ducharse, eligió para la cena de esa noche un asador cuya comida le gustaba bastante. Revisó el menú y llamó para hacer el pedido. Con los últimos cambios producidos en su vida no tenía tiempo ni de cocinar, y llevaba varias semanas pidiendo la cena todas las noches. Esperaba que en un futuro cercano pudiera cambiar eso, pero, por ahora, es lo que había con la cantidad de trabajo que tenían los dos. Se dirigió a su habitación para ducharse, en poco tiempo estaría Will llamando a la puerta.

Cuando acabó de vestirse, oyó la voz del diseñador en el pasillo.

—¿Alan? ¿Te encuentras bien? —escuchó desde su habitación.

—He subido a nadar un poco y me acabo de duchar.

—Te juro que me has acojonado. He llamado a la puerta, te he llamado al móvil y no has respondido. Se me ha pasado de todo por la cabeza, por eso he utilizado la llave —aclaró.

—Tranquilo, estoy bien. Ya he pedido la cena, estará a punto de llegar.

—Eres el amor de mi vida, ¿qué voy a hacer cuando te cases con Emma? —dijo con gracia.

—Tranquilo, aún falta mucho para eso —dijo, dándole una palmada en el hombro mientras caminaban hacia el salón para esperar al repartidor.

Will se sentó en la isla, Alan sacó dos cervezas y una botella de agua fría de la nevera. Se echó un gran vaso de agua y se lo bebió de golpe. Estaba deshidratado.

—Tienes sed, ¿eh?

—No sé si te pasa a ti también, pero a mí nadar me da siempre mucha sed —dijo, echándose otro vaso de agua y bebiendo hasta la mitad.

Se sentó y consultó el móvil. Inspiró con pesadez cuando vio que tenía un correo de Tom sobre la Fundación y los puntos a tratar en la reunión del viernes en el almuerzo, además de dos correos sobre los resultados de pruebas iniciales de varios fármacos que estaban en fase uno. Había pasado de no saber nada de su empresa, porque Tom la dirigía en su totalidad, a llevar al día las fases de prueba de cada fármaco, los beneficios, gastos y cuanto era necesario. Sabía que se estaba implicando demasiado,

pero al llegar de Londres había decidido que no quería mantenerse al margen, y se sentía bastante satisfecho de haberlo hecho.

El timbre lo sacó de sus pensamientos, era la comida del restaurante. Se sentaron a comer y Will se quedó pensativo mientras mordía un costillar asado con salsa barbacoa.

—Un penique por tus pensamientos —dijo Alan.

—Mañana tengo otra cita con Collin, esta vez para cenar. Tengo muchas ganas de verlo y a la vez no. No sé en qué lado quedarme.

—¿Y eso? —preguntó extrañado—. No te estará dejando de gustar ya, ¿verdad? ¡Que solo ha pasado un día!

—¡Joder, no! No es eso, en serio. ¡Uf! Sé que no te gusta hablar de estas cosas, pero es que no quiere, ya sabes. Dice que prefiere mantenerme «interesado» —explicó Will, dibujando unas comillas en el aire—. Interesado, ¡yo! El que tuvo un colapso para pedirle salir. Así que lo que estoy es cabreado y cachondo.

Alan se echó a reír y Will lo siguió.

—Menuda mezcla —dijo, levantando ambas manos—, aunque prefiero no hablar de ese tema. Piensa en esto, ¿cuántas veces lo has visto fuera del hospital sin estar para el arrastre? ¿Eh? Una, Will, solo una. Te lo digo en serio, no tienes paciencia. Estás acostumbrado a lo fácil, a lo rápido. Y, claro, ahora has encontrado a una persona que quiere conocerte de verdad, que no quiere únicamente... No sé, ¿follarte y salir corriendo? No, Will. Lo que te pasa, en realidad, es que estás acojonado y no quieres darte tiempo para conocerlo porque tienes miedo. Date... tiempo —dijo enfatizando cada palabra—, es mi consejo. Collin te lo está pidiendo, y creo que es lo acertado. Solo necesitas paciencia. Paciencia, y muchas duchas frías —dijo mirando a su amigo. Después levantó los hombros y negó despacio, indicando que no le quedaba otra.

Terminaron la cena y Will se fue a su casa a descansar. Necesitaba pensar seriamente en el consejo que acababa de darle su amigo.

Alan volvió a llamar a Emma para terminar la conversación que habían empezado en el almuerzo. Cada vez la sentía más cerca, y esperaba ganarse su confianza para obtener el premio que hacía tanto que deseaba: un «sí, quiero».

CAPÍTULO 33. una amenaza

Jueves

Eran cerca de las seis de la mañana cuando un mensaje sonó en el móvil de Slab. Adormilado, cogió el teléfono y lo leyó. No aparecía el número, pero sabía que era de Jason. Dejó escapar el aire entre sus labios sintiendo hartura y abrió el mensaje.

«Hola, papá. La tía Helen me ha dicho que la abuela ha venido a visitarnos sin decirnos nada. Yo no la he visto, pero sabe cuándo nos vamos de vacaciones», recibió en el primer mensaje. Al momento, le llegó el segundo. «Ve a visitarla hoy y dile que no se le ocurra comentarle a Tommy que nos vamos, queremos darle una sorpresa. Chao».

Slab tradujo el mensaje en su cabeza y, acto seguido, contestó un simple «OK». El significado estaba claro: el abogado de su hermano, Adam Price, había estado husmeando como siempre. Esta vez había conseguido averiguar que Jason iba a salir de la cárcel, pero desconocía el día exacto. En ese momento, se levantó, llamó un taxi para que estuviera allí en media hora y fue a ducharse. Tenía órdenes de visitarlo. Iría esa misma mañana para motivarlo a no revelar nada a su cliente, o sus actos tendrían terribles consecuencias. Esas órdenes iban a ser cumplidas de inmediato.

A las seis y media estaba listo. Cuando salió, vio al taxi entrar en la calle. Se subió y le indicó la dirección. Al pasar por delante de la casa de Sarah, recordó que era jueves y que ya podía llamarla. En cuanto fuera una hora más adecuada lo haría, quería invitarla a cenar. Sonrió para sí y disfrutó de cierta paz hasta llegar a su destino. Lo que tenía que hacer no era de su agrado, pero una orden era una orden.

Cuando bajó del taxi, miró el reloj: las siete y cinco de la mañana. Aún era pronto para que llegara el abogado. Decidió aprovechar los minutos de espera tomándose un café en una cafetería cercana.

A las siete y media, la secretaria de Price pasó y entró en el edificio. Saludó al portero y desapareció. Eran las ocho menos diez cuando vio al abogado pasar con su maletín. El portero le abrió y se saludaron. Prefirió

darle unos cinco minutos más para que entrara. Pasado ese tiempo, se levantó para ir a darle los «buenos días».

Al acercarse, el portero le preguntó a quién iba a visitar a esas horas. Le indicó que era un abogado amigo del señor Price y que venía a recoger un documento importante que había olvidado darle en el juzgado el día anterior. El portero no dudó de que así fuera, ya que la apariencia de Slab era imponente. La ropa cara era la mejor carta de presentación, de modo que lo dejó pasar sin problemas. «Ni me has preguntado el nombre. No durarías ni un minuto en mi puesto», pensó el sicario.

Llegó a la puerta del despacho, llamó y, al poco, abrió la secretaria.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó Amy.

Estaba extrañada de que alguien fuera tan temprano. No había citas programadas hasta las nueve y media. Lo miró con curiosidad. Ese hombre era enorme y muy atractivo. Iba vestido con elegancia y olía de maravilla.

—Buenos días, soy un amigo de Adam. He quedado con él a esta hora porque ayer se le olvidó darme un documento en el juzgado. Paso un minuto, lo recojo y me voy.

Slab soltó con total naturalidad la misma historia que al portero. Para qué molestarse en inventar algo distinto.

—De acuerdo. Un momento, por favor —respondió ella.

«Tampoco me ha preguntado el nombre. ¡Qué falta de profesionalidad!», pensó Abraham para sí.

Ella lo invitó a entrar y cerró la puerta. Le indicó que permaneciera en la sala de espera. Iba a comentarle su visita al señor Price.

Tocó una vez la puerta y se oyó un «Pasa» al otro lado.

—Señor Price, ha venido un amigo suyo a recoger un documento que ayer olvidó usted darle en el juzgado. ¿Le puedo decir que pase?

—¿Un amigo ha venido por un documento? ¿Te ha dicho su nombre? —dijo extrañado. No recordaba haber dejado nada pendiente.

—Lo siento, no se lo he preguntado —respondió avergonzada. Era muy temprano y aún no había desayunado.

—No te preocupes. Dile que pase, a ver quién es —contestó Price mientras encendía el Mac.

La secretaria se dirigió a la sala de espera para comunicarle que el abogado lo recibiría. Slab asintió y sonrió con amabilidad.

Cuando entró en el despacho, Adam no lo reconoció. Se levantó para darle la mano y Slab le devolvió el saludo con elegancia.

—Perdón, ¿nos conocemos? —preguntó el abogado después de estrecharle la mano—. Siéntese, por favor. Me ha comentado mi secretaria que dice usted que ayer olvidé darle un documento en el juzgado. ¿Su nombre?

Slab se abrió la chaqueta y se sentó con tranquilidad en la silla de enfrente.

—Señor Price, no hace falta que se preocupe por ese detalle. Mi nombre no tiene ninguna importancia. Estoy aquí porque ha estado usted haciendo demasiadas preguntas sobre un caso en particular. Supongo que el apellido Black-Storm le es familiar, ¿me equivoco?

Adam frunció los labios y levantó las cejas en señal de que acababa de comprender la situación. Slab dibujó media sonrisa antes de proseguir.

—Bien, por su expresión creo que ya sabe de qué estamos hablando. Mi, digamos, «cliente», dada la nueva información de la que es usted poseedor, estaría mucho más tranquilo si, bueno, si ciertos datos no salieran a la luz. El exceso de información es peligroso, ¿no le parece? Yo creo que no siempre resulta útil estar informado de «todo» lo que ocurre a nuestro alrededor. —Alargó exageradamente esa palabra a propósito.

El abogado estaba sorprendido y asustado a partes iguales. La familia de ese mal nacido había enviado a un matón para extorsionarlo. Sabía que mostrar el mínimo signo de debilidad sería su perdición, así que respondió con confianza, pese a estar muerto de miedo.

—No pensará ni por un momento que sus insinuaciones van a tener ningún efecto. Soy un hombre de honor. No voy a romper la confianza de que mis clientes han depositados en mí.

Adam iba a continuar con sus razones, pero Slab lo cortó. Lo que dijo, le heló la sangre.

—Me encanta su lealtad, de verdad. La comprendo y la respeto, pero, como le he comentado antes, el exceso de información es, a veces, molesto —dijo con lentitud estudiada, mientras se tomaba su tiempo para coger la fotografía que reposaba sobre la mesa, donde aparecían su mujer y sus hijos—. Por ejemplo, yo sé que su mujer, Chloe, lleva a su hija, Brittany, a su clase de piano los martes y jueves de cuatro y media a seis en su flamante todoterreno Toyota Land Cruiser plateado. También sé que su hijo, Patrick, es un excelente receptor, y que una universidad bastante importante, como es Yale, está pensando en concederle una beca completa de fútbol.

Price se quedó bloqueado. Ese hombre no se andaba con tonterías. Sintió pánico al comprobar todo lo que sabía de su familia, y es que Slab llevaba el último año vigilándolos.

—Sí, la información es muy importante, así como la salud, ¿no es cierto? Por eso no llego a imaginar cómo llevaría Chloe a Brittany a sus clases de piano si estuviera ciega. Es una pregunta tan difícil de responder como la de cómo podría Patrick ser el mejor receptor si le rompieran ambas rodillas. O espere, espere, otra mejor: cómo podría Brittany seguir tocando el piano si no tuviera dedos. Preguntas, preguntas... ¡Ah! —Suspiró con total tranquilidad—. Ve, señor Price, su necesidad de dar información se equipara a mi necesidad de que me conteste a esas preguntas. —Slab se echó hacia adelante y miró sin ningún tipo de remordimiento al abogado. Su tono de voz no dejaba duda de que, lo que le estaba diciendo, iba muy en serio—. Se me acaba el tiempo y tengo que dar una respuesta. Así que, dígame, abogado, ¿siente la necesidad de responderme a esas preguntas o prefiere que lo dejemos aquí?

Adam no podía ni respirar. Ese hombre acababa de amenazar a toda su familia, y ellos estaban delante de cualquier cliente, incluso de Alan. Tragando un nudo de sentimientos encontrados, se decantó por la única respuesta que el sicario estaba dispuesto a aceptar.

—Lo dejamos aquí —respondió con un hilo de voz.

—¡Excelente! —dijo Slab, dando un fuerte manotazo sobre la mesa, cosa que hizo que el abogado diera un respingo en la silla—. Bueno, su conversación es tremendamente interesante, pero ahora tengo que marcharme. Me encanta que haya tomado el camino correcto. Al fin y al cabo, no le regalaron la carrera de Abogacía por su bonita cara. Espero que no nos tengamos que ver de nuevo —volvió a amenazar al abogado para confirmarle que iba en serio.

—Le aseguro que así será —respondió Price.

—¡Sabia decisión! —Slab dejó boca abajo el marco de fotos en la mesa y salió por la puerta del despacho sin mirar atrás.

Al abogado le dio el tiempo justo de coger la papelera que tenía al lado antes de vomitar. Le exigían que le ocultara a su cliente una información vital y no sabía cómo iba a hacerlo. No paraba de darle vueltas a quién les habría pasado el chivatazo de lo que había averiguado la tarde anterior. Sin duda, los tentáculos de Black-Storm llegaban más lejos de lo que sospechaba.

El matón le había dejado las cosas claras, amenazándolo con dañar a su familia. Ellos eran su prioridad, por supuesto, pero de algún modo tendría que hacerle llegar la información a Alan. La cuestión era cómo lo iba a conseguir sin que nadie saliera herido.

Inspiró despacio y asintió, tratando de asimilar que llevaba años preparándose para este momento. Lo único que esperaba era estar a la altura para no defraudar a ninguna de las personas que confiaban en él. La suerte, en cierto modo, no los había dejado de la mano.

Al día siguiente, tenía su cita mensual con Alan. Aunque, esta vez, sería muy lejos de su despacho y, la conversación, muy diferente a la que ambos hubieran deseado.



Sobre las doce, Katharine y Andrew llegaron a casa y saludaron a Emma, que los recibió con un abrazo y un beso.

—¿Qué tal lo habéis pasado? —preguntó emocionada.

—¡De maravilla! Fuimos al *spa* y nos emborrizaron con todo lo que tenían: chocolate, algas, aloe vera, ¡yo qué sé! Andrew había contratado dos circuitos, así que nos pasamos parte del día entre masajes y remojo. ¡Ha sido fantástico! ¿A que vengo con menos arrugas? —bromeó Katharine.

—¡Uy! ¡Ninguna! Con tanto potingue ya no te queda ni una, abuela. Y Andrew, a ti por lo menos te han quitado cinco años de encima —se burló con afecto Emma.

—¿Solo cinco años? —preguntó Andrew, fingiendo indignación—. Katharine, coge el bolso ahora mismo, ¡vamos a reclamar que no me han quitado tantas arrugas como a ti!

Los tres se echaron a reír.

—Bueno, cariño, vamos a subir las maletas. Por cierto, ¿vino ayer Clara a limpiar?

—Sí, llegó a las dos y se fue por lo menos a las ocho y cuarto. Menos mal que me mandaste el wasap; si no, ni le abro.

—Es que se me olvidó comentártelo. Como se había ido unos días de vacaciones, es que ni me acordé. Lleva con nosotros desde que terminamos la reforma. Viene cuatro días en semana, y me gusta muchísimo cómo trabaja. Además, es encantadora. —Sonrió Katharine.

—Sí, a mí me lo pareció también —coincidió Emma—. Le dije que pusiera los pétalos de rosa en cuencos y los ha repartido por toda la casa, me daba pena tirarlos.

—Gracias, mi vida. La casa está preciosa con tantas flores —dijo, acariciando una margarita de uno de los muchos jarrones y miró a su prometido—. Bueno, Andrew, ¿subimos y nos cambiamos? Cariño, ¿te apetece salir a comer o pedimos algo? —preguntó a Emma.

—Salid vosotros, yo me voy a la piscina. Además, aún tengo sobras del tailandés que pedí ayer.

—Entonces vamos a aprovechar el día libre de Andrew y salimos a comer. —Sonrió Katharine.

—Pasadlo muy bien. Luego me cuentas cómo fue la pedida, ¿qué estoy deseando saberlo! —dijo Emma emocionada.

—Claro que sí, cariño. Volveremos después de comer o no sé, si vamos de compras, te aviso. Te veo más morenita, te sienta muy bien.

—¿En serio? ¡Qué bien!

—Pues claro. Bueno, nos vemos luego.

Emma se despidió dándole un beso y salió al jardín. Se sentó en una tumbona y cogió el móvil para ver la hora: solo era la una menos cuarto. Tras enviarle un mensaje a Alan, se metió en la piscina para hacer unos largos. El ejercicio le estaba sentando de maravilla. Decidió que, cuando volviera a Boston, iba a comprar una casa con piscina e iba a vivir sola. No sabía cómo le iba a sentar a Sarah su decisión, pero ya la había tomado y no había vuelta atrás. Además, ya iba siendo hora de crecer y madurar.



Después de la visita tan fructífera que había tenido con el abogado, Slab regresó a casa. Cuando llegó eran las nueve y media, así que decidió salir a correr un poco. No había visto a la chica del jefe en toda la semana.

Tampoco a Sarah, que no sabía cómo se las había apañado, pero se había ido tan temprano cada día que tampoco había visto ninguno de los camiones de mudanza. Suponía que iba a estudiar a la biblioteca de la universidad, por lo que una mañana la siguió y confirmó que así era.

Ya quedaba menos para poder llamarla de nuevo. La semana anterior le había dicho que le habían retrasado el examen, así que tuvo que morderse la lengua y esperar a que pasaran los días. Se dijo que volvería a

reservar en Sorellina. La comida italiana era su preferida y le fastidió tener que cancelar el jueves anterior la reserva.

Pensando en cómo se desplazarían hasta allí, cayó en la cuenta de que no tenía coche. Nunca lo había necesitado, siempre iba en taxi o en metro, así era mucho más fácil escabullirse. Y, lo más importante, no había ninguna matrícula con la que se lo pudiera relacionar. Decidió no mentir, se moverían en taxi. Además, hasta que Jason no saliera de la cárcel, no lo iba a necesitar. Dudaba también que más tarde le hiciera falta porque, lo más probable, es que su jefe tuviera un vehículo con chófer y él fuera su «guardaespaldas». Ya se vería.

Tras hora y media corriendo por las calles de Boston, regresó a casa y se volvió a duchar. No tenía ningún mensaje. Eso significaba que, por el momento, tenía tiempo libre para hacer lo que quisiera. Llamó al restaurante y reservó para esa noche. Si tenía suerte, quizás podría cenar con ella al día siguiente también. Sonrió para sí, puesto que sabía la respuesta o, al menos, pensaba que la sabía.

A pocos kilómetros, Sarah entregó su último examen sonriendo. Lo más seguro es que consiguiera un sobresaliente, solo que, hasta ver su nota en el tablón, prefería no echar las campanas al vuelo. Miró el reloj: eran las doce y media pasadas. Cerca de tres horas y media escribiendo sin parar, pero, al fin, había terminado.

Cogió el móvil y llamó a sus padres, que le recordaron lo orgullosos que estaban de ella. Sarah quedó en ir a verlos en unas pocas semanas, primero debía terminar de arreglar el papeleo y asistir a las tres entrevistas de trabajo que tenía programadas. Además, quería poner orden en su habitación, que parecía que hubiera explotado una imprenta, puesto que todo estaba lleno de papeles y libros por todas partes.

Cuando colgó, llamó a Emma. No había hablado con ella en toda la semana, apenas habían compartido unos cuantos wasaps donde le daba ánimos para que siguiera estudiando.

Al tercer tono de llamada, descolgó.

—¡Hola, guapísima! ¿Cómo te ha salido el examen? —preguntó Emma con mucho interés.

—¡Hola, bonita! ¡Me ha salido... redondo! Ahora a esperar a ver la nota, pero creo que como mínimo un ocho y medio.

—¡Me alegro muchísimo! Oye, te tengo un notición. ¡Mi abuela se va a casar! —dijo riendo.

—¿En serio? ¿Con Andrew? Pero ¡si no me ha dado tiempo ni a conocerlo! —dijo Sarah, también riendo.

—Pues sí.

—¿Y para cuándo es la feliz unión?

—Ni idea. Que yo sepa, aún no han decidido la fecha. Ni que decir tiene que estás invitada —dijo con vehemencia. Sarah era su mejor amiga y tenía que compartir ese día tan bonito con ella.

—Yo ya me había auto invitado, pero está bien que lo digas de manera oficial. —Las dos se echaron a reír—. Em, te dejo, que voy a coger el coche, estoy destrozada. Me voy a casa a dormir las próximas treinta y seis horas.

—O no, porque lo mismo te llama otra vez ese mastodonte con el que almorzaste. ¿No le volviste a amenazar para que no te llamara hasta hoy?

—Pues sí, aunque dudo mucho que me llame. ¡Lo dejé plantado! —dijo con voz cómica—. No me anduve con tonterías; seguro que lo he espantado. Me fastidia porque besa como nadie. Aún me tiemblan las piernas con solo recordarlo, pero ya te contaré. Lo dicho, voy a coger el coche y para casita. Un beso, «hermanita».

—Eres demasiado. Oye, ¡si te llama después me lo cuentas! Y venga, para casa a descansar, otro beso más grande para ti —se despidió Emma.

Sarah sonrió. Entró en el coche e iba a arrancar el motor cuando el móvil volvió a sonar. Respondió sin mirar.

—No me digas que se te ha olvidado que voy a ser dama de honor y tengo que vestir de verde musgo.

—¿Hola? ¿Sarah? —preguntó Slab.

Ella miró el número y no lo tenía registrado. Al sonar la llamada, había dado por hecho que la que la volvía a llamar era Emma. Craso error.

—¿Sí? Dígame.

—Sarah, soy Abraham. ¿Te cojo en buen momento? —preguntó Slab sonriendo. Lo había confundido con otra persona y estaba hablando de una boda.

—Esto, sí, Abraham. Hola. Perdona por lo de antes, pensaba que eras mi amiga Emma. Acababa de colgarle el teléfono y creía que se le había olvidado decirme algo —explicó sintiéndose avergonzada.

—Entiendo, aunque que estarías muy guapa con cualquier color, incluso con el verde ¿musgo? ¿Has dicho eso? —preguntó divertido.

—Sí, verde musgo. Mi amiga y yo tenemos una broma entre nosotras sobre las damas de honor y el color de los vestidos. Ella es muy divertida. —Se regañó por su descuido. No pretendía decirle nada de Emma, pero con él parecía que no pudiera cerrar la boca.

—No lo dudo, pero yo estoy más interesado en saber qué tal te ha salido el examen y en que si quieres salir a cenar conmigo a Sorellina. Me encanta ese restaurante, así que he sido bastante optimista y de nuevo he reservado para cenar a las ocho y media. La semana pasada me diste un plantón, así que si me dices que no, engulliré toda la carta con cara de pena y, lo más probable, es que me dé una indigestión. No creo que quieras que llegue hasta ese punto, ¿verdad? —Slab se inventó una historia tan divertida que hizo que Sarah soltara una carcajada.

—¿Toda la carta? ¿Te ves capaz? —preguntó admirada.

—Creo que no, solo es para darte lástima.

—Que conste que no te di un platón. Me retrasaron el examen y no tuve más remedio que seguir estudiando.

—Lo sé, pero menudo bajón. Bueno, dime, ¿qué tal te ha ido?

Sarah sonrió.

—Bastante bien. Creo que tengo posibilidades de un notable alto, o incluso puede que llegue a rozar el sobresaliente. Estoy muy contenta, aunque ahora toca esperar —contestó agotada—. Bueno, con respecto a la cena. Nunca he ido a ese restaurante, aunque sé que es bastante caro.

—Te he llamado porque quiero invitarte, así que no pienses siquiera que vas a pagar. En ningún momento he dicho «vamos a cenar y que cada uno se pague lo suyo». No, ni hablar. Soy un caballero. —Al decirlo en voz alta, hasta el propio Abraham se sorprendió.

«¿A qué viene eso?», se preguntó. Y es que jamás había sido un caballero hasta que la conoció a ella. «¿Qué cojones está haciendo esta chica conmigo?», se quejó y después recuperó el hilo de la conversación.

—Te estoy invitando a salir. Eso significa que tienes que ponerte muy guapa, yo hacer lo que pueda, te recojo y vamos a cenar. Olvida el precio, solo disfruta del momento —dijo, tratando de convencerla.

—Vaya, sí que tienes labia. De acuerdo. ¿Dónde quedamos?

—Me encantaría poder recogerte en tu casa, pero en vista de que no te fías aún de mí, ¿qué tal te parece si vienes a la mía y así no sé dónde

vives? ¡Ah! Pero nada de entrar. Nos vemos en la puerta, que soy muy tradicional —contestó, riendo por lo bajo al darse cuenta de la cantidad de tonterías que estaba inventándose para acercarse a la amiga del objetivo—. Otra cosa, no tengo coche. Por mi trabajo, no lo necesito; siempre me muevo en taxi. Si lo prefieres, ven en uno y yo pago la carrera. —Se lo estaba jugando todo a una carta, ya que, cuando le diera la dirección, no iba a poder creerlo.

—Si quieres puedo llevar mi coche. Está un poco viejo, pero aún se mueve —respondió Sarah.

—No, mejor en taxi. Así no nos tenemos que preocupar del aparcamiento. A ver, ¿tienes para anotar mi dirección? —preguntó Slab.

—Sí, espera. —Sarah abrió el bolso, cogió una pequeña libreta y un bolígrafo—. Ya, dime.

Slab comenzó a dictarle la dirección y los ojos de Sarah se abrieron por completo: era su calle.

—... El número cuarenta. Como verás, está muy cerca del Starbucks donde te conocí, ese día acababa de comprarla. Es una casita de dos plantas muy bonita, ayer terminé de instalarme. Aún faltan por venir algunos muebles para las habitaciones de invitados, pero la mía está acabada. Cuando ya tengas confianza en mí, te dejaré que pases a verla; ha quedado muy bien. La cocina ya estaba remodelada, al menos eso me lo he ahorrado. Bueno, ¿te parece bien venir sobre las siete y media y así tomamos algo antes de cenar?

Sarah se quedó callada un instante, incapaz de asimilar lo que le había dicho.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Esperaste a que saliera y me seguiste? Yo no he visto ninguna mudanza ni nada. Te lo voy a pedir una sola vez: dime la verdad o te cuelgo —dijo muy cortante.

Le había dado la dirección de la casa de al lado. O estaba de broma o era mucha casualidad. Sarah no estaba para oír ninguna tontería, así que Slab dijo gran parte de la verdad.

—Yo no sé dónde vives. El sábado que te conocí había quedado con una agente inmobiliaria para ver la casa. Me gustó tanto que decidí comprarla. Incluso mejoré el precio porque me parecía una zona muy buena. Voy a estar en Boston un tiempo. Si más adelante me mudo, la venderé. ¿A qué viene esta pregunta? Yo no te he seguido a ninguna parte. —«Solo a la universidad. Ah, y me he colado en tu casa», pensó con

ironía—. Cuando terminé de hacer el trato, vi el Starbucks y fui a desayunar. Tú atendías la barra y hasta ahí lo que yo sé.

—No me lo puedo creer. ¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó impresionada y molesta a partes iguales.

—¿En serio? Pues claro, vivo aquí. ¿Qué pasa? —Se hizo el extraño.

—Pasa, que somos vecinos. Mi casa es la de al lado, el número cuarenta y dos —respondió ella.

—¿Estás de broma? —disimuló sonriendo para sí.

—No. De hecho, voy para allá.

—Vale. Bueno, para que veas que no te miento, aquí estoy. Me voy a ir a la puerta y a sentarme fuera hasta que llegues —respondió Slab.

—De acuerdo. Ahora te veo y hablamos. Te cuelgo, que mi bluetooth se desconecta del coche cuando quiere.

—Hasta ahora, Sarah.

—Sí, hasta ahora —dijo y colgó.

A ella el hecho de que Abraham viviera puerta con puerta le pareció una casualidad demasiado forzada. Al menos Emma estaba en Washington y no volvería en varias semanas. Tiempo suficiente para intentar averiguar si su nuevo «amigo» era quien decía ser.

Pasados unos minutos, entró en la calle y condujo por delante de la casa. Lo vio sentado de manera relajada en los escalones, consultando el móvil. Él levantó la cabeza y, cuando la vio pasar, se puso de pie. Después, la saludó con la mano. Ella dibujó una ligera sonrisa. Siguió despacio hasta encontrar un aparcamiento. Recogió sus cosas y caminó hacia él, que la estaba esperando en la puerta de su casa.

—Hola —dijo Slab.

—Hola. No mentías —dijo, señalando con la mirada la casa de él.

—No, ¿por qué iba a hacerlo? —preguntó, fingiendo sorpresa.

—Eso digo yo. Entonces eres mi vecino. Curioso. —Fue el único adjetivo que se le ocurrió ante la situación en la que se encontraba.

Abraham sonrió al oír su respuesta. La había sorprendido y mucho. No podía adivinar si la situación le estaba gustando o no a su nueva amiga, la cara que tenía era la de no mostrar ningún tipo de sentimiento. De pronto, recordó a los jugadores de póquer y una canción de Lady Gaga se le vino a la cabeza. Jason no había parado de cantarla todos los malditos días en la cárcel desde que su abogado le había traído un iPod Touch para escuchar

música. Sí, Jason gozaba de muchos privilegios en un lugar donde, en teoría, no debería haber tenido ninguno. Ventajas de ser el hijo de un hombre rico y poderoso.

—Qué rara coincidencia, ¿verdad? —respondió él, esperando poder leer su mente.

—¿En serio? ¿Eres de los que creen en las coincidencias?

—Está claro que sí, si no, ¿cómo definirías esto? —dijo, señalando ambas casas.

—Tienes razón —mintió Sarah, manteniendo una sonrisa falsa—. Lo peor de esto es que no podré mentirte diciendo que llego tarde por el tráfico.

Los dos se echaron a reír. Slab se quedó satisfecho con la respuesta. Ella, en cambio, supo que tenía que salir con él esa noche para averiguar más. Después de esa cena hablaría con Emma.

—¿Quedamos entonces para cenar? —preguntó con cautela.

Aunque Sarah sonreía, él sabía que esa sorpresa no le había gustado nada, y estaba empezando a dudar de que ella quisiera seguir adelante con la cita.

—Sí, claro. Pero recuerda que tú tampoco puedes poner una excusa diciendo que llegas tarde por el tráfico.

Y volvieron a reír.

—¿A las siete y media? —confirmó Abraham.

—A las siete y media. Ahora me voy a ir a dormir, estoy muy cansada. El examen me ha agotado —volvió a mentir.

Todo el cansancio que tenía había desaparecido en cuanto lo había visto sentado en la puerta sin ningún tipo de preocupación.

—Es verdad, duerme un poco. Nos vemos luego.

Slab se acercó y le dio un beso en la mejilla.

A Sarah no le gustó nada cómo, de forma repentina, los latidos de su corazón se habían incrementado de manera exponencial y no se debían a ese beso. Aquel hombre no era quien decía ser, y ella no se iba a quedar sentada esperando a que algo que había estado evitando su amiga durante años se convirtiera en realidad.

Le dedicó una gran sonrisa y entró en su casa. Necesitaba dormir un par de horas para poder aclarar las ideas.



Eran poco más de las seis cuando Katharine volvió con Andrew. Emma seguía en la piscina y sonrió al verlos entrar.

—Qué pronto habéis vuelto. ¿Qué tal el almuerzo? —preguntó, incorporándose en la tumbona.

—Muy bien. Hemos comido como si no hubiera un mañana, todo estaba riquísimo. Te tenemos que llevar allí. Yo no lo conocía, está en el hotel Hay-Adams, el restaurante se llama El Lafayette, muy cerca de la Casa Blanca. Me ha encantado, ¡pero seguro que he engordado dos kilos! —Se echó a reír y Emma la siguió.

—Kat, eres muy exagerada. No ha comido tanto —respondió Andrew, mirando a Emma—. La verdad es que el restaurante es excelente. Me lo había recomendado un paciente, y tengo que reconocer que no se equivocaba al alabar al chef. Todo estaba exquisito.

Emma sonrió, Andrew ya llamaba a su abuela por su diminutivo. Eso le gustó mucho más de lo que esperaba.

—Bueno, abuela, ven aquí —dijo moviendo la mano para indicarle que se sentara a su lado—. Por favor, cuéntame cómo fue la pedida, ¡que llevas dos días escabulléndote de mí y no puedo esperar a saberlo con todo lujo de detalles!

Andrew y Katharine se echaron a reír.

—Voy a la cocina por algo fresco, ¿os apetece algo? —preguntó él.

—Té helado, amor.

—Yo también, gracias. Venga, siéntate aquí —dijo, señalando de nuevo la hamaca de al lado—, y cuéntamelo todo.

—Vamos a ver. Sonó el despertador a las ocho de la mañana. Me extrañó, ya que yo no lo había puesto a esa hora. Bueno, al no ver a Andrew en la habitación, me puse la bata y bajé. Me quedé con la boca abierta al ver todas las flores y el camino de rosas —dijo, uniendo sus labios. Tenía los ojos brillantes de la emoción—. Me quedé maravillada, así que anduve por él hasta llegar al jardín. Andrew estaba esperándome con una preciosa sonrisa que no olvidaré jamás. Cuando me vio, vino hacia mí. Se arrodilló y abrió el estuche con el anillo. —Katharine sonrió y se le escapó una lágrima de felicidad—. Me dijo que su corazón volvió a latir el día que me vio entrar en urgencias y que, desde entonces, no concebía estar ni un día sin

mí. Que le iba a hacer el hombre más afortunado del mundo si aceptaba casarme con él. Y solo pude responder «sí».

Emma tenía lágrimas en los ojos. Con el mismo gesto de su abuela uniendo los labios, se levantó y la abrazó.

—Abuela...

Cuando Andrew llegó con las bebidas, se quedó muy confundido.

—Pero ¿qué os pasa? —preguntó extrañado.

Emma se levantó y fue a él. Le quitó la bandeja que llevaba, la puso encima de la hamaca y, para su sorpresa, lo abrazó.

—¿Y esto? —preguntó, devolviéndole el abrazo.

—Le he contado la pedida de mano —aclaró Katharine.

—No sabía que eras tan romántico, Andrew. ¡Cómo me alegro de que os hayáis encontrado! Ha sido una pedida de mano preciosa.

—Gracias, hija. No podía dejarla escapar. Es la mujer de mi vida —respondió, besando a Katharine en la sien.

—Y tú eres el hombre de la mía —dijo ella, dándole un ligero beso en los labios.

Emma cogió un vaso con té y bebió un sorbo.

—Bueno, ¿habéis pensado ya la fecha para la boda? ¿Y los invitados? ¡Ah! ¿Y dónde queréis celebrarlo? ¿Y cuántas damas de honor vas a llevar? —Estaba como una moto, no paraba de hacer preguntas.

Andrew se echó a reír. Cogió un vaso de té helado, se lo ofreció a Katharine. El último se lo quedó para él.

—Emma, ¡para! No hemos pensado nada. No tenemos prisa. La semana que viene haremos una lista de los sitios que más nos gustan e iremos a verlos, pero sin prisa. Según las fechas que haya libre, podremos decidirnos —dijo para tranquilizarla—. En cuanto a los invitados, pues tú, Sarah, los hijos y nietos de Andrew y unos cuantos amigos. Nos apetece algo íntimo. Vosotras dos seréis mis damas de honor.

Emma soltó una carcajada. Era de lo que había estado hablando antes con Sarah. Vestidos de color musgo le vinieron a la mente.

—Por favor, dime que los vestidos no serán de color verde —suplicó Emma.

—¿Verde? ¡Qué horror! No, para nada. Me gusta el color rosa claro o malva. Hemos pensado en un almuerzo, así que nada de vestidos largos y pomposos. Algo sencillo, cómodo de llevar y con lo que estéis magníficas

—dijo sonriendo a su nieta, sujetándole con cariño la mejilla. Se acercó y le dio un beso.

—Bueno, es tu día. Tú eres la protagonista. Quiero decir, ambos lo sois —aclaró Emma.

—No, hija, lo has dicho bien. Kat es la protagonista. Y va a ser la novia más bonita de todos los tiempos —dijo él emocionado.

—Gracias, amor. Bueno, mañana viene tu «amigo» y William —dijo, aplaudiendo tal y como hacía Emma—. ¿A qué hora llegan?

—Por la tarde. Cogen el mismo vuelo que yo. Veamos, si salen sobre las tres, entre que van a hotel y después Alan viene hacia aquí... Yo creo que llegará entre las seis o siete de la tarde.

—Perfecto, así nos vamos de compras y de peluquería por la mañana para ponernos muy guapas —dijo Katharine.

—De verdad que no te reconozco. Jamás habíamos ido de compras, ni salido tanto. Me gusta tu nuevo yo —respondió Emma, que se sentía muy feliz con ese cambio.

—Dale las gracias a Andrew, ha sido todo obra suya.

—Pues muchas gracias, Andrew. Me encanta cómo se siente ahora mi abuela, y yo también —se sinceró Emma.

—Todo un placer.

La noche se fue acercando y decidieron entrar en la casa para cenar.



A casi setecientos kilómetros de allí, Collin llegó a la puerta del restaurante donde había quedado con Will. Su primera cena. Esperaba que fuera la primera de muchas.

Este se iba fuera a trabajar todo el fin de semana, cosa que le había fastidiado, ya que descansaba el domingo. Pero entendía que el trabajo era lo primero, y por eso había quedado con él un jueves después de dieciocho horas de trabajo. Le apetecía mucho verlo antes de que se fuera a Washington.

Will llegó vestido con una chaqueta azul marino muy oscuro, una camisa blanca, pantalones vaqueros, con una pequeña abertura en la rodilla derecha y zapatos negros. Collin lo había escaneado de arriba abajo. Subió de manera imperceptible la comisura derecha y esperó a que se acercara.

El diseñador estaba muy nervioso, pero cuando lo vio esperándolo en la puerta del restaurante todas sus dudas desaparecieron. Ni siquiera se fijó en su ropa. Solo pudo ver el amago de sonrisa de Collin y tuvo que tragar saliva. Sin pensarlo siquiera, bajó un poco la mirada y sonrió. Sí, se había enamorado por primera vez, y merecía la pena descubrir el resto.

—Hola —dijo despacio, sintiéndose algo fuera de lugar.

—¿Qué tal? —respondió Collin.

—¿Entramos? —Will no sabía qué más añadir. Pensó que tras una buena copa de vino su labia volvería a ser la de siempre.

Entraron y el metre los acercó a la mesa que Collin había reservado. Les ofreció la carta de vinos y la del menú.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —preguntó el cirujano, mirando la carta.

—La verdad es que no, y es un local muy bonito. A ver qué tal la comida. ¿Tú has venido antes?

—No, lo busqué por internet y me gustó. Tengo un hambre atroz. ¿Qué te apetece comer? —Collin estaba pendiente de la carta, pero la imaginación de Will estaba en otro sitio.

—¿Eh? Mejor no me preguntes —dijo con sinceridad, mirándolo.

El médico levantó los ojos del menú y vio cómo lo estaba observando Will. Se echó a reír y continuó con lo que estaba haciendo.

—Debes aprender a relajarte. Te veo muy tenso —se burló.

—Voy a elegir un buen vino porque veo que estás decidido a tenerme a dos velas, así que empaparé mis quejas y mi frustración en alcohol. ¿Qué te parece el Château Cos d'Estournel 2ème Cru Classé? —preguntó Will, quería un buen vino para suplir carencias.

—Pero ¿tú has visto el precio? ¡Son ochocientos dólares! ¿Te has vuelto loco? —respondió Collin en voz baja.

—Invito yo, ni te preocupes por los precios. Estoy cansado, cachondo, frustrado y... da igual. —Will le hizo una señal al camarero, que tomó nota del vino—. Voy a mirar la carta a ver qué pido —dijo refunfuñando.

Collin se echó a reír. Nunca había causado tal efecto en nadie y le sorprendió que, precisamente a Will con su manera de ser, le hubiera puesto su mundo del revés.

—La cena la pagamos a medias, y deberías saber que el mal humor provoca arrugas prematuras —dijo, aguantándose la risa.

—La cena la pago yo, y en este momento las arrugas me importan menos que un pimiento. —Will metió la cabeza en el menú, sintiéndose tal y como había dicho Collin: malhumorado y algo quejicoso. Enamorarse no era tan divertido como se lo habían pintado—. A ver, de entrantes podemos pedir el paté de hígado de pato con mermelada de cebolla roja, arándanos y baguette tostada y, también, los ñoquis de patata, champiñones, uvas verdes con nueces al curry y cebollas de perla en un fricasé de cítricos. ¡Joder, menudo nombre para un plato! —se quejó sin paciencia.

Collin no pudo evitarlo y soltó una carcajada.

—Will, deja de mirar la carta, por favor. —Su cita le hizo caso y él le sonrió—. Jamás nadie se había molestado tanto por no estar conmigo o por estar, según lo mires. De verdad, me siento muy halagado y... —Collin aguantó una sonrisa— creo que no tiene sentido esperar más. Así que, por favor, ¿podemos cenar tranquilamente y después te llevo a mi casa? Tengo hambre, estoy cachondo y, por culpa de esa botella de vino, creo que no voy a poder resistirme. ¿Aclarado? ¿Podemos pedir ya, por favor?

El diseñador comenzó a reír y la mayoría de los comensales lo imitaron, tenía una risa contagiosa entre felicidad y nerviosismo. Cuando consiguió parar, asintió y llamó al camarero.

—Cachondo, ¿eh? Eso está bien —dijo en voz baja.

—¿No te lo había dicho? Eres muy tentador —se burló Collin.

—Oye, ¿tú no eras abstemio?

—Yo no he dicho que vaya a beber. Aunque tengo que reconocer que me ha excitado muchísimo tu interés en ahogar las penas por mi culpa, pero no se te vaya a ocurrir emborracharte.

Will digirió despacio tras las palabras de Collin.

—Y yo he de reconocer que en mi vida había esperado más de una hora para... ya sabes. Yo soy más de «hola y adiós». —Will gruñó de forma graciosa—. ¡Maldito irlandés! ¿Por qué a mí?

—Porque te desmayaste la primera vez que te vi, y eso fue lo que me enamoró de ti —se burló.

—¿Enamoró? Espera, creo que me voy a pedir de primero el lomo de cordero especiado de Colorado y salchicha de cordero con arándanos, berenjena japonesa, caponata de berenjenas carbonizadas y puré de ajo al aceite de hierbas. —Will comenzó a reír—. Es que no puedo, ¿se puede ser más pretencioso poniendo el nombre de los platos? Esto es la leche.

Collin sonrió, pero se mantuvo callado. Le había dicho la verdad, que un maldito irlandés se había enamorado de un maldito medio inglés medio italiano, y él solo pensaba en la comida. «Menuda decepción», pensó mientras lo miraba.

—Desde luego —contestó sin ningún interés. Will le había dado un portazo en la cara, y ahora la idea de llevarlo a su casa no le parecía tan buena.

—No me has contestado —dijo el diseñador sin quitarle ojo al menú. Sabía que su cita se había molestado. Collin había hablado de sentimientos, mientras que él le había respondido mofándose del nombre de un plato.

—¿A qué? —preguntó sin dejar de mirar el menú. No estaba para ninguna tontería más.

—Te he preguntado de forma sutil si que me desmayara fue lo que te enamoró... de mí. Sé muy bien lo que te he dicho, Collin, solo es que también tengo hambre. Además, acabo de caer en la cuenta de que tu respuesta va a ser crucial para saber si al final de esta cena voy a tener el postre que deseo más de lo que nunca he deseado nada en toda mi vida —respondió Will, sonriendo con satisfacción. Después, cerró la carta y lo miró expectante.

Collin, bastante complacido, volvió a mirar la carta.

—Creo que ya me he decidido. Voy a pedir el lomo de atún a la plancha acompañado de berberechos, zanahorias con grasa de pato, hinojo, puré de lima kaffir con berros y rábano de sandía. Me ha conquistado el nombre. —Bebió un poco de agua de la copa que había rellenado el camarero al principio de la velada, mirándolo a los ojos.

Will también sonrió. Era un duelo de titanes y, esta vez, no pensaba perder. Cogió también su copa de agua y bebió un sorbo.

El camarero llegó con la botella de vino y la abrió sin florituras. Le sirvió un poco en la copa y Will, tras degustarla, dio su aprobación. Iba a rellenar ambas copas, pero Collin tapó la suya a la vez que lo rechazaba. El camarero asintió y solo rellenó la de Will. Dejó la botella en la cubitera y fue a por los entrantes, que trajo en menos de dos minutos.

—¿Saben lo que van a tomar de cena? —preguntó de forma educada el metre. Will le indicó los platos elegidos y este se fue de inmediato a pedir la comanda.

Comenzaron a devorar los entrantes sin hablarse, ninguno sabía qué decir. La pregunta de Will aún seguía en el aire. Al final, el primero en romper el silencio fue Collin. Se había divertido bastante viéndolo devorar el paté con la baguette y engullir los ñoquis. No hacía falta seguir en esa línea y decidió aclarar su duda.

—Sí —respondió sin añadir nada más, mientras masticaba despacio un trozo de baguette.

—¿Sí, a qué? —Ahora era Will quien no sabía de qué hablaba. Había empezado a comer y casi había olvidado todo lo demás. Degustó satisfecho otro sorbo de aquel maravilloso vino que, desde luego, valía cada dólar. Era delicioso.

—A tu pregunta. Sí que me enamoré de ti cuando hice la broma sobre amputar la mano de Alan. Ver cómo te lo tomabas y que después que te desmayaras, creo que es lo más sexy que he visto en mi vida. ¿Sabes que lo haces como un auténtico actor de Hollywood? Aunque tú lo hiciste sin fingir, claro —puntualizó Collin.

—Creo que no he oído bien —respondió con los ojos muy abiertos.

—Yo creo que sí, pero no das crédito. Son dos cosas muy distintas. —El traumatólogo cogió su copa de agua para beber un poco más. Trataba de parecer tranquilo, pero tenía las pulsaciones a mil.

Will dibujó una sonrisa. Nunca nadie le había hablado de amor. De sexo sí, todo el tiempo, pero jamás de sentimientos. Estaba algo confundido, claro que iba por la segunda copa de vino y pensó que ese podía ser parte del problema. Decidió beberse toda el agua y masticó despacio un poco de pan para bajar el aturdimiento.

—¿De verdad te has enamorado de mí? —preguntó sin la intención de que le regalara los oídos. La razón era mucho más simple: no se lo podía creer.

—Sí, un poco. Eres muy interesante, pero creo que esa media melena rubia, incluyendo tus ojos de color azul profundo, han sido los culpables. Sí, sin lugar a duda —respondió, sintiéndose bastante nervioso.

Collin se reprochó por haberle hecho ese tipo de confesión, ya que apenas lo conocía. «¿Cómo he sido capaz de soltarle que lo quiero?», pensó agobiado. Y tuvo que reconocer que lo había hecho porque así era. Se había enamorado de él en un tiempo récord, y no lo podía controlar. Aunque la verdadera razón era que no lo quería controlar.

—¡Maldito irlandés con suerte! —se burló el diseñador—. Brindemos, porque, por primera vez, estamos de acuerdo en algo.

Collin sonrió asintiendo y brindó con él. Will acababa de decirle que sentía lo mismo. De postre, pidieron café. Después, Will pagó la cuenta como había amenazado que haría y salieron del restaurante.

—Bien, ¿vamos a mi casa? —preguntó Collin.

Will se le quedó mirando un instante antes de darle la última respuesta que esperaba oír su cita.

—No, ni a la mía tampoco —dijo despacio—. Me gusta lo que estoy sintiendo ahora mismo, y puede que el sexo estorbe un poco en este momento. Quiero conocerte mejor, y no me refiero solo a tu cuerpo. —Collin sonrió, por fin había entendido sus razones. Will apoyó los brazos a ambos lados del cuerpo y negó con la cabeza—. No me puedo creer que yo vaya a decir esto, pero prefiero esperar. ¡Solo un poco! ¿De acuerdo? —Levantó ambas manos en señal de que no se le ocurriera alargar el tiempo más de lo necesario.

—Sí, Will. Solo un poco.

—Vuelvo el domingo por la tarde. Si quieres, podemos vernos. Te mando el vuelo y así ves a qué hora llego.

—Me parece perfecto. Otra cosa, ten cuidado con lo que haces en Washington, ¿de acuerdo? —medio amenazó.

—¿Monogamia? —preguntó Will muy extrañado.

—Mírame bien. ¿Quieres monogamia o no? —dijo Collin, ladeando un poco la cabeza mientras se señalaba a sí mismo con ambas manos, derrochando vanidad.

Will rio con ganas. Sabía que era un hombre extraordinario y, aunque le fastidiara muchísimo admitirlo, guapo a rabiar. «Voy a tener que atarlo muy corto», pensó.

—Quiero. Y no se vaya a ocurrir decirme que has conocido en este fin de semana a otro o no respondo de mí.

No le dio tiempo a decir ni una sola palabra más, Collin lo sujetó de la nuca y le dio un beso abrasador cargado de explícitas intenciones.

—Es que no podía seguir sin besarte. Pero he de confesar que no me gusta hacerlo en público. La gente dice que nos acepta, aunque la triste verdad es que la mayoría no lo hace. Yo quiero mantener mi intimidad a salvo. Sé que nadie tiene derecho a juzgarme, pero prefiero sacrificar esa

parte de mí antes que volver a pasar por el infierno que viví en Irlanda —se sinceró Collin.

—Tranquilo, mi intimidad también es mía. Entiendo lo que dices, aunque no debería ser así. Cada vez la gente está más abierta y receptiva a ver a dos hombres besándose, pero, tranquilo, si no te sientes cómodo, lo haremos en un sitio privado —respondió con pena.

Collin sonrió y volvió a besarle.

—¿Y esto? —preguntó Will, confundido entre sus palabras y actos.

—¡Qué se joda el mundo! Me muero por besarte y nadie debería señalarme por enamorarme de una persona tan maravillosa como tú.

Se devoraron el uno al otro con la suerte de que no había nadie fuera del restaurante. Así que, en cierto modo, lo hicieron en privado.

—¿Has traído coche o te llevo?

—Me voy contigo, vine en taxi después de terminar una reunión que he tenido en el centro —aclaró Will.

—Estupendo, pues vamos.

Sin cogerse de la mano, llegaron al coche. El aparcamiento estaba vacío, así que, antes de arrancar el motor, Collin volvió a saborear aquellos labios de los que se había enamorado perdidamente. Will respondió, entregando algo que jamás pensó que podría: su corazón. Y pese a estar muerto de miedo, no dejó de saborear el aliento de Collin, que encendía cada fibra de su ser con cada incursión a su boca. Compartieron fuego, deseo, anhelos. Un amor que se estaba forjando a marchas forzadas, pero que a ninguno de los dos pareció importarle lo más mínimo.

Tras el último beso, Collin salió del aparcamiento convencido de que él no era el único que iba flotando dentro de su coche.

CAPÍTULO 34. todo se tuerce

Viernes

Alan se despertó emocionado y lleno de energía. Iba a visitar a Emma y a conocer a su abuela. Sabía que se estaba arriesgando demasiado, ya que nada le garantizaba que no lo reconociera. Aunque también sabía que, tarde o temprano, sucedería. La bola de nieve estaba rodando cuesta abajo y ya no podía ni quería detenerla.

Eran las ocho menos cuarto de la mañana cuando llamó a su abogado, Adam Price. La balanza de la justicia se había decantado una vez más hacia el lado equivocado, y estaba a punto de averiguar por qué.

—Hola, Adam. ¿Qué tal? —preguntó como siempre.

—Buenos días, Alan —respondió el abogado muy serio—. Lo sé, lo sé. Debería haberte llamado antes, pero he estado muy ocupado con un caso de divorcio. Deja que mire la agenda. Sí, podemos vernos esta mañana antes de clase si te viene bien. ¿Dónde siempre?

—Claro, por mí bien —fue lo único capaz de responder ante la frialdad de su tono. Pero, por encima de todo, por el significado de sus palabras—. Nos vemos en una hora.

—De acuerdo —confirmó Adam.

Cuando Alan colgó la llamada, un sudor frío le recorrió la espalda. Su peor pesadilla se había cumplido. Ahora tocaba posponer algunos planes y enfrentarse a algo que llevaba evitando casi una vida. Su abogado conocía el plan a seguir. La pregunta que no paraba de repetirse una y otra vez era si estaría dispuesto a hacerlo. En una hora saldría de dudas.

Tras ducharse a toda prisa, eligió un traje de chaqueta. Fue a la cocina y se hizo un café doble solo para despejarse, ya desayunaría en el trabajo. Lo pensó mejor y decidió continuar con su rutina: tenía que parecer que nada era distinto.

Cogió la maleta que había preparado la noche anterior y se aseguró de llevar los billetes. Dejó el equipaje en el maletero y condujo para ir a donde no quería. Se repitió una y otra vez que debía mantener los nervios a raya para no correr como alma que lleva el diablo. Como cada viernes

desde que volvió de Londres, se pasó por su pastelería preferida *Philly Pretzel Factory* a comprar algo para desayunar. Era crucial que pareciera tranquilo, sin tener ningún tipo de sospecha.

Al dirigirse al punto de encuentro en la entrada del parque The Arnold Arboretum en la Universidad de Harvard, sintió con todas sus fuerzas que no quería tener esa conversación; pero sabía que debía hacerlo.

Aparcó en el primer sitio libre cerca de donde tenía su cita. El lugar era precioso, muy concurrido y con muchas salidas.

Llegó antes de tiempo, por lo que se sentó en un banco con bastante despreocupación. Al momento, apareció su abogado y se saludaron. Habían elegido ese lugar en concreto hacía mucho. La principal razón había sido porque Adam iba casi todos los días, así no levantaría sospechas. Primero, el sitio elegido los hacía estar bien visibles y, segundo, nada alrededor obstruía la posibilidad de que pudieran oír la conversación. Estaba seguro de que alguien los estaba siguiendo, pero necesitaba saber con urgencia lo que iba a decirle Adam. Abrió la bolsa pequeña de papel marrón que llevaba en la mano y sacó un enorme pretzel salado.

—¿Te apetece la mitad? —dijo Alan despacio para que se pudiera entender a la perfección.

El letrado estaba histérico. Su trabajo consistía, desde hacía bastante tiempo, en resolver casos sencillos que le reportaban escandalosas sumas de dinero. De su vida anterior, aquella en la que aceptaba casos difíciles para crearse un nombre, conservaba como cliente a Alan. De modo que allí estaba, jugándose la vida y la de su familia por honor y el juramento a una larga amistad nacida muchos años atrás.

—Pero ¡tú has visto mi tripa! —Simuló una risa y se frotó la prominente barriga—. No, gracias. Chloe me echaría un larguísimo sermón y me obligaría a subirme en la cinta de correr un mes seguido si me viera con eso en la mano.

Los dos se echaron a reír, mitad por la conversación, mitad por los nervios.

—Hace un día estupendo —continuó Alan. Todo debía ser como siempre, como si no supiera que la vida de muchas personas dependía de esa conversación y de su capacidad de guardar las apariencias—. Bueno, Adam, cuéntame, ¿cómo sigue el caso de Jason? ¿Se sabe algo de la apelación? ¿Su abogado ha aportado algo nuevo? —dijo, dándole un gran bocado al enorme pretzel.

—Por ahora todo sigue igual, puedes estar tranquilo. La nueva apelación que hizo en marzo sigue su curso, pero no ha habido ningún avance. No van a lograr nada con esta tampoco. Estáis a salvo. Sigue con tu vida, que yo te mantengo informado. —El abogado asintió y sonrió de manera forzada.

Alan simuló un gesto de alivio y le devolvió la sonrisa.

—Gracias, Adam. ¿Qué haría yo sin ti?

—¡Ser más rico, seguro! —Se echaron a reír los dos—. Por cierto, he quedado con Al esta mañana —comentó el abogado con el corazón en la garganta.

—¿Sí? Vaya, hace mucho que no lo veo. Dale recuerdos de mi parte.

Alan ya no sabía ni cómo sentarse. Al no existía, solo era un nombre en clave rememorando a Al Capone, uno de los gánsteres más importantes de toda la historia. Eso significaba que alguien había ido a visitar a Adam y que lo había amenazado. Jason no se andaba con tonterías. Ya solo le quedaba algo por saber, y no pudo esperar más para preguntarlo.

—Por cierto, cambiando de tema, ¿dónde os vais de vacaciones este año? Te aconsejo que mantengas contenta a Chloe ¡o tu vida será un infierno! —bromeó sin saber cómo.

—Estamos sopesando varios destinos, pero ya sabes cómo son las mujeres, no son capaces de decidirse. —«Allá vamos», pensó Alan—. Habíamos pensado ir a París, Londres o Egipto —contestó Adam, forzando de nuevo una sonrisa. Acababa de informarle de lo que estaba ocurriendo. Ya no había vuelta atrás, y en los próximos días sabría con certeza si lo habían descubierto.

—¡Joder! —Se le escapó sin poder evitarlo. Después se echó a reír con preocupación, pero consiguió mantener el tipo. Tras inspirar profundamente, siguió con la conversación de forma fluida y sin inflexiones notables—. Con lo que te pago, creo que la podrías llevar a todos los destinos que ha elegido. Espera, ¡podríais hacer un combo! O la vuelta al mundo, seguro que le encantaría.

—Pero ¡no le vayas a dar ideas, que me arruina! —Rieron los dos lo más distendido que sus nervios les permitieron.

—¿A qué hora te toca la clase?

—En una hora, pero tengo que corregir algunos trabajos. Por eso he quedado contigo antes.

Adam tenía su propio despacho de abogados y una fortuna considerable, pero no había podido renunciar a algo que le encantaba: la docencia, aunque solo daba clases un par de horas al día. No lo hacía por el dinero, ni por el prestigio, era por amor a la enseñanza. Sin embargo, ese día no sabía cómo iba a poder decir una palabra en público cuando tenía el intestino rodeando su garganta.

—Yo también me voy al despacho. He de reunirme con el decano y luego he quedado a comer con Tom —concretó Alan.

—Está bien —dijo Adam, levantándose a la par de su cliente—. Dale recuerdos a Tom y cualquier cosa te llamo por teléfono —concluyó, despidiéndose—. Qué tengas un buen día, Alan.

—Gracias. Tú también, Adam.

Alan se dirigió al aparcamiento y el abogado hacia su despacho. Ninguno vio que, desde un banco cercano oculto tras un seto, Slab apagaba el altavoz que había cubierto con una sudadera para disimular. Se levantó y se fue satisfecho, ya que había conseguido grabar la conversación completa. Había seguido al abogado. Tras escucharlo, quedó muy complacido porque no había dicho ni una sola palabra. Así se lo transmitiría a Jason.

El sicario no podía imaginar que Alan y su abogado habían ensayado esa conversación y la puesta en escena durante años. Aunque llevarla a cabo no había sido tan sencillo como pensaban, lo habían conseguido. Nadie debía sospechar nada, pero todo estaba comprometido.

Llegó a su coche y se lamentó de no poder hacer nada más. Debía volver al MIT y seguir con su agenda. «Menos mal que voy a comer con Tom porque todo se acaba de ir a la mierda», se dijo. Después pensó un instante cómo sería la vida sin tener que preocuparse de un asesino perturbado cuya única misión era destruir todo lo que tocaba. En su mente imaginó cómo sería llegar a ese momento, y se perdió en un final feliz con Emma. Sin embargo, la realidad era la que era y no otra. Volver a ella hizo que su irritación creciera. Sin duda, los demonios sacan lo peor que hay dentro de cada uno. Subió al coche sin parar de repetir lo mismo una y otra vez: «¡Maldito Jason!».



El timbre de la puerta sonó y Katharine fue a ver quién era tan temprano. Un mensajero llevaba una caja dirigida a ella, el remitente era de su abogada. «El sumario», pensó. Firmó la recepción y cerró la puerta. Emma se acercó para ver quién era.

—¿Y ese paquete, abuela? —preguntó.

—Es para ti, cariño, de Haven. Seguro que es el sumario —respondió, dándole la caja.

Emma asintió.

—Voy a dejarla en mi habitación —dijo con cara de circunstancia. Había sido ella la que quería saber, y ahora tenía la oportunidad de hacerlo.

—Vale, cariño. Desayunamos y nos vamos a la peluquería. Tenemos cita a las diez y media —comentó Katharine.

—Sí. Ahora bajo.

Emma subió con la caja y entró en su habitación. No pudo resistirse y la abrió. Había una nota que indicaba que era el sumario del caso y que, ante cualquier duda, la llamara. La dejó encima del tocador y sacó una enorme carpeta. Leyó la primera página, solo indicaba el número de caso y el nombre de las implicadas. No pudo seguir y la dejó en el sillón. No iba a ser tan fácil como había imaginado en un principio. Alan llegaba ese día, de modo que prefirió esperar a que se fuera para ponerse al día. No tenía ganas de saber nada en ese momento. Cogió la caja y bajó con ella para reciclarla. Acto seguido, se sentó en la mesa y comenzó a desayunar con su abuela, hoy no quería ni necesitaba remover el pasado.



Cuando Alan condujo hasta su aparcamiento del MIT no le quedaba duda de que, de alguna manera, tenía que deshacerse de Jason, solo que aún no sabía cómo iba a hacerlo. Apagó el motor y cogió el móvil para llamar a Will, que contestó al primer tono.

—Dime, guapetón.

—He quedado con Tom para comer y tienes que venir —dictaminó Alan. Su voz no dejaba tomar otra opción.

—De... acuerdo —Ni se quejó.

—Te dejo, que tengo una reunión con el decano. Nos vemos a las doce y media en el Starbucks que está en el 120 de Broadway de

Cambridge Center Kendall. ¿Puedes llamar a Tom por mí y decírselo? Llego tarde.

—Claro, sin problema —respondió el diseñador sorprendido.

—Te veo luego.

Alan colgó la llamada.

Will se quedó mirando el móvil. «¿Qué habrá pasado?», pensó. Sin perder tiempo, llamó a Tom para que supiera el cambio de planes. En pocas horas, sabría el motivo.



Después de la reunión con el decano para concretar el plan de trabajo para el siguiente semestre, Alan regresó a su despacho y revisó varios proyectos de investigación que le parecieron interesantes para añadir al departamento y destinar parte de la financiación a nuevos campos. Se le pasó el tiempo más rápido de lo que esperaba. Cuando quiso darse cuenta, eran las doce y cuarto. Salió del despacho y se dirigió a la cafetería. Ya no le quedaba tiempo para nada más.

Cogió el tirador de la puerta de Starbucks y miró su Apple Watch. Había tardado siete minutos en llegar, un tiempo récord. Sin duda, estaba más nervioso de lo quería admitir. Cuando entró, vio que los dos estaban en una mesa sentados. Will había tenido que notar su preocupación y se la había traspasado a Tom, ya que habían llegado antes de tiempo. Fue hacia ellos y se sentó. Su cara lo decía todo. Los dos esperaron a que hablara. El aire se volvió más espeso de repente, y el tiempo se ralentizó.

El momento había llegado.

—Jason va a salir de la cárcel. —Al decirlo en voz alta, Alan sintió como si una losa le hubiera caído en el pecho.

Tom cerró los ojos sin poder creerlo y Will se quedó con la boca abierta. El tiempo se detuvo para los tres.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién...?

—Adam, esta mañana —interrumpió Alan a Will.

—¿Y cuándo se supone que va a salir? —preguntó Tom.

—Aún no lo sé, pero pronto. Por la cara de Adam, no creo que tarde más de dos o, a lo sumo, tres semanas. Ya se sabrá. No me imagino lo que habrá tenido que pagar mi padre para sacar a ese mierda de la cárcel. Y

Tom, sobre la protección de Emma, dúplicala. —dijo, sin parar de negar—. No puedo pensar con claridad en este momento. Lo importante es que está en Washington y voy a verla hoy. Tengo que hablar con Katharine, con Andrew y... con ella —Dejó escapar una gran exhalación—. No queda tiempo, ya no tengo tiempo.

Alan sonrió con tristeza y aguantó el tipo como pudo. Deseaba dejarse llevar y destrozar algo por la rabia e impotencia que sentía en ese momento, pero eso no iba a pasar.

—¿Y no podemos hacer nada? —preguntó Will bastante agobiado—. Tienes una fortuna y yo también, cuenta con ella para lo que necesites. Dime, ¿no podemos sobornar a nadie?

—Adam ya lo ha intentado —respondió Alan, negando con brusquedad—. El todopoderoso Black-Storm tiene que haber pagado, amenazado o adivina qué mierda y a quién para haber llegado a esto. Ha conseguido lo imposible. Espero que te explote en la cara, hijo de puta —dijo alargando cada palabra.

La sorpresa de ambos se vio reflejada en sus rostros. Will no entendía nada y Tom negaba sin parar. Alan, aun bloqueado, trataba de encontrar una solución. Con el brazo apoyado en la mesa, no dejaba de golpearse con penosa cadencia la sien con el dedo corazón. Tenía la mirada perdida porque, lo que estaba ocurriendo, no tenía ni pies ni cabeza.

—Necesito beber agua —dijo, mirando a la nada.

—Yo te la traigo —respondió al momento Will, necesitaba sentirse útil—. ¿Quieres tomar algo, Tom?

—Agua, por favor. Apenas puedo tragar —dijo con la mirada puesta en Alan.

El diseñador asintió y compró tres botellines. Cuando Alan cogió el suyo, se lo bebió del tirón. Estaba seco, sin ideas y, de pronto, vio una salida.

—Will, será mejor que volvamos a casa, dejemos los coches y vayamos al aeropuerto. —Este asintió—. Tom, el domingo, cuando lleguemos, iremos desde allí a tu casa. Quiero que nos sentemos para pensar bien qué opciones tenemos. Se me ha ocurrido algo, pero antes tengo que hablar con Emma.

—Por supuesto, te veo el domingo, Alan —dijo Tom, apoyando su mano en el hombro de su protegido—. Lo siento muchísimo, pero haz lo que tengas que hacer para mantenerla a salvo, y cuenta conmigo.

Él asintió. Se despidieron y los tres salieron del Starbucks como si una bruma oscura cubriera cada uno de sus pasos.

Todo se había acelerado, y ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 35. inicio ¿o fin?

De camino a casa para dejar los coches, Alan llamó a un taxi. Aunque tenían tiempo de sobra, necesitaba un momento de calma para poder pensar cómo iba a decírselo a Emma y a Katharine. Su plan se había desarrollado de forma minuciosa para llevarlo a cabo en poco menos de seis semanas. En cambio, ahora, apenas le quedaban unas cuantas horas. Will se iría a la cena de negocios y él a la casa de ella.

«¿Cómo condensar el tiempo? ¿Cómo voy a explicar a Emma que, en realidad, la he querido desde siempre? ¿Cómo hacer que vea que todo lo que he hecho ha sido por mantenerla a salvo? ¿Cómo va a seguir enamorándose de mí si soy la viva imagen del horror? ¿Cómo? ¿Cómo?». Alan no dejaba de preguntarse y presionarse para encontrar una solución y, más que nada, para lograr el resultado que llevaba años deseando. Inspiró y respiró muy despacio. En su estado, no podía pensar ni decidir nada coherente.

Llegando a su edificio, vio aparcado un taxi. Se tranquilizó un poco, al menos, eso sí había podido controlarlo. Le seguía Will, y cada uno aparcó en su plaza. Bajaron y cogieron las maletas de mano.

—¿Cómo estás? —preguntó su amigo.

—Bloqueado. No sé qué voy a hacer —respondió con gesto serio.

Caminaron hasta el taxi y saludaron al taxista. Este salió para abrir el maletero y colocar las maletas.

—Al aeropuerto, gracias —indicó el empresario.

Will lo miró y sonrió como pudo para darle ánimos. «Si ni siquiera me funciona a mí, ¿cómo le va a servir a él? ¡Puto Jason!», se dijo, hasta que su teléfono sonó y tuvo que contestar la llamada.

—Sí. A las seis y media. De acuerdo. Sí, en el Renaissance. Vale, nos vemos allí. Era Elisabeta, para recogerme en el hotel —aclaró.

—No entiendo cómo sus padres le pudieron poner ese nombre. Con solo oírlo, me viene a la mente Gary Oldman riendo mientras las vampiras medio devoran a Keanu Reeves —dijo Alan.

—Lo sé, todo el mundo piensa igual. La culpa es de sus padres. Resulta que en su primera cita fueron a ver *Drácula* de Bram Stoker. Por lo

visto se enrollaron en el cine; ver tanta sangre les daba angustia. —Esta vez sí que Will se echó a reír y eso consiguió que Alan lo imitara.

La tensión les estaba pasando factura. Sabían que eso tenía que terminar de algún modo, aunque no fuera como a Alan le gustaría. No obstante, ambos llegaron a la conclusión de que esa situación no se podía sostener en el tiempo, ya que terminarían perdiendo la cabeza.

Cuando llegaron al aeropuerto, Alan pagó la carrera. El taxista les sacó sus maletas y anduvieron hasta llegar a una de las enormes pantallas donde aparecía la información sobre los vuelos. Habían ido tan pronto que el suyo aún no había salido.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó el empresario.

—Lo cierto es que no, pero debemos hacerlo. No quiero que me baje el azúcar otra vez, con lo del fin de semana pasado tengo suficiente. Lo único bueno que he sacado de esa experiencia es conocer a Collin. ¿Dónde prefieres? A mí me da igual.

—Starbucks, necesito un café enorme y algo de comer.

—Starbucks, ¿eh? Eres un romántico empedernido. Anda, siéntate y llévate las maletas. Yo pido —se burló Will.

—Joder, ¿tan mal se me ve?

—¿La verdad? —Su amigo asintió—. Peor. Se te ve realmente mal. Lo siento, tu cara refleja lo preocupado que estás y tu capacidad de disimular se ha esfumado. Es normal, Alan. Yo no sé cómo estaría en tu lugar. Sabes que puedes contar conmigo para todo lo que necesites y, cuando digo todo, sabes a lo que me refiero. Por muy descabellado o ilegal que sea, yo estaré a tu lado.

Alan se lo agradeció con la mirada. Will le indicó una mesa libre con un gesto de cabeza, le dio la maleta y se puso en la cola.

—Yo elijo, no te preocupes.

Él volvió a asentir y se sentó en la mesa libre. Will llevó dos bandejas con sándwiches, muffins y bizcochos de varios sabores y volvió a por los cafés. Cuando fue a ocupar su sitio, Alan estaba arrancando un trozo del muffin de arándanos.

—Esta comida no es sana —dijo con voz plana.

—Lo sé, hoy no te pido más. Pero vamos a tener que empezar a comer mejor o voy a dejar de gustarle a Collin. Me veo dejándolo tuerto de un ojo cuando mis michelines provoquen que me explote la camisa.

—Te montas unas películas que ya quisiera Spielberg —se burló Alan antes de pegarle un gran bocado al sándwich de huevo.

—Lo sé, es una de mis muchas virtudes. ¿A ver si te crees que la imaginación no sirve para nada? —Will emitió unos suaves «mmm..., mmm...» al morder un trozo de muffin con pepitas de chocolate.

Terminaron de comer y Alan seguía sin ver una salida clara. Sacó el móvil del bolsillo para anotar varias cosas relacionadas con el trabajo en el MIT.

—Voy a ver si ha salido ya el vuelo —comentó Will. El empresario vio cómo se acercaba a una de las pantallas y asentía—. Venga, ya han salido los mostradores de facturación.

Caminaron hasta la cola y, cuando les llegó el turno, entregaron la documentación. Pesaron las maletas de mano y les ofrecieron llevarlas de forma gratuita en la bodega. Ellos rechazaron el ofrecimiento, ya que tenían una reunión de trabajo al bajar y tenían bastante prisa.

Pasaron a la zona del duty free y buscaron un monitor para ver si ya estaba en pantalla la puerta de embarque. Como aún no aparecía, decidieron esperar sentados. Pasados unos cuarenta minutos, Will estaba empezando a desesperarse. Decidió ir a estirar las piernas y cuando volvió, ya tenían puerta.

Alan caminaba como un zombi, la preocupación lo mantenía en ese estado. Caminando por el aeropuerto, de pronto, se acordó de Emma. Cuando llegaron hasta donde había indicado la pantalla, se encontró una escena conocida gracias a la descripción que ella le describió.

—Ya está la gente haciendo cola —describió Alan sin alma.

—Pues yo me voy a sentar, que aún no hay nadie en el mostrador.

Vio cómo su amigo se alejaba hasta sentarse. Un clic en la cabeza le dijo que ya era suficiente y, poco a poco, sintió como si todo encajara en su lugar. Llegó a su lado y se sentó.

—Todo va a salir bien —dijo, sintiéndose un poco mejor.

—Eso espero —respondió Will sin querer llevarle la contraria.

Los minutos pasaron lentos y tediosos. El personal de vuelo al fin llegó y ocupó su lugar. Eso provocó que la gente empezara a hacer cola de forma caótica. Con alivio, vieron cómo los pilotos entraban en la pasarela de acceso al avión seguido del personal de vuelo.

—Por fin. Estoy deseando llegar para arreglarlo todo —dijo Alan.

—¿Te han puesto algo distinto que a mí en el café? —se burló Will—. Te noto más... tú.

—Lo estoy. Basta ya de sentirme como «pobre yo». No, esto lo voy a solucionar. Lo importante no es como yo me sienta, sino que Emma esté a salvo. Y lo voy a conseguir —respondió con fuerza renovada.

—¡Joder! Sí que te han puesto algo en el café. Bueno, me alegro. Con esta actitud sí que puedes enfrentarte a lo que sea —afirmó Will.

Lo cierto es que a Alan se le había ocurrido una manera de solucionarlo, pero no quería echar las campanas al vuelo, ya que la experiencia de los últimos días le decía que todo lo que había planeado terminaba siendo justo lo contrario. Prefirió no darle demasiadas vueltas y esperar a ver si podía ponerlo en marcha.

Hicieron la cola y pasaron el control hasta sentarse en la zona preferente. Dejaron las maletas en el compartimento superior de sus asientos y Alan cogió el móvil para ponerlo en modo avión cuando recibió un wasap de Emma. Sonrió y desbloqueó el móvil para leerlo.

Emma_14:59

Hola, Alan. Espero que tengáis un buen vuelo. Aún estás a tiempo de aceptar que vaya a recogerte.

Alan_15:00

Hola, preciosa. Te lo agradezco mucho, pero vamos a ir primero al hotel. Necesito una ducha antes de verte.

Emma_15:01

JAJAJA. Una ducha nunca está de más. De acuerdo.

Alan_15:02

Ya están cerrando las puertas. En nada estamos allí. Estoy deseando verte.

Emma_15:03

Y yo. ¡Buen vuelo!

Alan_15:03

Gracias, preciosa.

Alan sonrió y puso el modo avión. Miró a Will, que estaba con una sonrisa picarona.

—¿Qué guarradas le estás escribiendo a Collin? Espera un momento. Por tu bien, espero que sea a Collin.

El diseñador puso también el modo avión mientras el auxiliar de vuelo seguía las indicaciones de la grabación sobre seguridad.

—Sí, es Collin. Y las guarradas me las está diciendo él. Yo soy súper modosito al lado de este dios del sexo.

—Creía que aún no habíais... —dijo Alan extrañado.

—Y así es. Nos tenemos mutuamente en dique seco, pero sé que la espera está mereciendo la pena —respondió a la vez que cogía la revista para elegir algo del menú. Le apetecía picar algo salado.

—No, si al final va a ser amor y todo —dijo, imitándolo.

—Haré como que no he oído nada. Quiero patatas fritas.

—¿Y el botón de la camisa?

—Collin usa gafas de aviador, seguro que no lo dejo tuerto.

—Ambos rieron por su comentario.

El vuelo fue tranquilo y, al aterrizar, bajaron en primer lugar. Llegaron a la zona de taxis y de ahí al hotel. Cuando tuvieron confirmada la reserva y las llaves de las habitaciones, se despidieron. Will tenía una cena de negocios y Alan necesitaba cambiarse de ropa. Lo hizo lo más rápido que pudo y, cuando bajó a recepción, subió al taxi que había pedido cuando se registró.

Cogió el móvil y revisó los mensajes. Will le había enviado un wasap dándole ánimos y recordándole que estaba a su disposición si lo necesitaba. Él sonrió y le respondió un «Gracias».

Camino a casa de Emma, se le pasó de todo por la cabeza, pero nada parecido a lo que estaba a punto de ocurrir. Cuando pararon en la dirección indicada, una acogedora casa le estaba esperando. Pagó la carrera y bajó del taxi. Observó que enfrente había un bonito parque lleno de árboles enormes, setos, macizos de flores de muchísimos colores y césped. Sonrió y se dio la vuelta para cruzar la hermosa verja blanca. Inspiró una mezcla de emoción y preocupación al llegar a la puerta. No podía creer que, por fin, el día hubiera llegado y su vida estuviese a punto de cambiar.

Pulsó el timbre y, al poco, la puerta se abrió. Un sonriente Emma lo recibió. Durante unos instantes, ella lo miró a los ojos sin decir nada. Después hizo lo que menos esperaba su invitado. Se acercó despacio hasta él, tras acariciarle con una mano la mejilla, le colocó la otra en la nuca y lo atrajo hacia sus labios. El beso que le ofreció ella fue profundo, húmedo y

abrasador. Él respondió, rodeándola por la cintura, olvidando dónde se encontraba. Emma se estaba entregando como si lo hubiese esperado toda la vida y él se sintió como un maldito mentiroso. Aun así, no pudo sino perderse un instante más en ese beso antes de separarse.

—Vaya... —susurró sorprendido—. Si lo llego a saber, te hubiera pedido que me recogieses en el aeropuerto —dijo, abrazándola.

—Tú te lo has perdido —respondió, dibujando una sonrisa—. Aunque, si lo ves desde otra perspectiva, creo te lo he compensado.

—Desde luego, pero algo me dice que aún podemos mejorarlo.

—Anda, pasa —dijo, separándose y cerrando la puerta—. Esta es la casa. Como te dije, mi abuela la ha remodelado y ha quedado preciosa. Ya casi no recuerdo cómo estaba. Ahora me gusta mucho más. —Le cogió la mano a Alan y caminó de espaldas mientras hablaba—. La cocina me encanta, es amplia y luminosa. ¿Estás preparado?

—¿Preparado? —preguntó sin entenderla. De pronto, sintió que tenía que tragar saliva, puesto que ella le había preguntado lo mismo que Will.

—Te voy a presentar a mi abuela y a Andrew, están fuera. Luego iremos a cenar a un restaurante que me encanta.

Él sonrió. Esa era la vida que había estado esperando. Ese era el momento que había deseado con todas sus fuerzas desde hacía años y, en breves instantes, todo se iba ir al infierno.

Cuando salió al jardín, vio cómo Katharine hablaba de forma distendida con su prometido. Aunque había visto las fotos recientes en su informe mensual, un *flash* nítido con el recuerdo de su rostro con doce años menos le vino a la memoria.

Emma tiró de él y entonces fue cuando la pareja miró hacia ellos. Andrew se levantó para saludar a Alan, pero Katharine solo pudo permanecer inmóvil, con los ojos muy abiertos, mientras contenía la respiración.

—Hola, me alegra por fin conocerte, soy Andrew —dijo, ofreciéndole la mano.

—Igualmente, soy Alan —respondió sonriendo y disimulando al reparar en la reacción de Katharine.

Sabía quién era. Solo quedaba aclarar por qué estaba allí.

—Abuela, él es Alan. Te has quedado como un pasmarote. Que sí, que ya sé que es muy guapo. Pero saluda, que parece que hayas visto a un

fantasma —dijo Emma con voz cómica.

Katharine hizo la mejor actuación de su vida. No podía creer que estuviera viendo en su casa a un fantasma del pasado, tal y como había bromeado su nieta.

Se levantó y sonrió. Se acercó a Alan y le ofreció la mano.

—Alan... —Fue incapaz de decir nada más.

El móvil de Emma sonó en ese momento. Alan dio gracias a Dios, al universo y a las estrellas porque, si ella salía de ahí, aunque fuera solo un momento, podría hablar con Katharine.

—Es Sarah, voy a hablar dentro. Es para darle el nombre de un libro que tengo arriba. Tardo poco, ¿de acuerdo?

—¡Claro! —respondió él con mucho interés—. No te preocupes, así puedo hablar en privado con tu abuela. —Dibujó una sonrisa para disimular el ataque de estrés que estaba sintiendo.

—¡Vale! —dijo ella que, girando sobre sus talones, anduvo hasta dentro de la casa y, poco a poco, dejó de oírse su voz.

—Andrew, necesito hablar unos minutos con Alan a solas. —Sonrió Katharine, actuando como una verdadera actriz oscarizada—. ¿Podrías preparar algo de picar? Pero sin prisa, por favor.

—Ahora mismo. Alan, ¿te apetece una cerveza? —preguntó su prometido sin sospechar nada.

—Claro, cualquier marca estará bien —respondió, deseando hablar con ella.

Andrew asintió y los dejó a solas. Una Katharine pálida como una hoja de papel lo miró con verdadero pánico.

—Alan... o Jason —preguntó con la boca seca.

—Por Dios, Katharine, soy Alan. Soy Alan. ¡Soy... Alan! —repitió una y otra vez, mientras apoyaba con fuerza ambas manos a la altura de su corazón, rogando para que lo reconociera.

Con los ojos llenos de lágrimas, la miró suplicante. Necesitaba desesperadamente que lo creyera, e hizo lo que menos podía esperar aquella mujer desgarrada por el dolor: comenzó a llorar en silencio. Volvía a tener diecisiete años. El miedo por no lograr que ella lo creyera, y la posibilidad de perder al amor de su vida, hizo que se rompiera en pedazos.

—¿Es eso cierto? —dijo Katharine con la voz trémula—. Alan... —susurró despacio—. Alan, ¿eres tú?

Él la miró a los ojos y asintió con un nudo en la garganta.

—¡Por Dios bendito!

A Katharine la barbilla empezó a temblarle sin control. Los ojos se le anegaron de lágrimas, empapando sus mejillas. Se acercó despacio y, con manos temblorosas, sujetó la cara de aquel que había hecho lo indecible por ellas. Él la miró, tenía los ojos enrojecidos y sus lágrimas seguían corriendo sin descanso.

—Sí. Sin duda, eres tú —dijo con una ligera sonrisa y sintiendo verdadero alivio—. Nunca pude agradecerte lo que hiciste por Emma, por nosotras. —No añadió nada más, sino que tiró de él para abrazarlo con todas sus fuerzas—. ¡Gracias! ¡Gracias por salvar a mi niña! ¡Gracias por todo lo que hiciste! ¡Gracias por sacrificar todo lo que sacrificaste! Te debo mi vida y la de mi niña. No sé cómo podré pagarte lo que hiciste. —Y rompió a llorar, liberando todo lo que sentía.

Él le devolvió el abrazo con inmensa gratitud, sin poder creer lo que acababa de decirle. Notó cómo Katharine perdía las fuerzas y la ayudó a sentarse. Sacó de sus vaqueros un paquete de pañuelos y se los ofreció. Ella sonrió agradecida, sacó uno y se secó las lágrimas. Después se los pasó a él, que hizo lo mismo antes de sentarse a su lado.

—Creí que me odiabas. He creído todos estos dolorosos años que me odiabas —dijo sin rodeos.

Katharine lo miró extrañada. «¿Cómo ha podido pensar eso de mí?». Decidió aclarárselo para que no volviera a tener ninguna duda.

—Jamás podría odiarte, Alan. Es por ti que todavía tenemos una vida. Tu declaración lo cambió todo —respondió con honestidad. Él sonrió con tristeza—. Pero, dime, ¿qué haces aquí? ¿De qué conoces a Emma?

—No hay tiempo, Katharine. No queda tiempo —dijo, negando despacio.

Ella se quedó paralizada. Pensó que no lo había oído bien y, mucho menos, que se refería a lo que estaba imaginando. Pero Alan la sacó de su duda.

—Va a salir de la cárcel, en horas, días... No se sabe con certeza. Lo que sí sabemos es que el juez está comprado. Por mucho que lo he intentado, no he podido hacer nada. O mi padre lo tiene en nómina o bajo amenaza de muerte, no lo sé. Pero Jason va a salir. —Ella negó con la cabeza y él la cogió de la mano para insuflarle ánimos—. Emma debe saberlo. Debe saber quién soy, aunque signifique perderla.

—Pero ¿cómo puede ser? Mi abogada no me ha dicho nada. Esto no puede estar pasando —respondió con un hilo de voz.

—He pagado una fortuna por la información —dijo él con tristeza—. No me siento orgulloso de lo que he hecho, pero es necesario que conozcas la verdad. Cuando testifiqué en contra de Jason, mi padre me desheredó. Después se lo pensó mejor y decidió darme lo que me correspondía legalmente al cumplir los dieciocho, aunque creo que fue para que no lo demandara. No los he vuelto a ver, ni a él ni a mi madre. —Alan suspiró y se frotó la cara con ambas manos.

»También he de confesarte que llevo cuidando de Emma desde entonces. Siempre ha tenido un guardaespaldas, aquí y en Boston. Ahora, también lo tiene. Inflé de forma generosa sus becas en el MIT, ya que no podía permitir que le faltara nada. No tengo tiempo de explicártelo ahora, pero estaba al tanto de que no habíais utilizado la indemnización y me aseguré de que ella tuviera más que suficiente para sus necesidades. Mis generosas aportaciones me permitieron hacer esa pequeña trampa. —La cara de Katharine mostraba su incredulidad por lo que le estaba diciendo.

»Sí, me obsesioné con su seguridad y con la tuya. Las muchas inversiones que han incrementado vuestro patrimonio fueron indicadas por mi asesor a tu buena amiga Tina Brown. Me alegré mucho al ver que por fin utilizaste algo del dinero para remodelar la casa. Al principio, solo sentía la necesidad de manteneros a salvo, era lo único que me importaba. Pero luego Emma creció, y no pude evitarlo. Me enamoré de ella, de su sonrisa y de su manera de ser. Va a odiarme por esto, ¿verdad? —dijo mirándola, tratando de aceptar lo que le venía encima.

Katharine negó incrédula tratando de asimilar lo que le había contado él a toda velocidad.

—No lo sé, Alan. ¿Nos has mantenido vigiladas todos estos años? —preguntó sin dar crédito.

—Sí, todo el tiempo. Vuestra seguridad era más importante que vuestra libertad. No estoy orgulloso de ello, pero era necesario. Durante unos años viví y trabajé en Londres, pero siempre he estado al tanto de la vida de ambas. La he visto crecer, Katharine, y la he visto triunfar. Esperé con paciencia a su mayoría de edad y a que acabara sus estudios. No quería interferir en su vida —aclaró él.

—¿Interferir? ¿Más de lo que ya habías interferido? —preguntó algo indignada. Acababa de enterarse de que llevaba más de una década siendo

vigilada y ni siquiera se había dado cuenta—. ¿Los teléfonos también estaban intervenidos?

Alan asintió.

—Y vuestras cuentas de correo electrónico y móviles —precisó—. Te lo repito, no me siento orgulloso, pero vuestra vida vale más que cualquier molestia por haberos mantenido vigiladas. Si en algún momento hubierais recibido cualquier tipo de amenaza, yo lo hubiera sabido y os podría haber defendido. Eso era lo único que me preocupaba.

Ella cerró los ojos y asintió.

—No sé ni qué decirte.

—Lo sé. Te aseguro que aceptaré todo de buen grado cuando lo sepas, pero ahora lo único que importa es que Jason estará libre y debéis estar preparadas —dijo Alan.

En ese momento, entraron Andrew y Emma con varias bandejas con bebidas y algo de picar.

—¡Uy! ¡Menudas caras! —dijo ella sonriendo mientras dejaba la bandeja encima de la mesa. Alan y Katharine se miraron y asintieron a la vez—. ¿Qué pasa?

—Después de la cena te lo contaremos, cariño —dijo a su nieta.

—Toma, Alan —ofreció Andrew, pasándole una cerveza.

—Gracias. —Él levantó la cerveza y ellos lo imitaron—. ¡Por el ahora! —brindó con una sonrisa algo forzada.

—¡Por el ahora! —dijeron todos, chocando las bebidas en un brindis improvisado.

—En serio, ¿qué pasa? —preguntó extrañada Emma—. ¡Oye, tú! —dijo, señalando a Alan—, ¿no le habrás pedido a mi abuela mi mano en matrimonio? ¡Que nos conocemos desde hace solo dos semanas!

Él soltó una carcajada, Katharine no pudo evitarlo y también rio. Andrew miró a su pareja y por su risa sabía que pasaba algo. Pronto lo descubriría.

—No, tranquila. Por ahora no, claro.

—¡Ey! Por ahora y por bastante tiempo —puntualizó—. Soy muy joven, y tengo mucho que hacer antes de pensar siquiera en eso.

—¿Seis meses entonces? —Bromeó él para hacer que la velada previa a la revelación fuera un poco más distendida.

Todos rieron y después preguntaron cómo había sido el vuelo y cuándo conocerían a Will. Hablaron sobre la empresa y las Fundaciones que

tenía.

—Creo que será mejor que nos vayamos para no perder la reserva —dijo Andrew.

—Sí, venga, vámonos —respondió Katharine, y sonó un fuerte trueno seguido de un relámpago.

—¡Vaya! Una tormenta de verano. Coge paraguas, abuela. Subo a por el bolso —dijo Emma.

Pasaron varios minutos, pero ella no bajaba.

Otro trueno ensordecedor los sorprendió, y un relámpago iluminó la casa. Comenzó a llover con violencia y los tres se miraron extrañados por el tiempo. No era habitual que en junio lloviera, pero parecía que esa tormenta no conocía la estación del año en la que se encontraba.

Katharine, impaciente, se acercó a las escaleras y llamó a su nieta.

—¡Cariño, no tardes o perderemos la reserva! Andrew, mejor vamos en coche porque madre mía lo que está lloviendo.

Ella tardó unos minutos más y, cuando bajó las escaleras, estaba blanca como el papel. Llevaba algo en la mano y los tres se sorprendieron al ver su expresión.

—Emma, ¿qué ocurre? —preguntó Katharine.

Ella levantó la mano para que se mantuvieran callados, se acercó a Alan y le entregó una fotografía.

Este, al verla, se quedó paralizado sin saber qué decir.

—¿Quién... eres? —preguntó temblando.

Y el suelo se abrió bajo los pies de Alan.

Continuará.

AGRADECIMIENTOS

Tengo tanto que agradecer, que me faltan páginas. Intentaré resumir.

A mi hermana Inma, compañera incansable de correcciones ortotipo-gráficas y de estilo. Sé que te vuelvo loca con mis excentricidades, pero no cambiaría ninguna de esas interminables tardes de café, y de discusiones por la trama, por nada del mundo.

A mi hermana M.^a José, por obligarme a cambiar varios capítulos a golpe de «Eso tienes que hacerlo» sin inmutarse. Nunca me olvidaré del comentario de Superman cuando se pone las gafas. Siempre me río al recordarlo.

A mi amiga Carla, por ser una lectora infatigable de todas mis paranoias y por reírnos cada día de mi fase oculta de «Pollito matón», pese a ser siempre un dulce «Piolín».

A mi amiga M.^a José, mi primerísima lectora beta en la que confío para saber si mi historia va a ser un éxito.

Y, ni que decir tiene, a mi marido. Mis palabras no pueden expresar cuánto te quiero. Eres un verdadero guerrero. Mi héroe en todos los sentidos. Sé que una vida no es suficiente, pero agradezco, con toda mi alma, poder compartir esta contigo. No olvides nunca que eres, y siempre serás, el protagonista de todos mis libros.

ACERCA DE LA AUTORA

Manuela Ramírez es una autora de romance y fantasía. Sus libros te sumergen en historias llenas de romanticismo, que hacen posible la creencia de que se puede encontrar el amor verdadero a la vuelta de la esquina. Sus personajes son accesibles, divertidos y muy apasionados. La complicidad entre ellos te arrastra a un mundo en el que la lealtad, la amistad y la confianza plena son los pilares básicos para que el amor triunfe, pese al bagaje nada sencillo que arrastran cada uno. La autora sella el destino de todos, incluso el tuyo, con la seguridad de que el final será justo el que desees porque, en su universo literario, la luz siempre triunfa sobre las tinieblas.

Nacida en Málaga, dedicó gran parte de su vida laboral a la Administración, pero desde hace unos años centra todo su esfuerzo en escribir, su gran pasión.

En noviembre de 2022 publica su novela *Oculto en mis recuerdos* y en febrero de 2023 nos sorprende con la primera parte de una bilogía cargada de oscuridad con un romance arrebatador, *Hasta que me perdone*, cuya segunda entrega estará disponible muy pronto.

Como finalista en varios concursos de microrrelatos de terror, entre otros: la antología de *Letras de tinta. Antología 2021* y con «Una noche cualquiera» en la antología *Crónicas MicroVampíricas*.

Manuela está volcada en la creación de nuevas historias que te lleguen al alma. Con las que te puedas enamorar y con las que las horas, leyendo sus páginas, pasen volando. Y espera, de corazón, que disfrutes con cada una de ellas.

Puedes seguirla en:

Instagram: @manuelaramirez_escritora

TikTok: @manuelaramirez_escritora

Facebook: Manuela Ramírez

Blog: <https://manuelaramirezescritora.wordpress.com>

Allí encontrarás todos sus relatos, novedades e información sobre sus libros y próximos proyectos.